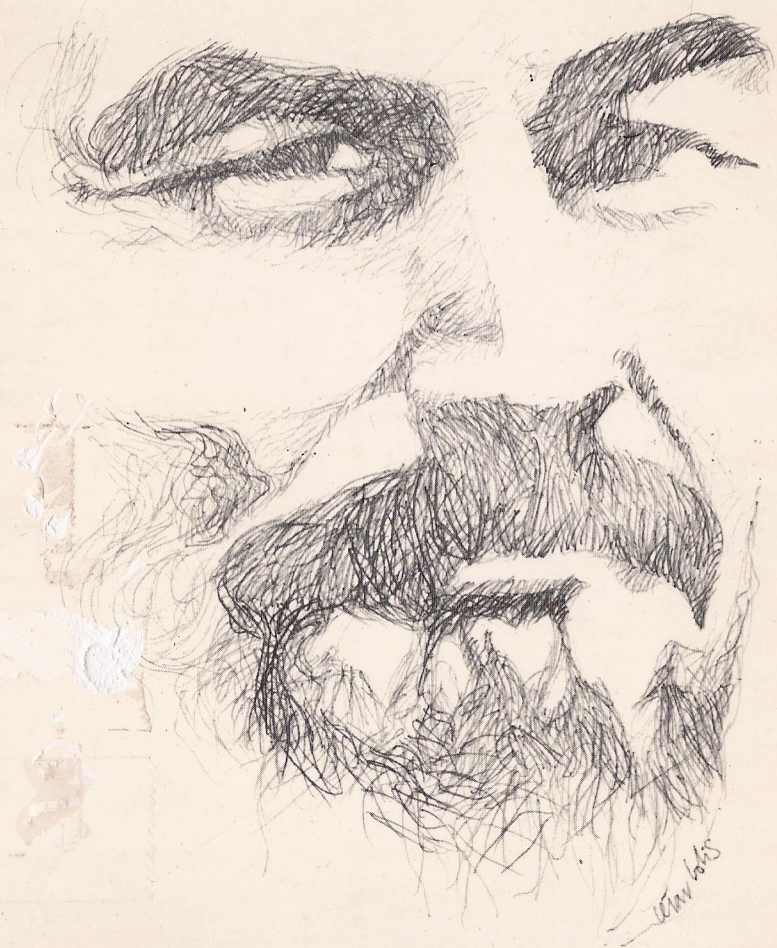


LEONARDO

OBRAS COMPLETAS

TOMO XIII



AKAL EDITOR

Versión de Editorial Cartago
AKAL EDITOR, 1977
Lorenza Correa, 13
Teléfonos 450 02 17 - 450 02 87
Madrid-20

I.S.B.N. Obras Completas. 84-336-0071-0
I.S.B.N. Tomo XIII: 84-7339-219-1
Depósito Legal: M-41458-1976

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Gráficas Elica.
Ctra. Vicálvaro a Coslada, 5 - Madrid-32

PROLOGO

El tomo décimotercero contiene los trabajos de V. I. Lenin escritos entre junio de 1907 y abril de 1908.

Los artículos *Contra el boicot*, *Notas de un publicista*, *La revolución y la contrarrevolución*, *La Tercera Duma*, *Notas políticas* y *Una nueva política agraria* hacen un análisis y una valoración de la situación política creada en Rusia después de la derrota de la primera revolución y señalan las tareas de las organizaciones del partido en la época de reacción. En estos artículos, lo mismo que en los discursos pronunciados en las conferencias del P. O. S. D. R. de Petersburgo y de toda Rusia, que se publican en el presente tomo, Lenin formula la táctica de los bolcheviques en la Duma en esta nueva etapa.

Forman parte del tomo los importantísimos trabajos de Lenin sobre el problema agrario *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"* (capítulos X, XI y XII) y *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*.

Figura en el presente volumen el *Prefacio* a la primera selección de obras de Lenin titulada *12 años*, cuya publicación, proyectada en tres tomos, no pudo terminarse a causa de la censura. El prefacio constituye un breve resumen histórico de la lucha de Lenin en favor del marxismo revolucionario, contra el liberalismo y el oportunismo.

Ha sido incluido en el tomo el artículo *La neutralidad de los sindicatos*, en el que Lenin critica el oportunismo de Plejánov y de los mencheviques, que trataban de llevar el movimiento obrero de Rusia por el camino del trade-unionismo.

En dos artículos que llevan el mismo título, *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart*, aparece reflejada la lucha de Lenin, la lucha de los bolcheviques contra el oportunismo en el movimiento obrero internacional. Los artículos denuncian las

desviaciones de los socialdemócratas alemanes, que se habían apartado de las posiciones del marxismo revolucionario.

Por primera vez figuran en la edición de las *Obras Completas* de V. I. Lenin los siguientes trabajos de este tomo: el proyecto de resolución de la Tercera Conferencia del P.O.S.D.R. ("II de toda Rusia") sobre la participación en las elecciones a la III Duma del Estado. *Esbozo del proyecto de resolución sobre el Congreso de los Sindicatos de toda Rusia*, la nota *En torno a un artículo de Plejánov* y la *Declaración de la Redacción de "Proletari"*.

En el *Prólogo al folleto de Vóinov (A. Lunacharski) sobre la actitud del partido ante los sindicatos*, también incluido por vez primera en las *Obras Completas*, Lenin se pronuncia contra la consigna de la "neutralidad" de los sindicatos, señalando la necesidad de que éstos se aproximen al partido a objeto de desarrollar la conciencia socialista del proletariado y educarlo en el espíritu de la socialdemocracia revolucionaria.

CONTRA EL BOICOT

(Notas de un publicista socialdemócrata)¹

Escrito el 26 de junio (9 de julio) de 1907.

Publicado en 1907 en el folleto *El boicot a la Tercera Duma* Moscú.

Firmado: N. Lenin

Se publica según el texto del folleto.

El reciente Congreso de los maestros², la mayoría de cuyos componentes se encontraba sometida a la influencia de los socialistas-revolucionarios³, aprobó, con la participación directa de un destacado representante del Partido Socialista-Revolucionario, una resolución de boicot a la III Duma. Los maestros socialdemócratas y el representante del P. O. S. D. R. se abstuvieron de votar, estimando que esta cuestión debía decidirse en un congreso o conferencia de partido y no en una asociación sin partido, de carácter profesional-político.

El problema del boicot a la III Duma aparece por consiguiente en escena como un problema inmediato de táctica revolucionaria. Si juzgamos por la intervención del representante del Partido Socialista-Revolucionario en el congreso, dicho partido ya ha resuelto este problema, pese a que aún no existen decisiones oficiales del mismo ni documentos escritos de procedencia socialista-revolucionaria. El problema ya ha sido planteado entre los socialdemócratas y se está discutiendo.

¿A qué argumentos recurren los socialistas-revolucionarios para defender su decisión? La resolución del Congreso de los maestros dice en esencia que la III Duma no sirve para nada, que el gobierno autor del golpe de estado del 3 de junio⁴ es un gobierno reaccionario y contrarrevolucionario, que la nueva ley electoral tiene un carácter terrateniente, etc.* Los argumentos se presentan de modo como si del ultrarreaccionarismo de la III

* He aquí el texto de dicha resolución: "Considerando: 1) que la nueva ley electoral en que se basa la convocatoria de la III Duma del Estado arrebató a las masas trabajadoras incluso los modestos derechos electorales que poseían hasta ahora y cuya conquista tan cara les ha costado; 2) que esta ley representa una potente y grosera falsificación de la voluntad del pueblo en beneficio de las capas más reaccionarias y privilegiadas de la población; 3) que por el método de su elección y por su composición, la Duma de la Tercera Legislatura será el fruto de un golpe de estado reaccionario; 4) que el gobierno aprovechará la participación de las masas populares en las

Duma se desprendiese lógicamente la necesidad y legitimidad de un medio de lucha y una consigna como el boicot. Para cualquier socialdemócrata resulta evidente la ilegitimidad de tal argumentación, pues en ella falta por completo un análisis de las condiciones históricas que hacen aplicable el boicot. El socialdemócrata que pise el terreno del marxismo no deduce el boicot del grado de reaccionarismo de tal o cual institución, sino de la presencia de unas condiciones de lucha especiales, que, como lo ha demostrado ya también la experiencia de la revolución rusa, hacen aplicable ese medio peculiar que se llama boicot. A los que se pongan a hablar del boicot sin tener en cuenta la experiencia de dos años de nuestra revolución, sin meditar profundamente en ella, habrá que decirles que se han olvidado de muchas cosas y que no han aprendido nada. Nuestro examen del problema del boicot lo comenzaremos justamente por un análisis de esa experiencia.

I

El boicot a la Duma de Bulyguin⁵ ha constituido sin duda alguna la más grande experiencia de nuestra revolución en lo que atañe a la aplicación del boicot. Además, este boicot se vio coronado por el éxito más completo y directo. Por eso, nuestra primera tarea debe consistir en analizar las condiciones históricas del boicot a la Duma bulyguiniana.

Al examinar esta cuestión, dos circunstancias aparecen de inmediato en primer plano. En primer lugar, el boicot a la Duma bulyguiniana fue una lucha para evitar que nuestra revolución pasara (aunque fuese temporalmente) a la senda de la Constitución monárquica. En segundo lugar, el boicot se realizó en medio del más amplio, general, vigoroso y rápido ascenso revolucionario.

Detengámonos a examinar la primera circunstancia. Todo boicot es una lucha que no tiene lugar sobre la base de una insti-

elecciones a la Duma para darle el significado de una aprobación popular al golpe de estado, el IV Congreso de delegados de la Unión de Maestros y demás Trabajadores de la Enseñanza de toda Rusia resuelve: 1) renunciar a cualquier relación con la Duma de la Tercera Legislatura y sus órganos; 2) no participar directa ni indirectamente como organización en las elecciones; 3) propagar como organización el punto de vista expresado en esta resolución sobre la Tercera Duma del Estado y las elecciones a ella."

tución determinada, sino que se libra contra la aparición, o en términos más amplios, contra la realización de dicha institución. Por eso, los que como Plejánov y otros muchos mencheviques lucharon contra el boicot mediante disquisiciones generales acerca de que los marxistas deben aprovechar las instituciones representativas, no han hecho sino dar pruebas de un ridículo doctrinarismo. Pensar así equivaldría a eludir la esencia de una cuestión discutible rumiando verdades indiscutibles. No cabe discutir sobre el deber de los marxistas de aprovechar las instituciones representativas. Pero, ¿acaso se desprende de esto que, en determinadas circunstancias, los marxistas no pueden defender la necesidad de luchar, no sobre la base de una institución dada, sino contra los intentos de hacerla realidad? No, no se desprende tal cosa, pues estas disquisiciones generales sólo son aplicables a los casos en que no hay lugar para la lucha contra la aparición de tal institución. Lo discutible del problema del boicot reside justamente en saber si hay lugar para la lucha contra la aparición misma de tales instituciones. Con sus argumentos en contra del boicot, Plejánov y compañía han demostrado no comprender el propio planteamiento de la cuestión.

Prosigamos. Si admitimos que cualquier boicot no es una lucha sobre la base de una institución determinada, sino una lucha contra los intentos de hacerla realidad, entonces el boicot a la Duma bulyguiniana fue, además, una lucha contra los intentos de hacer realidad todo un sistema de instituciones de tipo monárquico constitucional. El año 1905 mostró con toda evidencia que existía la posibilidad de una lucha directa de masas en forma de huelgas generales (la oleada de huelgas que siguió al 9 de enero⁶) y de insurrecciones militares (el *Potemkin*⁷). La lucha revolucionaria directa de las masas fue, por consiguiente, un hecho. Por otra parte, también constituyó un hecho la ley del 6 de agosto, que trató de desviar el movimiento del camino revolucionario (en el sentido más directo y limitado de la palabra) al camino de la Constitución monárquica. Desde el punto de vista objetivo era inevitable la lucha entre uno y otro camino, entre el camino de la lucha revolucionaria directa de las masas y el camino de la Constitución monárquica. Había, por decirlo así, que elegir el camino del desarrollo más inmediato de la revolución, con la particularidad de que la elección no la decidía, naturalmente, la voluntad de tales o cuales grupos, sino la fuerza de las clases revolucionarias y contrarrevolucionarias. Y la fuerza sólo

podía medirse y comprobarse en la lucha. La consigna de boicot a la Duma bulyguiniana fue precisamente una consigna de combate por el camino de la lucha directamente revolucionaria, contra el camino monárquico constitucional. También por este último camino era posible naturalmente la lucha, y no sólo era posible, sino incluso inevitable. También sobre la base de la Constitución monárquica se puede proseguir la revolución y preparar un nuevo ascenso revolucionario; también sobre la base de la Constitución monárquica es posible y obligatoria la lucha de la socialdemocracia revolucionaria. Esta verdad elemental, que con tanto celo y tan inoportunamente trataron de demostrar en 1905 Axelrod y Plejánov, sigue siendo una verdad. Pero el problema que entonces planteaba la historia no era ese. En sus disquisiciones, Axelrod y Plejánov "se salían del tema", o dicho en otros términos, suplantaban el problema que la historia había sometido a la solución de las fuerzas en pugna, por un problema tomado de la última edición del manual alemán de socialdemocracia. La historia hacía inevitable el combate por la elección del camino que habría de seguir la lucha en un futuro inmediato. Se trataba de saber si habría de ser el viejo poder quien convocase la primera institución representativa de Rusia, desviando así por cierto tiempo (tal vez muy corto o tal vez relativamente largo) la revolución hacia el camino monárquico constitucional, o si habría de ser el pueblo quien con su embate directo barriese —o hiciese vacilar, en el peor de los casos— al viejo poder, impidiéndole desviar la revolución hacia el camino monárquico constitucional y asegurando (siempre por un tiempo más o menos largo) el camino de la lucha revolucionaria directa de las masas. Este era el problema, no advertido en su tiempo por Axelrod ni por Plejánov, que la historia había planteado el otoño de 1905 ante las clases revolucionarias de Rusia. La propaganda del boicot activo por la socialdemocracia era precisamente una forma de plantear este problema, la forma de su planteamiento consciente por el partido del proletariado, era una consigna de combate *por la elección de un camino para la lucha*.

Los propagandistas del boicot activo, los bolcheviques, comprendieron bien el problema planteado objetivamente por la historia. La lucha de octubre a diciembre de 1905 fue realmente un combate por la elección de un camino para la lucha. La batalla se desarrolló con fortuna cambiante: al principio llevó ventaja el pueblo revolucionario, que privó al viejo poder de la posibilidad

de desviar inmediatamente la revolución hacia la senda constitucional monárquica, y en lugar de las instituciones representativas de tipo policíaco-liberal creó unas *instituciones representativas* de tipo netamente revolucionario, los Soviets de diputados obreros, etc. El período de octubre a diciembre fue un período de máxima libertad, de máxima acción independiente de las masas, de máxima amplitud y rapidez del movimiento obrero sobre una base que el embate del pueblo había depurado de instituciones, leyes y cortapisas constitucionales monárquicas, sobre la base del "interregno", cuando el viejo poder *ya* carecía de fuerza y el nuevo poder revolucionario del pueblo (los Soviets de diputados obreros, campesinos, soldados, etc.) *aún no* era lo bastante fuerte para sustituir por completo al viejo poder. La lucha de diciembre decidió la cuestión en otro sentido: el viejo poder venció, rechazando el embate del pueblo y conservando sus posiciones. Pero en aquel entonces, como es natural, aún no había motivos suficientes para considerar que tal victoria era decisiva. La insurrección de diciembre de 1905 tuvo su continuación en toda la serie de insurrecciones militares y huelgas dispersas y parciales del verano de 1906. La consigna de boicot a la Duma de Witte⁸ fue una consigna de lucha por la coordinación y generalización de esas insurrecciones.

Por lo tanto, la primera conclusión que se desprende del análisis de la experiencia aportada por la revolución rusa con el boicot a la Duma bulyguiniana consiste en que la base objetiva del boicot era la lucha, que la historia había puesto a la orden del día, para decidir cuál habría de ser el camino inmediato del desarrollo, la lucha para decidir a quién habría de corresponder, si al viejo poder o al nuevo poder surgido por iniciativa del pueblo, convocar la primera asamblea representativa de Rusia; la lucha por el camino directamente revolucionario o (durante cierto tiempo) por el camino de la Constitución monárquica.

Con esto se halla relacionado el problema, que con frecuencia aparece en las publicaciones y continuamente sale a flote al discutirse el tema en cuestión, de la sencillez, claridad y excesiva "rectitud" de la consigna del boicot, así como el problema del camino recto y el camino en zigzag del desarrollo. El derrocamiento directo o, en el peor de los casos, el total debilitamiento del viejo poder, la creación directa por el pueblo de nuevos órganos de poder, representa sin duda alguna el camino más *recto*, el más ventajoso para el pueblo, pero es en cambio el que exige también el máximo de fuerzas. Con tal superioridad aplastante de fuerzas

se puede triunfar mediante un ataque frontal. Cuando las fuerzas son insuficientes puede ser que haya necesidad de recurrir a caminos de rodeo, a actitudes expectantes, zigzags, repliegues, etc. Naturalmente, el camino de la Constitución monárquica en modo alguno excluye la revolución, cuyos elementos también prepara y desarrolla indirectamente, pero este camino es más largo y zigzagueante.

Por todas las publicaciones mencheviques, sobre todo las de 1905 (hasta octubre), pasa como un hilo rojo la acusación de excesiva "rectitud" lanzada a los bolcheviques, los sermones edificantes dirigidos a éstos acerca de la necesidad de tener en cuenta el camino zigzagueante que sigue la historia. Este rasgo de las publicaciones mencheviques es también un modelo de razonamiento por el estilo de que los caballos comen cebada o de que el Volga desemboca en el Mar Caspio. Son disquisiciones que con una rumiatura de lo indiscutible enturbian la esencia de lo que es discutible. Que la historia sigue habitualmente un camino zigzagueante y que los marxistas deben estar preparados para tener en cuenta los zigzags más embrollados y caprichosos de la historia, son cosas que no se discuten. Pero esta rumiatura de lo indiscutible no tiene nada que ver con la cuestión de cómo deben proceder los marxistas cuando esa misma historia somete a la solución de las fuerzas en pugna el problema de elegir un camino recto o un camino zigzagueante. En los momentos o períodos en que tal cosa ocurre, desentenderse de la cuestión con disquisiciones acerca de que la historia suele seguir caminos zigzagueantes equivale justamente a convertirse en "un hombre enfundado"⁹ y a sumirse en la contemplación de esa verdad de que los caballos comen cebada. Pero los períodos revolucionarios son fundamentalmente unos períodos de la historia en los que, durante lapsos relativamente cortos, el choque de las fuerzas sociales en la lucha decide si el país ha de elegir para su desarrollo, durante un tiempo relativamente muy largo, el camino directo o el zigzagueante. La necesidad de tener presente el camino zigzagueante no excluye ni mucho menos para los marxistas el deber de explicar a las masas en los momentos decisivos de su historia el carácter preferente del camino directo, el deber de saber ayudar a las masas en la lucha por la elección del camino directo, de dar las consignas que dicha lucha requiere, etc. Y sólo unos filisteos perdidos y unos pedantes completamente obtusos podrían, después de haber terminado las decisivas batallas históricas que determinaron el camino zigza-

gueante en lugar del directo, burlarse de quienes lucharon consecuentemente por el camino directo. Sería algo parecido a la actitud de los historiadores alemanes de cuño policíaco-oficial, tipo Treitschke, que se burlaban de las consignas revolucionarias y de la rectitud revolucionaria de Marx en 1848.

La actitud del marxismo ante el camino zigzagueante de la historia se asemeja en el fondo a su actitud ante los compromisos. Cada viraje en zigzag de la historia es un compromiso, un compromiso entre lo viejo, ya sin fuerzas bastantes para negar por completo lo nuevo, y lo nuevo, aún sin fuerzas suficientes para derrocar por completo lo viejo. El marxismo no renuncia de antemano a los compromisos; considera necesario aprovecharlos, pero ello no impide en modo alguno que el marxismo, como fuerza histórica, viva y actuante, luche con toda energía contra los compromisos. El que no sabe comprender esta aparente contradicción es que no conoce el abecé del marxismo.

En cierta ocasión, Engels expresó de manera extraordinariamente gráfica, clara y concisa la actitud del marxismo ante los compromisos. Fue en el artículo dedicado al manifiesto de los blanquistas de la Comuna fugitivos (1874)*, en el que éstos decían no admitir ninguna clase de compromisos. Engels se reía de dicho manifiesto. No se trata, decía, de renunciar de antemano a la utilización de los compromisos *a que nos condenan las circunstancias* (o a los que nos obligan las circunstancias: pido perdón al lector por verme obligado a citar de memoria, pues no tengo la posibilidad de consultar el texto). Se trata de comprender claramente los verdaderos objetivos revolucionarios del proletariado y saber luchar por ellos en todas las circunstancias, a través de todos los zigzags y compromisos.

Sólo con este criterio se pueden valorar la sencillez, la rectitud y la claridad del boicot como consigna que apela a las masas. Todas estas cualidades de la consigna del boicot no son buenas por sí solas, sino en la medida en que, dentro de la situación objetiva en que tal consigna se aplica, existen condiciones de lucha para elegir un camino de desarrollo recto o en zigzag. En la época de la Duma bulyguiniana dicha consigna fue una consigna acertada y

* Este artículo forma parte de la recopilación alemana *Internationales aus dem "Volksstaat"* [Temas internacionales del "Volksstaat". Ed.] Traducción al ruso: *Artículos del "Volksstaat"*, ed. Znanie.

la única revolucionaria del partido obrero, no por ser la más sencilla, la más recta y la más clara, sino porque las condiciones históricas habían planteado entonces ante el partido obrero la tarea de participar en la lucha por un camino revolucionario sencillo y recto, contra el camino zigzagueante de la Constitución monárquica.

Ahora bien, ¿cuál es el criterio para asegurar que en aquel entonces existían esas especiales condiciones históricas? ¿Cuál era el principal rasgo distintivo de esa particularidad de la situación objetiva que hacía de una consigna sencilla, recta y clara, no una simple frase, sino la única consigna adecuada a la lucha verdadera? A examinar esta cuestión pasamos ahora.

II

Cuando se lanza una mirada retrospectiva a la lucha que ya ha terminado (por lo menos en su forma directa e inmediata), nada hay naturalmente más fácil que considerar el balance general de los diversos y contradictorios rasgos y síntomas de la época. El desenlace de la lucha lo resuelve todo de golpe y disipa muy fácilmente todas las dudas. Pero lo que ahora tenemos que determinar son los rasgos que podrían ayudarnos a ver con claridad la situación *antes* de la lucha, pues queremos aplicar a la Tercera Duma las enseñanzas de la historia. Más arriba hemos dicho que la condición del éxito del boicot en 1905 había sido la máxima amplitud, generalización, vigor y rapidez del ascenso revolucionario. Ahora hay que ver, en primer lugar, qué relación guarda con el boicot el ascenso particularmente vigoroso de la lucha, y en segundo lugar, cuáles son los rasgos característicos y los signos distintivos de un ascenso particularmente vigoroso.

El boicot, como ya hemos indicado, es una lucha que se libra, no sobre la base de una institución determinada, sino contra el surgimiento de dicha institución. Cualquier institución sólo puede tener como punto de partida un poder ya existente, es decir, el viejo poder. El boicot es, por lo tanto, un medio de lucha directamente enfilado al derrocamiento del viejo poder, o, en el peor de los casos, es decir, cuando el embate no sea lo suficientemente fuerte para conseguirlo, a un debilitamiento de tal naturaleza que le impida asegurar el nacimiento de esa institución,

que le impida convertirla en realidad *. Para tener éxito, el boicot exige, por consiguiente, la lucha directa contra el viejo poder, la insurrección contra él y la insubordinación masiva en numerosos casos a sus disposiciones (tal insubordinación masiva es una de las condiciones preparatorias de la insurrección). El boicot es la negativa a reconocer el viejo poder, una negativa que, como es natural, no sólo se expresa con palabras, sino con hechos, es decir, no únicamente con exclamaciones o con consignas de las organizaciones, sino mediante determinado movimiento de las *masas populares*, que infringen sistemáticamente las leyes del viejo poder, crean sistemáticamente nuevas instituciones, contrarias a las leyes, pero existentes de hecho, etc. Resulta, pues, evidente la relación entre el boicot y un amplio ascenso revolucionario. El boicot es un medio de lucha de lo más decidido, un medio de lucha que no niega las formas orgánicas de una institución determinada, sino la existencia misma de tal institución. El boicot es una franca declaración de guerra al viejo poder, un ataque directo contra él. No cabe ni hablar siquiera de éxito del boicot fuera de un amplio ascenso revolucionario, fuera de una agitación de masas que en todas partes desborde la vieja legalidad.

Pasando a examinar el carácter y los rasgos del ascenso revolucionario del otoño de 1905, advertiremos fácilmente que en aquel entonces se produjo una *ofensiva* en masa y continua de la revolución, que atacaba y acosaba sistemáticamente al enemigo. Las represiones no contenían, sino que extendían el movimiento. Después del 9 de enero vino una gigantesca oleada de huelgas, vinieron las barricadas de Lodz y la sublevación del *Potemkin*. En la prensa, en los sindicatos, en la enseñanza, en todas partes se violaban sistemáticamente las barreras legales establecidas por el viejo poder, y no se violaban sólo por los "revolucionarios" sino por los buenos burgueses, pues el viejo poder se encontraba realmente debilitado, y sus decrepitas manos dejaban escapar realmente las riendas. Un exponente de particular elocuencia e infalibi-

* En el texto se trata siempre del boicot activo, es decir, no de una simple renuncia a participar en las empresas del viejo poder, sino de la ofensiva contra ese poder. Es preciso recordar a los lectores que no conocen las publicaciones socialdemócratas de la época del boicot a la Duma bulgariana, que los socialdemócratas hablaban claramente entonces de boicot *activo*, contraponiéndolo resueltamente al boicot *pasivo*; más aún, relacionando francamente el boicot activo con la insurrección armada.

lidad (desde el punto de vista de las organizaciones revolucionarias) de la fuerza del ascenso era que las consignas de los revolucionarios, lejos de quedar sin eco, *se rezagaban* manifiestamente de la vida. El 9 de enero, las posteriores huelgas de masas, la sublevación del *Potemkin*, todos estos hechos se adelantaban a los llamamientos directos de los revolucionarios. *En 1905 no hubo ni un llamamiento* de los revolucionarios que fuese acogido por las masas con pasividad, en silencio o con una negativa a luchar. En tales circunstancias, el boicot era un *complemento* natural al ambiente cargado de electricidad. En aquel entonces esta consigna no "inventaba" nada, limitándose a expresar con precisión y exactitud el ascenso revolucionario, que avanzaba incontinentemente hacia el embate directo. Quienes por el contrario aparecieron en el papel de "inventores" fueron nuestros mencheviques, que apartándose del ascenso revolucionario, se entusiasmaron con las vacuas promesas del zar, por el estilo del manifiesto o la ley del 6 de agosto, y tomaron en serio el *prometido* viraje hacia la senda monárquica constitucional. Los mencheviques (y Parvus) no basaban entonces su táctica en el más amplio, vigoroso y rápido ascenso revolucionario, que era un hecho, ¡sino en la promesa del zar de un viraje monárquico constitucional! Nada tiene de extraño que semejante táctica resultara un ridículo y mezquino oportunismo. Nada tiene de extraño que todas las disquisiciones de los mencheviques acerca del boicot den ahora cuidadosamente de lado el análisis del boicot a la Duma de Bulyguin, es decir, la más grande experiencia de boicot con que cuenta la revolución. Pero no basta reconocer este error de los mencheviques —tal vez el más grande de sus errores— en cuanto a táctica revolucionaria. Es preciso darse cuenta cabal de que ese error tuvo por origen una incomprensión de la situación *objetiva*, situación que convertía el ascenso revolucionario en una realidad y el viraje monárquico constitucional en una vacua promesa policíaca. Si resultó que los mencheviques no tuvieron razón, no fue por enfocar el problema sin un espíritu subjetivamente revolucionario, sino porque, con sus ideas, esos revolucionarios de paotilla quedaron a la zaga de la situación revolucionaria objetiva. Es fácil confundir estas dos causas del error de los mencheviques, pero los marxistas no pueden confundirlas.

III

La relación existente entre el boicot y las especiales condiciones históricas de determinado período de la revolución rusa debe ser considerada además desde otro punto de vista. ¿Cuál fue el contenido político de la campaña boicotista de los socialdemócratas en el otoño de 1905 y la primavera de 1906? El contenido de dicha campaña no consistía, naturalmente, en repetir la palabra boicot o en una exhortación a no participar en las elecciones. Tal contenido no se reducía tampoco a los llamamientos a desencadenar una ofensiva directa que hiciese caso omiso de los caminos de rodeo y en zigzag que proponía la autocracia. Estaba, además, la *lucha contra las ilusiones constitucionales*, que no aparecía paralelamente al tema citado, sino más bien en el centro mismo de toda la campaña de agitación en pro del boicot. Esta lucha era realmente el alma del boicot. Recordad los discursos de los boicotistas y toda su campaña de agitación, ved sus resoluciones más importantes y os convenceréis de que tal tesis es justa.

Los mencheviques nunca fueron capaces de comprender este aspecto del boicot. Siempre creyeron que la lucha contra las ilusiones constitucionales en una época de constitucionalismo incipiente era un absurdo, carecía de sentido y constituía una expresión de "anarquismo". Y en los discursos pronunciados en el Congreso de Estocolmo¹⁰, sobre todo, según recuerdo, en los discursos de Plejánov, este punto de vista de los mencheviques apareció expresado con claridad, sin hablar ya de las publicaciones mencheviques.

A primera vista, la posición de los mencheviques en esta cuestión puede parecer en efecto tan irreprochable como la de un hombre que con gran suficiencia tratara de convencer a sus amigos de que los caballos comen cebada. ¡Proclamar la lucha contra las ilusiones constitucionales en una época de constitucionalismo incipiente! ¿No es eso anarquismo? ¿No es eso una incongruencia?

Semejante vulgarización del problema mediante una plausible invocación al sentido común en tales reflexiones se basa en el silenciamiento de un período particular de la revolución rusa, en el *olvido del boicot a la Duma bulyguiniana*, en la suplantación de una etapa concreta del camino que ha recorrido nuestra revolución por una designación general de toda nuestra revolución en su conjunto, de la pasada y de la futura, como revolución

generadora del constitucionalismo. Es una muestra de cómo infringían el método del materialismo dialéctico unas personas que, a semejanza de Plejánov, hablaban de él con el máximo énfasis.

En efecto, nuestra revolución burguesa en su conjunto, como cualquier revolución burguesa, es en fin de cuentas un proceso de creación del régimen constitucional, y nada más. Esto es verdad, y es una verdad útil para desenmascarar los aires *quasi-socialistas* de tal o cual programa, teoría, táctica, etc. democrático-burgueses. Pero, ¿sabrán ustedes aprovechar esta verdad en el problema de *cuál* es el constitucionalismo hacia el que el partido obrero debe llevar al país en la época de la revolución burguesa y *cómo* debe luchar el partido obrero por determinado constitucionalismo (precisamente por el republicano) en ciertos períodos de la revolución? No. La verdad predilecta de Axelrod y Plejánov les servirá a ustedes tan poco para ver claro en estas cuestiones como el convencimiento de que los caballos comen cebada para elegir el caballo adecuado y aprender a montarlo.

La lucha contra las ilusiones constitucionales, decían los bolcheviques en 1905 y a comienzos de 1906, debe ser la consigna del momento, pues justamente en este período la situación objetiva somete a la solución de las fuerzas sociales en pugna el problema de saber si en el período inmediato habrá de triunfar el camino recto de la lucha revolucionaria directa y de las instituciones representativas creadas directamente por la revolución sobre la base de un democratismo total, o si el triunfo corresponderá al camino de rodeo y en zigzag de la Constitución monárquica y de las instituciones policíaco-“constitucionales” (¡entre comillas!) tipo “Duma”.

¿Planteaba efectivamente la situación objetiva tal problema o lo habían “inventado” los bolcheviques por travesura teórica? La historia de la revolución rusa ya ha dado respuesta a esta pregunta.

La lucha de octubre de 1905 fue justamente una lucha para evitar que la revolución se desviase hacia el camino constitucional monárquico. El período de octubre a diciembre fue precisamente el período en que se puso en práctica un constitucionalismo proletario, auténticamente democrático, amplio, audaz, libre y expresión genuina de la voluntad del pueblo, a diferencia del seudocostitucionalismo de la Constitución de Dubásov y Stolypin¹¹. La lucha revolucionaria en nombre de un constituciona-

lismo verdaderamente democrático (es decir, existente sobre una base totalmente depurada del viejo poder y de todas las vilezas a él inherentes) exigía la lucha más decidida contra los intentos de atraer al pueblo con el señuelo de la Constitución monárquico-policíaca. Esta cosa tan sin malicia no fueron capaces de comprenderla los socialdemócratas enemigos del boicot.

Ahora aparecen ante nosotros con absoluta claridad las dos fases del desarrollo de la revolución rusa: la fase del ascenso (1905) y la fase del descenso (1906-1907). Primero, la fase de máximo florecimiento de la iniciativa del pueblo, de organizaciones libres y amplias de todas las clases de la población, de máxima libertad de prensa, de máximo desprecio del pueblo hacia el viejo poder, sus instituciones y mandatos; y todo esto sin ningún constitucionalismo reconocido burocráticamente y expresado en reglamentos o normas de tipo formal. Y después, la fase de mínimo desarrollo e incontenible descenso de la iniciativa popular, de la organización, de la libertad de prensa, etc., con una “Constitución” (Dios nos perdone) inventada por los Dubasovs y los Stolypins, reconocida por los Dubasovs y los Stolypins y salvaguardada por los Dubasovs y los Stolypins.

Ahora, cuando al mirar hacia atrás se ve todo tan bien y aparece todo tan sencillo y tan claro, seguramente no se encontrará ni un solo pedante que se atreva a negar la legitimidad y necesidad de la lucha revolucionaria del proletariado para impedir que los acontecimientos se desviasen hacia la senda monárquica constitucional, la legitimidad y necesidad de la lucha contra las ilusiones constitucionales.

Ahora no se encontrará seguramente a ningún historiador con un poco de sentido común que no divida el curso de la revolución rusa de 1905 al otoño de 1907 en esos dos períodos: el período del ascenso “anticonstitucional” (si se me permite la expresión) y el período del descenso “constitucional”; el período de conquista y ejercicio por el pueblo de la libertad, sin constitucionalismo policíaco (monárquico), y el período de opresión y aplastamiento de la libertad popular mediante la “Constitución” monárquica.

Ahora aparece ante nosotros con todos sus rasgos el período de las ilusiones constitucionales, el período de la Primera y la Segunda Duma, y ya no resulta difícil comprender el significado de la lucha *de entonces* de los socialdemócratas revolucionarios contra tales ilusiones. Mas *entonces*, en 1905 y comienzos de 1906,

esto no lo comprendían ni los liberales del campo burgués ni los mencheviques del campo proletario.

Pero el período de la I y la II Duma fue, en todos los aspectos y en todos los sentidos, un período de ilusiones constitucionales. La promesa solémne: "ninguna ley entrará en vigor sin la aprobación de la Duma del Estado" no fue violada en aquel período. O sea, que la Constitución existía en el papel y tenía arrobados a todos los espíritus serviles de los demócratas-constitucionalistas rusos¹². Tanto Dubásov como Stolypin experimentaban en la práctica, medían y probaban durante aquel período la Constitución de Rusia tratando de amoldarla y adaptarla a la vieja autocracia. Los señores Dubásov y Stolypin eran, al parecer, los hombres más poderosos de aquella época, y hacían todos los esfuerzos posibles para convertir las "ilusiones" en realidades. Las ilusiones resultaron ser ilusiones. La historia ha justificado plenamente el acierto de la consigna de la socialdemocracia revolucionaria. Pero no fueron solamente los Dubasovs y los Stolypins quienes trataron de poner en práctica la "Constitución"; no eran sólo los lacayos demócratas-constitucionalistas quienes la ensalzaban y hacían serviles reverencias (al estilo del señor Ródichev en la primera Duma), tratando de demostrar que el monarca era irresponsable y que sería una insolencia considerarle responsable de los pogróms. No; durante aquel período, y en mayor o menor grado, también las amplias masas populares creían aún sin duda en la "Constitución", tenían fe en la Duma, a despecho de las advertencias de la socialdemocracia.

Puede decirse que el período de las ilusiones constitucionales de la revolución rusa fue un período de entusiasmo nacional por un fetiche burgués, semejante al entusiasmo que a veces sienten naciones enteras de Europa occidental, por los fetiches burgueses del nacionalismo, el antisemitismo, el chovinismo, etc. Y es un mérito de la socialdemocracia el no haber cedido al atolondramiento burgués, el haber sido la única que en la época de las ilusiones constitucionales mantuvo constantemente desplegada la bandera de la lucha contra tales ilusiones.

¿Por qué, cabe preguntar ahora, fue el boicot el medio de lucha específico contra las ilusiones constitucionales?

Hay un rasgo del boicot que, de pronto y a primera vista, hace

que cualquier marxista sienta hacia él una repulsa involuntaria. Boicotear las elecciones es apartarse del parlamentarismo, es algo que no puede por menos de parecer una renuncia pasiva, una abstención, un intento de escurrir el bulto. Este era el punto de vista de Parvus —quien sólo había aprendido en los modelos alemanes—, cuando, con tanta cólera como poca fortuna, lanzaba rayos y truenos en el otoño de 1905, tratando de demostrar que el boicot activo, *como tal boicot*, es pese a todo, una mala cosa... Tal es el punto de vista de Mártoov, un hombre que hasta hoy día no ha aprendido nada de la revolución, que cada vez se está convirtiendo más en un liberal y que en su último artículo publicado en *Továrisch*¹³ da pruebas de no saber plantear siquiera la cuestión como corresponde a un socialdemócrata revolucionario.

Pero semejante rasgo del boicot, el más antipático por decirlo así, para un marxista, se explica perfectamente por las particularidades de la época que engendró ese medio de lucha. La Primera Duma monárquica, la Duma de Bulyguin, fue una trampa destinada a apartar al pueblo de la revolución. La trampa era un muñeco vestido con el traje del constitucionalismo. Todo el mundo estuvo dispuesto a tragarse el anzuelo. Unos por intereses egoístas de clase y otros por ignorancia, el caso es que todos estaban dispuestos a aferrarse al muñeco de la Duma bulyguiniana, y, posteriormente, al de la Duma de Witte. Todos estaban entusiasmados, todos creían sinceramente. La participación en las elecciones no era un simple y rutinario cumplimiento de los habituales deberes cívicos. Era la solemne inauguración de la Constitución monárquica. Era un viraje para pasar del camino directamente revolucionario al constitucional monárquico.

En tales momentos, la socialdemocracia debía desplegar con toda energía y con toda ostensibilidad su bardera de protesta y advertencia, lo cual significaría justamente renunciar a la participación, no acudir ella misma a las elecciones, disuadir al pueblo de hacerlo y, en vez de laborar sobre la base de una institución que el viejo poder estaba creando, lanzar la consigna de la ofensiva contra ese poder. El entusiasmo popular por el fetiche burgués policíaco de la monarquía "constitucional" imponía a la socialdemocracia, como partido del proletariado, el deber de una "autenticación" igualmente popular de sus concepciones que desenmascaraban ese fetiche y protestaban contra él, el deber de luchar con todas sus fuerzas contra la plasmación de las instituciones que lo encarnaban.

Ahí reside la plena justificación histórica no sólo del boicot a la Duma bulguiniana, que tuvo un éxito inmediato, sino también del boicot a la Duma de Witte, que, *al parecer*, terminó en un fracaso. Ahora se ve la razón de que fuera tan sólo un fracaso *aparente*, la razón de que la socialdemocracia debiera sostener *hasta el fin* su protesta contra el viraje monárquico constitucional de nuestra revolución, que *en la práctica* resultó ser un viraje *hacia un callejón sin salida*. Las ilusiones puestas en la Constitución monárquica no resultaron ser más que un preludeo o un rótulo, un adorno, una añagaza para preparar la abolición de esa "Constitución" por el viejo poder...

Hemos dicho que la socialdemocracia debió sostener hasta el fin su protesta contra el aplastamiento de la libertad mediante la "Constitución". ¿Qué quiere decir ese "hasta el fin"? Quiere decir hasta tanto la institución *contra* la que luchaba la socialdemocracia no llegara a ser una realidad, a despecho de la socialdemocracia; hasta tanto el viraje constitucional monárquico de la revolución rusa, que significaba inevitablemente (*durante cierto tiempo*) un descenso de la revolución, una derrota de la revolución, no resultara ser una realidad, a despecho de la socialdemocracia. El período de las ilusiones constitucionales fue un intento de *compromiso*, contra el que nosotros luchamos y debimos luchar con todas nuestras fuerzas. Ya que las circunstancias nos lo habían *impuesto* contra nuestra voluntad, a despecho de nuestros esfuerzos, al precio de la derrota de nuestra lucha, tuvimos que ir a la II Duma, tuvimos que temporizar con el compromiso. ¿Por cuánto tiempo? Esta es, naturalmente, otra cuestión.

¿Qué conclusión se desprende de todo esto en lo tocante al boicot a la III Duma? ¿Acaso la de que el boicot, necesario al comienzo del período de las ilusiones constitucionales, es también necesario al final de dicho período? Tal conclusión equivaldría a un "malabarismo intelectual" en el estilo de la "sociología analógica", pero no sería una conclusión seria. El *contenido* que tuvo el boicot a comienzos de la revolución rusa *ya no puede tenerlo* el boicot ahora. Ahora no es posible poner en guardia al pueblo contra las ilusiones constitucionales ni luchar contra el viraje de la revolución hacia el atolladero monárquico constitucional. El alma viva del boicot anterior no puede existir ahora. Si llega a haber boicot, éste tendrá en todo caso *otra* significación, *otro* contenido político.

Más aún. La peculiaridad histórica del boicot, que acabamos

de examinar, proporciona un argumento contra el boicot a la III Duma. En la época en que comenzaba el viraje constitucional, la atención de todo el país se concentraba inevitablemente en la Duma. Con el recurso del boicot luchábamos y debíamos luchar contra esa tendencia de la atención a irse hacia un callejón sin salida, luchábamos contra un entusiasmo que era consecuencia de la ignorancia, del atraso, de la debilidad o de un interesado espíritu contrarrevolucionario. Ahora no cabe ni hablar de un entusiasmo, no sólo nacional, sino ni siquiera un poco amplio, por la Duma en general o por la III Duma. Desde este punto de vista, el boicot *no* es necesario.

IV

Así, pues, las condiciones que hacen aplicable el boicot hay que buscarlas sin duda en la situación objetiva del momento. Si se compara, desde este punto de vista, el otoño de 1907 con el de 1905, habrá de llegarse necesariamente a la conclusión de que no tenemos motivo para proclamar *ahora* el boicot. Tanto desde el punto de vista de la correlación entre el camino revolucionario directo y el "zigzag" monárquico constitucional, como desde el punto de vista del ascenso revolucionario de las masas y de la tarea específica de luchar contra las ilusiones constitucionales, la situación actual difiere del modo más categórico de lo que sucedía hace dos años.

El viraje constitucional monárquico de la historia no era entonces más que una promesa policíaca. Ahora es un hecho. No querer reconocer este hecho sería demostrar un temor ridículo a la verdad. Y deducir del reconocimiento de este hecho que la revolución rusa ha terminado, sería un error. No, aún no hay datos que permitan hacer esta deducción. Los marxistas tienen el deber de luchar por el camino revolucionario directo del desarrollo cuando esa lucha viene prescrita por las condiciones objetivas, pero ello no significa, lo repetimos, que no debemos tener en cuenta el viraje zigzagueante que ya es un hecho concreto. En este aspecto, el curso de la revolución rusa ya se ha definido por completo. Al comienzo de la revolución vemos la línea de un ascenso breve, pero extraordinariamente amplio y de una rapidez vertiginosa. Después aparece ante nosotros la línea de un descenso extraordinariamente lento, pero constante,

que se inicia a partir de la insurrección de diciembre de 1905. Primero, el período de la lucha revolucionaria directa de las masas; después, el período del viraje constitucional monárquico.

¿Significa esto acaso que el último viraje es definitivo, que ha terminado la revolución y que se ha iniciado un período "constitucional", que no hay motivos para esperar un nuevo ascenso ni para prepararlo, que es preciso arrojar por la borda el carácter republicano de nuestro programa?

Nada de eso. A tales conclusiones sólo pueden llegar unos adocenados liberales del tipo de nuestros demócratas-constitucionalistas, que están dispuestos a justificar su servilismo y su prostración con los primeros argumentos que tengan a mano. No. Esto significa que defendiendo íntegramente *todo* nuestro programa y *todas* nuestras concepciones revolucionarias, debemos procurar a la vez que nuestros llamamientos directos estén en consonancia con las condiciones objetivas del momento. Al predecir la inevitabilidad de la revolución, al preparar de un modo sistemático y constante la acumulación de material combustible de todo género, al guardar celosamente con este fin las tradiciones revolucionarias de la mejor época de nuestra revolución, al cultivarlas y depurarlas de parásitos liberales, nosotros no renunciamos al trabajo cotidiano en el viraje constitucional monárquico de cada día. Y eso es todo. Debemos preparar un nuevo y amplio ascenso, pero no hay ninguna razón para meternos a tontas y a locas la consigna del boicot.

El boicot, como ya dijimos, sólo puede tener algún sentido en los momentos actuales en Rusia como boicot *activo*. Lo cual no significa una renuncia pasiva a tomar parte en las elecciones, sino el desprecio de las elecciones en aras de la ofensiva directa. En este sentido, el boicot equivale necesariamente a un *llamamiento* a la ofensiva más enérgica y resuelta. ¿Existe en los momentos actuales ese ascenso tan amplio y general sin el cual dicho llamamiento carece de sentido? Es evidente que no.

En general, y por lo que se refiere a los "llamamientos", la diferencia que en este aspecto existe entre la situación actual y la del otoño de 1905 aparece con particular evidencia. Entonces, como ya hemos señalado, no había habido en todo el año precedente ni un solo llamamiento que hubiese quedado sin respuesta de las masas. La energía de la ofensiva de las masas se adelantaba a los llamamientos de las organizaciones. Ahora nos hallamos en un período de pausa de la revolución, de una pausa

en que *toda una serie de llamamientos* han quedado sistemáticamente *sin encontrar eco entre las masas*. Así ocurrió con el llamamiento a barrer la Duma de Witte (a comienzos de 1906), con el llamamiento a la insurrección después de la disolución de la Primera Duma (en el verano de 1906) y *con el llamamiento a la lucha* en respuesta a la disolución de la Segunda Duma y al golpe de estado del 3 de junio de 1907. Leed la hoja de nuestro Comité Central dedicada a estos últimos acontecimientos¹⁴. En ella hallaréis un llamamiento directo a la lucha en la forma posible dentro de las condiciones locales (manifestaciones, huelgas, lucha abierta contra la fuerza armada del absolutismo). Fue éste un llamamiento verbal. Las insurrecciones militares de junio de 1907 en Kíev y en la flota del Mar Negro fueron llamamientos por medio de la acción. Ni uno ni otro llamamiento encontraron eco alguno entre las masas. Si las manifestaciones más claras y directas de la ofensiva reaccionaria contra la revolución —la disolución de las dos Dumas y el golpe de estado— no provocaron entonces un ascenso revolucionario, ¿qué razones hay para repetir inmediatamente un llamamiento proclamando el boicot? ¿No resulta evidente que la situación objetiva es tal que la "proclamación" corre el peligro de convertirse en una voz completamente vacía? Cuando la lucha está en marcha, se extiende, crece y avanza desde todas partes, la "proclamación" es legítima y necesaria; entonces es deber del proletariado revolucionario lanzar una consigna de combate. Pero no es posible inventar esa lucha ni despertarla únicamente con consignas. Y cuando una serie de llamamientos combativos, ya probados por nosotros con motivos más directos, no han dado resultado, debemos, como es natural, buscar serias razones para "proclamar" una consigna que resulta absurda fuera de las condiciones que hacen practicables los llamamientos combativos.

Los que quieren convencer al proletariado *socialdemócrata* de que la consigna del boicot es justa, no deben dejarse entusiasmar por el solo sonido de unas palabras que en un tiempo desempeñaron un grande y glorioso papel revolucionario, sino que deben pensar bien en las condiciones objetivas que hacen aplicable tal consigna y darse cuenta de que lanzarla equivale a presuponer indirectamente la existencia de condiciones para un ascenso revolucionario amplio, general, vigoroso y rápido. Pero en épocas como la que estamos atravesando, en épocas de pausa temporal de la revolución, no se puede en ningún caso presuponer

indirectamente tal condición. Hay que verla directa y claramente y es preciso comprenderla uno mismo y hacérsela comprender a toda la clase obrera. De otro modo se corre el peligro de hallarse en la situación de quien emplea palabras altisonantes sin comprender su verdadera significación o sin atreverse a llamar las cosas por su nombre, francamente y sin rodeos.

V

El boicot pertenece a una de las mejores tradiciones revolucionarias del período más rico en acontecimientos y más heroico de la revolución rusa. Ya hemos dicho más arriba que una de nuestras tareas consiste en guardar celosamente dichas tradiciones en general, cultivarlas, depurarlas de parásitos liberales (y oportunistas). A fin de poder precisar con acierto su contenido y evitar las muy posibles tergiversaciones y confusiones, es necesario detenernos un poco a examinar esta tarea.

El marxismo se diferencia de todas las demás teorías socialistas por la magnífica forma en que combina una completa serenidad científica en el análisis de la situación objetiva y del curso objetivo de la evolución, con el reconocimiento más decidido de la importancia que tienen la energía revolucionaria, la creación revolucionaria y la iniciativa revolucionaria de las masas, así como, naturalmente, de los individuos, de los grupos, organizaciones y partidos que saben hallar y establecer su conexión con tales o cuales clases. La importancia concedida a los períodos revolucionarios en el desarrollo de la humanidad emana de todo el conjunto de conceptos de Marx sobre la historia. Precisamente en tales períodos encuentran su solución las numerosas contradicciones que van acumulándose lentamente en los períodos del llamado desarrollo pacífico. Precisamente en tales períodos se revela con la mayor fuerza el papel directo de las diversas clases en la determinación de las formas de la vida social y van echándose los cimientos de la "superestructura" política que se mantiene luego durante mucho tiempo sobre la base de las nuevas relaciones de producción. Y a diferencia de los teóricos de la burguesía liberal, Marx consideraba que estos períodos, precisamente, no son desviaciones del camino "normal", manifestaciones de una "enfermedad social" o resultados lamentables de extremismos y errores, sino los momentos más vitales, más impor-

tantes, más esenciales y decisivos en la historia de las sociedades humanas. En la actividad del propio Marx y de Engels, el período de su participación en la lucha revolucionaria de masas de 1848-49 se destaca como un punto central. De él parten al determinar los destinos del movimiento obrero y de la democracia en los diferentes países. A él vuelven siempre para determinar la naturaleza interna de las diversas clases y de sus tendencias en la forma más patente y pura. Marx y Engels aquilatan siempre desde el punto de vista de esta época revolucionaria las posteriores formaciones políticas, organizaciones, tareas y conflictos políticos menos importantes. No en vano, odian con toda el alma este rasgo de la actividad y de las obras de Marx los jefes ideológicos del liberalismo, como Sombart, atribuyéndolo a "la amargura de emigrado". ¡Qué bien les cuadra a las chinches de la ciencia universitaria policíaco-burguesa esto de atribuir a la amargura personal, a las penalidades personales de la vida de emigrado, lo que en Marx y Engels constituye una parte inseparable de toda su concepción revolucionaria!

En una de sus cartas, parece que dirigida a Kugelmann, Marx hace, de pasada, una observación sumamente característica y muy interesante desde el punto de vista de la cuestión que nos ocupa. Marx observa que la reacción había conseguido en Alemania borrar casi por completo de la conciencia popular los recuerdos y las tradiciones de la época revolucionaria de 1848*. En su carta, Marx hace una expresiva comparación entre los objetivos de la reacción y los del partido del proletariado, en cuanto a las tradiciones revolucionarias de un país. El objetivo de la reacción consiste en extirpar estas tradiciones, en presentar la revolución como "la locura desencadenada", según traduce Struve la expresión alemana *das tolle Jahr* ("año loco": expresión empleada por los historiadores policíaco-burgueses alemanes — y más aún, por la historiografía universitaria alemana — al referirse al año 1848). El objetivo de la reacción consiste en hacer olvidar a la población las formas de lucha y de organización, las ideas y consignas que la época revolucionaria engendraba con tal abundancia y variedad. Así como los ensalzadores obtusos del filisteísmo inglés, los Webb, tratan de presentar al cartismo, la

* C. Marx. Carta a Kugelmann del 3 de marzo de 1869. (Véase C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, ed. Cartago, 1957, pág. 176. (Ed.))

época revolucionaria del movimiento obrero inglés, como una simple niñería, como "un pecado de juventud", como una ingenuidad que no merece mayor atención, como una desviación accidental y anormal, así también los historiadores burgueses alemanes hablan despectivamente del año 1848 en Alemania. Idéntica es la actitud de los reaccionarios frente a la gran Revolución Francesa, que, al seguir despertando en la actualidad el odio más furibundo, demuestra conservar hasta nuestros días su vitalidad y su influencia sobre el género humano. Y así también, los héroes de nuestra contrarrevolución, sobre todo los "demócratas" de ayer, como Struve, Miliukov, Kizewetter y *tutti quanti*, rivalizan entre sí en la canallesca tarea de cubrir de lodo las tradiciones revolucionarias de la revolución rusa. No han trascurrido aún dos años desde que la lucha directa de masas del proletariado conquistó esa partícula de libertad que despierta la admiración de los lacayos liberales del viejo poder, y ya ha aparecido en nuestras publicaciones una gran corriente que se titula *liberal* (!!), que es cultivada en la prensa demócrata-constitucionalista y que se dedica exclusivamente a presentar nuestra revolución, nuestros métodos revolucionarios de lucha, nuestras consignas y tradiciones revolucionarias como algo ruin, elemental, ingenuo, espontáneo, insensato, etc...., incluso criminal... De Miliukov a Kamyschanski *il n'a qu'un pas* *. Por el contrario, los éxitos de la reacción, que antes sacó al pueblo de los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos para meterlo en las Dumas de Dubásov-Stolypin y que ahora lo lleva a la Duma octubrista, dichos éxitos se los imaginan los héroes del liberalismo ruso como "un proceso de crecimiento de la conciencia *constitucional* en Rusia".

El deber indudable de la socialdemocracia rusa es estudiar nuestra revolución en la forma más escrupulosa y amplia; extender entre las masas el conocimiento de sus formas de lucha, de sus formas de organización, etc.; consolidar en el pueblo las tradiciones revolucionarias; llevar a las masas la convicción de que única y exclusivamente por medio de la lucha revolucionaria se podrán conseguir mejoras siquiera sea algo serias y sólidas; desenmascarar invariablemente toda la vileza de los engreídos liberales que envenenan la atmósfera social con los miasmas de

* No hay más que un paso (*Ed.*)

la prosternación "constitucional", de la traición y del "molchalismo". Una sola jornada de la huelga de octubre o de la insurrección de diciembre tuvo y tiene cien veces más importancia para la historia de la lucha por la libertad que meses enteros de discursos lacayunos de los demócratas-constitucionalistas en la Duma sobre el monarca irresponsable y el régimen monárquico constitucional. Debemos preocuparnos —y aparte de nosotros no hay quien lo haga— de que aquellas jornadas, llenas de vida, riquísimas de contenido, grandes por su significado y sus consecuencias, sean conocidas por el pueblo con mayor detalle y profundidad que los meses de la asfixia "constitucional" y de la prosperidad a lo Balalaikin-Molchalin *, a los que, con el beneplácito de Stolypin y de su jauría de censores y gendarmes, alaban con tanta aplicación los órganos de prensa de nuestros partidos liberales y la prensa "democrática" (!puf!) sin partido.

No cabe duda de que las simpatías que muchos sienten por el boicot son suscitadas precisamente por esta aspiración de los revolucionarios, merecedora de todo respeto, de mantener la tradición del mejor pasado revolucionario, de avivar el desolador pantano de los actuales días grises con el fuego de la lucha audaz, franca y decidida. Pero, precisamente porque apreciamos la conservación cuidadosa de las tradiciones revolucionarias, debemos protestar enérgicamente contra el punto de vista de que mediante la aplicación de una de las consignas de una época histórica especial se puede contribuir a que revivan las condiciones fundamentales de esa época. Una cosa es guardar las tradiciones de la revolución, saber utilizarlas constantemente para la propaganda y la agitación, para dar a conocer a las masas las condiciones de la lucha directa y de ofensiva contra la vieja sociedad, y otra cosa es repetir una consigna arrancada del conjunto de las condiciones que la motivaron y aseguraron su éxito, para aplicarla a unas condiciones esencialmente distintas.

El mismo Marx, que en tan alta estima tenía las tradiciones revolucionarias y que fustigaba implacablemente a los que adoptaban frente a ellas una actitud de filisteos o de renegados, exigía

* *Balalaikin*: personaje de la obra de Saltikov-Schedrín *Un idilio moderno*. Se trata de un charlatán liberal, aventurero, mentiroso, que pone por encima de todo sus intereses egoístas.

Molchalin: personaje de la obra de Griboiédov *La desgracia de tener demasiado ingenio*. Es un tipo de adúlador y arrivista.

al propio tiempo de los revolucionarios que supiesen *pensar*, que supiesen *analizar* las condiciones en las que pueden aplicarse los viejos métodos de lucha y que no se limitasen a repetir consignas conocidas. Las tradiciones "nacionales" de 1792 en Francia seguirán siendo, quizás para siempre, *un modelo* de ciertos métodos de lucha revolucionaria, pero esto no impidió a Marx, en su famoso Manifiesto de la Internacional, en 1870, prevenir al proletariado francés contra la aplicación errónea de dichas tradiciones a las condiciones de una época distinta*.

Lo mismo sucede entre nosotros. Tenemos que estudiar las condiciones en que debe aplicarse el boicot, tenemos que inculcar a las masas la idea de que el boicot es un medio completamente legítimo, y a veces indispensable, en los momentos de ascenso revolucionario (por mucho que digan los pedantes que en vano se aplican el nombre de marxistas). Pero la existencia o inexistencia de ese ascenso, de esa condición fundamental para proclamar el boicot, es una cuestión que hay que saber plantear de un modo independiente y resolver mediante un serio análisis de los datos. Nuestro deber es preparar, en la medida de nuestras fuerzas, el advenimiento de tal ascenso, y no renunciar de antemano a un boicot oportuno; pero sería absolutamente erróneo considerar que la consigna del boicot es aplicable en general a toda institución representativa, por mala o muy mala que sea.

Tomemos la argumentación que se empleaba para defender y demostrar la necesidad del boicot durante las "jornadas de libertad", y se verá en seguida la imposibilidad de aplicar los mismos argumentos a las condiciones de la situación actual.

La participación en las elecciones, decíamos al insistir en el boicot en el año 1905 y principios de 1906, hace decaer el enardecimiento, cede posiciones al adversario, desorienta al pueblo revolucionario, facilita el compromiso entre el zarismo y la burguesía contrarrevolucionaria, etc. ¿Cuál era la premisa fundamental de estos argumentos, premisa no siempre expresada, pero que siempre se sobrentendía como algo lógico *para aquellos tiempos*? Era la rica energía revolucionaria de las masas, que buscaba y encontraba una salida *directa* al margen de toda clase de canales "constitucionales" Era la *ofensiva* constante de la revolución contra

* Véase: C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, t. II, pág. 135, Ed. Política, La Habana, 1963. (Ed.)

la reacción, ofensiva que hubiera sido criminal debilitar ocupando y defendiendo una posición que el enemigo nos dejaba con toda intención, a fin de debilitar el empuje general. Intentad repetir estos argumentos *fuera* de las condiciones de esta premisa fundamental y sentiréis inmediatamente cómo desafina toda vuestra "música", cómo está fuera de tono.

Igualmente vano sería el intento de justificar el boicot por la diferencia existente entre la II y III Duma. Considerar sería y fundamental la diferencia entre los demócratas-constitucionalistas (que en la II Duma entregaron el pueblo definitivamente a las centurias negras¹⁵) y los octubristas¹⁶; atribuir alguna importancia real a la famosa "Constitución", destrozada por el golpe de estado del 3 de junio, todo esto, en general, corresponde mucho más al espíritu del democratismo vulgar que al de la socialdemocracia revolucionaria. Siempre hemos dicho, afirmado y repetido que la "Constitución" de la I y de la II Duma no es más que un fantasma, que las peroraciones de los demócratas-constitucionalistas sólo sirven para enmascarar su esencia octubrista, que la Duma es un medio totalmente inservible para satisfacer las reivindicaciones del proletariado y de los campesinos. Para nosotros, el 3 de junio de 1907 es el resultado natural e inevitable de la derrota de diciembre de 1905. Nunca estuvimos "encantados" de las bellezas de la Constitución "de la Duma", por lo que no nos puede desencantar mucho el paso de la reacción embellecida y regada con las frases de un Ródichev, a la reacción descajada, abierta y brutal. Quizás esta última sirva incluso de mucho mejor remedio para quitar la embriaguez a los desfachatados badulaques liberales o a los grupos de la población desorientados por ellos...

Comparad las dos resoluciones sobre la Duma del Estado, la menchevique de Estocolmo y la bolchevique de Londres. Veréis que la primera es una resolución ampulosa, llena de frases vacías y de palabras rimbombantes sobre la significación de la Duma y embutida con el convencimiento de la grandeza de la labor realizada en la Duma. La segunda es una resolución sencilla, escueta, serena, modesta. La primera resolución está impregnada de un júbilo pequeñoburgués por las nupcias de la socialdemocracia y el constitucionalismo ("nuevo poder surgido del seno del pueblo", etc., en el mismo estilo de las falsedades de tipo oficial). El contenido de la segunda puede ser expresado aproximadamente en los siguientes términos: ya que la maldita contra-

revolución nos ha metido en esta maldita pocilga, trabajaremos también aquí, sin lloriqueos, pero sin jactancias, en favor de la revolución.

Al defender a la Duma contra el boicot, todavía en el período de la lucha revolucionaria directa, los mencheviques se comprometieron ante el pueblo a que la Duma fuese una especie de instrumento de la revolución. Y este compromiso ha significado para ellos un fracaso de toda solemnidad. En cambio nosotros, los bolcheviques, si nos comprometimos a algo, fue solamente al afirmar que la Duma era un engendro de la contrarrevolución y que no había esperar nada bueno de ella. Hasta el presente, nuestro punto de vista se ha confirmado de un modo magnífico y se puede asegurar que los acontecimientos ulteriores lo confirmarán también. Sin la "Corrección" y sin la repetición, a base de las nuevas condiciones, de la estrategia de octubre-diciembre, no habrá libertad en Rusia.

Por eso mismo, cuando me dicen que es imposible utilizar la III Duma, como la II; que no se puede explicar a las masas la necesidad de participar en ella, me dan ganas de contestar: si se entiende por "utilizar" algo así como aquello de "instrumento de la revolución" u otras zarandajas de la elocuencia menchevique, entonces, naturalmente, no es posible. Pero el hecho es que tampoco las dos primeras Dumas fueron en realidad más que etapas en el camino hacia la Duma octubrista, y, sin embargo, las utilizamos para objetivos sencillos y modestos* (agitación y propaganda, crítica y explicación a las masas de lo que sucedía), para los cuales siempre sabremos aprovechar hasta las peores instituciones representativas. Un discurso en la Duma no provocará ninguna "revolución", y la propaganda en relación con la Duma no se distingue por ninguna cualidad especial, pero la socialdemocracia obtendrá de uno y de otra una utilidad no

* Compárese en el *Proletari* (de Ginebra) de 1905¹⁷ el artículo sobre el boicot a la Duma de Bulyguin [véase *Obras Completas* t. IX ed. Cartago 1959, págs. 169-176 Ed.] con la indicación de que no nos negamos de antemano a utilizarla, pero que por ahora estamos resolviendo otra tarea que se nos plantea: la tarea de luchar por un camino revolucionario directo. Compárese también en el *Proletari* (de Rusia) de 1906¹⁸, núm. 1, el artículo *Sobre el boicot* [véase *Obras Completas*, t. XI, ed. Cartago, 1960, págs. 135-142. Ed.] en el que se subraya lo modesto de la utilidad que aporta el trabajo en la Duma.

menor, y a veces mayor, que de algún discurso publicado o pronunciado en otra asamblea.

También debemos explicar a las masas, con la misma sencillez, nuestra participación en la Duma octubrista. A consecuencia de la derrota sufrida en diciembre de 1905 y del fracaso de los intentos hechos en 1906 y 1907 para "corregir" dicha derrota, la reacción nos arrojó y seguirá arrojándonos constantemente y de un modo indefectible a instituciones quasi-constitucionales cada vez peores. Nosotros defenderemos, siempre y en todas partes, nuestras convicciones y nuestros puntos de vista, repitiendo siempre que mientras subsista el viejo poder, mientras no sea extirpado de raíz, nada bueno se podrá esperar. Iremos preparando las condiciones de un nuevo ascenso, pero hasta que éste llegue, y para que llegue, es necesario trabajar con mayor tesón, sin lanzar consignas que únicamente tienen sentido en condiciones de ascenso revolucionario.

Tampoco sería justo considerar el boicot como una línea táctica que opondrá al proletariado y a una parte de la democracia burguesa revolucionaria el liberalismo unido a la reacción. El boicot no es una línea táctica sino un método especial de lucha que sirve en condiciones especiales. Confundir el bolchevismo con el "boicotismo" sería tan erróneo como confundirlo con la acción de los "grupos de combate". La diferencia de línea táctica de mencheviques y bolcheviques quedó ya perfectamente aclarada y plasmada en las resoluciones, distintas en principio, aprobadas en la primavera de 1905, en el III Congreso bolchevique de Londres y en la Conferencia menchevique de Ginebra. Entonces no se hablaba de boicot o de "grupos de combate" ni se podía hablar de ello. Todo el mundo sabe que tanto en las elecciones a la II Duma, cuando no éramos partidarios del boicot, como dentro de la II Duma, nuestra línea táctica se distinguía del modo más decidido de la línea menchevique. Las líneas tácticas difieren en todos los métodos y medios de lucha, en cada campo de la lucha, sin crear por ello, ni mucho menos, métodos de lucha especiales propios de tal o cual línea. Y si el boicot a la III Duma se justificase o suscitase por el fracaso de las esperanzas revolucionarias que se tenían respecto de la primera o de la segunda Duma, por el fracaso de la Constitución "legítima", "fuerte", "sólida" y "verdadera", esto sería menchevismo de la peor especie.

VI

Hemos dejado para el final el examen de los argumentos más fuertes, y los únicos marxistas, en favor del boicot.

El boicot activo no tiene sentido sin un amplio ascenso revolucionario. Admitámoslo. Pero un ascenso amplio comienza siendo poco amplio. Ahora hay síntomas de cierto ascenso. Debemos lanzar la consigna del boicot, pues tal consigna apoya, desarrolla y amplía el ascenso iniciado.

Tal es, según a mí me parece, la argumentación *fundamental* que en forma más o menos clara determina la tendencia al boicot en los medios socialdemócratas. Y los camaradas que están más cerca del trabajo directamente proletario no se basan en una argumentación "construida" según cierto modelo, sino en un conjunto de impresiones recogidas en su contacto con las masas obreras.

Uno de los pocos problemas en torno a los cuales, según parece, no hay o no ha habido hasta ahora discrepancias entre las dos fracciones de la socialdemocracia, es el de la causa que ha originado la prolongada pausa en el desarrollo de nuestra revolución. "El proletariado no se ha recuperado aún": tal es esa causa. En efecto, la lucha de octubre a diciembre recayó casi por entero sobre el proletariado *solo*. El proletariado solo luchó sistemática, organizada e incesantemente por toda la nación. No es de extrañar que en el país de más bajo porcentaje de población proletaria (según la escala europea), el proletariado debiera quedar terriblemente agotado por esa lucha. Por añadidura, después de diciembre, las fuerzas coligadas de la reacción gubernamental y burguesa descargan incesantemente sus golpes precisamente sobre el proletariado. Las persecuciones policíacas y las ejecuciones vienen diezmando desde hace año y medio las filas del proletariado, mientras los lockouts sistemáticos, empezando por el cierre "punitivo" de las fábricas del Estado y terminando por las conjuras de los capitalistas contra los obreros, han llevado la indigencia de las masas obreras hasta límites nunca vistos. Pero ahora, dicen algunos socialdemócratas, se observan síntomas de que las masas van recobrando ánimos, de que el proletariado está acumulando fuerzas. Esta impresión, un tanto indefinida y no muy perceptible, se complementa con un argumento más sólido: en algunas ramas de la industria se comprueba una reanimación indudable. La mayor demanda de obreros debe

intensificar necesariamente el movimiento huelguístico. Los obreros tendrán que procurar resarcirse, aunque sea parcialmente, de las terribles pérdidas experimentadas en la época de las represiones y de los lockouts. Finalmente, el tercer argumento, el de más fuerza, consiste en señalar, no un movimiento huelguístico problemático y en general esperado, sino una gran huelga fijada ya por las organizaciones obreras. A comienzos de 1907, los representantes de 10.000 trabajadores de la industria textil examinaron su situación y decidieron tomar ciertas medidas para fortalecer los sindicatos de este ramo industrial. La segunda vez se reunieron ya los representantes de 20.000 obreros y acordaron declarar en julio de 1907 una *huelga general* de los trabajadores del ramo. Este movimiento puede abarcar de un modo directo hasta 400.000 obreros. Su punto de partida es la región de Moscú, es decir, el centro más importante del movimiento obrero de Rusia y el principal centro comercial e industrial. Precisamente en Moscú, y sólo en Moscú, es donde un movimiento obrero de masas tiene probabilidades de adquirir el carácter de un extenso movimiento popular de decisiva significación política. Y los obreros de la industria textil representan, en la masa obrera general, el sector peor pagado, el menos desarrollado, el que menor participación ha tenido en los movimientos anteriores y el que posee vínculos más estrechos con el campesinado. La iniciativa de estos obreros puede ser un indicio de que el movimiento habrá de abarcar a capas del proletariado incomparablemente más amplias que antes. La relación existente entre el movimiento huelguístico y el ascenso revolucionario en las masas ha quedado probada ya varias veces en la historia de la revolución rusa.

Es un deber ineludible de la socialdemocracia dedicar extraordinaria atención y esfuerzos urgentes a este movimiento. El trabajo precisamente en este sector ha de adquirir una significación absolutamente primordial frente a las elecciones a la Duma octubrista. Es preciso llevar a las masas el convencimiento de la necesidad de convertir este movimiento huelguístico en una ofensiva amplia y general contra la autocracia. La consigna del boicot significa justamente que la atención se desvía de la Duma para concentrarse en la lucha directa de las masas. La consigna del boicot significa justamente llenar el nuevo movimiento de un contenido político y revolucionario.

Tal es, poco más o menos, el proceso discursivo que ha llevado a ciertos socialdemócratas al convencimiento de que es preciso

boicotear la III Duma. Se trata de una argumentación indudablemente marxista en favor del boicot y que no tiene nada que ver con la vacua repetición de una consigna arrancada de un conjunto de condiciones históricas especiales.

Pero por fuerte que sea esta argumentación, no basta, a mi entender, para obligarnos a aceptar *ahora mismo* la consigna del boicot. Esta argumentación destaca lo que en general no debería ofrecer ninguna duda para los socialdemócratas rusos que mediten en las lecciones de nuestra revolución, a saber: que no podemos renunciar de antemano al boicot, que debemos estar dispuestos a lanzar esta consigna en el momento apropiado, que nuestro planteamiento del problema del boicot no tiene nada que ver con el planteamiento ¿abstenerse o no abstenerse?, que es un planteamiento liberal, de una mezquindad filistea y carente de todo contenido revolucionario*.

Aceptemos como demostrado y admitamos que corresponde plenamente a la realidad todo lo que dicen los partidarios socialdemócratas del boicot acerca de los cambios experimentados por el estado de ánimo de los obreros, la reanimación de la industria y la huelga de julio de los obreros del textil.

¿Qué se deduce de todo esto? Nos hallamos en presencia de cierto ascenso parcial que tiene una significación revolucionaria**. ¿Es deber nuestro aplicar todas las energías a la tarea de apoyarlo y desarrollarlo, para que llegue a convertirse en un ascenso revolucionario general y, después, en un movimiento de tipo ofensivo? Sin duda alguna. Entre los socialdemócratas (a excepción tal vez de los colaboradores de *Továrisch*) no caben al respec-

* Véase el modelo de disquisiciones *liberales* que nos ofrece en *Továrisch* L. Mártoy, antiguo colaborador de las publicaciones socialdemócratas y actualmente de la prensa liberal.

** Existe la opinión de que la huelga textil es un movimiento de nuevo tipo, que separa al movimiento sindical del movimiento revolucionario. Pero nosotros hacemos caso omiso de esa opinión, porque, en primer lugar, interpretar en un sentido pesimista todos los síntomas de fenómenos de tipo complejo es un método en general peligroso, que a menudo sirve para desorientar a muchos socialdemócratas que "no las tienen todas consigo", y, en segundo lugar, porque si la huelga del textil tuviera esas características, nosotros, los socialdemócratas, deberíamos indudablemente luchar del modo más enérgico contra ellas. En el caso de que nuestra lucha tuviera éxito, el problema quedaría planteado por lo tanto justamente en los términos en que nosotros lo planteamos.

to dos opiniones. Pero *en estos momentos*, cuando se inicia ese ascenso parcial, cuando todavía no se ha convertido definitivamente en un ascenso general, ¿se precisa la consigna del boicot para desarrollar el movimiento? ¿Puede contribuir tal consigna al desarrollo del actual movimiento? Es esta otra cuestión, a la que, a mi entender, habrá que contestar en forma negativa.

Se puede y se debe desarrollar el ascenso general a partir de un ascenso parcial, con consignas y argumentos directos, sin relación alguna con la III Duma. Todo el curso de los acontecimientos a partir de diciembre confirma plenamente el punto de vista socialdemócrata sobre el papel de la Constitución monárquica, sobre la necesidad de la lucha directa. Ciudadanos —dijémoslo nosotros—, si no queréis que la causa de la democracia en Rusia vaya en descenso en forma incontenible y cada vez con mayor rapidez, como lo fue después de diciembre de 1905, cuando los demócratas-constitucionalistas tuvieron la hegemonía en el movimiento democrático, apoyad la lucha directa de las masas. Sin ella no hay ni puede haber en Rusia garantía para la libertad.

Una agitación de este tipo será, indudablemente, una agitación socialdemócrata revolucionaria, del todo consecuente. ¿Acaso es obligatorio decir además: Ciudadanos, no creáis en la III Duma, fijaos en nosotros, los socialdemócratas, que la boicoteamos en señal de protesta?

En las condiciones del momento actual, tal aditamento no sólo no es indispensable, sino que suena incluso de una manera extraña, casi como una burla. Sin necesidad de eso ya nadie cree en la III Duma; es decir, en las capas de la población de las que se puede nutrir el movimiento democrático, no hay ni puede haber el entusiasmo por la institución constitucional de la III Duma como el amplio entusiasmo que existió, indudablemente, por la I Duma, por los primeros intentos de crear en Rusia instituciones constitucionales.

La atención de vastos círculos de la población se había concentrado en 1905 y comienzos de 1906 en la primera institución representativa, aunque ésta tuviera por base una Constitución monárquica. Tal cosa era un hecho. Y contra ella debía luchar y pronunciarse la socialdemocracia del modo más patente.

Ahora no ocurre lo mismo. El rasgo característico del momento actual no es el entusiasmo por el primer "parlamento", no es la fe en la Duma, sino la falta de fe en el ascenso revolucionario.

En tales condiciones, al lanzar anticipadamente la consigna del boicot, no robustecemos en lo más mínimo el movimiento ni paralizamos los verdaderos obstáculos que a él se oponen. Más aún: corremos incluso el peligro de debilitar con ello la fuerza de nuestra agitación, pues el boicot es una consigna que acompaña a un ascenso ya definido, y toda la desgracia de ahora consiste en que vastos círculos de la población no creen en el ascenso ni ven su fuerza.

Primero hay que preocuparse de que la fuerza del ascenso quede demostrada *de hecho*, y después ya tendremos tiempo de lanzar en cualquier momento la consigna que exprese indirectamente esa fuerza. Por lo demás, aun cabe preguntar si un movimiento revolucionario de tipo ofensivo habrá de necesitar una consigna especial que *aparte* la atención de... la *III Duma*. Es posible que no. Para pasar de largo ante algo importante y verdaderamente capaz de atraer a una muchedumbre inexperta que jamás ha visto un parlamento, tal vez haya necesidad de *boicotear* ese algo ante lo cual es preciso pasar de largo. Mas para pasar de largo ante una institución totalmente incapaz de atraer a la actual muchedumbre democrática o semidemocrática, no es obligatorio proclamar el boicot. La esencia de la cuestión no reside ahora en el boicot, sino en los esfuerzos directos e inmediatos para convertir el ascenso parcial en un ascenso general, el movimiento sindical en un movimiento revolucionario y la defensiva frente a los lockouts en una ofensiva contra la reacción.

VII

Resumimos. La consigna del boicot nació en un período histórico especial. En 1905 y a comienzos de 1906, la situación objetiva planteaba ante las fuerzas sociales en lucha la cuestión de elegir como camino inmediato el camino revolucionario directo o el viraje monárquico-constitucional. En estas condiciones, el contenido de la propaganda del boicot residía principalmente en la lucha contra las ilusiones constitucionales. La condición del éxito del boicot era un ascenso revolucionario amplio, rápido, poderoso y general.

En todos estos sentidos, la situación hacia el otoño de 1907 no plantea en modo alguno la necesidad de tal consigna ni la justifica.

Continuando nuestra labor diaria para la preparación de las

elecciones y sin renunciar de antemano a la participación en las instituciones representativas más reaccionarias, debemos orientar toda nuestra propaganda y agitación a los fines de explicar al pueblo los vínculos que existen entre la derrota de diciembre y toda la posterior restricción de la libertad y profanación de la Constitución. Debemos inculcar a las masas el firme convencimiento de que sin la lucha directa de masas, semejante profanación habrá de seguir y se acentuará inevitablemente.

Sin renunciar de antemano a la aplicación de la consigna del boicot en los momentos de ascenso, cuando pueda surgir una seria necesidad de ella, debemos dedicar ahora todas nuestras fuerzas a tratar de convertir, mediante una influencia directa e inmediata, tal o cual ascenso del movimiento obrero en un movimiento revolucionario general y amplio de ofensiva contra la reacción en su conjunto y contra sus pilares.

26 de junio de 1907.

EN MEMORIA DEL CONDE GUEIDEN

(LO QUE ENSEÑAN AL PUEBLO NUESTROS "DEMOCRATAS"
SIN PARTIDO)¹⁰

"Toda la prensa progresista ha expresado su profundo sentimiento por la dolorosa pérdida que ha sufrido Rusia con la muerte del conde Gueiden. La excelsa figura de Piotr Alexándrovich Gueiden atraía a todas las personas decentes, sin distinción de partidos ni tendencias. ¡¡¡Raro y dichoso sino!!!". Viene a continuación una larga cita de *Russkie Viédomosti*²⁰, órgano de los demócratas-constitucionalistas de derecha, en la que ante la vida y la obra del "hombre admirable" se enternece el príncipe P. D. Dolgorúkov, uno de los de aquella raza de los Dolgorúkov, cuyos representantes proclamaron abiertamente las razones de su espíritu democrático. Más vale llegar a un acuerdo pacífico con los campesinos que esperar a que éstos se apoderen de la tierra por su mano... "Compartimos el sentimiento de amargura que ante la muerte del conde Gueiden embarga a todos quienes tienen la costumbre de apreciar al *hombre*, cualquiera que sea el ropaje político con que se presente. Y el difunto Gueiden fue, ante todo, precisamente un *hombre*."

Esto es lo que dice el periódico *Továrisch*, en su núm. 296, del martes 19 de junio de 1907.

Los publicistas de *Továrisch* no sólo son los más fervientes demócratas de nuestra prensa legal, sino que, además, se consideran socialistas, socialistas críticos, naturalmente. Son casi socialdemócratas; y los mencheviques, Plejánov, Mártoy, Smirnov, Pereyaslavski, Dan y demás, son acogidos con la más cordial hospitalidad en un periódico cuyas columnas adornan con sus firmas los señores Prokopóvich, Kuskova, Portugálov y otros "ex marxistas". En una palabra, no cabe la menor duda de que los publicistas de *Továrisch* son los representantes más "izquierdistas"

de nuestra sociedad "ilustrada", "democrática", ajena a cualquier ilegalismo estrecho, etc.

Y cuando uno tropieza con escritos como los que acabamos de citar, no puede por menos de exclamar, dirigiéndose a esos señores: ¡Es una suerte que nosotros, los bolcheviques, no hayamos pertenecido a las *personas decentes* de *Továrisch*!

Señores "personas decentes" de la democracia ilustrada de Rusia: Vosotros embruteceís al pueblo ruso y le contamináis con los miasmas de la prosternación y el servilismo, de un modo cien veces peor a como lo hacen los famosos ultrarreaccionarios Purishkévich, Krusheván y Dubrovin, con quienes sostenéis una guerra tan celosa, tan liberal, tan fácil y tan ventajosa e inocua para vosotros. ¿Os encogéis de hombros y os dirigís a todas las "personas decentes" de vuestra sociedad, sonriendo despectivamente ante tan "absurdas paradojas"? Sí, sí; sabemos muy bien que no hay nada en el mundo capaz de hacer vacilar vuestra adocenada suficiencia liberal. Por eso, precisamente, nos alegramos de que toda nuestra actividad nos haya permitido erigir un sólido muro que nos separa de las personas decentes de la sociedad ilustrada rusa.

¿Pueden citarse casos en que los ultrarreaccionarios hayan conseguido pervertir y desorientar a capas algo amplias de la población? No.

Ni la prensa de las centurias negras, ni su Unión, ni sus asambleas, ni las elecciones a la I o a la II Duma han podido ofrecer ejemplos de tal naturaleza. Los hombres de las centurias negras excitan la cólera con sus violencias y ferocidades, en las que toman parte la policía y las tropas. Por sus trampas, artimañas y sobornos se han granjeado el odio y el desprecio. Con dinero del gobierno organizan grupos y bandas de borrachos, que sólo se atreven a actuar cuando cuentan con el beneplácito de la policía y a instigación de ésta. No existe el menor peligro de que todo esto pueda ejercer una influencia ideológica sobre capas más o menos amplias de la población.

Por el contrario, es igualmente indudable que tal influencia la ejerce nuestra prensa legal, liberal y "democrática". Las elecciones a la I y II Duma del Estado, las asambleas, las asociaciones, la enseñanza, todo viene a confirmarlo. Y las disquisiciones de *Továrisch* con motivo de la muerte de Gueiden muestran de un modo palpable la naturaleza de esa influencia ideológica.

... Dolorosa pérdida... excelsa figura... dichoso sino... fue ante todo, un hombre.

El terrateniente Gueiden se las daba noblemente de liberal antes de la revolución de octubre.²¹ Inmediatamente después de la primera victoria del pueblo, después del 17 de octubre de 1905, se pasó, sin el menor titubeo, al campo de la contrarrevolución, al partido octubrista, al partido de los terratenientes y grandes capitalistas enfurecidos contra los campesinos y contra la democracia. En la I Duma, este noble varón defendió al gobierno, y después de su disolución negoció —aunque no pudo llegar a un acuerdo— su participación en el gobierno. Tales son las etapas fundamentales de la carrera de la vida de este típico terrateniente contrarrevolucionario.

Y he aquí que hacen acto de presencia unos señores correctamente vestidos, instruidos y cultos, que pronuncian frases acerca del liberalismo, la democracia y el socialismo, con palabras de simpatía a la causa de la libertad, a la lucha de los campesinos por la tierra contra los terratenientes, unos señores que tienen el monopolio efectivo de la oposición legal en la prensa, en las asociaciones, en las asambleas y en las elecciones, y que, alzando los ojos al cielo, dicen al pueblo: “¡Raro y dichoso sino!... El difunto conde fue, ante todo, un hombre”.

En efecto, Gueiden no sólo fue un hombre, sino también un ciudadano que sabía elevarse hasta la comprensión de los intereses de su clase y defenderlos con mucha habilidad. Pero vosotros, señores demócratas ilustrados, no sois más que unos tontainas lacrimosos, que con un ropaje de visionarios liberales ocultáis vuestra incapacidad de ser algo más que unos lacayos cultos de esa misma clase terrateniente.

No es de temer la influencia de los terratenientes sobre el pueblo. Jamás lograrán engañar por un tiempo más o menos largo a masas obreras y ni siquiera a masas campesinas más o menos amplias. Pero la influencia de la *intelectualidad*, que no participa directamente en la explotación, que está acostumbrada a manejar palabras y conceptos generales, que esgrime toda suerte de “buenos” postulados y que, llevada a veces de una sincera cerrazón mental, convierte su situación interclasista en principio de unos partidos al margen de las clases y de una política al margen de las clases, la influencia de esa intelectualidad burguesa sobre el pueblo sí es peligrosa. En este caso, y sólo en él, es cuando se da una contaminación de las amplias masas, que puede ocasionar

verdadero daño y exige la puesta en tensión de todas las fuerzas del socialismo para luchar contra tal ponzoña.

—Gueiden fue una persona ilustrada, culta, humana, tolerante —proclaman exultantes los babosos liberales y demócratas, que creen haberse colocado por encima de todo “partidismo” y haber alcanzado el punto de vista “general humano”.

Muy señores míos, se equivocan ustedes. No es el punto de vista general humano, sino el general lacayuno. El esclavo que tiene conciencia de su condición y lucha contra ella es un revolucionario. El esclavo que no tiene conciencia de su esclavitud y vegeta en su vida de esclavo de un modo silencioso, inconsciente y pasivo, ese es simplemente un esclavo. El esclavo al que se le cae la baba cuando describe satisfecho las excelencias de la vida del ilota y se entusiasma hablando de la bondad de su amo, es un siervo, un lacayo. Pues bien, señores de *Továrisch*, vosotros pertenecéis precisamente a esa categoría de lacayos. Con una beatitud repulsiva os enterneceís ante el hecho de que un terrateniente contrarrevolucionario, que apoyaba al gobierno contrarrevolucionario, fuese una persona ilustrada y humana. No comprendéis que, en lugar de convertir los esclavos en revolucionarios, los convertís en siervos sumisos. Vuestras palabras acerca de la libertad y la democracia no son más que frases de relumbrón aprendidas de memoria, una cháchara de moda o una hipocresía. Es un rótulo pintarrajeado. Y vosotros mismos no sois sino unos sepuleros blanqueados. Vuestras almas están llenas de servilismo, y toda vuestra instrucción, cultura e ilustración es tan sólo una variedad de la prostitución calificada. Y es que vosotros vendéis vuestras almas, y no por necesidad, sino por “amor al arte”.

—Gueiden fue un constitucionalista convencido —exclamáis enternecidos. O mentís o es que los Gueidens os han atontado ya por completo. Llamar públicamente, ante el pueblo, constitucionalista convencido a un hombre que fundó un partido que ha prestado su apoyo al gobierno de Witte, Dubásov, Goremikin y Stolypin, es lo mismo que llamar a un cardenal, enemigo convencido del papa. En vez de enseñar al pueblo a comprender la Constitución como es debido, en vuestros escritos vosotros, demócratas, convertís la Constitución en una especie de manjar refinado; pues no cabe duda que para un terrateniente contrarrevolucionario la Constitución es justamente un manjar, es la forma más refinada de expoliar y someter al mujik y a todas las masas populares. Si Gueiden fue un constitucionalista convencido, entonces Dubá-

sov y Stolypin también son unos constitucionalistas convencidos, pues Gueiden apoyó en la práctica la política de ellos. Dubásov y Stolypin no habrían podido ser lo que fueron, no habrían podido aplicar su política sin el apoyo de los octubristas y de Gueiden, que se encontraba entre ellos. ¿Qué es entonces, oh sapientísimos demócratas de entre las personas "decentes", lo que nos ha de servir de base para valorar la fisonomía política de un hombre ("constitucionalista")? ¿Sus discursos, sus golpes al pecho y sus lágrimas de cocodrilo, o su actividad efectiva en la palestra social?

¿Qué es lo característico, lo típico de la actividad política de Gueiden? ¿El que no hubiera podido ponerse de acuerdo con Stolypin en lo que respecta a su participación en el gobierno después de la disolución de la I Duma, o el que después de este acto hubiera ido a intentar ponerse de acuerdo con Stolypin? ¿El que antes, en tal o tal fecha hubiese pronunciado tales o cuales frases liberales, o el que se hubiera convertido en octubrista (= contrarrevolucionario) inmediatamente después del 17 de octubre? Al decir que Gueiden era un constitucionalista convencido enseñáis al pueblo que lo característico y lo típico es lo primero. Lo cual significa que repetís sin el menor sentido retazos de consignas democráticas, pero que no comprendéis el *abecé* de la democracia.

Y es que la democracia —recordadlo bien, señores personas decentes de una sociedad decente— implica la lucha contra la dominación de los terratenientes contrarrevolucionarios sobre el país, contra esa misma dominación a la que el señor Gueiden prestó su apoyo y encarnó durante toda su carrera política.

—Gueiden fue un hombre instruido —proclaman enternecidos nuestros demócratas de salón. En efecto, ya lo hemos reconocido y reconocemos de buena gana que fue más instruido y más inteligente (cosa que no siempre corre pareja con la instrucción) que los propios demócratas pues los intereses de su clase y de su movimiento social contrarrevolucionario los comprendía mejor de lo que vosotros, señores de *Továrisch*, comprendéis los intereses del movimiento emancipador. El contrarrevolucionario e ilustrado terrateniente sabía defender con sutileza y astucia los intereses de su clase, encubría hábilmente con un barniz de nobles frases y de aparente caballerosidad los afanes egoístas y los rapaces apetitos de los señores feudales e insistía (ante Stolypin) para que esos intereses se salvaguardasen con las formas más civilizadas de la dominación de clase. Gueiden y otros como él sacrificaron

toda su "instrucción" en aras de los intereses de los terratenientes. Un verdadero demócrata, y no un lacayo "decente" de los salones radicales rusos, podría ver en esto un tema excelente para un publicista que mostrase cómo se prostituye la instrucción en la sociedad contemporánea.

Cuando un "demócrata" habla de instrucción, su deseo es despertar en el lector la idea de ricos conocimientos, de una amplitud de miras, de un ennoblecimiento del cerebro y del corazón. Para los Gueidens la instrucción es un barniz superficial, una domesticación, una forma de "aprender" a llevar a cabo, con modales de caballero, los más burdos y más sucios amaños políticos. Pues todo el octubrismo, todo el espíritu de "renovación pacífica"²² de Gueiden, todas sus negociaciones con Stolypin después de la disolución de la I Duma no fueron en el fondo más que la perpetración de los negocios más burdos y más turbios, la búsqueda del modo de defender mejor, con más arte y habilidad, con más solidez interna y menos apariencia exterior, el derecho de la noble aristocracia rusa a disponer del sudor y la sangre de los millones de mujiks que esos Gueidens habían expoliado siempre e ininterrumpidamente, lo mismo antes de 1861, que en 1861, y después de 1861 y después de 1905.

Ya Nekrásov y Saltikov habían enseñado a la sociedad rusa a descubrir los rapaces intereses del terrateniente feudal bajo la empolvada y acicalada apariencia de su instrucción, le habían enseñado a odiar la hipocresía y la crueldad de tales tipos; en cambio, el intelectual ruso de nuestros días, que se imagina ser el custodio de la herencia democrática perteneciente al partido demócrata-constitucionalista * o a los turiferarios de los demócratas-constitucionalistas, enseña al pueblo a ser servil y se llena de admiración ante su propia imparcialidad de demócrata sin partido. Un espectáculo casi más repugnante que el que ofrecen las hazañas de Dubásov y Stolypin...

—Gueiden fue "un hombre" —dice en pleno éxtasis el demócrata de salón—. Gueiden fue humano.

Semejante enternecimiento ante el humanismo de Gueiden

* Al enjuiciar a Gueiden, los demócratas-constitucionalistas han dado muestras de un servilismo cien veces mayor que el de los señores de *Továrisch*. Hemos tomado a estos últimos como modelo del "democratismo" de las "personas decentes" de la "sociedad" rusa.

nos hace recordar no sólo a Nekrásov y a Saltikov, sino también los *Relatos de un cazador* de Turguéniev. Ante nosotros se halla un terrateniente civilizado, culto, instruido, de suaves modales y con un lustre europeo. El terrateniente obsequia a su huésped con una copa de vino y habla sobre temas elevados. “¿Por qué no se ha calentado el vino?” pregunta al lacayo. Este palidece y guarda silencio. El terrateniente hace sonar la campanilla y, sin elevar la voz, dice al sirviente que ha acudido a la llamada: “En cuanto a Fiodor... tome las medidas pertinentes.”

Ahí tenéis un ejemplo de “humanismo” gueideniano o de humanismo a lo Gueiden. Comparado con Saltichija,* por ejemplo, el terrateniente de Turguéniev también es un hombre “humano”, tan humano que no va en persona a la cuadra para comprobar si se ha azotado a Fiodor como corresponde. Es tan humano que no se preocupa de que las disciplinas con que se azota a Fiodor hayan sido humedecidas en agua salada. Este terrateniente jamás se permitirá golpear o insultar a un lacayo; como persona instruida se limita a “ordenar” desde lejos, con modales suaves y humanos, sin alborotos, sin escándalos, sin sacar las cosas al público...

Exactamente de la misma especie es el humanismo de Gueiden. El no ha tomado parte, con los Luzhenovskis y los Filonovs, en el apaleamiento de los campesinos. El no ha participado, con los Rennenkamps y los Meller-Zakomelskis**, en las expediciones punitivas. El no ha ametrallado las calles de Moscú con Dubásov. Era tan humano que se abstenía de realizar tales hazañas, dejando que esos héroes de la “cuadra” rusa “tomasen las medidas pertinentes”, mientras él, en la tranquilidad de su pacífico y culto despacho, dirigía el partido político que apoyaba al gobierno de los Dubasovs y cuyos dirigentes bebían en honor de Dubásov, el vencedor de Moscú... ¿Acaso no es de lo más humano enviar a los Dubasovs a que “tomen las medidas pertinentes en cuanto a Fiodor”, en lugar de ir en persona a la cuadra? Para las viejas comadres que se encargan de la sección política de nuestra prensa liberal y democrática, eso es un modelo de humanismo... ¡fue

* Terrateniente del siglo XVIII, famosa por las feroces torturas a que sometía a los campesinos siervos. (Ed.)

** Rennenkampf y Meller-Zakomelski: generales zaristas famosos por sus feroces expediciones punitivas durante la revolución de 1905-1907.

un hombre de oro, no molestó ni a una mosca! “Raro y dichoso sino” ese de apoyar a los Dubasovs, aprovecharse de los frutos de las represiones de Dubásov y no tener que responder por Dubásov.

El demócrata de salón considera que el *súmmum* de la democracia es suspirar porque no nos gobiernan hombres como Gueiden (pues a este tontaina de salón ni se le ocurre la idea de que existe una división “natural” del trabajo entre Gueiden y Dubásov). Escuchad:

...Cuánto es de lamentar que haya muerto precisamente ahora, cuando hubiera sido más útil. Ahora hubiera luchado contra la extrema derecha, desplegando las mejores cualidades de su alma y defendiendo los principios constitucionales con la energía y la presencia de espíritu que le caracterizaban. (Tovarisch, núm. 299, del viernes, 22 de junio. En memoria del conde Gueiden, crónica de la provincia de Pskov.)

¡Lástima que el culto y humano Gueiden-renovador pacífico no pueda cubrir con su fraseología constitucional las desnudeces de la III Duma octubrista, las desnudeces de una autocracia que aniquila a la Duma! La misión del publicista “demócrata” no es desgarrar las falsas vestiduras, no es mostrar al pueblo, en toda su desnudez, a los enemigos que le oprimen, sino lamentar la desaparición de unos hipócritas consumados que embellecían con su presencia las filas octubristas... *Was ist der Philister? Ein hohler Darm, voll Furcht und Hoffnung, dass Gott erbarm!* ¿Qué es el filisteo? Una tripa vacía, llena de miedo y de esperanzas de que Dios se apiade de ella*. ¿Qué es el filisteo democrático-liberal ruso del campo demócrata-constitucionalista y de sus alrededores? ¡Una tripa vacía, llena de miedo y de esperanzas de que el terrateniente contrarrevolucionario se apiade de ella!

Junio de 1907.

Publicado en 1907, con la firma N. L. en la primera recopilación *Golos Zhisni*, San Petersburgo.

Se publica según el texto de la recopilación.

* La definición del filisteo que cita Lenin es de Goethe (*Goethe's Werke. Neue Ausgabe. Zweiter Band*, Berlín, 1893, S. 593. Ed.)

TESIS DEL INFORME SOBRE LA ACTITUD DEL PARTIDO OBRERO SOCIALDEMOCRATA ANTE LA TERCERA DUMA

PRONUNCIADO EL 8 DE JULIO EN LA CONFERENCIA URBANA DE PETERSBURGO 23

1. Como ha mostrado la experiencia de la revolución rusa, el boicot a la Duma es la única decisión acertada de la socialdemocracia revolucionaria cuando las circunstancias históricas hacen que el boicot sea verdaderamente activo, es decir, que exprese la fuerza de un ascenso revolucionario amplio y general que marcha sin rodeos hacia la ofensiva directa contra el viejo poder (y por consiguiente hacia la insurrección armada). El boicot cumple una gran tarea histórica cuando su contenido constituye una advertencia del proletariado a todo el pueblo para prevenirle contra la tendencia pequeñoburguesa a entusiasmarse con las ilusiones constitucionalistas y las primeras instituciones seudo constitucionales otorgadas por el viejo poder.
2. Considerar el boicot como un medio que actúa por sí solo, al margen de las condiciones creadas por un ascenso revolucionario amplio, general, vigoroso y rápido y una ofensiva directa de todo el pueblo para derribar al viejo poder, al margen de la tarea de luchar contra el entusiasmo del pueblo por la Constitución otorgada, significa actuar a impulso de los sentimientos y no bajo los dictados de la razón.
3. Por eso, proclamar el boicot a la Duma basándose en que la ley electoral favorable a los demócratas-constitucionalistas ha sido sustituida por otra, favorable a los octubristas, y en que una Duma francamente octubrista viene a remplazar a la segunda Duma, que hablaba al estilo demócrata-constitucionalista y actuaba al estilo octubrista y en la cual los socialdemócratas tomaron parte no sin provecho para la causa de la revolución, sería no sólo sustituir

el trabajo revolucionario sereno por la nerviosidad revolucionaria, sino dar pruebas, además, de que los socialdemócratas están dominados por las peores ilusiones respecto a la Duma y la Constitución de los demócratas-constitucionalistas.

4. Toda la labor de agitación de la socialdemocracia revolucionaria debe tener como punto central la tarea de hacer comprender al pueblo que el golpe de estado del 3 de junio de 1907 es una consecuencia directa y absolutamente inevitable de la derrota experimentada por la insurrección de diciembre de 1905. Las enseñanzas del segundo período de la revolución rusa, correspondiente a los años 1906 y 1907, consisten en que la sistemática ofensiva de la reacción y el repliegue sistemático de la revolución, que se producen durante todo este período, son inevitables cuando domina la fe en la Constitución, cuando dominan los métodos de lucha seudo constitucionales, son inevitables mientras el proletariado no se recobre y acumule fuerzas después de las derrotas sufridas y se lance en masas incomparablemente más vastas a un embate revolucionario más decidido y con más espíritu de ofensiva, enfilado al derrocamiento del poder zarista.

5. El movimiento huelguístico que está tomando incremento actualmente en la zona industrial de Moscú y se extiende a otras zonas de Rusia, debe ser considerado como la mayor garantía de un ascenso revolucionario posible en un futuro próximo. La socialdemocracia debe, por eso, aplicar todas sus fuerzas, no sólo a apoyar y desarrollar la lucha económica del proletariado, sino también a la transformación de este movimiento, que por ahora es sólo de carácter sindical, en un vasto ascenso revolucionario y en una lucha directa de las masas obreras contra la fuerza armada del zarismo. Sólo cuando se vean coronados por el éxito los esfuerzos en este sentido de la socialdemocracia, sólo sobre la base de un movimiento revolucionario ofensivo ya creado, es como puede adquirir seria importancia la consigna del boicot, ligada indisolublemente a un llamamiento directo a las masas, exhortándolas a la insurrección armada, al derrocamiento del poder zarista y a su sustitución por un gobierno revolucionario provisional que habrá de convocar una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, directo, igual y secreto.

Escrito en julio de 1907.
Publicado como volante en la
misma fecha.

Se publica según el texto del
volante.

III CONFERENCIA DEL P.O.S.D.R.
 ("II CONFERENCIA DE TODA RUSIA")²⁴

1

PROYECTO DE RESOLUCION SOBRE EL PROBLEMA DE LA
 PARTICIPACION EN LAS ELECCIONES A LA TERCERA
 DUMA DEL ESTADO

Considerando

- 1) que el boicot activo, como lo ha mostrado la experiencia de la revolución rusa, es una táctica acertada de la socialdemocracia únicamente cuando existe un ascenso revolucionario amplio, general y rápido, que se convierte en insurrección armada, y sólo cuando está ligado a la tarea ideológica de luchar contra las ilusiones constitucionales que aparecen en el momento en que el viejo poder convoca la primera asamblea representativa;
- 2) que cuando no se dan estas condiciones, la táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria exige, incluso cuando existen todas las condiciones de una época revolucionaria, que se tome parte en las elecciones, como ocurrió en el caso de la II Duma;
- 3) que la socialdemocracia, que siempre ha señalado la esencia octubrista del partido demócrata-constitucionalista y la inconsistencia que, con la autocracia, ofrece la ley electoral de los demócratas-constitucionalistas (del II-XII-1905), no tiene ningún motivo para cambiar su táctica al ser sustituida esta ley electoral por otra octubrista;
- 4) que, siendo la más firme garantía de un ascenso revolucionario posible en un futuro próximo, el movimiento huelguístico que ahora se está desarrollando en la zona industrial del centro de Rusia exige al propio tiempo un trabajo tesonero para convertir un movimiento que por ahora es sólo sindical en un movimiento

político y directamente revolucionario, ligado a la insurrección armada,

la Conferencia resuelve:

- a) participar en las elecciones y en la III Duma;
- b) explicar a las masas la relación existente entre el golpe de estado del 3-VI-1907 y la derrota de la insurrección de diciembre de 1905 y también las traiciones de la burguesía liberal, demostrando al mismo tiempo que no basta la sola lucha sindical y esforzándose por convertir el movimiento huelguístico sindical en un movimiento político y en una lucha revolucionaria directa de las masas por el derrocamiento del gobierno zarista mediante la insurrección;
- c) explicar a las masas que el boicot a la Duma, por sí solo, no es capaz de elevar el movimiento obrero y la lucha revolucionaria a una etapa superior y que la táctica del boicot sólo podría ser oportuna en el caso de que tuvieran éxito nuestros esfuerzos por convertir el ascenso sindical en un embate revolucionario.

2

ESBOZO DEL PROYECTO DE RESOLUCION SOBRE
 EL CONGRESO DE LOS SINDICATOS DE
 TODA RUSIA

La Conferencia reconoce el deber de todos los miembros del partido de aplicar enérgicamente la resolución sobre los sindicatos, aprobada por el Congreso de Londres, teniendo presente todo el conjunto de las condiciones locales al establecer vínculos orgánicos entre los sindicatos y el Partido Socialdemócrata o al reconocer aquéllos la acción dirigente de éste, y dedicando siempre y en todas las circunstancias una atención preferente a que los socialdemócratas no se limiten en los sindicatos a adaptarse pasivamente a la plataforma "neutral", tan del agrado de las tendencias democrático-burguesas de todos los matices (demócratas-constitucionalistas, progresistas sin partido²⁵, socialistas revolucionarias, etc.), sino que defiendan continuamente las concepciones socialdemócratas en toda su integridad y contribuyan en todo

momento a que los sindicatos reconozcan la dirección ideológica de la socialdemocracia y a establecer con ellos vínculos orgánicos reales y permanentes.

Escrito en julio de 1907.
Publicado por vez primera en
1933, en el tomo XXV de *Leninski Sbórník*.

Se publica según el texto del
manuscrito.

NOTAS DE UN PUBLICISTA

Después de la disolución de la Segunda Duma, los rasgos predominantes en la literatura política son el desánimo, el arrepentimiento y la abjuración. Comenzando por el señor Struve, pasando por *Továrisch* y terminando por varios escritores adheridos a la socialdemocracia, vemos gentes que abjuran de la revolución, de sus tradiciones y métodos de lucha, vemos la tendencia a encuadrarse, como sea, más a la derecha. Para mostrar cómo hablan y escriben ahora algunos socialdemócratas, tomaremos al azar dos de sus escritos en la prensa periódica del momento: el artículo publicado por el señor Nevedomski en el núm. 7 de *Obrazovanie*²⁰ y el del señor V. Gorn, en el núm. 348 de *Továrisch*.

El señor M. Nevedomski comienza su artículo con una crítica furibunda de los demócratas-constitucionalistas en la Segunda Duma y una defensa de lo más resuelta de la táctica del bloque izquierdista y de la conducta de los socialdemócratas. Pero al final dice lo siguiente:

Hablando en modo indicativo, diré que hay una cosa que para cualquier socialdemócrata debe ser evidente: en la fase de la evolución política en que nos hallamos, la actividad de los partidos socialistas, pese a todo y en última instancia, no hace más que abrir el camino a los partidos burgueses, prepara su triunfo temporal.

De aquí se desprende un modo imperativo de este tenor: no importa lo que en sí represente este "mimético" ["ora moreno, ora rubio"] partido demócrata-constitucionalista; mientras sea el único partido de oposición hay que coordinar con la suya la actividad socialista. Así lo impone el principio de la economía de fuerzas... En términos generales, y hablando sin ninguna ironía [el señor Nevedomski ha tenido que hacer esta observación, pues es incapaz de escribir sin artificios ni enrevesamientos, que desorientan tanto a los lectores como al propio autor], esta frase de Miliukov define con toda exactitud los rasgos esenciales de las relaciones entre unos y otros partidos... [se refiere a la siguiente frase de Miliukov: "las amenazas de hacer intervenir al pueblo sólo pueden ponerse en práctica cuando tal intervención ha sido previamente preparada, y a esta preparación debe orientarse el trabajo de todos quienes estiman que el poder privativo de la Duma es

insuficiente para que ésta pueda cumplir sus enormes tareas". Las izquierdas deben preparar y crear el movimiento —dice el señor Nevedomski, interpretando acertadamente esta frase—, "que los señores demócratas-constitucionalistas y la Duma ya se encargarían de tener en cuenta este trabajo"... Tal vez estas palabras no carezcan de cinismo en boca de un representante del partido encargado de tener en cuenta, pero cuando este planteamiento de la cuestión lo hace Plejánov, por ejemplo, no se trata más que de una definición exacta y realista de la línea de conducta que habrá de seguir la socialdemocracia y cómo habrá de utilizar las fuerzas de la oposición liberal.

Estamos dispuestos a admitir que Plejánov experimenta cierto sentimiento de... incomodidad, digámoslo suavemente, cuando tales señores le dan unas amables palmaditas en la espalda. Pero con sus consignas demócrata-constitucionalistas, por el estilo de una plataforma común de los socialdemócratas y los demócratas-constitucionalistas o la preservación de la Duma, Plejánov ha dado motivos sin duda para que sus discursos sean *utilizados* justamente de este modo.

Esechad ahora lo que dice el señor V. Gorn:

Evidentemente, para poder superarla [se refiere a la antidemocrática coalición de los terratenientes y los grandes burgueses, creada por la ley electoral del 3 de junio], se requieren dos condiciones. Primera, todos los sectores democráticos, sin exceptuar el proletariado, deben actuar de consuno, a fin de oponer una coalición a la otra; y segunda, *no llevar a cabo la lucha inventando las consignas más audaces con vistas a apartar a los elementos insuficientemente revolucionarios y forzando el movimiento de una evidente minoría revolucionaria* [subrayado por el señor Gorn], sino mediante una lucha real y concreta, que atraiga a las propias masas, contra las medidas concretas de la coalición antidemocrática. Para crear la coalición democrática no se precisa la fusión, sólo se requiere un acuerdo en lo tocante a las vías y los objetivos inmediatos de la lucha. Y si los representantes conscientes de las masas, los partidos, se proponen conseguir que cambien de verdad las condiciones de la vida social y no se limitan a adoptar el punto de vista de la agitación, semejantes acuerdos son perfectamente posibles.

¿No resulta evidente, según estas citas, que nuestros dos héroes de las palabrejas demócrata-constitucionalistas en boga, dicen en el fondo lo mismo? El señor Gorn se ha destapado tan sólo un poquitín más y con un poquito más de franqueza, pero la diferencia que hay entre él y el señor Nevedomski no es mayor, ni mucho menos, que la existente entre el señor Struve y el señor Nabókov o el señor Maklakov.

La política tiene su lógica interna. Cuántas veces se ha dicho que entre los socialdemócratas y los liberales son posibles los acuerdos *técnicos* que no conduzcan en modo alguno a un *bloque polí-*

tico, al que se han negado siempre todos los socialdemócratas con espíritu de partido (no nos referimos aquí a los que no tienen ese espíritu o a los que realizan un juego doble, diciendo una cosa en el partido y otra en la prensa "libre" sin partido). La vida ha venido destruyendo continuamente esas bellas consideraciones y esos buenos deseos, pues tras la mampara de los acuerdos "técnicos" asomaban invariablemente las ideas del bloque político. En un país pequeñoburgués, en el período de la revolución burguesa y con una gran abundancia de intelectuales pequeñoburgueses en el partido obrero, la tendencia al sometimiento político del proletariado a los liberales tiene raíces muy reales. Y esa tendencia, que descansa en la situación objetiva, aparece como el verdadero contenido de toda politiquería *quasi*-socialista referente a las coaliciones con los demócratas-constitucionalistas. Con la ingenuidad propia de un intelectual, en el que sólo las palabras son socialdemócratas, mientras que todas sus ideas, toda su urdimbre ideológica y todo su "fondo" son puramente liberales o pequeñoburgueses, el señor Gorn propugna un franco bloque político, una *coalición democrática*, ni más ni menos.

Es muy significativo que el señor Gorn *haya tenido* que hacer la reserva de que "no se precisa la fusión". Con ello no ha hecho más que evidenciar los restos de una conciencia socialista impura, pues al decir: "no se precisa la fusión, sino sólo un acuerdo", a renglón seguido ofrece tal descripción de ese "acuerdo", tal definición de su *contenido* que le hace aparecer con toda evidencia como un renegado de la socialdemocracia. No se trata de la palabreja de llamar la cosa "fusión" o "acuerdo", sino de cuál es el verdadero contenido de tal "*maridaje*". Se trata de saber a *qué precio proponéis* que el Partido Obrero Socialdemócrata se convierta en una mantenida del liberalismo.

El precio está claramente establecido.

- 1) Abandonar el punto de vista de la agitación.
- 2) Renunciar a la "invención" de consignas audaces.
- 3) Dejar de apartar a los elementos insuficientemente revolucionarios.
- 4) Renunciar a "forzar" el movimiento de una evidente minoría revolucionaria.

Estoy dispuesto a conceder un premio a quien sea capaz de confeccionar un programa más claro y más exacto de la abjuración más completa y más vil. El señor Gorn se distingue del señor Struve únicamente en que éste ve claramente su camino y es

hasta cierto punto "independiente" en la determinación de sus pasos, mientras que el señor Gorn es llevado simplemente de la brida por sus mentores demócrata-constitucionalistas.

— Abandonar el punto de vista de la agitación. Esto es lo que todo el tiempo han estado enseñando al pueblo los demócratas-constitucionalistas en la Segunda Duma. Esto significa no desarrollar la conciencia y las exigencias de las masas obreras y del campesinado, sino rebajar, ahogar, apagar una y otras, predicar la paz social.

— No inventar consignas audaces. Esto significa renunciar, como lo han hecho los demócratas-constitucionalistas, a la propaganda de las consignas lanzadas por los socialdemócratas mucho antes de la revolución.

— No apartar a los elementos insuficientemente revolucionarios; o sea, renunciar a toda crítica ante las masas de la hipocresía, la falacia y el reaccionarismo de los demócratas-constitucionalistas, abrazarse con el señor Struve.

— No forzar el movimiento de una evidente minoría revolucionaria; o sea, en esencia, renunciar a los métodos revolucionarios de lucha. Pues está fuera de toda discusión que en las acciones revolucionarias llevadas a cabo durante todo el año 1905 participó una evidente minoría revolucionaria. Pese a haber participado en la lucha las masas, éstas eran unas masas que se encontraban en minoría, y justamente por eso no obtuvieron un éxito completo en la lucha. Pero todos los éxitos que en general obtuvo el movimiento de liberación en Rusia, todas las conquistas que en general consiguió, todo, sin excepción, fue logrado exclusivamente por esta lucha de unas masas que estaban en minoría. Esto en primer lugar. Y en segundo lugar, lo que los liberales y sus turiferarios llaman "movimientos forzados" fue el único movimiento en que las masas (aunque esta primera vez se encontraran desgraciadamente en minoría) participaron por su cuenta y no a través de unos suplentes, fue el único movimiento que no tuvo miedo al pueblo, que expresó los intereses de las masas y con el que simpatizaron (como quedó demostrado en las elecciones a la Primera Duma y, sobre todo, a la Segunda) masas gigantescas que no habían participado directamente en la lucha revolucionaria.

Al hablar de "forzar el movimiento de una evidente minoría revolucionaria", el señor Gorn comete una de las tergiversaciones más difundidas, de tipo puramente bureniniano. Cuando el periódico de Burenin²⁷ combatía a Alexinski, en la época de la Segunda

Duma, siempre presentaba las cosas como si su hostilidad a éste no se debiera a su lucha por la libertad política, sino a que reclamaba la libertad... de romper cristales, de trepar por los faros, etc. La misma preparación ultrarreaccionaria es la que está llevando a cabo justamente el publicista de *Továrisch*, al tratar de presentar las cosas como si el obstáculo que se opone al acuerdo entre los socialistas y los liberales no fuera el que los primeros siempre han defendido y defenderán el desarrollo de la conciencia revolucionaria y de la actividad revolucionaria de las masas en general, sino únicamente el que los socialistas fuerzan el movimiento —es decir, se apoderan de él, lo inflan artificialmente—, el que los socialistas atizan movimientos evidentemente condenados al fracaso.

Contestaremos en pocas palabras a estas ocurrencias. Toda la prensa socialista, lo mismo la menchevique que la bolchevique, tanto en la época de la Primera Duma como de la Segunda, han condenado toda tendencia a "forzar" el movimiento... Durante la Primera y la Segunda Duma, los demócratas-constitucionalistas no combatieron con los socialdemócratas por la tendencia de éstos a forzar el movimiento, sino porque desarrollaban la conciencia revolucionaria y las exigencias de las masas, porque denunciaban el carácter reaccionario de los demócratas-constitucionalistas y el espejismo de las ilusiones constitucionales. Ningún malabarismo periodístico será capaz de soslayar estos notorios hechos históricos. En cuanto a la forma de la intervención del señor Gorn, diremos que no puede ser más típica para los tiempos que corren, en que el "mundo ilustrado" reniega de la revolución y se aferra a la pornografía. Un sujeto, que se considera socialdemócrata, se dirige a un periódico sin partido para pronunciar ante el vasto público discursos a lo *Nóvoie Vremia* acerca de que el partido obrero "fuerza" el movimiento de una "evidente" minoría. El espíritu de abjuración crea en nuestro país costumbres de renegados.

* * *

Abordemos ahora la cuestión desde otro aspecto. Las ideas de los Nevedomskis y de los Gorns, tan repulsivas cuando nos las ofrecen unos sedicentes socialdemócratas, son sin duda muy típicas y naturales en vastos círculos de nuestra intelectualidad burguesa,

de nuestro "mundo" liberalizante, de los funcionarios con espíritu de fronda, etc. No basta decir que estas ideas son expresión de la inconsecuencia política de una pequeña burguesía blanda e inestable; hay que explicarlas, además, desde el punto de vista de la situación del momento en el desarrollo de nuestra revolución.

¿Por qué en este preciso momento, en vísperas de la III Duma, aparecen tales ideas en determinados círculos de la pequeña burguesía? Porque estos círculos, que cambian sumisamente sus convicciones a cada viraje de la política gubernamental, creen en la Duma octubrista, consideran que la misión de ésta puede cumplirse, y se apresuran a acomodarse a las "reformas octubristas", se apresuran a fundamentar y justificar ideológicamente su adaptación al octubrismo.

La misión de la Duma octubrista, según la entiende el gobierno, debe consistir en poner remate a la revolución, mediante una componenda directa, entre el viejo poder de un lado y los terratenientes y la gran burguesía de otro, sobre la base de ciertas reformas constitucionales mínimas. Hablando en abstracto, nada de esto es absolutamente imposible, pues varias revoluciones burguesas del occidente de Europa terminan en la consolidación de un régimen constitucional "octubrista". La cuestión radica únicamente en saber si en la Rusia actual son posibles unas "reformas" octubristas capaces de detener la revolución. ¿No estarán condenadas las "reformas" octubristas, por la profundidad de nuestra revolución, al mismo fracaso que sufrieron las "reformas" demócrata-constitucionalistas? ¿No será la Duma octubrista un episodio tan breve como lo fueron las Dumas demócrata-constitucionalistas, un episodio en el camino hacia el restablecimiento del dominio de los ultrarreaccionarios y de la autoeracia?

Hemos pasado por un período de lucha revolucionaria directa de las masas (1905), que permitió la conquista de ciertas libertades. Hemos pasado después por un período de detención de esta lucha (1906 y la mitad de 1907). Este período dio varios triunfos a la reacción y ni uno a la revolución, que perdió las conquistas del primer período. El segundo fue un período demócrata-constitucionalista, un período de ilusiones constitucionales. Las masas creían aún, más o menos, en el "parlamentarismo" bajo la autoeracia, y ésta, comprendiendo el peligro que representaba un dominio neto de los ultrarreaccionarios, intentó ponerse de acuerdo con los demócratas-constitucionalistas ensayo, se probó diversos

trajes constitucionales, trató de ver qué tipo de reformas eran capaces de aceptar los "amos" de Rusia, los señores latifundistas. La experiencia de la Constitución de los demócratas-constitucionalistas terminó en un fracaso, pese a que éstos se portaron en la Segunda Duma como unos perfectos octubristas, pues no sólo no atacaron al gobierno ni excitaron a las masas contra él, sino que se dedicaron sistemáticamente a tranquilizar a las masas, luchando contra las "izquierdas", es decir, contra los partidos del proletariado y de los campesinos, apoyaron directa y resueltamente al gobierno (el presupuesto, etc.). En una palabra, si la experiencia de la Constitución demócrata-constitucionalista no tuvo éxito, no fue porque a los demócratas-constitucionalistas o al gobierno les faltaran buenos deseos, sino porque las contradicciones objetivas de la revolución rusa eran *demasiado profundas, y resultaron ser tan profundas que no fue posible tender sobre el abismo el puente demócrata-constitucionalista*. La experiencia ha mostrado que incluso con un total aplastamiento de la lucha de las masas durante determinado tiempo, con la arbitrariedad más completa del viejo poder en la falsificación de las elecciones, etc., las masas campesinas (y en la revolución burguesa, el desenlace depende más que nada de los campesinos) habían presentado tales reivindicaciones que ningún arte diplomático de los intermediarios demócratas-constitucionalistas fue capaz de adaptarlas al dominio de los terratenientes privilegiados. Si el señor Struve se encoleriza ahora contra los trudoviques²⁸ (y no digamos ya contra los socialdemócratas), si Riech²⁹ organiza toda una cruzada contra ellos, no se trata de un hecho casual ni del simple despecho de un abogado burgués cuyos servicios han sido desechados por el mujik. De lo que se trata es de un inevitable paso político en la evolución de los demócratas-constitucionalistas: no se ha logrado conciliar a los terratenientes con los trudoviques, *por consiguiente* (para la intelectualidad burguesa la deducción sólo puede ser de este género) lo que hay que hacer no es levantar a masas más amplias a la lucha contra los terratenientes, sino rebajar las reivindicaciones de los trudoviques, hacer *nuevas concesiones* a los terratenientes, "dejar a un lado las utopías revolucionarias", como dicen Struve y Riech, o dejarse de inventar consignas audaces y de forzar el movimiento, como dice el señor Gorn, nuevo lacayo de los demócratas-constitucionalistas.

El gobierno se adapta a los terratenientes dejando por entero en sus manos las elecciones, privando prácticamente de derechos

electorales a los campesinos. Los demócratas-constitucionalistas se adaptan a los terratenientes atacando a los trudoviques por revolucionarios e intransigentes. Los politicastros sin partido, como los colaboradores de *Továrisch* en general y el señor Gorn en particular, se adaptan a los terratenientes llamando al proletariado y a los campesinos a "armonizar" ("coordinar", según el señor Nevedomski) su política con la de los demócratas-constitucionalistas, a formar con éstos una "coalición democrática", a renunciar a las "consignas audaces", etc., etc.

El gobierno actúa de un modo sistemático. Paso a paso va arrebatando lo conquistado por el "movimiento forzado" y lo que quedó sin defensa al calmarse dicho movimiento. Paso a paso va probando con qué "reformas" podría dar satisfacción a los señores terratenientes. ¿No pudieron hacerlo los demócratas-constitucionalistas? ¿No pudieron hacerlo a causa de los obstáculos puestos por las izquierdas pese al sincero deseo y a los esfuerzos de los mismos demócratas-constitucionalistas? Entonces hay que podar los derechos electorales de las "izquierdas" y dejar la solución en manos de los octubristas. Sólo si fracasa también este intento, habrá que entregarse por entero en manos del "Consejo de la nobleza unida"³⁰.

La actuación del gobierno no carece de sentido, obedece a un sistema, tiene lógica. Es la lógica de los intereses de clase de los terratenientes. Es preciso defender esos intereses y salvaguardar, pese a todo, el desarrollo burgués de Rusia.

Para poner en práctica estos planes del gobierno se necesita reprimir por la violencia los intereses y el movimiento de las masas, arrebatando a éstas los derechos electorales, entregarlas a merced de los 130 mil *. ¿Podrán realizarse estos planes? Nadie es capaz de resolver ahora esta cuestión. Lo único que la podrá resolver es la lucha.

Nosotros, los socialdemócratas, resolvemos esta cuestión con nuestra lucha. También los demócratas-constitucionalistas la resuelven luchando... contra las izquierdas. Los demócratas-constitucionalistas luchan por la solución gubernamental. Así lo hicieron de un modo sistemático durante la Segunda Duma en la palestra parlamentaria. También ahora lo hacen de un modo sistemático con su lucha ideológica contra los socialdemócratas y los trudoviques.

* O sea, la clase de los terratenientes nobles. (Ed.)

Para cualquier intelectual ruso de filas, lo mismo que para cualquier pequeño burgués semiculto, esto suena, naturalmente, a paradoja. Los demócratas-constitucionalistas, que se llaman demócratas y que pronuncian discursos liberales, ¡luchando por la solución gubernamental de esta cuestión! ¡Es una incongruencia evidente! ¿Son demócratas? Entonces, ¡a meterlos en la "coalición democrática"! La conclusión no puede ser más clara para los bobalicones políticos, a los que ni siquiera dos años de revolución rusa han enseñado a buscar en la *lucha de las diferentes clases* el verdadero fondo de las medidas del gobierno y de las peroratas liberales. ¡Cuántos "marxistas" del campo intelectual hay en nuestro país, que creen en el principio de la lucha de clases, pero que en la práctica razonan como auténticos liberales acerca de los demócratas-constitucionalistas, del papel de la Duma y del boicot! Cuántas votaciones de los demócratas-constitucionalistas en favor del presupuesto harán falta aún para que estos babiecas políticos puedan digerir un fenómeno desde hace tiempo conocido en Europa: el liberal que pronuncia discursos contra el gobierno y que en toda cuestión sería apoya al gobierno.

La sustitución de la Segunda Duma por la Tercera es una sustitución del demócrata-constitucionalista que actúa como un octubrista por el octubrista que actúa con el apoyo del demócrata-constitucionalista. La batuta en la Segunda Duma la llevaba el partido de los intelectuales burgueses, que se llamaban demócratas a costa del pueblo y apoyaban al gobierno a costa de la burguesía. En la Tercera Duma debe llevar la batuta el partido de los terratenientes y de los grandes burgueses, que alquilan a la intelectualidad burguesa para hacer una oposición de oropel y obtener servicios prácticos. Esta cosa tan sin malicia ha sido demostrada por toda la conducta política del partido demócrata-constitucionalista y en particular por la Segunda Duma. Esta cosa tan sin malicia ha empezado a comprenderla ahora hasta cada buen vecino. Nos remitiremos a un testigo como el señor Zhilkin, a quien sería ridículo sospechar de simpatías por el bolchevismo o de una hostilidad preconcebida e intransigente hacia los demócratas-constitucionalistas.

En el *Továrisch* de hoy (núm. 351), el señor Zhilkin expone en los siguientes términos las impresiones de un provinciano "optimista" (sic! El "optimismo" lo entiende el señor Zhilkin más o menos como Gorn o Nevedomski):

Unos terratenientes octubristas, con los que estuve hablando, razonaban así: "Se puede elegir a los demócratas-constitucionalistas. ¿Qué es lo que éstos tienen de bueno? El ser transigentes. En la Primera Duma exigieron mucho. En la Segunda transigieron. Hasta podaron el programa. Bueno, en la III Duma transigirán aún más. Regatearán y llegarán a ponerse de acuerdo. Por lo demás, y a decir verdad, entre los octubristas no tenemos a quien llevar a la Duma.

"...Que vayan a ella los demócratas-constitucionalistas. La diferencia entre nosotros no es tan grande que digamos. En la III Duma ya virarán hacia la derecha... Somos amigos de los octubristas por necesidad... ¿Dónde están sus oradores y sus grandes figuras?"

Quien valore los partidos por sus nombres, programas, promesas y discursos o quien se contente con un "marxismo" ramplón y bernsteinizado, consistente en repetir la verdad del apoyo a la democracia burguesa en la revolución burguesa, ese puede tener fe en la coalición democrática de las izquierdas y los demócratas-constitucionalistas en la III Duma. Pero quien tenga aunque sólo sea un atisbo de instinto revolucionario y piense un poco en las enseñanzas de nuestra revolución o quien se rija de verdad por el principio de la lucha de clases y enjuicie a los partidos por su carácter de clase, ése no se extrañará lo más mínimo de que el partido de la intelectualidad burguesa sólo sirva para prestar servicios lacayunos al partido de los grandes burgueses. Los Gorns y los Nevedomskis pueden creer que las divergencias entre los demócratas-constitucionalistas y la democracia son una excepción, mientras que sus divergencias con los octubristas constituyen la regla. En realidad ocurre todo lo contrario. Los demócratas-constitucionalistas son, por toda su naturaleza de clase, parientes cercanos de los octubristas. El democratismo de aquéllos es un democratismo de relumbrón, un reflejo momentáneo del democratismo de las masas o un franco engaño, en el que caen los bernsteinianos y los pequeños burgueses rusos, sobre todo los de *Továrisch*.

Pues bien, si se examina desde este lado el problema que nos ocupa, si se comprende el verdadero papel histórico de los demócratas-constitucionalistas, de esos intelectuales burgueses que ayudan al terrateniente a dar satisfacción a los mujíks con una mísera reforma, entonces aparecerá todo el abismo de la sapiencia de los Gorns y los Nevedomskis, quienes aconsejan al proletariado que *coordine* sus actividades con los demócratas-constitucionalistas! El cuadro de las "reformas" octubristas que se nos promete está bien claro. El terrateniente da tal "satisfacción" al mujik, que sin expediciones punitivas, sin la flagelación de campesinos y el

fusilamiento de obreros no se puede obligar a la población a aceptar las reformas. El profesor demócrata-constitucionalista se dedica a hacer la oposición, demostrando, desde el punto de vista de la moderna ciencia del derecho, la necesidad de reglamentar constitucionalmente las expediciones punitivas y condenando el celo excesivo de la policía. El abogado demócrata-constitucionalista se dedica a hacer la oposición, demostrando que de acuerdo a la ley deben administrarse 60 golpes en lugar de 200 y que al gobierno debe proporcionársele el dinero necesario para la adquisición de vergajos, pero a condición de que se observe la legalidad. El médico demócrata-constitucionalista está dispuesto a tomarle el pulso a los azotados y escribir un estudio acerca de la conveniencia de reducir a la mitad el máximo de azotes:

¿No ha consistido acaso en eso mismo la oposición de los demócratas-constitucionalistas en la II Duma? ¿Y acaso no está claro que, en pago a tal oposición, el terrateniente octubrista no sólo elegirá al demócrata-constitucionalista a la Duma, sino que aceptará, además, pagarle un sueldo de profesor o de otra cosa cualquiera?

En virtud de la situación objetiva, la coalición democrática de los socialistas y los demócratas-constitucionalistas en la Segunda Duma, después de la Segunda Duma o en la III Duma, no significaría en realidad más que la transformación del partido obrero en un ciego y mísero apéndice de los liberales, la completa traición de los socialistas a los intereses del proletariado y de la revolución. Es muy posible que los Gorns y los Nevedomskis no comprendan lo que hacen. Las convicciones de esa gente no suelen encontrarse más allá de la punta de la lengua. Pero, en el fondo, todos sus esfuerzos tienden a acabar con el partido independiente de la clase obrera, a acabar con la socialdemocracia. La socialdemocracia, que comprende sus tareas, debe acabar con esos señores. Por desgracia, la categoría revolución burguesa se entiende hasta ahora en nuestro país de un modo demasiado unilateral. Se pierde de vista, por ejemplo, que esa revolución debe mostrar al proletariado —y ella es la única que puede hacerlo por vez primera— cómo es *en realidad* la burguesía de *ese* país, cuáles son las particularidades *nacionales* de la burguesía y de la pequeña burguesía en esa revolución burguesa *nacional*. El proletariado sólo puede constituirse en clase independiente de un modo auténtico, definitivo y masivo, sólo puede contraponerse a todos los partidos burgueses, cuando la historia de *su* país le muestre *enteramente*

la faz de la burguesía como clase, como todo político, la faz de la pequeña burguesía como capa social, como determinada magnitud ideológica y política que se revela en unas actuaciones políticas amplias y abiertas. Nosotros debemos explicar incansablemente al proletariado las verdades teóricas que se refieren a la esencia de los intereses de clase de la burguesía y de la pequeña burguesía en la sociedad capitalista. Pero estas verdades sólo podrán ser carne y sangre de masas proletarias verdaderamente amplias cuando estas clases vean y palpén la conducta de los partidos de tal o cual clase social, cuando a la clara conciencia de su naturaleza de clase venga a sumarse la reacción directa de la psicología proletaria ante la verdadera faz de los partidos burgueses. Tal vez en ninguna parte la burguesía se ha manifestado en la revolución burguesa con tanta ferocidad reaccionaria, tan estrechamente ligada al viejo poder, tan "libre" de todo lo que remotamente pueda parecerse a una simpatía sincera por la cultura, el progreso y la salvaguardia de la dignidad humana como en nuestro país. Por eso nuestro proletariado debe sacar de la revolución burguesa rusa un odio triplicado contra la burguesía y la decisión de luchar contra ella. Probablemente en ninguna parte la pequeña burguesía —empezando por los "socialistas populares"⁸¹ y los trudoviques y terminando por la intelectualidad que se ha colado en las filas de la socialdemocracia— ha demostrado tal cobardía y falta de firmeza en la lucha, tan vil desenfreno del espíritu de abjuración ni tanto servilismo frente a los héroes de la moda burguesa o de la violencia reaccionaria. Por eso el proletariado ruso debe sacar de nuestra revolución burguesa un desprecio triplicado por la falta de vigor y de firmeza de la pequeña burguesía. Cualquiera que sea el curso ulterior de nuestra revolución y por difíciles que sean los tiempos que en ocasiones haya de atravesar el proletariado, este odio y este desprecio cohesionarán sus filas, lo depurarán de elementos inservibles salidos de otras clases, multiplicarán sus fuerzas y lo templarán para asestar los golpes que habrá de descargar llegado el momento sobre toda la sociedad burguesa.

Escrito el 22 de agosto (4 de setiembre) de 1907.

Publicado con la firma de N. L. en 1907, en la primera recopilación *Golos Zhisni*, San Petersburgo.

Se publica según el texto de la recopilación.

EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART⁸²

El Congreso socialista internacional celebrado en Stuttgart en agosto de este año se ha distinguido por la numerosa concurrencia y por el grado de representación. Los cinco continentes han enviado delegados, cuyo número total fue de 886. Pero, además de constituir una grandiosa manifestación de la unidad internacional de la lucha proletaria, el Congreso ha desempeñado un señalado papel en la fijación de la táctica de los partidos socialistas. El Congreso aprobó resoluciones generales sobre varias cuestiones que hasta entonces se resolvían exclusivamente en el seno de los distintos partidos socialistas. La cohesión del socialismo para constituir una fuerza internacional única se manifiesta con particular relieve en este aumento del número de cuestiones que exigen igual solución de principio en distintos países.

A continuación publicamos el texto completo de las resoluciones tomadas en Stuttgart⁸³. Ahora nos detendremos a examinar brevemente cada una de ellas, a fin de señalar los principales puntos en disputa y el carácter de los debates.

No es la primera vez que la cuestión colonial ocupa la atención de los congresos internacionales. Sus resoluciones han condenado invariablemente hasta ahora la política colonial de la burguesía como una política de expoliación y violencia. Esta vez, la composición de la comisión del Congreso resultó ser tal, que en ella dominaron los elementos oportunistas encabezados por el holandés Van Kol. En el proyecto de resolución se había puesto una frase, según la cual el Congreso no condenaba en principio toda política colonial, que bajo un régimen socialista puede desempeñar un papel civilizador. La minoría de la comisión (el alemán Ledebour, los socialdemócratas polacos y rusos y otros muchos) protestaron enérgicamente contra la aceptación de tal idea. La cuestión fue sometida al Congreso, en el que las fuerzas de ambas tenden-

cias resultaron ser tan iguales en número que la lucha llegó a alcanzar un apasionamiento inusitado.

Los oportunistas se agruparon en torno a Van Kol. En nombre de la mayoría de la delegación alemana, Bernstein y David propusieron que se reconociera la "política colonial socialista" y vapulearon a los radicales, acusándoles de estéril negación, incomprensión del significado de las reformas, falta de un programa colonial práctico, etc. Por cierto que Kautsky les objetó, viéndose precisado a pedir al Congreso que se pronunciara *contra* la mayoría de la delegación alemana. Señaló con razón que no se trataba en modo alguno de negar la lucha por las reformas, pues en otras partes de la resolución que no habían suscitado ninguna discusión se hablaba de ello bien claramente. De lo que se trataba era de saber si debemos hacer concesiones al actual régimen burgués de explotación y violencia. La actual política colonial debe ser discutida por el Congreso, y esa política descansa en un sometimiento sin tapujos de los salvajes. La burguesía establece en las colonias un régimen de auténtica esclavitud, somete a los indígenas a escarnios y violencias sin precedentes y los "civiliza" difundiendo el alcohol y la sífilis. ¡Y se propone que, en tales condiciones, los socialistas se dediquen a pronunciar frases evasivas sobre la posibilidad de reconocer en principio la política colonial! Ello equivaldría a adoptar abiertamente el punto de vista burgués. Ello significaría dar un paso decisivo hacia la supeditación del proletariado a la ideología burguesa, al imperialismo burgués, que ahora levanta la cabeza con particular altivez.

La propuesta de la comisión fue rechazada en el Congreso por 128 votos contra 108 y 10 abstenciones (Suiza). Advertiremos que durante las votaciones de Stuttgart, las naciones han obtenido por vez primera distinto número de votos, desde 20 (para las grandes naciones, entre ellas Rusia) hasta 2 (Luxemburgo). La suma de los votos aportados por las naciones pequeñas que no aplican una política colonial o que padecen a consecuencia de ella superó a la de los Estados cuyo afán de conquistas ha llegado a contaminar un poco incluso al proletariado.

Esta votación sobre el problema colonial tiene una importancia muy grande. En primer lugar, en ella se ha desenmascarado con particular evidencia el oportunismo socialista, que cede a las tentaciones burguesas. En segundo lugar, en este caso ha hecho acto de presencia un rasgo negativo del movimiento obrero europeo, rasgo que puede ocasionar no pocos daños a la causa del

proletariado y que por eso mismo merece se le preste gran atención. Marx cita en repetidas ocasiones una sentencia de Sismondi de enorme importancia. Los proletarios del mundo antiguo, dice esta sentencia, vivían a expensas de la sociedad; la sociedad moderna vive a expensas de los proletarios*.

La clase de los desposeídos, pero no trabajadores, no es capaz de derrocar a los explotadores. Sólo la clase de los proletarios, que mantiene a toda la sociedad, puede hacer la revolución social. Pues bien, la vasta política colonial ha llevado *en parte* al proletariado europeo a una situación por la que *no* es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias. La burguesía inglesa, por ejemplo, obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses. Tales condiciones crean en ciertos países una base material, una base económica para contaminar el chovinismo colonial al proletariado de esos países. Naturalmente, no puede tratarse más que de un fenómeno pasajero, pero aun así es preciso darse clara cuenta del mal y comprender sus causas, para poder agrupar a los proletarios de todos los países en la lucha contra ese oportunismo. Y esta lucha habrá de conducir inevitablemente al triunfo, pues las naciones "privilegiadas" representan una parte cada vez menor en el conjunto de los países capitalistas.

La cuestión de los derechos electorales femeninos, casi no suscitó discusión en el Congreso. No se halló más que una inglesa, de la ultraoportunistas "Sociedad fabiana"³⁴, que intentó defender la posibilidad de admitir la lucha socialista por la limitación de los derechos electorales de la mujer. La fabiana quedó completamente sola. Sus ideas tienen un fondo bien sencillo: las damas de la burguesía inglesa confían en obtener derechos electorales, sin hacerlos extensivos al proletariado femenino.

Al mismo tiempo y en el mismo local del Congreso socialista internacional de Stuttgart se celebró la primera Conferencia socialista femenina internacional. En ella y en la comisión del Congreso, al debatirse la resolución, se produjeron interesantes discusiones entre los socialdemócratas alemanes y austríacos. Durante su lucha por el sufragio universal, estos últimos relegaron a segundo plano la reivindicación de igualar a la mujer con el

* C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 540, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

hombre. Por consideraciones practicistas no destacaban como reivindicación el sufragio universal, sino los derechos electorales para los hombres. En los discursos de Clara Zetkin y otros socialdemócratas alemanes se indicó con razón a los austríacos que habían cometido un error, que debilitaban la fuerza del movimiento de masas al no plantear con toda energía la reivindicación de derechos electorales no sólo para los hombres, sino también para las mujeres. Las últimas palabras de la resolución de Stuttgart ("es preciso plantear la reivindicación del sufragio universal *simultáneamente* para los hombres y para las mujeres") están indudablemente relacionadas con este episodio de excesivo "practicismo" de la historia del movimiento obrero austríaco.

La resolución sobre las relaciones entre los partidos socialistas y los sindicatos reviste singular importancia para nosotros los rusos. El Congreso de Estocolmo del P.O.S.D.R. se pronunció en pro de unos sindicatos *sin partido*, adoptando, por tanto, el punto de vista de la neutralidad. Este mismo punto de vista lo han defendido siempre nuestros demócratas sin partido, los bernsteinianos y los socialistas-revolucionarios. Por el contrario, el Congreso de Londres ha formulado otro principio: el de acercar los sindicatos al partido llegando (en determinadas condiciones) hasta a reconocerles un carácter partidario. En Stuttgart, la subsección socialdemócrata de la sección rusa (los socialistas de cada país forman secciones independientes en los congresos internacionales) se dividió al discutir esta cuestión (en el examen de las demás cuestiones no hubo escisión). A saber: Plejánov defendió como principio la neutralidad. El bolchevique Vóinov* defendió el criterio antineutralista del Congreso de Londres y de la resolución belga (publicada junto con el informe de De Brouckere en los documentos del Congreso; este informe aparecerá pronto en ruso). Clara Zetkin indicó con razón, en su periódico *Die Gleichheit*⁶⁶ que los argumentos de Plejánov en defensa de la neutralidad fueron tan desafortunados como los argumentos de los franceses. Y la resolución del Congreso de Stuttgart, como justamente señaló Kautsky y como podrá persuadirse todo el que lo analice con atención, pone fin al reconocimiento de la "neutralidad" como principio. En esa resolución no se dice ni una palabra acerca de la neutralidad o sin partidismo. Por el contrario, se reconoce con

* Vóinov: seudónimo de A. Lunacharski.

toda precisión la necesidad de que los sindicatos establezcan estrechas relaciones con el partido socialista y las afiancen.

La resolución de Londres del P.O.S.D.R. sobre los sindicatos descansa desde ahora en la firme base de principios de la resolución de Stuttgart. Esta dictamina en general y para todos los países que es necesaria la existencia de sólidas y estrechas relaciones entre los sindicatos y el partido socialista; la resolución de Londres indica que, para Rusia, la forma de estas relaciones debe ser, en circunstancias favorables, el carácter partidario de los sindicatos y que a esto debe ir orientada la actividad de los miembros del partido.

Anotemos que el principio de la neutralidad dejó entrever sus lados nocivos en Stuttgart con el hecho de que la mitad de la delegación alemana, los representantes de los sindicatos, fueron quienes más resueltamente mantuvieron el punto de vista oportunista. De ahí que, por ejemplo, en Essen, los alemanes se opusieran a Van Kol (en Essen, el Congreso era sólo del partido, y no de los sindicatos), y en Stuttgart estuviesen a favor de Van Kol. La prédica de la neutralidad ha reportado *de hecho* perniciosos frutos en Alemania, haciendo el juego al oportunismo dentro de la socialdemocracia. Desde ahora no es posible dejar de tener en cuenta este hecho, y sobre todo es preciso tomarlo en consideración en Rusia, donde tan numerosos son los consejeros demócrata-burgueses del proletariado que le recomiendan la "neutralidad" del movimiento sindical.

Diremos tan sólo unas cuantas palabras acerca de la resolución sobre la emigración y la inmigración. También en este caso se produjo en la comisión un intento de defender concepciones estrechamente gremiales, de meter de contrabando la prohibición de importar obreros de los países atrasados (los coolies de China, etc.). Se trata de ese mismo espíritu aristocrático existente entre los proletarios de algunos países "civilizados", que obtienen ciertas ventajas de su situación privilegiada y tienden por eso a olvidar las reivindicaciones de la solidaridad internacional de clase. En el Congreso mismo no aparecieron defensores de esa estrechez gremial y pequeñoburguesa. La resolución responde por entero a las reivindicaciones de la socialdemocracia revolucionaria.

Pasemos ahora a la última resolución del Congreso, tal vez la más importante: la resolución sobre el problema del antimilitarismo. El célebre Hervé, que tanto ha dado que hablar en Francia y en Europa, defendió a este respecto un punto de vista semi-

anarquista, proponiendo ingenuamente que se "responda" a toda guerra con la huelga y la insurrección. Hervé no comprendió, por un lado, que la guerra es un producto necesario del capitalismo y que el proletariado no puede decir de antemano que no participará en una guerra revolucionaria, ya que en las sociedades capitalistas son posibles y ha habido guerras de esta clase. Tampoco comprendió, por otro lado, que la posibilidad de "responder" a la guerra depende del carácter de la crisis que la guerra provoca. Los medios de lucha habrán de elegirse en dependencia de estas condiciones, con la particularidad de que dicha lucha no debe consistir (este es el tercer punto de los malentendidos o de la necesidad del herveísmo) en la simple sustitución de la guerra por la paz, sino en la sustitución del capitalismo por el socialismo. No se trata de impedir únicamente el desencadenamiento de la guerra, sino de aprovechar la crisis por ella provocada para acelerar el derrocamiento de la burguesía. Sin embargo, todas las necesidades semianarquistas del herveísmo ocultaban un fondo práctico justo: dar un impulso al socialismo en el sentido de no limitarse a los métodos de lucha parlamentarios, de desarrollar en las masas la conciencia de la necesidad de actuar con métodos revolucionarios, a tenor con las crisis que la guerra lleva aparejadas inevitablemente, en el sentido, por último, de difundir entre las masas una conciencia más viva de la solidaridad internacional de los obreros y de la falsedad del patriotismo burgués.

La resolución de Bebel, propuesta por los alemanes y que en todo lo esencial coincidía con la de Guesde, adolecía del defecto de no contener ninguna indicación respecto a las tareas activas del proletariado, lo cual daba la posibilidad de leer las tesis ortodoxas de Bebel con gafas oportunistas. Y Vollmar convirtió inmediatamente dicha posibilidad en realidad.

Esta fue la razón de que Rosa Luxemburgo y los delegados socialdemócratas rusos introdujeran sus enmiendas en la resolución de Bebel. En dichas enmiendas 1) se decía que el militarismo es el principal instrumento de la opresión de clase; 2) se señalaba la tarea de la agitación entre la juventud; 3) se destacaba como tarea de la socialdemocracia luchar no sólo contra el desencadenamiento de las guerras o por el cese inmediato de las ya iniciadas, sino también por el aprovechamiento de la crisis engendrada por la guerra para acelerar la caída de la burguesía.

Todas estas enmiendas fueron incluidas por la subcomisión (elegida por la comisión del antimilitarismo) en la resolución de

Bebel. Además, Jaurès propuso un plan feliz: en lugar de señalar los medios de lucha (huelga, insurrección), indicar ejemplos históricos de lucha del proletariado contra la guerra, empezando por las manifestaciones en Europa y terminando por la revolución en Rusia. Como consecuencia de toda esta reelaboración se obtuvo una resolución que, si bien resulta excesivamente larga, es en cambio verdaderamente rica en ideas y señala con toda precisión las tareas del proletariado. En ella se combina un análisis marxista rigurosamente ortodoxo —es decir, el único científico—, con la recomendación a los partidos obreros de aplicar las medidas de lucha más resueltas y revolucionarias. Esta resolución no puede ser leída a lo Vollmar, como tampoco se la puede encajar en el estrecho marco del candoroso herveísmo.

En resumidas cuentas, el Congreso de Stuttgart ha contrapuesto elocuentemente en una serie de importantísimos problemas el ala oportunista y el ala revolucionaria de la socialdemocracia internacional y ha dado solución a estos problemas en el espíritu del marxismo revolucionario. Las resoluciones del Congreso, iluminadas por los debates, deben llegar a ser compañeras inseparables de todo propagandista y agitador. Lo realizado en Stuttgart dará un fuerte impulso a la unidad táctica y a la unidad de la lucha revolucionaria de los proletarios de todos los países.

Escrito a fines de agosto y comienzos de setiembre de 1907.

Publicado el 20 de octubre de 1907 en el núm. 17 de *Proletari*.

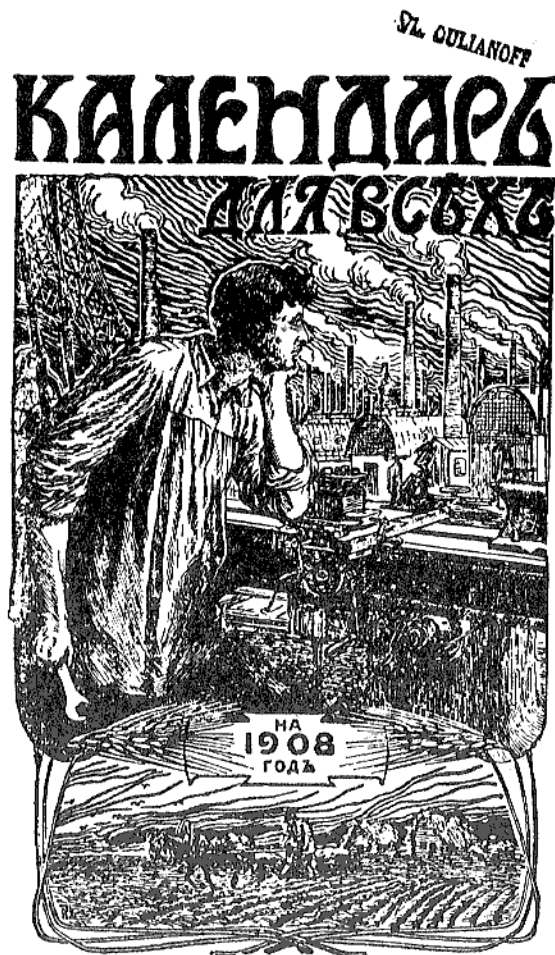
Se publica según el texto del periódico.

EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART

El Congreso que acaba de celebrarse en Stuttgart ha sido el duodécimo de la Internacional proletaria. Los primeros cinco corresponden a la época de la Primera Internacional (1866-1872), que dirigió Marx en un intento —según la acertada expresión de Bebel— de crear por arriba la unidad internacional del proletariado combatiente. Este intento no podía tener éxito mientras no se agrupasen y fortaleciesen los partidos socialistas nacionales, pero la actividad de la Primera Internacional prestó enormes servicios al movimiento obrero de todos los países y dejó huellas muy firmes.

La Segunda Internacional se inauguró en 1889, en el Congreso socialista internacional de París. En los congresos siguientes, celebrados en Bruselas (1891), Zúrich (1893), Londres (1896), París (1900) y Amsterdam (1904), esta nueva Internacional, que se apoyaba en fuertes partidos nacionales, se consolidó definitivamente. En Stuttgart estuvieron presentes 884 delegados de 25 pueblos de Europa, Asia (Japón y parte de la India), América, Australia y Africa (un delegado de Africa del Sur).

La gran significación del Congreso socialista internacional de Stuttgart reside precisamente en haber señalado la consolidación definitiva de la Segunda Internacional y la transformación de los congresos internacionales en asambleas prácticas que ejercen la mayor influencia sobre el carácter y la orientación del trabajo socialista en el mundo entero. Desde el punto de vista formal, las decisiones de los congresos internacionales no son obligatorias para las distintas naciones, pero su significación moral es tan grande que la inobservancia de estas decisiones constituye en realidad una excepción tal vez no menos rara que la inobservancia por los distintos partidos de las decisiones de sus congresos respectivos. El Congreso de Amsterdam consiguió unificar a los socialistas france-



Цѣна 25 коп.

Portada del *Calendario de 1908 para todos*, en el que se publicó el artículo de Lenin *El Congreso socialista internacional de Stuttgart*. Ejemplar personal de Lenin.
Reducido.

ses, y su resolución contra el ministerialismo ³⁶ representó realmente la voluntad del proletariado consciente de todo el mundo y determinó la política de los partidos obreros.

El Congreso de Stuttgart dio un gran paso en la misma dirección, apareciendo en toda una serie de importantes problemas como el organismo supremo de la determinación de la línea política del socialismo. El Congreso de Stuttgart fijó esa línea con más firmeza aún que el de Amsterdam en el sentido de la socialdemocracia revolucionaria y contra el oportunismo. *Die Gleichheit* órgano de las obreras socialdemócratas alemanas, dirigido por Clara Zetkin, dice a este respecto con entera razón: "en todas las cuestiones, las distintas desviaciones de algunos partidos socialistas hacia el oportunismo fueron corregidas en el sentido revolucionario gracias a la colaboración de los socialistas de todos los países".

Al mismo tiempo se dio el fenómeno, a la vez notable y aflictivo, de que la socialdemocracia alemana, que hasta entonces había defendido siempre en el marxismo un punto de vista revolucionario, manifestase inestabilidad u ocupase una posición oportunista. El Congreso de Stuttgart vino a confirmar una profunda observación de Engels acerca del movimiento obrero alemán. En una carta escrita el 29 de abril de 1886 a Sorge, veterano de la Primera Internacional, Engels decía: "En general, y sobre todo después de que los alemanes han enviado al Reichstag un número tan grande de filisteos (lo cual era sin embargo inevitable), está bien que se les dispute el papel de dirigentes del movimiento socialista internacional. En épocas de tranquilidad, en Alemania todo se torna filisteo, y en esos momentos es absolutamente imprescindible el aguijón de la competencia francesa, que no habrá de faltar."*

El aguijón de la competencia francesa no faltó en Stuttgart, donde efectivamente resultó imprescindible, ya que los alemanes dieron muestras de no poco filisteísmo. Para los socialdemócratas rusos tiene esto especial importancia, pues nuestros liberales (y no sólo ellos) se desviven por presentar justamente las partes menos brillantes de la socialdemocracia alemana como un ejemplo

* C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XXVII, pág. 755, ed. en ruso en 1935, o bien la *Correspondencia de J. F. Becker*, Dietzgen, F. Engels, C. Marx y otros con F. A. Sorge y otros, con prefacio de Lenin. S. Petersburgo, 1907, pág. 249. (Ed.)

digno de imitación. Los más reflexivos y relevantes guías espirituales de los socialdemócratas alemanes ya señalaron esta circunstancia y, dejando a un lado todo falso pudor, la presentaron resueltamente como una advertencia. “En Amsterdam —dice el órgano de Clara Zetkin—, el *leitmotiv* revolucionario de todos los debates en el parlamento del proletariado mundial fue la resolución de Dresde. En el Congreso de Stuttgart, los discursos de Vollmar en la comisión sobre el militarismo, de Pápvov en la comisión sobre la emigración, de David [y también de Bernstein, añadiremos nosotros] en la comisión colonial sonaron como una desagradable salida de tono oportunista. En la mayor parte de las comisiones y en la mayoría de los problemas, los representantes de Alemania fueron esta vez los cabecillas del oportunismo.” Y K. Kautsky, al enjuiciar el Congreso de Stuttgart, dice: “el papel dirigente que hasta ahora había venido desempeñando de hecho la socialdemocracia alemana en la Segunda Internacional, no ha aparecido esta vez por ninguna parte”.

Pasemos ahora a examinar algunas de las cuestiones discutidas en el Congreso. Las divergencias surgidas en el problema colonial no pudieron ser superadas en la comisión. La disputa entre los oportunistas y los revolucionarios fue zanjada por el propio Congreso, que la decidió en favor de los revolucionarios por una mayoría de 127 votos contra 108 y 10 abstenciones. Señalaremos aquí de paso un hecho muy grato: en todas las cuestiones, todos los socialistas de Rusia votaron unánimemente en el sentido revolucionario. (Rusia contó con 20 votos, de los cuales 10 se concedieron al P.O.S.D.R., sin contar los polacos, 7 a los socialistas-revolucionarios y 3 a los representantes de los sindicatos. Además, Polonia dispuso de 10 votos: 4 para los socialdemócratas polacos y 6 para el partido socialista polaco y las zonas no rusas de Polonia. Finalmente, los dos representantes de Finlandia dispusieron de 8 votos.)

En la comisión de la cuestión colonial se formó una mayoría oportunista, y en el proyecto de resolución apareció esta frase monstruosa: “el Congreso no condena en principio y para siempre cualquier política colonial, que en un régimen socialista puede ejercer una acción civilizadora”. Esta tesis equivalía en la práctica a una franca desviación hacia la política burguesa y la ideología burguesa, que justifica las guerras y las ferocidades coloniales. Es, dijo un delegado americano, una desviación en dirección a Roosevelt. Los intentos de justificar esta desviación por las tareas

de una “política colonial socialista” y de una positiva labor reformadora en las colonias resultaron de lo más desafortunados. El socialismo jamás ha renunciado ni renuncia a la defensa de las reformas también en las colonias, pero esto no tiene ni debe tener nada de común con el debilitamiento de nuestra posición de principio contra las conquistas, contra el sometimiento de otros pueblos, contra las violencias y el despojo, que son los elementos de la “política colonial”. El programa mínimo de todos los partidos socialistas se refiere tanto a las metrópolis como a las colonias. El concepto mismo de “política colonial socialista” es una confusión sin fin. El Congreso procedió con pleno acierto al quitar de la resolución las palabras citadas, sustituyéndolas por una condena de la política colonial en términos más duros que en las resoluciones anteriores.

La resolución sobre la actitud de los partidos socialistas ante los sindicatos tiene para nosotros, los rusos, excepcional importancia. Este problema se halla en nuestro país a la orden del día. El Congreso de Estocolmo lo resolvió en favor de los sindicatos *sin partido*, refrendando así la posición de nuestros partidarios de la *neutralidad*, con Plejánov a la cabeza. El Congreso de Londres dio un paso hacia los sindicatos *de partido* y en *contra* de la neutralidad. Como es sabido, la resolución de Londres suscitó numerosas discusiones y gran descontento en algunos sindicatos y particularmente en la prensa democrática burguesa.

En Stuttgart, el problema se planteó de hecho en los siguientes términos: ¿neutralidad de los sindicatos o su acercamiento cada vez mayor al partido? Y el Congreso socialista internacional se pronunció, como podrá convencerse el lector leyendo sus resoluciones, por un mayor acercamiento de los sindicatos al partido. La resolución no habla para nada de la neutralidad ni del *sin* partido de los sindicatos. Por eso, Kautsky, que defendía en la socialdemocracia alemana el acercamiento de los sindicatos al partido, contra la neutralidad propuesta por Bebel, pudo decir con justo derecho en su informe sobre el Congreso de Stuttgart pronunciado ante los obreros de Leipzig (*Vorwärts* 27, 1907, suplemento al núm. 209):

“La resolución del Congreso de Stuttgart dice todo lo que necesitamos. *Pone fin para siempre a la neutralidad.*” Clara Zetkin escribe: “En principio ya nadie puso objeciones (en Stuttgart) a la tendencia histórica fundamental de la lucha proletaria de clase: ligar la lucha política y la económica, ligar del modo más estrecho

posible las organizaciones de uno y otro tipo en una fuerza única de la clase obrera socialista. Tan sólo un representante de los socialdemócratas rusos, el camarada Plejánov [habría que decir: un representante de los mencheviques, que fueron quienes designaron a Plejánov para formar parte de la comisión como defensor de la "neutralidad"], y la mayoría de la delegación francesa intentaron justificar, con argumentos bastante desafortunados, ciertas limitaciones a este principio, alegando las condiciones peculiares de sus países. La aplastante mayoría de los delegados al Congreso se pronunció por una política decidida de unidad entre la socialdemocracia y los sindicatos...

Cabe señalar que el desafortunado argumento de Plejánov, según la acertada opinión de Clara Zetkin, recorrió toda la prensa legal rusa en la forma siguiente: Plejánov alegó en la Comisión del Congreso de Stuttgart que "en Rusia hay 11 partidos revolucionarios; ¿con cuál de ellos deben establecer la unidad los sindicatos?" (citamos según el suplemento 1 al núm. 196 del *Vorwärts*). Este alegato de Plejánov es falso, tanto de hecho como en principio. Dé hecho, en cada nacionalidad de Rusia no luchan más de dos partidos por la influencia entre el proletariado socialista: los socialdemócratas y los socialistas-revolucionarios; los socialdemócratas polacos y los del P. S. P. *; los socialdemócratas y los socialistas-revolucionarios letones (la llamada "unión socialdemócrata letona"); los socialdemócratas y los dashnaksutiunes ** armenios, etc. También la delegación de Rusia en Stuttgart se dividió inmediatamente en dos partes. La cifra de 11 partidos es completamente arbitraria e induce a los obreros a confusión. Y en principio Plejánov no tiene razón por cuanto en Rusia la lucha entre el socialismo proletario y el socialismo pequeñoburgués es inevitable en todas partes y también en los sindicatos. A los ingleses, por ejemplo, no se les ocurrió sublevarse contra la resolución, pese a que también ellos tienen dos partidos socialistas en pugna, los socialdemócratas (SDF **) y los "independientes" (ILP ***).

El ejemplo de Alemania muestra con particular evidencia que la idea de la neutralidad, rechazada en Stuttgart, ya ha tenido

* Partido socialista polaco.

** Social-Democratic Federation. (Ed.)

*** Independent Labour Party. (Ed.)

tiempo de ocasionar bastante daño al movimiento obrero. En este país es donde la neutralidad ha tenido una propaganda más amplia y donde más se ha aplicado. Como consecuencia se ha producido una desviación tan patente de los sindicatos alemanes hacia el oportunismo, que hasta una persona tan circunspecta en esta cuestión como Kautsky la ha reconocido abiertamente. En su informe ante los obreros de Leipzig dijo sin ambages que el "conservadorismo" de que ha dado pruebas en Stuttgart la delegación alemana "es comprensible si se mira la composición de esa delegación. La mitad de sus miembros eran representantes de los sindicatos, por lo que el «ala derecha» de nuestro partido apareció con una fuerza mayor de la que en realidad tiene en el partido".

La resolución del Congreso de Stuttgart debe acelerar sin duda alguna la ruptura decisiva de la socialdemocracia rusa con la idea de la neutralidad, tan cara a nuestros liberales. Con la debida prudencia, procediendo poco a poco, sin pasos precipitados y con el tacto necesario debemos laborar continuamente en los sindicatos a fin de acercarlos cada vez más al Partido Socialdemócrata.

En el problema de la emigración y la inmigración, la divergencia entre los oportunistas y los revolucionarios apareció con toda nitidez en la comisión del Congreso de Stuttgart. Los oportunistas acariciaban la idea de *limitar* el derecho de emigración de los obreros atrasados o subdesarrollados, en particular de los japoneses y chinos. En esas gentes pesaba más el espíritu de la estrechez gremial, del exclusivismo trade-unionista, que la conciencia de las tareas socialistas: ilustrar y organizar a las capas del proletariado no incorporadas aún al movimiento obrero. El Congreso rechazó todos los intentos de esta naturaleza. Hasta en la comisión se quedaron completamente solos los partidarios de limitar la libertad de emigración, y la resolución del Congreso internacional está penetrada de la lucha solidaria de clase de los obreros de todos los países.

La resolución sobre el derecho femenino al sufragio fue aprobada también por unanimidad. Sólo una inglesa, de la semiburguesa "Sociedad Fabiana", defendió la idea de que es admisible luchar no por la plenitud de derechos electorales para la mujer, sino por derechos restringidos en favor de las clases poseedoras. El Congreso rechazó esto de manera concluyente y se declaró partidario de que las obreras luchen por el derecho al voto, no al lado

de las defensoras burguesas de la igualdad de derechos de la mujer, sino con los partidos de clase del proletariado. El Congreso reconoció que en la campaña por el voto femenino es necesario defender plenamente los principios del socialismo y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, sin desvirtuar estos principios por ninguna consideración de conveniencia.

En la comisión surgió una interesante disparidad de opiniones sobre este punto. Los austríacos (Víctor Adler, Adelheid Popp) justificaron su táctica en la lucha por el sufragio universal de los hombres: en aras de la conquista de este derecho estimaban conveniente no presentar en el primer plano de la agitación la reivindicación de derechos electorales también para la mujer. Los socialdemócratas alemanes, en particular Clara Zetkin, habían protestado ya contra esto cuando los austríacos realizaron su campaña por el sufragio universal. Clara Zetkin declaró en la prensa que de ningún modo había que relegar la reivindicación de derechos electorales para la mujer, que los austríacos sacrificaban de un modo oportunista el principio, movidos por consideraciones de conveniencia y que, lejos de debilitar el alance de la agitación y la fuerza del movimiento popular, los vigorizarían si defendiesen con la misma energía los derechos electorales de la mujer. En la comisión se adhirió plenamente a Clara Zetkin otra destacada socialdemócrata alemana, Zietz. La enmienda de Adler, que indirectamente justificaba la táctica austríaca, fue rechazada por doce votos contra nueve (en esta enmienda sólo se dice que no haya intermitencias en la lucha por el derecho al sufragio efectivo para todos los ciudadanos, y no que la lucha por el derecho al sufragio presente siempre la reivindicación de la igualdad de derechos para el hombre y la mujer). Como mejor puede ser expresado el punto de vista de la comisión y del Congreso es con las siguientes palabras de la mencionada Zietz, tomadas de su discurso en la Conferencia internacional de mujeres socialistas (esta Conferencia se celebró en Stuttgart al mismo tiempo que el Congreso): "Tenemos que exigir por principio todo lo que consideremos justo —dijo Zietz—, y sólo cuando no existen fuerzas suficientes para la lucha, aceptamos lo que podemos conseguir. Esta ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más modestas sean nuestras exigencias, tanto más modestas serán también las concesiones del gobierno"... Por esta discusión entre las socialdemócratas austríacas y alemanas podrá ver el lector cuán severa es la actitud de los mejores marxistas ante

las menores desviaciones de una táctica revolucionaria consecuente, de principios.

El Congreso dedicó el último día al problema del militarismo, que era el que más interesaba a todos. El célebre Hervé defendió una posición muy insostenible, al no saber relacionar las guerras con el régimen capitalista en general y la agitación antimilitarista con todo el trabajo del socialismo. El proyecto de Hervé de "responder" a cualquier guerra con la huelga y la insurrección evidenció una total incompreensión del hecho de que la aplicación de tal o cual medio de lucha no depende de una decisión previa de los revolucionarios, sino de las condiciones objetivas en que se produce la crisis, económica y política, que la guerra engendre.

Pero si Hervé demostró indudable ligereza, superficialidad y afición a las frases efectistas, sería una miopía extrema oponerle tan sólo una exposición dogmática de los postulados generales del socialismo. En este error (del que no se han visto libres por completo Bebel ni Guesde) ha incurrido sobre todo Vollmar. Con la extraordinaria suficiencia de un enamorado del parlamentarismo estereotipado, Vollmar se dedicó a vapulear a Hervé, sin advertir que su misma estrechez y el acartonamiento del oportunismo obligan a reconocer la vena viva del hervéismo, pese a la forma absurda y teóricamente disparatada en que el propio Hervé plantea la cuestión. Y es que a veces ocurre que los disparates teóricos encubren cierta verdad práctica del nuevo viraje del movimiento. Justamente este aspecto de la cuestión, el llamamiento a no limitarse a valorar únicamente los métodos de lucha parlamentarios, el llamamiento a actuar en consonancia con las nuevas condiciones de la futura guerra y de las futuras crisis, es el que destacaron los socialdemócratas revolucionarios, y sobre todo Rosa Luxemburgo en su discurso. Esta propuso, con los delegados socialdemócratas rusos (Lenin y Márto, que en este caso actuaron solidariamente), ciertas enmiendas a la resolución de Bebel, en las que se subrayaba la necesidad de desarrollar una agitación entre la juventud, de aprovechar la crisis engendrada por la guerra para acelerar la caída de la burguesía, la necesidad de tener en cuenta los cambios inevitables en los medios y procedimientos de lucha a medida que se agudice la lucha de clases y se modifique la situación política. En fin de cuentas, la resolución de Bebel, dogmáticamente unilateral, sin vida, y que podía ser interpretada a lo Vollmar, quedó convertida de este modo en una resolución totalmente distinta. En ella fueron repetidos todos los postulados

teóricos, para ilustración de los herveístas, que son capaces de olvidar el socialismo en aras del antimilitarismo. Pero estos postulados no son una introducción para justificar el cretinismo parlamentario ni para consagrar los solos métodos pacíficos o para prosternarse ante una situación concreta, relativamente pacífica y tranquila, sino para reconocer todos los medios de lucha, para tener en cuenta la experiencia de la revolución rusa, para impulsar el aspecto eficaz y creador del movimiento.

El órgano de prensa de Clara Zetkin, al que ya nos hemos referido varias veces, recoge con admirable acierto, justamente este rasgo, el más destacado y el más importante, de la resolución del Congreso sobre el antimilitarismo. "También en este caso —dice Clara Zetkin refiriéndose a la resolución sobre el antimilitarismo— acabaron por triunfar la energía [*Tatkraft*] revolucionaria y la fe valerosa de la clase obrera en su capacidad de lucha, que vencieron, de un lado, al evangelio pesimista de la impotencia y al anquilosado afán de limitarse a los viejos métodos de lucha, exclusivamente parlamentarios, y, de otro lado, al simplón deporte antimilitarista de los semianarquistas franceses del tipo de Hervé. La resolución, aprobada finalmente por unanimidad, tanto por la comisión como por los casi 900 delegados de todos los países, expresa en términos categóricos el gigantesco ascenso experimentado por el movimiento obrero revolucionario desde la celebración del último Congreso internacional. La resolución plantea como principios de la táctica revolucionaria su flexibilidad, su facultad de desarrollo y su *agudización* [*Zuspitzung*] a medida que vayan madurando las condiciones para ello."

El herveísmo ha sido rechazado, pero no en favor del oportunismo, no desde el punto de vista del dogmatismo y la pasividad. El vivo anhelo de poseer nuevos métodos de lucha, cada vez más decididos, ha sido plenamente reconocido por el proletariado internacional y relacionado con toda la agudización de las contradicciones económicas, con todas las condiciones de las crisis engendradas por el capitalismo.

No es en la vacua amenaza herveísta, sino en la clara conciencia de la inevitabilidad de la revolución social, en la firme decisión de luchar hasta el final, en la disposición a utilizar los métodos de lucha más revolucionarios donde reside el significado de la resolución sobre el problema del militarismo adoptada por el Congreso socialista internacional de Stuttgart.

El ejército proletario se vigoriza en todos los países. Su

conciencia, su cohesión y su decisión no crecen por días sino por horas. Y el capitalismo se preocupa con buen éxito de hacer más frecuentes las crisis, de las que se aprovechará este ejército para destruir al capitalismo.

Escrito en setiembre de 1907.
Publicado con la firma de N. L.
en octubre de 1907, en el *Calendario de 1908 para todos*.

Se publica según el texto del calendario.

В. И. ИЛЬИНЪ.



За 12 лѣтъ

СОБРАНИЕ СТАТЕЙ

Томъ первый.

Два направленія
въ русскомъ марксизмѣ
и русской социалдемократіи.



С.-ПЕТЕРБУРГЪ.

Типографія В. Безобразова и Ч. В. О., Большой пр., д. № 61.
1908.

Carátula de la recopilación de las obras de V. I. Lenin
12 años.

Reducido.

PROLOGO A LA RECOPIACION 12 AÑOS "

La recopilación de artículos y folletos que ofrecemos al lector, comprende el período de 1895 a 1905. Constituyen el tema de los trabajos reunidos en este volumen cuestiones programáticas, tácticas y de organización de la socialdemocracia rusa. Estas cuestiones se plantean y se abordan continuamente en la lucha contra el ala derecha de la corriente marxista en Rusia.

Al principio, esta lucha se desarrolla en el terreno puramente teórico contra el señor Struve, representante principal de nuestro marxismo legal de la década del 90. Las postrimerías de 1894 y el comienzo de 1895 fueron un período de brusco viraje en nuestras publicaciones legales. Por primera vez se abrió paso en ellas el marxismo, representado no sólo por los militantes del grupo "Emancipación del Trabajo" en el exilio, sino también por los socialdemócratas rusos. La reanimación en el campo de la literatura y las apasionadas discusiones de los marxistas con los viejos dirigentes del populismo, que hasta entonces habían ejercido un dominio casi absoluto en las publicaciones avanzadas (por ejemplo, N. Mijailovski), fueron el preludio del ascenso del movimiento obrero de masas en Rusia. Los trabajos literarios de los marxistas rusos fueron los precursores directos de las acciones de lucha del proletariado, de las famosas huelgas de Petersburgo del año 1896, las cuales inauguraron la era del movimiento obrero, que luego fue creciendo sin cesar, y constituye el factor más poderoso de toda nuestra revolución.

Las condiciones en que se desenvolvían las publicaciones de entonces obligaban a los socialdemócratas a expresarse en un lenguaje convencional y a limitarse a las tesis más generales y más alejadas de la práctica y de la política. Esta circunstancia facilitó de un modo especial la unión de los elementos heterogéneos del marxismo en la lucha contra el populismo. Al lado de los socialdemócratas exilados y de los que actuaban en Rusia,

sostuvieron esta lucha hombres como los señores Struve, Bulgákov, Tugán-Baranovski, Berdiáev, etc. Eran demócratas burgueses, para los que la ruptura con el populismo no significaba el paso del socialismo pequeñoburgués (o campesino) al socialismo proletario, como lo fue para nosotros, sino al liberalismo burgués.

Ahora, la historia de la revolución rusa en general, la historia del partido demócrata-constitucionalista en particular, y en especial la evolución del señor Struve (casi hasta el octubre), han hecho esta verdad evidente de por sí, la han convertido en moneda corriente de las publicaciones. Entonces, en 1894-1895, esta verdad había que demostrarla sobre la base de las desviaciones del marxismo, relativamente pequeñas, en que incurría tal o cual escritor; entonces apenas empezaba a acuñarse esta moneda. Por eso, mi trabajo dirigido contra el señor Struve (el artículo *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*, que apareció con la firma de K. Tulin en la recopilación *Materiales sobre el desarrollo económico de Rusia*, editada en San Petersburgo, el año 1895* y que fue quemada por la censura), lo reproduzco ahora íntegramente por tres razones. En primer lugar, la crítica del punto de vista del señor Struve tiene importancia por cuanto el público lector ha podido conocer el libro del señor Struve y los artículos escritos por los populistas contra los marxistas en 1894-1895. En segundo lugar, la advertencia hecha al señor Struve por un socialdemócrata revolucionario *simultáneamente* a nuestra actuación conjunta contra los populistas, tiene importancia también como respuesta a quienes reiteradamente nos acusaban de aliarnos con tales señores y para la apreciación de la carrera política, muy significativa, del señor Struve. En tercer lugar, la vieja polémica con Struve, anticuada en muchos sentidos, reviste importancia por ser un ejemplo aleccionador. Este ejemplo muestra el valor político-práctico de una polémica teórica intransigente. Se ha reprochado infinidad de veces a los socialdemócratas revolucionarios una excesiva inclinación a tales polémicas con los "economistas", con los bernsteinianos y con los mencheviques. Y ahora estos reproches están en boga entre los "conciliadores" de dentro

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. I, ed. Cartago, 1958, páj 353. (Ed.).

del Partido Socialdemócrata y entre los semisocialistas "simpatizantes" de fuera de él. Se habla mucho entre nosotros de que los rusos en general, los socialdemócratas en particular, y de un modo especial los bolcheviques, sienten excesiva inclinación a la polémica y a las escisiones. Entre nosotros se olvida también que la excesiva inclinación a pasar del socialismo al liberalismo es engendrada por las condiciones de los países capitalistas en general, por las condiciones de la revolución burguesa en Rusia en particular, y, de un modo especial, por las condiciones de vida y de actividad de nuestros intelectuales. Desde este punto de vista no dejará de ofrecer utilidad ver lo que había diez años atrás, qué discrepancias teóricas con el "struvismo" se perfilaban ya entonces y qué pequeñas divergencias (pequeñas a primera vista) dieron origen a la plena delimitación política de los partidos y a la despiadada lucha en el parlamento, en toda una serie de órganos de prensa, en las asambleas populares, etc.

Debo señalar también, con motivo del artículo contra el señor Struve, que fue escrito sobre la base de la disertación leída por mí el otoño de 1894 en un pequeño círculo de marxistas de aquel tiempo. Del grupo de socialdemócratas que a la sazón actuaba en Petersburgo y que un año después creó la Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera, formábamos parte de este círculo St., R. y vo. De los escritores marxistas legales figuraban P. Struve, A. Potrésov y K.*. En este círculo leí la disertación titulada: *Reflejos del marxismo en la literatura burguesa*. Como se ve por el título, la polémica con Struve fue entonces incomparablemente más fuerte y concreta (por las conclusiones socialdemócratas) que en el artículo publicado en la primavera de 1895. El tono más suave se debió en parte a que hubimos de tener en cuenta la censura y en parte a la "alianza" con el marxismo legal para la lucha conjunta contra el populismo. Que el "impulso hacia la izquierda" dado entonces al señor Struve por los socialdemócratas petersburgueses tuvo algún resultado, lo demuestra claramente el artículo del señor Struve de la recopilación quemada (1895) y algunos de sus artículos en *Nóvoie Slovo*⁴¹ (1897):

Además, al leer el artículo de 1895 contra el señor Struve,

* St.: V. Stárkov; R.: S. Rádchenko; K.: R. Klasson. (Ed.)

es necesario tener en cuenta que, en muchos sentidos, es un guión de posteriores trabajos económicos (en particular, de *El desarrollo del capitalismo*). Por último, es menester llamar la atención de los lectores sobre las últimas páginas de este artículo, donde se subrayan los rasgos y aspectos positivos, a los ojos de un marxista, del populismo, como corriente democrático-revolucionaria en un país que se encontraba en vísperas de la revolución burguesa. Me refiero a la formulación teórica de las mismas tesis que 12 ó 13 años después obtuvieron expresión política práctica en el "bloque de izquierda" en las elecciones a la II Duma y en la táctica de dicho bloque. Aquellos mencheviques que combatían la idea de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos y sostenían que era absolutamente inadmisibile el bloque de izquierda, faltaron en este sentido a una tradición muy vieja y muy importante de los socialdemócratas revolucionarios: la tradición intensamente apoyada por Zariá⁴² y la vieja *Iskra*⁴³. De suyo se comprende que la admisión condicional y limitada de la táctica del "bloque de izquierda" se desprende inevitablemente de aquellos mismos puntos de vista teóricos fundamentales del marxismo sobre el populismo.

Al artículo contra Struve (1894-1895) siguen *Las tareas de los socialdemócratas rusos**, trabajo escrito a fines de 1897 sobre la base de la experiencia de la labor desarrollada por los socialdemócratas en Petersburgo durante el año 1895. Los puntos de vista que en otros artículos y folletos de esta recopilación se exponen en forma de polémica con el ala derecha de la socialdemocracia, en este folleto son expuestos en forma positiva. Los distintos prólogos a *Las tareas* son reeditados para señalar la conexión de este trabajo con los diferentes períodos del desarrollo de nuestro partido (por ejemplo, el prólogo de Axelrod subraya la relación entre el folleto y la lucha contra el "economismo", mientras que el prólogo de 1902 subraya la evolución de los secuaces de "La Voluntad del Pueblo" y de "El Derecho del Pueblo"⁴⁴).

El artículo *Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbalas del liberalismo*** fue publicado el año 1901 en *Zariá*, en el exilio. Este artículo liquida, por decirlo así, las relaciones de los social-

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. II, ed. Cartago, 1958, pág. 311. (Ed.).

** Idem, ídem, t. V, pág. 31, (Ed.).

demócratas con Struve, como político. En 1895 le hicieron advertencias y se deslindaron cautelosamente de él, como aliado. En 1901 se le declaró la guerra, como liberal incapaz de defender de un modo algo consecuente ni siquiera reivindicaciones puramente democráticas.

En 1895, algunos años antes de la "bernsteyniada"⁴⁵ en Occidente y de la plena ruptura de toda una serie de escritores "avanzados" de Rusia con el marxismo, señalé que el señor Struve era un marxista inseguro, del que debían deslindarse los socialdemócratas. En 1901, algunos años antes de la actuación del partido demócrata-constitucionalista en la revolución rusa y del fiasco político de este partido en la I y II Duma, indiqué precisamente los rasgos del liberalismo burgués de Rusia que se manifestaron en 1905-1907 en las acciones y movimientos políticos de masas. El artículo *Los Aníbalas del liberalismo* critica los razonamientos erróneos de un liberal, y esta crítica es hoy aplicable casi por entero a la política del partido liberal más importante en nuestra revolución. A los que son propensos a creer que los bolcheviques traicionamos la vieja política socialdemócrata con respecto al liberalismo cuando luchamos sin piedad contra las ilusiones constitucionales y contra el partido demócrata-constitucionalista en 1905-1907, a estas gentes les hará ver su error el artículo *Los Aníbalas del liberalismo*. Los bolcheviques siguieron fieles a las tradiciones de la socialdemocracia revolucionaria y no se dejaron arrastrar por el delirio burgués que fomentaron los liberales en la época del "zigzag constitucional" y que nubló temporalmente la conciencia del ala derecha de nuestro partido.

El folleto siguiente, *¿Qué hacer?*, apareció en el extranjero a comienzos de 1902*. Está consagrado a la crítica del ala derecha, no ya en las corrientes literarias, sino en la organización socialdemócrata. En 1898 se celebró el I Congreso de los socialdemócratas y se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La organización del partido en el exilio pasó a ser la "Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero" que comprendía también el grupo "Emancipación del Trabajo". Pero los organismos centrales del partido fueron destrozados por la poli-

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 355. (Ed.)

cia y no pudieron ser restablecidos. De hecho no existía unidad del partido: esta unidad no era más que una idea, una directiva. El apasionamiento por el movimiento huelguístico y por la lucha económica engendró entonces una forma especial de oportunismo socialdemócrata, el llamado "economismo". Cuando a fines de 1900, el grupo de *Iskra* inició su actividad en el exilio, la escisión sobre esta base era ya un hecho. Plejánov, en la primavera de 1900, abandonó la "Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero" y formó una organización aparte, la del *Sotsial-demokrat*.

Desde un punto de vista formal, *Iskra* comenzó su labor independientemente de ambas fracciones, pero, en realidad, junto con el grupo de Plejánov contra la "Unión". No prosperó el intento de fusión (junio de 1901, Congreso de la "Unión" y de la organización *Sotsial-demokrat* en Zúrich). El folleto *¿Qué hacer?* expone de un modo sistemático las causas de la divergencia y el carácter de la táctica y de la actividad orgánica *iskrista*.

Recuerdan a menudo el folleto *¿Qué hacer?* los actuales adversarios de los bolcheviques, los mencheviques, así como los escritores del campo liberal-burgués (los demócratas-constitucionalistas, los "sin título"⁴⁶ del periódico *Továrisch*, etc.). Por eso lo reproduzco con ligeras reducciones, prescindiendo únicamente de detalles sobre las relaciones orgánicas o de pequeñas observaciones de tipo polémico. En cuanto al contenido de este folleto, el lector de nuestros días debe prestar atención a lo siguiente.

El error principal de los que hoy polemizan con *¿Qué hacer?* consiste en que desligan por completo esta obra de una situación histórica determinada, de un período concreto del desarrollo de nuestro partido que ha pasado hace mucho. Incurrió patentemente en este error, por ejemplo, Parvus (sin hablar ya de numerosos mencheviques), que muchos años después de la aparición del folleto escribía sobre sus ideas erróneas o exageradas a propósito de la organización de revolucionarios profesionales.

En la actualidad, semejantes afirmaciones producen una impresión verdaderamente cómica: como si se quisiera desentenderse de todo un período en el desarrollo de nuestro partido y de las conquistas que en su tiempo fueron logradas con lucha y que ya se han afianzado hace mucho y han realizado su obra.

Hablar hoy de que *Iskra* (en 1901 y 1902!) exageraba la idea de la organización de revolucionarios profesionales, es lo mismo que si después de la guerra ruso-japonesa se reprochase

a los japoneses el haber exagerado la fuerza militar de los rusos, el haberse preocupado exageradamente antes de la guerra por la lucha contra dichas fuerzas. Los japoneses, si querían lograr la victoria, tenían que reunir todas sus fuerzas contra el máximo posible de fuerzas rusas. Es de lamentar que muchos juzguen a nuestro partido desde afuera, sin conocimiento de causa, sin ver que *ahora* la idea de la organización de revolucionarios profesionales ha alcanzado *ya* una victoria completa. Pero tal victoria hubiera sido imposible si en su tiempo no se hubiese presentado esta idea en *primer plano* y si no se hubiese expuesto "exageradamente" a quienes impedirían ponerla en práctica.

¿*Qué hacer?* es el *compendio* de la táctica *iskrista* y de la política *iskrista* en materia de organización durante los años 1901 y 1902. Un "compendio", ni más ni menos. Quien se tome el trabajo de ver la *Iskra* de 1901 y 1902, indudablemente se convencerá de ello *. Y quien juzgue este compendio sin conocer la lucha de *Iskra* contra el economismo, a la sazón *predominante*, y sin comprender esta lucha, no hará sino lanzar palabras al viento. *Iskra* luchó por la creación de una organización de revolucionarios profesionales, luchó con particular energía en 1901 y 1902, dio al traste con el economismo, entonces *predominante*, *creó* definitivamente esta organización en 1903, la mantuvo a pesar de la escisión posterior de los *iskristas*, a pesar de las grandes convulsiones de la época de tormenta y embate, la mantuvo durante toda la revolución rusa, la defendió y la mantuvo desde 1901-1902 hasta 1907.

Y ahora, cuando la lucha por esta organización ha terminado hace mucho, cuando se ha hecho la siembra, ha madurado el grano y ha terminado la recolección, hay quienes dicen: "¡Se exageró la idea de la organización de revolucionarios profesionales!" ¿No es ridículo esto?

Tomad el período prerrevolucionario y los primeros dos años y medio de la revolución (1905-1907). Comparad durante este tiempo nuestro Partido Socialdemócrata con los demás partidos en cuanto a su cohesión, grado de organización y continuidad. Tendréis que reconocer que en *este* sentido es *indiscutible* la superioridad de nuestro partido sobre *todos* los demás, tanto sobre

* En el tercer tomo de la presente edición se reproducirán los artículos más importantes de *Iskra* de aquellos años 47.

los demócratas-constitucionalistas como sobre los socialistas-revolucionarios, etc. Antes de la revolución, el Partido Socialdemócrata trazó un programa reconocido formalmente por todos los socialdemócratas y, al introducir en él modificaciones, no se escindió a causa del programa. El Partido Socialdemócrata, a pesar de la escisión, de 1903 a 1907 (formalmente, de 1905 a 1906) fue el que más informó a la opinión pública acerca de su situación interna (actas de los congresos: el II, de todo el Partido; el III de los bolcheviques, y el IV, o Congreso de Estocolmo de todo el Partido). El Partido Socialdemócrata, a pesar de la escisión, utilizó antes que todos los demás partidos el destello temporal de libertad para hacer efectivo el régimen democrático ideal de organización abierta, con elección de cargos y con representación en los congresos según el número de miembros organizados del partido. Esto no existe hasta ahora ni en el Partido Socialista Revolucionario ni en el de los demócratas-constitucionalistas, el partido burgués mejor organizado y casi legal que posee incomparablemente más medios económicos que nosotros, más posibilidades de utilizar la prensa y de actuar legalmente. ¿Acaso las elecciones a la II Duma, en las que participaron todos los partidos, no demostraron claramente que la cohesión orgánica de nuestro partido y de nuestra minoría en la Duma es superior a la de todos los demás partidos?

Cabe preguntar: ¿quién ha realizado, quién ha encarnado esta superior cohesión, solidez y firmeza de nuestro partido? La organización de revolucionarios profesionales, creada más que nada gracias a *Iskra*. A quien conozca bien la historia de nuestro partido, a quien haya pasado por las vicisitudes de su formación, le bastará echar una simple ojeada a la composición de las delegaciones de cualquier fracción, por ejemplo, las del Congreso de Londres, para persuadirse de esto, para ver al instante el viejo núcleo fundamental que preparó y forjó al partido con más celo que nadie. Naturalmente, la condición fundamental de este éxito fue que la clase obrera, cuyos mejores elementos crearon la socialdemocracia, se diferencia en virtud de causas económicas objetivas de todas las demás clases de la sociedad capitalista por su mayor capacidad de organización. Sin esta condición, la organización de revolucionarios profesionales sería un juego, una aventura, un rótulo vacío, y el folleto *¿Qué hacer?* subraya reiteradamente que la organización defendida por él tiene senti-

do sólo en ligazón con la "verdadera clase revolucionaria, que se alza espontáneamente a la lucha". Pero la máxima capacidad objetiva del proletariado para unirse como clase se realiza por hombres vivos y precisamente en determinadas formas orgánicas. En nuestras condiciones históricas, en la Rusia de 1900-1905, ninguna otra organización que no fuese la *iskrista* podía crear un tal partido obrero socialdemócrata como el que ha sido creado. Los revolucionarios profesionales han hecho su obra en la historia del socialismo proletario ruso. Y no hay fuerza capaz de destruir ahora esta obra, que desde hace mucho ha rebasado el estrecho marco de los "círculos" de 1902-1905; el significado de las conquistas ya logradas no se verá restado por los tardíos lamentos a causa de haber exagerado las tareas de combate quienes en su tiempo sólo podían asegurar a través de la lucha un enfoque acertado del cumplimiento de estas tareas.

Acabo de referirme al estrecho marco de los círculos de los tiempos de la vieja *Iskra* (a fines de 1903, desde el núm. 51, *Iskra* se inclinó al menchevismo y proclamó: "entre la vieja y la nueva *Iskra* media un abismo" —palabras de Trotski en un folleto aprobado por la redacción menchevique de *Iskra*). Conviene decir unas cuantas palabras aclaratorias acerca de este espíritu de círculo al lector de nuestros días. Tanto en el folleto *¿Qué hacer?* como en el folleto posterior *Un paso adelante, dos pasos atrás**, el lector asiste a una lucha apasionada, a veces sañuda y de exterminio, entre los círculos del exilio. Es indudable que esta lucha ofrece muchos aspectos ingratos. Es indudable que esta lucha de círculos constituye un fenómeno que sólo es posible cuando el movimiento obrero del país es aún muy joven, muy poco maduro. Es indudable que los actuales militantes del actual movimiento obrero ruso deben romper con las numerosas tradiciones de los círculos, deben olvidar y desechar muchas pequeñas de la vida de los círculos y de las rencillas de los mismos para cumplir mejor las tareas de la socialdemocracia en nuestra época. La ampliación del partido con elementos proletarios es lo único que puede, en relación con la lucha abierta de masas, acabar con los restos del espíritu de círculo heredados del pasado y que no corresponden a las tareas del presente. El paso a la organización democrática del partido obrero, proclamado por los

* *Obras Completas*, t. VII, ed. cit. págs. 201-429. (Ed.)

bolcheviques en *Nóvaia Zhisn*⁴⁸ en noviembre de 1905*, en cuanto se crearon condiciones para la actuación legal, era ya, en realidad, una ruptura definitiva con las supervivencias de ese viejo espíritu de círculo...

Sí, "con las supervivencias", pues no basta condenar el espíritu de círculo, es preciso saber comprender su importancia dadas las condiciones peculiares de la época anterior. En su tiempo, los círculos fueron necesarios y jugaron un papel positivo. En un país autocrático en general, en las condiciones que fueron creadas por toda la historia del movimiento revolucionario ruso en particular, el partido obrero socialista no podía desarrollarse de otro modo que sobre la base de los círculos. Los círculos, es decir, las agrupaciones de muy reducido número de personas, agrupaciones estrechas, cerradas y casi siempre basadas en la amistad personal, fueron una etapa necesaria del desarrollo del socialismo y del movimiento obrero en Rusia. A medida que crecía este movimiento, se planteó la tarea de agrupar los círculos, de crear un sólido vínculo entre ellos y de establecer la continuidad. No se podía cumplir esta tarea sin crear una fuerte base de operaciones "inaccesible" a la autocracia, es decir, en el extranjero. Los círculos del exilio surgieron, pues, por imperativo de la necesidad. Entre ellos no existía enlace, sobre ellos no existía la autoridad de un partido ruso, era forzoso que discrepasen en cuanto a la comprensión de las tareas fundamentales del movimiento en un momento dado, es decir, en cuanto a la comprensión de cómo precisamente había que organizar tal o cual base de operaciones y en qué sentido era preciso ayudar a la organización general del partido. En tales condiciones era inevitable la lucha entre los círculos. Ahora, lanzando una mirada retrospectiva, vemos claramente qué círculo estaba realmente en condiciones de cumplir la función de base operativa. Pero entonces, en los comienzos de la actividad de los distintos círculos, nadie podía decir esto, y sólo la lucha podía zanjar la discusión. Recuerdo que Parvus reprochaba más tarde a la vieja *Iskra* el haber librado una lucha de exterminio entre los círculos y propugnaba, a posteriori, una política conciliadora. Pero esto era fácil decirlo a posteriori, y decirlo significaba dar pruebas de incomprensión de las condiciones que entonces reinaban. En

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, págs. 22-32, artículo *Sobre la reorganización del partido*. (Ed.)

primer lugar, no existía ningún criterio para juzgar de la fuerza y *seriedad* de tales o cuales círculos. Había muchos artificiales que ahora están olvidados, pero que en aquellos tiempos querían demostrar a través de la lucha su derecho a la existencia. En segundo lugar, las discrepancias entre los círculos giraban en torno a cómo *orientar* la labor, que a la sazón era aún nueva. Ya señalé entonces (en *¿Qué hacer?*) que las discrepancias parecían pequeñas, pero en realidad tenían enorme importancia, pues al comienzo de la nueva labor, al comienzo del movimiento socialdemócrata, la determinación del carácter general de esta labor y de este movimiento se reflejaría del modo más esencial en la propaganda, la agitación y la organización. Todas las discusiones posteriores entre los socialdemócratas giraron en torno a cómo orientar la actividad política del partido obrero en tales o cuales casos. Pero entonces se trataba de determinar las bases más generales y las tareas cardinales de *toda* política socialdemócrata en general.

Los círculos hicieron su labor, y ahora, claro está, están superados, pero únicamente porque la lucha de los círculos planteó con la mayor agudeza las cuestiones primordiales de la socialdemocracia, las resolvió con un espíritu revolucionario intransigente y creó así una sólida base para una amplia actividad de partido.

De los problemas particulares planteados en las publicaciones con relación al folleto, *¿Qué hacer?*, señalaré sólo las dos siguientes. Plejánov, en la *Iskra* de 1904, poco después de aparecer el folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, proclamó su disconformidad de principio conmigo en la cuestión de la espontaneidad y la conciencia. Yo no contesté a esto (si se exceptúa una nota en *Vperiod* * 40 de Ginebra) ni a las numerosas reiteraciones sobre este tema aparecidas en las publicaciones mencheviques, y no contesté porque la crítica de Plejánov era evidentemente por su carácter un vano intento de agarrarse a las ramas, se basaba en frases tomadas al azar, en expresiones sueltas que yo no había formulado con todo acierto o con plena exactitud, pero se hacía caso omiso del contenido general y de todo el espíritu del folleto. *¿Qué hacer?* apareció en marzo de 1902. El proyecto de programa

del partido (el de Plejánov, con las enmiendas de la Redacción de *Iskra*) fue publicado en junio o julio de dicho año. La relación entre lo espontáneo y lo consciente fue formulada en este proyecto con el asentimiento de toda la Redacción de *Iskra* (las discusiones sobre el programa entre Plejánov y yo se desarrollaron dentro de la Redacción, pero no en torno a este problema, sino en lo referente al desplazamiento de la pequeña producción por la grande, sobre lo cual yo exigía una formulación más precisa que la de Plejánov, y en lo referente a la diferencia del punto de vista del proletariado o de las clases trabajadoras en general, sobre lo cual yo insistía en la necesidad de dar una definición más estricta del carácter puramente proletario del partido).

Por consiguiente, no podía hablarse de ninguna diferencia de principio acerca de esta cuestión entre el proyecto de programa y el folleto *¿Qué hacer?* En el II Congreso (agosto de 1903), Martínov, entonces economista, se opuso a nuestros puntos de vista sobre la espontaneidad y la conciencia, expuestos en el programa. Rebatieron a Martínov todos los iskristas, como subrayo en el folleto *Un paso adelante, etc.* De aquí se desprende claramente que existía una discrepancia de fondo entre los iskristas y los economistas, los cuales combatían *lo que había de común* entre *¿Qué hacer?* y los proyectos de programa. Ahora bien, tampoco en el II Congreso pensé erigir en algo "programático", en principios especiales, mis formulaciones hechas en *¿Qué hacer?* Por el contrario, empleé la expresión de doblar el palo hacia el otro lado, que más tarde se citó tan a menudo. En *¿Qué hacer?* se enderezaba el palo que había sido torcido por los economistas; eso dije yo (véanse las actas del II Congreso del P.O.S.D.R. de 1903, Ginebra, 1904), y precisamente porque enderezamos con toda energía las torceduras, nuestro "palo" será siempre el más derecho*.

El sentido de estas palabras es claro: *¿Qué hacer?* rectifica polémicamente el economismo, y sería erróneo examinar su contenido al margen de dicha tarea del folleto. Anotaré que el artículo de Plejánov contra *¿Qué hacer?* no fue reproducido en la recopilación de la nueva *Iskra* (*Dos años*), por lo que no me refiero ahora a los argumentos de Plejánov y me limito a explicar el fondo

* *Obras Completas*, t. VIII, ed. cit. pág. 243, (Ed.)

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. VI, ed. Cartago, 1959, II Congreso del P.O.S.D.R. Discurso del 22 de julio (4 de agosto) sobre el programa del partido, pág. 487. (Ed.)

del asunto al lector de nuestros días, que puede encontrarse con referencias a esta cuestión en numerosas publicaciones mencheviques.

La otra observación se refiere a la lucha económica y a los sindicatos. En las publicaciones se deforman a menudo mis opiniones sobre esta cuestión. Por eso es necesario subrayar que muchas páginas de *¿Qué hacer?* están dedicadas a explicar la enorme importancia de la lucha económica y de los sindicatos. En particular, yo me pronuncié por la *neutralidad* de los sindicatos. Desde entonces, ni en los folletos ni en los artículos de prensa *me he manifestado de otro modo*, a pesar de las múltiples afirmaciones hechas por mis contendientes. Sólo el Congreso de Londres del P.O.S.D.R. y el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart me hicieron llegar a la conclusión de que no se podía defender *en principio* la neutralidad de los sindicatos. El único principio acertado consiste en la mayor aproximación de los sindicatos al partido. Nuestra política debe tender a *acercar y ligar* los sindicatos al partido. Hay que aplicar esta política con *perseverancia y firmeza* en toda nuestra propaganda y agitación y en el trabajo de organización, sin aspirar a simples "reconocimientos" y sin expulsar de los sindicatos a los que piensan de distinto modo.

* * *

El folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás* apareció en Ginebra el verano de 1904. Se describe en él la primera fase de la escisión entre mencheviques y bolcheviques, iniciada en el II Congreso (agosto de 1903). He prescindido de cerca de la mitad del texto, pues los detalles menudos de la lucha en torno a los problemas de organización, sobre todo en lo que atañe a la composición de los organismos centrales del partido, no pueden interesar en absoluto a los lectores de nuestros días y, en realidad, merecen que se les olvide. Considero que lo esencial es el análisis de la lucha entre las distintas opiniones sobre táctica y sobre otras cuestiones en el II Congreso y la polémica con los mencheviques en punto a la organización: lo uno y lo otro es necesario para comprender el menchevismo y el bolchevismo como corrientes que han impreso su sello a toda la actividad del partido obrero en nuestra revolución.

De los debates en el II Congreso del Partido Socialdemócrata señalaré los relativos al programa agrario. Los acontecimientos demostraron sin duda alguna que nuestro programa de entonces (la devolución de los recortes *) era desmesuradamente estrecho y *subestimaba* las fuerzas del movimiento campesino democrático-revolucionario. A esto me referiré con más detalle en el segundo volumen de la presente edición **. Aquí es importante subrayar *que incluso este programa agrario desmesuradamente estrecho pareció demasiado amplio* en aquel tiempo al ala derecha del Partido Socialdemócrata. ¡Martínov y otros economistas lucharon contra él porque, según ellos, iba demasiado lejos! Esto indica la gran importancia práctica que tuvo la lucha de la vieja *Iskra* contra el economismo, la lucha contra la reducción y el empequeñecimiento de todo el carácter de la política socialdemócrata.

Las discrepancias con los mencheviques en aquel tiempo (primera mitad de 1904) se circunscribían a las cuestiones de organización. Yo calificué la posición menchevique de "oportunismo en cuestiones de organización". P. Axelrod, objetando a esto, escribía a Kautsky: "dada mi escasa capacidad mental, no estoy en condiciones de comprender qué es eso de «oportunismo en cuestiones de organización», que se presenta en escena como algo independiente, fuera de la ligazón orgánica con los puntos de vista en orden al programa y a la táctica". (Carta del 6 de junio de 1904, publicada en la recopilación de la nueva *Iskra* titulada *Dos años*, parte II, pág. 149.)

La ligazón orgánica del oportunismo en las opiniones sobre organización y sobre táctica la ha demostrado de manera suficiente toda la historia del menchevismo en 1905-1907. Por lo que se refiere a lo "incomprensible" del "oportunismo en cuestiones de organización", la vida ha confirmado la justeza de mi juicio con una brillantez que yo no podía esperar. Bastará indicar que el propio menchevique Cherevanin se ha visto precisado ahora a reconocer (véase su folleto sobre el Congreso de Londres del P.O.S.D.R. de 1907) que de los planes de Axelrod en materia de organización (el famoso "Congreso obrero", etc.) sólo derivan

* *Recortes o tierras recortadas*: tierras que los terratenientes arrebataron a los campesinos al abolirse el régimen de servidumbre en Rusia. (Ed.)

** Véanse en el presente tomo las págs. 259-261. (Ed.)

escisiones funestas para la causa del proletariado. Es más, ese mismo menchevique Cherevanin cuenta en dicho folleto que Plejánov tuvo que luchar en Londres dentro de la fracción menchevique contra el “anarquismo en cuestiones de organización”. Así, pues, en 1904 no luché en vano contra el “oportunismo en cuestiones de organización”, puesto que en 1907 tanto Cherevanin como Plejánov tuvieron que reconocer el “anarquismo en cuestiones de organización” de influyentes mencheviques.

Del oportunismo en la organización, los mencheviques llegaron al oportunismo en la táctica. El folleto *La campaña de los zemstvos y el plan de “Iskra”** (apareció en Ginebra a fines de 1904, según parece en noviembre o diciembre) señala el primer paso de los mencheviques por este camino. En las publicaciones actuales no es raro encontrar pasajes en los que se dice que las discrepancias con motivo de la campaña de los zemstvos fueron suscitadas por la negación —por parte de los bolcheviques— de toda utilidad de las manifestaciones ante los defensores de los zemstvos. Como verá el lector, esta es una opinión completamente equivocada. La divergencia fue suscitada porque los mencheviques hablaron entonces de no sembrar el pánico entre los liberales, y aún más porque después de la huelga de Rostov de 1902, después de las huelgas y barricadas del verano de 1903 y en vísperas del 9 de enero de 1905 los mencheviques erigieron las manifestaciones ante los defensores de los zemstvos en el tipo superior de manifestación. En el núm. 1 del periódico bolchevique *Vperiod* (Ginebra, enero de 1905), esta apreciación del plan menchevique de la “campaña de los zemstvos”⁵⁰ fue expresada en el título del artículo dedicado a este problema: “Excelentes manifestaciones de los proletarios y pésimos razonamientos de los intelectuales.”**

El último folleto reproducido en esta recopilación, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, apareció en Ginebra el verano de 1905***. En él se exponen ya de modo sistemático las discrepancias tácticas fundamentales con los

* *Obras Completas*, t. VII, ed. cit. págs. 501-522. (Ed.)

** *Idem*, t. VIII, págs. 22-28. (Ed.)

*** *Idem*, t. IX, págs. 9-132. (Ed.)

mencheviques; las resoluciones del “III Congreso del P.O.S.D.R.” (bolchevique) de la primavera en Londres y de la Conferencia menchevique de Ginebra dieron forma cabal a estas discrepancias y llevaron a una divergencia cardinal en la apreciación de toda nuestra revolución burguesa desde el punto de vista de las tareas del proletariado. Los bolcheviques asignaron al proletariado el papel de jefe en la revolución democrática. Los mencheviques redujeron el papel del proletariado a las tareas de “oposición extrema”. Los bolcheviques determinaron positivamente el carácter y significado de clase de la revolución al decir: la revolución victoriosa es “la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos”. Los mencheviques interpretaron siempre tan erróneamente el concepto de revolución burguesa, que de sus puntos de vista se deducía la aceptación de que el proletariado desempeñase en la revolución un papel subordinado y dependiente de la burguesía.

Es sabido cómo se reflejaron en la práctica estas discrepancias de principio. Boicot a la Duma de Bulyguin por los bolcheviques y vacilaciones de los mencheviques. Boicot a la Duma de Witte por los bolcheviques y vacilaciones de los mencheviques, que llamaron a votar, pero no para la Duma. Apoyo al gabinete demócrata-constitucionalista y a la política demócrata-constitucionalista en la Primera Duma por los mencheviques y desenmascaramiento decidido de las ilusiones constitucionales y del espíritu contrarrevolucionario demococonstitucionalista por los bolcheviques, junto con la propaganda de la idea del “Comité ejecutivo de las izquierdas”⁵¹. Luego, bloque de izquierdas propugnado por los bolcheviques en las elecciones de la Segunda Duma y bloques con los demócratas-constitucionalistas por parte de los mencheviques, etc., etc.

Al parecer, ha llegado a su fin el “período demócrata-constitucionalista” de la revolución rusa (expresión del folleto *El triunfo de los kadetes y las tareas del partido obrero*, marzo de 1906)*. Está plenamente desenmascarado el espíritu contrarrevolucionario de los demócratas-constitucionalistas. Ellos mismos comienzan a reconocer que han luchado todo el tiempo contra la revolución, y el señor Struve llega a expresar sinceramente las ideas

* Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, págs. 193-270. (Ed.)

más recónditas del liberalismo demócrata-constitucionalista. Cuanta mayor atención preste ahora el proletariado consciente a todo este período demócrata-constitucionalista en su conjunto y a todo este "zigzag constitucionalista", con tanta mayor evidencia se verá que los bolcheviques enjuiciaron por anticipado dicho período y la naturaleza del partido demócrata-constitucionalista con entera justeza y que los mencheviques aplicaron en realidad una política errónea, cuyo significado objetivo equivalía a sustituir la política proletaria independiente por la política de subordinación del proletariado al liberalismo burgués.

* * *

Lanzando una mirada de conjunto a la lucha de las dos corrientes del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa durante estos 12 años (1895-1907), no se puede menos que llegar a la conclusión de que el "marxismo legal", el "economismo" y el "menchevismo" representan formas distintas de manifestarse una misma tendencia histórica. El "marxismo legal" del señor Struve (1894) y de otros elementos semejantes a él fue el *reflejo del marxismo en las publicaciones burguesas*. El "economismo", como corriente particular de la labor socialdemócrata en 1897 y en los años siguientes fue la aplicación efectiva del programa del *Credo liberal-burgués*: la lucha económica, para los obreros, la lucha política, para los liberales. El menchevismo no es sólo una corriente literaria, no es sólo una tendencia de la labor socialdemócrata, sino una fracción coherente, que aplicó durante el primer período de la revolución rusa (1905-1907) una política peculiar, *la cual supeditaba de hecho el proletariado al liberalismo burgués* *.

* El análisis de la lucha de las diferentes tendencias y matices en el II Congreso del Partido (Ver el folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1904) demuestra de modo indiscutible la ligazón directa e inmediata del "economismo" de 1897 y de los años siguientes con el "menchevismo". En cuanto a la ligazón del "economismo" dentro de la socialdemocracia con el "marxismo legal" o "struvismo" de 1895 a 1897, la señalé en el folleto *¿Qué hacer?* (1902). El marxismo legal, el economismo y el menchevismo están vinculados entre sí no sólo ideológicamente, sino además por una continuidad histórica directa.

En todos los países capitalistas, el proletariado está inevitablemente ligado por miles de escalones de transición con su vecino de la derecha: la pequeña burguesía. En todos los partidos obreros es inevitable la formación de un ala derecha más o menos definida, que en sus opiniones, en su táctica y en su "línea" de organización refleja las tendencias del oportunismo pequeño-burgués. En un país tan pequeñoburgués como Rusia, o en la época de la revolución burguesa, en la época de los primeros gérmenes del joven Partido Obrero Socialdemócrata, estas tendencias no podían menos de manifestarse con mucho mayor relieve, de un modo más concreto y con más claridad que en ningún otro sitio de Europa. El conocimiento de las diferentes manifestaciones de esta tendencia en la socialdemocracia de Rusia en los distintos períodos de su desarrollo es necesario para fortalecer el marxismo revolucionario y para templar a la clase obrera rusa en su lucha liberadora.

Setiembre de 1907.

Publicado en noviembre de 1907
en la recopilación *12 años*, San
Petersburgo.

Se publica según el texto de la
recopilación.

LA REVOLUCION Y LA CONTRARREVOLUCION

En octubre de 1905 el ascenso revolucionario en Rusia alcanzó su punto culminante. El proletariado apartó de su camino la Duma bulygüiniana e incorporó a las grandes masas populares a la lucha directa contra la autoocracia. En octubre de 1907 experimentamos el descenso mayor, al parecer, de la lucha abierta de las masas. Sin embargo, el período de declinación, iniciado después de la derrota de diciembre de 1905, no sólo ha traído consigo el florecimiento de las ilusiones constitucionales, sino también su total bancarrota. La III Duma, convocada después de la disolución de la I y la II Duma y del golpe de estado del 3 de junio, pone fin claramente al período de la fe en la convivencia pacífica de la autoocracia con la representación popular y abre una nueva época en el desarrollo de la revolución.

En un período como el que atravesamos se impone por sí misma la comparación entre la revolución y la contrarrevolución en Rusia, entre el período de embate revolucionario (1905) y el período de juego contrarrevolucionario a la Constitución (1906 y 1907). Toda determinación de una línea política para los próximos tiempos lleva implícita inevitablemente esa comparación. La contraposición de los "errores de la revolución" o las "ilusiones revolucionarias" a la "labor constitucional positiva" constituye el tema fundamental de la literatura política contemporánea. En torno a esto vociferan los demócratas-constitucionalistas en las asambleas electorales. Sobre ello clama, despotrica y perora la prensa liberal. Vemos ahí al señor Struve, descargando con vehemencia y rencor contra los revolucionarios su despecho por el fracaso definitivo de las esperanzas de un "compromiso". Ahí está también Miliukov, a quien, pese a todos sus melindres y su jesuitismo, el curso de los acontecimientos ha llevado a una explícita, cabal y —eso es lo importante— sincera confesión: "Los enemigos están a la izquierda." Y ahí vemos a publicistas que encarnan el espíritu de *Továrisch*, como Kuskova, Smirnov,

Plejánov, Gorn, Iordanski, Cherevanin y otros, reprobando la imprudencia de la lucha sostenida de octubre a diciembre y propugnando, más o menos desembozadamente, la coalición "democrática" con los demócratas-constitucionalistas. Los verdaderos elementos demócrata-constitucionalistas de esta turbia corriente expresan los intereses contrarrevolucionarios de la burguesía y el servilismo ilimitado de la pequeña burguesía intelectual. En cambio, entre los elementos que todavía no han llegado del todo a las posiciones de Struve el rasgo predominante es que *no comprenden* el nexo entre la revolución y la contrarrevolución en Rusia y que son incapaces de considerar todo lo que hemos vivido como un solo movimiento social íntegro, que se desarrolla en conformidad con su lógica interna.

El período de embate revolucionario ha mostrado *en acción*, de qué clases se compone la población de Rusia y la actitud de cada una de ellas ante la vieja autoocracia. Los hechos han enseñado a todos y a cada uno, incluso a las personas completamente ajenas al marxismo, a llevar la cronología de la revolución a partir del 9 de enero de 1905, o sea, desde el primer movimiento político *consciente* de masas pertenecientes a una *clase* determinada. Cuando la socialdemocracia dedujo del análisis de la realidad económica de Rusia que al proletariado le correspondía el papel rector y la hegemonía en nuestra revolución, esto fue interpretado como un docto pasatiempo de teóricos. La revolución vino a confirmar nuestra teoría, ya que es la única teoría verdaderamente revolucionaria. El proletariado ha estado de hecho todo el tiempo al frente de la revolución. La socialdemocracia ha sido de hecho el destacamento ideológico de vanguardia del proletariado. La lucha de las masas cobró impulso, bajo la dirección del proletariado, con extraordinaria rapidez, con más rapidez de la que se imaginaban muchos revolucionarios. En el lapso de un año esta lucha alcanzó las formas más enérgicas de empuje revolucionario que registra la historia, culminando en la huelga de masas y en la insurrección armada. La organización de las masas proletarias avanzó con sorprendente rapidez en el trascurso mismo de la lucha. Siguiendo al proletariado, comenzaron a organizarse otras capas de la población, que formaban las fuerzas combativas del pueblo revolucionario. Se organizó la masa semiproletaria de empleados de la más diversa condición y luego la democracia campesina, los intelectuales profesionales, etc. El período de victorias proletarias fue un período desconocido

en Rusia de gigantesco incremento (incluso en el marco europeo) del grado de organización general de las masas. El proletariado consiguió en ese tiempo toda una serie de mejoramientos en las condiciones de su trabajo. La masa campesina logró un "amino-ramiento" de la arbitrariedad de los terratenientes y la reducción de los precios de arriendo y de venta de la tierra. Toda Rusia alcanzó una considerable libertad de reunión, de palabra y de asociación, consiguió que la autocracia renunciase ante todo el país a los viejos métodos y que fuera reconocida la Constitución.

Todo lo que conquistó hasta ahora el movimiento de liberación en Rusia fue obtenido única y exclusivamente mediante la lucha revolucionaria de las masas, encabezadas por el proletariado.

El viraje en el desarrollo de la lucha se inicia con la derrota de la insurrección de diciembre. Paso a paso, la contrarrevolución emprende la ofensiva a medida que se debilita la lucha de las masas. En la época de la I Duma esta lucha se expresaba aún muy considerablemente en la intensificación del movimiento campesino, en la amplia destrucción de los nidos de los terratenientes feudales y en toda una serie de sublevaciones de soldados. Entonces la reacción atacaba lentamente, sin decidirse de una vez a dar un golpe de estado. Tan sólo después de aplastadas las sublevaciones de Sveaborg y de Kronstadt de julio de 1906, la reacción se hace más atrevida, restablece el régimen de los consejos de guerra sumarísimos, empieza a escamotear el derecho electoral (las "aclaraciones senatoriales"⁵²) y, por último, se lanza definitivamente al asedio policíaco de la II Duma y demuele por entero la ponderada Constitución. Todas las organizaciones de masas espontáneas y libres fueron sustituidas en esta época por la "lucha legal" en el marco de la Constitución policíaca, interpretada por los Dubasovs y los Stolypins. La primacía de la socialdemocracia fuereemplazada por la preponderancia de los demócratas-constitucionalistas, que dominaban en las dos Dumas. El período de descenso del movimiento de masas fue el período de mayor esplendor del partido demócrata-constitucionalista, que explotó este descenso, presentándose como "luchador" por la Constitución. El partido de los demócratas-constitucionalistas hizo todos los esfuerzos para inculcar en el pueblo fe en esa Constitución y propugnó que era necesario limitarse precisamente a la lucha "parlamentaria".

El fracaso de la "Constitución demócrata-constitucionalista" es el fracaso de la táctica y de la hegemonía de los demócratas-constitucionalistas en la lucha de liberación. El egoísta carácter de clase de todas las digresiones de nuestro liberalismo acerca de las "ilusiones revolucionarias" y de los "errores de la revolución" se hace evidente al confrontar ambos períodos de la revolución. La lucha de las masas proletarias ha reportado conquistas a todo el pueblo. La dirección liberal del movimiento no ha deparado nada más que derrotas. El empuje revolucionario del proletariado elevó incesantemente la conciencia de las masas y su grado de organización, planteando ante ellas tareas cada vez más complejas, fomentando su participación independiente en la vida política y enseñándoles a luchar. La hegemonía de los liberales en el período de las dos Dumas deprimió la conciencia de las masas, descompuso su organización revolucionaria y embotó la comprensión de las tareas democráticas.

Los jefes liberales de la I y la II Duma han hecho una espléndida demostración ante el pueblo de la sumisa "lucha" legal, que ha conducido a que los autócratas feudales suprimieran de un plumazo el paraíso constitucional de los charlatanes liberales y se mofaran de la sutil diplomacia de los visitantes de las antecámaras ministeriales. En el haber de los liberales durante todo el curso de la revolución rusa no figura ni una sola conquista, ni un solo éxito y ni una sola acción mínimamente democrática que haya servido para organizar a las fuerzas populares en la lucha por la libertad.

Hasta octubre de 1905 los liberales mantenían a veces una neutralidad simpatizante respecto a la lucha revolucionaria de las masas, pero ya entonces empezaron a intervenir contra ella, enviando diputaciones con indignos discursos al zar y prestando apoyo a la Duma bulguiniana, no por irreflexión, sino por abierta hostilidad a la revolución. Después de octubre de 1905 no hicieron otra cosa que traicionar vergonzosamente la causa de la libertad popular.

En noviembre de 1905 enviaron al señor Struve a conversar íntimamente con el señor Witte. En la primavera de 1906 sabotearon el boicot revolucionario y, con su negativa a manifestarse abiertamente ante Europa contra el empréstito, ayudaron al gobierno a conseguir miles de millones para la conquista de Rusia. En el verano de 1906 regatearon con Trépov⁵³, en la escalera de servicio, acerca de las carteras ministeriales y lucharon en la

I Duma contra los "izquierdistas", es decir, contra la revolución. En enero de 1907 volvieron a ofrecerse presurosos a las autoridades policíacas (la visita de Miliukov a Stolypin). En la primavera de 1907 *respaldaron* al gobierno en la II Duma. La revolución ha desenmascarado con admirable rapidez al liberalismo y ha puesto de relieve con hechos concretos su naturaleza contrarrevolucionaria.

En *este* sentido, el período de las esperanzas revolucionarias no ha sido, ni mucho menos, inútil para el pueblo. La experiencia de la I y la II Duma no sólo ha enseñado a comprender toda la enorme indigencia del papel que desempeña el liberalismo en nuestra revolución. Esta experiencia ha liquidado prácticamente, además, la tentativa de dirigir el movimiento democrático por medio de un partido al que sólo las criaturas políticas o los ancianos que chochean pueden conceptuar realmente como "demócrata-constitucionalista".

En 1905 y a comienzos de 1906 la composición de clase de la democracia burguesa en Rusia no era clara todavía para todos. Las esperanzas en que se podía conjugar en un todo único la autocracia y la representación efectiva de masas más o menos amplias del pueblo no las abrigan únicamente los habitantes ignoros y oprimidos de distintas provincias apartadas. Estas esperanzas no eran extrañas tampoco a las esferas gobernantes de la autocracia. ¿Por qué la ley electoral concedió en las Dumas de Bulyguin y de Witte una considerable representación al campesinado? Porque se tenía fe aún en el espíritu monárquico del campo. "¡El mujik nos sacará de apuros!" Esta exclamación de un periódico gubernamental en la primavera de 1906 revelaba la esperanza del gobierno en el conservadorismo de las masas campesinas. En aquel tiempo, los demócratas-constitucionalistas, lejos de hacerse cargo del antagonismo existente entre el espíritu democrático de los campesinos y el liberalismo burgués, llegaban a temer incluso el atraso del campesinado. Por eso, su único deseo era que la Duma ayudase a trasformar en liberal al campesino conservador o indiferente. En la primavera de 1906 el señor Struve manifestó ese animoso deseo, escribiendo así: "En la Duma el campesino se hará demócrata-constitucionalista." En el verano de 1907 el mismo señor Struve enarboló la bandera de la lucha contra los partidos del trabajo o de izquierda por ser el estorbo principal para llevar a cabo el chalaneo entre el liberalismo burgués y la autocracia. ¡En año y medio la consigna de lucha por la capacitación política de

los campesinos lanzada por los liberales se ha convertido en lema de combate contra el campesino "demasiado" capacitado políticamente y "demasiado" exigente!

Este cambio de consignas del liberalismo expresa con suma claridad su total bancarrota en la revolución rusa. El antagonismo de clase entre las masas de la población democrática rural y los terratenientes feudales ha resultado ser inconmensurablemente más profundo de lo que se imaginaban los timoratos y obtusos demócratas-constitucionalistas. De ahí que hayan fracasado tan rápida e irremisiblemente sus intentos de asumir la hegemonía en la lucha por la democracia. De ahí también que se haya venido a tierra toda su "línea": conciliar a la masa democrática pequeñoburguesa del pueblo con los terratenientes octubristas y ultrarreaccionarios. La gran conquista, aunque negativa, del período contrarrevolucionario de las dos Dumas es esta bancarrota de los desleales "luchadores" por la "libertad popular". La lucha de clases, que brota desde abajo, ha arrojado por la borda a estos héroes de antecámara ministerial, dejándoles convertidos de pretendientes a la dirección en *simples lacayos del octubrismo*, ligeramente lustrados de barniz constitucional.

Quienes no vean hasta ahora esta bancarrota de los liberales, que han puesto a prueba su utilidad como luchadores por la democracia o, cuando menos, como luchadores encuadrados en las filas de la democracia, no han comprendido absolutamente nada de la historia política de las dos Dumas. En estas personas, la absurda repetición de la fórmula aprendida de memoria sobre el apoyo a la democracia burguesa se troca en gimoteo contrarrevolucionario. Los socialdemócratas no deben lamentar el fracaso de las ilusiones constitucionales. Deben decir, como señaló Marx refiriéndose a la contrarrevolución en Alemania: "lo que ha ganado el pueblo es haber perdido sus ilusiones"*. Lo que ha ganado la democracia burguesa en Rusia es haber perdido a jefes inservibles y a aliados marchitos. Tanto mejor para el desarrollo político de esta democracia.

El partido del proletariado debe preocuparse de que las valiosas enseñanzas políticas de nuestra revolución y contrarrevolución

* C. Marx, *La contrarrevolución prusiana y el cuerpo judicial prusiano*. Véase C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. VII, ed. rusa, pág. 115, 1930. (Ed.)

sean más profundamente meditadas y mejor comprendidas por las amplias masas. El período de ofensiva contra la autocracia ha desplegado las fuerzas del proletariado y ha hecho que éste aprenda los fundamentos de la táctica revolucionaria; ha mostrado las premisas del éxito de la lucha directa de las masas, única lucha que está en condiciones de conseguir algunos mejoramientos importantes. Un largo período de preparación de las fuerzas proletarias, de educación y organización del proletariado, precedió a las acciones de cientos de miles de obreros, que han asestado golpes mortales a la vieja autocracia en Rusia. Un prolongado e invisible trabajo de dirección de todas las manifestaciones de la lucha de clase del proletariado, una labor de formación de un partido sólido y templado, precedió al estallido de la verdadera lucha de masas y aseguró las condiciones para que ese estallido se convirtiese en revolución. Y ahora, el proletariado, como luchador de vanguardia del pueblo, debe robustecer su organización, sacudirse todo moho de oportunismo intelectual y cohesionar sus fuerzas para cumplir el mismo trabajo firme y perseverante. Las tareas que el curso de la historia y la situación objetiva de las amplias masas han planteado ante la revolución rusa están por resolver. Lejos de haber desaparecido, los elementos de una nueva crisis política en todo el país, se han profundizado y extendido. El avance de esta crisis colocará otra vez al proletariado al frente del movimiento de todo el pueblo. El Partido Obrero Socialdemócrata debe estar preparado para asumir este papel. Y en la tierra fertilizada por los acontecimientos de 1905 y de los años siguientes granará una cosecha diez veces más abundante. Si a finales de 1905, siguiendo al partido de varios miles de luchadores conscientes de vanguardia de la clase obrera, se levantó un millón de proletarios, ahora, nuestro partido, que cuenta con decenas de miles de socialdemócratas fogueados en la revolución y vinculados durante la propia lucha más estrechamente con las masas obreras, llevará tras de sí a una decena de millones y vencerá al enemigo.

Las tareas socialistas y democráticas del movimiento obrero en Rusia han quedado determinadas con una precisión incomparablemente mayor, han aparecido más imperiosamente en el primer plano, bajo el influjo de los acontecimientos revolucionarios. La lucha contra la burguesía se ha elevado a un grado superior. Los capitalistas se agrupan en asociaciones nacionales, se unen más estrechamente con el gobierno y recurren con más frecuencia a los métodos más extremos de lucha económica, incluso a los lockouts

en masa, para "refrenar" al proletariado. Mas las persecuciones sólo las temen las clases declinantes, mientras que el proletariado aumenta en número y en cohesión tanto más de prisa cuanto más rápidos son los éxitos de los señores capitalistas. La invencibilidad del proletariado está garantizada por el desarrollo económico de Rusia y del mundo entero. En nuestra revolución, la burguesía, por primera vez, ha empezado a formarse como clase, como una fuerza política unida y consciente. Esto hará que avance más felizmente también la organización de los obreros en una clase única en toda Rusia y que sea más hondo el abismo entre el mundo del capital y el mundo del trabajo y más clara la conciencia socialista de los obreros. La agitación socialista entre el proletariado será más terminante, por haberse enriquecido con las experiencias de la revolución. La organización política de la burguesía es el mejor acicate para la formación definitiva del partido socialista obrero.

Las tareas de este partido en la lucha por la democracia sólo pueden ser objeto de discusión desde ahora entre los intelectuales "simpatizantes" que se preparan para pasarse a los liberales. Para la masa de los obreros estas tareas se hicieron ya palpables y claras en el fuego de la revolución. El proletariado sabe por experiencia propia que las masas campesinas constituyen la única base de la democracia burguesa como fuerza histórica de Rusia. El papel de guía de estas masas en la lucha contra los terratenientes feudales y la autocracia zarista lo ha cumplido ya el proletariado en escala nacional, y no hay ahora fuerzas capaces de desviar al partido obrero de su buen camino. El partido liberal de los demócratas-constitucionalistas, quienes enarbolando la bandera de la democracia han puesto al campesinado bajo la tutela del octubrismo, ha jugado ya su papel, y la socialdemocracia, a despecho de los llorones aislados, proseguirá esclareciendo a las masas esta bancarrota de los liberales y explicándoles que la democracia burguesa no puede cumplir su obra sin librarse antes definitivamente de la alianza con los lacayos del octubrismo.

Nadie podría decir ahora cuál será la suerte de la democracia burguesa en Rusia. Quizás la bancarrota de los demócratas-constitucionalistas lleve a la formación de un partido democrático campesino, de un verdadero partido de masas, y no a la organización de terroristas a que han quedado reducidos los socialistas-revolucionarios. Es posible también que las dificultades objetivas para la agrupación política de la pequeña burguesía no permitan formar ese partido y dejen por mucho tiempo a la democracia

campesina en el estado actual de masa trudovique flácida, amorfa y gelatinosa. En uno y otro caso nuestra línea es la misma: forjar las fuerzas democráticas con la crítica inexorable de toda clase de vacilaciones, con la lucha intransigente contra la incorporación de la democracia al liberalismo, que ha revelado su naturaleza contrarrevolucionaria.

Cuanto más lejos vaya la reacción, tanto más se encrespará el terrateniente ultrarreaccionario de las centurias negras y cuanto más subordine la autocracia a sus intereses, tanto más lentos serán el desarrollo económico de Rusia y su liberación de los vestigios del feudalismo. Y esto significa que entre las masas de la pequeña burguesía urbana y rural cobrará más vigor y amplitud el espíritu democrático consciente y combativo. Tanto más fuerte será también la oposición de las masas al hambre, a las arbitrariedades y a las vejaciones con que los octubristas acosan al campesinado. La socialdemocracia se cuidará de que cuando se produzca el ineluctable ascenso de la lucha democrática la pandilla de arribistas que se hace llamar partido demócrata-constitucionalista no pueda dividir otra vez las filas de los demócratas ni sembrar la confusión en ellas. Con el pueblo o contra el pueblo, es la alternativa que planteó hace tiempo la socialdemocracia a todos los pretendientes al papel de jefes "democráticos" de la revolución. Hasta ahora no todos los socialdemócratas han sabido mantener consecuentemente esta línea; algunos se dejaron seducir por las promesas de los liberales y otros cerraron los ojos ante las maniobras de estos liberales con la contrarrevolución. Ahora estamos aleccionados ya por la experiencia de las dos primeras Dumas.

La revolución ha enseñado la lucha de masas al proletariado. Ha demostrado que el proletariado puede conducir a las masas campesinas en la lucha por la democracia. La revolución ha cohesionado más el partido genuinamente proletario, arrojando de él a los elementos pequeñoburgueses. La contrarrevolución ha obligado a desistir a la democracia pequeñoburguesa de sus intentos de buscar jefes o aliados en el liberalismo, que teme más que al fuego la lucha de masas. Apoyándonos en estas enseñanzas de los acontecimientos, podemos decir resueltamente al gobierno de los terratenientes ultrarreaccionarios: ¡Sigán por ese camino, señores Stolypins! ¡Nosotros recogeremos los frutos de lo que ustedes siembren!

Proletari, núm. 17, 20 de octubre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

LA III DUMA

El gobierno está haciendo efectivos los resultados del abyecto crimen que cometió el 3 de junio contra el pueblo: la monstruosa ley electoral, que en beneficio de un puñado de terratenientes y capitalistas tergiversa no sólo la voluntad de todo el pueblo, sino la de la minoría que disfruta derechos electorales, ha dado al zarismo los frutos apetecidos. De los 442 diputados que corresponden elegir para la Duma, en el momento de escribir este artículo han sido elegidos 432; falta elegir a otros 10, por lo que los resultados generales de las elecciones ya están precisados en grado suficiente. Según cálculos aproximadamente ciertos, han sido elegidos 18 socialdemócratas, otros 13 diputados de izquierda, 46 demócratas-constitucionalistas, 55 diputados de grupos próximos a ellos, 92 octubristas, 21 miembros de grupos afines a su orientación política, 171 derechistas de toda clase, entre ellos 32 miembros de la Unión del Pueblo Ruso⁶⁴, y 16 diputados sin partido.

Por tanto, excluido el insignificante número de diputados sin partido, todos los demás diputados pueden clasificarse en cuatro grupos: de extrema izquierda, que constituyen algo más del 7%; de centro izquierda (demócratas-constitucionalistas), el 23%; de centro derecha (octubristas), el 25,1%, y de derecha, el 40%. Los sin partido suman algo menos del 4%.

Ninguno de estos grupos, tomados por separado, representa la mayoría absoluta. ¿Puede considerarse que este resultado corresponde plenamente a los deseos y esperanzas de los inspiradores y autores de la nueva ley electoral? Creemos que a esta pregunta debe contestarse afirmativamente y que el nuevo "parlamento" ruso, desde el punto de vista de los grupos dominantes que apoyan al zarismo autocrático, es, en toda la acepción de la palabra, una *chambre introuvable* *.

* Como no se puede encontrar otra mejor: así llamó Luis XVIII en 1815 a la ultrarreaccionaria Cámara de Diputados francesa.

Ocurre que en nuestro país, como en cualquier país con un régimen autoocrático o semiautoocrático, existen realmente dos gobiernos: uno oficial, el gabinete de ministros, y otro que actúa entre bastidores, la camarilla palaciega. Esta última se apoya siempre y por doquier en las capas más reaccionarias de la sociedad, en la nobleza feudal ultrarreaccionaria (nuestras centurias negras), cuya fuerza económica dimana de la gran propiedad latifundista y de la economía semifeudal vinculada a ella. Este grupo social, decadente, corrompido y degradado, es una brillante muestra del parasitismo más soez. Un ejemplo del grado a que llega la degeneración de estos grupos nos lo ofrece el escandaloso proceso Moltke-Harden de Berlín, que ha mostrado en toda su desnudez la inmundicia cloaca que forma la influyente camarilla palaciega del semiautoocrático emperador alemán Guillermo II. Para nadie es un secreto que, también en Rusia, esas mismas depravaciones no son una excepción en las esferas afines. En la III Duma la enorme masa de "derechistas" defenderá precisamente, si no toda ella, por lo menos su inmensa mayoría, los intereses de este moho y herrumbre social, de estos "sepulcros blanqueados" que nos legó el tenebroso pasado. La conservación de la economía feudal, de los privilegios de la nobleza y del régimen autócrata-aristocrático es cuestión de vida o muerte para estos mastodontes e ictiosos (darles el nombre de "uros"* sería rendirles demasiado honor).

Ordinariamente, los mastodontes e ictiosos, valiéndose de su omnipotencia en la corte, hacen esfuerzos inauditos para apoderarse también íntegramente del gobierno oficial, o gabinete de ministros. Por lo común, el gabinete está compuesto en una parte considerable por testaferros suyos. Sin embargo, ocurre con frecuencia que la mayoría del gabinete no concuerda totalmente con las pretensiones de la camarilla. En ese caso, con la fiera antediluviana, la fiera de la época feudal, rivaliza la fiera de la época de la acumulación primaria, que es igual de cerril, ávida y parasitaria, aunque cubierta con cierto lustre de cultura, y —he ahí lo principal— desea igualmente llevarse un buen pedazo del roseón del Estado, en forma de garantías, subsidios, concesiones, tarifas protectoras, etc. Esta capa de la burguesía terrateniente

* Denominación que se daba en la literatura política rusa a los representantes más derechistas de la reacción terrateniente. (Ed.)

e industrial, típica de la época de la acumulación primaria, encuentra su expresión en el octubrismo y en las corrientes afines a él. Son muchos los intereses comunes de esta capa con los ultrarreaccionarios *sans phrases**: el parasitismo económico, los privilegios y la patriotería son lo mismo de necesarios desde el punto de vista del octubrismo que desde el que sostienen los ultrarreaccionarios.

Así se forma la mayoría ultrarreaccionaria-octubrista en la III Duma del Estado. Esta mayoría llega a la considerable cifra de 284 personas de 432, o sea, el 65,7%: más de 2/3 del número total de diputados.

Esta mayoría es el bastión que garantiza al gobierno la posibilidad en la política agraria de ayudar a los terratenientes arruinados a liquidar ventajosamente sus fincas, después de haber dejado sin camisa a los campesinos con poca tierra, y la posibilidad de convertir la legislación de trabajo en instrumento de la más brutal explotación del proletariado por el capital y de asegurar en la política fiscal que el peso principal de los impuestos siga gravitando sobre las masas populares. Esta mayoría es el bastión del proteccionismo y del militarismo. No hay quien ponga en duda el carácter contrarrevolucionario de la mayoría octubrista-ultrarreaccionaria.

Pero el quid de la cuestión reside precisamente en que ésta no es la única mayoría que existe en la III Duma. En ella hay otra mayoría.

Los ultrarreaccionarios de las centurias negras son un aliado tan seguro de los octubristas como la camarilla palaciega lo es del gabinete de ministros en la tarea de defender al zarismo. Sin embargo, del mismo modo que la camarilla palaciega revela propensión orgánica no tanto por la alianza con el gabinete de ministros como por el dominio sobre él, los ultrarreaccionarios ansían, a su vez, la dictadura sobre los octubristas, los tratan despóticamente e intentan subyugarlos.

Los intereses del capitalismo, por muy rapaz y parasitario que sea, no pueden conciliarse con el dominio absoluto del régimen feudal de posesión de la tierra. Ambos grupos sociales afines pretenden arrancar del roseón un pedazo mayor y más gordo, y eso hace inevitable su discrepancia en los problemas de la admi-

* Sin frases; en este caso: sin adornos. (Ed.)

nistración autónoma local y de la organización central del poder del Estado. Para los ultrarreaccionarios, en el zemstvo y en la Duma urbana no hace falta nada más de lo que ya hay, y en el centro, "¡Abajo la maldita Constitución!" Los octubristas, en el zemstvo y en la Duma necesitan acentuar su influencia, y en el centro no pueden prescindir de una Constitución, aunque sea muy raquítica y ficticia para las masas.

No en vano, *Rússkoie Znamia*⁵⁵ pone como un trapo a los octubristas y *Golos Moskvý*⁵⁶ opina, por su parte, que en la III Duma hay demasiados derechistas.

Por ello, el curso objetivo de los acontecimientos impele a los octubristas a buscar aliados en este aspecto. Los podían haber encontrado hace tiempo en el centro izquierda (demócratas-constitucionalistas), que viene proclamando desde hace mucho su fidelidad sin fingimientos a la Constitución, pero el caso es precisamente que la joven burguesía rusa de la época de la acumulación capitalista, representada ahora por los demócratas-constitucionalistas, conserva del pasado amigos muy molestos y algunas tradiciones desagradables. Por cierto que le ha sido fácil abandonar las tradiciones en la esfera política: los demócratas-constitucionalistas se declararon monárquicos hace mucho, antes de la I Duma; renunciaron silenciosamente en la II Duma a constituir un ministerio responsable, y sus proyectos sobre diversas "libertades" contienen tantos impedimentos, alambrada de espino y trampas, que existen todas las razones para confiar en que se seguirá progresando en esta dirección. Ya antes los demócratas-constitucionalistas criticaron la insurrección y la huelga, primero con suavidad y luego melancólicamente; desde diciembre de 1905 la mitad de sus reproches se convirtió en menosprecio y más tarde, cuando fue disuelta la I Duma, en violenta condena y reprobación. Diplomacia, chalaneo y regateo con los investidos de poder, estos son los pilares de la táctica demócrata-constitucionalista. En cuanto a los amigos molestos, hace ya mucho que les llaman simplemente "vecinos", y poco tiempo atrás se les declaró "enemigos" a los cuatro vientos.

O sea, que es posible entenderse, y ahí tenemos ya otra mayoría contrarrevolucionaria: la octubrista-democonstitucionalista. Cierta que por ahora sólo cuenta con algo menos de la mitad de los diputados elegidos (214 de 432), pero, en primer lugar, se sumarán a ella indudablemente, si no todos, a lo menos una parte de los diputados sin partido y, en segundo lugar, todo

hace suponer que aumentará en las elecciones próximas, ya que las ciudades y una gran parte de las asambleas electorales provinciales en las que aún no se ha celebrado la votación elegirán en su inmensa mayoría a octubristas o a demócratas-constitucionalistas.

El gobierno se considera dueño de la situación. Y, por lo visto, la burguesía liberal acepta esto como una realidad. En semejantes circunstancias, el acuerdo que se logre deberá llevar impreso como nunca el sello del compromiso más infame y traidor, o, más exactamente, la rendición de todas las posiciones del liberalismo en las que se descubra el más leve asomo de espíritu democrático. Es evidente que mediante ese acuerdo, sin un nuevo movimiento de masas, no podrá ser llevada a cabo la más mínima estructuración democrática en la administración autónoma local y en los órganos legislativos centrales. La mayoría octubrista-democonstitucionalista no está en condiciones de darnos esto. ¿Y acaso se puede esperar de la mayoría ultrarreaccionaria-octubrista, de los salvajes terratenientes aliados con los buitres capitalistas, alguna solución tolerable del problema agrario y un alivio a la situación de los obreros? A esta pregunta sólo puede contestarse con amargas risas.

La situación es clara: *nuestra chambre introuvable no puede realizar, ni siquiera en la forma más desfigurada, las tareas objetivas de la revolución*. No puede restañar ni aun en parte las profundas heridas causadas a Rusia por el viejo régimen. Lo único que puede hacer es disimularlas con reformas mezquinas, crudas y ficticias.

Los resultados de las elecciones confirman una vez más nuestra firme convicción: *Rusia no puede salir por vía pacífica de la crisis que atraviesa*.

En estas circunstancias son clarísimas las tareas inmediatas que se alzan ahora ante la socialdemocracia. Proponiéndose como objetivo final el triunfo del socialismo, persuadida de que para alcanzarlo es necesaria la libertad política y teniendo en cuenta que actualmente no es posible implantar esta libertad por vía pacífica, sin acciones abiertas de las masas, la socialdemocracia deberá seguir planteando ahora las tareas democráticas y revolucionarias para la etapa inmediata, sin renunciar por un instante, naturalmente, a la propaganda del socialismo ni a la defensa de los intereses proletarios de clase, en el sentido estricto de la palabra. Como representante del proletariado, la clase más avan-

zada y revolucionaria de la sociedad contemporánea, que ha demostrado prácticamente en la revolución rusa su capacidad para cumplir el papel de dirigente en la lucha de las masas, la socialdemocracia está obligada a contribuir por todos los medios a que el proletariado siga ejerciendo ese papel en la nueva fase de la lucha revolucionaria que se inicia ya, fase que se caracteriza mucho más que antes por la preponderancia de la conciencia sobre la espontaneidad. A este fin, *la socialdemocracia está obligada a procurar con todas las fuerzas establecer su hegemonía sobre las masas democráticas y a impulsar en ellas la energía revolucionaria.*

Este afán llevará al partido del proletariado a bruscos choques con otras organizaciones políticas de clase, para las cuales, en congruencia con los intereses de los grupos que representan, la revolución democrática es aborrecible y peligrosa no sólo por sí misma, sino, particularmente, porque la hegemonía del proletariado en ella entraña la amenaza del socialismo.

Es evidente y no ofrece la menor duda que ambas mayorías de la Duma (la ultrarreaccionaria-octubrista y la octubrista-democrataconstitucionalista), con las que, apoyándose alternativamente en ellas, piensa balancearse el gobierno Stolypin, serán contrarrevolucionarias, cada una a su modo y en diferentes problemas. En la *lucha* contra el ministerio formado por una u otra mayoría o incluso por elementos de ellas (lucha sistemática y metódica en cierto modo) no cabe ni pensar siquiera. Tan sólo son posibles conflictos aislados y pasajeros. Estos conflictos pueden surgir ante todo entre los elementos ultrarreaccionarios de la primera mayoría y el gobierno. Pero no debe olvidarse que estos conflictos no pueden ser nada profundos y que el gobierno, sin salirse del terreno contrarrevolucionario, puede con toda comodidad y soltura alcanzar la victoria en ellos apoyándose en la segunda mayoría. La socialdemocracia revolucionaria y, con ella, todos los demás elementos de espíritu revolucionario de la III Duma no pueden, por más que lo quieran, utilizar estos conflictos en beneficio de la revolución nada más que con fines de pura agitación; el "apoyo" a una u otras de las partes en pugna está completamente descartado en este caso, ya que sería un acto contrarrevolucionario.

Quizás haya alguna posibilidad mayor y mejor de utilizar los probables conflictos entre elementos aislados de la segunda mayoría, entre los demócratas-constitucionalistas, de una parte,

y los octubristas y el gobierno, de otra. Aunque también en este caso se creará una situación en que, no sólo por efecto de estados de ánimo y de propósitos subjetivos, sino como consecuencia de condiciones objetivas, los conflictos serán poco profundos y transitorios y servirán únicamente de medio que facilite a los traficantes políticos la conclusión de acuerdos más decorosos exteriormente, pero contrarios, en su esencia, a los intereses de la democracia. Por consiguiente, *la socialdemocracia*, sin renunciar a sacar provecho incluso de estos conflictos poco hondos y frecuentes, *sostendrá una lucha tenaz por las tareas democráticas y revolucionarias, no sólo contra el gobierno, los ultrarreaccionarios de las centurias negras y los octubristas, sino contra los demócratas-constitucionalistas.*

Estos son los *objetivos* fundamentales que debe plantearse la socialdemocracia en la III Duma del Estado. Es bien evidente que son los mismos objetivos que se trazó el partido del proletariado en la II Duma y que habían sido formulados con toda claridad en el primer punto de la resolución del Congreso de Londres sobre la Duma del Estado. Este punto dice así: "Las tareas políticas directas de la socialdemocracia en la Duma son: a) explicar al pueblo que la Duma es totalmente ineficaz como medio para hacer viables las reivindicaciones del proletariado, de la pequeña burguesía revolucionaria y, en particular, del campesinado; b) explicar al pueblo que no es posible conquistar la libertad política por la vía parlamentaria, mientras el poder efectivó lo detente el gobierno zarista, explicar que es inevitable la lucha abierta de las masas populares contra la fuerza armada del absolutismo, lucha que persigue la finalidad de asegurar la plena victoria: el paso del poder a las masas populares y la convocatoria de la Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto."

En esta resolución, particularmente en sus últimas palabras, se formula una importantísima tarea *especial* de la socialdemocracia en la III Duma, tarea que los diputados socialdemócratas deben cumplir en ligazón con la denuncia de toda la monstruosidad del crimen del 3 de junio. Este crimen lo denunciarán, claro está, no desde el punto de vista liberal de atentado formal a la Constitución, sino como un menoscabo cínico y brutal de los intereses de las amplias masas populares, como una desvergonzada e indignante falsificación de la representación popular. De aquí se desprende que debe *explicarse a las grandes masas populares*

la absoluta disonancia entre la III Duma y los intereses y las reivindicaciones del pueblo y, en relación con ello, desplegar una amplia y enérgica propaganda de la idea de la Asamblea Constituyente soberana, elegida sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto.

Esta misma resolución de Londres determina con gran precisión el carácter del trabajo de partido de la socialdemocracia en la Duma del Estado en los siguientes términos: "debe colocarse en primer plano la actividad crítica, propagandística, de agitación y organizativa de la minoría socialdemócrata de la Duma"; "el carácter general de la lucha en la Duma debe estar subordinado a toda la lucha del proletariado fuera de la Duma, siendo de gran importancia utilizar la lucha económica de las masas y servir a sus intereses". Es absolutamente claro que este carácter de la labor en la Duma está en estrecha e indisoluble ligazón con los objetivos que, como se ha dicho antes, debe plantearse actualmente la socialdemocracia en la Duma. Una labor legislativa pacífica de los socialdemócratas en la III Duma en circunstancias que posibilitan en alto grado el movimiento de masas sería, además de inadecuada y cómicamente quijotesca, una traición abierta a los intereses proletarios. Esta labor llevaría inexcusablemente a la socialdemocracia "a restringir sus consignas, lo que sólo serviría para desprestigiarla ante las masas y apartarla de la lucha revolucionaria del proletariado". Mayor crimen que éste no podrían cometer los representantes del proletariado en la Duma.

La socialdemocracia debe desarrollar su crítica con toda la amplitud y la mayor agudeza, tanto más cuando en la III Duma habrá materia muy abundante para ello. Los socialdemócratas están obligados en la Duma a poner totalmente al desnudo la entraña clasista de las medidas y de las propuestas del gobierno y de los liberales que puedan ser presentadas a votación en la Duma, debiendo prestar una atención especial, en pleno acuerdo con la resolución del Congreso, a las medidas y proposiciones que conciernen a los intereses económicos de las amplias masas populares, entre ellas los problemas obrero y agrario, el del presupuesto y otros. En todas estas cuestiones la socialdemocracia habrá de oponer a los puntos de vista del gobierno y de los liberales sus propias reivindicaciones democráticas y socialistas. Estos problemas constituyen el nervio más sensible de la vida del pueblo y son, a la vez, el punto neurálgico del gobierno y de los

grupos sociales en que se apoyan las dos mayorías de la Duma.

Todas estas tareas de agitación, propagandísticas y organizativas las llevarán a cabo los socialdemócratas en la Duma no sólo con sus discursos desde la tribuna parlamentaria, sino, además, mediante la presentación de proyectos de ley y de interpelaciones al gobierno. Sin embargo, en este aspecto surge una seria dificultad: para presentar un proyecto de ley o plantear una interpelación se requiere la firma de treinta diputados como mínimo.

Treinta socialdemócratas no los hay ni los habrá en la III Duma. Esto es indudable. Lo cual quiere decir que la socialdemocracia, *ella sola*, sin el concurso de otros grupos, no puede presentar proyectos de ley ni hacer interpelaciones. No cabe duda de que esta circunstancia dificulta y complica grandemente la situación.

Se trata, por supuesto, de proyectos de ley y de interpelaciones de consecuente carácter democrático. ¿Puede la socialdemocracia contar en este sentido con el concurso del partido demócrata-constitucionalista? Claro que no. ¿Es que los demócratas-constitucionalistas (que ahora mismo están dispuestos del todo a un compromiso sin disfraz alguno, en condiciones que reducen a la nada sus demandas programáticas, aunque ya sin eso son bien irrisorias y han quedado mermadas hasta lo más mínimo por diversas restricciones y salvedades) se atreverán a irritar al gobierno con interpelaciones democráticas? Todos recordamos que ya en la II Duma los discursos de los oradores demócrata-constitucionalistas que planteaban las interpelaciones bajaron mucho de tono y se convirtieron a veces en balbuceos infantiles o en corteses e incluso respetuosas preguntas, acompañadas de leves reverencias. Y ahora, cuando es objeto de todas las comedillas la "eficacia" de la Duma en la empresa de mallar redes para el pueblo, todo lo resistentes y sólidas que sea posible, a fin de que se trasformen en cadenas, sus excelencias, los señores ministros, pueden dormir tranquilos: los demócratas-constitucionalistas les incomodarán pocas veces. (¡Estaría bonito, teniendo que legislar!), y si llegan a incomodarles, será guardando todas las reglas de urbanidad. Por algo promete Miliukov en las asambleas electorales "guardar la fogosidad". Pero, ¿acaso es sólo Miliukov? ¿Qué significa el terminante repudio por Dan de la consigna "¡Abajo la Duma!"? ¿No querrá decir esto también que se "guarda la fogosidad"? ¿No es igualmente esa trayectoria de

“urbanidad” la que Plejánov aconseja seguir a la socialdemocracia con su “apoyo a la burguesía liberal”, cuya “lucha” sólo se circunscribe a rendidas reverencias y genuflexiones?

Huelga hablar de que los demócratas-constitucionalistas se sumen a las propuestas legislativas de los socialdemócratas, pues estos proyectos de ley se distinguirán por un manifiesto carácter de agitación y reflejarán con toda plenitud y consecuencia las reivindicaciones democráticas. Y esto, desde luego, provocará en los medios demócrata-constitucionalistas tanta irritación como entre los octubristas e incluso como entre los ultrarreaccionarios.

Así, pues, deben ser descartados también los demócratas-constitucionalistas. Para formular interpelaciones y presentar proyectos de ley la socialdemocracia puede contar únicamente con los grupos que están a la izquierda de los demócratas-constitucionalistas. Posiblemente junto con los socialdemócratas, se llegará a reunir hasta 30 personas, y, por consiguiente, habrá plena posibilidad formal de mostrar iniciativa en este aspecto. No se trata, naturalmente, de ninguna clase de bloques, sino de “acciones conjuntas” que, según dice la resolución del Congreso de Londres, “excluyan toda posibilidad de la menor desviación del programa y la táctica socialdemócratas y sólo sirvan al objetivo común de ofensiva contra la reacción y contra la táctica traicionera de la burguesía liberal”.

Proletari, núm. 18, 29 de octubre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

EN TORNO A UN ARTICULO DE PLEJANOV ⁵⁷

En su artículo publicado en *Továrisch* el 20 de octubre, Plejánov continúa su campaña de mentiras y burlas respecto a la disciplina del partido socialdemócrata. He aquí unas muestras de estas mentiras: “*Továrisch* fue, como es sabido, órgano del bloque de izquierdas”, objeta Plejánov a la acusación de que se ha convertido en un colaborador permanente de los señores Prokopóvich, Kuskova y Cía. Esto es una falsedad. En primer lugar, *Továrisch* no ha sido nunca órgano del bloque de izquierdas. El bloque de izquierdas no podía tener un órgano común. En segundo lugar, los bolcheviques jamás realizaron ninguna campaña política en *Továrisch*, jamás escribieron nada en ese periódico contra sus compañeros del Partido Socialdemócrata. En tercer lugar, los bolcheviques, después de organizar el bloque de izquierdas, *escindieron Továrisch*, arrojando de él (aunque sólo por una semana, es verdad) a quienes respaldaban a los demócratas-constitucionalistas. Pero Plejánov *arrastra* al proletariado y a la democracia pequeñoburguesa al servilismo ante los demócratas-constitucionalistas. Los bolcheviques, sin colaborar en *Továrisch*, le hicieron marchar hacia la izquierda. Plejánov colabora y tira de él hacia la derecha. ¡Bien se ha lucido con su referencia al bloque de izquierdas!

Soslayando así la cuestión de que le admiten en un periódico burgués porque escribe cosas agradables a la burguesía, Plejánov procura mayor placer aún a los liberales burlándose de la disciplina del partido obrero. ¡No estoy obligado a obedecer —exclama— cuando de mí se exige la traición a los principios!

Esto es una trivial frase anarquista, muy señor mío, pues por los principios del *partido* vela de congreso a congreso y los interpreta su Comité Central. Usted está en su derecho de negarse a obedecer si el Comité Central conculca la voluntad del congreso, los estatutos del partido, etc. Mas en el presente caso no hay ni una sola persona que haya tratado de afirmar siquiera que el

Comité Central ha vulnerado la voluntad del congreso con sus directivas acerca de las elecciones. O sea, que Plejánov quiere disimular con esas palabrejas sobre la "traición a los principios" su *traición al partido*.

Finalmente, Plejánov quiere zaherir al comité de San Petersburgo: dice que en las elecciones a la II Duma el mismo no se subordinó al Comité Central. En primer lugar, le responderemos que el Comité de San Petersburgo se negó a cumplir la exigencia de dividir la organización, es decir, que rechazó la ingerencia en su autonomía, *garantizada por los estatutos del partido*. En segundo lugar, durante las elecciones a la II Duma los mencheviques escindieron la organización: ¡de este aspecto del conflicto de entonces Plejánov no habla en el periódico burgués! Con sus argumentos, Plejánov sólo dice una cosa: en las elecciones a la II Duma, los mencheviques escindieron la parte petersburguesa del partido, y, por lo tanto, ahora ¡yo tengo derecho a dividir todo el partido!! Esa es la lógica de Plejánov y esos son sus actos. Que todos tengan esto muy en cuenta: *Plejánov siembra la escisión*. Sólo que no se atreve a llamar a las cosas por su nombre.

Proletari, núm. 18, 29 de octubre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

LA CONFERENCIA DE LA ORGANIZACION DE SAN PETERSBURGO DEL P.O.S.D.R. ⁵⁸

EXTRACTO DE UNA INFORMACION PERIODISTICA

1

INFORME SOBRE LA III DUMA DEL ESTADO

El informante caracterizó en primer término la composición de la III Duma. El gobierno, por simple vía empírica, confeccionó de tal modo la ley electoral del 3 de junio que en la Duma ha resultado haber *dos mayorías posibles*: la octubrista-ultrarreakcionaria y la octubrista-democrata-constitucionalista. Tanto la una como la otra son absolutamente contrarrevolucionarias. El gobierno, en su política reaccionaria, se apoyará a veces en una de ellas y a veces en la otra. Además, el gobierno encubrirá sus actos autoocrático-feudales con frases acerca de "reformas" en el papel. Por su parte, los demócratas-constitucionalistas, aplicando de hecho la política traicionera de la contrarrevolución, se presentarán de palabra como el partido de la oposición auténticamente democrática.

El acuerdo entre los demócratas-constitucionalistas y los octubristas en la Duma es inevitable, y los primeros pasos hacia él —como demostró el informante con citas de periódicos de los partidos demócrata-constitucionalista y octubrista, con una serie de hechos de la vida de estos partidos y con los comunicados del último congreso del partido demócrata-constitucionalista— ya han sido dados. La política demócrata-constitucionalista de transacción con el viejo régimen en la III Duma se perfilará con más nitidez que hasta ahora y nadie tendrá dudas acerca de su verdadero carácter.

Mas ni la primera ni la segunda mayoría de la Duma están

en condiciones, objetivamente, de satisfacer las apremiantes reivindicaciones económicas y políticas de masas más o menos amplias del proletariado, de los campesinos y de la democracia urbana. El intérprete de las necesidades de estas capas del pueblo lo será en primer término, como lo ha sido hasta ahora, la socialdemocracia. La composición y la actividad de la III Duma prometen proveer a la socialdemocracia de un abundante y magnífico material de agitación, que deberá ser utilizado contra el gobierno ultrarreaccionario, los terratenientes descaradamente feudales, los octubristas y, también, contra los demócratas-constitucionalistas. La tarea de la socialdemocracia sigue siendo la de difundir entre las más amplias masas populares la idea de la Asamblea Constituyente de todo el pueblo, elegida sobre la base del sufragio universal. Por ello, no cabe pensar en el apoyo a los octubristas "de izquierda" o a los demócratas-constitucionalistas en la Duma. Los socialdemócratas, por muy poco numerosos que sean en la III Duma, deben aplicar su propia línea socialista y consecuentemente democrática, valiéndose de la tribuna parlamentaria, del derecho de interpelación, etc. Cabe aceptar algunos acuerdos únicamente con el grupo de diputados de izquierda (sobre todo por ser necesarias 30 firmas para presentar una interpelación), pero sólo si se trata de acuerdos que no estén en pugna con el programa y la táctica socialdemócratas. Con este fin, será preciso organizar un buró de información, que no cree compromisos para nadie y cuyo único objeto sea permitir a los socialdemócratas influir sobre los diputados de izquierda.

En las filas socialdemócratas —señaló también el informante— resuenan ya voces partidistas del apoyo a los octubristas "de izquierda" (por ejemplo, en la elección de la presidencia), de la organización de un buró de información con los demócratas-constitucionalistas y de lo que llaman "preservar" a nuestra minoría en la Duma. El parloteo acerca del apoyo a los octubristas, que viene de los mencheviques, acredita con insuperable nitidez el rotundo fracaso de la táctica menchevique. Cuando la Duma fue demócrata-constitucionalista, los mencheviques se desgañitaban propugnando el apoyo a los demócratas-constitucionalistas. Bastó que Stolypin modificara la ley electoral en sentido favorable a los octubristas para que los mencheviques se mostraran dispuestos a ayudar a éstos. ¿Hasta dónde llegarán, en fin de cuentas, los mencheviques por este camino?

El informante considera inadmisibles el buró de información

con los demócratas-constitucionalistas, ya que ello significaría informar a enemigos declarados de la socialdemocracia.

En cuanto a lo de "preservar" a la minoría, el informante dijo: en efecto, hay que preservar a la minoría. Mas, ¿para qué? Sólo para que en la Duma enarbole la bandera de la socialdemocracia, sólo para combatir intransigentemente en ella a los contrarrevolucionarios de todo género y matiz, empezando por los de la "Unión del Pueblo Ruso" y terminando por los demócratas-constitucionalistas. Pero en ningún caso para que apoye a los octubristas "de izquierda" y a los demócratas-constitucionalistas. Si la existencia de la minoría socialdemócrata estuviese supeditada a la necesidad de apoyar a estos grupos, es decir, de respaldar el acuerdo con la autocracia stolypiniana, sería entonces mejor para ella que dejara de existir con honor, explicando a todo el pueblo por qué había sido arrojada de la Duma, si esta expulsión llega a producirse.

En sus palabras de resumen, Lenin examinó principalmente el error fundamental del menchevismo, la idea de la "oposición nacional". La burguesía rusa nunca fue revolucionaria en el sentido estricto de la palabra, y ello por una causa completamente comprensible: por la situación que ocupa la clase obrera en Rusia y el papel que desempeña en la revolución. Después de analizar todos los demás argumentos de los mencheviques, Lenin propuso la resolución publicada en el núm. 19 de *Proletari*.

Proletari, núm. 20, 19 de noviembre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

RESOLUCION SOBRE LA III DUMA DEL ESTADO

Considerando obligatorio para la minoría socialdemócrata de la III Duma del Estado regirse por la resolución del Congreso de Londres sobre la Duma del Estado, así como por la resolución acerca de los partidos no proletarios, la Conferencia de la organización de San Petersburgo del P.O.S.D.R., desarrollando estas resoluciones, estima necesario declarar lo siguiente:

1. En la III Duma se han perfilado ya dos mayorías: la ultrarreaccionaria-octubrista y la octubrista-democrática. La primera es contrarrevolucionaria y propugna sobre todo intensificar la represión y proteger los privilegios de los terratenientes, llegando a la pretensión de restaurar plenamente la autocracia. La segunda mayoría también es absolutamente contrarrevolucionaria, pero se inclina a disimular la lucha contra la revolución con ciertas "reformas" burocráticas ilusorias.

2. Esta situación creada en la Duma favorece extraordinariamente el doble juego político tanto por parte del gobierno como de los demócratas-constitucionalistas. El gobierno, al propio tiempo que intensifica la represión y prosigue la "conquista" de Rusia por la fuerza de las armas, quiere hacerse pasar por partidario de las reformas constitucionales. Los demócratas-constitucionalistas desean, a la vez que votan de hecho con los octubristas contrarrevolucionarios, aparecer no sólo como oposición, sino como representantes de la democracia. En estas circunstancias, sobre los socialdemócratas recae con singular fuerza la tarea de denunciar implacablemente este juego, de denunciar en igual medida ante el pueblo las violencias de los terratenientes ultrarreaccionarios y del gobierno y la naturaleza contrarrevolucionaria de los demócratas-constitucionalistas. El apoyo directo o indirecto a éstos por parte de los socialdemócratas (sea en forma de votación a favor de los demócratas-constitucionalistas de derecha o de los

octubristas "de izquierda" para la presidencia, sea en forma de buró de información en el que participan los demócratas-constitucionalistas, de coordinación de su acción con la política de éstos o en otra forma) significaría ahora un perjuicio directo para la educación de clase de las masas obreras y para la revolución.

3. Sin dejar de sustentar íntegramente sus objetivos socialistas y criticando desde este punto de vista a todos los partidos burgueses, incluso a los más democráticos y a los "del trabajo", los socialdemócratas deberán en su agitación, poniéndolo en el primer plano, explicar a las grandes masas populares la absoluta disonancia entre la III Duma y los intereses y las reivindicaciones del pueblo y, en relación con ello, desplegar una amplia y enérgica propaganda de la idea de la Asamblea Constituyente, elegida sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto.

4. Entre las tareas principales de la socialdemocracia en la III Duma figura la de poner al desnudo la entraña clasista de los proyectos del gobierno y de los liberales, prestando una atención especial a los problemas que conciernen a los intereses económicos de las amplias masas populares (los problemas obrero y agrario, el presupuesto, etc.), tanto más cuando la composición de la III Duma promete materia muy abundante para la labor de agitación de los socialdemócratas.

5. En particular, la socialdemocracia deberá hacer uso en la Duma del derecho de interpelación, para lo que será necesaria la acción conjunta con otros grupos que estén más a la izquierda de los demócratas-constitucionalistas, pero sin la menor desviación del programa y la táctica socialdemócratas y sin formación de ningún bloque.

A fin de no reincidir en el error cometido por los socialdemócratas en la II Duma, la minoría socialdemócrata debe proponer inmediatamente a los diputados de izquierda de la Duma, y sólo a los de izquierda (es decir, los capaces de luchar contra los demócratas-constitucionalistas), formar un buró de información, que, sin crear compromisos para los partícipes en él, permita a los diputados obreros influir sistemáticamente sobre la democracia en el espíritu de la política socialdemócrata.

INFORME SOBRE LA COLABORACION DE LA SOCIALDEMOCRACIA
EN LA PRENSA BURGUESA

El segundo informe del camarada Lenin versó sobre el problema de la colaboración de la socialdemocracia en la prensa burguesa. El informante expuso el criterio de las dos alas de la socialdemocracia internacional a este respecto, y particularmente las opiniones de los ortodoxos y los revisionistas del Partido Socialdemócrata Alemán. Los ortodoxos aceptaron en el *Partéitag* de Dresde⁵⁹ la fórmula de que es permisible la colaboración en la prensa no hostil a la socialdemocracia, alegando que esto equivale a una prohibición absoluta, ya que en la desarrollada sociedad capitalista contemporánea no hay periódicos burgueses que no sean hostiles a la socialdemocracia.

El informante opina que es totalmente inadmisible la colaboración *política* en la prensa burguesa, sobre todo en la que se hace pasar por prensa sin partido. Periódicos como, por ejemplo, *Továrisch*, con su embozada e hipócrita lucha contra la socialdemocracia, causan a ésta mucho más daño que los periódicos de partidos burgueses manifiestamente adversos a la socialdemocracia. Como la mejor ilustración de ello pueden servir los artículos de Plejánov, Mártoy, Gorn, Kogan y otros en *Továrisch*. Todos estos artículos están enfilados contra el partido y de hecho no son los camaradas socialdemócratas los que han utilizado el periódico burgués *Továrisch*, sino esté periódico el que se ha servido de dichos camaradas en contra del P.O.S.D.R., odiado por él. En *Továrisch* no ha aparecido hasta ahora ningún artículo de socialdemócratas que no fuera del agrado de su Redacción.

IV CONFERENCIA DEL P.O.S.D.R.
("LA III CONFERENCIA DE TODA RUSIA")⁶⁰

EXTRACTO DE UNA INFORMACION PERIODISTICA

1

INFORME SOBRE LA TACTICA DE LA MINORIA SOCIALDEMOCRATA
EN LA III DUMA DEL ESTADO

El camarada Lenin partió de la premisa de que las tareas objetivas de la revolución rusa no han sido resueltas, de que el período de reacción que se ha iniciado impone al proletariado la tarea de defender con gran firmeza, como contrapeso a la vacilación general, la causa de la democracia y la causa de la revolución. De ahí se desprende la idea de que la Duma debe ser utilizada para los fines de la revolución, principalmente en el sentido de difundir con gran amplitud las concepciones políticas y socialistas del partido, y no en el sentido de las "reformas" legislativas, que en todo caso significarán un apoyo a la contrarrevolución y el cercenamiento en todos los aspectos de la democracia.

Según las palabras del camarada Lenin, el "meollo" de la cuestión de la Duma debe ser el esclarecimiento de estos tres términos: a) cuál es la composición de clase de la Duma; b) cuál debe ser y será la actitud de los centros de la Duma respecto de la revolución y de la democracia, y c) cuál es la importancia de la actividad de la Duma en el proceso de desarrollo de la revolución rusa.

En lo que concierne al primer punto, el camarada Lenin subrayó, sobre la base del análisis de la composición de la Duma (según los datos de la pertenencia de los diputados a uno u otro partido), que las concepciones de la sonada y pretendida "oposi-

ción" sólo pueden verse realizadas en la III Duma con una condición: a base de que 87 octubristas, como mínimo, colaboren con los demócratas-constitucionalistas y los diputados de izquierda. A éstos, para obtener la mayoría necesaria en la votación de los proyectos de ley les faltan 87 votos. Eso quiere decir que la acción legislativa en la Duma sólo es factible si participa indispensablemente en ella la inmensa mayoría de los octubristas. Está claro lo que puede resultar de semejante acción legislativa y en qué picota clavaría a la socialdemocracia su marcha conjunta con los octubristas. No se trata aquí de sostener un principio abstracto. Hablando en abstracto, se puede, y a veces se debe, apoyar a los representantes de la gran burguesía. Pero en el presente caso es preciso tener en cuenta las condiciones concretas del desarrollo de la revolución democrático-burguesa rusa. Hace ya mucho tiempo que la burguesía rusa emprendió el camino de la lucha contra la revolución y de los compromisos con la autoocracia. El último congreso de los demócratas-constitucionalistas ha arrancado definitivamente todas las hojas de parra con que se cubrían los señores Miliukóvs y constituye un gran acontecimiento político, pues los demócratas-constitucionalistas han declarado con étnica franqueza que en la Duma octubrista-ultrarreaccionaria ellos van a legislar y que se disponen a luchar contra los "adversarios que están a la izquierda". Por tanto, las dos mayorías posibles en la Duma, la octubrista-ultrarreaccionaria y la demococonstitucionalista-octubrista, tratarán ambas por diferentes medios de apretar más el nudo de la reacción: la primera, pugnando por restaurar la autoocracia, y la segunda, mediante acuerdos con el gobierno y reformas ilusorias que encubran las aspiraciones contrarrevolucionarias de la burguesía. Por consiguiente, la socialdemocracia no puede mantener el criterio de apoyar las reformas legislativas, ya que ello equivaldría a apoyar al partido *gubernamental*, octubrista. La vía de las "reformas", dadas la presente base política y la actual correlación de fuerzas, no significa el mejoramiento de la situación de las masas ni la ampliación de la libertad, sino la reglamentación burocrática de la falta de libertad y del avasallamiento de las masas. Así son, por ejemplo, las reformas agrarias de Stolypin con arreglo al artículo 87^o. Estas reformas son progresistas, porque desbrozan el camino al capitalismo. Sin embargo, ningún socialdemócrata se ha decidido a apoyar este progreso. Los mencheviques han estado repitiendo la misma cantinela: ¡Los intereses de clase de la burguesía *deben*

chocar con la autoocracia! Mas en este "marxismo" vulgar no hay ni un ápice de verdad histórica. ¿Acaso Napoleón III y Bismarck no lograron saciar por algún tiempo los apetitos de la gran burguesía? ¿Acaso con sus "reformas" no pusieron por largos años el dogal al cuello de las masas trabajadoras? ¿Qué fundamento hay, pues, para suponer que el gobierno ruso, en su alianza con la burguesía, sea capaz de aceptar otro género de reformas?

Proletari, núm. 20, 19 de noviembre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

RESOLUCION SOBRE LA TACTICA DE LA MINORIA SOCIAL-
DEMOCRATA EN LA III DUMA DEL ESTADO

Basándose en las resoluciones del Congreso de Londres sobre la Duma del Estado y sobre los partidos no proletarios, la Conferencia de toda Rusia del P.O.S.D.R., desarrollando estas resoluciones, considera necesario declarar lo siguiente:

1) en la III Duma, que es el resultado del golpe de estado del 3 de junio, son posibles dos mayorías: la ultrarreaccionaria-octubrista y la octubrista-democonstitucionalista. La primera, que expresa por excelencia los intereses de los terratenientes feudales, es contrarrevolucionaria y propugna sobre todo la salvaguardia de los intereses de los terratenientes y el refuerzo de la represión, llegando en sus aspiraciones hasta la total restauración de la autocracia. La segunda mayoría, que expresa ante todo los intereses de la gran burguesía, también es absolutamente contrarrevolucionaria, pero se inclina a enmascarar la lucha contra la revolución con algunas reformas burocráticas ilusorias;

2) esta situación creada en la Duma favorece extraordinariamente el doble juego político tanto por parte del gobierno como de los demócratas-constitucionalistas. El gobierno, al propio tiempo que intensifica la represión y prosigue la "conquista" de Rusia por la fuerza de las armas, quiere hacerse pasar por partidario de las reformas constitucionales. Los demócratas-constitucionalistas desean, a la vez que votan de hecho con los octubristas contrarrevolucionarios, aparecer no sólo como la oposición, sino como los representantes de la democracia. En estas circunstancias, sobre los socialdemócratas recae con singular fuerza la tarea de denunciar implacablemente este juego, de denunciar en igual medida ante el pueblo las violencias de los terratenientes ultrarreaccionarios de las centurias negras y del gobierno y la política

contrarrevolucionaria de los demócratas-constitucionalistas. El apoyo directo o indirecto a éstos por parte de la socialdemocracia (sea en forma de buró de información en el que participen los demócratas-constitucionalistas o bien adaptando sus acciones a la política de ellos, etc.) significaría ahora un perjuicio directo para la educación clasista de las masas obreras y para la revolución;

3) sin dejar de sustentar sus objetivos socialistas y criticando desde este punto de vista a todos los partidos burgueses, los socialdemócratas deberán en su agitación, poniéndolo en el primer plano, explicar a las grandes masas populares la absoluta disonancia entre la III Duma y los intereses y las reivindicaciones del pueblo y, en relación con ello, desplegar una amplia y enérgica propaganda de la idea de la Asamblea Constituyente, elegida sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto;

4) entre las tareas principales de la socialdemocracia en la III Duma figura la de poner al desnudo la entraña clasista de los proyectos del gobierno y de los liberales y oponer a ellos de modo sistemático las reivindicaciones del programa mínimo socialdemócrata sin reducción alguna, prestando una atención especial a los problemas que conciernen a los intereses económicos de las amplias masas populares (los problemas obrero y agrario, el presupuesto, etc.), tanto más cuando la composición de la III Duma promete materia muy abundante para la labor de agitación de la socialdemocracia;

5) la minoría socialdemócrata se preocupará particularmente de que ninguna coincidencia exterior de la votación de los socialdemócratas con las votaciones del bloque ultrarreaccionario-octubrista o del octubrista-democonstitucionalista pueda ser utilizada en el sentido de apoyo a uno u otro bloque;

6) es necesario que en la Duma los socialdemócratas presenten proyectos de ley y hagan uso del derecho de interpelación, para lo que serán necesarias acciones conjuntas con otros grupos que estén más a la izquierda de los demócratas-constitucionalistas, pero sin la menor desviación del programa y la táctica de la socialdemocracia y sin formación de ningún bloque. La minoría socialdemócrata debe proponer inmediatamente a los diputados de izquierda de la Duma crear un buró de información, que sin implicar ningún compromiso para los partícipes en él, permita a los diputados obreros influir sistemáticamente sobre la democracia en el espíritu de la política socialdemócrata, y

7) la Conferencia considera preciso subrayar que entre los

primeros pasos concretos de la minoría socialdemócrata de la Duma sobre todo es necesario: 1) presentar una declaración especial; 2) hacer una interpelación sobre el golpe de estado del 3 de junio, y 3) plantear en la Duma en la forma más conveniente el problema del proceso judicial contra la minoría socialdemócrata de la II Duma del Estado.

Proletari, núm. 20, 19 de noviembre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

LOS PREPARATIVOS DE LA "REPUGNANTE ORGIA"

El conocido marxista alemán Franz Mehring⁸², comentando las tareas de la socialdemocracia en la II Duma rusa y las aspiraciones de los liberales rusos, escribía que el liberalismo germano marcha desde hace 60 años por un camino deplorable y vergonzoso, cubriéndose con el lema de una "labor positiva". Cuando la Asamblea Nacional, en una noche de verano de 1789, llevó a cabo la liberación de los campesinos franceses, el aventurero genialmente venal Mirabeau, héroe excelso de la democracia constitucionalista, bautizó este acontecimiento con una expresión que se ha hecho proverbial: "repugnante orgía". A nuestro modo de ver (el modo de ver socialdemócrata), aquello fue una labor positiva. En cambio, la liberación de los campesinos prusianos, arrastrada a paso de tortuga a lo largo de 60 años, de 1807 a 1865, y que acarreó la pérdida brutal y despiadada de incontables vidas campesinas, fue desde el punto de vista de nuestros liberales una "labor positiva", sobre la que ellos echan las campanas al vuelo. A nuestro modo de ver, eso fue una "repugnante orgía" *.

Así escribía Mehring. Y no se puede por menos de recordar sus palabras ahora, cuando se abre la III Duma, cuando los octubristas quieren lanzarse de lleno a la repugnante orgía, cuando los demócratas-constitucionalistas están dispuestos a participar en ella con celo lacayuno y cuando incluso entre los socialdemócratas (para vergüenza nuestra) se encuentran los adeptos de Plejánov prontos a ofrecer su concurso para esta orgía. Examinemos más de cerca todos estos preparativos.

Las vísperas de la III Duma se han distinguido por las numerosas reuniones de los diversos partidos para tratar de la táctica

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. XII, ed. Cartago, 1960, pág. 366. (Ed.)

en la Duma. Los octubristas confeccionaron en su reunión de Moscú el proyecto de programa de la minoría parlamentaria de la "Unión del 17 de octubre", y uno de sus oradores, el señor Plevako, enarbó en el banquete de Moscú "la bandera del Partido Liberal Constitucionalista Ruso". Los demócratas-constitucionalistas han concluido en tres o cuatro días su llamado V Congreso del "partido". Los demócratas-constitucionalistas de izquierda han sido derrotados en toda la línea y arrojados completamente del Comité Central demócrata-constitucionalista. (El Comité Central lo integran 38 personas que manejan totalmente el "partido".) Los demócratas-constitucionalistas de derecha han obtenido plena libertad de acción, en el espíritu del "informe sobre la táctica en la III Duma", esta admirable e "histórica" justificación de la "repugnante orgía". Los socialdemócratas han comenzado a discutir en el Comité Central y en la conferencia de la organización de San Petersburgo del P.O.S.D.R. la táctica que seguirán en la III Duma.

El programa parlamentario de los octubristas se distingue por el sincero *reconocimiento* de la política contrarrevolucionaria que, en esencia, siguieron también los demócratas-constitucionalistas en la II Duma, enmascarándose con frases y pretextos de toda índole. Por ejemplo, los octubristas declaran abiertamente que la revisión de las leyes fundamentales y de la ley electoral es "inoportuna": que al principio, dicen, con "una serie de reformas inaplazables" se "calmen los ánimos y desaparezca la lucha de pasiones y de intereses de clase". Los demócratas-constitucionalistas no decían eso, pero obraron precisamente así, y no de otro modo, en la II Duma. Otro ejemplo. Los octubristas son partidarios de "hacer que participe en la administración autónoma local el círculo más amplio de personas", pero, a la par, propugnan por "garantizar la representación correspondiente" a la nobleza. Esta franqueza contrarrevolucionaria es más veraz que la política demócrata-constitucionalista: prometer el sufragio universal, directo, igual y secreto, mas, de hecho, luchar desesperadamente en la I y en la II Duma contra la elección de los comités agrícolas locales con arreglo a este sufragio y proponer comités integrados a partes iguales por campesinos y terratenientes, o sea, lo mismo exactamente que "garantizar la representación correspondiente a la nobleza". Otro ejemplo más. Los octubristas rechazan sin ambages la expropiación forzosa de tierras pertenecientes a los terratenientes. Los demócratas-constitucionalistas

listas la "aceptan", pero la aceptan de tal modo que votan en la II Duma con las derechas contra los trudoviques y los socialdemócratas cuando se plantea el problema de cerrar los debates agrarios con una fórmula general en la que se admitía la expropiación forzosa.

Con tal de consolidar las "victorias" de la contrarrevolución, los octubristas están dispuestos a prometer todas las reformas liberales que sean. Ahí vemos la "ampliación de los derechos presupuestarios de la Duma" (¡no bromeen!) y la "ampliación de sus derechos de control sobre la naturaleza legal de los actos del poder", la garantía de la independencia de los Tribunales y el "cese de las restricciones a las organizaciones y huelgas económicas de los obreros" ("que no signifiquen una amenaza a los intereses del Estado y de la sociedad"), el "fortalecimiento de los principios de la libertad civil ajustada a las leyes" y otras tantas cosas por el estilo. El partido gubernamental de los octubristas prodiga tan largamente las frases "liberales" como el propio gobierno del señor Stolypin.

¿Cómo han abordado los demócratas-constitucionalistas en su congreso el problema de la actitud respecto a los octubristas? El puñado de demócratas-constitucionalistas de izquierda ha resultado estar compuesto por vocingleros que ni siquiera han sabido formular claramente la cuestión. Entre tanto, la masa de caballeros de derecha del octubrismo disfrazado se ha unido estrechamente para desfigurar del modo más abyecto la verdad. La impotencia de los demócratas-constitucionalistas de izquierda se ha puesto de relieve sobre todo en su proyecto de resolución: el primer punto propone a los demócratas-constitucionalistas "mantenerse en un terreno de marcada oposición y no ir al acercamiento con los octubristas, extraños a él (al partido demócrata-constitucionalista) por su espíritu y su programa". En cambio, el segundo punto exhorta a "no negar el apoyo a los proyectos de ley que conduzcan al país por el camino de la liberación y de las reformas democráticas, cualquiera que sea el origen de estos proyectos". ¡Esto es cómico, pues en la III Duma sólo de los octubristas *pueden* partir proyectos de ley que reúnan mayoría de votos! Los señores demócratas-constitucionalistas de izquierda se tienen bien merecida su derrota, pues se han comportado como unos pobres timoratos o bobalicones, incapaces de decir clara y terminantemente que en semejante Duma es bochornoso disponerse a legislar y que votar con los octubristas significa un apoyo

a la contrarrevolución. Contados demócratas-constitucionalistas de izquierda han comprendido, al parecer, estas cosas, pero como demócratas de salón se han acobardado en el congreso. En todo caso, el señor Zhilkin publica en *Továrisch* este discurso *privado* del demócrata-constitucionalista Safónov: "La minoría demócrata-constitucionalista debe ahora, a mi entender, adoptar la postura del grupo trudovique de la I Duma. Oposición, discursos enérgicos, y nada más. *Pero ellos se disponen a legislar. ¿De qué modo? ¿Amistad, alianza con los octubristas?* Extraña inclinación hacia la derecha. Todo el país marcha hacia la izquierda, y nosotros tiramos hacia la derecha." (*Továrisch*, núm. 407.) Por lo visto, el señor Safónov tiene a veces lúcidos intervalos de vergüenza y remordimiento, pero... ¡sólo en privado!

En cambio, el señor Miliukov y su pandilla han mostrado en todo su esplendor sus viejas cualidades de desvergonzados e impúdicos arribistas. En la resolución aprobada han solapado el fondo de la cuestión para engañar a un amplio público, como han engañado siempre al pueblo los héroes liberales de la prostitución parlamentaria. En la resolución del congreso (las "tesis") *¡no se dice palabra de los octubristas!* Esto parece inconcebible, pero es un hecho. Todo el quid del congreso demócrata-constitucionalista se ha reducido al problema de la votación de los demócratas-constitucionalistas con los octubristas. Todos los debates han girado en torno de ello. Mas todo el arte de los politicastros burgueses consiste precisamente en *engañar* a las masas, en *ocultar* sus manejos parlamentarios. Las "tesis sobre la táctica" adoptadas el 26 de octubre por el congreso demócrata-constitucionalista son un documento clásico que muestra, en primer lugar, cómo los demócratas-constitucionalistas se funden con los octubristas y, en segundo lugar, cómo se escriben las resoluciones cuyo objeto es permitir a los liberales engañar a las masas. Este documento hay que compararlo con el "programa parlamentario" de la "Unión del 17 de octubre". Hay que confrontarlo con el "informe sobre la táctica" leído por Miliukov en el Congreso demócrata-constitucionalista (*Riech*, núm. 255). Véanse los pasajes más importantes de este informe:

"Colocado en la situación de oposición, el partido, sin embargo, [precisamente: ¡sin embargo!] no jugará el papel de minoría irresponsable, en el sentido que él mismo dio a este término para caracterizar la conducta de la extrema izquierda en la Duma [traducido del lenguaje parlamentario al vulgar y

llano, eso quiere decir: ¡Compadézcanse, señores octubristas, hágannos un huequito, que nosotros sólo de nombre somos oposición!]. El partido no considerará la Duma como un medio para preparar acciones fuera de ella, sino como el órgano superior del Estado, al que pertenece una parte del poder supremo, exactamente determinada por la Ley [¿no son más honestos los octubristas, que dicen sin rodeos: la revisión de las leyes fundamentales es inoportuna?]. A la III Duma, lo mismo que a las dos anteriores, el partido acude con el firme propósito de participar activamente en la labor legislativa. El partido conceptuó siempre este género de labor como lo más importante y fundamental, oponiéndola en igual grado a los objetivos de agitación de los izquierdistas que a la actividad conspirativa de los derechistas." Bueno, en eso de la "conspiración", mienten también, señores, pues en *las dos dumas ¡conspiraron* ustedes con los ministros o con los lacayos de los ministros! Y renunciar a la agitación significa renunciar plena y definitivamente a la *democracia*.

Para legislar en la III Duma es indispensable, de una u otra forma, directa o indirectamente, unirse con los octubristas y colocarse por completo en el campo de la contrarrevolución y de la salvaguardia de sus victorias. Los demócratas-constitucionalistas procuran silenciar estas cosas evidentes. No obstante, se van de la lengua en otro pasaje del informe: "El uso de la iniciativa legislativa debe estar subordinado a la aclaración previa de la *posibilidad práctica de aprobación* de los proyectos del partido." La posibilidad práctica de la aprobación depende de los octubristas. Ponerla en claro significa ir a buscar a los octubristas por la escalera de servicio. Supeditar su iniciativa a esta aclaración significa mutilar sus proyectos *para complacer* a los octubristas, significa subordinar su política a los octubristas.

No hay términos medios, señores. O partido de verdadera oposición, y entonces, minoría irresponsable, o partido de actividad legislativa contrarrevolucionaria, y, entonces, servilismo ante los octubristas. Los demócratas-constitucionalistas han elegido lo segundo, y ¡en recompensa por ello la Duma ultrarreaccionaria, según se dice, propone al demócrata-constitucionalista de derecha Maklakov para la presidencia! Maklakov se ha merecido el puesto.

Mas, ¿cómo ha podido haber socialdemócratas capaces incluso ahora de hablar de apoyo a los demócratas-constitucionalistas? A estos socialdemócratas les han engendrado el espíritu pequeño-burgués de la intelectualidad, el espíritu pequeño-burgués de toda

la vida rusa. A estos socialdemócratas les han engendrado la vulgarización plejanoviana del marxismo. En la Conferencia de la organización socialdemócrata de San Petersburgo se puso de manifiesto que los mencheviques, siguiendo a la Duma derechista, van todavía más hacia la derecha. ¡Están dispuestos a apoyar a los octubristas, es decir, al partido *gubernamental*! ¿Por qué los socialdemócratas no han de votar por Jomiakov, que es mejor que Bobrinski? ¡Se trata de una cuestión de conveniencia! ¿Por qué no votar por Bobrinski, si sólo se puede elegir entre Purishkévich y él? ¿Por qué no apoyar a los octubristas contra los ultrarreaccionarios cuando Marx nos enseñó a apoyar a la burguesía frente a los feudales*?

Sí, da vergüenza confesarlo, pero sería pecado ocultar que Plejánov ha llevado a sus mencheviques hasta el oprobio sin fin de la socialdemocracia. Como un auténtico hombre enfundado, ha repetido sin cesar palabras aprendidas de memoria acerca del "apoyo a la burguesía" y con su *machaconería* ha enturbiado toda comprensión de las tareas especiales y de las condiciones especiales de la lucha del proletariado en la revolución y de la lucha para combatir a la contrarrevolución. Marx hace girar todo su análisis de las épocas revolucionarias en torno de la lucha sostenida por la verdadera democracia y, en particular, por el proletariado frente a las ilusiones constitucionales, frente a la traición del liberalismo, frente a la contrarrevolución. Plejánov acepta a Marx, falsificado a lo Struve. ¡Que coseche ahora Plejánov lo que ha sembrado!

El carácter contrarrevolucionario del liberalismo en la revolución rusa ha quedado demostrado por todo el curso de los acontecimientos anteriores al 17 de octubre y, sobre todo, posteriores a él. La III Duma hará que hasta los ciegos recobren la vista. El acercamiento entre los demócratas-constitucionalistas y los octubristas es un hecho político. Ninguna clase de pretextos ni de subterfugios podrá velarlo. Ya puede *Továrisch*, el periódico de los obtusos bernsteinianos, limitarse a un impotente gimo-teo con este motivo, barajándolo con empujones a los demócratas-constitucionalistas para acercarlos a los octubristas y con alcahuetería política. La socialdemocracia debe comprender qué móvi-

* Véase: C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, t. I, págs. 53-55, Ed. Política. La Habana. 1963. (Ed.)

los de clase determinan la naturaleza contrarrevolucionaria del liberalismo ruso. La socialdemocracia debe desenmascarar implacablemente en la Duma todas las vías por las que los demócratas-constitucionalistas pueden tratar de acercarse a los octubristas, toda la bajeza del pretendido liberalismo democrático. ¡El partido obrero rechazará con desprecio toda idea acerca de "guardar la fogosidad" y desplegará la bandera del socialismo y la bandera de la revolución!

Proletari, núm. 19, 5 de noviembre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

¿QUIÉNES SON LOS JUECES?

En la prensa burguesa son ahora un fenómeno de todos los días las malévolas risitas con motivo de la escisión entre los mencheviques y los bolcheviques en el seno del P.O.S.D.R., en general, y de la enconada lucha en el Congreso de Londres, en particular. Nadie abriga ni el más remoto propósito de estudiar las disensiones, de analizar las dos tendencias y de hacer conocer al público lector la historia de la escisión y todo el carácter de las discrepancias entre los mencheviques y los bolcheviques. Los publicistas de *Riech* y *Továrisch*, señores E. Verguezhski, E. K. Pereyaslavski y otros *penny-a-liners* (plumíferos a tanto por línea), se dedican simplemente a cazar al vuelo cualquier bulo, escogen detalles "pícaros" de los "escándalos" para recrear a los hastiados charlatanes de salón e intentan por todos los medios contaminar los cerebros con una bazofia anecdótica acerca de nuestra lucha.

En este género de mofa vulgar incurrir también los socialistas-revolucionarios. El editorial del núm. 6 de *Znamia Trudá*⁶³ saca a luz un relato de Cherevanin sobre un caso de histerismo en el Congreso de Londres, ríe con disimulo a propósito del gasto de "decenas de miles" y saborea "el no mal cuadro del estado interno de la socialdemocracia rusa en los momentos actuales". Para los liberales, estos preámbulos sirven de paso a la exaltación de los oportunistas a lo Plejánov; para los socialistas-revolucionarios, a la severa reprimenda que lanzan contra ellos. (¡Los socialistas-revolucionarios repiten *ahora* los argumentos de los socialdemócratas revolucionarios contra el Congreso Obrero! ¡Al fin se han dado cuenta!) Pero la malignidad respecto a la dura lucha en el seno de la socialdemocracia es idéntica en unos y otros.

Digamos algunas palabras acerca de los héroes liberales de esta cruzada y hablemos detalladamente de los héroes socialistas-revolucionarios de la "lucha contra el oportunismo".

Los liberales se ríen de la lucha interna de la socialdemocracia para encubrir su *engaño* sistemático al público respecto del partido de los demócratas-constitucionalistas. El engaño es constante, la lucha entre los propios demócratas-constitucionalistas y sus negociaciones con las autoridades se ocultan sistemáticamente. Todo el mundo sabe que los demócratas-constitucionalistas de izquierda sermonean a los de derecha, todo el mundo sabe que los señores Miliukov, Struve y Cía. han ido por las antecámaras de los señores Stolypins. Pero los datos exactos se guardan en secreto: las discrepancias han sido disimuladas, y de las discusiones entre los demócratas-constitucionalistas de izquierda y el señor Struve no se ha dicho palabra. No hay actas de los congresos del partido demócrata-constitucionalista. Los liberales no comunican el número de afiliados de su partido ni globalmente ni por organizaciones. No se conoce la tendencia de los diversos comités. Completa oscuridad, completa falsedad oficial en *Riech*, completo engaño a la democracia por los contertulios ministeriales: eso es el partido de los demócratas-constitucionalistas. Abogados y profesores que hacen carrera con el parlamentarismo, condenan farisaicamente la clandestinidad y exaltan la actividad pública de los partidos, pero de hecho se burlan del principio democrático de la publicidad y ocultan al público las diversas tendencias políticas que hay en su partido. Hace falta tener toda la miopía de un Plejánov que se arrastra ante Miliukov para no ver este burdo y repulsivo engaño, revestido con un barniz de cultura, de los demócratas-constitucionalistas a la democracia.

Pero ¿y los socialistas-revolucionarios? ¿Cumplen el deber de honestos *demócratas* (de socialistas no hablamos cuando se trata de los socialistas-revolucionarios) de exponer *clara y verazmente* al pueblo la lucha de las diversas tendencias políticas entre los que quieren que les siga el pueblo?

Veamos cuáles son los hechos.

Congreso del partido de los socialistas-revolucionarios en diciembre de 1905. El primero y el único del que se han publicado actas. El señor Tuchkin, delegado del Órgano Central, exclama: "Hubo un tiempo en que los socialdemócratas estaban persuadidos, con toda sinceridad, al parecer, de que el advenimiento de las libertades políticas sería la muerte política para nuestro partido... La época de las libertades ha demostrado lo contrario." (Página 28 del apéndice a las actas.) ¡Vaya, señor Tuchkin!, ¿es eso así? ¿Ha demostrado eso la época de las libertades?

¿Ha demostrado eso la verdadera política del partido de los socialistas-revolucionarios en 1905?, ¿o en 1906?, ¿o en 1907?
 ¡Veamos cuáles son los hechos!

En las actas del Congreso socialista-revolucionario (celebrado en diciembre de 1905 y hecho público en ¡1906!) leemos que un grupo literario que asistió con voz consultiva al Congreso, después del 17 de octubre “había insistido ante el Comité Central socialista-revolucionario para que fuese organizado el partido abiertamente” (véase la página 49 de las actas; las citas siguientes están tomadas del mismo lugar). Al Comité Central socialista-revolucionario “no se le propuso crear una organización abierta del partido socialista-revolucionario, sino un partido socialista popular aparte, paralelo a él” (51). El Comité Central se negó a ello y presentó el problema al Congreso. Este rechazó la propuesta de los socialistas populares por mayoría de todos contra 1 y 7 abstenciones (66). “¿Acaso cabe pensar que estemos juntos en dos partidos?”, exclamaba el señor Tuchkin, golpeándose el pecho (61). Por su parte, el señor Shévich insinuó que los socialistas populares están cerca de los liberales, por lo que la serenidad empezó a abandonar (pág. 59) al socialista popular señor Rozhdéstvenski, quien afirmó que “nadie tiene derecho” a llamarles a ellos “semiliberales” (59)*.

Estos son los hechos. En 1905 los socialistas-revolucionarios rompieron con los socialistas populares “semiliberales”. ¿Rompieron realmente?

En 1905 la prensa era el medio más poderoso de influencia abierta del partido sobre las masas. En octubre, en los “días de las libertades”, los socialistas-revolucionarios hicieron el periódico en bloque con los socialistas populares, aunque, cierto es, sólo hasta el Congreso de diciembre. Formalmente, a los socialistas-revolucionarios les asiste aquí la razón. Pero, en realidad, ellos, en el período de las mayores libertades, de la influencia más abierta sobre las masas, ocultaron al público las dos tendencias diferentes que existían dentro del partido. Las divergencias no eran menores que en el seno de la socialdemocracia, mas los

* El señor Shévich retrocedió un poquito ante esta ofensa del socialista popular que había perdido la serenidad y “rectificó” —pág. 63—, diciendo “en forma de aclaración personal” (!!): “Yo no me proponía incluir al orador en el partido liberal.”

socialdemócratas se preocuparon de sacarlas a la luz, mientras que los socialistas-revolucionarios procuraron ocultarlas diplomáticamente. Esos son los hechos de 1905.

Tomemos el año 1906. El período de las “pequeñas libertades” de la I Duma. Reaparecen los periódicos socialistas. Los socialistas-revolucionarios forman nuevamente un bloque con los socialistas populares con un periódico común. No en vano la ruptura con los “semiliberales” en el Congreso sólo había sido diplomática: ¡ruptura o ninguna ruptura, como quieran! Rechazaron la propuesta, ridiculizaron la idea de “estar juntos en dos partidos” y... siguieron estando unos al lado de otros en los dos partidos, exclamando con arrobamiento: ¡Gracias, Señor, por no parecernos a los socialdemócratas, que se pelean entre ellos! Estos son los hechos. Los dos períodos de prensa libre en Rusia muestran que los socialistas-revolucionarios han ido en bloque con los socialistas populares, ocultando fraudulentamente (con “diplomacia”) a la democracia las dos tendencias profundamente disparas que se habían puesto de manifiesto dentro del partido.

Tomemos el año 1907. Después de la I Duma, los socialistas populares constituyeron formalmente su partido. Esto fue inevitable, ya que en la I Duma, en la primera intervención de los partidos ante los compromisarios de los campesinos de toda Rusia, los socialistas populares y los socialistas-revolucionarios presentaron proyectos agrarios diferentes (el de los 104 y el de los 33). Los socialistas populares triunfaron sobre los socialistas-revolucionarios ante los diputados trudoviques, reuniendo con creces el triple de firmas más, al pie de su proyecto, de su programa agrario. Este programa, como reconoce el socialista-revolucionario Vijiáiev (*Nasha Misl*, recopilación núm. 1. San Petersburgo, 1907, artículo “El Partido Socialista-Popular y el problema agrario”), “lo mismo” que la ley del 9 de noviembre de 1906. “llega a negar el principio fundamental del disfrute comunal de la tierra”. Este programa da fuerza legal a las “manifestaciones de individualismo egoísta [artículo del señor Vijiáiev, pág. 89 de la recopilación], llena de turbiedad individualista la ancha corriente ideológica” (idem, pág. 91) y se coloca en el “plan de fomentar las corrientes individualistas y egoístas en las masas populares” (idem, pág. 93).

Parece que está claro. Los diputados campesinos, en su aplastante mayoría, han dado pruebas de individualismo burgués. La primera intervención de los socialistas-revolucionarios ante

los compromisarios campesinos de toda Rusia ha confirmado brillantemente la teoría de los socialdemócratas, dejando convertidos prácticamente a los socialistas-revolucionarios en el ala izquierda extrema de la democracia pequeñoburguesa.

Pero, ¿quizás los socialistas-revolucionarios, por lo menos después que los socialistas populares se separaron de ellos y lograron que aceptase su programa el Grupo del Trabajo, se han apartado definitivamente de los socialistas populares? No. Las elecciones a la II Duma en Petersburgo mostraron todo lo contrario. Los bloques con los demócratas-constitucionalistas fueron entonces la manifestación más patente de oportunismo socialista. El peligro ultrarreaccionario era una ficción que *encubría* la política de subordinación a los liberales. La prensa demócrata-constitucionalista reveló esto con particular claridad, subrayando la “moderación” de los mencheviques y de los socialistas populares. ¿Qué conducta tuvieron los socialistas-revolucionarios? Nuestros “revolucionarios” se aliaron con los socialistas populares y los trudoviques, ocultando al público las condiciones de esta alianza. *Nuestros revolucionarios fueron en pos de los demócratas-constitucionalistas*, exactamente igual que los mencheviques. Los representantes de los socialistas-revolucionarios propusieron una alianza a los demócratas-constitucionalistas. (Conferencia del 18 de enero de 1907. Cfr. el folleto de N. Lenin *Oírás el dictamen de un necio*, San Petersburgo, 15 de enero de 1907 *, donde se hace ver que los socialistas-revolucionarios se condujeron con *deshonestidad política* en el problema de las alianzas, celebrando negociaciones simultáneamente con los socialdemócratas que el 7 de enero de 1907 habían declarado la guerra a los demócratas constitucionalistas y con los demócratas-constitucionalistas.) Los socialistas-revolucionarios se vieron metidos en el bloque de izquierdas a *despecho* de su voluntad, debido a la negativa de los demócratas-constitucionalistas.

Por tanto, después de su total rompimiento con los socialistas populares, los socialistas-revolucionarios aplican *de hecho* la política de aquéllos y de los mencheviques, es decir, de los oportunistas. Con la “ventaja” sobre ellos de que ocultan a los ojos del mundo los motivos de esta política y sus corrientes dentro del partido.

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. XI, págs. 463-482. (Ed.)

El Congreso extraordinario del partido de los socialistas-revolucionarios celebrado en febrero de 1907 lejos de plantear el problema de los bloques con los demócratas-constitucionalistas y de enjuiciar la significación de semejante política, *¡reafirmó*, por el contrario, esta política! Recordemos el discurso de G. Guershuni en ese Congreso, exaltado a la sazón por *Riech* idénticamente a como alaba siempre a Plejánov. Guershuni dijo que mantenía su “viejo criterio: los demócratas-constitucionalistas no son por ahora enemigos nuestros”. (Pág. 11 del folleto *Discurso de G. A. Guershuni en el Congreso extraordinario del Partido Socialista-Revolucionario*, 1907, págs. 1 a 15, con la divisa de partido de los socialistas-revolucionarios: “En la lucha conquistarás tu derecho”.) Guershuni prevenía contra la lucha recíproca en el seno de la oposición: “¿No se disuadirá el pueblo de la posibilidad misma de gobernar por medio de la representación popular?” (en el mismo discurso). Coincidiendo, por lo visto, con este devoto de los demócratas-constitucionalistas, el Congreso socialista-revolucionario aprobó la resolución en la que, entre otras cosas, se dice:

El Congreso considera que una rigurosa agrupación por partidos dentro de la Duma, con intervenciones aisladas de cada grupo y una enconada lucha entre las minorías, podría paralizar completamente la acción de la mayoría opositora y desacreditar de ese modo ante las clases trabajadoras la idea misma de la representación popular. (Núm. 6 de *Partinje Izvestia* del Partido Socialista-Revolucionario, 8 de marzo de 1907.)

Esto es ya oportunismo en su forma más pura, peor que el de nuestros mencheviques. Guershuni, un poco más toscamente, ha hecho que el Congreso socialista-revolucionario repita las *ideas de Plejánov*. Y toda la actividad de la minoría parlamentaria de los socialistas-revolucionarios ha reflejado este espíritu de la táctica demócrata-constitucionalista de patrocinar la unidad de la oposición nacional. La *única* diferencia entre el socialdemócrata Plejánov y el socialista-revolucionario Guershuni consiste en que el primero es miembro de un partido que no encubre semejante decadentismo, sino que lo desenmascara y lucha contra él, y el segundo milita en un partido donde todos los principios tácticos y las concepciones teóricas están embrollados y ocultos a los ojos de la opinión pública por el espeso telón de la diplomacia de grupo. Eso de que “la basura no se debe sacar de la isba”, los señores socialistas-revolucionarios lo saben hacer bien. Por otra parte, *no pueden* sacarla, ¡pues lo único que tienen es basura! Los socialistas-revolucionarios no han podido decir toda la verdad

acerca de sus relaciones con los socialistas populares en 1905, 1906 y 1907. No pueden hacer comprender cómo un partido... un partido, y no un grupo... puede aprobar hoy por 67 votos contra 1 una resolución archioportunista y desgañitarse mañana a gritos "revolucionarios".

Sí, señores "jueces", no envidiamos vuestro derecho formal de regocijarnos con motivo de la aguda lucha y de las escisiones dentro de la socialdemocracia. En esta lucha hay mucho mal, no lo negamos. Estas escisiones son muy nocivas para la causa del socialismo, es indiscutible. Y, sin embargo, no deseáramos cambiar ni un sólo instante esta penosa verdad por vuestra "fácil" mentira. La penosa dolencia de nuestro partido no es otra cosa que enfermedad de crecimiento de un partido *de masas*, pues no puede haber un partido de masas, un partido de clase, sin total claridad sobre los matices existentes, sin abierta lucha entre las diversas tendencias, sin dar a conocer a las *masas* qué dirigentes y qué organizaciones del partido siguen una u otra línea. Sin esto no se puede formar un partido digno de este nombre, y nosotros lo *estamos formando*. Hemos logrado que las concepciones de nuestras dos tendencias aparezcan ante todos verídicas, claras y concretas. La brusquedad personal, las discordias y los altercados fraccionales, los escándalos y las escisiones son una menudencia en comparación con lo que aprenden de la experiencia de las *dos tácticas* las masas auténticamente proletarias, con lo que aprenden todos los realmente capaces de enfocar conscientemente la política. Nuestras disputas y escisiones caerán en el olvido. Nuestros principios tácticos buidos y templados, pasarán como piedras angulares a la historia del movimiento obrero y del socialismo en Rusia. Trascurrirán años, y quizás decenios, y en cientos de problemas prácticos diversos se estudiará el influjo de una u otra tendencia. La clase obrera de Rusia y todo el pueblo *saben* lo que son el bolchevismo y el menchevismo.

¿Saben lo que son los demócratas-constitucionalistas? Toda la historia del partido demócrata-constitucionalista es un constante malabarismo político, con el que se silencia lo principal y se procura siempre ocultar la verdad sea como sea.

¿Saben lo que son los socialistas-revolucionarios? ¿Volverán los socialistas-revolucionarios a aliarse mañana con los socialdemócratas-constitucionalistas? ¿No forman ahora bloque con ellos? ¿Se apartan de la "turbiedad individualista" de los trudoviques o llenan más y más a su partido con esta turbiedad? ¿Siguen manteniéndose en el terreno de la teoría de la unidad de la

oposición nacional? ¿Acaso sólo fue ayer cuando adoptaron esta teoría? ¿No la abandonarán mañana por varias semanas? Esto no lo sabe nadie. No lo saben ni los mismos señores socialistas-revolucionarios, porque toda la historia de su partido es un completo, sistemático y continuo encubrimiento, enredo y embozo de las divergencias con palabras, frases y más frases.

¿Por qué ocurre esto? No es porque los socialistas-revolucionarios sean unos arribistas burgueses como los demócratas-constitucionalistas. No, de su sinceridad, como grupo, *no cabe* dudar. Su desdicha consiste en que no pueden formar un partido de masas, en que no pueden ser un partido de *clase*. La situación objetiva es tal que se ven precisados a ser únicamente un *ala* de la democracia campesina, un apéndice dependiente e inferior, un "grupo anexo" a los trudoviques y no un todo propio. El período de tempestad y embate no ayudó a los socialistas-revolucionarios a erguirse en toda su talla: este período les arrojó en los férreos brazos de los socialistas populares, tan férreos que ni la escisión los desgarró. El período de la guerra contrarrevolucionaria no ha templado sus vínculos con determinadas capas sociales; sólo ha suscitado nuevos titubeos y vacilaciones (ocultados cuidadosamente ahora por los socialistas-revolucionarios) acerca del espíritu socialista del mujik. Y cuando se leen hoy los ampulosos y enfáticos artículos de *Znamia Trudá* exaltando a los héroes del terror socialista-revolucionario, uno dice para sí involuntariamente: Vuestro terrorismo, señores, no es la consecuencia de vuestro espíritu revolucionario. Vuestro espíritu revolucionario se limita al terrorismo.

¡Sí, esos jueces están muy lejos de poder juzgar a la socialdemocracia!

Proletari, núm. 19, 5 de noviembre de 1907.

Se publica según el texto del periódico *Proletari*.

P R O L O G O

AL FOLLETO DE VOINOV (A. LUNACHARSKI) *SOBRE LA ACTITUD DEL PARTIDO ANTE LOS SINDICATOS*

El trabajo del camarada Vóinov sobre la actitud del Partido Socialista del proletariado hacia los sindicatos puede suscitar muchas interpretaciones torcidas. Ocurre esto por dos razones: en primer término, empeñado en la lucha contra una comprensión estrecha e inexacta del marxismo, contra la falta de deseo de tomar en consideración las nuevas exigencias del movimiento obrero y de enfocar el tema con más amplitud y profundidad, el autor se expresa con frecuencia en términos excesivamente generales. Combate la ortodoxia —cierto que una ortodoxia entre comillas, es decir, una falsa ortodoxia—, o la socialdemocracia alemana en general, en aspectos en los que sus ataques se refieren en realidad sólo a los vulgarizadores de la ortodoxia, sólo al ala oportunista de la socialdemocracia. En segundo término, el autor escribe para el público ruso, sin prestar atención apenas a los distintos matices que ofrece el planteamiento, sobre la base de la realidad de Rusia, de las cuestiones que él examina. Media un abismo entre el punto de vista del camarada Vóinov y las opiniones de los sindicalistas, mencheviques y socialistas-revolucionarios rusos. Pero un lector poco atento o poco escrupuloso puede fácilmente aferrarse a algunas frases o ideas de Vóinov, aprovechándose de que el autor ha tenido en cuenta de manera directa y principal a los franceses y a los italianos, sin proponerse la tarea de deslindar su posición de la de todo género de embrolladores rusos.

Como ejemplo de estos últimos indicaremos, pongamos por caso, a los socialistas-revolucionarios. En el número 5 de *Znamia Trudá*, los socialistas-revolucionarios afirman con su acostumbrada desfachatez: “La Internacional Socialista ha aprobado el punto

de vista sobre el movimiento sindical que nosotros (!) hemos defendido siempre (!).” Veamos la *Colección de artículos*, núm. 1 (1907) de la editorial *Nasha Misl*. El señor Víctor Chernov vitupera a Kautsky, ¡silenciando la resolución del Congreso de Mannheim⁰⁴ y la lucha de Kautsky contra los neutralistas oportunistas! El artículo de Kautsky contra el cual arremete el infatuado socialista-revolucionario fue escrito en vísperas de dicho Congreso. En Mannheim, Kautsky luchó contra los neutralistas. La resolución de Mannheim “abre una brecha considerable en la neutralidad de los sindicatos” (palabras de Kautsky en el artículo sobre el Congreso de Mannheim, publicado en *Neue Zeit*⁰⁵ del 6 de octubre de 1906). Y he aquí que en 1907 aparece un crítico que se las da de revolucionario, calificando a Kautsky de “gran dogmático e inquietador del marxismo” y acusándole —¡al unísono con los neutralistas oportunistas!— de rebajar tendenciosamente el papel de los sindicatos, de tender a “subordinarlos” al partido, etc. Si a esto añadimos que los socialistas-revolucionarios han defendido siempre el sin partidismo de los sindicatos y que ya en el núm. 2 de *Znamia Trudá* (12 de julio de 1907) leemos en un editorial: “La propaganda del partido tiene su lugar fuera del sindicato”, aparece bien clara ante nosotros toda la fisonomía del revolucionarismo de los socialistas-revolucionarios.

Cuando Kautsky luchó contra el neutralismo oportunista y desarrolló y ahondó la teoría del marxismo, haciendo avanzar a los sindicatos hacia la izquierda, estos señores cubrieron de improprios a Kautsky, repitiendo los conceptos de los oportunistas y prosiguiendo, al abrigo de su campaña difamatoria, la defensa del sin partidismo de los sindicatos. Cuando *ese mismo Kautsky* hizo avanzar a los sindicatos aún más hacia la izquierda, corrigiendo en Stuttgart la resolución de Beer y destacando en esta resolución las tareas socialistas de las trade-uniones, los señores socialistas-revolucionarios se pusieron a gritar: ¡La Internacional Socialista ha aprobado nuestro punto de vista!

Cabe preguntar: ¿son dignos tales procedimientos de miembros de la Internacional Socialista? ¿Acaso una tal crítica no es prueba de ausencia de principios, prueba de desfachatez?

Entre los socialdemócratas es modelo de desfachatez el ex revolucionario Plejánov, profundamente estimado por los liberales. En el prólogo al folleto *Nosotros y ellos*, afirma con una suficiencia sin igual e incomparable: La resolución de Stuttgart (sobre los sindicatos) *con mi enmienda* priva de significado a la resolución

de Londres (del Congreso de Londres del P.O.S.D.R.). Probablemente, muchos lectores, al oír esta afirmación de nuestro magnífico Narciso, creerán que en Stúttgart la lucha se desarrolló precisamente en torno a la enmienda de Plejánov y que, en general, esta enmienda revestía seria importancia.

En realidad, esta enmienda ("es preciso tener siempre en cuenta la unidad de la lucha económica") no tenía ninguna importancia seria, ni siquiera se refería al fondo de las cuestiones sometidas a *litigio* en Stúttgart, al fondo de las discrepancias en el socialismo internacional.

En realidad, el júbilo de Plejánov con motivo de "su" enmienda tiene un sentido muy vulgar: *desorientar* a los lectores, distraendo su atención de las cuestiones *realmente* litigiosas del movimiento sindical y *disimular* la derrota de la idea del neutralismo en Stúttgart.

El Congreso de Estocolmo del P.O.S.D.R. (1906), en el que triunfaron los meneheviques, propugnó la neutralidad de los sindicatos. El Congreso de Londres del P.O.S.D.R. mantuvo otra posición, proclamando la necesidad de infundir un espíritu partidista a los sindicatos. El Congreso Internacional de Stúttgart aprobó una resolución que "*pone fin para siempre a la neutralidad*", como justamente se expresó K. Kautsky*. Plejánov fue a la comisión del Congreso de Stúttgart a defender la neutralidad, cosa que refiere con todo detalle Vóinov, y Clara Zetkin, en el órgano del movimiento obrero femenino de Alemania *Die Gleichheit*, escribe que "*Plejánov intentó, con argumentos bastante desafortunados justificar cierta limitación de este principio*"** (es decir, del principio de la aproximación más estrecha entre los sindicatos y el partido).

Así, pues, el principio de la neutralidad defendido por Plejánov ha sufrido un fiasco. Los socialdemócratas revolucionarios alemanes han reconocido que los argumentos de Plejánov son "desafortunados". Pero él, admirado de sí mismo, afirma: Han

* *Vorwärts*, 1907, núm. 209, Suplemento, informe de Kautsky ante los obreros de Leipzig sobre el Congreso de Stúttgart. Véase el *Calendario para todos* de 1908, editorial *Ziorna*, pág. 173 en mi artículo sobre el Congreso Socialista Internacional de Stúttgart. (Véase en el presente tomo págs. 81-82.) (Ed.)

** Véase el mismo *Calendario para todos*, pág. 173, así como la recopilación *Zarnitsi* (San Petersburgo, 1907), donde aparece traducido el texto íntegro de este artículo de *Die Gleichheit*.

aceptado "mi" enmienda y la resolución de Londres pierde su significado...

Sí, sí; en cambio, la desfachatez a lo Nozdriov* del socialista estimado por los liberales no pierde, a lo que se ve, ni un ápice de su significado.

* * *

El camarada Vóinov no tiene razón, a mi juicio, cuando dice que los ortodoxos alemanes consideran perniciosa la idea del asalto y que la ortodoxia "había recogido todo el espíritu del nuevo economismo". De Kautsky no se puede decir eso, y el propio camarada Vóinov reconoce la justeza de las concepciones de Kautsky. El propio camarada Vóinov, al censurar a los alemanes "por haber hablado demasiado poco del papel de los sindicatos como organizadores de la producción socialista", recuerda en otro lugar la opinión de Liebknecht *padre*, que reconocía este papel con frases del más acusado relieve. En vano prestó crédito también el camarada Vóinov a Plejánov, cuando éste dijo que Bebel había silenciado *adrede* la revolución rusa en su discurso de salutación y que Bebel *no quiere* hablar de Rusia. Estas palabras de Plejánov fueron simplemente una burda bufonada del socialista profundamente estimado por los liberales, y no había por qué tomarlas en serio ni un instante, ni siquiera había que haber admitido la posibilidad de que estas palabras contuviesen un ápice de verdad. Yo, por mi parte, puedo testimoniar que durante el discurso de Bebel, Van Kol, representante del ala derecha de los socialistas, que estaba sentado a mi lado en la mesa presidencial, seguía atento al discurso de Bebel para comprobar si éste hacía alusión a Rusia. Y en cuanto Bebel terminó de hablar, Van Kol me expresó su extrañeza; no dudaba (como no lo dudaba ningún miembro serio del Congreso) que Bebel se había olvidado de Rusia *por casualidad*. Hasta los mejores y más expertos oradores pueden tener alguna falla. Calificar de "significativa" esta omisión del viejo Bebel por parte del camarada Vóinov es, a mi juicio, injusto en extremo. Igualmente injusto es hablar del "actual" Bebel oportunista. No hay motivo para semejante conclusión.

Mas para no suscitar interpretaciones erróneas diré al punto

* *Nozdriov*: personaje de la obra de N. Gógol *Almas muertas*; es el tipo del terrateniente alborotador y tramposo. (Ed.)

que si alguien intentase utilizar estas expresiones del camarada Vóinov contra los socialdemócratas revolucionarios alemanes, tal cosa equivaldría a sacar del contexto sin ningún escrúpulo unas palabras sueltas. El camarada Vóinov ha demostrado en medida suficiente a lo largo de *todo* su folleto que está al lado de los marxistas revolucionarios alemanes (como Kautsky) y que *junto con ellos* se esfuerza por eliminar los viejos prejuicios, los lugares comunes oportunistas y la presunción miope. Por eso mismo yo me solidaricé en Stuttgart con el camarada Vóinov en todo lo esencial y ahora me solidarizo con todo el carácter de su crítica revolucionaria. Tiene mil veces razón cuando dice que es preciso aprender hoy no sólo de los alemanes, sino también *de la experiencia* vivida por los alemanes. Sólo gente ignorante, que *naña* ha aprendido aún de los alemanes, por lo que desconoce el abecé, puede deducir de aquí una "divergencia" en el seno de la socialdemocracia revolucionaria. Debemos criticar sin temor y abiertamente los errores de los líderes alemanes, si queremos ser fieles al espíritu de Marx y ayudar a los socialistas rusos a colocarse a la altura de las tareas actuales del movimiento obrero. Es indudable que Bebel se equivocó también en Essen, cuando defendió a Noske, cuando sostuvo que existe diferencia entre guerra defensiva y ofensiva, cuando combatió el *procedimiento* de lucha de los "radicales" contra Van Kol, cuando negó (junto con Singer) el fracaso y el carácter erróneo de la táctica de la delegación alemana en Stuttgart. No debemos ocultar estos errores, sino mostrar, a la vista de ellos, que los socialdemócratas rusos deben aprender a evitarlos, deben satisfacer unas exigencias más rigurosas del marxismo revolucionario. Y que no pretendan los anarquistas y los sindicalistas, los liberales y los socialistas-revolucionarios rusos congratularse maliciosamente con motivo de nuestra crítica de Bebel. A estos señores les diremos: las águilas vuelan a veces más bajo que las gallinas, pero jamás las gallinas podrán elevarse tan alto como las águilas.

* * *

Hace dos años y pico, el señor Struve, que entonces defendía la revolución, que entonces escribía acerca de la necesidad de acciones revolucionarias abiertas, que entonces aseguraba que la revolución debía convertirse en poder, este mismo señor Struve escribía en el núm. 71 de *Osvobozhdenie*⁹⁸, editado en el extranjero:

En comparación con el revolucionarismo del señor Lenin y sus compañeros, el revolucionarismo de la socialdemocracia de Europa occidental, de la de Bebel y hasta de Kautsky, es oportunismo." Yo respondí entonces al señor Struve: "¿Dónde y cuándo he pretendido yo crear en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky?" (*Das Táticas*, pág. 50 de la edición rusa.)*

En el verano de 1907 tuve ocasión de indicar, en un folleto sobre el boicot a la Tercera Duma, que sería falso de cabo a rabo identificar el bolchevismo con el boicotismo o la acción de los grupos de combate.

Ahora, en cuanto a la cuestión de los sindicatos, es necesario subrayar igualmente de manera rotunda que el bolchevismo aplica la táctica de la socialdemocracia revolucionaria en todas las esferas de la lucha, en todos los campos de acción. El bolchevismo no se diferencia del menchevismo en que el primero "niegue" el trabajo en los sindicatos o en las cooperativas, etc., sino en que el primero *sigue otra orientación* en la labor de propaganda, de agitación y de organización de la clase obrera. Ahora la actividad dentro de los sindicatos adquiere, sin duda, una enorme importancia. En oposición al neutralismo de los mencheviques, debemos desplegar esta actividad en el espíritu del acercamiento de los sindicatos al partido, del desarrollo de la conciencia socialista y de la comprensión de las tareas revolucionarias del proletariado. En Europa occidental, el sindicalismo revolucionario ha sido en muchos países un resultado directo e inevitable del oportunismo, del reformismo y del cretinismo parlamentario. En nuestro país, los primeros pasos de la "actividad de la Duma" han acentuado también en enormes proporciones el oportunismo, han llevado a los mencheviques al servilismo ante los demócratas-constitucionalistas. Plejánov, por ejemplo, en su trabajo político corriente *se ha fundido* de hecho con los Prokopovichs y las Kuskovas. En 1900 los combatió por su bernsteinismo, por contemplar sólo "la parte trasera" del proletariado ruso. (*Vademécum* para la Redacción de *Rabócheie Dielo*, Ginebra, 1900.) En 1906-1907, las primeras papeletas electorales arrojaron a Plejánov en brazos de estos señores, que ahora contemplan "la parte trasera" del liberalismo ruso. El sindicalismo tiene que desarrollarse por fuerza en tierra rusa como una reacción

* *Obras Completas*, t. IX, ed cit. pág. 60. (Ed.)

contra esta vergonzosa conducta de "eminentes" socialdemócratas.

Por eso, el camarada Vóinov se atiene con todo acierto a su línea, exhortando a los socialdemócratas rusos a aprender *en el ejemplo del oportunismo y en el ejemplo del sindicalismo*. La labor revolucionaria en los sindicatos, el traslado del centro de gravedad de los trucos parlamentarios a la educación del proletariado, a la cohesión de organizaciones puramente de clase y a la lucha extraparlamentaria, la capacidad de utilizar (y la preparación de las masas para que puedan utilizar con fruto) la huelga general, así como las "formas de lucha de diciembre" * en la revolución rusa, todo esto se plantea con singular fuerza, como tarea de la orientación bolchevique. Y la experiencia de la revolución rusa nos facilita enormemente esta tarea, nos da valiosísimas indicaciones prácticas, nos brinda un copioso material histórico, que permite aquilatar del modo más concreto los nuevos procedimientos de lucha, la huelga de masas y el empleo de la violencia directa. Estos procedimientos de lucha no son "nuevos", ni mucho menos, para los bolcheviques rusos, para el proletariado ruso. Son "nuevos" para los oportunistas, que en Occidente pretenden a todo trance borrar de la memoria de los obreros la Comuna, y en Rusia, las jornadas de diciembre de 1905. La tarea de mantener vivos estos recuerdos, de estudiar científicamente esta gran experiencia ** y de difundir entre las masas las enseñanzas de la misma y la convicción de que es inevitable que se repita en una nueva escala; esta tarea de los socialdemócratas revolucionarios de Rusia abre ante nosotros perspectivas incomparablemente más ricas de contenido que el "antiopportunismo" y el "antiparlamentarismo" unilateral de los sindicalistas.

Contra el sindicalismo, como tendencia peculiar, el camarada Vóinov formula cuatro inculpaciones (pág. 19 y siguientes de su

* Se refiere a la insurrección armada de los obreros de Moscú contra la autocracia, en diciembre de 1905. (Ed.)

** Es natural que los demócratas-constitucionalistas estudien ahora con amor la historia de ambas Dumas. Es natural que vean un dechado de iniciativa creadora en las vulgaridades y traiciones del liberalismo a lo Ródichev y a lo Kútler. Es natural que falseen la historia, silenciando sus negociaciones con la reacción, etc. Pero no es natural que los socialdemócratas no estudien con amor la experiencia de octubre de 1905, aunque cada jornada de este período tuvo cien veces más importancia para los destinos de todos los pueblos de Rusia, y en particular, de la clase obrera, que las peroratas de Ródichev en la Duma haciendo alarde de "lealtad".

folleto), que ponen de manifiesto con todo relieve la falsedad (del mismo: 1) "dispersión anárquica en materia de organización"; 2) exasperación de los obreros en lugar de crear la sólida "fortaleza de la organización de clase"; 3) rasgos individualistas pequeñoburgueses del ideal y de la teoría proudhoniana; 4) absurda "aversión a la política".

Hay aquí no pocos rasgos de afinidad con el viejo "economismo" de una parte de los socialdemócratas rusos. Por eso, yo no soy tan optimista como el camarada Vóinov en cuanto a que los economistas que se han pasado al sindicalismo "se reconcilien" con la socialdemocracia revolucionaria. Creo también que están privados por completo de sentido práctico los proyectos del camarada Vóinov relativos a un "Consejo Obrero General" como superárbitro, en el que participen los socialistas-revolucionarios. Es una amalgama de la "música del futuro" con las formas orgánicas del presente. Pero no temo en absoluto la perspectiva que traza el camarada Vóinov: "subordinación de las organizaciones políticas a la organización social de clase"... "únicamente cuando (continúo citando al camarada Vóinov y subrayo las palabras esenciales)... sean socialistas todos los afiliados a los sindicatos". El instinto de clase de las masas proletarias ha comenzado ya ahora a manifestarse con toda fuerza en Rusia. Ya ahora este instinto de clase proporciona enormes garantías tanto contra la imprecisión pequeñoburguesa de los socialistas-revolucionarios como contra el servilismo de los mencheviques ante los demócratas-constitucionalistas. Ya ahora podemos decir sin temor a equivocarnos que la organización obrera de masas en Rusia (si se crease, y por cuanto se crea momentáneamente en ocasión de unas elecciones, de huelgas, de manifestaciones, etc.) ha de estar *seguramente*, más que nada, cerca del bolchevismo, de la socialdemocracia revolucionaria.

El camarada Vóinov califica con toda razón de empresa "poco seria" la aventura del "Congreso obrero". Trabajemos con tesón en los sindicatos, trabajemos en *todos* los terrenos para difundir la teoría revolucionaria del marxismo entre el proletariado y para crear la "fortaleza" de la organización de *clase*. Todo lo demás vendrá por añadidura.

Escrito en noviembre de 1907.

Publicado por primera vez en 1933, en *Léninski Sbórník*, tomo XXV.

Se publica según el texto del manuscrito.

LA CUESTION AGRARIA Y LOS "CRITICOS DE MARX" 87

* *

Escrito en el otoño de 1907.

Publicado por vez primera en 1908. Los capítulos X y XI aparecieron en la recopilación: V. Ilín, *La cuestión agraria*, parte primera, San Petersburgo, y el capítulo XII en la recopilación *La vida al día*, San Petersburgo.

Se publica según el texto de las recopilaciones.

EL "TRABAJO" DEL BULGAKOV ALEMÁN E. DAVID

El libro de E. David *El socialismo y la agricultura* es un compendio sumamente torpe y voluminoso de los métodos y razonamientos erróneos que hemos visto en los señores Bulgákov, Hertz y Chernov. Por eso, podríamos no hablar para nada de David, pero como su "trabajo" es hoy día sin duda alguna el principal trabajo del revisionismo en la cuestión agraria, creemos necesario mostrar una vez más cómo los señores revisionistas escriben sus sesudas obras.

David dedica todo el capítulo IV de su libro (págs. 115-193 de la traducción rusa) a la cuestión del empleo de las máquinas en la agricultura, sin contar las numerosas alusiones parciales que hace a este mismo tema en otros capítulos. El autor examina con la mayor minuciosidad centenares de detalles *técnicos*, ahogando en ellos la esencia política y económica de la cuestión. Las máquinas no desempeñan en la agricultura el mismo papel que en la industria; en la agricultura no hay un motor central; la mayoría de las máquinas no trabajan más que temporalmente; parte de ellas no proporcionan ningún ahorro en los gastos de producción, etc., etc. ¡David considera que estas conclusiones (cfr. en las págs. 190-193 el resumen de la cuestión de las máquinas) refutan la teoría marxista! Pero esto, en lugar de esclarecer la cuestión, no hace más que enturbiarla. El atraso de la agricultura con respecto a la industria manufacturera no ofrece la menor duda y no necesita ser demostrado. Al enumerar por puntos los aspectos en que se manifiesta dicho atraso, al acumular ejemplos tras ejemplos y casos tras casos, David no hace más que dejar a un lado la verdadera materia de la investigación: ¿tiene un carácter capitalista el empleo de las máquinas?, ¿está relacionado el aumento del empleo de las máquinas con el desarrollo de la agricultura capitalista?

David no comprende en absoluto cómo debe un marxista empezar por plantear la cuestión. En el fondo, el punto de vista de David es el de un pequeño burgués que se consuela con el progreso relativamente lento del capitalismo, temeroso de enfocar toda la evolución social en su conjunto. Por ejemplo, en la cuestión de las máquinas agrícolas, David cita infinidad de veces a Bensing* (págs. 125, 135, 180, 182, 184, 186, 189, 506 y otras de la traducción rusa). Nuestro David desespera, por decirlo así, al lector, saltando de detalle en detalle, sin elaborar el material, sin conexión alguna, sin un planteamiento lógico de la cuestión y sin ninguna finalidad. Por eso, David no hace ningún resumen de las conclusiones de Bensing. Lo dicho por mí en 1901 contra Bulgákov es aplicable también por entero a David**. En primer lugar, las conclusiones de Bensing muestran en resumidas cuentas la indiscutible superioridad de las haciendas que emplean máquinas sobre las que no las emplean. Esta conclusión no puede alterarla ninguna de las "enmiendas" que David hace a Bensing en cuestiones de muy poca monta y de las cuales está atiborrado su libro. ¡David silencia esta conclusión general, exactamente del mismo modo como la silencia el señor Bulgákov! En segundo lugar, al citar a Bensing un sinnúmero de veces sin sentido ni relación alguna, David, lo mismo que el señor Bulgákov, no ha advertido las ideas burguesas de Bensing sobre el empleo de las máquinas tanto en la industria como en la agricultura. En una palabra, David no comprende siquiera el aspecto económico-social de la cuestión. No sabe sintetizar ni relacionar los datos concretos que muestran la superioridad de las grandes haciendas sobre las pequeñas. En consecuencia, sólo quedan las lamentaciones reaccionarias de un pequeño burgués que ha depositado sus esperanzas en el atraso técnico, en el lento desarrollo del capitalismo. El demócrata-constitucionalista de derecha y "cristiano" renegado señor Bulgákov se halla en punto a teoría exactamente al mismo nivel que el social-demócrata oportunista David.

David tampoco comprende el aspecto económico y social de

* Lenin se refiere al libro de Franz Bensing *Der Einfluss der Landwirtschaftlichen Maschinen auf Volks und Privatwirtschaft* ("La influencia de las máquinas agrícolas en la economía nacional y privada"), Breslau, 1897. (Ed.)

** *Obras Completas*, t. V, ed. cit., págs. 101 y sig. (Ed.)

la cuestión en otros problemas, y no lo comprende de un modo irremediable. Tomad su tesis fundamental, su idea predilecta, la "clave" de todo su trabajo: la vitalidad de la *pequeña producción* agrícola y su superioridad sobre la grande. Preguntad a David, ¿qué es la pequeña producción?

En la nota de la página 29 hallaréis una respuesta puntual: "En todos los casos en que hablamos de pequeña producción, nos referimos a la categoría económica que funciona sin ayuda ajena permanente y sin industrias auxiliares." La expresión es torpe y la traducción del señor Grossman es la de un inculto, pero no obstante está bastante claro. Después de esto cabría esperar que David estudiase las condiciones de la pequeña producción agrícola (*por el área de cultivo*) desde el punto de vista de la utilización del trabajo asalariado o de su venta por el agricultor.

Ni por asomo.

Nada muestra tan palpablemente el carácter burgués de David como su completo desprecio por el problema de la utilización del trabajo asalariado por los "pequeños" agricultores y de la transformación de estos últimos en obreros asalariados. Lo de completo desprecio es literalmente exacto. La estadística alemana ofrece datos sobre esta cuestión, y Kautsky los cita someramente en su *Cuestión agraria* (yo los doy en extenso)*. David conoce estos datos estadísticos y no los analiza. Ofrece un montón de referencias a distintas monografías y hace caso omiso por completo de los datos relativos a esta cuestión. En una palabra, es el caso de un pequeño burgués que *silencia* por completo la cuestión de los que "le echan una mano" al mujik hacendoso.

He aquí algunos ejemplos.

En la pág. 109 leemos: "En términos generales, en la horticultura, exactamente igual que en la agricultura, prospera la pequeña producción."

Esperáis las pruebas. Se os ofrece *única y exclusivamente* lo que sigue:

"Según los datos de la estadística industrial** de 1895, de 32.540 huertos, 13.247 (el 40 %) eran de menos de 20 áreas;

* Véase: V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 191. (Ed.)

** Así es como el señor Grossmann, redactor de la versión rusa, ha traducido al parecer, *Betriebsstatistik*. ¡Las traducciones al ruso son una verdadera desgracia! Habría que decir: "estadística de las empresas agrícolas".

8.257 (el 25 %) oscilaban entre 20 y 50 áreas; 5.707 (el 14 %) ocupaban una superficie de 50 áreas a 1 hectárea; 3.397 (el 10 %), de 1 a 2 hectáreas, y sólo 1.932 (el 6 %) cultivaban una superficie de tierra de 2 hectáreas o más."

Eso es todo. Eso debe demostrar la prosperidad de la pequeña producción en la horticultura. Y eso debe ser considerado como un trabajo científico de David, hombre versado en agronomía. Si es así, renunciamos a comprender lo que se llama charlatanería en la ciencia.

Sólo el 6 % posee dos hectáreas o más, dice David. En la misma estadística de la que ha tomado estas cifras, figuran al lado datos sobre la *cantidad de tierra* poseída por ese 6 %. *David silencia tales datos*. Y los silencia porque echan por tierra su teoría. De la tierra dedicada a huertos que producen para el mercado... "más de la mitad (51,39 %) está concentrada en manos de 1.932 propietarios, que constituyen el 5,94 % del total", decía yo refiriéndome precisamente a estos datos.* De estos 1.932 hortelanos, 1.441 poseen de 2 a 5 hectáreas de huertos; por término medio, les corresponden 2,76 hectáreas de tierra dedicada a huertos y 109,6 hectáreas de *tierra en total*. 491 agricultores tienen cinco y más hectáreas, poseyendo por término medio 16,54 hectáreas de huerto y 134,7 hectáreas de *tierra en total* (lugar citado).

Por lo tanto, sólo el 6 % de los horticultores concentran en sus manos el 51,39 % de toda la tierra dedicada a huertos. Se trata de grandes capitalistas, para los cuales los huertos constituyen un *complemento* de la agricultura capitalista (haciendas de 100 a 135 hectáreas). Por consiguiente, la producción hortícola mercantil está sometida a una enorme concentración capitalista. Y David tiene... la audacia de afirmar que "la pequeña producción prospera", es decir, que prospera la producción sin trabajo asalariado. *No aporta datos* acerca de cuáles son las dimensiones de las haciendas dedicadas a la horticultura mercantil que requieren el auxilio de obreros asalariados.

Así es como manipula las estadísticas el sabio David. Un ejemplo de cómo maneja las monografías nos lo ofrece el ya

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 215. (Ed.)

famoso Hecht*, al que hacían referencia los señores Bulgákov, Hertz y Chernov**. David dedica dos páginas (la 394 y la 395) de su "trabajo" a exponer lo dicho por Hecht. ¿Cómo lo expone? *Ni una palabra acerca del trabajo asalariado*. Ni una palabra acerca de que Hecht embellece el "asentamiento" del obrero fabril que posee una parcela minúscula, metiendo en un mismo saco a obreros y campesinos acomodados. Ni una palabra acerca de que, paralelamente a la "prosperidad" de un número reducido de campesinos acomodados, la masa se encuentra en una situación en la que, a pesar de vender leche, se ve obligada a consumir margarina, que es más barata.

David no sólo silencia todo esto, sino incluso afirma que "Hecht aporta datos sumamente interesantes acerca de las elevadas exigencias vitales de estos campesinos" (pág. 395). Es difícil concebir una apología burguesa más burda.

A propósito, respecto a esta indicación de Hecht acerca de los campesinos que venden leche para comprar margarina, que es más barata. Cabría suponer que se trata de un hecho archiconocido de los economistas. Marx señaló ya en 1847, en la *Miseria de la filosofía*, este empeoramiento de la alimentación del pueblo provocado por el capitalismo***. En Rusia, ya desde tiempos de Engelhardt**** (la década del 70), este fenómeno ha sido señalado muchas, pero muchas veces por todos aquellos que, de un modo más o menos consciente han estudiado el progreso del capitalismo en la producción lechera. El "sabio" David no lo ha advertido. Hasta se burla de los socialistas que lo mencionan.

En las páginas 427-428 del libro de David vemos cómo se ríe de la afirmación de Kautsky de que la existencia de centros de contratación de leche fomenta la venta de este producto por los campesinos y empeora la alimentación de éstos. A fin de que

* Lenin se refiere al libro de M. Hecht *Drei Dörfer der badischen Hard* ("Tres aldeas del Hard Badanes"), Leipzig, 1895. (Ed.)

** Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, pág. 157, Ed. Cartago, 1959. (Ed.)

*** Véase: C. Marx, *Miseria de la Filosofía*, Ed. Política, La Habana, 1963. (Ed.)

**** Lenin se refiere a las cartas *Desde la aldea* del conocido publicista A. Engelhardt, que se publicaron en la revista *Otchestvennie Zapiski*. (Ed.)

el lector pueda apreciar en todo lo que vale al populista alemán David, citaremos sus palabras textualmente:

...Todas las personas, cuando obtienen una mayor ganancia, acostumburan a consumir parte de ella en beneficio de su estómago. Tal es, por decirlo así, la naturaleza del hombre, que le hace muy propenso a comer alguna cosa mejor cuando dispone de algún dinero para ello. Por eso resulta sumamente extraño que tan sólo los campesinos, que gracias a la cooperativa reciben, según todo el mundo reconoce, más dinero que antes por su leche y por sus cerdos, procedan de muy distinta forma a como proceden los demás mortales:

etc., etc.

Naturalmente, no vale la pena contestar a esta payasada de un pequeño burgués reaccionario. Bastará con mostrarlo al público lector, bastará con sacarlo de ese montón de citas agnómicas inconexas, desperdigadas a lo largo de 550 páginas, y hacerlo aparecer a la luz del día. Bastará con indicar que hasta Hecht, ese apologista de la burguesía, citado por David, hasta él reconoce que el empeoramiento de la alimentación es un hecho, debido a la sustitución de la leche vendida por margarina barata. Esto se refiere a la Alemania meridional, región en la que predomina la pequeña explotación campesina. Klawki * señala exactamente lo mismo al hablar de otra región —Prusia Oriental—, donde los pequeños campesinos “consumen muy poca mantequilla y leche integral”.

El apologismo burgués de David puede observarse en todas las cuestiones que aborda, sin excepción. A lo largo de decenas de páginas (413-435 y otras) canta loas, por ejemplo, a las asociaciones lecheras de Alemania y Dinamarca. No deja de citar datos estadísticos... ¡mas únicamente en lo que respecta al aumento del número de asociaciones! Pero no cita los datos de la estadística alemana que se refieren a la concentración de la producción lechera “cooperativista” en manos de las grandes haciendas capitalistas **. ¡Los Davides no advierten estos datos en una estática de la que hacen uso!

“Los campesinos daneses asociados —dice David— han su-

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V; ed. Cartago, 1959, pág. 164. (Ed.)

** Idem, idem, pág. 204. (Ed.)

perado incluso a las granjas privadas de los grandes propietarios agrícolas.” Sigue un ejemplo: una cita tomada del 46º Informe del Laboratorio experimental, en el que se dice que la mantequilla de las asociaciones es de mejor calidad que la de los terratenientes. Y David dice a continuación:

Tales resultados han sido obtenidos por campesinos que en tiempos fabricaban en sus pequeñas haciendas tan sólo mantequilla de calidad inferior, por la que recibían un precio equivalente casi a la mitad del cobrado por los grandes propietarios agrícolas. Con la particularidad de que en este caso se trata esencialmente de campesinos pequeños y medios (subrayado por David).

En 1898 había en Dinamarca 179.740 establos; de ellos, sólo 7.544, es decir, el 4 %, tenían 30 o más vacas; 49.371, o sea, el 27,82 %, tenían de 10 a 29 vacas. Menos de 10 vacas había en 122.589, es decir, en el 68,97 % de los establos. De estos últimos, más de la mitad, exactamente 70.218 establos —lo que equivale al 39,85 % del número total— sólo tenían de 1 a 3 vacas, o sea, pertenecían a pequeñas haciendas. Que una mayoría considerable de las pequeñas haciendas campesinas están adheridas a las asociaciones lo demuestra el hecho de que en 1900, año en que había en Dinamarca 1.110.000 vacas lecheras, la leche de 900.000 vacas aproximadamente era entregada a las asociaciones lecheras (pág. 424).

Así es cómo argumenta el sabio David. Evita los datos exactos acerca de la distribución de las vacas por haciendas de los distintos grupos, pues le resulta desagradable hacerlo. Pero por las cifras sueltas que cita se ve ya que tergiversa por completo la realidad. Al comparar el número total de vacas con la división de los establos según el número de cabezas de ganado que albergan, obtenemos el siguiente cuadro, ciertamente aproximado *, pero que en términos generales corresponde sin duda a la realidad:

* Estas cifras son aproximadas, porque, en primer lugar, el número de vacas corresponde al año 1900 y el de haciendas a 1898; en segundo lugar, porque hubo necesidad de establecer aproximadamente el número de vacas por grupos de haciendas, pues David no da cifras exactas. Para la parte correspondiente a las grandes haciendas, hemos tomado una cifra inferior a la real: 7.544 haciendas, posee cada una 30 o más vacas. Aun si tomamos la cifra mínima, es decir, 30 vacas por hacienda, obtenemos $7.544 \times 30 = 226.320$ vacas. Hemos tomado la cifra menor, pues de otro modo las dimensiones de las pequeñas haciendas se acercarían demasiado a los límites mínimos de los grupos, y no a los máximos.

Dinamarca	Número de haciendas (miles)	Número de vacas en ellas (miles)	Número de vacas por hacienda
Haciendas con 1 a 3 vacas	70	100	1,43
" " 4 " 9 "	52	250	4,81
" " 10 " 29 "	49	550	11,22
" " 30 y más "	8	200	25,00
<i>Total</i>	179	1.100	6,14

Por estas cifras se ve, en primer lugar, que la concentración de la ganadería lechera en Dinamarca es *muy alta*. 750.000 vacas de 1.100.000, es decir, *más de las dos terceras partes del total*, pertenecen a las *grandes haciendas*, a 57.000 ganaderos, de 179.000, o sea, a menos de la tercera parte del número total de ganaderos. Estas haciendas seguramente no pueden prescindir del empleo de mano de obra asalariada, por cuanto poseen 10 y más vacas. David "no ha advertido", por consiguiente, que, en este país, las dimensiones de las haciendas ganaderas no son pequeñas; no se puede juzgar a los ganaderos daneses por la cantidad de tierra que poseen. David "no ha advertido" que la enorme mayoría de las pequeñas haciendas representan aquí, como ocurre siempre y en todas partes en la agricultura capitalista, una parte insignificante de la producción global. Los pequeños ganaderos son 70.000, es decir, casi el 40 %, pero poseen 1/11 del número total de vacas.

En segundo lugar, las cifras citadas muestran que en Dinamarca, lo mismo que en Alemania, *son los capitalistas fundamentalmente quienes gozan de los beneficios que proporcionan las asociaciones*. Si hay 1.100.000 vacas y a las lecherías se entrega la leche de 900.000, eso indica que 200.000 vacas quedan *al margen* de los "beneficios" de la venta a través de cooperativas. Estas vacas pertenecen sobre todo a los ganaderos más pequeños, pues por los datos de Alemania hemos visto que sólo el 0,3 % de las haciendas con menos de 2 hectáreas ingresa en las asociaciones lecheras mientras que entre las haciendas con 100 hectáreas y más ese porcentaje se eleva al 35,1 %. Todo hace suponer, por lo tanto, que los pequeños ganaderos (70.000, con 100.000

vacas) son los que menos gozan de los beneficios de la venta a través de las cooperativas.

El ejemplo de Dinamarca es una total refutación de las afirmaciones de David, pues demuestra que quienes predominan en la producción lechera no son precisamente las haciendas pequeñas ni medianas, sino las grandes.

A fin de dar un poco de vida a estas cifras y cuadros inanimados y mostrar el carácter de clase de la agricultura burguesa (completamente ignorado por ese obtuso pequeño burgués que es David), mencionaremos un hecho relevante de la historia del movimiento obrero de Dinamarca. En 1902, los navieros daneses rebajaron los salarios de los fogoneros. Estos respondieron con una huelga. El sindicato único de los obreros portuarios se solidarizó con ellos declarando también el paro. Pero... no se consiguió que la huelga fuera general, que se extendiera a todos los puertos del país. "No se logró que el puerto de Esbjerg (en la costa occidental de Dinamarca, importante para el comercio con Inglaterra), de enorme significación para la exportación de los productos agrícolas daneses, se incorporase a la huelga, pues las asociaciones agrícolas declararon que estaban dispuestas a enviar inmediatamente los miembros suyos que fuesen necesarios para la carga de los buques; los campesinos daneses no permitirán que se paralice la exportación de sus productos,"*

Vemos, pues, que las cooperativas danesas se pusieron al lado de los patronos navieros contra los obreros e hicieron fracasar la huelga. Se comprende perfectamente, como es natural, que los capitalistas granjeros, que poseen 10 y más vacas, apoyaran a los mismos capitalistas contra los obreros. Lo único que no se comprende es que escritores como David, que velan la lucha de clases, se titulen socialistas.

En cuanto a la combinación de la hacienda agrícola con otras industrias (azucarera, vitivinícola, etc.), David comete *exactamente el mismo error* que el señor Bulgákov. A semejanza del profesor ruso, el "sabio" oportunista alemán *copia sencillamente* los cuadros de un cuestionario alemán, sin pensar a qué se refieren esos cuadros. Kautsky afirma que la producción azuca-

* Emil Helms, *Die sozialdemokratische und gewerkschaftliche Bewegung in Dänemark* ("El movimiento socialdemócrata y sindical en Dinamarca"), Leipzig, 1907, pág. 138.

rera es un modelo de *gran* industria agrícola. Para refutar esto, David, a semejanza de Bulgákov, menciona cifras probatorias de que entre las haciendas dedicadas simultáneamente a otras industrias predominan las pequeñas sobre las grandes (págs. 406, 407 y 410 del libro de David): El sabio estadístico se ha olvidado de que hay más haciendas pequeñas que grandes. En lugar de determinar la proporción que guardan las haciendas combinadas con otras industrias con respecto al número total de haciendas de su grupo correspondiente; copia el cuadro que ofrece el porcentaje de dichas haciendas por grupos con respecto a su número global. Anteriormente he mostrado ya detalladamente este error del señor Bulgákov *. Sólo me resta hacer la observación de que E. David, tan concienzudo como Bulgákov en cuanto al rigor científico, no se ha molestado igualmente en echar una ojeada a los datos relativos a *qué parte de la tierra* dedicada al cultivo de la remolacha se encuentra en manos de capitalistas.

Hasta qué extremos cómicos llega la identidad espiritual del oportunista alemán y el profesor liberal ruso, nos lo muestra el que ambos no sólo utilizan las estadísticas con igual despreocupación e ineptitud, sino que además citan a Marx con la misma negligencia. David, a semejanza de Bulgákov, acepta la "ley de la fertilidad decreciente del suelo". Verdad es que David intenta exponerla con ciertas limitaciones especiales y rodearla de condiciones especiales, pero no por eso resulta la cosa algo mejor. David dice, por ejemplo, que "esta ley no se refiere en general a las oscilaciones que se observan en la productividad al pasar de un nivel técnico-científico a otro. La ley se ocupa exclusivamente de las oscilaciones de la productividad a un mismo nivel técnico-científico". Se trata precisamente de la misma *limitación* a la célebre ley señalada por mí al combatir al señor Bulgákov **, y ya entonces dije además que sería una "ley" "sumamente relativa; a tal punto que ya *no se puede hablar de «ley» ni de ninguna particularidad esencial de la agricultura*".

Sin embargo, David sigue haciendo de esa ley una peculiaridad de la agricultura. El resultado es un embrollo increíble,

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, págs. 208-209. (Ed.)

** Idem, idem, pág. 107. (Ed.)

pero también en la industria, cuando permanecen invariables las condiciones "técnico-científicas", son muy limitadas las inversiones adicionales de capital.

"El atraso de la agricultura —dice David en el capítulo final— se explica, en primer lugar, *por el conservadorismo de las fuerzas orgánicas de la naturaleza*, lo que tiene su expresión en la ley de las cosechas decrecientes." (501.) ¡En esta conclusión ya ha sido arrojada por la borda la tesis que se acababa de exponer de que la "ley" no se refiere a los casos en que se pasa a un nivel técnico superior! El "conservadorismo de las fuerzas de la naturaleza" no es más que el subterfugio verbal de un pequeño burgués reaccionario, incapaz de comprender las condiciones *sociales* que frenan de un modo particular el desarrollo de la agricultura. David demuestra no comprender que entre esas condiciones *sociales* figuran: en primer lugar, las supervivencias del feudalismo en la agricultura, las condiciones de desigualdad en que se encuentran los braceros, etc., etc., y en segundo lugar, *la renta del suelo*, que hace subir los precios y *consolidar las rentas altas en el precio de la tierra*.

"Creemos —dice David— que la agricultura alemana no podría producir actualmente la cantidad necesaria de trigo con la productividad que, dada la producción de ultramar, se considera normal desde el punto de vista de la economía mundial. La ley de las cosechas decrecientes no permite aumentar en forma ilimitada la cantidad de productos sobre una superficie limitada de tierra sin un descenso de la productividad." (519.) David subraya la última frase.

¡Qué les parece este economista! Dice que la "ley" de las cosechas decrecientes se refiere *exclusivamente* a las oscilaciones de la productividad a un mismo nivel técnico-científico. (476.) Pero en la conclusión declara: "la ley no permite aumentar «en forma ilimitada» la cantidad de productos". (519.) ¡De dónde se deduce que la agricultura alemana *no podría ser elevada* al siguiente "nivel técnico-científico", si no fuese por el obstáculo de la propiedad privada sobre la tierra, si no fuese por el obstáculo de la elevada renta, si no fuese por el obstáculo de la desigualdad, el atraso y la opresión en que se encuentran los braceros, si no fuese por el obstáculo de los exorbitantes privilegios medievales de los junkers??

El apologista burgués trata, naturalmente, de no prestar ninguna atención a las causas sociales e históricas que motivan

el atraso de la agricultura, y echa la culpa al "conservadorismo de las fuerzas de la naturaleza" y a la "ley de la fertilidad decreciente". Nada más que apologética y cerrazón mental encierra esa famosa ley.

Y para encubrir su vergonzosa desviación hacia los viejos prejuicios de la economía burguesa, David, exactamente como Bulgákov, nos ofrece una mendaz alusión a Marx. ¡David cita *la misma página* del III tomo de *El Capital* (t. III, parte 2ª, pág. 277) a la que se refirió también el señor Bulgákov! (Véase la pág. 481 del libro de David y el análisis que se hace más arriba de lo expuesto por el señor Bulgákov.*)

Lo dicho por mí acerca de la *honradez científica* del señor Bulgákov puede aplicarse *por entero* a David. El señor Bulgákov desvirtuó la cita de Marx. David se limita a citar las primeras palabras del mismo pasaje: "Sobre la productividad decreciente de la tierra en inversiones sucesivas de capital debe consultarse a Liebig." (*El Capital*, t. III, parte 2ª, pág. 277)**. A semejanza de Bulgákov, David tergiversa a Marx, presentando las cosas como si ésta fuese la única indicación hecha por Marx. En realidad, repetimos, toda persona que haya leído el III tomo de *El Capital* (y la segunda parte del segundo tomo de *Teorías sobre la plusvalía****) sabe que lo cierto es lo contrario, Marx muestra *decenas de veces* que los casos de *descenso* del rendimiento de las inversiones adicionales de capital tienen para él la misma legitimidad y son tan posibles como los casos de *aumento* de dicho rendimiento.

En la nota de la pág. 481, David promete examinar más adelante la relación existente entre esta ley y la renta, así como "analizar con sentido crítico el intento de Marx de desarrollar y extender la teoría de la renta, rechazando las razones aducidas por Malthus y Ricardo".

Nos atrevemos a predecir que el análisis crítico de David será una repetición de los prejuicios burgueses a lo señor Bulgákov o... a lo camarada Máslov.

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, págs. 113-115, Ed. Cartago, 1959. (Ed.)

** Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 754, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

*** Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV "Historia crítica de la teoría de la plusvalía", pág. 426 y siguientes, Ed. Cartago, 1956. (Ed.)

Pasemos ahora a examinar otra tesis de David, falsa de raíz. No es un trabajo muy agradable dedicarse a refutar su apologética o su desfiguración de las estadísticas. En la cuestión a la que pasamos ahora disponemos de algunos datos nuevos, que permiten oponer a las teorías del filisteísmo contemporáneo un cuadro *concreto* de la realidad.

XI

LA GANADERIA EN LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES HACIENDAS

Al defender la pequeña producción, los "críticos" o bernsteinianos en la cuestión agraria se remiten con particular frecuencia a la siguiente circunstancia. Los pequeños agricultores mantienen, por unidad de superficie de tierra, incomparablemente más ganado que los grandes. Por consiguiente —dicen—, los pequeños agricultores fertilizan mejor la tierra. Sus haciendas se hallan a un nivel técnico superior, pues los abonos desempeñan un papel decisivo en la agricultura moderna, y el estiércol que produce el ganado de las haciendas supera con mucho a los abonos artificiales de todo género.

En su libro *El socialismo y la agricultura*, E. David concede a este argumento una importancia decisiva (págs. 326, 526 y 527 de la traducción rusa). El autor escribe y subraya: "el estiércol es el alma de la agricultura" (pág. 308), y convierte dicho postulado en la base de su defensa de la agricultura en pequeña escala. Cita las estadísticas alemanas, según las cuales resulta que las pequeñas haciendas mantienen por unidad de superficie mucho más ganado que las grandes. David está persuadido de que estos datos resuelven definitivamente en su favor la cuestión de las ventajas de la grande y de la pequeña producción agrícola.

Examinemos con más detenimiento esta teoría y el alma de estiércol de la agricultura.

El argumento principal de David y de sus numerosos partidarios entre los economistas burgueses es de carácter estadístico. La comparación se hace a base de la cantidad de ganado (por unidad de superficie) en las haciendas de distintas proporciones. A la vez, se presupone tácitamente que se comparan magnitudes homogéneas, es decir, se presupone que la misma cantidad de

ganado de determinada especie en las grandes y las pequeñas haciendas tiene, por así decirlo, el mismo valor agrícola. Se supone que iguales cantidades de ganado dan iguales cantidades de estiércol, que el ganado posee más o menos las mismas cualidades en las grandes haciendas que en las pequeñas, etc.

Es evidente que el valor probatorio del argumento que estamos examinando depende por entero de la exactitud de este supuesto tácito habitual. ¿Es exacta esta tesis? Si pasamos de las estadísticas escuetas y globales al análisis de las condiciones económicas y sociales de la producción agrícola en pequeña y gran escala tomada en su conjunto, veremos inmediatamente que en esta tesis se admite como demostrado algo que justamente necesita demostración. El marxismo afirma que las condiciones de mantenimiento del ganado en la pequeña producción (y también, como hemos visto, las condiciones de cuidado de la tierra y de mantenimiento del trabajador agrícola) son peores a las existentes en las grandes haciendas. La economía política burguesa —y tras ella los bernsteinianos— afirma precisamente lo contrario: merced al celo del pequeño agricultor, las condiciones en que se mantiene el ganado son mucho mejores en las pequeñas haciendas que en las grandes. Para hallar datos estadísticos que arrojen luz sobre esta cuestión, hace falta una estadística muy distinta a aquella con la que opera David. Hace falta un estudio estadístico que se refiera, no a la cantidad de ganado en haciendas de distinta magnitud, sino a su calidad. Tal estudio, y tal vez más de uno, puede hallarse en las publicaciones alemanas de economía. Y es en extremo significativo que David, que ha llenado su libro con un sinfín de citas tomadas de toda suerte de tratados de agronomía y que no tienen nada que ver con la cuestión, silencie por completo justamente los intentos que aparecen en las publicaciones de descubrir las condiciones intrínsecas de la pequeña y de la gran producción sobre la base de minuciosas investigaciones. Ahora daremos a conocer al lector uno de estos trabajos, inmerecidamente dados de lado por David.

Drechsler, conocido escritor alemán sobre temas de agricultura, ha publicado los resultados de un estudio monográfico de estadística agrícola, del que con toda razón dice: "tal vez no exista otro que se pueda comparar con él por la exactitud de los resultados" La investigación se realizó en 25 núcleos rurales de la provincia de Hannover (22 aldeas y tres fincas de terrate-

nientes), reuniéndose en cada caso no sólo datos relativos a la cantidad de tierra y de ganado, sino también a la calidad de este último. Para precisar la calidad del ganado se utilizó un método sumamente exacto: se determinaba el peso vivo* en kilos de cada animal "mediante una valoración, lo más exacta posible, de distintas cabezas, realizada por personas competentes". Se obtenían así datos sobre el peso vivo de cada especie de animales en las haciendas de distinta magnitud. La investigación se realizó, además dos veces: la primera en 1875 y la segunda en 1884. Drechsler publica sus datos sin elaborar**, por cada una de las tres fincas de terratenientes y cada uno de los tres grupos de aldeas; las haciendas campesinas de estas últimas están divididas en siete grupos según la cantidad de tierra que posean (más de 50 hectáreas, de 25 a 50, de 12,5 a 25, de 7,5 a 12,5, de 2,5 a 7,5, de 1,25 a 2,5 y menos de 1,25 hectáreas). Si se tiene en cuenta que los datos de Drechsler se refieren a 11 especies distintas de ganado, el lector verá claramente la complejidad de todos estos cuadros. A fin de obtener datos resumidos, que nos permitan contemplar las conclusiones generales y fundamentales, hemos dividido todas las haciendas en cinco grupos principales: a) grandes fincas, b) haciendas campesinas con más de 25 hectáreas de tierra, c) con 7,5 hasta 25 hectáreas, d) con 2,5 hasta 7,5, e) con menos de 2,5 hectáreas.

El número de haciendas de estos grupos y la superficie de tierra que tenían en 1875 y 1884 eran los siguientes:

*David conoce perfectamente este procedimiento de los agrónomos para determinar el peso vivo de los distintos animales. En la pág. 367 expone en detalle el peso vivo de las distintas razas de ganado destinado a la producción de carne o de leche, del ganado bovino de labor, etc. Todos estos datos los ha tomado de los agrónomos. Pero ni siquiera se le ocurre pensar que lo que en general importa a un economista, y en particular a un socialista, no son las diferencias entre las razas de ganado, sino entre las condiciones de su mantenimiento en las haciendas pequeñas y grandes, en las haciendas "campesinas" y en las haciendas capitalistas.

** Los correspondientes a 1875 en *Schriften des Vereins für Sozialpolitik* ("Trabajos de la Asociación de política Social"), t. XXIV, pág. 112 ("Situación de los campesinos", t. III), y a 1884 en *Thiel's landwirtschaftliche Jahrbücher* ("Anuario agrícola Thiel"), t. XV (1886).

Haciendas	En 1875			En 1884		
	Número de haciendas	Tierra global	Tierra por hacienda	Número de haciendas	Tierra global	Tierra por hacienda
	(En hectáreas)			(En hectáreas)		
a) Grandes fincas	3	689	229	3	766	255
b) Haciendas con 25 hectáreas y más	51	1.949	38	58	2.449	42
c) Haciendas con 7,5 a 25 ha.	274	3.540	13	248	3.135	12
d) Haciendas con 2,5 a 7,5 ha.	442	1.895	4,3	407	1.774	4,3
e) Haciendas con menos de 2,5 ha.	1.449	1.279	0,88	1.109	1.027	0,92
<i>Total</i>	2.219	9.352	4,2	1.825	9.151	5,0

Para explicar estas cifras nos detendremos ante todo en el tipo económico de las haciendas de distinto tamaño. Drechsler considera que todas las haciendas de 7,5 hectáreas y más no pueden prescindir del trabajo asalariado. Se obtienen así (en 1875) 325 haciendas campesinas que contratan obreros. Los campesinos de todas las haciendas de menos de 2,5 hectáreas tienen que contratarse como obreros. De las haciendas de 2,5 a 7,5 hectáreas (con una superficie media de 4,3 ha.), la mitad, según calcula Drechsler, puede prescindir de la mano de obra asalariada, y la otra mitad debe ceder obreros asalariados. Por consiguiente, del total de haciendas campesinas, 325 son de carácter capitalista, 221 son pequeñas haciendas "laborales" (como dirían nuestros populistas), que no toman ni ceden mano de obra asalariada, y 1.670 son haciendas semiproletarias, que ceden mano de obra asalariada.

Por desgracia, la agrupación hecha por Drechsler no coincide con la de la estadística alemana general, que considera campesinos medios a los agricultores que poseen de 5 a 20 hectáreas. No obstante, sigue siendo un hecho indudable que la mayoría

de estos campesinos medios no pueden prescindir de la contratación de obreros. Los campesinos "medios" alemanes son pequeños capitalistas. En cambio, los campesinos que no toman ni ceden mano de obra asalariada, constituyen una minoría insignificante: 221 de 2.216, es decir, la décima parte.

Así, pues, los grupos de haciendas que nosotros hemos establecido atendiendo a su tipo económico, pueden definirse del siguiente modo: a) grandes haciendas capitalistas; b) haciendas capitalistas medias (*Grossbauern*); c) pequeñas haciendas capitalistas; d) pequeñas haciendas campesinas, y e) haciendas semi-proletarias.

El número total de haciendas y la superficie global de la tierra de las mismas se han reducido de 1875 a 1884. La disminución corresponde fundamentalmente a las pequeñas haciendas: el número de las de menos de 2,5 hectáreas ha disminuido de 1.449 a 1.109, o sea, en 340 haciendas o casi la cuarta parte. Por el contrario, el número de las haciendas mayores (con más de 25 hectáreas) ha aumentado de 54 a 61, y la superficie de tierra de las mismas ha pasado de 2.638 ha. a 3.215 ha., lo que representa un aumento de 577 hectáreas. Por consiguiente, el mejoramiento general de la economía agrícola y la elevación del nivel técnico de los cultivos en dicha región, que provocan el entusiasmo de Drechsler, significan la concentración de la agricultura en manos de un número *decreciente* de propietarios. El "progreso" ha expulsado de la agricultura a casi 400 agricultores de un total de 2.219 (en 1884 quedaban 1.825) y ha elevado la superficie media de tierra por hacienda de 4,2 a 5 hectáreas. En unos lugares, el capitalismo concentra una rama determinada de la agricultura y desaloja a numerosos pequeños agricultores, convirtiéndolos en proletarios. En otros lugares, el desarrollo de la agricultura mercantil crea nuevos pequeños agricultores (por ejemplo, la economía lechera en las aldeas suburbanas y en países enteros que suministran productos al extranjero, como Dinamarca). En otros lugares más, el fraccionamiento de las haciendas medias hace aumentar el número de las pequeñas. Las estadísticas globales velan todos estos procesos, que requieren para su estudio minuciosas investigaciones.

El progreso de la agricultura en el lugar descrito se ha expresado sobre todo en el mejoramiento de la ganadería. Al mismo tiempo, el número total de cabezas de ganado ha disminuido. En 1875 había 7.208 cabezas de ganado (expresadas en ganado

mayor), y en 1884, 6.993. Esta disminución de la cantidad de ganado sería considerada por las estadísticas globales como un síntoma de decadencia de la ganadería. Pero, en realidad, la calidad del ganado ha mejorado, pues si no se toma el número total de cabezas, sino su "peso vivo" general, obtenemos 2.556.872 kilos en 1875 y 2.696.107 kilos en 1884.

El progreso capitalista de la ganadería se manifiesta no sólo en el aumento numérico, sino también (y a veces incluso más) en el mejoramiento de la calidad, en la sustitución del ganado peor por ganado mejor, en el aumento de los piensos, etc.

La cantidad media de cabezas de ganado por hacienda era:

	En 1875			En 1884		
	Ganado mayor	Ganado menor	Total	Ganado mayor	Ganado menor	Total
	(Expresado en ganado mayor)					
a) Grandes fincas	105	69	174	110	41	151
b) Haciendas con 25 hectáreas y más	13,2	11,0	24,2	13,7	10,5	24,2
c) Haciendas con 7,5 a 25 ha.	5,4	3,8	9,2	4,9	4,2	9,1
d) Haciendas con 2,5 a 7,5 ha.	2,2	1,4	3,6	2,2	1,8	4,0
e) Haciendas con menos de 2,5 ha.	0,3	0,6	0,9	0,4	0,7	1,1
<i>Total</i>	1,7	1,5	3,2	2,0	1,8	3,8

La cantidad de ganado en las haciendas mayores ha disminuido. En las más pequeñas ha aumentado, y ese aumento ha sido tanto más rápido cuanto menores eran las haciendas. Podría parecer que se produce un progreso de la pequeña producción y una regresión de la grande, es decir, que se confirma la teoría de David.

Pero basta con tomar el *peso medio* del ganado, y esas ilusiones se disipan.

	Peso medio (en kilos) de un animal					
	En 1875			En 1884		
	Ganado mayor	Ganado menor*	Total	Ganado mayor	Ganado menor	Total
a) Grandes fincas	562	499	537	617	624	619
b) Haciendas con 25 hectáreas y más	439	300	376	486	349	427
c) Haciendas con 7,5 a 25 ha.	409	281	356	432	322	382
d) Haciendas con 2,5 a 7,5 ha.	379	270	337	404	287	352
e) Haciendas con menos de 2,5 ha.	350	243	280	373	261	301
<i>Media</i>	412	256	354	446	316	385

La primera conclusión que se desprende de estos datos es que la calidad del ganado es tanto mejor cuanto mayor es la hacienda. A este respecto, es enorme la diferencia entre las haciendas capitalistas y las de los pequeños campesinos o semiproletarios. Así, por ejemplo, en 1884, esta diferencia entre las haciendas más grandes y las más pequeñas pasaba del 100 %: el peso medio de una cabeza de ganado media era de 619 kilos en las grandes haciendas capitalistas y de 301 kilos —o sea, menos de la mitad!— en las haciendas semiproletarias. Esto nos permite juzgar lo superficiales que son los razonamientos de David y de sus correligionarios, cuando parten del supuesto de que la calidad del ganado es la misma en las grandes y en las pequeñas haciendas.

Más arriba señalamos ya que, en general, el ganado se mantiene en peores condiciones en las pequeñas haciendas. Ahora tenemos la confirmación práctica de esta afirmación. Los datos en relación con el peso vivo del ganado proporcionan una idea exacta acerca de todas las condiciones de mantenimiento del ganado: piensos, locales, trabajo, cuidados. Todo esto, por decirlo así, aparece compendiado en los resultados que la monografía de

* Los distintos tipos de ganado menor han sido reducidos a ganado mayor según las normas habituales. El número de unidades por año y por cada una de las 11 especies ha sido determinado con aproximación, pues los datos existentes no se refieren al número de cabezas, sino únicamente al peso.

Dreehler expresa en forma estadística. Resulta que todo el "celo" que el pequeño campesino pone en el cuidado del ganado —celo que tanto ensalzan nuestros V. V.* y el alemán David— no puede equilibrar siquiera sea aproximadamente, las ventajas de la gran producción, que proporciona productos de una calidad dos veces mejor. El capitalismo condena al pequeño campesino a un agobio sin fin, a un inútil despilfarro de trabajo, pues a eso equivale el cuidado escrupuloso del ganado cuando faltan recursos, cuando escasean los piensos, cuando la calidad del ganado es mala, cuando los locales son inapropiados, etc. La economía política burguesa no destaca en primer plano en sus juicios esta ruina y opresión del campesino por el capitalismo, sino el "celo" del trabajador (que trabaja para el capital en las más infames condiciones de explotación).

La segunda conclusión que se desprende de los datos citados es que la calidad del ganado ha mejorado por término medio durante el decenio que se toma, así como también en todas las categorías de haciendas. Pero este mejoramiento general ha tenido por consecuencia que las diferencias entre las condiciones de la ganadería en las grandes y las pequeñas haciendas, lejos de atenuarse, se han acentuado aún más. El mejoramiento general no ha nivelado las grandes y las pequeñas haciendas, sino que ha hecho más profundo el abismo que las separa, pues las grandes haciendas se adelantan a las pequeñas en este proceso de mejoramiento. He aquí un cuadro en el que se compara el peso medio de la cabeza de ganado media de los distintos grupos, en los años 1875 y 1884:

	Peso medio de la cabeza de ganado (en kilos)		Aumento en kilos	Aumento en %
	1875	1884		
	a) Grandes fincas	537	619	+82
b) Haciendas con 25 hectáreas y más	376	427	+51	+13,6
c) Haciendas con 7,5 a 25 ha.	356	382	+26	+7,3
d) Haciendas con 2,5 a 7,5 ha.	337	352	+15	+4,4
e) Haciendas con menos de 2,5 ha.	280	301	+21	+7,5
<i>Media</i>	354	385	+31	+8,7

* V. V.: seudónimo de V. Vorontsov, ideólogo del populismo liberal de los años 80-90 del siglo XIX. (Ed.)

El mejoramiento es más pronunciado en las grandes haciendas capitalistas; siguen las haciendas capitalistas de tipo medio; en las pequeñas haciendas campesinas es del todo insignificante, y muy exiguo en las demás. Al igual que la mayoría de los agrónomos que escriben sobre cuestiones de economía agrícola, Drechsler sólo advierte el aspecto técnico del asunto. En su quinta conclusión del estudio comparativo de los años 1875 y 1884 dice: "Se observa un progreso muy considerable en la ganadería: * disminuye el número de cabezas de ganado y mejora la calidad; el peso vivo medio por animal ha sufrido un considerable aumento en cada uno de los tres grupos de aldeas **. Esto significa que, *más o menos en todas partes (ziemlich allgemein)*, se ha producido un mejoramiento sustancial de la cría de ganado, de los piensos y del cuidado."

Las palabras que hemos subrayado: "más o menos en todas partes", demuestran justamente que el autor hace caso omiso del aspecto económico-social de la cuestión; el "más" se refiere a las grandes haciendas y el "menos" a las pequeñas. Drechsler no lo ha advertido, pues sólo ha prestado atención a los datos relativos a los grupos de aldeas y no a los grupos de haciendas de distinto tipo.

Pasemos ahora a los datos que se refieren al ganado de labor y que arrojan luz sobre las condiciones en que se encuentra la hacienda específicamente agrícola.

	Número medio de cabezas de ganado de labor por hacienda	
	1875	1884
a) Grandes fincas	27	44
b) Haciendas con 25 ha. y más	4,7	5,5
c) " " 7,5 a 25 ha.	2,1	2,4
d) " " 2,5 " 7,5 ha.	1,3	1,5
e) " " menos de 2,5 ha.	0,07	0,16
<i>Media</i>	0,7	1,0

* Drechsler habla aquí de todo el ganado, a excepción del de labor (el llamado *Nutzvieh*). Más adelante ofreceremos aparte los datos relativos al ganado de labor. La conclusión general sigue siendo la misma, cualesquiera que sean las especies de ganado o los grupos de especies de ganado que tomemos.

** Drechsler divide las 22 aldeas en tres grupos, atendiendo a su situa-

Por consiguiente, las haciendas semiproletarias (menores de 2,5 hectáreas, que en 1884 eran 1.109, de un total de 1825) carecen en su inmensa mayoría de ganado de labor. Tampoco se las puede considerar haciendas agrícolas en el verdadero sentido de la palabra. En todo caso, no se pueden comparar con las grandes fincas, en cuanto a las condiciones de empleo del ganado de labor, aquellas haciendas que en su 84 % ó 93 % no utilizan en absoluto ganado de labor. Si comparamos en este aspecto las grandes fincas capitalistas con las pequeñas haciendas campesinas, veremos que en las primeras (grupo a) corresponden 132 cabezas de ganado de labor a 766 hectáreas de tierra, mientras que en las últimas (grupo e) corresponden 632 cabezas a 1.774 hectáreas, es decir, que las primeras tienen aproximadamente una cabeza de ganado de labor por cada seis hectáreas y las últimas por cada tres. Es evidente que las pequeñas haciendas gastan *el doble* en el mantenimiento del ganado de labor. La pequeña producción implica un fraccionamiento de los recursos técnicos de la hacienda y, en consecuencia, un despilfarro de trabajo.

Una de las causas de este fraccionamiento es la necesidad que tienen las pequeñas haciendas de recurrir al empleo de ganado de labor *de peor calidad*; concretamente, al empleo de las vacas como ganado de labor. La proporción de vacas en el número total de cabezas de ganado *de labor* era la siguiente:

	En 1875	En 1884
a) Grandes fincas	—	—
b) Haciendas con 25 ha. y más	—	2,5 %
c) " " 7,5 a 25 ha.	6,3 %	11,4 %
d) " " 2,5 " 7,5 ha.	60,7 %	64,9 %
e) " " menos de 2,5 ha.	67,7 %	77,9 %
<i>Media</i>	27,0 %	33,4 %

De aquí se ve claramente que el empleo de las vacas para las labores agrícolas va en aumento y que en las haciendas de los semi-

ción geográfica y a otras condiciones de la explotación. Nosotros hemos tomado únicamente los datos recopilativos, a fin de no llenar los artículos de cifras. Las conclusiones no varían cualesquiera que sean los grupos de aldeas que tomemos.

proletarios y de los pequeños campesinos las vacas constituyen el principal ganado de labor. David se inclina a considerar esto como un progreso, exactamente igual que Drechsler, autor que adopta un punto de vista enteramente burgués y que en sus conclusiones dice: "Gran número de pequeñas haciendas han pasado a utilizar las vacas como ganado de labor, lo cual es para ellas más adecuado." Para los pequeños agricultores es "más adecuado" porque es más barato. Y es más barato porque el ganado de labor de mejor calidad es sustituido por otro peor. El progreso de los pequeños campesinos que tanto entusiasma a los Drechslers y a los Davides, es enteramente equiparable al progreso de los tejedores a mano en vías de extinción, que pasan a emplear materiales cada vez peores, utilizando los desperdicios de la producción fabril.

El peso medio de las vacas de labor era en 1884 de 381 kilos *, mientras que el de los caballos de labor era de 482 y el de los bueyes, 553 kilos. Esta última especie de ganado de labor, la más vigorosa, representaba en 1884 más de la mitad de todo el ganado de labor de los grandes agricultores capitalistas, cerca de la cuarta parte del de los capitalistas medios y pequeños, menos de la quinta parte del de los pequeños campesinos y menos de la décima parte del de los semiproletarios. Por consiguiente, cuanto mayor es la hacienda, mejor es la calidad del ganado de labor. El peso medio del animal medio del ganado de labor era:

	En 1875	En 1884
a) Grandes fincas	554	598
b) Haciendas con 25 ha. y más	542	537
c) " " 7,5 a 25 ha.	488	482
d) " " 2,5 " 7,5 ha.	404	409
e) " " menos de 2,5 ha.	377	378
<i>Media</i>	464	460

Vemos, por consiguiente, que en términos generales la calidad del ganado de labor ha empeorado. En realidad, en las grandes haciendas capitalistas observamos un considerable mejoramiento,

* El peso medio de las vacas no utilizadas para las labores agrícolas era de 421 kilos.

en todas las demás un estancamiento o un empeoramiento. La diferencia entre la gran producción y la pequeña por lo que atañe a la calidad del ganado de labor también se ha hecho mayor de 1875 a 1884. El paso de las pequeñas haciendas al empleo de las vacas como ganado de labor se ha convertido en Alemania en un fenómeno general *. Y nuestros datos muestran, con una exactitud de documento, que este fenómeno significa un empeoramiento de las condiciones de la producción agrícola, un aumento de la miseria de los campesinos.

Para terminar este examen de los datos contenidos en la monografía de Drechsler, haremos el cálculo de la cantidad y peso de todo el ganado por unidad de superficie, es decir, el cálculo que David hace a base de los datos de la estadística agrícola alemana en general.

	A 1 ha. de tierra corresponde:			
	Cabezas de ganado de toda clase (reducidas a ganado mayor)		Peso de todo el ganado en kilos	
	1875	1884	1875	1884
a) Grandes fincas	0,77	0,59	408	367
b) Haciendas con 25 ha. y más	0,63	0,57	238	244
c) " " 7,5 a 25 ha.	0,71	0,72	254	277
d) " " 2,5 a 7,5 ha.	0,85	0,94	288	328
e) " " menos de 2,5 ha.	1,02	1,18	286	355
<i>Media</i>	0,77	0,76	273	294

Los datos acerca del número de cabezas de ganado por hectárea de tierra son a los que se reduce David. En nuestro ejemplo, al igual que en la agricultura alemana en su conjunto, estos datos muestran una disminución de la cantidad de ganado por unidad de

* Véase a este respecto el capítulo VIII: *Datos generales de la estadística agrícola alemana*. (Véase: *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 191. Ed.)

superficie en las grandes haciendas. En 1884, por ejemplo, a las haciendas semiproletarias corresponde exactamente el doble de ganado por hectárea que a las grandes haciendas capitalistas (1,18 por 0,59). Pero ahora sabemos ya que semejante cálculo compara cosas incomparables. Los datos relativos al peso del ganado muestran la verdadera correlación entre las haciendas. La gran producción también se halla a este respecto en mejores condiciones, pues, al tener *el máximo* de ganado (en peso) por unidad de superficie, tiene por consiguiente también *el máximo* de abonos. Así, pues, la conclusión de David de que las pequeñas haciendas están, en resúmenes cuentas, mejor abastecidas de abonos, se halla en flagrante contradicción con la realidad. Y por añadidura es preciso tener en cuenta que nuestros datos no se refieren a los abonos artificiales, cuya adquisición sólo está al alcance de los agricultores acomodados, y, en segundo lugar, que la comparación del ganado por su peso equipara al ganado mayor y menor, equipara, por ejemplo, los 45.625 kilos de peso de 68 cabezas de una gran hacienda con los 45.097 kilos de peso de 1.786 *cabras* de pequeñas haciendas (1884). En la práctica, la superioridad de las grandes haciendas en cuanto a la obtención de estiércol para abono es mucho mayor de lo que muestran nuestras cifras *.

Resumiendo: con la frase de que "el estiércol es el alma de la agricultura", David ha soslayado las relaciones económico-sociales en la economía específicamente ganadera y ha desvirtuado por completo la cuestión.

La gran producción en la agricultura capitalista ofrece una enorme superioridad sobre la pequeña producción, tanto por la calidad del ganado en general como, en particular, por la calidad del ganado de labor, así como también por las condiciones de mantenimiento del ganado y por su mejora y empleo para la obtención de abonos.

* Recordemos las ya mencionadas indicaciones de Klawki (cap. VI) [Ver: *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 168. *Ed.*]: "el estiércol obtenido por dichos agricultores [los pequeños] es de calidad inferior: la paja de los cereales es más corta y en su mayor parte, sirve de alimento al ganado (lo que significa, de nuevo, un empeoramiento de la calidad del forraje) y para el lecho del ganado se utiliza menor cantidad de paja".

XII

EL "PAIS IDEAL" DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS
ADVERSARIOS DEL MARXISMO EN LA CUESTION
AGRARIA *

Las relaciones agrarias y el régimen imperante en la agricultura ofrecen en Dinamarca extraordinario interés para un economista. Ya hemos visto ** que E. David, el principal representante del revisionismo en las publicaciones contemporáneas sobre la cuestión agraria, utiliza en amplia escala el ejemplo de las asociaciones agrícolas danesas y del cultivo de los (supuestos) "pequeños campesinos" daneses. Heinrich Pudor, cuyo trabajo ha aprovechado E. David, llama a Dinamarca el "país ideal de las cooperativas agrícolas" ***. También en Rusia, los representantes de las ideas liberal-populistas utilizan con no menos frecuencia a Dinamarca como un "triunfo" contra el marxismo y en favor de las teorías que sustentan la vitalidad de las pequeñas haciendas en la agricultura. Señalaremos, siquiera sea, el discurso del liberal Gertsenstein en la I Duma y el del populista Karaváiev en la II Duma.

* Este artículo es un capítulo (el XII) del trabajo del autor titulado *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"*, que forma parte de su libro, recientemente publicado, *La cuestión agraria*, 1ª parte (San Petersburgo, 1908). Un retraso accidental en el envío de este capítulo no ha permitido darle cabida en dicho libro. Por esta razón, todas las remisiones que aparecen en el fragmento que se publica actualmente se refieren al libro indicado.

** V. Ilín, *La cuestión agraria*, 1ª parte, artículo *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"* capítulos X - XI (véase en el presente tomo, págs. 106-192. *Ed.*)

*** Doctor Heinrich Pudor. *Das landwirtschaftliche Genossenschaftswesen im Auslande* ("Las cooperativas agrícolas en el extranjero"), t. I, Leipzig, 1904, pág. V. Pudor es un enemigo encarnizado del marxismo.

Si se compara a Dinamarca con otros países europeos, en ella vemos efectivamente la máxima difusión de las haciendas de "pequeños campesinos" y la máxima prosperidad de la agricultura, que ha sabido adaptarse a las nuevas exigencias y a las nuevas condiciones del mercado. Si la "prosperidad" de la agricultura en pequeña escala es posible en países con producción mercantil, entonces, naturalmente, Dinamarca es, de todos los países europeos, el que se encuentra a este respecto en mejor situación. De ahí que ofrezca doble interés conocer en detalle el régimen agrario de Dinamarca. En el ejemplo de todo un país veremos cuáles son los métodos utilizados por el revisionismo en la cuestión agraria y cuáles son los rasgos efectivos y fundamentales del régimen agrario capitalista en el país capitalista "ideal".

La estadística agrícola de Dinamarca sigue en su organización el modelo de otros países europeos. Pero en algunos aspectos ofrece datos más detallados y cifras mejor elaboradas, lo que permite considerar ciertas facetas que habitualmente quedan en la sombra. Comenzaremos por los datos generales acerca de la división de las haciendas por grupos, según la superficie de tierra. Los *hartkorn*, medida agraria habitual en Dinamarca, los reduciremos a hectáreas, considerando, según las indicaciones de la estadística agraria danesa, que 10 hectáreas equivalen a 1 *hartkorn* *.

La estadística agrícola danesa proporciona datos acerca de las haciendas en 1873, 1885 y 1895; todas las haciendas están divididas en los siguientes 11 grupos: sin tierra, con menos de 0,3 hectáreas (más exactamente: con menos de 1/32 de *hartkorn*), de 0,3 a 2,5 ha., de 2,5 a 10, de 10 a 20, de 20 a 40, de 40 a 80, de 80 a 120, de 120 a 200, de 200 a 300 y de 300 o más. A fin de no dispersar demasiado la atención del lector, fusionaremos algunos de estos grupos para formar 6 grupos mayores.

De estos datos se desprende ante todo una conclusión básica, que la Economía política burguesa y los revisionistas que siguen sus pasos pierden siempre de vista. Esta conclusión es que la

* *Danmarks Statistik. Statistik Aarboeg* ("Estadística de Dinamarca Anuario de Estadística"), año VIII, 1903, pág. 31, nota. Todos los datos que se citan a continuación se refieren a Dinamarca propiamente dicha, es decir, sin contar Bornholm.

	1873			1885			1895				
	Número de haciendas	%	Tierra (ha.)	%	Número de haciendas	%	Tierra (ha.)	%	Número de haciendas	%	Tierra (ha.)
Sin tierra.	31.253	13,3	—	—	35.329	13,6	—	—	32.946	12,4	—
Hasta 2,5 ha.	65.490	27,9	54.340	1,5	82.487	31,8	62.260	1,7	92.656	34,8	63.490
De 2,5 a 10 ha.	65.672	27,9	333.760	9,1	67.773	26,2	345.060	9,5	66.491	25,0	341.020
" 10 " 40 "	41.671	17,7	926.310	25,5	43.740	16,9	966.950	26,5	44.557	16,8	981.070
" 40 " 120 "	29.288	12,5	1.809.590	49,6	27.938	10,8	1.722.820	47,1	27.301	10,3	1.691.950
120 y más	1.856	0,7	522.410	14,3	1.953	0,7	551.530	15,2	2.031	0,7	568.220
Total	235.230	100,0	3.648.410	100,0	259.220	100,0	3.648.520	100,0	265.982	100,0	3.645.750

inmensa mayoría de las tierras de Dinamarca se encuentran en manos de agricultores que explotan sus haciendas al modo capitalista. No puede haber la menor duda de que no son sólo los dueños de 120 y más hectáreas quienes explotan sus haciendas con ayuda del trabajo asalariado; también lo hacen así los que poseen 40 y más hectáreas. Estos dos grupos superiores representaban en 1895 tan sólo el 11 % del total de haciendas, pero en sus manos se hallaba concentrado el 62 % de la totalidad de las tierras, es decir, más de las tres quintas partes. La base de la agricultura danesa la constituye la agricultura *capitalista* de grandes y medianas explotaciones. Las habladorías acerca del "país campesino" y del "cultivo en pequeña escala" no son sino pura apologética burguesa y una tergiversación de los hechos por distintos ideólogos del capital, diplomados y sin diploma.

Aquí es preciso advertir que en Dinamarca, lo mismo que en los demás países europeos con una estructura capitalista de la agricultura ya plasmada, la parte que en la economía nacional corresponde a los grupos superiores, capitalistas, cambia bastante poco con el tiempo. En 1873, el 13,2 % de las granjas capitalistas poseían el 63,9 % de toda la tierra; en 1885, estas cifras eran respectivamente del 11,5 % y el 62,3 %. Esta estabilidad de la gran producción agrícola debe ser tenida en cuenta siempre que se trate de comparar los datos correspondientes a distintos años, pues en las publicaciones se observa con harta frecuencia cómo mediante tales comparaciones, que se refieren a cambios *de detalle*, se velan los rasgos *fundamentales* de una determinada formación económico-social.

Al igual que en otros países europeos, la masa de los pequeños agricultores desempeña en Dinamarca un papel insignificante dentro de la producción agrícola global. El número total de haciendas con menos de 10 hectáreas constituía en 1895 el 72,2 % del número total de haciendas, pero poseían tan sólo el 11,2 % de las tierras. Esta correlación sigue siendo esencialmente la misma que en 1885 y en 1873. Las pequeñas haciendas pertenecen con frecuencia a semiproletarios. La estadística alemana, como hemos visto, lo ha demostrado sin lugar a dudas por lo que respecta a las haciendas de menos de 2 hectáreas, y en parte también por lo que se refiere a las haciendas de menos de 5 hectáreas. Más adelante, al ofrecer los datos sobre la cantidad de ganado en las haciendas de los distintos grupos, vere-

mos que no cabe hablar siquiera de una independencia efectiva ni de una agricultura algo estable en cuanto a la masa de esos famosos representantes del "pequeño cultivo". El 47,2 % de las haciendas, es decir, casi la mitad, pertenecen a proletarios o a semiproletarios (sin tierras o con menos de 2,5 hectáreas); el 25 %, o sea, una cuarta parte más de las haciendas (de 2,5 a 10 hectáreas), corresponde a pequeños campesinos menesterosos: tal es la *base* de la "prosperidad" del capitalismo agrícola en Dinamarca. Naturalmente, en un país con una ganadería mercantil fuertemente desarrollada, los datos acerca de la cantidad de tierra sólo permiten formar un juicio muy general, basado en balances globales. Pero los datos relativos a la ganadería que consideraremos más adelante no hacen sino *reforzar*, como verá el lector, las conclusiones hechas.

Veamos ahora cómo ha cambiado de 1873 a 1895 la distribución de la tierra entre las grandes y las pequeñas haciendas. De primera intención salta a la vista el acentuamiento típicamente capitalista de los casos extremos y la disminución de las haciendas medias. El porcentaje de las haciendas agrícolas (es decir, sin contar las que carecen de tierra) *aumenta* entre las más pequeñas (con menos de 2,5 ha.), pasando del 27,9 % en 1873 al 31,8 % en 1885 y al 34,8 % en 1895. Este porcentaje *disminuye* en todos los grupos medios y permanece invariable (0,7 %) *tan sólo* en el grupo superior (con 120 y más ha.). El tanto por ciento respecto de la tierra global *aumenta* en las haciendas más grandes (con 120 y más hectáreas), pasando del 14,3 % al 15,2 % y al 15,6 % en los tres años indicados; *aumenta* también, aunque en forma menos sensible, en las haciendas campesinas medias (de 10 a 40 hectáreas: 25,5 %, 26,5 % y 26,8 %), a la vez que disminuye la parte correspondiente al número total de haciendas de este grupo; en las haciendas de 2,5 a 10 hectáreas *aumenta* en forma irregular (9,1 %, 9,5 % y 9,4 %) y *aumenta continuamente* en las haciendas más pequeñas (1,5 %, 1,7 % y 1,8 %). Tenemos, por consiguiente, una tendencia muy manifiesta al crecimiento en las haciendas más grandes y más pequeñas. A fin de poder ver con más claridad este fenómeno es preciso tomar las dimensiones medias de las haciendas de cada grupo en los distintos años. He aquí los datos de esta naturaleza:

	Dimensiones medias de las haciendas (en hectáreas)		
	1873	1885	1895
	Haciendas con menos de 2,5 ha.	0,83	0,75
" de 2,5 a 10 ha.	5,08	5,09	5,13
" " 10 " 40 ha.	22,28	22,08	22,01
" " 40 " 120 "	61,00	61,66	61,97
" " 120 y más "	281,40	282,30	279,80
<i>Media</i>	15,50	14,07	13,70

Por estos datos vemos que en la mayoría de los grupos las dimensiones de las haciendas son extraordinariamente estables. Las oscilaciones son insignificantes, del 1 al 2 % (por ejemplo: 279,8-282,3 hectáreas o 22,01-22,28 hectáreas, etc.). La *única* excepción la constituyen las haciendas más pequeñas, que indudablemente *se fraccionan*: de 1873 a 1885 disminuye la extensión media de tales haciendas (con menos de 2,5 hectáreas) en un 10 % (de 0,83 a 0,75), y lo mismo de 1885 a 1895. El aumento del número global de haciendas se verifica en Dinamarca manteniéndose casi invariable la cantidad total de tierra (que de 1885 a 1895 hasta ha sufrido una ligera disminución). Conviene señalar que la mayor parte del aumento corresponde a las haciendas más pequeñas. Así, el número total de haciendas aumentó de 1873 a 1895 en 30.752 unidades, mientras que el número de haciendas con menos de 2,5 hectáreas experimentó un aumento de 27.166 unidades. Se comprende que, en tales condiciones, la disminución de la extensión media de todas las haciendas de Dinamarca (15,5 ha. en 1873, 14,1 en 1885 y 13,7 en 1895) significa en realidad *única y exclusivamente* que las haciendas más pequeñas *se fraccionan*.

El fenómeno señalado por nosotros resulta aún más evidente si hacemos una división mayor de los grupos. En el prefacio a la estadística agraria danesa de 1895 (*Danmarks Statistik*, etc. *Danmarks Jordbrug**, serie 4ª, N° 9, C), los autores ofrecen el siguiente cuadro de las variaciones del número de haciendas por grupos:

* Estadística de Dinamarca, etc. La agricultura danesa. (Ed.)

	% de aumento o disminución	
	de 1885 a 1895	de 1873 a 1885
Haciendas con 300 y más ha.	+ 4,2	+ 5,0
" " 200 a 300 ha.	0	+ 6,1
" " 120 " 200 "	+ 5,2	+ 5,1
" " 80 " 120 "	- 1,5	- 2,1
" " 40 " 80 "	- 2,4	- 5,0
" " 20 " 40 "	+ 1,0	+ 3,6
" " 10 " 20 "	+ 2,8	+ 6,5
" " 2,5 " 10 "	- 1,9	+ 3,2
" " 0,3 " 2,5 "	+ 2,1	+ 17,8
" " 0 " 0,3 "	+ 25,1	+ 37,9

Aumentan, por consiguiente, las haciendas enanas, que se dedican a cultivos especiales o representan "haciendas" de obreros asalariados.

Conviene destacar esta conclusión, porque la "ciencia" apologista académica tiende a deducir de la disminución de la extensión media de todas las haciendas en general que la pequeña producción agrícola está derrotando a la grande. En realidad vemos un progreso de la agricultura en la escala mayor, una estabilidad de la extensión de las haciendas en todos los grupos, a excepción del de las haciendas más pequeñas y un *fraccionamiento* de estas últimas. Tal fraccionamiento debe ser atribuido a la decadencia y miseria progresiva de la pequeña producción agrícola; la otra explicación posible, el abandono de la agricultura en el riguroso sentido de la palabra, para pasar a la ganadería, no puede ser aceptada para todas las haciendas minúsculas, pues ese paso se da en *todos* los grupos, como ahora veremos. Para juzgar las proporciones de la economía del agricultor en un país como Dinamarca importan mucho más los datos relativos a la ganadería que los referentes a la superficie de tierra, pues en una misma extensión pueden darse haciendas de proporciones distintas, en los casos en que la ganadería y la industria lechera se desarrollan con particular rapidez.

Como se sabe, este fenómeno es justamente el que se observa en Dinamarca. La "prosperidad" de la economía agropecuaria danesa depende sobre todo de los rápidos progresos de la gana-

dería mercantil, con la consiguiente exportación de productos lácteos, carne, huevos, etc., a Inglaterra. Aquí nos encontramos con la solemne declaración de Pudor de que Dinamarca “*debe precisamente el colosal ascenso de su industria lechera a la descentralización de su ganadería y de su industria pecuaria*” (loc. cit., pág. 48, subrayado por Pudor). Nada tiene de extraña semejante tergiversación de los hechos en un Pudor, auténtico mercachifle por todo su sistema de ideas y persona que no comprende en absoluto las contradicciones capitalistas. Pero es en extremo sintomático que tras los pasos de Pudor, y sin el menor sentido crítico, vaya el pequeño burgués David, quien sólo por un malentendido puede figurar entre los socialistas.

En realidad, es justamente Dinamarca el país que nos muestra con particular relieve la *concentración* de la ganadería en un país capitalista. Si Pudor ha podido llegar a la conclusión opuesta, es sólo por su extremada ignorancia y por la tergiversación de los *retazos* estadísticos que ofrece en su libelo. Pudor cita datos —que David repite servilmente— sobre la división de todas las haciendas ganaderas de Dinamarca por el número de cabezas de ganado. Resulta según Pudor que el 39,85 % del número total de haciendas *con ganado* poseen únicamente de 1 a 3 animales, sigue el 29,12 % con 4 a 9, etc. Por consiguiente, concluye Pudor, la mayoría de las haciendas son “pequeñas”, hay “descentralización”, etc.

En primer lugar, Pudor cita cifras *inexactas*. Conviene señalarlo, pues este Pudor declara jactanciosamente que en su trabajo pueden hallarse los “últimos” datos estadísticos, y los revisionistas “refutan el marxismo” con alusiones a los ignoros y chapuceros escritores burgueses. En segundo lugar —y esto es lo principal—, el *procedimiento* utilizado por Pudor y David en su argumentación es repetido por nuestros demócratas-constitucionalistas y populistas con demasiada frecuencia para que no nos detengamos en él. Según *este* procedimiento discursivo habría que llegar inevitablemente a la conclusión de que existe una “descentralización” *de la industria* en los países capitalistas más avanzados, ya que, *siempre y en todas partes*, el tanto por ciento de las empresas minúsculas y pequeñas es el máximo y el de las grandes empresas insignificante. Los Pudors y los Davides olvidan una “menudencia”: que la mayor parte de la producción se halla concentrada en un reducido número de grandes empresas.

La distribución efectiva de todo el ganado bovino en Dinamarca era, según el último censo, del 15 de julio de 1898, la siguiente: *

		Haciendas	%	Cabezas de ganado bovino	%
Con	1 cabeza de ganado	18.376	10,2	18.376	1,0
"	2 cabezas " "	27.394	15,2	54.788	3,1
"	3 " " "	22.522	12,5	67.566	3,9
"	4 a 5 " " "	27.561	15,2	121.721	7,0
"	6 " 9 " " "	26.022	14,4	188.533	10,8
"	10 " 14 " " "	20.375	11,3	242.690	13,9
"	15 " 29 " " "	30.460	16,9	615.507	35,3
"	30 " 49 " " "	5.650	3,1	202.683	11,6
"	50 " 99 " " "	1.498	0,8	99.131	5,7
"	100 " 199 " " "	588	0,3	81.417	4,7
"	200 y más	195	0,1	52.385	3,0
<i>Total</i>		180.641	100,0	1.744.797	100,0

Por estos datos vemos el papel que en el conjunto de la ganadería danesa desempeñan las numerosas haciendas pequeñas y las pocas grandes haciendas y la famosa “descentralización” de la producción en el “país ideal”. Las pequeñas haciendas, con 1 a 3 cabezas de ganado bovino, son 68.292, lo que representa el 37,9 % del número total; estas haciendas poseen 140.730 cabezas de ganado bovino, o sea, tan sólo el 8 % de la cantidad total. Casi tanto, 133.802 cabezas, es decir, el 7,7 %, lo poseen 783 grandes ganaderos, que representan el 0,4 % del número total de ganaderos. Los primeros poseen por término

* *Danmarks Statistik. Statistik Tabelvaerk. Femte Raekke, litra C, N° 2. Kreaturholdet d. 15 juli 1898. Kobenhavn, 1901 (Estadística de Dinamarca. Tablas estadísticas. Serie 5, C, N° 2. La ganadería al 15 de julio de 1898. Copenhague, 1901. Ed.)*

medio poco más de 2 cabezas de ganado bovino, es decir, una cantidad a todas luces insuficiente, con la que sólo a expensas de la alimentación propia se puede mantener una ganadería mercantil, vendiendo leche, carne y derivados (recordemos el hecho notorio de la venta de mantequilla y la compra de margarina, que es más barata, para el consumo propio, etc.). Los segundos tienen por término medio 171 cabezas de ganado bovino. Se trata de grandes granjeros capitalistas, de "fabricantes" de leche y carne, de "jefes" del progreso técnico y de toda clase de asociaciones agrícolas, que despiertan el entusiasmo de esos adoradores pequeñoburgueses de la "paz social".

Si unimos a los ganaderos pequeños y medios, obtendremos el número total de propietarios con 1 a 9 cabezas de ganado, lo que da una cifra de 121.875 ganaderos, o sea, las dos terceras partes (el 67,5 %) del total de ganaderos. En sus manos se encuentran 450.984 cabezas de ganado bovino, o sea, la cuarta parte (el 25,8 %) del total de animales. Casi tanto, exactamente 435.616 animales (el 25 %), es lo que poseen los ganaderos con 30 y más cabezas de ganado, con la particularidad de que su número es de 7.931, o sea, el 4,3 % del total de ganaderos. ¡Bonita "descentralización"!

Si reunimos los pequeños grupos de la estadística danesa en tres grandes grupos, obtendremos:

	Número de haciendas	%	Cabezas de ganado bovino	%	Media por hacienda
Haciendas con 1 a 3 cabezas de ganado bovino	68.292	37,9	140.730	8,0	2,1
Haciendas con 4 a 9 cabezas de ganado bovino	53.583	29,6	310.254	17,8	5,8
Haciendas con 10 y más cabezas de ganado bovino	58.766	32,5	1.293.813	74,2	22,0
<i>Total</i>	180.641	100,0	1.744.797	100,0	9,7

Vemos, pues, que las *tres cuartas partes* de toda la cabaña nacional de Dinamarca se halla concentrada en manos de 58.766 ganaderos, o sea, menos de *un tercio* del número total de cria-

dores de ganado. Este tercio es justamente el que obtiene la parte del león de toda la "prosperidad" del capitalismo en la agricultura danesa. Además, es preciso tener en cuenta que este elevado porcentaje de campesinos acomodados y capitalistas ricos (el 32,5 %, o sea, casi la tercera parte) se obtiene en virtud de un cálculo artificial, del que quedan eliminados *todos los agricultores sin ganado*. En realidad, tal porcentaje es muy inferior. Según hemos visto, el censo de 1895 fija en 265.982 el número total de agricultores de Dinamarca, mientras que el censo ganadero del 15 de julio de 1898 eleva la cifra total de agricultores a 278.673. En relación con esta cifra efectiva del número total de propietarios rurales, los 58.766 ricos y acomodados representan tan sólo el 21,1 %, es decir, *únicamente la quinta parte*. Mientras los "propietarios" sin tierra forman el 12,4 % del número total de propietarios rurales de Dinamarca (en 1895 eran 32.946, de un total de 265.982), los agricultores sin ganado* representan el 35,1 % del total de agricultores de Dinamarca, o sea, *más de la tercera parte* (en 1898 eran 98.032, de un total de 278.673). Por consiguiente, podemos juzgar la calidad del "socialismo" de los Davides, quienes no advierten que la prosperidad capitalista de la agricultura danesa descansa en la *proletarización masiva* de la población agrícola, en el despojo de *masas* de "propietarios rurales", que se ven privados de los medios de producción.

Pasemos ahora a los datos que nos ofrece un cuadro de conjunto de la economía agropecuaria de Dinamarca. El censo del 15 de julio de 1898 brinda informes detallados acerca de la cantidad de ganado en los distintos grupos de haciendas agrícolas con distintas áreas de tierra. La estadística danesa establece un número particularmente elevado de tales grupos (en total 14: sin tierra, con 1/32 de *hartkorn*, con 1/32 a 1/16, con 1/16 a 1/8, con 1/8 a 1/4, con 1/4 a 1/2, con 1/2 a 1, con 1 a 2, con 2 a 4, con 4 a 8, con 8 a 12, con 12 a 20, con 20 a 30, y con 30 o más), pero nosotros los reunimos en los seis grandes grupos que ya hemos establecido.

* Más exactamente, sin ganado bovino, pues, por desgracia, la estadística danesa no da la cifra de los agricultores que no tienen *ninguna clase* de ganado. Por esta estadística nos enteramos tan sólo del número de propietarios de cada tipo de ganado. Pero el bovino es, sin duda alguna, la base principal de toda la economía pecuaria de Dinamarca.

La agricultura y la ganadería danesas según el censo del 15 de julio de 1898

Grupos de haciendas	Número de haciendas	%	Hectáreas de tierra	%	Caballos	%	Vacas	%	Total de ganado bovino	%	Ovejas	%	Cerdos	%	Aves de corral	%
Sin tierra	13.435	4,8	—	—	1.970	0,5	3.707	0,3	4.633	0,3	8.943	0,8	8.865	0,8	220.147	2,5
Con una superficie desconocida	45.896	16,5	?	?	28.909	6,4	23.072	2,6	42.150	2,4	42.987	4,0	42.699	3,7	780.585	8,9
Con menos de 2,5 ha.	80.582	28,9	55.272	1,5	24.540	5,5	66.171	6,2	88.720	5,1	99.705	9,3	94.656	8,1	1.649.452	18,8
„ 2,5 a 10 „	63.420	22,8	323.430	8,9	54.900	12,2	175.188	16,4	247.618	14,2	187.460	17,5	191.291	16,4	1.871.242	21,4
„ 10 „ 40 „	45.519	16,3	984.983	27,0	133.793	29,8	303.244	28,5	515.832	29,6	383.950	35,7	308.863	26,4	1.957.726	22,3
„ 40 „ 120 „	27.620	9,9	1.692.285	46,4	168.410	37,5	361.669	33,9	639.563	36,6	310.686	28,9	409.294	35,0	1.998.595	22,8
„ 120 y más „	2.201	0,8	588.318	16,2	36.807	8,1	129.220	12,1	206.281	11,8	40.682	3,8	112.825	9,6	289.155	3,3
Total	278.673	100,0	3.644.288	100,0	449.329	100,0	1.067.266	100,0	1.744.797	100,0	1.074.413	100,0	1.168.493	100,0	8.766.902	100,0

Nota. Los datos correspondientes a 1898 no coinciden con los de 1895 en lo relativo a la división de las haciendas según la cantidad de tierra. Esto puede obedecer a los cambios ocurridos durante ese tiempo y a que los métodos utilizados para reunir los datos hayan podido ser algo distintos. Pero la correlación entre los distintos grupos sigue siendo la misma. El censo de 1895 toma en cuenta, además de las 3.645.750 hectáreas de tierra clasificadas, 45.860 hectáreas no clasificadas. El grupo de haciendas "con una superficie desconocida" (1898) comprende en lo fundamental haciendas de los grupos inferiores, como lo evidencia la cantidad de ganado.

Estos datos nos muestran ante todo la magnitud de la concentración de toda la ganadería de Dinamarca. Los grandes agricultores capitalistas, con más de 40 hectáreas de tierra, representan tan sólo la *décima* parte del número total de agricultores (10,7 %), concentrando en sus manos al mismo tiempo *más de las tres quintas* partes de la superficie de tierra (el 62,6 %) y *casi la mitad* del ganado: el 45,6 % del total de caballos, el 48,4 % del ganado bovino, el 32,7 % del total de ovejas y el 44,6 % del total de cerdos.

Si sumamos a estos agricultores capitalistas los campesinos acomodados, es decir, los dueños de 10 a 40 hectáreas, obtendremos algo más de la cuarta parte del total de agricultores (el 27,0 %), concentrando en sus manos las nueve décimas partes de todas las tierras, las tres cuartas partes del total de caballos, las cuatro quintas partes del ganado bovino, las siete décimas partes del porcino y casi la mitad de las aves de corral. La enorme mayoría de los "propietarios rurales" —casi las tres cuartas

partes (el 73 %) — poseen cada uno menos de 10 hectáreas, constituyen en su conjunto una masa proletarizada y semiproletarizada y desempeñan un papel insignificante en la producción agropecuaria global del país.

Por otra parte, y en lo que respecta a la distribución de los distintos tipos de ganado, merecen especial atención la cría de ovejas y la de cerdos. La primera pertenece a las ramas de la ganadería que se hallan en decadencia y que hoy día resultan desventajosas para la mayoría de los países europeos a consecuencia de las condiciones imperantes en el mercado, debido a la competencia de los países de ultramar. Las condiciones del mercado internacional exigen que la cría de ovejas sea sustituida por otras ramas de la ganadería. La cría de cerdos, por el contrario, figura entre las ramas más ventajosas y en rápido desarrollo de la ganadería europea destinada a la producción de carne. Las estadísticas nos muestran que la cría de ovejas también se halla en decadencia en Dinamarca, donde la cría de cerdos

aumenta con particular rapidez. Entre 1861 y 1898, la hacienda de ganado ovino ha disminuido en Dinamarca de 1,7 millones de animales a 1,1 millones. El número de cabezas de ganado bovino aumentó de 1,1 a 1,7 millones. La cantidad de cerdos ha pasado de 300.000 a 1,2 millones, es decir, se ha cuadruplicado.

Pues bien, comparando la distribución de las ovejas y de los cerdos entre las pequeñas y las grandes haciendas, vemos claramente en las primeras la mayor rutina, la menor adaptación de las mismas a las exigencias del mercado, una gran lentitud en la reestructuración de la hacienda de acuerdo con la nuevas condiciones. En las grandes haciendas capitalistas (de 40 a 120 hectáreas y con 120 hectáreas y más), la cría desventajosa de ovejas es la que ha experimentado una reducción más considerable (28,9 % y 3,8 % de ovejas contra 33—37 % y 8—12 % de otros animales). La adaptación de las pequeñas haciendas ha sido menor, pues aún predomina en ellas la cría de ovejas; por ejemplo, las haciendas con menos de 2,5 hectáreas tienen el 9,3 % del total de ovejas, contra el 6—5 % de otros tipos de ganado. De cerdos tienen el 8,1 %, o sea, una parte *menor* que la de ovejas. Los capitalistas tienen el 35 % y el 9,6 %, o sea, una parte *mayor* que la de ovejas. La agricultura capitalista puede adaptarse mucho mejor a las exigencias del mercado internacional. En cuanto al campesino, también hoy pueden aplicársele las palabras de Marx: "el campesino se convierte en comerciante e industrial sin que se den las condiciones bajo las cuales se puede ser un verdadero comerciante y un verdadero industrial*". El mercado impone a cualquier agricultor, como condición ineludible, la necesidad de someterse a las nuevas condiciones y de adaptarse rápidamente a ellas. Pero sin *capital* resulta imposible esa rápida adaptación. Así, pues, la pequeña explotación está condenada irremisiblemente bajo el capitalismo a un máximo de rutina y atraso y a un mínimo de adaptación al mercado.

A fin de tener una idea más concreta de la verdadera fisonomía económica de esta masa menesterosa y de la pequeña minoría acomodada, daremos los datos relativos a la cantidad media de tierra y ganado en las haciendas de los distintos grupos. Es natural que la Economía política burguesa (y los señores

* Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 818, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

revisionistas) ve las contradicciones del capitalismo; la Economía política socialista debe explicar la diferencia de tipos de haciendas y de nivel de vida de los prósperos agricultores capitalistas y de los menesterosos pequeños agricultores.

Grupos de haciendas	Corresponde por término medio a una hacienda						
	Hectáreas de tierra	Caballos	Vacas	Total ganado bovino	Ovejas	Cerdos	Aves de corral
Sin tierra	—	0,1	0,3	0,3	0,7	0,7	16,4
Con una superficie desconocida	†	0,6	0,6	0,9	0,9	0,9	17,0
Con menos de 2,5 ha.	0,6	0,3	0,8	1,1	1,2	1,2	20,4
" 2,5 a 10 "	5,1	0,9	2,7	3,9	2,9	3,0	29,5
" 10 " 40 "	21,6	2,9	6,6	11,3	8,4	6,8	45,0
" 40 " 120 "	61,3	6,1	13,8	23,1	11,2	14,9	72,4
" 120 y más "	267,3	16,7	58,7	93,7	18,5	51,2	131,3
<i>Media</i>	13,1	1,6	3,8	6,3	3,9	4,2	31,5

Estos datos muestran con toda evidencia que los tres grupos inferiores, que representan la mitad del total de haciendas, están integrados por campesinos *pobres*. Predominan los "propietarios" que carecen de caballos y de vacas. Tan sólo en el grupo con menos de 2,5 hectáreas de tierra corresponde por hacienda un animal *entero* de ganado bovino, ovino y de cerdo. Es evidente que en esta *mitad* del total de haciendas no cabe ni hablar de que puedan obtenerse beneficios de la ganadería destinada a la producción de leche y carne. La prosperidad de la agricultura danesa significa, para esta mitad, dependencia de los grandes agricultores, necesidad de buscar "ingresos suplementarios", lo que implica vender en una u otra forma su fuerza de trabajo, vivir eternamente en la miseria y tener su economía semi-arruinada.

Esta conclusión es válida, naturalmente, tan sólo en lo que se refiere a toda la *masa* de estas haciendas pobres. Ya hemos dicho, basándonos en las estadísticas agrícolas alemanas, france-

sas y rusas, que entre los agricultores que poseen una pequeña superficie de tierra, hay grandes ganaderos, cultivadores de tabaco, etc. La diferenciación es más profunda de lo que los datos de la estadística danesa permiten suponer. Pero esta diferenciación, al destacar en cada grupo una minoría insignificante de haciendas con cultivos especiales, no hace más que *aumentar* la miseria y la necesidad de la *mayoría* de los agricultores pertenecientes a los grupos pobres.

Por los datos expuestos vemos, además, que tampoco el grupo de pequeños campesinos con 2,5 a 10 hectáreas de tierra puede considerarse algo acomodado y con una situación económica firme. Recordemos que en este grupo hay 63.000 haciendas, es decir, el 22,8 % del total. También en este grupo corresponden por término medio a cada hacienda 0,9 caballos. Los que carecen de caballos seguramente utilizan a las vacas como animal de tiro, con lo que empeoran las condiciones de la agricultura (aradura menos profunda) y de la ganadería (debilitamiento del ganado vacuno). El número de vacas que corresponden por término medio a cada hacienda es de 2,7. Aun reduciendo el consumo de leche y carne por la familia del agricultor —lo cual ya constituye un indicio directo de la más amarga necesidad—, tal cantidad de vacas sólo permite vender una cantidad muy insignificante de productos. La participación de estas haciendas —con 2,7 vacas y 3,0 cerdos cada una por término medio— en la “prosperidad” de las ventas “nacionales” de leche y carne a Inglaterra *tiene que ser forzosamente* de lo más mísera. En haciendas de tales proporciones, la agricultura y la ganadería mercantiles significan en parte que la familia se ve privada de lo necesario, que empeora la alimentación y aumenta la necesidad, y en segundo lugar, que las ventas se hacen por pequeñas partidas, es decir, en las condiciones más desventajosas, y sin poder disponer de un fondo de dinero para casos de urgencia. Y en las condiciones que actualmente imperan en los países capitalistas, la economía natural del pequeño campesino sólo puede vegetar e irse muriendo en una agonía dolorosa, pero en ningún caso prosperar. El “truco” de la Economía política burguesa y revisionista consiste en que no se estudian aparte las condiciones en que se encuentra justamente el tipo de pequeñas haciendas situado por debajo del tipo “medio” (el agricultor danés “medio” posee 1,6 caballos y 3,8 vacas) y que representan la *inmensa mayoría* del número total de haciendas. Y no sólo no

se estudia aparte este tipo de haciendas, sino que se vela su existencia con exclusivas referencias a las cifras “medias”, al aumento general de la “producción” y de la “venta”, silenciando el hecho de que sólo los agricultores acomodados, que constituyen una pequeña minoría, *pueden* dar salida ventajosa a sus productos.

Únicamente entre los agricultores que poseen de 10 a 40 hectáreas vemos una cantidad de ganado que implique la *posibilidad* de “prosperar”. Pero estas haciendas sólo representan un 16 % del total. Y aun es dudoso que poseyendo por término medio 21,6 hectáreas de tierra, puedan prescindir por completo del trabajo asalariado. Dado el carácter altamente intensivo de la agricultura danesa, seguramente no es posible que empresas de tales proporciones puedan dejar de recurrir al empleo de peones o jornaleros. Por desgracia, las estadísticas danesas y la mayoría de los que escriben sobre la agricultura de Dinamarca mantienen en todo un punto de vista burgués y no investigan el problema del trabajo asalariado, de cuáles son las dimensiones de las haciendas que hacen necesaria su utilización, etc. Por el censo danés de oficios de 1901 nos enteramos únicamente de que en el grupo de los “jornaleros” y demás figuran 60.000 hombres y 56.000 mujeres, es decir, 116.000 de los 972.000 habitantes rurales que aparecen clasificados por la posición que ocupan en la producción. No disponemos de datos por los que se pueda precisar si estas decenas de miles de obreros asalariados (además de los cuales también hay pequeños campesinos que trabajan a jornal en “ocupaciones auxiliares”) están contratados exclusivamente por los 30.000 grandes agricultores capitalistas (27.620 con 40 a 120 hectáreas y 2.201 con más de 120 hectáreas), o si también, en parte, por los campesinos acomodados, que poseen de 10 a 40 hectáreas.

Poco hay que decir de los dos grupos superiores, de los “30.000 de arriba” de la agricultura danesa, pues el carácter capitalista de su economía agropecuaria ha sido patentemente mostrado más arriba con las cifras que citamos.

Finalmente, los últimos datos que la estadística agrícola danesa aborda y en parte elabora, datos que ofrecen un interés general, se refieren al problema de saber si la ganadería se descentraliza o se concentra a medida que se desarrolla esta base principal de la “prosperidad” de nuestro “país ideal”. La estadística de 1898, ya mencionada por nosotros, ofrece datos compa-

rativos con el año 1893 de extraordinario interés, y en lo tocante a uno de los tipos de ganado —ciertamente el principal—, es decir, en lo que respecta al ganado bovino, también podemos establecer una comparación entre los datos de 1876 y 1898.

De todas las ramas de la ganadería, la cría de ganado porcino fue la que más progresó en Dinamarca durante el período comprendido entre los años 1893 y 1898. En este tiempo, el número de cerdos aumentó de 829.000 a 1.168.000, o sea, en un 40 %, mientras que el número de caballos sólo aumentó de 410.000 a 449.000, el de cabezas de ganado bovino pasó de 1.696.000 a 1.744.000 y el de ovejas incluso disminuyó. ¿Quién se aprovechó fundamentalmente de este gigantesco progreso de los agricultores daneses, agrupados en innumerables cooperativas? Los autores de la estadística de 1898 dan la respuesta a esta pregunta al comparar los datos correspondientes a los años 1893 y 1898. Todos los propietarios de cerdos aparecen divididos en cuatro grupos: grandes haciendas, con 50 y más cabezas de ganado porcino; haciendas semigrandes, con 15 a 49 cabezas; haciendas semipequeñas, con 4 a 14 cabezas, y pequeñas haciendas, con 3 cabezas. De acuerdo con estos cuatro grupos, los autores de la estadística ofrecen los siguientes datos: (Ver cuadro en pág. 211)

Estos datos nos muestran claramente un proceso de rápida *concentración* de la ganadería. Cuanto mayores son las haciendas, tanto mayor es la ventaja que obtienen del “progreso” de la ganadería. El aumento del ganado en las grandes haciendas ha sido de un 71,7 %; en las semigrandes, de un 58,4 %; en las semipequeñas, de un 33,4 %, y en las pequeñas, tan sólo de un 3,8 %. El incremento de riqueza corresponde fundamentalmente a la reducida minoría de “los de arriba”. El aumento total del número de cerdos en cinco años fue de 339.000 cabezas, de las cuales 261.000, o sea, *más de las tres cuartas partes*, corresponden a las haciendas grandes y medias, que en conjunto suman 32.000 haciendas (¡de un total de 266 a 277.000!) La pequeña producción *es desalojada* por la grande en este tipo de ganadería: en cinco años *ha aumentado* la parte correspondiente a las grandes haciendas (del 9,6 % al 11,6 %) y de las semigrandes (del 42,3 % al 47,5 %), *disminuyendo* la de las semipequeñas (del 25,5 % al 24,2 %) y más aún la de las pequeñas (del 22,6 % al 16,7 %).

Si en lugar de la estadística grosera basada en las *super-*

Grupos de haciendas	1893		1898		Aumento o disminución en tanto por ciento del número de		Distribución del número de cerdos (en %)	
	Número de		Número de		Haciendas	Cerdos	1893	1898
	Haciendas	Cerdos	Haciendas	Cerdos				
Con 50 y más cabezas	844	79.230	1.487	185.999	76,2	71,7	9,6	11,6
” 15 a 49	20.602	350.277	30.852	554.979	48,2	58,4	42,3	47,5
” 4 ” 14	38.357	211.868	50.668	282.642	32,1	33,4	25,5	24,2
” 1 ” 3	108.820	187.756	108.544	194.873	0,3	3,8	22,6	16,7
Total	168.623	829.131	191.551	1.168.493	13,6	40,9	100,0	100,0

2.449.540 *, lo que representa un aumento del 24,4 %. Resulta evidente que la cantidad relativa de "poseedores"; es decir, de propietarios de ganado, se ha *reducido*. Una *menor* parte de la población pertenece a la categoría de los propietarios. El número de los propietarios más modestos (con 1 a 3 cabezas de ganado) experimenta un continuo descenso absoluto. El número de los semipequeños (con 4 a 14 cabezas) aumenta con suma lentitud (+12,5 % de 1876 a 1893 y +2,5 % de 1893 a 1898), quedando a la zaga del aumento de la población. Un efectivo y rápido crecimiento se observa tan sólo en la gran ganadería capitalista, con la particularidad de que, de 1876 a 1893, las haciendas semigrandes aumentan en número más rápidamente que las grandes, mientras que, de 1893 a 1898, son las más grandes las que experimentan mayor aumento.

Si, de acuerdo con los datos de 1876 y 1898, tomamos la categoría máxima de haciendas, la de los propietarios de 200 y más cabezas de ganado bovino, veremos que en 1876 su número era de 79 (el 0,05 % del total de propietarios de ganado), con 18.970 bovinos (el 1,4 % del total de cabezas de ganado bovino), mientras que en 1898 su número aumenta a más del doble (195 o el 0,1 % del total) y poseen en conjunto 52.385 cabezas de ganado bovino (el 3,0 % del número total). El número de los mayores propietarios de ganado se ha duplicado con creces y el de sus animales casi se ha triplicado.

El desplazamiento de la pequeña producción por la grande se produce sin cesar de 1876 a 1898. La parte que representan las pequeñas haciendas en la suma global disminuye sin cesar: del 11,0 % en 1876 al 8,4 % en 1893 y al 8,1 % en 1898. La parte correspondiente a las haciendas medias también se reduce continuamente, aunque con más lentitud (38,2 % - 31,8 % - 31,7 %). La parte de las haciendas semigrandes aumentó de 1876 a 1893, pasando del 39,0 % al 46,8 %, pero de 1893 a 1898 se mantiene al mismo nivel. Sólo las grandes haciendas experimentaron un aumento ininterrumpido, desplazando a todos los demás grupos (11,8 % - 13,0 % - 13,4 %).

Cuanto más favorables van siendo las condiciones para la economía pecuaria, más rápidos son el desarrollo y el progreso de la ganadería mercantil, y más acentuado es también el proce-

* La población urbana constituía en 1880 el 28 %, y en 1901, el 38 %.

so de concentración capitalista. Por ejemplo, en el departamento de Copenhague, que en 1880 contaba 234.000 habitantes y 378.000 en 1901, era donde la venta de carne, leche y sus derivados estaba mejor asegurada. Los agricultores de este departamento tenían más ganado bovino que los demás agricultores de Dinamarca, lo mismo en 1876 que en 1898, poseyendo respectivamente por término medio 8,5 y 11,6 cabezas, cuando la media de todo el país en esos mismos años fue de 7,9 y 9,7. Y en este departamento, que es el que ofrece condiciones más favorables para el desarrollo de la ganadería, vemos que el proceso de concentración se produce con la máxima intensidad.

He aquí los datos de este departamento, correspondientes a los años 1876 y 1898, según los grupos establecidos más arriba:

	1 8 7 6		1 8 9 8	
	Número de		Número de	
	Haciendas	Cabezas de ganado bovino	Haciendas	Cabezas de ganado bovino
Con 50 y más cab.	44	4.488	86	9.059
„ 15 a 49 „	1.045	22.119	1.545	35.579
„ 4 „ 14 „	2.011	16.896	1.900	14.559
„ 1 „ 3 „	2.514	4.468	1.890	3.767
Total	5.614	47.971	5.421	62.964

¡En 22 años ha disminuido incluso el número absoluto de propietarios de este departamento! La riqueza ganadera se ha concentrado en un número más reducido de propietarios. Al cabo de 22 años, los agricultores pequeños y medianos son *menos* en número y poseen *menos* cabezas de ganado. Las haciendas semigrandes han aumentado su ganado en un 50 % (de 22.000 cabezas a 35.000). En las grandes, éste se ha *duplicado con creces*. Entre los grandes agricultores con 200 y más cabezas de ganado bovino, en 1876 había *dos* con 437 cabezas, y en 1898 había 10, con 2.896.

Los esfuerzos que todos esos Pudors, Davides y demás lacayos voluntarios e involuntarios del capital realizan por mejorar las condiciones de venta, desarrollar la asociación de los agricultores e impulsar el progreso técnico de la ganadería y de la agricultura sólo pueden significar una cosa: que en todo el país y en todas las ramas de la agricultura se produzca cuanto antes una situación análoga a la existente en el departamento de Copenhague, es decir, que la producción se vaya concentrando con extraordinaria rapidez en manos de los capitalistas, que la población vaya siendo expropiada, se vaya proletarizando, que disminuya el número de propietarios con respecto a la población total, que aumente la proporción de aquellos a quienes el capitalismo va expulsando del campo a la ciudad, etc.

Resumiendo: el "país ideal" desde el punto de vista de los adversarios del marxismo en la cuestión agraria nos muestra con la máxima nitidez (pese al nivel todavía bajo y a la insuficiente elaboración de las estadísticas económicasociales) el régimen agrario capitalista, las acusadas contradicciones capitalistas en la agricultura y la ganadería, la creciente concentración de la producción agrícola, el desplazamiento de la pequeña producción por la grande, la proletarización y la miseria de la inmensa mayoría de la población rural.

*EL PROGRAMA AGRARIO DE LA SOCIALDEMOCRACIA
EN LA PRIMERA REVOLUCION RUSA DE 1905-1907* ⁶⁸

Escrito en noviembre-diciembre de 1907.

Publicado por vez primera en 1908 (edición confiscada); como libro apareció en 1917 en edición de *Zhizn i Znanie*.

Se publica según el manuscrito, confrontado con el texto de la edición de 1917.

Dos años de revolución, desde el otoño de 1905 hasta el de 1907, han proporcionado una enorme experiencia histórica respecto del movimiento campesino en Rusia, respecto del carácter y la significación de la lucha campesina por la tierra. Decenios enteros de la llamada evolución "pacífica" (es decir, de una evolución durante la cual millones de seres se dejan desplumar pacíficamente por los diez mil de arriba) no pueden facilitar nunca un material tan rico para ilustrar el mecanismo interno de nuestro régimen social como el que han facilitado estos dos años, tanto en el sentido de la lucha directa de las masas campesinas contra los terratenientes, como en el de una expresión siquiera algo libre de las reivindicaciones campesinas en las asambleas de los representantes del pueblo. Por eso, es absolutamente necesario revisar el programa agrario de los socialdemócratas rusos desde el punto de vista de esta experiencia de dos años, debido, sobre todo, a que el actual programa agrario del P.O.S.D.R. fue aprobado en el Congreso de Estocolmo, en abril de 1906, es decir, en vísperas de la primera intervención abierta de los representantes de los campesinos de toda Rusia con un programa agrario campesino, en contraposición al programa del gobierno y al de la burguesía liberal.

Deben constituir la base de la revisión del programa agrario socialdemócrata los datos más recientes sobre la propiedad de la tierra en Rusia, a fin de determinar con la mayor exactitud posible cuál es propiamente el fondo económico de todos los programas agrarios de nuestra época y cuál es propiamente la finalidad de la gran lucha histórica. Con esta base económica de la verdadera lucha hay que comparar el reflejo ideológico y político de la misma en los programas, declaraciones, reivindicaciones y teorías de los representantes de las diferentes clases. Así y sólo así debe abordar el problema un marxista, a diferencia del socialista pequeñoburgués, que toma como punto de partida

la justicia "abstracta", la teoría del "principio del trabajo", etc., y a diferencia del burócrata liberal, que con sus divagaciones sobre la viabilidad práctica de la reforma y sobre el punto de vista "de los intereses del Estado" encubre la defensa de los intereses de los explotadores en cualquier reforma.

CAPÍTULO I

LAS BASES ECONÓMICAS Y LA ESENCIA
DE LA REVOLUCIÓN AGRARIA EN RUSIA

1. La propiedad de la tierra en la Rusia Europea

La *Estadística de la propiedad rústica de 1905*, editada por el Comité Central de Estadística en 1907, permite, por lo que se refiere a las 50 provincias de la Rusia Europea, conocer con exactitud las proporciones en que poseen la tierra los campesinos y los terratenientes. Pero primero expondremos los datos generales. Toda la superficie de la Rusia Europea (50 provincias) se calcula (ver el censo catastral del 28 de enero de 1897) en 4.230.500 verstas cuadradas, es decir, en 440.800.000 desiatinas*. La estadística de 1905 de la propiedad de la tierra registra 395.200.000 desiatinas, distribuidas en los tres grandes grupos siguientes:

	Millones de desiatinas
A) tierras de propiedad privada	101,7
B) tierras parcelarias ⁶⁹ o de "nadiel"	138,8
C) tierras del fisco, de la Iglesia y de diversas instituciones	154,7
<i>Total de tierras en la Rusia Europea</i>	395,2

De esta suma global hay que descontar, ante todo, las tierras del fisco situadas en el extremo norte y ocupadas en parte por

* Una versta equivale a 1.067 metros; una desiatina, a una hectárea.
(Ed.)

la tundra y en parte por bosques en cuya utilización agrícola para un futuro próximo no cabe pensar. Las tierras de esta naturaleza en la "zona septentrional" (provincias de Arjánguelsk, Olonets y Vólogda) comprenden 107.900.000 desiatinas. Al descontar todas estas tierras, exageramos considerablemente, claro está, la cantidad de tierras incultivables. Basta decir que un estadístico tan prudente como el señor A. Kaufmann considera que en las provincias de Vólogda y Olonets hay 25.700.000 desiatinas de bosques que podrían ser parceladas adicionalmente entre los campesinos (como excedente que sobrepasa el 25 % de superficie arbolada necesaria)*. Pero como tomamos los datos generales sobre la cantidad de tierras, sin especificar los datos sobre los bosques, será más acertado determinar con mayor precaución el fondo de tierras cultivables. Descontando las 107.900.000 desiatinas, quedan 287.300.000, y, para redondear la cifra, calcularemos un total de 280.000.000, haciendo caso omiso de una parte de las tierras urbanas (cuya suma global es de 2 millones de desiatinas) y una parte de las tierras del fisco en las provincias de Viatka y Perm (cuyo total en estas dos provincias es de 16.300.000 desiatinas).

Se obtiene así la siguiente distribución *global* de las tierras cultivables en la Rusia Europea:

	Millones de desiatinas
A) de propiedad privada	101,7
B) parcelaria	138,8
C) del fisco y de diversas instituciones	39,5
<i>Total en la Rusia Europea</i>	<i>280,0</i>

Ahora es necesario especificar los datos de la pequeña y la gran propiedad (y particularmente de la más grande), con el fin de tener una idea concreta de la situación en que se desenvuelve la lucha de los campesinos por la tierra en la revolución rusa. Pero los datos de este género no son completos. De las 138.800.000 desiatinas de tierra parcelaria figuran clasificadas por dimen-

* *La cuestión agraria*, ed. Dolgorúkov y Petrunkévich, t. II. Colección de artículos, Moscú, 1907, pág. 305.

siones de la propiedad 136.900.000 desiatinas. De las 101.700.000 desiatinas de propiedad privada, 85.900.000; las 15.800.000 desiatinas restantes pertenecen a "sociedades y asociaciones". Examinando en detalle estas últimas tierras, vemos que, de ellas, 11.300.000 desiatinas pertenecen a sociedades y asociaciones campesinas; por tanto, se trata en general de pequeñas propiedades que lamentablemente no aparecen clasificadas por su superficie. Después, 3.700.000 desiatinas pertenecen a compañías "mercantiles e industriales, fabriles y otras", en número de 1.042. De ellas, 272 poseen más de 1.000 desiatinas cada una, y las 272 juntas, 3.600.000 desiatinas. Evidentemente, se trata de latifundios. La parte principal de estas tierras se halla concentrada en la provincia de Perm; ¡1.448.902 desiatinas pertenecen allí a *nueve* de estas compañías! Es sabido que las fábricas de los Urales poseen decenas de miles de desiatinas de tierra, supervivencia directa de los latifundios señoriales en la Rusia burguesa.

Separamos, pues, 3.600.000 desiatinas de tierra de las distintas sociedades y compañías, como tierras pertenecientes a la propiedad más grande. Las tierras restantes no figuran clasificadas, pero, en general, se trata de pequeñas propiedades.

De las 39.500.000 desiatinas de tierras del fisco, etc., sólo pueden ser clasificadas según su superficie las tierras de la corona (5.100.000 desiatinas). Son también grandes latifundios semi-medievales. Obtenemos el siguiente total de tierras, clasificadas o no por sus dimensiones:

	Tierras clasificadas	Tierras no clasificadas
	por su superficie	
A) de propiedad privada	89,5* millones de desiatinas	12,2 millones de desiatinas
B) parcelarias	136,9	1,9
C) del fisco y de diversas instituciones	5,1	34,4
<i>Total</i>	<i>231,5</i>	<i>48,5</i>
<i>Suma total</i>	<i>280,0</i>	

* 85.900.000 desiatinas de tierras de propiedad privada más 3.600.000 desiatinas de latifundios de las sociedades y compañías fabriles y mercantiles e industriales.

Pasemos a la clasificación de las tierras parcelarias por su superficie. Reduciendo los datos de la fuente que utilizamos a grupos algo mayores, obtenemos:

<i>Tierra parcelaria</i>			
Grupos de haciendas campesinas	Número de haciendas	Desiatinas de tierra	Cantidad media de desiatinas por hacienda
Hasta 5 desiatinas	2.857.650	9.030.333	3,1
De 5 a 8 „	3.317.601	21.706.550	6,5
Total hasta 8 desiatinas	6.175.251	30.736.883	4,9
De 8 a 15 „	3.932.485	42.182.923	10,7
„ 15 „ 30 „	1.551.904	31.271.922	20,1
más de 30 „	617.715	32.695.510	52,9
<i>Total en la Rusia Europea</i>	12.277.355	136.887.238	11,1

Por estos datos vemos que más de la mitad de las haciendas campesinas (6.200.000 de 12.300.000) poseen hasta 8 desiatinas cada una, es decir, una cantidad de tierra que, en general y por término medio, es insuficiente en absoluto para mantener a la familia. Poseen hasta 15 desiatinas 10.100.000 haciendas (a las que corresponden 72.900.000 desiatinas), lo cual quiere decir que dado el actual nivel de la técnica agrícola del campesinado, más de las cuatro quintas partes del número total de haciendas campesinas se hallan al borde del hambre. Las haciendas de los campesinos medios y acomodados —por la cantidad de tierra que poseen— suman en número un total de 2.200.000 de las 12.300.000 con un total de 63.900.000 desiatinas de las 136.900.000. Se puede considerar como haciendas de campesinos ricos sólo a las que tienen más de 30 desiatinas; su número no pasa de 600.000, es decir, la vigésima parte del total. La tierra que poseen equivale casi a un cuarto de la cantidad global: 32.700.000 desiatinas de 136.900.000. Para tener una idea de las categorías de campesinos que componen este grupo de haciendas ricas en tierras, indica-

remos que aquí figuran en primer lugar los cosacos. Estos poseen 266.929 haciendas con 14.426.403 desiatinas en el grupo de haciendas de más de 30 desiatinas cada una, es decir, una mayoría aplastante del número total de cosacos (en la Rusia Europea hay 278.650 haciendas de cosacos con 14.689.498 desiatinas de tierra, es decir, un término medio de 52,7 desiatinas por hacienda).

Para poder juzgar acerca de cómo están repartidas aproximadamente todas las haciendas campesinas según la magnitud de su economía, y no según la tierra parcelaria que poseen, sólo contamos para toda Rusia con datos relativos al número de caballos. Con arreglo a los censos caballares del Ministerio de Guerra de los años 1888-1891, la clasificación de las haciendas campesinas en 48 provincias de la Rusia Europea es la siguiente:

Haciendas de campesinos pobres	Sin caballos	2.765.970 haciendas
	Con un caballo	2.885.192 „
Haciendas de campesinos medios	„ dos caballos	2.240.574 „
	„ tres „	1.070.250 „
Haciendas de campesinos acomodados	„ cuatro y más	1.154.674 „
<i>Total</i>		10.116.660 „

En términos generales, esto significa que más de la mitad son haciendas de campesinos pobres (5.600.000 de 10.100.000), cerca de una tercera parte, haciendas de campesinos medios (3.300.000 con 2 ó 3 caballos) y algo más de una décima parte, haciendas de campesinos acomodados (1.100.000 de 10.100.000).

Veamos ahora la distribución de la propiedad privada personal de la tierra. La estadística no especifica en este punto con suficiente claridad las propiedades más pequeñas, pero en cambio facilita los datos más detallados sobre los grandes latifundios.

Grupos de propiedades	Propiedad privada personal de la tierra en la Rusia Europea		
	Propiedades	Desiatinas	Término medio de desiatinas por propiedad
10 desiatinas y menos	409.864	1.625.226	3,9
De 10 a 50 desiatinas	209.119	4.891.031	23,4
" 50 " 500 "	106.065	17.326.495	163,3
{ " 500 " 2.000 " } { " 2.000 " 10.000 " } { " más de 10.000 " }	21.748	20.590.708	{ 947 } { 3.825 } { 29.754 }
	5.386	20.602.109	
	699	20.798.504	
Total de propiedades con más de 500 desiatinas	27.833	61.991.321	2.227
Total en la Rusia Europea	752.881	85.834.073	114

Vemos aquí, en primer término, el enorme predominio de la gran propiedad: 619.000 pequeños propietarios (que poseen hasta 50 desiatinas) reúnen en total 6.500.000 desiatinas. En segundo lugar, comprobamos la existencia de latifundios inmensamente grandes: ¡699 propietarios poseen casi 30.000 desiatinas cada uno! 28.000 propietarios concentran en sus manos 62.000.000 de desiatinas, es decir, 2.227 desiatinas por término medio cada uno. La aplastante mayoría de estos latifundios pertenece a los nobles, a saber, 18.102 propiedades (de 27.833) y 44.471.994 desiatinas de tierra, es decir, más del 70 % de la superficie total de los latifundios. Estos datos nos presentan con entera claridad el régimen medieval de posesión de la tierra de los terratenientes feudales.

2. ¿Cuál es la razón de la lucha?

Diez millones de familias campesinas poseen 73 millones de desiatinas; veintiocho mil señores de la tierra —nobles unos y advenedizos los otros—, 62 millones de desiatinas. Este es el fondo principal sobre el que se desarrolla la lucha campesina por la tierra. Dado este fondo principal, es inevitable el asombro-

so atraso de la técnica, el estado de abandono de la agricultura, la opresión y el sometimiento a que está condenada la masa campesina, la infinita diversidad de formas de la explotación feudal, basada en la prestación personal. Para no desviarnos de nuestro tema, debemos circunscribirnos aquí a indicar de la manera más fugaz estos hechos notorios, descritos con todo género de detalles en la ingente literatura dedicada a la economía campesina. Las proporciones de las propiedades rurales que nosotros damos, no corresponden, ni mucho menos, a las proporciones de las economías. En las provincias puramente rusas, la agricultura capitalista en gran escala figura de modo incuestionable en segundo plano. Predomina el pequeño cultivo en grandes latifundios, como son las distintas formas de arrendamiento feudal en condiciones leoninas, de la economía basada en el sistema de pago en trabajo (prestación personal), de los "contratos de invierno"⁷⁰, de los pagos abusivos a que están sometidos los campesinos por los daños que causa su ganado en las sementeras de los terratenientes y por la utilización de los "recortes", y así hasta lo infinito. La masa campesina, agobiada por la explotación feudal, se arruina, y en parte, entrega ella misma en arriendo sus parcelas a cultivadores "hacendosos". Una reducida minoría de campesinos acomodados pasa a engrosar las filas de la burguesía rural, toma en arriendo tierras para llevar la hacienda al modo capitalista y explota a centenares de miles de peones y jornaleros.

Tomando en consideración estos hechos, plenamente establecidos por la ciencia económica rusa, y al dilucidar el problema de la actual lucha campesina por la tierra, debemos distinguir cuatro grupos fundamentales de propiedades agrarias. 1) Un gran número de haciendas campesinas oprimidas por los latifundios feudales e interesadas de un modo directo en la expropiación de éstos, de la que saldrían ganando de inmediato y serían las más beneficiadas. 2) Una escasa minoría de campesinos medios, que poseen ya ahora aproximadamente una cantidad de tierra de proporciones medias, la cual les permite llevar una economía tolerable. 3) Una minoría reducida de campesinos acomodados, que se van convirtiendo en burgueses del campo y que, por una serie de transiciones paulatinas, están ligados al régimen de posesión de la tierra basado en la explotación capitalista. 4) Los latifundios feudales, que por sus proporciones superan en mucho a las fincas capitalistas de la época presente en Rusia y extraen más

que nada sus ingresos de la explotación de los campesinos fundada en el sistema usurario y en el pago en trabajo.

De suyo se comprende que, partiendo de los datos existentes sobre la propiedad de la tierra, estos grupos fundamentales sólo pueden establecerse de un modo muy aproximado y esquemático. Pero en todo caso estamos obligados a establecerlos, pues de otro modo no es posible trazar un cuadro completo de la lucha por la tierra en la revolución rusa. Y de antemano se puede decir, con plena seguridad, que las correcciones parciales de las cifras y los cambios parciales de los límites de uno u otro grupo *no pueden* hacer variar de un modo sensible el cuadro general. Lo importante no son estas enmiendas parciales; lo importante es que se establezca una comparación clara entre la pequeña propiedad agraria que trata de conseguir más tierra, y los latifundios feudales, que monopolizan áreas enormes. La falsedad cardinal de la concepción económica de los círculos oficiales (de Stolypin) y de los liberales (de los demócratas-constitucionalistas) consiste en ocultar o difuminar esta comparación nítida.

Supongamos las siguientes dimensiones de la propiedad rústica para los cuatro grupos indicados: 1) hasta 15 desiatinas; 2) de 15 a 20 desiatinas; 3) de 20 a 500 desiatinas y 4) más de 500 desiatinas por propiedad. Para representarnos la lucha por la tierra como algo íntegro, debemos, naturalmente, reunir en cada uno de estos grupos la tierra parcelaria y la tierra de propiedad particular. Esta última se halla dividida, en la fuente de que nos servimos, en los siguientes grupos: hasta 10 desiatinas y de 10 a 20, de modo que sólo aproximadamente podemos establecer el grupo que posee hasta 15 desiatinas. La inexactitud que puede resultar de este cálculo aproximado y del redondeo de las cifras que nosotros hacemos, es del todo insignificante (el lector se persuadirá de ello al punto) y no puede alterar las conclusiones.

He aquí la actual distribución de la tierra en la Rusia Europea por los grupos que hemos adoptado:

	Número de propiedades	Cantidad de desiatinas de tierra	Término medio de desiatinas por propiedad
(en millones)			
a) Campesinos arruinados, oprimidos por la explotación feudal	10,5	75,0	7,0
b) Campesinos medios	1,0	15,0	15,0
c) Burguesía campesina y propiedad capitalista de la tierra	1,5	70,0	46,7
d) Latifundios feudales	0,03	70,0	2.333,0
<i>Total</i>	13,03	230,0	17,6
No clasificadas por propiedades	—	50	—
<i>Total *</i>	13,03	280,0	21,4

* Como ya se ha dicho, las cifras de este cuadro están redondeadas. He aquí las cifras exactas. Tierras parcelarias: a) 10.100.000 propiedades y 72.900.000 desiatinas; b) 874.000 propiedades y 15.000.000 de desiatinas. Tierras de propiedad privada hasta 10 desiatinas: 410.000 propiedades y 1.600.000 desiatinas; de 10 a 20 desiatinas: 106.000 propiedades y 1.600.000 desiatinas. Suma a + b de las dos clases de tierras: 11.500.000 propiedades y 91.200.000 desiatinas. Para el grupo c) la cifra exacta es: 1.500.000 propiedades y 69.500.000 desiatinas de tierra. Para el grupo d): 27.833 propiedades y 61.990.000 desiatinas de tierra. A los últimos se ha añadido, como se indicó anteriormente, 5.100.000 desiatinas de tierras de la corona y 3.600.000 desiatinas pertenecientes a las más importantes sociedades fabriles y mercantiles e industriales. La cifra exacta de tierras no clasificadas por propiedades expuesta más arriba es de 48.500.000 desiatinas. El lector puede ver por esto que todos nuestros redondeos de cifras y cálculos aproximados no representan sino modificaciones numéricas completamente nimias, que no pueden alterar en un ápice las conclusiones.

Estas son las relaciones que dan lugar a la lucha campesina por la tierra. Este es el *punto de partida* de la lucha de los campesinos (7-15 desiatinas por hacienda, más los contratos leoninos de arrendamiento, etc.) contra los grandes terratenientes (2.333 desiatinas por finca). ¿Cuál es la tendencia objetiva del punto *final* de esta lucha? Es evidente que esta tendencia consiste en la destrucción de la gran propiedad terrateniente feudal, en el paso de ésta (en unas u otras condiciones) a manos

de los campesinos. Esta tendencia objetiva se desprende con lógica inexorable del predominio del *cultivo* en pequeña escala, subyugado por los latifundios feudales. A fin de expresar esta tendencia en un esquema tan gráfico como el que hemos dado para representar el punto de partida de la lucha, es decir, el actual estado de cosas, hay que tomar el *mejor caso imaginable*, o sea, suponer que todas las tierras de los latifundios feudales y todas las tierras no clasificadas por propiedades han pasado a manos de los campesinos arruinados. Este es el mejor caso previsto con mayor o menor diafanidad por *todos* cuantos participan en la actual lucha agraria: el gobierno habla de "entregar lotes" "a los necesitados"; el funcionario liberal (o sea el demócrata-constitucionalista) habla de agrandar los lotes de quienes poseen poca tierra; el campesino-trudovique también habla de la necesidad de aumentar la propiedad agraria hasta la norma "de consumo" o "laboral" y el socialdemócrata, discrepando en cuanto a las formas del usufructo de la tierra, admite en líneas generales los proyectos populistas de conceder tierra a los campesinos pobres. (Tsereteli, en la sesión 47 de la II Duma, el 26 de mayo de 1907, aceptó las cifras del populista Karaváiev: 57.000.000 de desiatinas de tierra a enajenar por 6.500 millones de rublos, de los que 2.500 millones habrían de ser pagados por los campesinos pobres, que no poseen más de 5 desiatinas; ver la pág. 1221 de las actas taquigráficas.) En una palabra, por distinta que sea la manera como los terratenientes, los funcionarios, la burguesía, los campesinos y el proletariado consideren las tareas y las condiciones de la transformación, todos muestran la misma tendencia: el paso de las grandes posesiones de los terratenientes a manos de los campesinos más necesitados. En el lugar oportuno nos referiremos expresamente a las diferencias radicales que existen entre los puntos de vista de las distintas clases en cuanto a las proporciones y las condiciones de este paso. Ahora completaremos nuestro esquema del punto de partida de la lucha con un esquema análogo de su posible punto final. Hemos señalado más arriba lo que existe *ahora*. Señalemos lo que puede existir *después*. Supongamos que 30.000 terratenientes conserven 100 desiatinas cada uno, es decir, 3.000.000 de desiatinas, y que los restantes 67.000.000 y los 50.000.000 de desiatinas de tierra no clasificada pasen a las 10.500.000 familias de campesinos pobres. Obtenemos:

	A h o r a			D e s p u é s		
	Propiedades	Desiatinas de tierra	Tér. med. de desiatinas por propied.	Propiedades	Desiatinas de tierra	Tér. med. de desiatinas por propied.
	(en millones de desiatinas)			(en millones de desiatinas)		
a) Pequeños campesinos arruinados	10,5	75	7,0	—	—	—
b) Campesinos medios	1,0	15	15,0	11,5	207	18,0
c) Campesinos ricos y burguesía	1,5	70	46,7	1,53	73	47,7
d) Terratenientes feudales	0,03	70	2.333,0	—	—	—
Total	13,03	230	17,6	13,03	280	21,4
Tierras no clasificadas	—	50	—	—	—	—
Total	13,03	280	21,4	—	—	—

Tal es la base económica de la lucha por la tierra en la revolución rusa. Tal es el punto de partida de esta lucha y su tendencia, es decir, su punto final, su resultado en el caso mejor desde el punto de vista de los que luchan.

Antes de pasar al análisis de esta base económica y de su envoltura ideológica (e ideológica-política), nos detendremos a examinar los posibles malentendidos y objeciones.

Primero. Podrán decir que mi cuadro presupone el *reparto* de tierras, cuando todavía no he examinado el problema de la municipalización, del reparto, de la nacionalización y de la socialización.

Esto sería un malentendido. En mi cuadro han sido dejadas totalmente a un lado las *condiciones* de la posesión de la tierra, no se alude para nada a las *condiciones* del paso de la tierra a manos de los campesinos (si será en propiedad o en una u otra clase de usufructo). Me he referido únicamente al *paso de la tierra en general* a manos de los pequeños campesinos, y no cabe duda de que tal es la tendencia de nuestra lucha agraria. Luchan los pequeños campesinos, y luchan para que la tierra pase a sus manos. Lucha el pequeño cultivo (burgués) contra la gran

propiedad agraria (feudal)*. En el mejor de los casos, *no puede* haber otro resultado de la revolución que el señalado por mí.

Segundo. Podrán decir que yo no tenía derecho a presuponer el paso de todas las tierras confiscadas (o expropiadas, pues por ahora no se trata en mi exposición de las condiciones en que ha de efectuarse la expropiación) a manos de los campesinos que menos tierra poseen. Podrán decir que, en virtud de la necesidad económica, las tierras *deben* pasar a los campesinos más ricos. Pero tal objeción sería un malentendido. Para demostrar el carácter burgués de la revolución, debo tomar el *mejor* de los casos desde el punto de vista del populismo, debo *admitir* que ha sido conseguido el objetivo que se plantean quienes luchan. Debo tomar el momento que más se acerque al llamado "reparto negro"⁷¹, y no las consecuencias ulteriores de la revolución agraria. Si son las masas las que vencen en la lucha, ellas serán las que recojan los frutos de la victoria. Otra es la cuestión de saber a quién serán deparados más tarde esos frutos.

Tercero. Podrán decir que el resultado extraordinariamente favorable para los campesinos pobres que se obtiene en mi cuadro (la transformación de toda su masa en campesinos medios, dotados con unas 18 desiatinas por hogar) es consecuencia de haber *exagerado* la magnitud del fondo de tierras libres. Podrán decir que había que haber descontado los *bosques* que, según afirman, no pueden ser parcelados entre los campesinos. Tales objeciones son posibles y hasta inevitables por parte de los economistas del campo gubernamental y demócrata-constitucionalista, pero son falsas. En primer lugar, se precisa ser uno de esos funcionarios que toda la vida doblan el espinazo ante el terrateniente feudal, para pensar que el campesino es incapaz de explotar bien los bosques y extraer de ellos ingresos en beneficio *propio* y no en beneficio de los terratenientes. El punto de vista del funcionario policíaco y del liberal ruso es: ¿cómo asegurar su lote al mujik? El punto de vista del obrero consciente es: ¿cómo liberar al mujik de la propiedad feudal?, ¿cómo destruir los latifundios feudales? En segundo lugar, he excluido *toda* la zona septentrional (las provincias de Arjánguelsk, Vólogda y Olonets), así como parte de las provincias de Viatka y Perm, es decir, lugares

* Lo dicho por mí entre paréntesis no es reconocido o se niega por la ideología pequeñoburguesa del populismo. De esto trataré más adelante.

en los que difícilmente cabe pensar que sea posible en un futuro próximo la explotación agrícola de áreas cubiertas de bosques. En tercer lugar, un recuento especial de las superficies forestales complicaría de manera extraordinaria los cálculos, haciendo variar en escasa medida los resultados. Por ejemplo, el señor Kaufmann, que es demócrata-constitucionalista y mantiene por tanto una posición harto *prudente* con respecto a las tierras de los terratenientes, considera que lo que exceda del 25 % de la superficie arbolada necesaria puede ser destinado a cubrir la escasez de tierras, y obtiene así un fondo de 101,7 millones de desiatinas en 44 provincias. Según mi cálculo, en 47 provincias resulta un fondo aproximado de 101 millones de desiatinas, a saber: 67 millones de desiatinas de los 70 millones de los latifundios feudales y 34 millones de desiatinas de tierra del fisco y de diversas instituciones. Suponiendo que sean expropiadas todas las fincas de más de 100 desiatinas, este fondo aumentará en 9-10 millones de desiatinas*.

3. Los escritores demócrata-constitucionalistas velan la esencia de la lucha

Los datos expuestos sobre el papel de las grandes propiedades de los terratenientes en la lucha por la tierra en Rusia deben ser completados en un aspecto. Un rasgo característico

* En el texto he tomado el tope de tierras no sometidas a enajenación —500 desiatinas— a guisa de mera hipótesis. Suponiendo que el límite sea de 100 desiatinas —igualmente a título de hipótesis—, el cuadro de la transformación será el siguiente:

A h o r a		D e s p u e s		
mill. de haciendas	mill. de desiatinas	mill. de haciendas	mill. de desiatinas	Desiatinas por hacienda
a) 10,5	75	a) —	—	
b) 1,0	15	b) 11,5	217	18,8
c) 1,4	50	c) 1,53	63	41,1
d) 0,13	90	d) —	—	—
13,03	230	13,03	280	21,4
	+ 50			

Las conclusiones fundamentales sobre el carácter y la esencia de la transformación serán idénticas en ambos casos.

de los programas agrarios de la burguesía y la pequeña burguesía de nuestro país es el de velar con divagaciones sobre las "normas" la cuestión de *qué* clase es el adversario más poderoso de los campesinos y *qué propiedades* constituyen la parte principal de las tierras sujetas a expropiación. Se habla preferentemente (tanto por parte de los demócratas-constitucionalistas como de los trudoviques) de la cantidad de tierra que se necesita para los campesinos según sea una u otra la "norma", en lugar de tratar de un asunto mucho más concreto y vivo: *cuántas son* las tierras que *pueden ser* expropiadas. El primer planteamiento del problema vela la lucha de clases, vela el *fondo* de la cuestión con huecas pretensiones de sostener el punto de vista "de los intereses del Estado". El segundo planteamiento traslada todo el centro de gravedad del problema a la lucha de clases, a los intereses de clase de una determinada capa de propietarios agrícolas, que es la que más representa las tendencias feudales.

En otro lugar hemos de detenernos aún en esta cuestión de las "normas". Pero registraremos aquí una "feliz" excepción entre los trudoviques y señalaremos a un escritor típicamente demócrata-constitucionalista.

En la Segunda Duma, el socialista popular Delárov se retiró a la cuestión del porcentaje de propietarios que sería afectado por la enajenación (sesión 47, 26 de mayo de 1907). El orador hablaba precisamente de *enajenación* (forzosa), sin plantear el problema de la confiscación, y admitía, por lo visto, *la misma norma* de enajenación que yo hice figurar a manera de hipótesis en mi cuadro, a saber: 500 desiatinas. Lamentablemente, en las actas taquigráficas de la II Duma está desvirtuado el correspondiente pasaje del discurso de Delárov (pág. 1217), o bien el propio señor Delárov cometió un error. En el acta se dice que la enajenación forzosa afectaría al 32 % de las propiedades privadas y al 96 % de toda su superficie; en cuenta a los restantes propietarios. el 68 %, según dice, sólo poseerían el 4 % de las tierras de propiedad privada. En realidad, en lugar del 32 % debe ser el 3,7 %, pues 27.833 propietarios de los 752.881 constituyen el 3,7 %, y sus tierras suman 62.000.000 de desiatinas de 85.800.000, es decir, el 72,3 %. Queda por saber si se trata de un error del señor Delárov o si éste operó con cifras inexactas. En todo caso es, si no nos equivocamos, el único de los numerosos oradores de la Duma que *ha abordado* el problema de la finalidad de la lucha en su sentido más directo y concreto.

El escritor demócrata-constitucionalista cuyos "trabajos" no se puede por menos de mencionar al exponer este problema, es el señor S. Prokopóvich. Verdad es que, propiamente hablando, se trata de un "sin-título", que —como la mayoría de los colaboradores del periódico burgués *Továrisch*— actúa ora en calidad de demócrata-constitucionalista, ora de socialdemócrata menchevique. Es un representante típico de ese puñado de consecuentes bernsteinianos de la intelectualidad burguesa rusa que oscilan entre los demócratas-constitucionalistas y los socialdemócratas, no pertenecen (en su mayor parte) a ningún partido y sostienen de modo sistemático en la prensa liberal una nota un poquito más derechista que la de Plejánov. El señor Prokopóvich debe ser mencionado aquí, porque ha sido uno de los primeros en publicar en la prensa cifras del censo de la propiedad rústica de 1905, sustentando además, de hecho, el punto de vista de la reforma agraria demócrata-constitucionalista. En dos artículos publicados en el periódico *Továrisch* (año 1907, núm. 214 del 13 de marzo y núm. 238 del 10 de abril), el señor Prokopóvich polemiza con el autor de la estadística oficial, el general Zolotariov, quien trata de demostrar que el gobierno, sin necesidad de enajenación forzosa alguna, puede afrontar perfectamente la reforma agraria y que para su hacienda el campesino tiene más que suficiente con 15 desiatinas! El señor Prokopóvich es *más liberal*: considera necesarias 8 desiatinas. En más de un lugar hace la reserva de que esta cantidad es "del todo insuficiente", de que este cálculo es "el más modesto", etc.; pero, con todo, al determinar "las proporciones de la necesidad de tierras" (este es el título del primero de los citados artículos del señor Prokopóvich), toma precisamente esa cifra. Y da la explicación de que lo hace así "para evitar discusiones superfluas"... por lo visto, "discusiones superfluas" con los Zolotariovs. Reduciendo de este modo a la mitad el número total de haciendas campesinas con "manifiesta escasez de tierra", el señor Prokopóvich calcula con razón que, para concederles tierra de forma que lleguen a reunir no menos de 8 desiatinas, hacen falta 18.600.000 desiatinas, y como según se dice, el gobierno tiene un fondo de tierras que no pasa de los 9.000.000 de desiatinas, "no se podrá resolver el problema sin la enajenación forzosa".

Tanto con sus cálculos como con sus razonamientos, el señor demócrata-constitucionalista menchevizante o menchevique demócrata-constitucionalista ha expresado a maravilla el espíritu y e

sentido del programa agrario liberal. La cuestión misma de los latifundios feudales y de los latifundios en general se esfuma por completo. El señor Prokopóvich ha aportado solamente datos relativos a todas las propiedades privadas superiores a 50 desiatinas. De este modo, queda velado el objetivo real de la lucha. Los intereses de clase de un puñado —así literalmente, de un puñado— de señores de la tierra aparecen cubiertos con un velo. En lugar de desenmascararlos, se nos ofrece el “punto de vista de los intereses del Estado”: “no se podrá resolver el problema” con sólo las tierras del fisco. Si se pudiese solucionar el problema con ellas, el señor Prokopóvich —como se deduce de sus razonamientos— no tendría nada en contra de los latifundios feudales...

Para la parcela campesina se toma una superficie (8 desiatinas) que raya en el hambre. Para la “enajenación forzosa” de los terratenientes se toma una superficie insignificante (18 — 9 = 9 millones de desiatinas de los 62 millones que ocupan las haciendas con más de 500 desiatinas). Para efectuar tal “enajenación forzosa” es preciso que los terratenientes fueren a los campesinos, como ocurrió en 1861.

Queriendo o sin querer, consciente o inconscientemente, el señor Prokopóvich ha expresado de una manera fiel la esencia terrateniente del programa agrario democrata-constitucionalista. Sólo que los demócratas-constitucionalistas son prudentes y astutos: prefieren *guardar absoluto silencio* respecto a la cantidad concreta de tierras de los terratenientes que ellos están dispuestos a expropiar.

4. La esencia económica de la revolución burguesa y su envoltura ideológica

Hemos visto que la esencia de la revolución que se está operando se reduce a la destrucción de los latifundios feudales y a la creación de un campesinado agrícola libre y (en la medida de lo posible, dadas las actuales condiciones) acomodado, capaz de no vegetar, de no languidecer sobre la tierra, sino de desarrollar las fuerzas productivas y hacer avanzar la agricultura. Esta revolución no afecta en absoluto ni puede afectar a la pequeña explotación agrícola, al dominio del mercado sobre el productor, y por consiguiente, al dominio de la producción mercantil, pues la lucha por la redistribución de la tierra no puede modificar las relacio-

nes de producción en la economía organizada sobre esta tierra. Y hemos visto que la particularidad de la lucha presente radica en un fuerte desarrollo del pequeño cultivo en las tierras de los latifundios feudales.

Las teorías del populismo son la envoltura ideológica de la lucha que se está desarrollando. La exposición pública de programas agrarios, hecha por los representantes campesinos de toda Rusia en la I y en la II Duma, ha confirmado de un modo definitivo que las teorías y los programas populistas son realmente la envoltura ideológica de la lucha campesina por la tierra.

Hemos señalado que las grandes posesiones feudales constituyen la base, la parte principal del fondo de tierras por el que luchan los campesinos. Hemos tomado una norma muy elevada de expropiación: 500 desiatinas. Pero fácil es persuadirse de que la conclusión hecha por nosotros conserva pleno vigor sea cual fuese la reducción de esta norma: por ejemplo, hasta 100 o hasta 50 desiatinas. Dividamos el grupo c) —20 a 500 desiatinas— en tres subgrupos: aa) 20 a 50 desiatinas; bb) 50 a 100 desiatinas y cc) 100 a 500, y veamos cuáles son las proporciones de la tierra parcelaria y de propiedad privada en estos subgrupos:

Tierra parcelaria					
Subgrupos	Número de propiedades	Cantidad de tierra	Término medio por propiedad		
desiatinas					
20 — 50 desiatinas	1.062.504	30.898.147	29,1		
50 — 100 "	191.898	12.259.171	65,9		
100 — 500 "	40.658	5.762.276	141,7		
Tierra de propiedad privada			Total en la Rusia Europea		
Número de propiedades	Cantidad de tierra	Término medio por propiedad	Número de propiedades	Cantidad de tierra	Término medio por propiedad
desiatinas			desiatinas		
103.237	3.301.004	32,0	1.165.741	34.199.151	29,3
44.877	3.229.858	71,9	236.775	15.489.029	65,4
61.188	14.096.637	230,4	101.846	19.858.913	194,9

Por este cuadro vemos, en primer lugar, que la confiscación de las tierras superiores a 100 desiatinas aumentaría el fondo agrario, como ya hemos señalado más arriba, en 9-10 millones de desiatinas, y la confiscación de las tierras de más de 50 desiatinas, propuesta por el diputado de la I Duma del Estado Chizhevski, aumentaría el fondo en 18.500.000 desiatinas. Por consiguiente, los latifundios feudales siguen constituyendo en este caso el fondo *básico* de tierras. En ellos radica la "clave" de la actual cuestión agraria. Es conocida asimismo la ligazón de estas grandes propiedades con la alta burocracia: G. Alexinski citó en la II Duma unos datos del señor Rubákin, que indican cuán grandes son las posesiones de los altos funcionarios en Rusia. En segundo lugar, se ve por estos datos que, aun descontando las parcelas y las fincas superiores a 100 desiatinas, siguen siendo grandes las diferencias entre las parcelas mayores (y las pequeñas fincas). La revolución agraria encuentra a los campesinos ya diferenciados, tanto por las proporciones de la tierra poseída, como, más aún, por la magnitud del capital, por la cantidad de ganado, por la cantidad y la calidad de los aperos de labranza, etc. En nuestra literatura económica se ha demostrado de modo suficiente que la diferenciación en la esfera de los bienes no parcelarios —por decirlo así— de los campesinos es mucho más acentuada que en la propiedad parcelaria.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de las teorías populistas, que reflejan con mayor o menor exactitud las opiniones de los campesinos sobre su propia lucha por la tierra? Dos son los "principios" que constituyen la esencia de estas teorías populistas: el "principio del trabajo" y el "igualitarismo". El carácter pequeñoburgués de estos principios es tan claro y ha sido demostrado tan reiterada y detalladamente en la literatura marxista, que no hay razón para que nos detengamos aquí a tratar de ello. Importa señalar un rasgo de estos "principios", que hasta el presente no han valorado como se merece los socialdemócratas rusos. En forma vaga, estos principios expresan *efectivamente* algo real y *progresivo* en este momento histórico. A saber: expresan la lucha de exterminio que va dirigida contra los latifundios feudales.

Examinad el esquema arriba expuesto de la evolución de nuestro régimen agrario desde la actual situación hasta el "objetivo final" de la presente revolución burguesa. Veréis con toda claridad que el "después" futuro se distingue del "ahora" presente por un "igualitarismo" incomparablemente mayor de la

propiedad agraria, por una concordancia incomparablemente mayor de la *nueva* distribución de la tierra con el "principio del trabajo". Y esto no es casual. No puede ser de otra manera en un país campesino, cuyo desarrollo burgués lo libera de la servidumbre. En un país así, la destrucción de los latifundios feudales, es, sin ninguna duda, una exigencia del desarrollo capitalista. Y, dado el predominio del pequeño cultivo, esta destrucción significa indefectiblemente un mayor "igualitarismo" de la propiedad agraria. Al destruir los latifundios medievales, el capitalismo comienza por establecer una propiedad agraria más "igualitaria", creando ya *a partir de ella* una nueva agricultura en gran escala a base del trabajo asalariado, del empleo de las máquinas y una elevada técnica agrícola, y no a base del pago en trabajo y del sistema usurario.

El error de todos los populistas consiste en que, circunscribiéndose a los estrechos horizontes del pequeño propietario, no ven el carácter burgués de las relaciones sociales en las que entra el campesino al librarse de las trabas del feudalismo. El "principio del trabajo" de la agricultura *pequeñoburguesa* y el "igualitarismo", como consigna de la destrucción de los latifundios feudales, ellos los convierten en algo absoluto, en un fin en sí mismo, en algo que significa un régimen especial, no burgués.

El error de ciertos marxistas consiste en que, al criticar la teoría de los populistas, pierden de vista su *contenido* históricamente real e históricamente legítimo en la *lucha contra el feudalismo*. Critican, y critican con razón, el "principio del trabajo" y el "igualitarismo", como *socialismo* atrasado, reaccionario, pequeñoburgués, y olvidan que esas teorías expresan el *democratismo* pequeñoburgués avanzado, revolucionario, y sirven de bandera a la lucha más resuelta contra la vieja Rusia, la Rusia feudal. La idea de igualdad es la idea más revolucionaria en la lucha contra el viejo orden de cosas del absolutismo en general y, en particular, contra la vieja propiedad latifundista feudal. La idea de la *igualdad* es legítima y progresista en el pequeño burgués campesino, por cuanto expresa la lucha contra la desigualdad feudal. La idea del "igualitarismo" en la propiedad agraria es legítima y progresista, por cuanto expresa la aspiración al *reparto** de los latifundios

* No se trata aquí del reparto de tierras a conceder en propiedad, sino del reparto en usufructo económico. Tal reparto es posible —y bajo el predo-

feudales de 2.300 desiatinas cada uno, aspiración sentida por los 10.000.000 de campesinos poseedores de un lote de 7 desiatinas y arruinados por los terratenientes. Y en el presente momento histórico esta idea expresa *realmente* dicha aspiración, impulsa hacia la revolución *burguesa* consecuente, envolviendo esto por error en una fraseología nebulosa, *quasi-socialista*. Y sería mal marxista quien, al criticar la falsedad de la envoltura socialista de las consignas burguesas, no supiese valorar su significación histórica progresista, como las consignas *burguesas* más decididas en la lucha *contra el feudalismo*. El contenido real de esta revolución, que al populista le parece "socialización", consistirá en desbrozar del modo más consecuente el camino al capitalismo y en extirpar con la mayor decisión el feudalismo. El esquema que he expuesto más arriba, señala precisamente lo máximo en la eliminación del feudalismo y lo máximo de "igualitarismo" que es posible alcanzar con ello. El populista se imagina que este "igualitarismo" elimina lo burgués, siendo así que, en realidad, *expresa* las aspiraciones de la burguesía más radical. Y todo cuanto en el "igualitarismo" hay por encima de esto es *humo* ideológico, ilusión de pequeño burgués.

El juicio miope y antihistórico de ciertos marxistas rusos sobre el significado de las teorías populistas en la revolución burguesa rusa se explica porque no han penetrado en la importancia de la "confiscación" de las tierras de los terratenientes, defendida por dichas teorías. Basta tener una idea clara de la base económica de esta revolución en las presentes condiciones de nuestro régimen de posesión de la tierra, para que comprendamos no sólo lo ilusorio de las teorías del populismo, sino la verdad de la lucha, verdad limitada por una determinada misión histórica: la verdad de la lucha contra el feudalismo, la cual constituye el contenido real de estas ilusorias teorías.

5. Dos tipos de evolución agraria burguesa

Sigamos adelante. Hemos demostrado que las teorías populistas, absurdas y reaccionarias desde el punto de vista de la

minio del pequeño cultivo es inevitable durante cierto tiempo— tanto con la municipalización como con la nacionalización.

lucha por el socialismo contra la burguesía, son "razonables" (en el sentido de cumplir una misión histórica especial) y progresistas en la lucha burguesa contra el feudalismo. Cabe preguntar si hay que comprender la inevitabilidad de que desaparezca el feudalismo en el régimen ruso de posesión de la tierra y en todo el régimen social de Rusia, la inevitabilidad de la transformación agraria democrático-burguesa, en el sentido de que sólo puede acontecer en una determinada forma, o si es posible que adopte diversas formas.

Esta cuestión tiene una importancia cardinal para formar-se un punto de vista justo sobre nuestra revolución y sobre el programa agrario socialdemócrata. Y debemos resolver esta cuestión partiendo de los datos relativos a la base económica de la revolución que hemos expuesto anteriormente.

La clave de la lucha son los latifundios feudales, como la encarnación más fehaciente y el más sólido apoyo de los restos del feudalismo en Rusia. El desarrollo de la economía mercantil y del capitalismo pone fin de un modo absolutamente inevitable a estas supervivencias. En *este* sentido, ante Rusia sólo se abre un camino: el del desarrollo burgués.

Pero las formas de este desarrollo pueden ser dos. Los restos del feudalismo pueden desaparecer tanto mediante la transformación de las haciendas de los terratenientes como mediante la destrucción de los latifundios de los terratenientes, es decir, por medio de la reforma y por medio de la revolución. El desarrollo burgués puede verificarse teniendo al frente las grandes haciendas de los terratenientes, que paulatinamente se tornen cada vez más burguesas, que paulatinamente sustituyan los métodos feudales de explotación por los métodos burgueses, y puede verificarse también teniendo al frente las pequeñas haciendas campesinas, que por vía revolucionaria extirpen del organismo social la "excrecencia" de los latifundios feudales y se desarrollen después libremente sin ellos por el camino de las granjas capitalistas.

Estos dos caminos de desarrollo burgués objetivamente posible, nosotros los denominaríamos camino de tipo prusiano y camino de tipo norteamericano. En el primer caso, la hacienda feudal del terrateniente se transforma lentamente en una hacienda burguesa, *junker**, condenando a los campesinos a decenios enteros

* *Junker*: nombre alemán del terrateniente noble prusiano. (Ed.)

de la más dolorosa expropiación y del más doloroso yugo y destacando a una pequeña minoría de *Grossbauer* (grandes campesinos). En el segundo caso, no existen haciendas de terratenientes o son aventadas por la revolución, que confisca y fragmenta las posesiones feudales. En este caso predomina el campesino, que pasa a ser el agente exclusivo de la agricultura y va evolucionando hasta convertirse en el granjero capitalista. En el primer caso, el contenido fundamental de la evolución es la transformación del feudalismo en sistema usurario y en explotación capitalista sobre las tierras de los feudales-terratenientes-junkers. En el segundo caso, el fondo básico es la transformación del campesino patriarcal en el granjero burgués.

En la historia económica de Rusia aparecen con entera claridad estos dos tipos de evolución. Veamos la época de la caída del régimen de servidumbre. Se desarrollaba entonces la lucha entre los terratenientes y los campesinos por el método de aplicación de la reforma. Unos y otros propugnaban las condiciones del desarrollo económico burgués (sin darse cuenta de ello), pero los primeros defendían las condiciones de un desarrollo que asegurase al máximo la conservación de las posesiones de los terratenientes, de los ingresos de los terratenientes, de los métodos terratenientes (usurarios) de explotación. Los segundos defendían los intereses de un desarrollo que permitiese, en la mayor escala posible dado el nivel existente de la agricultura, asegurar el bienestar de los campesinos, destruir los latifundios de los terratenientes, abolir todos los métodos feudales y usurarios de explotación y ampliar la libre posesión de la tierra por los campesinos. De suyo se comprende que, en el caso de que hubiese ocurrido el segundo desenlace, el desarrollo del capitalismo y el desarrollo de las fuerzas productivas habría sido más amplio y más rápido que con el desenlace de la reforma campesina en beneficio de los terratenientes*. Sólo marxistas caricaturescos —como los que pinta-

* En *Naúchnoe Obosrenie* (año 1900, mayo-junio) escribía a este propósito: "...cuanto más tierra hubiesen recibido los campesinos al ser liberados y cuanto más barata la hubiesen recibido, tanto más rápido, amplio y libre habría sido el desarrollo del capitalismo en Rusia, tanto más elevado habría sido el nivel de vida de la población, tanto más amplio habría sido el mercado interior, tanto más rápido habría sido el empleo de máquinas en la producción, tanto más, en una palabra, se parecería el desarrollo económico de Rusia al desarrollo económico de Norteamérica. Me limitaré a señalar dos circunstancias

ban los populistas en su lucha contra el marxismo— podrían considerar el hecho de privar a los campesinos de tierra en 1861 como una garantía del desarrollo capitalista. Por el contrario, habría de ser una garantía —y en realidad fue una garantía— de los contratos de arrendamiento *leonimos*, es decir, semif feudales, y de la economía basada en el sistema de pago en trabajo, es decir, en la prestación personal, que ha frenado extraordinariamente el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de las fuerzas productivas en la agricultura rusa. La lucha entre los intereses de los campesinos y los intereses de los terratenientes no era la lucha de la "producción popular" o del "principio del trabajo" contra la burguesía (como se lo imaginaban y se lo imaginan nuestros populistas), sino la lucha en pro del tipo norteamericano de desarrollo burgués contra el tipo prusiano de desarrollo, también burgués.

Y en aquellos lugares de Rusia en que no existió el régimen de servidumbre y en que la figura exclusiva o principal de la agricultura era el campesino libre (por ejemplo, en las estepas de la margen izquierda del Volga, de Novorossia y del Cáucaso del Norte, colonizadas después de la reforma), el desarrollo de las fuerzas productivas y el desarrollo del capitalismo fueron incomparablemente más rápidos que en las regiones centrales, abrumadas por las supervivencias de la servidumbre*.

Pero si el centro agrícola de Rusia y sus zonas agrícolas periféricas nos indican, por decirlo así, la distribución espacial o

que confirman, a mi modo de ver, la exactitud de esta última opinión: 1) sobre la base de la escasez de tierra y de lo gravoso de las contribuciones, en nuestro país, en una zona muy considerable, se ha desarrollado el sistema de pago en trabajo en la hacienda del terrateniente, es decir, una supervivencia directa del régimen de servidumbre, y en modo alguno el capitalismo; 2) precisamente en nuestras zonas periféricas, donde el régimen de servidumbre o no era conocido en absoluto o era el más débil, donde los campesinos sufren menos que en otras partes de escasez de tierra, de los pagos en trabajo y de las gravosas contribuciones, es donde más se ha desarrollado el capitalismo en la agricultura". (V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. Cartago, 1957, págs. 615-616. *Ed.*)

* Sobre la importancia de las regiones periféricas de Rusia, como fondo de colonización en el desarrollo del capitalismo, he hablado con detalle en *El desarrollo del capitalismo*. (San Petersburgo, 1899, págs. 185, 444 y muchas otras). [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. Cartago, 1957, págs. 258-259. *Ed.*]. En otro lugar me detendré a examinar la importancia de las mismas, en cuanto se refiere al programa agrario socialdemócrata.

geográfica de los lugares en los que predomina la evolución agraria de uno u otro tipo, los rasgos fundamentales de ambas aparecen también con entera claridad en *todos* los lugares en los que existen a la par la economía terrateniente y la campesina. Uno de los errores cardinales de la economía populista consistía en considerar exclusivamente las haciendas de los terratenientes como origen del capitalismo agrario y en ver las haciendas de los campesinos desde el ángulo de la "producción popular" y del "principio del trabajo" (así es como proceden también ahora los trudeviques, los "socialistas populares" y los socialistas-revolucionarios). Sabemos que esto es falso. La economía terrateniente evoluciona en el sentido capitalista, sustituyendo gradualmente el pago en trabajo por el "trabajo asalariado libre", el campo de tres hojas por el cultivo intensivo y los vetustos aperos de labranza de los campesinos por los instrumentos perfeccionados de las grandes explotaciones privadas. La economía campesina *también evoluciona en el sentido capitalista*, destacando, por un lado, la burguesía rural, y, por otro, el proletariado rural. Cuanto mejor es la situación de la "comunidad", cuanto más elevado es el bienestar de los campesinos en general, tanto *más rápida* es esta diferenciación de los campesinos en las clases antagónicas de la agricultura capitalista. Por tanto, vemos en todas partes dos corrientes de la evolución agraria. La lucha entre los intereses de los campesinos y los intereses de los terratenientes, que constituye el leitmotiv de toda la historia de Rusia de la época posterior a la reforma⁷² y la base económica más importante de nuestra revolución, es la lucha por uno u otro tipo de evolución agraria burguesa.

Sólo comprendiendo con claridad la diferencia de estos tipos y el carácter burgués de *ambos*, podemos dar una explicación acertada del problema agrario en la revolución rusa y comprender la significación de clase de los diferentes programas agrarios propugnados por los diversos partidos*.

* El ejemplo de P. Máslov muestra la confusión que reina a veces en las cabezas de los socialdemócratas rusos por lo que se refiere a las dos vías de la evolución agraria burguesa en Rusia. En *Obrazovanie* (1907, núm. 3), este autor señala dos caminos: 1) "capitalismo en desarrollo"; 2) "lucha estéril contra el desarrollo económico". "El primer camino —se dice en ese artículo— conduce a la clase obrera, y con ella a toda la sociedad, al socialismo; el segundo camino lanza (!) a la clase obrera en brazos (!) de la

Repetimos: la clave de la lucha está en los latifundios feudales. La evolución capitalista de éstos se halla fuera de toda duda, pero es posible en dos formas: en forma de eliminación, de destrucción revolucionaria de los mismos por los campesinos granjeros y en forma de su transformación gradual en haciendas de junkers (con la correspondiente conversión del mujik oprimido en el *Knecht* oprimido).

6. Dos líneas de los programas agrarios en la revolución

Si comparamos ahora con la base económica arriba expuesta los programas agrarios presentados por las diferentes clases en la revolución, veremos al punto las dos líneas de dichos programas, de acuerdo con los dos tipos mencionados de evolución agraria.

Tomemos el programa de Stolypin, compartido por los terratenientes de derecha y los octubristas. Es un programa francamente terrateniente. ¿Pero se puede decir que sea reaccionario en el sentido económico, es decir, que excluya o que trate de excluir el desarrollo del capitalismo? ¿Se puede decir que trate de impedir la evolución agraria burguesa? De ninguna manera. Por el contrario, la famosa legislación agraria de Stolypin, promulgada en virtud del artículo 87, está penetrada hasta la médula de un espíritu puramente burgués. Dicha legislación sigue sin ningún género de dudas la línea de la evolución capitalista, facilita e impulsa esta evolución, acelera la expropiación de los campe-

burguesía, a la lucha entre los grandes y los pequeños propietarios, a una lucha en la que la clase obrera no conseguirá más que derrotas" (pág. 92). En primer lugar, el "segundo camino" es una frase vacía, una ilusión y no un camino; es una ideología falsa, y no una posibilidad real de desarrollo. En segundo lugar, Máslov no advierte que Stolypin y la burguesía llevan también a los campesinos por el camino capitalista; es decir, el objeto de la lucha real no es el capitalismo, sino el tipo de desarrollo capitalista. En tercer lugar, es puro absurdo afirmar que en Rusia sea posible un camino que no "lance" a la clase obrera bajo la dominación de la burguesía... En cuarto lugar, es igualmente absurdo decir que exista un "camino" donde pueda no haber lucha entre los grandes y los pequeños propietarios. En quinto lugar, Máslov, por medio de categorías comunes a toda Europa (pequeños y grandes propietarios), vela una particularidad histórica de Rusia que reviste enorme importancia en la presente revolución: la lucha entre los pequeños burgueses y los grandes propietarios feudales,

sinos, la disgregación de la comunidad, la formación de una burguesía campesina. Indudablemente, esta legislación es progresista desde el punto de vista de la ciencia económica.

¿Quiere esto decir que los socialdemócratas deban "apoyarla"? No. Sólo podría razonar así el marxismo vulgar, cuyas semillas esparcen con tanto celo Plejánov y los mencheviques, que cantan, claman, invocan y peroran: hay que apoyar a la burguesía en su lucha contra el viejo orden de cosas. No. En aras del desarrollo de las fuerzas productivas (criterio supremo del progreso social) no debemos apoyar la evolución burguesa de tipo terrateniente, sino la evolución burguesa de tipo campesino. La primera implica el mantenimiento al máximo de la sujeción y de la servidumbre (trasformada al modo burgués), el desarrollo menos rápido de las fuerzas productivas y un desarrollo retardado del capitalismo; implica calamidades y sufrimientos, explotación y opresión incomparablemente mayores de las grandes masas de campesinos, y, por consiguiente, del proletariado. La segunda, entraña el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas y las mejores condiciones de existencia de las masas campesinas (las mejores posibles bajo la producción mercantil). La táctica de la socialdemocracia en la revolución burguesa rusa no se determina por la tarea de apoyar a la burguesía liberal, como opinan los oportunistas, sino por la de apoyar a los campesinos en lucha.

Veamos el programa de la burguesía liberal, esto es, el programa demócrata-constitucionalista. Fieles a la divisa: "¿qué desean ustedes?" (es decir, qué desean los señores terratenientes), en la I Duma presentaron un programa y en la II presentaron otro. El cambio de programa es para ellos asunto tan sencillo y tan sin importancia como para todos los arrivistas burgueses sin principios que pululan por Europa. En la I Duma parecía fuerte la revolución, y el programa liberal tomó de ella unos retazos de nacionalización ("fondo nacional de tierras"). En la II Duma parecía fuerte la contrarrevolución, y el programa liberal arrojó por la borda el fondo estatal de tierras, viró hacia la idea stolyiniana de instaurar un régimen sólido de propiedad campesina, reforzó y amplió los casos en los que las tierras de los terratenientes eran exceptuadas de la regla general de enajenación forzosa. Pero esta doblez de los liberales la señalamos aquí de pasada. Lo importante es indicar otra cosa: la base de principio que es común a las dos "caras" del programa agrario liberal.

Esta base común de principio es: 1) el rescate; 2) el mantenimiento de las haciendas de los terratenientes; 3) la conservación de los privilegios de los terratenientes al verificarse la reforma.

El rescate es un tributo impuesto al desarrollo social, un tributo a entregar a los poseedores de los latifundios feudales. El rescate es la aplicación —asegurada por la burocracia y la policía— de los métodos feudales de explotación, en forma del "equivalente universal" burgués. Por otra parte, el mantenimiento de las haciendas de los terratenientes *en una o en otra medida* figura en los dos programas de los demócratas-constitucionalistas, por mucho que los politicastros burgueses traten de ocultar al pueblo este hecho. El tercer punto —la conservación de los privilegios de los terratenientes al verificarse la reforma— está expresado con plena precisión en la actitud de los demócratas-constitucionalistas ante el problema de la elección de los comités agrarios locales sobre la base del sufragio universal, directo, igual y secreto. No podemos entrar aquí en detalles * que se refieren a otro lugar de nuestra exposición. Aquí debemos determinar únicamente la

* Las actas de la I Duma, sesión 14, del 24 de mayo de 1906, donde los demócratas-constitucionalistas Kokoshkin y Kotliarevski, del brazo del (entonces) octubrista Gueiden y valiéndose de los más viles sofismas, impugnan la idea de los comités agrarios locales. En la II Duma: los subterfugios del demócrata-constitucionalista Savéliev (sesión 16, del 26 de marzo de 1907) y la lucha franca del demócrata-constitucionalista Tatárinov contra la idea de los comités agrarios locales (sesión 24, del 9 de abril de 1907, pág. 1783 de las actas taquigráficas). En el periódico *Ziech*, un notable editorial del núm. 82 del 25 de mayo de 1906, tomado de Miliukov (*Un año de lucha*, núm. 117, págs. 457-459). He aquí el pasaje más significativo de este octubrista disfrazado: "Opinamos que formar estos comités mediante el sufragio universal significaría prepararlos, no para la solución pacífica del problema agrario en el plano local, sino para algo completamente distinto. La dirección de la línea general de la reforma debe dejarse en manos del Estado... En las comisiones locales deben estar representados, a ser posible uniformemente (*sic!*), los intereses en pugna de las partes, que pueden ser conciliados sin alterar la significación estatal de la reforma emprendida y sin que ésta se convierta en un acto de violencia unilateral..." (pág. 459). En el tomo segundo de *La cuestión agraria*, obra de orientación demócrata-constitucionalista, el señor Kútlér inserta su proyecto de ley, que asegura a los terratenientes, reforzados por los funcionarios, el predominio sobre los campesinos en todas las comisiones y comités agrarios centrales, provinciales y de distrito (págs. 640-641), y el señor A. Chuprov —¡"liberal"!— defiende en el terreno de los principios este mismo infame plan terrateniente de engañar a los campesinos (pág. 33).

línea del programa agrario de los demócratas-constitucionalistas. Y en este sentido es necesario señalar que el problema de la composición de los comités agrarios locales tiene una importancia *cardinal*. Sólo mocosuelos políticos podrían dejarse seducir por el sonsonete de la consigna demócrata-constitucionalista: “enajenación *forzosa*”. El problema está en quién forzará a quién: si los terratenientes a los campesinos (a pagar precios exorbitantes por unos eriales) o los campesinos a los terratenientes. Los discursos de los demócratas-constitucionalistas “acerca de la representación uniforme de los intereses en pugna” y acerca de lo indeseable que es la “violencia unilateral”, muestran con la mayor claridad la esencia del asunto, a saber: que en la enajenación *forzosa* propugnada por los demócratas-constitucionalistas ¡son los terratenientes quienes fuerzan a los campesinos!

El programa agrario de los demócratas-constitucionalistas sigue la línea de Stolypin, es decir, del progreso burgués terrateniente. Esto es un hecho. La incompreensión de este hecho es un error capital de aquellos socialdemócratas que, a semejanza de ciertos mencheviques, son capaces de considerar la política agraria demócrata-constitucionalista más progresista que la populista.

A *pesar* de las numerosas vacilaciones y titubeos, vemos en los representantes de los campesinos de ambas dumas, es decir, en los trudoviques, en los social-populistas y, en parte, en los socialistas-revolucionarios, una línea completamente clara de defensa de los intereses de los campesinos *contra* los terratenientes. Por ejemplo, hay vacilaciones en el problema del rescate, admitido en el programa de los trudoviques; pero, en primer lugar, lo interpretan a menudo en el sentido de una asistencia social a los terratenientes no aptos para el trabajo*; en segundo lugar, en las actas de la II Duma podéis encontrar toda una serie de discursos *campesinos* extraordinariamente característicos, *rechazando* el rescate y proclamando la consigna: toda la tierra para todo el pueblo**. En cuanto al problema de los comités agrarios

* Cfr. Colección de *Izvestia Krestíanskiĭ Deputátov* (Noticiero de los Diputados Campesinos) y de *Trudovaia Rossiia* (Rusia Trabajadora). San Petersburgo, 1906, que es una recopilación de artículos de periódicos de los trudoviques de la I Duma; por ejemplo: el artículo *Compensación y no rescate* (págs. 44-49) y muchos otros.

** Cfr. el discurso del campesino *de derecha* Petrochenko en la II Duma (Sesión 22, del 5 de abril de 1907): Kútlér proponía unas condiciones que,

locales —el importantísimo problema de quién ha de forzar a quién—, los diputados campesinos son progenitores y partidarios de la idea de que sean elegidos por sufragio universal.

Nos nos referimos por ahora al problema del contenido del programa agrario de los trudoviques y socialistas-revolucionarios, por una parte, y de los socialdemócratas, por otra. Debemos hacer constar, ante todo, el hecho incuestionable de que los programas agrarios de *todos* los partidos y clases que actuaron de un modo abierto en la revolución rusa, se dividen netamente en *dos* tipos fundamentales, de acuerdo con los dos tipos de evolución agraria burguesa. La línea divisoria de los programas agrarios “derechistas” e “izquierdistas” no se halla situada entre los octubristas y los demócratas-constitucionalistas, como a menudo suponen de un modo totalmente equivocado los mencheviques (dejándose ensordecer por la musiquilla de las palabras “demócrata-constitucionalistas” y sustituyendo el análisis de clase por un análisis de la denominación de los partidos). La línea divisoria pasa entre los demócratas-constitucionalistas y los trudoviques. Determinan esta línea *los intereses de las dos clases fundamentales* de la sociedad rusa que luchan por la tierra: los terratenientes y los campesinos. Los demócratas-constitucionalistas mantienen la propiedad de los terratenientes y defienden la evolución burguesa civilizada, europea, pero *terrateniente*, de la agricultura. Los trudoviques (y los diputados obreros socialdemócratas), es decir, los representantes de los campesinos y los representantes del proletariado, defienden la evolución burguesa *campesina* de la agricultura.

Hay que establecer una rigurosa diferencia entre las envolturas ideológicas de los programas agrarios, sus diferentes detalles políticos, etc., y la base económica de dichos programas. La dificultad no reside ahora en comprender el carácter burgués de las reivindicaciones y de los programas agrarios de los terratenientes *y de los campesinos*: esta labor fue hecha ya por los marxistas antes de la revolución, y la revolución la ha confirma-

según él, son buenas... “Como es rico, proponía, naturalmente, un alto precio; pero nosotros, campesinos pobres, no podemos pagar tanto” (pág. 1616). El campesino *de derechas* es más *izquierdista* que el politicastro burgués que juega al liberalismo. Cfr. también el discurso del campesino *sin partido* Semiónov (12 de abril de 1907), pronunciado en el espíritu de la lucha campesina espontáneamente revolucionaria, y muchos otros.

do. La dificultad está en darse entera cuenta del fundamento de la lucha de las dos clases *sobre el terreno* de la sociedad burguesa y de la evolución burguesa. No es posible comprender esta lucha como un fenómeno social que obedece a leyes determinadas, si no se la reduce a las tendencias objetivas del desarrollo económico de la Rusia capitalista.

Ahora, después de haber señalado la ligazón de los dos tipos de programas agrarios en la revolución rusa con los dos tipos de evolución agraria burguesa, debemos pasar a examinar un nuevo aspecto del problema, que ofrece extraordinaria importancia.

7. La superficie agraria de Rusia. El problema de la colonización

Hemos señalado más arriba que el análisis económico obliga a distinguir en el problema del capitalismo en Rusia un centro agrícola, con restos abundantes de la servidumbre, y una periferia, en la que no existen o son muy débiles estos restos y en la que se dan los rasgos de la evolución capitalista de los campesinos libres.

¿Qué cabe entender por periferia? Evidentemente, tierras despobladas, o no del todo pobladas, no del todo incorporadas al cultivo agrícola. Y ahora debemos pasar de la Rusia Europea a todo el imperio ruso, para tener una idea exacta de cuál es esta "periferia" y cuál su importancia económica.

En el folleto de los señores Prokopóvich y Mertvago *Cuánta tierra hay en Rusia y cómo la utilizamos* (Moscú, 1907), el segundo de dichos autores intenta resumir todos los datos estadísticos suministrados por las publicaciones, sobre la cantidad de tierra existente en *toda* Rusia y sobre la utilización económica de la cantidad de tierras que nos es conocida. Para mejor ilustración, exponemos en un cuadro la comparación hecha por el señor Mertvago, agregando los datos sobre la población, facilitados por el censo de 1897.

Estas cifras muestran de manera gráfica cuán inmensa es la cantidad de tierras que Rusia posee y cuán poco conocemos aún las tierras de la periferia y su importancia económica. Naturalmente, sería un error palmario considerar que estas tierras, en el momento presente y en su estado actual, son aptas para satisfacer la necesidad de tierra que sienten los campesinos rusos. Todos los cálculos de este género, hechos con frecuencia por los escrito-

	Superficie agraria de toda Rusia				De ellas:				De ellas:				Población según el censo de 1897	
	Total de tierras		De ellas:		De ellas:		De ellas:		Millones de desiatinas		Millones de desiatinas		Total (en millones)	Por hectárea
	Millares de hectáreas	Millones de desiatinas	Tierras de las cuales no hay datos	Tierras de las que se poseen datos	Millones de desiatinas	Tierras de labranzas	Prados	Bosques	Total	Total (en millones)	Por hectárea			
10 prov. del Reino de Polonia	111,6	11,6	—	11,6	0,9	7,4	2,5	10,8	9.402,2	84,3				
38 prov. al Oeste del Volga	1.755,6	183,0	—	183,0	18,7	93,6	34,0	146,3	—	—				
12 prov. al Norte y al Este del Volga	2.474,9	258,0	—	258,0	7,1	22,3	132,0	161,4	—	—				
Total de las 50 prov. de la Rusia Europea	4.230,5	441,0	—	441,0	25,8	115,9	166,0	307,7	93.442,9	22,1				
Cáucaso	411,7	42,3	22,1	20,8	2,2	6,5	2,5	11,2	9.289,4	22,6				
Siberia	10.966,1	1.142,6	639,7	502,9	3,9	4,3	121,0	129,2	5.758,8	0,5				
Asia Central	3.141,6	327,3	157,4	169,9	0,9	0,9	8,0	10,5	17.746,7	2,5				
Total de la Rusia Asiática	14.519,4	1.512,8	819,2	693,6	11,7	11,7	131,5	150,9	—	—				
Total del Imperio Ruso *	18.861,5	1.965,4	819,2	1.146,2	34,4	135,0	300,0	469,4	125.640,0	6,7				

* Sin Finlandia.

res reaccionarios *, carecen por completo de valor científico. En este sentido le asiste toda la razón al señor A. Kaufmann, que ridiculiza las búsquedas de tierras libres con destino a nuevos asentamientos sobre la base de los datos acerca del número de ventas cuadradas. Indudablemente, tiene también completa razón al señalar cuán pocas tierras aptas para los asentamientos existen hoy en la periferia de Rusia y cuán falsa es la opinión de que los asentamientos pueden acabar con la escasez de tierras que sufren los campesinos rusos **.

Pero estos acertados razonamientos del liberal señor Kaufmann encierran, no obstante, un error muy esencial. El señor Kaufmann razona así: "Dada la actual selección de asentados, el grado de su bienestar y su nivel cultural" (obra citada, pág. 129), es indudable que no hay suficientes tierras para satisfacer la necesidad de los campesinos rusos por medio de los asentamientos. Por consiguiente —termina diciendo, en defensa del programa agrario demócrata-constitucionalista—, se hace necesaria la enajenación forzosa de tierras de propiedad particular en la Rusia Europea.

Es un razonamiento liberal y populista-liberal corriente en nuestros economistas. Está hecho de tal manera, que de él se deduce esta conclusión: ¡Si hubiese suficiente cantidad de tierras aptas para los asentamientos, hasta se podría no tocar los latifundios feudales! Los señores demócratas-constitucionalistas y los políticos del mismo jaez, penetrados hasta la médula del criterio propio de un funcionario lleno de las mejores intenciones, tienen la pretensión de situarse por encima de las clases, de elevarse por encima de la lucha de clases. No hay que destruir los latifundios

* Y por los diputados reaccionarios. En la II Duma, el octubrista Teterévnikov adujo cifras de las investigaciones de Scherbina sobre los 65.000.000 de desiatinas de tierra existentes en la estepa y datos sobre la cantidad de tierra en Altái —39.000.000 de desiatinas—, como demostración de que no es necesaria la enajenación forzosa en la Rusia Europea. Ejemplo del burgués que trata de adaptarse al terrateniente feudal para el "progreso" conjunto en el espíritu de Stolypin (actas taquigráficas de la II Duma, sesión 39, del 16 de mayo de 1907, págs. 658-661).

** *La cuestión agraria*, edición de Dolgorúkov y Petrunkévich, t. I, artículo del señor Kaufmann: *Los asentamientos y su papel en el programa agrario*. Cfr. también el libro del mismo autor: *Los asentamientos y la colonización*, San Petersburgo, 1905.

feudales porque entrañen la explotación feudal de millones de seres de la población local, su avasallamiento y la detención del desarrollo de las fuerzas productivas, ¡sino porque ahora no es posible desembarazarse de millones de familias trasladándolas a Siberia o al Turquestán! No se lleva el centro de gravedad al carácter de clase de los latifundios rusos, que es feudal, sino a la posibilidad de conciliar las clases y de satisfacer al mujik sin perjuicio para el terrateniente; en una palabra, a la posibilidad de establecer la famosa "paz social".

Para que sea justo, hay que volver del revés el razonamiento del señor Kaufmann y de sus innumerables correligionarios de entré la intelectualidad de Rusia. Como el campesino ruso se halla oprimido por los latifundios feudales, por esa razón se frena en proporciones increíbles tanto la libre distribución de la población por el territorio de Rusia, como la utilización económica racional de la inmensa cantidad de tierras de la periferia de Rusia. Como los latifundios feudales mantienen a los campesinos rusos en un estado de opresión y eternizan, por medio del pago en trabajo y del sistema usurario, los procedimientos y métodos más atrasados de explotación de la tierra, por esa razón se dificulta tanto el progreso técnico como el desarrollo intelectual de la masa campesina, el desarrollo de su actividad independiente, de su instrucción cultural y de su iniciativa, necesarios para la utilización económica de una cantidad incomparablemente mayor de tierras del fondo de reserva de Rusia que la que actualmente utilizamos. Pues los latifundios feudales y el avasallamiento dominante en la agricultura implican a su vez la correspondiente superestructura política, el dominio del terrateniente ultrarreaccionario en el Estado, la privación de derechos de que es víctima la población, la extensión de los métodos administrativos de los Gurkos y Lidvales ⁷³, etc., etc.

Es de todos conocido que los latifundios feudales en el centro agrícola de Rusia ejercen la influencia más funesta sobre todo el régimen social, sobre todo el desarrollo de la sociedad, sobre todo el estado de la agricultura y sobre todo el nivel de vida de las masas campesinas. Yo puedo limitarme aquí a hacer referencias al número ingente de publicaciones sobre la economía rusa que han demostrado el imperio del pago en trabajo, del sistema usurario, de los contratos leoninos de arrendamiento, de los "contra-

tos de invierno" y otras maravillas medievales que subsisten en la Rusia central*.

La caída del régimen de servidumbre originó unas condiciones en las que (como he demostrado detalladamente en *El desarrollo del capitalismo*) la población se dispersaba en todas direcciones *huyendo* de este viejo nido de los feudales. La gente huía de la zona agrícola central a las provincias industriales, a las capitales y a las regiones periféricas del sur y del este de la Rusia Europea, poblando tierras hasta entonces deshabitadas. En el folleto citado por mí, el señor Mertvago indica, con gran justicia por cierto, que el concepto de tierras no aptas para la agricultura es susceptible de rápidas modificaciones:

"Por su clima y por la escasez de agua —escribe—, las estepas de Táurida figurarán *siempre* entre los lugares más pobres y menos aptos para el cultivo agrícola." Así se expresaban en 1845 observadores de la naturaleza tan autorizados como los académicos Beer y Guelmersen. En aquel entonces, la población de la provincia de Táurida, siendo la mitad de la actual, producía 1.800.000 *chétvierti*** de cereales de toda clase... Han pasado 60 años y la población, duplicada, produce en 1903 hasta 17.600.000 *chétvierti*, es decir, casi 10 veces más" (pág. 24).

Esto es cierto no sólo por lo que se refiere a la provincia de Táurida, sino también a diversas provincias periféricas del sur y del este de la Rusia Europea. Las provincias esteparias del sur, así como las de la margen izquierda del Volga, que en los años de las décadas del 60 y del 70 iban a la zaga de las zonas centrales de tierras negras por las proporciones de la producción cerealista, en los años de la década del 80 *sobrepasaron* a estas provincias (*El desarrollo del capitalismo*, pág. 186)***. De 1863 a 1897, la población de toda la Rusia Europea aumentó en un 53 %, correspondiendo a la población rural un aumento del 48 % y a la urbana, del 97 %, mientras que en las provincias de Novorossia, del Volga

* Cfr. *El desarrollo del capitalismo*, cap. III, sobre el tránsito de la economía basada en la prestación personal a la economía capitalista y sobre la vasta difusión del sistema de pago en trabajo. (Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. cit., págs. 189-251. (Ed.))

** Antigua medida rusa de áridos, equivalente a 2,097 hectolitros. (N. del T.)

*** Ob. cit., t. III. (Ed.)

inferior y del este, la población aumentó durante ese mismo tiempo en un 92 %, correspondiendo a la población rural un aumento del 87 % y a la urbana, del 134 %. (Ob. cit., pág. 446*.)

"No dudamos —continúa el señor Mertvago— que la actual valoración hecha por los burócratas de la importancia económica de nuestro fondo de reserva de tierras es asimismo no menos equivocada que la apreciación que Beer y Guelmersen hicieron de la provincia de Táurida en 1845" (folleto cit.).

Esto es justo. Pero el señor Mertvago no advierte *el origen* de los errores de Beer y de los errores de todas las apreciaciones de los funcionarios. El origen de estos errores radica en que, tomando en consideración el nivel actual de la técnica y de la cultura, no tienen en cuenta el progreso de este nivel. Beer y Guelmersen no previeron los cambios introducidos en la técnica, que se hicieron posibles *después de la caída del régimen de servidumbre*. Y en el momento actual no puede haber ninguna duda de que *tras la desaparición de los latifundios feudales en la Rusia Europea* sobrevendrán inevitablemente un enorme ascenso de las fuerzas productivas y una enorme elevación del nivel de la técnica y de la cultura.

Por error, pierden de vista este aspecto de la cuestión muchos de los que juzgan acerca del problema agrario en Rusia. La condición para utilizar en vasta escala el inmenso fondo de colonización de Rusia estriba en crear en la Rusia Europea un campesinado realmente libre, emancipado de manera plena del yugo de las relaciones feudales. En el presente, una parte considerable de este fondo no es apta para el cultivo, no tanto en virtud de las propiedades *naturales* de estas o las otras tierras de la periferia, como a consecuencia de las propiedades *sociales* de la economía de la Rusia Central, propiedades que condenan a la técnica al estancamiento, y a la población a la falta de derechos, al atraso, a la ignorancia y a la impotencia.

Y el señor Kaufmann pierde de vista este aspecto extraordinariamente importante de la cuestión, cuando afirma: "De antemano digo que no sé si se puede asentar a un millón, a tres o a diez millones." (Pág. 128 de la obra citada.) Señala que el concepto de tierras incultivables es relativo. "Los terrenos salinos no

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. Cartago, 1957, pág. 558. (Ed.)

sólo no deben ser considerados absolutamente inservibles, sino que, empleando ciertos procedimientos técnicos, pueden llegar a ser muy fértiles." (129.) En el Turquestán, cuya densidad de población es de 3,6 habitantes por versta cuadrada, "espacios inmensos siguen despoblados". (137.) "El terreno de muchos de los «desiertos del hambre» del Turquestán es el famoso loess del Asia Central que, en caso de riego suficiente, se distingue por su gran fertilidad... No vale la pena ni siquiera plantear la cuestión de la existencia de tierras aptas para el riego; basta recorrer este territorio en cualquier dirección para ver las ruinas de numerosos poblados y ciudades abandonados siglos atrás y rodeados frecuentemente, en unas extensiones de decenas de verstas cuadradas, de redes de canales de riego y de acequias por los que en otros tiempos corría el agua; y la superficie total de terrenos desérticos de loess en espera del riego artificial se cuenta, sin duda, por millones y millones de desiatinas." (Pág. 137 de la obra citada.)

Estos millones y millones de desiatinas, lo mismo en el Turquestán que en muchos otros lugares de Rusia, no sólo "esperan" el riego y toda suerte de mejoras, sino que "esperan" también que la población agrícola de Rusia se libere de las supervivencias del régimen de servidumbre, del yugo de los latifundios de los nobles y de la dictadura de los ultrarreaccionarios en el Estado.

No tiene sentido tratar de adivinar qué cantidad de tierras "inservibles" podrían convertirse en Rusia en tierras cultivables. Pero es necesario tener idea clara de un hecho demostrado por toda la historia económica de Rusia y que constituye una particularidad relevante de la revolución burguesa rusa. Rusia posee un fondo gigantesco de colonización, que irá haciéndose accesible a la población y accesible al cultivo no sólo con el progreso sucesivo de la técnica agrícola en general, sino a medida que se den pasos adelante en la empresa de liberar a los campesinos rusos del yugo feudal.

Esta circunstancia representa la base económica de la evolución burguesa de la agricultura de Rusia con arreglo al modelo norteamericano. En los Estados de la Europa occidental, que con tanta frecuencia sirven a nuestros marxistas para hacer comparaciones estereotipadas e irreflexivas, estaba ya ocupado todo el territorio en la época de la revolución democrático-burguesa. Lo que había de nuevo en cada progreso de la técnica agrícola era la posibilidad de invertir en la tierra nuevas cantidades de trabajo

y de capital. En Rusia, la revolución democrático-burguesa se realiza en unas condiciones en que cada paso adelante dado por la técnica agrícola y cada paso adelante en el desarrollo de la libertad efectiva de la población no sólo permiten hacer nuevas inversiones de trabajo y de capital en las tierras antiguas, sino también utilizar superficies "inabarcables" de nuevas tierras contiguas.

8. Resumen de las conclusiones económicas del capítulo I

Resumamos las conclusiones económicas que nos deben servir de prólogo para revisar la cuestión del programa agrario de los socialdemócratas.

Hemos visto que la "clave" de la lucha agraria en nuestra revolución está en los latifundios feudales. La lucha campesina por la tierra es, ante todo y más que nada, la lucha por la destrucción de estos latifundios. Su destrucción y el paso absoluto de los mismos a manos de los campesinos sigue indudablemente la línea de evolución capitalista de la agricultura rusa. Este camino de dicha evolución significaría el desarrollo más rápido de las fuerzas productivas, mejores condiciones de trabajo para la masa de la población, el desarrollo más rápido del capitalismo, transformándose los campesinos libres en granjeros. Pero es también posible otro camino de evolución burguesa de la agricultura: el mantenimiento de las haciendas y de los latifundios de los terratenientes, transformándose lentamente de haciendas en las que domina el avasallamiento feudal en haciendas de junkers. Estos dos tipos de posible evolución burguesa forman precisamente la base de los dos tipos de programas agrarios con que intervinieron las diversas clases en la revolución rusa. Por lo demás, la particularidad de Rusia que constituye una de las bases económicas que hacen posible la evolución "norteamericana", consiste en la existencia de un inmenso fondo de colonización. Este fondo, que no sirve en absoluto para liberar a los campesinos rusos del yugo feudal en la Rusia Europea, irá tornándose cada vez más amplio y más accesible cuanto más libres sean los campesinos en la Rusia Central y cuanto más vasto sea el campo que se abra al desarrollo de las fuerzas productivas.

CAPÍTULO II

LOS PROGRAMAS AGRARIOS DEL P.O.S.D.E. Y SU COMPROBACION
EN EL CURSO DE LA PRIMERA REVOLUCION

Pasemos al examen del programa agrario socialdemócrata. En el párrafo primero del folleto: *Revisión del programa agrario del Partido Obrero* * señalé los principales momentos históricos en el desarrollo de los puntos de vista de los socialdemócratas rusos sobre el problema agrario. Debemos detenernos a esclarecer de un modo algo más detallado en qué consistía el error de los anteriores programas agrarios de la socialdemocracia rusa, es decir, de los programas de 1885 y 1903.

I. ¿En qué consistía el error de los anteriores programas agrarios de la socialdemocracia rusa?

En el proyecto del grupo "Emancipación del Trabajo", publicado en 1885, el programa agrario estaba expuesto del siguiente modo: "Revisión radical de nuestras relaciones agrarias, es decir, de las condiciones en que deben verificarse el rescate de la tierra y su entrega a las sociedades campesinas. Concesión del derecho a renunciar a la parcela y a salir de la comunidad a los campesinos que lo tengan por conveniente, etc."

Eso es todo. El error de este programa no consiste en contener principios falsos o reivindicaciones parciales equivocadas. No. Sus principios son justos, y la única reivindicación parcial que

* Véase: V.I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, págs. 165-170. (Ed.)

presenta (el derecho a renunciar a la parcela) es tan indiscutible que en el momento actual se ha visto satisfecha por la peculiar legislación stolypiniana. El error de este programa consiste en su carácter abstracto, en la ausencia de todo criterio concreto sobre la cuestión. En realidad, no es un programa, sino una declaración marxista del carácter más general. Naturalmente, sería absurdo culpar de este error a los autores del programa, que por primera vez exponían determinados principios, mucho antes de constituirse el Partido Obrero. Por el contrario, hay que subrayar de manera especial que en este programa se reconocía, veinte años antes de la revolución rusa, la inevitabilidad de una "revisión radical" de la cuestión de la reforma campesina.

En el terreno teórico, el desarrollo de este programa debía consistir en esclarecer cuáles son los fundamentos económicos de nuestro programa agrario, cuál puede y debe ser la base en que se apoye la exigencia de una revisión radical, a diferencia de la no radical y reformista, y, por último, en definir de un modo concreto el contenido de esta revisión desde el punto de vista del proletariado (esencialmente distinto del punto de vista radical en general). En el terreno práctico, el desarrollo del programa debía tener en cuenta la experiencia del movimiento campesino. Sin la experiencia del movimiento campesino de masas —más aún, de un movimiento campesino en escala nacional—, el programa del Partido Obrero Socialdemócrata no podía llegar a ser concreto, pues sobre la base exclusiva de consideraciones teóricas sería demasiado difícil o imposible resolver la cuestión de hasta qué punto se ha diferenciado ya nuestro campesinado en el sentido capitalista y en qué grado es capaz de realizar la transformación democrática revolucionaria.

En 1903, cuando el II Congreso de nuestro partido aprobó el primer programa agrario del P.O.S.D.R., también carecíamos de esta experiencia referente al carácter, a las proporciones y a la profundidad del movimiento campesino. Los levantamientos campesinos de la primavera de 1902 en el sur de Rusia no pasaron de ser una explosión aislada. Se comprende por ello la reserva de los socialdemócratas al elaborar el programa agrario: "componer" dicho programa para la sociedad burguesa no es, ni mucho menos, asunto del proletariado, y no se sabía hasta qué punto era capaz de desarrollarse el movimiento de los campesinos contra los restos del feudalismo, u., movimiento que mereciese el apoyo del proletariado.

El programa de 1903 intenta definir de un modo concreto el contenido y las condiciones de la "revisión" de la que en 1885 hablaban los socialdemócratas en forma general. Este intento —en el punto principal del programa: sobre los "recortes"— se basaba en la separación aproximada de las tierras que sirven para la avasalladora explotación feudal ("recortadas de las haciendas de los campesinos en 1861") y las tierras explotadas al modo capitalista. Esta separación aproximada era completamente errónea, pues el movimiento de las masas campesinas no podía dirigirse en la práctica contra categorías especiales de tierras de los terratenientes, sino contra la propiedad agraria de los terratenientes en general. El programa de 1903 plantea un problema que no había sido planteado aún en 1885, a saber: el de la lucha entre los intereses de los campesinos y los intereses de los terratenientes en el momento de esa revisión de las relaciones agrarias, que era considerada inevitable por todos los socialdemócratas. Pero el programa de 1903 resuelve este problema de un modo erróneo, pues en lugar de oponer el método consecuentemente campesino al método consecuentemente junker de realizar la revolución burguesa, el programa construye artificialmente algo que es intermedio. Verdad es que también en este caso hay que tener en cuenta que la falta de un franco movimiento de masas no permitía entonces resolver el problema sobre la base de datos exactos, y no sobre la base de frases, de deseos inocentes o de utopías pequeñoburguesas, como lo resolvían los socialistas-revolucionarios. Nadie podía decir con seguridad, de antemano, hasta qué grado se habían diferenciado los campesinos bajo la influencia del tránsito parcial de los terratenientes del pago en trabajo al trabajo asalariado. Nadie podía calcular la magnitud de la capa de obreros agrícolas constituida después de la reforma de 1861 y hasta qué punto se habían diferenciado sus intereses de los intereses de la masa campesina arruinada.

El error fundamental del programa agrario de 1903 era, en todo caso, la ausencia de una idea exacta de la finalidad por la que puede y debe desarrollarse la lucha agraria en el proceso de la revolución burguesa de Rusia, de cuáles son los tipos de evolución agraria capitalista objetivamente posibles al vencer en esta lucha unas u otras fuerzas sociales.

2. El actual programa agrario del P.O.S.D.R.

El actual programa agrario del Partido Socialdemócrata, aprobado en el Congreso de Estocolmo, da en una importante cuestión un gran paso adelante con respecto al programa precedente. A saber: al reconocer la confiscación de las tierras de los terratenientes*, el Partido Socialdemócrata se ha colocado de manera resuelta en el camino del reconocimiento de la revolución agraria *campesina*. Las palabras del programa: "apoyando las acciones revolucionarias de los campesinos hasta llegar a la confiscación de las tierras de los terratenientes"... expresan de un modo bien categórico esta idea. En los debates del Congreso de Estocolmo, uno de los informantes, Plejánov, que junto con John** consiguió que se adoptase el actual programa, se refirió de manera explícita a la necesidad de dejar de temer a la "revolución agraria campesina". (Véase el informe de Plejánov en las Actas del Congreso de Estocolmo, Moscú, 1907, pág. 42.)

Este reconocimiento de que nuestra revolución burguesa en el terreno de las relaciones agrarias debe ser considerada como una "revolución agraria *campesina*", tendría que haber puesto fin, al parecer, a las grandes discrepancias existentes entre los socialdemócratas en cuanto al programa agrario. Pero la realidad es que las discrepancias salieron a flote al tratarse la cuestión de si debían los socialdemócratas apoyar el reparto de las tierras de los terratenientes, entregándolas en propiedad a los campesinos, la municipalización de las tierras de los terratenientes o la nacionalización de todas las tierras. Y por tanto, debemos ante todo establecer el principio, olvidado con extraordinaria frecuencia por los socialdemócratas, de que estos problemas pueden ser resueltos con acierto partiendo exclusivamente del punto de vista de la revolución agraria *campesina* en Rusia. No se trata, naturalmente, de que la socialdemocracia renuncie a determinar por sí misma los intereses propios del proletariado, como clase distinta, en esta revolución campesina. No. Se trata de concebir con precisión

* En el texto del programa (punto 4) se habla de las tierras de *propiedad privada*. En la resolución aneja al programa (parte segunda del programa agrario) se habla de la confiscación de las tierras de los *terratenientes*.

** John, *Equis*: seudónimo del menchevique P. Máslov. (Ed.)

el carácter y el significado de la revolución agraria campesina precisamente, como una de las variedades de la revolución burguesa en general. No podemos "inventar" un "proyecto" especial cualquiera de reforma. Debemos estudiar las condiciones objetivas de la revolución agraria campesina en la Rusia que se desarrolla a la manera capitalista, separar —sobre la base de este análisis objetivo— la falsa ideología de estas o las otras clases, del contenido real de los cambios económicos y determinar qué es lo que, teniendo en cuenta estos cambios económicos reales, exigen los intereses del desarrollo de las fuerzas productivas y los intereses de la lucha de clase del proletariado.

En el actual programa agrario del P.O.S.D.R. se reconoce (en forma especial) la propiedad social de las tierras confiscadas (nacionalización de los bosques, de las aguas y del fondo de colonización, municipalización de las tierras de propiedad privada), a lo menos en el caso de un "desarrollo victorioso de la revolución". Para el caso en que se den "condiciones desfavorables" se reconoce *el reparto* de las tierras de los terratenientes, a título de propiedad, entre los campesinos. En todos los casos se reconoce la propiedad de los campesinos y de los pequeños propietarios en general sobre las tierras que actualmente poseen. Por consiguiente, en el programa se establece un *doble* régimen agrario para la Rusia burguesa renovada: la propiedad privada sobre la tierra y (a lo menos, en el caso de un desarrollo victorioso de la revolución) la propiedad social en forma de municipalización y de nacionalización.

¿Cómo explicaban los autores del programa esta dualidad? Ante todo y más que nada, por los intereses y reivindicaciones de los campesinos, por el temor a divorciarse de los campesinos, de indisponer a éstos con el proletariado y con la revolución. Al exponer *semejante* argumento, los autores y los partidarios del programa reconocían por lo mismo la revolución agraria *campesina* y que el proletariado debe apoyar determinadas reivindicaciones campesinas. ¡Y exponían este argumento los partidarios más influyentes del programa, con el camarada John a la cabeza! Para persuadirse de ello, basta echar una ojeada a las actas del Congreso de Estocolmo.

El camarada John, en su informe, esgrimió este argumento abierta y decididamente. "Si la revolución —dijo— condujese a un intento de nacionalizar las tierras parcelarias de los campesinos o las tierras confiscadas de los terratenientes, como propone

el camarada Lenin, esta medida llevaría a un movimiento contrarrevolucionario, no sólo en la periferia, sino también en el centro. No tendríamos una Vendée, sino la insurrección general de los campesinos contra el intento de intervención del Estado en el sentido de disponer de las tierras parcelarias que son *propiedad* (cursiva de John) de los campesinos, contra el intento de nacionalizarlas." (Pág. 40 de las actas del Congreso de Estocolmo.)

¡Parece que está claro! ¡La nacionalización de las tierras que son *propiedad* de los campesinos conduciría a la insurrección general de éstos! He aquí la causa de que el proyecto municipalizador inicial de X, que proponía entregar a los zemstvos *no sólo* las tierras de propiedad privada, sino, "a ser posible", todas las tierras (citado por mí en el folleto *Revisión del programa agrario del Partido Obrero* *), fuese sustituido por el proyecto municipalizador de Máslov, que *excluía* las tierras de los campesinos. En efecto, ¿cómo no tomar en consideración este hecho, descubierto después de 1903, de la inevitable insurrección campesina contra los intentos de nacionalización total! Cómo no adoptar entonces el punto de vista de otro destacado menchevique, Kostrov **, que exclamó en Estocolmo:

"Presentarse a los campesinos con esta propuesta (de nacionalización) significa apartarlos de nosotros. El movimiento campesino se desarrollará al margen de nosotros o contra nosotros, y nos veremos fuera del campo de la revolución. La nacionalización debilita a la socialdemocracia, la aparta de los campesinos y, por tanto, debilita asimismo a la revolución." (Pág. 88.)

No es posible negar a esta argumentación fuerza persuasiva. ¡Intentar nacionalizar las tierras que son *propiedad* de los campesinos, contra la voluntad de éstos, en la revolución agraria campesina! No es de extrañar que el Congreso de Estocolmo rechazase esta idea, puesto que prestó oídos a John y a Kostrov.

¿Pero no hizo mal en prestarles oídos?

Debido a la importancia que reviste el problema de una Vendée⁷⁴ extendida a toda Rusia contra la nacionalización, no estará demás aportar una breve reseña histórica sobre este punto.

* Véase: V. I. Lenin, t. X, pág. 168. (Ed.)

** Kostrov: seudónimo de Noi Zhordania, líder de los mencheviques caucásicos. (Ed.)

3. Comprobación práctica del argumento principal de los municipalistas

Las afirmaciones tajantes de John y Kostrov citadas por mí datan de abril de 1906, es decir, de vísperas de la I Duma. He demostrado (ver mi folleto sobre la *Revisión*) que los campesinos están a favor de la nacionalización. Se me objetó que los acuerdos de los congresos de la Unión Campesina⁷⁵ carecen de fuerza probatoria, que fueron sugeridos por los ideólogos socialistas-revolucionarios y que la masa campesina no hará suyas jamás semejantes reivindicaciones.

Desde entonces, la I y la II Duma han resuelto documentalmente este problema. Los representantes de los campesinos de todos los confines de Rusia intervinieron en la I y sobre todo en la II Duma. Sólo tal vez los publicistas de *Rossia*⁷⁶ o de *Nóvoie Vremia* podrían negar que las reivindicaciones políticas y económicas de las masas campesinas hallaron expresión en estas dos dumas. Podría parecer que la idea de la nacionalización de las tierras de los campesinos debería ser definitivamente sepultada ahora, después de haber intervenido los propios diputados campesinos ante los demás partidos. Podría parecer que a los partidarios de John y Kostrov nada les habría costado lograr que los diputados campesinos alzasen sus clamores en la Duma sosteniendo que la idea de la nacionalización era inadmisibles. Podría parecer que la socialdemocracia, dirigida por los mencheviques, debería realmente haber "apartado" de la revolución a los defensores de la nacionalización, que promueven una Vendée contrarrevolucionaria extendida a toda Rusia.

Pero, en realidad, las cosas ocurrieron de distinto modo. En la Primera Duma fueron Stishinski y Gurko quienes manifestaron preocupación por las tierras que son *propiedad* (cursiva de John) de los campesinos. En ambas dumas fueron los hombres de la extrema derecha, los que defendieron la propiedad privada de la tierra, junto con los representantes del gobierno rechazando toda forma de propiedad social de la tierra, tanto la municipalización como la nacionalización y la socialización. En ambas dumas, los diputados campesinos de todos los confines de Rusia se pronunciaron por la *nacionalización*.

El camarada Máslov escribía en 1905: "En el momento presente no es posible admitir en Rusia la nacionalización de la tierra como medio de resolver (?) el problema agrario, ante todo [fijaos en este "ante todo"] porque es irremediamente

utópica. La nacionalización de la tierra presupone la entrega de *todas las tierras* a manos del Estado. ¿Pero acaso los campesinos se conformarán con entregar voluntariamente sus tierras a nadie, sobre todo los campesinos que viven en régimen de posesión familiar de la tierra?" (P. Máslov: *Crítica de los programas agrarios*, Moscú, 1905, pág. 20.)

Así, en 1905, la nacionalización era "ante todo" irremediamente utópica, porque los campesinos no se conformarían.

En 1907, en marzo, el mismo Máslov escribía: "Todos los grupos populistas (los trudoviques, los socialistas populares y los socialistas-revolucionarios) se pronuncian por la nacionalización de la tierra en una u otra forma." (*Obrazovanie*, 1907, núm. 3, pág. 100.)

¡Ahí tenéis la nueva Vendée! ¡Ahí tenéis el levantamiento de los campesinos de toda Rusia contra la nacionalización!

Pero en vez de reflexionar sobre la situación ridícula en que se han colocado quienes hablaban y escribían de una Vendée campesina contra la nacionalización, después de la experiencia de las dos dumas; en vez de buscar una explicación de su error cometido en 1905, P. Máslov ha procedido como Iván el desmemoriado. ¡Ha preferido *olvidar* las palabras citadas por mí y los discursos del Congreso de Estocolmo! Más aún. Con la misma ligereza con que en 1905 afirmaba que los *campesinos no se conformarían*, ahora se ha puesto a afirmar *lo contrario*. Escuchad:

"... Los populistas, que reflejan los intereses y las esperanzas de los pequeños propietarios [¡escuchad!], debían pronunciarse por la nacionalización". (*Obrazovanie*, lug. cit.)

¡He aquí un modelo de escrupulosidad científica de nuestros municipalizadores! Al resolver el difícil problema *antes* de las intervenciones políticas de los elegidos por los campesinos de toda Rusia, afirmaron *en nombre* de los pequeños propietarios una cosa, y *después* de estas intervenciones en las dos dumas afirman en nombre de estos mismos "pequeños propietarios" todo lo contrario.

Hay que recordar como algo singularmente curioso que Máslov explica esta inclinación de los campesinos rusos hacia la nacionalización, no por las condiciones especiales de la revolución agraria campesina, sino por las particularidades comunes del pequeño propietario en la sociedad capitalista. Esto es increíble, pero es un hecho:

"El pequeño propietario —afirma Máslov con aire doctoral— teme más que nada la concurrencia y la dominación del gran pro-

pietario, la dominación del capital"... ¡Confunde usted las cosas, señor Máslov! Equiparar al gran propietario (*feudal*) de la tierra con el propietario de capital significa repetir los prejuicios de la pequeña burguesía. El campesino lucha con tanta energía contra los latifundios feudales, porque en el actual momento histórico es el representante de la libre evolución capitalista de la agricultura.

... Al no estar en condiciones de luchar contra el capital en el terreno económico, el pequeño propietario cifra sus esperanzas en el poder del gobierno, que debe acudir en ayuda del pequeño propietario contra el grande... Si el campesino ruso, a través de los siglos, confió en la defensa del poder central contra los terratenientes y los funcionarios; si Napoleón, apoyándose en los campesinos, ahogó en Francia la República, lo hizo merced a las esperanzas que los campesinos tenían puestas en el apoyo del poder central. (*Obras completas*, pág. 100.)

¡Discurre brillantemente Piotr Máslov! En primer lugar, si el campesino ruso manifiesta en el presente momento histórico poseer las mismas peculiaridades que el campesino francés bajo Napoleón, ¿a qué hablar de nacionalización de la tierra? El campesino francés no estuvo jamás bajo Napoleón en favor de la nacionalización, ni podía estarlo. ¡Resulta una incoherencia, señor Máslov!

En segundo lugar, ¿a qué viene aquí hablar de la lucha contra el capital? Se trata de comparar la propiedad campesina de la tierra con la nacionalización de toda la tierra, comprendida la de los campesinos. El campesino francés se aferraba con fanatismo bajo Napoleón a la pequeña propiedad, viendo en ella un obstáculo contra el capital, mientras que el campesino ruso... Una vez más, ¿dónde está la relación entre el comienzo y el fin, honorabilísimo señor?

En tercer lugar, al hablar de las esperanzas puestas en el poder del gobierno, Máslov presenta las cosas como si los campesinos no comprendiesen el daño de la burocracia, como si no comprendiesen el significado de la autonomía administrativa local, pero él, Piotr Máslov, hombre avanzado, aprecia esto. ¡Muy simplista es esa crítica de los populistas! Basta examinar el conocido proyecto agrario de los trudoviques (el proyecto de los 104), presentado en la I y II Duma, para ver la falsedad del razonamiento (¿o de la alusión?) de Máslov. ¡Por el contrario, los hechos dicen que, en el proyecto de los trudoviques, los principios de la administración autónoma local y la hostilidad a la solución burocrática

del problema agrario están expresados *con mayor claridad* que en el programa socialdemócrata, escrito siguiendo las sugerencias de Máslov! A saber, en nuestro programa se habla sólo de los "principios democráticos" de elección de los órganos locales, mientras que en el proyecto de los trudoviques (§ 16) se habla con lenguaje exacto y claro de la elección de los órganos de la administración autónoma local "por sufragio universal, directo, igual y secreto". Más aún. En ese mismo proyecto figuran, apoyados, como se sabe, por los socialdemócratas, los comités agrarios locales, que deben ser elegidos por ese mismo sufragio y que deben (§§ 17-20) organizar la discusión de la reforma agraria y preparar ésta. El procedimiento burocrático de realización de la reforma agraria lo han defendido los *demócratas-constitucionalistas* y no los trudoviques, los burgueses liberales y no los campesinos. ¿Para qué habrá necesitado Máslov tergiversar estos hechos, de todos conocidos?

En cuarto lugar, en su notable "explicación" de por qué los pequeños propietarios "debían pronunciarse por la nacionalización", Máslov subraya las esperanzas puestas por el mujik en la defensa del poder *central*. Este es el punto en que se diferencia la municipalización de la nacionalización: aquí, autoridades locales; allí, poder central. Esta es una ideúcha favorita de Máslov, cuya significación económica y política examinaremos con detalle más adelante. Pero señalemos aquí que Máslov *rehuye abordar* la cuestión que la historia de nuestra revolución le plantea, a saber: por qué los campesinos *no temen* la nacionalización de sus tierras. ¡Aquí está el quid de la cuestión!

Pero esto no es todo. En el intento que Máslov hace de explicar las raíces de clase de la nacionalización propuesta por los trudoviques, a diferencia de la municipalización, es particularmente curiosa la siguiente circunstancia: ¡Máslov *oculta al lector* que los populistas resolvieron *también en favor de los órganos de la administración autónoma local* el problema de disponer directamente de las tierras! Las divagaciones de Máslov sobre el tema de las "esperanzas" del mujik en el poder *central* son lisa y llanamente calumnias de intelectuales contra el mujik. Leed el § 16 del proyecto agrario de los trudoviques, presentado en ambas dumas. He aquí el texto de este párrafo:

La gestión del fondo nacional de tierras debe ser confiada a los órganos de la administración autónoma local, elegidos por sufragio, universal, directo,

igual y secreto, los cuales actúan con independencia dentro de los límites establecidos por la ley.

Comparad con esto la correspondiente reivindicación de nuestro programa: "... El P.O.S.D.R. exige: ... 4) confiscación de las tierras de propiedad privada, excepción hecha de la pequeña propiedad, y entrega de ellas a disposición de los grandes órganos de la administración autónoma local (que engloban —punto 3— las circunscripciones urbanas y rurales), elegidos a base de los principios democráticos..."

¿Cuál es la diferencia desde el punto de vista de los derechos del poder central y del local? ¿En qué se distingue la "gestión" de la "disposición"?

¿Por qué, al hablar de la actitud de los trudoviques ante la nacionalización, ha tenido Máslov que ocultar a los lectores —y tal vez a sí mismo— el contenido de dicho § 16? Porque éste destroza *completamente* toda su absurda idea de la "municipalización".

Examinad los argumentos de Máslov en favor de esta municipalización expuestos ante el Congreso de Estocolmo, leed las actas de dicho Congreso y veréis un sinnúmero de alusiones a lo inadmisibles de subyugar a las nacionalidades, oprimir a las regiones de la periferia, eludir la diferencia entre los intereses locales, etc., etc. Antes aún del Congreso de Estocolmo señalaba yo a Máslov (ver más arriba: *Revisión*, pág. 18*) que *todos* los argumentos de este género son, "del principio al fin, un equívoco", pues nuestro programa —decía yo— reconoce ya tanto el derecho de las nacionalidades a la autodeterminación, como una *amplia* autonomía administrativa local y regional. Por consiguiente, en este aspecto no hay por qué, ni se puede, inventar ninguna "garantía" adicional contra la excesiva centralización, burocratización y reglamentación, pues esto carecerá de contenido, o bien será interpretado en un sentido antiproletario, federalista.

Los trudoviques han demostrado a los municipalistas que yo tenía razón.

¡Máslov debe reconocer ahora que *todos* los grupos que expresan los intereses y el punto de vista de los campesinos se pronunciaron por la nacionalización *en una forma tal*, que los derechos y

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, pág. 178. (Ed.)

atribuciones de los órganos de la administración autónoma local son resguardados por dichos grupos no menos que por Máslov! La ley sobre los límites de los derechos de los órganos de la administración autónoma local debe ser promulgada por un parlamento central. Máslov no lo dice, pero es inútil esconder la cabeza bajo el ala, pues no cabe concebir otro procedimiento.

Las palabras "entregar a *disposición*" introducen confusión completa. ¿No se sabe quién ha de ser el *propietario** de las tierras confiscadas a los terratenientes! Y no sabiéndolo, este propietario puede serlo *únicamente* el Estado. También el parlamento *central* debe ser quien determine en qué ha de consistir la "disposición", cuáles han de ser sus límites, formas y condiciones. Esto es claro de por sí, pero, además, en el programa de nuestro partido se enumeran aparte "los bosques de interés nacional" y "el fondo de colonización". Se comprende que el poder central del Estado es el único que puede *fixar* dentro del área total de bosques "los de interés nacional", y dentro del área total de tierras, "el fondo de colonización".

En una palabra, el programa de Máslov, que, desfigurado de un modo especial, ha pasado a ser el programa de nuestro partido, es *totalmente absurdo* en comparación con el programa de los trudoviques. ¿No es de extrañar que, al referirse a la nacionalización, Máslov haya tenido que hablar hasta del campesino de la época de Napoleón, con tal de ocultar al público la situación absurda en que nos hemos colocado ante los representantes de la democracia burguesa con la confusa "municipalización"!

La única distinción plenamente real e indiscutible es la actitud respecto a las tierras parcelarias de los campesinos. Máslov separaba estas tierras exclusivamente por temor a la "Vendée". ¡Y resultó que los diputados campesinos enviados a la I y a la II Duma pusieron en ridículo el miedo de los socialdemócratas seguidores, pronunciándose por la nacionalización de *sus propias* tierras!

Los municipalistas deben ahora ir *contra* los trudoviques

* Los mencheviques *rechazaron* en el Congreso de Estocolmo la enmienda que proponía reemplazar las palabras "a disposición" por las palabras "en propiedad". (Pág. 152 de las actas.) Sólo en la *resolución sobre táctica* se dice: "a título de posesión", en caso de un "desarrollo victorioso de la revolución", que en manera alguna es precisado con mayor exactitud.

campesinos, *demostrándoles* que no deben nacionalizar sus tierras. Por una ironía de la historia, los argumentos de Máslov, John, Kostrov y compañía se vuelven en contra de ellos mismos.

4. El programa agrario de los campesinos

Intentemos analizar la cuestión ante la que se debatió con tal impotencia P. Máslov: por qué todos los grupos políticos que reflejan los intereses y las esperanzas de los pequeños propietarios, hubieron de pronunciarse por la nacionalización.

Primero veamos hasta qué punto el proyecto agrario de los 104, es decir, de los *trudoviques* de la I y de la II Duma, expresa realmente las reivindicaciones de los campesinos de toda Rusia. Es testimonio de ello el carácter de la representación en ambas dumas y el carácter de la lucha política desarrollada en la arena "parlamentaria", en torno al problema agrario, entre los representantes de los intereses de las diferentes clases. La idea de la propiedad agraria, en general, y de la propiedad de los campesinos, en particular, no sólo no fue relegada en la Duma a un segundo plano, sino que, por el contrario, fue presentada siempre en el primer plano por determinados partidos. Y el gobierno, en la persona de los señores Stishinski, Gurko, de todos los ministros y de toda la prensa oficial, defendió esta idea, dirigiéndose de un modo especial a los diputados campesinos. También los partidos políticos de derecha, comenzando por el "famoso" Sviatopolk-Mirski de la II Duma, hablaban continuamente a los campesinos de los beneficios de la propiedad de éstos sobre la tierra. Son tan amplios los datos existentes acerca de la distribución efectiva de fuerzas respecto a este problema, que no hay posibilidad alguna de dudar de la justeza de la misma (desde el punto de vista de los intereses de clase). En la I Duma, el partido demócrata-constitucionalista, cuando los liberales consideraban que el pueblo revolucionario era una fuerza y coquetaban con él, fue impulsado también por la corriente general hacia la nacionalización de la tierra. Como se sabe, en el proyecto agrario de los demócratas-constitucionalistas de la I Duma figura "el fondo nacional de reserva de tierras", al que van a parar todas las tierras enajenadas, las cuales son luego entregadas en usufructo por largos plazos. Naturalmente, los demócratas-constitucionalistas no propugnaron esta reivindicación en la I Duma inspirados por un principio cual-

quiera. Sería ridículo hablar del espíritu de principio del partido demócrata-constitucionalista. No, esta reivindicación apareció entre los liberales como un débil eco de las reivindicaciones de las masas campesinas. Los diputados campesinos, ya en la I Duma, comenzaron a destacarse inmediatamente como un grupo político especial, y el proyecto agrario "de los 104" fue la plataforma principal y básica de todos los campesinos de Rusia, que intervenían como una fuerza social consciente. Los discursos de los diputados campesinos en la I y en la II Duma, y los artículos de los periódicos "trudoviques" (*Izvestia Krestíanskij Deputátov, Trudovaia Rossia*) demostraron que el proyecto de los 104 expresa fielmente los intereses y las esperanzas de los campesinos. Hay que detenerse, pues, de un modo algo más detallado en este proyecto.

Es interesante, por cierto, examinar la composición de los diputados que lo suscribieron. En la I Duma vemos en él los nombres de 70 *trudoviques*, 17 sin partido, 8 campesinos que no comunicaron su filiación política, 5 demócratas-constitucionalistas*, 3 socialdemócratas** y 1 autonomista lituano. En la II Duma figuran al pie del proyecto "de los 104", 99 firmas, 91 descontando las repeticiones; de ellas, 79 son de *trudoviques*, 4 de socialistas-populares, 2 de socialistas-revolucionarios, 2 del grupo cosaco, 2 sin partido, uno más izquierdista que los demócratas-constitucionalistas (Peterson) y un demócrata-constitucionalista (Odnokósov, campesino). Entre los firmantes predominan los campesinos (no menos de 54 de los 91 en la II Duma, no menos de 52 de los 104 en la I). Es interesante señalar que las *singulares* esperanzas puestas por P. Máslov en los campesinos que viven en régimen de posesión familiar de la tierra (citado anteriormente***), que no pueden conformarse con la nacionalización, fueron también totalmente defraudadas por la representación campesina de ambas dumas. Por ejemplo, en la provincia de Podolie, casi todos los campesinos *viven en régimen de posesión familiar* (en 1905 había 457.134 haciendas de estos campesinos, mientras que las haciendas

* G. Zúbehenko, T. Vólkov, I. Guerásimov, campesinos los tres; el médico S. Lozhkin y el clérigo Afanásiev.

** Antónov, obrero de la provincia de Perm; Ershov, obrero de la provincia de Kazán, y V. Churiukov, obrero de la provincia de Moscú.

*** Véase el presente tomo, págs. 264-265. (Ed.)

de los campesinos que viven en régimen comunal sumaban en total 1.630). ¡Suscribieron el proyecto agrario "de los 104", 13 diputados de la provincia de Podolie (en su mayor parte, campesinos-agricultores) en la I Duma y 10 en la II! De las demás provincias en las que existe la posesión familiar de la tierra señalamos las de Vilno, Kovno, Kíev, Poltava, Besarabia y Volynia, cuyos diputados suscribieron el proyecto de los 104. La diferencia entre los campesinos que viven en régimen comunal y los que viven en régimen de posesión familiar, desde el punto de vista de la nacionalización de la tierra, puede parecer importante y esencial sólo a los partidarios de los prejuicios populistas que, dicho sea de paso, recibieron en general un golpe fortísimo desde el momento en que los diputados campesinos de toda Rusia intervinieron por primera vez con un programa agrario. En realidad, la exigencia de nacionalizar la tierra no tiene su origen, ni mucho menos, en una forma especial de posesión de la tierra, en "los hábitos e instintos comunales" de los campesinos, sino en las condiciones generales de toda la pequeña propiedad campesina de la tierra (tanto de la comunal como de la familiar) oprimida por los latifundios feudales.

Entre los diputados a la I y a la II Duma que presentaron el proyecto nacionalizador de los 104, vemos a representantes de todos los lugares de Rusia, no sólo de las zonas agrícolas del centro y de las provincias industriales situadas fuera de la zona de tierras negras, no sólo de las regiones periféricas del norte, (de Arjánguelsk y Vólogda en la II Duma), del este y del sur (provincias y regiones de Astrakán, Besarabia, Don, Ekaterinoslav, Kubán, Táurida y Stávropol), sino también de las provincias ucranianas, del suroeste, del noroeste, de Polonia (provincia de Suvalki) y de Siberia (provincia de Tobolsk). Por lo visto, la opresión del pequeño campesino por la propiedad terrateniente feudal, que se manifiesta con la mayor fuerza y del modo más directo en las zonas agrícolas puramente rusas del centro, se deja sentir en toda Rusia, haciendo que los pequeños agricultores apoyen en todas partes la lucha por la nacionalización de la tierra.

El carácter de esta lucha ostenta rasgos evidentes de individualismo pequeñoburgués. En este sentido es necesario señalar especialmente un hecho del que con demasiada frecuencia se hace caso omiso en nuestra prensa socialista, a saber: que el "socialismo" de los socialistas-revolucionarios recibió el más fuerte golpe

desde el momento en que los campesinos intervinieron por primera vez en la arena política abierta de toda Rusia con un programa agrario independiente. A favor del proyecto socialista-revolucionario de socialización de la tierra (proyecto de "los 33" en la I Duma) se pronunció una minoría de diputados campesinos avanzados. La inmensa mayoría estuvo al lado de los 104, del proyecto de los socialistas-populares, cuyo programa es tildado de individualista por los propios socialistas-revolucionarios.

Por ejemplo, en la *Colección de artículos* de los socialistas-revolucionarios (editorial *Nasha Misl*, San Petersburgo, 1907, núm. 1) hallamos un artículo del señor P. Vijiáiev: *El Partido Socialista-Popular y el problema agrario*. El autor critica al socialista-popular Peshejónov y él mismo cita las palabras de éste, de que "en el proyecto de los 104 se ha reflejado nuestro punto de vista (el de los socialistas-populares) acerca del camino siguiendo el cual es posible tomar la tierra". (Pág. 81 de la citada *Colección*.) Los socialistas-revolucionarios dicen abiertamente que el proyecto de los 104 "llega a negar el principio cardinal del usufructo comunal de la tierra", "de la misma manera" (*sic!*) que la legislación agraria de Stolypin y la ley del 9 de noviembre de 1906". (Pág. 86, *lug. cit.*; más adelante demostraremos que los prejuicios de los socialistas-revolucionarios les han impedido apreciar la diferencia económica real entre uno y otro camino: el stolypiniano y el trudovique.) Los socialistas-revolucionarios ven en las ideas programáticas de Peshejónov "manifestaciones de individualismo egoísta" (pág. 89); "un enturbiamiento de la vasta corriente ideológica por el barro individualista" (pág. 91); "un estímulo a las tendencias individualistas y egoístas en las masas populares" (pág. 93, *lug. cit.*).

Todo esto es justo. Pero en vano creen los socialistas-revolucionarios velar con palabras "altisonantes" el hecho de que la esencia de la cuestión no reside, ni mucho menos, en el oportunismo de los Peshejonovs y compañía, sino en el individualismo del pequeño agricultor. El asunto no estriba en que los Peshejonovs enturbien la corriente ideológica de los socialistas-revolucionarios, sino en que la mayoría de los diputados campesinos avanzados ha puesto al descubierto el verdadero contenido económico del populismo, las verdaderas aspiraciones de los pequeños cultivadores. Lo que los proyectos agrarios de los 104 en la I y en la II

Duma * nos han demostrado, es la bancarrota de los socialistas-revolucionarios al intervenir ante una amplia representación de las masas campesinas, realmente nacional.

Al pronunciarse por la nacionalización de la tierra, los trudoviques ponen de manifiesto con gran claridad en su proyecto las aspiraciones "egoístas e individualistas" de los pequeños agricultores. Dejan en manos de los actuales dueños las tierras parcelarias y las de los pequeños propietarios (§ 3 del proyecto agrario de los 104), con la única condición de que sean adoptadas medidas legislativas que aseguren "la conversión gradual de las mismas en propiedad de todo el pueblo". Traducido al lenguaje de las relaciones económicas reales, esto quiere decir lo siguiente: partimos de los intereses de los *dueños* efectivos, de los agricultores efectivos, y no sólo nominales, pero queremos que su actividad económica se desenvuelva con plena libertad en una tierra nacionalizada **. El

* Por las actas taquigráficas de la II Duma vemos que el socialista-revolucionario Mushenko presentó un proyecto agrario con la firma de 105 diputados. Lamentablemente, no he conseguido obtener este proyecto. De los documentos de la Duma, a mi disposición he tenido sólo el proyecto trudovique de los 104, presentado también en la II Duma. El proyecto soc.-rev. de los 105, dada la existencia de estos dos proyectos trudoviques de los 104 (de la I y de la II Duma), no demuestra, por tanto, en el mejor de los casos, sino la vacilación de algunos campesinos entre los socialistas-populares y los socialistas-revolucionarios, pero no refuta lo dicho por mí en el texto.

** Dicho sea entre paréntesis. A. Finn-Enotaevski, poniendo en duda la seriedad y el carácter consciente de las aspiraciones nacionalizadoras de la Unión Campesina y de los campesinos en general, citaba la afirmación del señor V. Groman de que los delegados de los congresos campesinos "no prevén pago alguno por la tierra" y no conciben que la renta diferencial deba ir a parar al todo colectivo (A. Finn: *El problema agrario y la socialdemocracia*, pág. 69). Los párrafos 7 y 14 del proyecto de los 104 demuestran que este punto de vista es *erróneo*. En estos §§ los trudoviques prevén el pago por la tierra (impuesto sobre la tierra, mayor cuanto más extenso sea el lote) y el traspaso al Estado de la renta diferencial ("restricción del derecho al aumento del valor" de la tierra, "por cuanto dicho aumento no depende del trabajo, ni del *capital* de los poseedores de la tierra —nótese bien esto, los trudoviques no están contra el capital—, sino de las condiciones sociales"). Verdad es que, respecto de las tierras urbanas y otras, en él se dice que los derechos de los poseedores, etc., deben ser limitados "hasta la conversión de estos bienes en propiedad de todo el pueblo". Pero, probablemente esto es un lapsus: ¡de otro modo resulta que los trudoviques privan de la renta a los propietarios, pero devuelven la renta a los poseedores, a los arrendatarios de la tierra que es patrimonio de todo el pueblo!

parágrafo 9 del proyecto, que dice que "se da preferencia a la población local con respecto a los forasteros, y a los agricultores con respecto a quienes no lo son", demuestra una vez más que los intereses de los pequeños cultivadores figuran para los trudoviques en el primer plano. El "derecho igual a la tierra" es una frase vacía; los préstamos y subsidios del Estado "a las personas que no poseen los medios suficientes a fin de adquirir todo lo necesario para la hacienda" (§ 15 del proyecto agrario de los 104) son deseos inocentes, pero en realidad salen ganando de manera inevitable e indefectible quienes *pueden convertirse* inmediatamente en labradores fuertes, quienes de agricultores oprimidos pueden pasar a ser agricultores libres y acomodados. Naturalmente, los intereses del proletariado exigen prestar apoyo a las medidas que más contribuyan a hacer pasar en Rusia la agricultura de manos de los terratenientes feudales y de los agricultores aherrojados y oprimidos por la ignorancia, la miseria y la rutina, a manos de los granjeros. Y el proyecto "de los 104" no es otra cosa que una plataforma de lucha en favor de la conversión de la parte acomodada de los campesinos subyugados en granjeros libres.

5. El régimen medieval de posesión de la tierra y la revolución burguesa

Cabe preguntar ahora si existen en las condiciones económicas de la revolución agraria democrático-burguesa rusa las bases materiales que hacen a los pequeños propietarios exigir la nacionalización de la tierra, o si también esta exigencia no es más que una frase, un deseo inocente del mujik atrasado, una ilusión vacua del agricultor patriarcal.

Para responder a esta pregunta, debemos primero representarnos de una manera más concreta las condiciones de toda revolución democrático-burguesa en la agricultura, y después comparar con estas condiciones las *dos vías* de la evolución agraria capitalista que son posibles para Rusia, como hemos indicado anteriormente.

De las condiciones de la revolución burguesa en la agricultura, desde el punto de vista de las relaciones del régimen de posesión de la tierra, trata Marx con gran claridad en el último tomo de *Teorías sobre la plusvalía* (*Theorien über den Mehrwert*, t. II. 2ª parte, Stuttgart, 1905).

Una vez examinadas las opiniones de Rodberthus, demostrado

todo el carácter limitado de la teoría de este terrateniente de Pomerania y enumeradas con detalle cada una de las manifestaciones de su torpeza mental (II, 1. Teil, S. 256-258, *erster Blödsinn-sechster Blödsinn des Herrn Rodberthus* *), Marx pasa a la teoría de la renta de Ricardo (II, 2ª parte, § 3 b) *Condiciones históricas de la teoría de Ricardo*)⁷⁸.

“Ambos —dice Marx refiriéndose a Ricardo y a Anderson— parten de una concepción que parece muy extraña en el continente, a saber: 1) que no existe en modo alguno la propiedad agraria como obstáculo a cualquier inversión de capital en la tierra; 2) que los agricultores pasan del cultivo de tierras mejores al de tierras peores. Esta premisa, descontando las interrupciones en el desarrollo derivadas de la intervención de la ciencia y de la industria, tiene en Ricardo un valor absoluto; en Anderson, esta premisa es relativa, pues las tierras peores se convierten de nuevo en mejores; 3) que siempre existe capital, suficiente masa de capital para ser invertido en la agricultura.

” Por lo que se refiere a los puntos 1 y 2, a los habitantes del continente debe parecerles necesariamente muy extraño que en el país en el que a juicio suyo se ha conservado más que en parte alguna la propiedad feudal de la tierra, los economistas —tanto Ricardo como Anderson— partan del supuesto de que no existe la propiedad de la tierra. Esta circunstancia se explica:

” *en primer lugar*, por la peculiaridad del *law of enclosures* inglés (ley sobre las cercas, es decir, sobre el vallado de tierras comunales) que no tiene la menor analogía con la división de las tierras comunales en el continente;

” *en segundo lugar*, porque, a partir de la época de Enrique VII, en ninguna parte del mundo ha sido tan implacable la producción capitalista con el régimen agrícola tradicional, en ninguna parte se ha creado aquélla unas condiciones tan perfectas (adecuadas — idealmente congruentes), en ninguna parte, ha sometido hasta tal punto estas condiciones a su arbitrio. En este sentido, Inglaterra es el país más revolucionario del mundo. Todo el orden de cosas heredado de la historia, allí donde contradecía a las condiciones de la producción capitalista en la agricultura o no correspondía a estas condiciones, fue barrido sin piedad: no

* Tomo II, parte 1ª, págs. 256-258, primer absurdo —sexto absurdo del señor Rodberthus. (Ed.)

sólo fue modificado el emplazamiento de los poblados rurales, sino que fueron derruidos los poblados mismos; no sólo fueron arrasadas las viviendas y los lugares de emplazamiento de la población agrícola, sino que fue exterminada la propia población; no sólo fueron barridos los centros tradicionales de la economía, sino la propia economía. Entre los alemanes, por ejemplo, el régimen económico fue determinado por las relaciones tradicionales de las tierras comunales (*Feldmarken*), por la distribución geográfica de los centros económicos, por determinados lugares de concentración de la población. Entre los ingleses, el régimen histórico de la agricultura fue creado paulatinamente por el capital, a partir del siglo xv. La expresión técnica *clearing of estates* (literalmente: limpieza de las fincas, o limpieza de las tierras), habitual en el Reino Unido, no la encontramos en ningún país continental. ¿Y qué significa este *clearing of estates*? Significa que no se tuvo en cuenta para nada a la población asentada, que fue expulsada, ni a las aldeas existentes, que fueron arrasadas, ni a los edificios auxiliares, que fueron derribados, ni a los cultivos agrícolas, que fueron cambiados de golpe, convirtiendo, por ejemplo, los campos de labranza en pastizales; en una palabra, no se tomaron las condiciones de la producción tal como existían tradicionalmente, sino que *se fueron creando* en un proceso histórico en forma que respondiesen en cada caso concreto a las exigencias de la más ventajosa inversión del capital. En este sentido *no existe*, pues, realmente *propiedad sobre la tierra*, ya que esta propiedad otorga al capital —al granjero— el derecho de explotar libremente la tierra con la sola preocupación de obtener ingresos pecuniarios. Es lógico que un terrateniente de Pomerania, que no concibe más que las tierras comunales ancestrales (*angestammten*), los centros económicos, las cámaras agrícolas, etc., se lleve las manos a la cabeza ante el punto de vista «antihistórico» de Ricardo acerca del desarrollo del régimen agrario. Pero lo único que demuestra con ello es que confundió ingenuamente las condiciones de Pomerania con las de Inglaterra. Por otra parte, no se puede decir, ni mucho menos, que Ricardo, que en este caso parte de las condiciones existentes en Inglaterra, sea tan limitado como el terrateniente de Pomerania, que razona dentro del marco de las condiciones de Pomerania. Las condiciones reinantes en Inglaterra son las únicas en las que se ha desarrollado adecuadamente (con una perfección ideal) la propiedad moderna sobre la tierra, es decir, una propiedad agraria *modificada* por la producción capitalista. La teoría inglesa es

en este aspecto, clásica para el modo de producción moderno, es decir, capitalista. La teoría pomerana, en cambio, examina las condiciones desarrolladas desde el punto de vista de una forma de relaciones históricamente inferior, aún no cristalizada plenamente (no adecuada)." (Págs. 5-7.)

Razonamiento admirablemente profundo el de Marx. ¿Han pensado en él alguna vez nuestros "municipalistas"?

Marx señalaba ya en el III tomo de *El Capital* (2ª parte, pág. 156) que la forma de propiedad agraria que encuentra en la historia el modo capitalista de producción cuando comienza a desarrollarse *no corresponde* al capitalismo. El propio capitalismo crea para sí las formas correspondientes de relaciones agrarias, partiendo de las viejas formas de posesión de la tierra: la terrateniente-feudal, la campesina-comunal, la gentilicia, etc.* En el lugar citado, Marx compara los *diferentes procedimientos* por los que el capital crea las formas de propiedad agraria que le corresponden. En Alemania, el cambio de las formas medievales de propiedad agraria se desarrolló, por decirlo así, siguiendo la senda reformista, adaptándose a la rutina, a la tradición, a las posesiones feudales —que se transforman lentamente en haciendas de *junkers*—, a los lotes rutinarios de los campesinos-haraganes**, que atraviesan el difícil período de tránsito de la prestación personal al *Knecht* y al *Grossbauer*. En Inglaterra esta transformación fue revolucionaria, violenta, pero la violencia se empleó en beneficio de los terratenientes, la violencia se ejerció sobre las masas campesinas, que fueron agobiadas por los tributos, expulsadas de las aldeas, desalojadas, que fueron extinguiéndose o emigraron. En Norteamérica, esta transformación fue violenta con respecto a las haciendas esclavistas de los Estados del Sur. Allí se ejerció la violencia contra los terratenientes feudales. Sus tierras fueron fraccionadas; la gran propiedad agraria feudal se fue convirtiendo en pequeña propiedad burguesa. Y en cuanto a la masa de las tierras norteamericanas "libres", este papel de crear el nuevo régimen

* Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, págs. 627-629, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

** Cfr. *Theorien über den Mehrwert*, t. II, 1ª parte, pág. 280: la condición del modo capitalista de producción en la agricultura es la "sustitución del campesino-haragán por el industrial" (*Geschäftsmann*). (Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV "Historia crítica de la teoría de la plusvalía", pág. 387, Ed. Cartago, 1956. Ed.)

agrario para el nuevo modo de producción (es decir, para el capitalismo) lo desempeñaron el "reparto negro norteamericano", el movimiento de la década del 40 contra la renta (*Anti-Rent-Bewegung*), la legislación sobre los *homesteads*⁷⁹, etc. Cuando el comunista alemán Hermann Kriege propugnaba en 1846 el reparto igualitario de tierras en Norteamérica, Marx ridiculizó los prejuicios socialistas-revolucionarios y la teoría pequeñoburguesa de este *quasi-socialismo*, pero estimó la significación histórica del movimiento norteamericano *contra la propiedad agraria**, como un movimiento que reflejaba en un sentido progresista los intereses del desarrollo de las fuerzas productivas, los intereses del capitalismo en Norteamérica.

6. ¿Por qué los pequeños propietarios en Rusia debían pronunciarse en favor de la nacionalización?

Examinad desde el punto de vista indicado la evolución agraria de Rusia a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

¿Qué es nuestra "gran" reforma campesina, el recorte de la tierra de los campesinos, el asentamiento de los campesinos en los "eriales", la implantación del nuevo régimen agrario mediante la fuerza militar, los fusilamientos y los castigos corporales? ¿Es la violencia ejercida por primera vez en masa contra los campesinos, en favor del capitalismo naciente en la agricultura. Es la "limpie-

* *Vperiod*, 1905, núm. 15 (Ginebra, 7/20 de abril), artículo: "Marx y el «reparto negro» norteamericano". [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. VIII, ed. Cartago, 1959, pág. 322-328, Ed.] (Tomo segundo de la colección de obras de Marx y Engels hecha por Mehring). "Reconocemos plenamente —escribía Marx en 1846— la legitimidad histórica del movimiento de los nacional-reformistas norteamericanos. Sabemos que este movimiento aspira a obtener un objetivo que, en el momento actual, impulsaría, por cierto, el desarrollo del industrialismo de la sociedad burguesa moderna, pero que, siendo fruto del movimiento proletario y constituyendo un ataque a la propiedad agraria en general, y sobre todo en las condiciones actuales existentes en Norteamérica, deberá conducir forzosamente, gracias a sus propias consecuencias, al comunismo. Kriege, que en compañía de los comunistas alemanes de Nueva York se incorporó al movimiento contra la renta (*Anti-Rent-Bewegung*), reviste de frases rimbombantes este hecho sencillo, sin profundizar en el análisis del contenido de este movimiento." (C. Marx y F. Engels *Manifiesto contra Kriege*. La traducción al ruso del pasaje es de Lenin. Ed.)

za de las tierras" hecha por los terratenientes para el capitalismo.

¿Qué es la legislación agraria stolypiniana promulgada con arreglo al artículo 87, este estímulo del saqueo de las comunidades por los kuláks, esta destrucción de las viejas relaciones agrarias en beneficio de un puñado de labradores acomodados a costa del arruinamiento rápido de la masa campesina? Es el segundo gran paso de la violencia ejercida en masa contra los campesinos, en favor del capitalismo. Es la segunda "limpieza de las tierras" hecha por los terratenientes para el capitalismo.

¿Y qué es, en la revolución rusa, la nacionalización de la tierra propuesta por los trudoviques?

Es la "limpieza de las tierras" hecha por los campesinos para el capitalismo.

La fuente principal de todas las estupideces de nuestros municipalistas radica precisamente en que no comprenden la base económica de la transformación agraria burguesa de Rusia en sus dos variedades posibles, la terrateniente-burguesa y la campesina-burguesa. Sin "limpiar" el régimen y las relaciones agrarias medievales, en parte feudales y en parte asiáticas, no puede sobrevenir la transformación burguesa en la agricultura, pues el capital debe —debe, como necesidad económica— crear para sí un nuevo régimen agrario, adaptado a las nuevas condiciones de la agricultura mercantil libre. Esta "limpieza" de la morralla medieval en el terreno de las relaciones agrarias en general y del viejo régimen de posesión de la tierra en primer término, debe afectar principalmente a las tierras de los terratenientes y a las tierras parcelarias de los campesinos, pues una y otra forma de propiedad de la tierra, en el presente, en su aspecto actual, están adaptadas al pago en trabajo, a la herencia de la prestación personal, al sistema usurario, y no a la economía libre que se desarrolla a la manera capitalista. La "limpieza" stolypiniana sigue, indudablemente, la línea del desarrollo progresivo capitalista de Rusia, pero está adaptada de manera plena y exclusiva a los intereses de los terratenientes: que los campesinos ricos paguen un precio exorbitante al banco "campesino" (léase: terrateniente); a cambio les concedemos libertad de despojar a la comunidad, de expropiar por la violencia a la masa campesina, de redondear sus fincas, de desalojar a los campesinos pobres, de socavar las bases mismas de la vida de aldeas enteras, de crear a toda costa —sin reparar en nada, despreciando haciendas y vidas de innumerables agricultores

parcelarios "ancestrales"— nuevos cotos redondos, fundamento de la nueva agricultura capitalista. Esta línea entraña un sentido económico indudable, expresa *fielmente* la marcha efectiva del desarrollo, tal como debe ser *bajo la dominación* de unos terratenientes que se están transformando en junkers.

¿Y cuál es la otra línea, la línea campesina? O bien es imposible desde el punto de vista económico, y entonces todo cuanto se diga acerca de la confiscación de la tierra de los terratenientes por los campesinos, acerca de la revolución agraria campesina, etc., es pura charlatanería o vacua ilusión. O bien es posible desde el punto de vista económico, a condición de que venza un elemento de la sociedad burguesa sobre el otro elemento de la sociedad burguesa, y entonces debemos concebir con claridad y señalar al pueblo con la misma claridad las condiciones concretas de este desarrollo, las condiciones de la transformación campesina de las viejas relaciones de propiedad agraria al modo nuevo, al modo capitalista.

Al llegar aquí, surge de un modo natural la siguiente idea: esta línea campesina es precisamente *el reparto* de las tierras de los terratenientes y su entrega en propiedad a los campesinos. Magnífico. Pero para que este reparto y entrega en propiedad correspondan realmente a las condiciones nuevas de la agricultura, a las condiciones capitalistas, es preciso que este reparto se haga al modo nuevo, y no al modo viejo. La base del reparto no debe ser la antigua tierra parcelaria, distribuida entre los campesinos un siglo atrás por voluntad de los administradores de los terratenientes o de los funcionarios del despotismo asiático: de base deben servir las exigencias de una agricultura libre, mercantil. El reparto, para que satisfaga las exigencias del capitalismo, debe ser un reparto hecho entre granjeros, y no un reparto entre campesinos "haraganes", que en su mayoría aplastante cultivan la hacienda de un modo rutinario, siguiendo la tradición, de acuerdo con el régimen patriarcal, y no con el régimen capitalista. Un reparto hecho con arreglo a las antiguas normas, es decir, de acuerdo con la vieja forma de posesión de la tierra, la parcelaria, no sería una *limpieza* del viejo régimen de propiedad agraria, sino su *eternización*; no sería dejar libre la vía para el capitalismo, sino su *embarazarla* con una masa de campesinos "haraganes" inadaptados e inadaptables, que no pueden convertirse en granjeros. El reparto para que sea progresista, debe basarse en una *nueva* diferenciación hecha entre los campesinos-agricultores, en una diferen-

ciación que separe a los granjeros de la antigualla inservible. Y esta nueva diferenciación es precisamente la nacionalización de la tierra, es decir, el total aniquilamiento de la propiedad privada sobre la tierra, la plena libertad de cultivar la tierra, la libertad de que surjan los granjeros del seno del viejo campesinado.

Imagínalos la moderna hacienda campesina y el carácter del régimen parcelario, es decir, del viejo régimen campesino de propiedad agraria. "Unidos por la comunidad en minúsculas sociedades de carácter fiscal-administrativo y para la posesión de la tierra, los campesinos se hallan escindidos por su división en numerosísimos grupos y categorías, según la magnitud de la parcela (*nadiel*), el volumen de los pagos, etc. Tomemos aunque sólo sea la recopilación estadística del zemstvo de la provincia de Sarátov; los campesinos se dividen allí en las siguientes categorías: *dárstvennie*⁸⁰, propietarios, propietarios plenos, labriegos del Estado, labriegos del Estado con posesión comunal, labriegos del Estado con tierras *chetviertnie*⁸¹, labriegos del Estado antiguamente siervos de los terratenientes, labriegos de tierras de la familia imperial, arrendatarios de lotes del Estado, campesinos sin tierra, propietarios antes siervos de los terratenientes, instalados en fincas redimidas, propietarios antiguamente siervos de tierras de la familia imperial, asentados propietarios, colonos, *dárstvennæ* antes siervos de los terratenientes, propietarios que antes fueron labriegos del Estado, liberados⁸², no sujetos a pago de tributos, labriegos libres⁸³, temporalmente dependientes⁸⁴, antiguos fabriles, etc., y después hay aún campesinos inscritos, forasteros, etc. Todas estas categorías se distinguen por la historia de las relaciones agrarias, por la magnitud de las parcelas y de los pagos, etc., etc. Y dentro de las categorías hay un sinfín de distinciones parecidas: a veces, hasta los campesinos de una misma aldea se hallan divididos en dos categorías completamente distintas: "antes pertenecientes al señor N.N." y "antes pertenecientes a la señora M.M." Toda esta gran diversidad era natural y necesaria en la Edad Media*. Si el nuevo reparto de las tierras de los terratenientes se hiciese de acuerdo con este régimen feudal de propiedad agraria —lo mismo da que fuese en el sentido de una

* *El desarrollo del capitalismo*, cap. V, IX: *Algunas observaciones sobre la economía precapitalista de nuestra aldea*, pág. 293. (Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. Cartago, 1957, pág. 382. Ed.)

adición hasta llegar a una norma única, es decir, un reparto igualitario, o en el sentido de una proporcionalidad cualquiera entre lo nuevo y lo viejo, o de otro modo cualquiera—, este reparto no sólo no garantizaría que los lotes repartidos correspondiesen a las exigencias de la agricultura capitalista, sino que, por el contrario, *consolidaría* una notoria *incongruencia*. Un reparto así *dificultaría* la evolución social, trabaría lo nuevo a lo viejo, en vez de liberar lo nuevo de lo viejo. La liberación efectiva es *exclusivamente* la nacionalización de la tierra, que permite que *surjan* los granjeros, que *se forme* una economía de granjeros sin ligazón con la vieja, sin ninguna relación con el régimen parcelario medieval de propiedad agraria.

La evolución capitalista en las tierras parcelarias medievales de los campesinos se ha desarrollado de tal forma en la Rusia de la época posterior a la reforma, que los elementos económicos progresistas *se han ido liberando* de la influencia decisiva de la parcela. Por una parte, se han ido liberando los proletarios, entregando en arriendo sus lotes, abandonándolos, descuidando totalmente su cultivo. Por otra parte, se han ido liberando los *propietarios*; se han ido liberando mediante la compra y el arrendamiento de la tierra, edificando *la nueva* hacienda de *diversos fragmentos* del viejo régimen medieval de posesión del suelo: La tierra en la que labora el moderno campesino ruso siquiera sea un poco acomodado, es decir, un campesino que realmente es capaz de convertirse en granjero libre en caso de un desenlace favorable de la revolución, esta tierra consta en parte de su propia parcela, en parte de la parcela arrendada a su vecino, miembro de la comunidad, y en parte, tal vez, de tierras arrendadas a largo plazo al Estado, de tierras arrendadas por el plazo de un año al terrateniente, de tierra comprada al banco, etc. El capitalismo exige que desaparezcan *todas* estas diferencias de categoría, que toda hacienda agrícola corresponda exclusivamente a las nuevas condiciones y exigencias del mercado, a las exigencias de la técnica agrícola. La nacionalización de la tierra satisface esta exigencia siguiendo el método campesino revolucionario, arrancando del pueblo de un golpe y por entero *toda* la podrida antigualla de *todas* las formas del régimen medieval de posesión de la tierra. No debe haber ni régimen terrateniente *ni* régimen *parcelario* de propiedad agraria; sólo debe haber un régimen nuevo y libre de posesión de la tierra; tal es la consigna del campesino radical.

Y esta consigna expresa de la manera más fiel, más consecuente y resuelta los intereses del capitalismo (del cual se resguarda el campesino radical, llevado de su ingenuidad, con la señal de la cruz), los intereses del desarrollo máximo de las fuerzas productivas del suelo bajo la producción mercantil.

¡Cabe juzgar por esto el ingenio de Piotr Máslov, para quien *todo* lo que diferenciaba su programa agrario del programa trudovique campesino se reducía a la *consolidación* del viejo régimen medieval parcelario de posesión del suelo! La tierra parcelaria de los campesinos es el ghetto en el que se asfixian los campesinos y del que éstos anhelan salir a una tierra libre*. Y Piotr Máslov, pese a las reivindicaciones campesinas de una tierra libre, es decir, nacionalizada, eterniza ese ghetto, consolida lo viejo, somete a las condiciones del viejo régimen de propiedad agraria y de la vieja economía las mejores tierras confiscadas a los terratenientes y entregadas en usufructo social. El campesino trudovique es, *de hecho*, el revolucionario burgués más decidido y, de palabra, un utopista pequeñoburgués, que se imagina que el “reparto negro” es el punto de partida de la armonía y de la fraternidad**, y no de la agricultura capitalista de los granjeros. Piotr Máslov es de hecho un reaccionario que, por miedo a la Vendée de la futura contrarrevolución, consolida los actuales elementos antirrevolucionarios del viejo régimen de posesión del suelo y eterniza el ghetto campesino, y de labios afuera vierte unas frasecillas atolondradas sobre el progreso burgués, aprendidas sin la menor reflexión. Máslov y compañía no han comprendido en absoluto las condiciones efectivas de un progreso burgués realmente libre, y no burgués-stolypiniano, de la agricultura rusa.

* El “socialista-revolucionario” señor Mushenko, que fue quien con mayor integridad expuso en la II Duma los puntos de vista de su partido, proclamó abiertamente: “Nosotros alzamos la bandera de la liberación de la tierra.” (Sesión 47, del 26 de mayo de 1907, pág. 1174.) Hay que ser ciego para dejar de ver no sólo el carácter *capitalista* real de esta supuesta bandera “socialista” (eso lo ve hasta Piotr Máslov), sino también el carácter económico progresista de una tal revolución agraria, en comparación con la stolypiniana-demócrata-constitucionalista (eso no lo ve Piotr Máslov).

** Cfr. la expresión ingenua de este punto de vista revolucionario-burgués en el discurso del “socialista-popular” Voll-Karachevski sobre “la igualdad, fraternidad y libertad”. (II Duma, sesión 16, del 26 de marzo de 1907, págs. 1077-1080.)

Donde con mayor claridad se puede ver la diferencia entre el marxismo vulgar de Piotr Máslov y los métodos de investigación que realmente aplicó Marx, es en la actitud ante las utopías pequeñoburguesas de los populistas (incluidos los socialistas-revolucionarios). En 1846, Marx desenmascaró sin piedad el espíritu pequeñoburgués del socialista-revolucionario norteamericano Hermann Kriege, que proponía un verdadero reparto negro para Norteamérica, denominando a este reparto “comunismo”. La crítica dialéctica y revolucionaria de Marx desechó la corteza de la doctrina pequeñoburguesa y *separó* el meollo sano de los “ataques a la propiedad agraria” y del “movimiento contra la renta”. En cambio, nuestros marxistas vulgares, al criticar el “reparto igualitario”, la “socialización de la tierra”, el “derecho igual a la tierra”, *se limitan* a la refutación de la doctrina, poniendo así de manifiesto su propio doctrinarismo obtuso, que no advierte la vida palpitante de la revolución campesina que se esconde bajo la doctrina inerte de la teoría populista. Máslov y los mencheviques han llevado hasta tal punto este obtuso doctrinarismo, manifestado en nuestro programa “municipalizador” de consolidación de la más retrógrada propiedad medieval de la tierra, que en nombre del Partido Socialdemócrata pudieron decirse en la II Duma cosas como estas, ciertamente vergonzosas: “... Si en cuanto al método de enajenación de la tierra estamos (los socialdemócratas) mucho más cerca de estas fracciones (de los populistas) que de la fracción de la libertad del pueblo, en cuanto a las formas de usufructo de la tierra estamos más lejos de ellos”. (Sesión 47, del 26 de mayo de 1907, pág. 1230 de las actas taquigráficas.)

Efectivamente, en la revolución agraria campesina, los mencheviques están más lejos de la nacionalización revolucionaria campesina y más cerca del mantenimiento liberal-terrateniente de la propiedad parcelaria (y no sólo de la parcelaria). Mantener la propiedad parcelaria es mantener la opresión, el atraso y el sistema usurario. Es natural que un terrateniente liberal, al soñar con el rescate, defiende con empeño la propiedad parcelaria*...

* Dicho sea de paso. Los mencheviques (entre ellos el camarada Tsere-teli, cuyo discurso he citado) se equivoquen de medio a medio, al pensar que los demócratas-constitucionalistas defienden de un modo siquiera sea algo consecuente la propiedad libre de los campesinos. Esto *no es verdad*. El señor Kútlér, en nombre del partido demócrata-constitucionalista, se pronunció en la II Duma a favor de la propiedad (a diferencia del proyecto de los demó-

¡paralelamente a la conservación de una buena parte de la propiedad terrateniente! Y el socialdemócrata desorientado por los "municipalizadores" no comprende que el sonido de las palabras se pierde, pero los hechos quedan. Las palabras sobre igualitarismo, socialización, etc., desaparecerán, pues *no puede haber igualitarismo en la producción mercantil*. Pero quedarán *los hechos*, es decir, quedará la mayor ruptura posible —bajo el capitalismo— con la antigüedad feudal, con el régimen parcelario medieval de posesión de la tierra, con toda especie de rutina y de tradición. Cuando se dice: "no resultará nada del reparto igualitario", el marxista debe comprender que este "nada" se refiere *exclusivamente* a las tareas socialistas, se refiere exclusivamente a que esto no acabará con el capitalismo. Pero de los intentos de proceder a este reparto, incluso de la idea de semejante reparto, saldrá ganando *mucho* la revolución democrático-burguesa.

Pues esta revolución puede ocurrir bien sea con un predominio de los terratenientes sobre los campesinos, y eso exige el mantenimiento de la vieja propiedad y una reforma stolypiniana de la misma, exclusivamente por medio de la fuerza del rublo. O bien ocurrirá mediante la victoria de los campesinos sobre los terratenientes, y esto es imposible, en virtud de las condiciones objetivas de la economía capitalista, sin destruir toda propiedad medieval sobre la tierra, tanto la de los terratenientes como la de los campesinos. O reforma agraria stolypiniana o nacionalización campesina revolucionaria. *Sólo* estas soluciones son reales desde el punto de vista económico. Toda solución intermedia, comenzando por la municipalización menchevique y terminando por el rescate propuesto por los demócratas-constitucionalistas, es limitación pequeñoburguesa, burda desfiguración de la doctrina, una mala ocurrencia.

cratas-constitucionalistas de la I Duma, referente al fondo de reserva de tierras del Estado), pero al mismo tiempo dijo: "el partido considera necesario imponerles [a los campesinos] restricciones solamente [!] en cuanto al derecho de enajenación y al derecho de hipoteca, es decir, evitar en el futuro un vasto desarrollo de la compra-venta de tierras". (Sesión 13, del 19 de marzo de 1907, pág. 740 de las actas taquigráficas.) Es el programa *archirreaccionario* de un *burócrata* disfrazado de liberal.

7. Los campesinos y los populistas y la nacionalización de las tierras parcelarias

Los propios campesinos comprenden con entera claridad que la abolición de la propiedad de las tierras parcelarias es condición para crear una hacienda campesina libre, adecuada a las nuevas condiciones capitalistas. El señor Groman, que relata de manera detallada y exacta los debates de los congresos campesinos *, cita la siguiente y notable opinión de un campesino:

Al discutir el problema del rescate, un delegado afirmó, sin encontrar objeción en cuanto al fondo de sus palabras: "se ha dicho que, de no haber rescate, saldrían perjudicados muchos de los campesinos que compraron tierra con dinero fruto del trabajo. Estos campesinos son pocos, la tierra que poseen no es mucha y de todos modos recibirán tierra al hacerse el reparto". Ahí radica la predisposición a renunciar al derecho de propiedad tanto sobre la tierra parcelaria como sobre la adquirida mediante compra.

Y un poco más adelante (pág. 20), el señor Groman repite esto, como opinión general de los campesinos:

"¿De todos modos recibirán tierra al hacerse el reparto!" ¿Acaso no aparece clara la necesidad económica que ha dictado este argumento? El nuevo reparto de toda la tierra, tanto de los terratenientes como de la parcelaria, no puede disminuir la propiedad rústica de las nueve décimas (mejor dicho, de las noventa y nueve centésimas) partes de los campesinos; no hay por qué temerlo. Y es necesario porque permitirá a los verdaderos, a los auténticos agricultores, organizar su usufructo de la tierra de acuerdo con las nuevas condiciones, de acuerdo con las exigencias del capitalismo (con las "imposiciones del mercado" para los diversos productores), sin someterse a las relaciones medievales que determinaron la magnitud, el emplazamiento y la distribución de la propiedad parcelaria precisamente.

El señor Peshejónov, "socialista-popular" (léase: social-democrata-constitucionalista) práctico y sensato, que, como hemos visto, ha sabido adaptarse a las reivindicaciones de la masa de pequeños

* *Documentos sobre la cuestión campesina*. (Memoria del Congreso de delegados de la Unión Campesina de toda Rusia, celebrado del 6 al 10 de noviembre de 1905. Con un artículo de introducción de V. Groman, Editorial *Novi Mir*, San Petersburgo, 1905, pág. 12.)

propietarios de toda Rusia, expresa este punto de vista de un modo aún más preciso.

Las tierras parcelarias —escribe—, esta importantísima parte del territorio en el sentido de la producción, están adscritas a un estamento; peor aún, a pequeños grupos del mismo, a haciendas y aldeas sueltas. En virtud de ello, los campesinos, tomados en masa, no pueden instalarse libremente ni siquiera dentro de los límites del área de tierra parcelaria... Es una *distribución geográfica* de la población, desacertada, que no responde a las exigencias del mercado. (¡Fijaos en esto último!)... Hay que levantar la prohibición que pesa sobre las tierras del fisco, hay que liberar las tierras parcelarias de las trabas de la propiedad, hay que quitar las cercas de las tierras de propiedad privada. Hay que devolver al pueblo ruso su tierra, y entonces se instalará en ella como lo demandan sus necesidades económicas. (A. V. Peshejónov: *El problema agrario en relación con el movimiento campesino*, San Petersburgo, 1906, págs. 83, 86, 88-89. La cursiva es nuestra. V. I. L.)

¿No está claro, acaso, que por boca de este “socialista-popular” habla el granjero, que quiere adquirir independencia económica? ¿No está claro, acaso, que éste necesita efectivamente que “se libere a las tierras parcelarias de las trabas de la propiedad”, para poder reinstalarse, para poder formar nuevas haciendas “que respondan a las exigencias del mercado”, es decir, a las exigencias de la *agricultura capitalista*? El señor Peshejónov —lo recordaremos una vez más— es hasta tal punto sensato que rechaza toda socialización, rechaza toda adaptación al derecho comunal —¡no en vano le maldicen como individualista los socialistas-revolucionarios!—, rechaza toda prohibición del trabajo asalariado en la *hacienda campesina*.

Ante tales aspiraciones nacionalizadas de los campesinos resulta del todo evidente el carácter reaccionario de la defensa de la propiedad parcelaria campesina. A. Finn, que cita en su folleto algunos de los razonamientos del señor Peshejónov reproducidos por nosotros, le critica por populista y trata de demostrarle que es inevitable que el capitalismo se desarrolle partiendo de la hacienda campesina y en el seno de la hacienda campesina. (Pág. 14 y siguientes del folleto mencionado.) Esta crítica de A. Finn es insatisfactoria, pues el problema general del desarrollo del capitalismo le ha hecho perder de vista el problema concreto de las condiciones de un desarrollo más libre de la agricultura capitalista en las tierras *parcelarias*. A. Finn se circunscribe exclusivamente a plantear el problema del capitalismo en general y obtiene una victoria fácil sobre el populismo tiempo ha vencido.

Pero de lo que se trata es de un problema más concreto*: del “levantamiento de cercas” (expresión del señor Peshejónov) de tipo terrateniente y de tipo campesino, de la “limpieza” de la tierra para el capitalismo.

En la II Duma, el señor Mushenko, orador oficial del partido de los socialistas-revolucionarios, al pronunciar su discurso de conclusión en torno al problema agrario, expresó con tanta precisión como el señor Peshejónov la esencia *capitalista* de la nacionalización de la tierra, que los socialistas pequeñoburgueses tienen a bien denominar “socialización”, instauración del “derecho igual a la tierra”, etc.

“Sólo será posible una buena distribución de la población campesina —decía el señor Mushenko— cuando la tierra esté libre de todo cereado, cuando hayan sido derribadas todas las barreras erigidas por el principio de la propiedad privada de la tierra.” (Sesión 47, del 26 de mayo de 1907, pág. 1172 de las actas taquigráficas.) ¡Así es, precisamente! Una “buena” distribución es la que responde a las exigencias del mercado, del capitalismo. Tanto el régimen terrateniente de posesión de la tierra como el *parcelario* impiden una “buena” distribución de los “buenos” labradores.

Otra observación sobre las declaraciones de los delegados de la Unión Campesina merece nuestra atención. El señor Groman escribe en el referido folleto:

El famoso problema de la “comunidad” —esta piedra angular del viejo y del nuevo populismo— no fue planteado en absoluto y fue resuelto fácilmente de un modo negativo: la tierra debe hallarse en usufructo de los

* “¿A qué puede conducir, en fin dé cuentas, esta hacienda de Peshejónov fundada en el trabajo?”, pregunta A. Finn, y responde con toda razón: “al capitalismo”. (Pág. 19 del folleto citado.) De esta verdad indudable, que, efectivamente, era necesario explicar al populista, había que haber ido más allá, al esclarecimiento de las formas especiales en que se manifiestan las exigencias del capitalismo en la revolución agraria campesina. En lugar de ello, A. Finn ha retrocedido: “Cabe preguntar —escribe— ¿por qué hemos de volver atrás, dar vueltas por ciertas vías peculiares, para volver al fin y al cabo al camino por el que ya avanzamos? ¡Es un trabajo inútil, señor Peshejónov!” (lugar citado). No, no es un trabajo inútil y no lleva al capitalismo “al fin y al cabo”, sino que es la *vía más directa, más libre y más rápida que conduce al capitalismo*. A. Finn no ha reflexionado lo suficiente en las particularidades relativas de la evolución capitalista stolypiniana y de la evolución capitalista campesina revolucionaria de la agricultura en Rusia.

particulares y de las sociedades, rezan las resoluciones del primero y del segundo Congreso (pág. 12).

Los campesinos se pronunciaron, pues, clara y resueltamente contra la vieja comunidad y a favor de las sociedades libres y del usufructo individual de la tierra. No puede caber duda de que ésta es realmente la voz de todos los campesinos, pues tampoco el proyecto del grupo trudovique (el proyecto de los 104) *menciona para nada la comunidad*. ¡Y la comunidad es una sociedad para la posesión de la tierra parcelaria!

Stolypin destruye esta comunidad por la violencia en beneficio de un puñado de ricachos. Los campesinos quieren destruirla reemplazándola por *sociedades libres* y por el usufructo "individual" de la tierra parcelaria *nacionalizada*. Pero Máslov y compañía, en aras del progreso burgués, van en contra de la exigencia fundamental de este progreso y defienden el régimen medieval de posesión de la tierra. ¡Dios nos libre de semejante "marxismo"!

8. El error de M. Shanin y de otros defensores del reparto

M. Shanin, que en su folleto * aborda el problema desde un aspecto algo distinto, ha confirmado una vez más, contra su voluntad, la nacionalización tan odiada por él. Con el ejemplo de Irlanda, con el análisis de las condiciones del *reformismo* burgués en el terreno de la agricultura, M. Shanin no ha demostrado más que una cosa: la incompatibilidad de los principios de la propiedad agraria con la posesión social o estatal de la tierra (pero esta incompatibilidad hay que demostrarla también con un análisis teórico general, que a Shanin ni siquiera se le ha ocurrido hacer); después ha demostrado tal vez la necesidad de admitir la propiedad para toda acción reformadora del Estado en el terreno de la agricultura, que se desarrolla por la vía capitalista. Pero ninguna de estas pruebas de Shanin da en el blanco: naturalmente, bajo el reformismo burgués sólo es concebible la propiedad privada de la tierra; naturalmente, el mantenimiento de la propiedad privada de la masa principal de tierras del Reino Unido no dejaba, para una parte del mismo, otro camino que el de la propiedad priva-

* M. Shanin: *Municipalización o reparto en propiedad*, Vilna, 1907.

da. Pero ¿qué relación tiene esto con "la revolución agraria campesina" de Rusia? M. Shanin ha señalado, si queréis, un camino acertado, pero ha señalado el camino acertado a la reforma agraria stolypiniana, y no a la revolución agraria campesina *. En M. Shanin no advertimos ni un destello de conocimiento de la diferencia que hay entre una y otra, y sin esclarecer esta diferencia es ridículo hablar siquiera de un programa agrario socialdemócrata en la revolución rusa. Y cuando M. Shanin, guiado, naturalmente, de las mejores intenciones, propugna la confiscación y no el rescate, se priva de toda perspectiva histórica. Olvida que la confiscación, es decir, la expropiación sin rescate, es en la sociedad burguesa tan absolutamente incompatible con el *reformismo* como la nacionalización de la tierra. Hablar de confiscación y admitir la solución reformista del problema agrario, y no la revolucionaria, es lo mismo que rogar a Stolypin que destruya el régimen de propiedad de los terratenientes.

Otro aspecto del folleto de Shanin es que subraya con fuerza el carácter *agrícola* de nuestra crisis agraria, la absoluta necesidad de pasar a formas superiores de economía agrícola, a la elevación de la técnica de la agricultura, increíblemente baja en Rusia, etc. Shanin ha desarrollado estas tesis justas con un criterio tan increíblemente unilateral, ha silenciado hasta tal punto la destrucción de los latifundios feudales y el cambio de las relaciones de propiedad agraria, como condición de esta revolución técnica, que la pers-

* Tampoco es nueva la referencia de Shanin al ejemplo de Irlanda, que demuestra el predominio de la propiedad privada sobre el arrendamiento (y no sobre la nacionalización de toda la tierra). El profesor "liberal" señor A. I. Chuprov aduce *exactamente de la misma manera* el ejemplo de Irlanda, para demostrar que es preferible la *propiedad* de los campesinos sobre la tierra. (*La cuestión agraria*, t. II, pág. 11.) Pero en la página 33 de su artículo vemos cuál es la verdadera naturaleza de este "liberal" y hasta "demócrata-constitucionalista". En dicho lugar, con una desvergüenza increíble, con una desvergüenza liberal que sólo es posible en Rusia, propone el señor Chuprov que en *todas* las comisiones agrarias ¡se sometan los campesinos a una mayoría de terratenientes! Cinco miembros en representación de los campesinos y cinco en representación de los terratenientes, y el presidente "es designado por la asamblea del zemstvo", es decir, *por una asamblea de terratenientes*. En la I Duma se refirió al ejemplo de Irlanda el *príncipe derechista* Drutski-Liubetski, como prueba de la necesidad de la propiedad privada sobre la tierra y contra el proyecto demócrata-constitucionalista. (Sesión del 24 de mayo de 1906, pág. 626 de las actas taquigráficas.)

pectiva obtenida resulta falsa de raíz. Pues también la reforma agraria stolypiniana está orientada hacia la elevación técnica de la agricultura, y está orientada acertadamente desde el punto de vista de los intereses de los terratenientes. El fraccionamiento violento de la comunidad por obra de las leyes del 9 de noviembre de 1906, etc., el establecimiento de caseríos y la subvención de los cotos redondos no es un espejismo, como a veces afirman los frívolos charlatanes del periodismo democrático, sino que es una realidad del progreso económico sobre la base del mantenimiento del poder de los terratenientes y de los intereses de éstos. Es un camino increíblemente lento e increíblemente doloroso para las grandes masas campesinas y para el proletariado, pero es el único posible para la Rusia capitalista, si no vence la revolución agraria campesina.

Examinad el problema planteado por Shanin desde el punto de vista de esta revolución. La nueva técnica agrícola exige la reorganización de todas las condiciones de la ancestral, fosilizada, bárbara, ignorante y miserable economía campesina sobre la tierra parcelaria. Deben ser arrojados por la borda el campo de tres hojas, los aperos primitivos de trabajo, la penuria de dinero que padece el agricultor bajo el régimen patriarcal, la ganadería rutinaria y el ingenuo y rústico desconocimiento de las condiciones y exigencias del mercado. Pues ¿qué? ¿Es posible revolucionar de semejante modo la economía conservando el mismo régimen de propiedad agraria? Pero repartir la tierra entre los actuales propietarios parcelarios equivale a conservar un régimen de posesión feudal a medias*. El reparto podría ser progresista si consolidase la nueva economía, la nueva agricultura, echando por la borda lo viejo. Pero el reparto no puede cumplir el papel de impulso hacia la nueva agricultura, si está basado en la vieja propiedad parcelaria. El camarada Borísov**, defensor del reparto, decía en Estocolmo: "Nuestro programa agrario es un programa para el período de la revolución ascendente, para el período de ruptura del viejo orden de cosas y de organización de un nuevo régimen políticosocial. Esta es su idea fundamental. La socialdemocracia no se debe atar

* He demostrado más arriba que de los 280.000.000 de desiatinas del fondo agrario de la Rusia Europea, la mitad —138.800.000 desiatinas— está constituida por la tierra parcelaria. (Véase el presente tomo, pág. 222. *Ea.*)

** Borísov: seudónimo de S. Suvórov. (*Ea.*)

las manos con decisiones que la obliguen a apoyar una forma cualquiera de economía. En esta lucha de las nuevas fuerzas sociales contra las bases del viejo régimen hay que cortar el embrollado nudo con un golpe decidido." (Pág. 125 de las actas.) Todo esto es enteramente cierto y está muy bien dicho. Y todo ello habla en favor de la nacionalización, pues sólo ella "rompe" efectivamente todo el viejo régimen medieval de posesión del suelo, sólo ella corta efectivamente el embrollado nudo, otorgando a las nuevas haciendas plena libertad para formarse sobre una tierra nacionalizada.

Surge esta pregunta: ¿cuál es, entonces, el criterio para saber si ha cristalizado ya la nueva agricultura hasta el punto de que haya que adaptar a ella el reparto de la tierra, y no afianzar con el reparto los viejos obstáculos que impiden el desarrollo de la nueva economía? Este criterio sólo puede ser uno: la práctica. Ninguna estadística del mundo puede calcular, concretamente, hasta qué grado se han "solidificado" los elementos de la burguesía campesina en un país, para ajustar el régimen de propiedad de la tierra a la economía agrícola. Esto lo pueden calcular sólo los propios cultivadores tomados en masa. Y la imposibilidad de hacer semejante cálculo en el momento actual está demostrada por la intervención de la masa campesina en nuestra revolución con un programa de nacionalización de la tierra. El pequeño agricultor se funde hasta tal punto, siempre y en todas las partes del mundo, con su hacienda (si es efectivamente su hacienda, y no un trozo de la hacienda del terrateniente, cultivado a base del sistema de pago en trabajo, como ocurre con frecuencia en Rusia), que en un determinado período histórico y durante cierto tiempo es inevitable que defienda "con fanatismo" la propiedad de la tierra. Si en la época actual, en lugar del fanatismo de los propietarios —fanatismo inculcado por todas las clases gobernantes y por todos los políticos burgueses liberales—, se ha extendido y ha arraigado en la masa de campesinos rusos la exigencia de nacionalizar la tierra, sería infantil o de una pedantería obtusa explicar esto por la influencia de los publicistas de *Rússkoie Bogatstvo*⁸⁵ o de los folletos del señor Chernov. Esto se explica porque las condiciones reales de vida del pequeño agricultor, del pequeño propietario rural, no le plantean la tarea económica de afianzar mediante la entrega de la tierra en propiedad la nueva agricultura ya cristalizada, sino la de desbrozar el terreno para la formación (a base de los elementos existentes) de una nueva agricultura sobre una tierra "libre", es decir, nacionalizada. A su debido tiempo puede y

debe aparecer el fanatismo del propietario como exigencia de asegurar la hacienda, formulada por el granjero que *ha salido* ya del huevo. La nacionalización de la tierra debía pasar a ser en la revolución rusa una reivindicación de las masas campesinas, como consigna de los granjeros, que *aspiran a romper* el cascarón medieval. Por eso, la *propaganda del reparto* realizada por los socialdemócratas y dirigida a una masa campesina que desea la nacionalización, masa en cuyo seno apenas se está iniciando la "diferenciación" definitiva que debe destacar a los granjeros capaces de crear una agricultura capitalista, esa propaganda es una flagrante falta de tacto histórico, es incapacidad de tener en cuenta el momento histórico concreto.

Nuestros socialdemócratas "repartistas", los camaradas Finn, Boríssov y Shanin, están libres del dualismo teórico en que incurren los "municipalistas" llegando hasta a hacer una crítica trivial de la teoría de la renta de Marx (de esto hablaremos más adelante), pero cometen un error de otro género, un error de perspectiva histórica. Manteniendo en el sentido teórico una posición general justa (y distinguiéndose por esto de los "municipalistas"), repiten el error de nuestro programa "de los recortes", aprobado en 1903. El origen de este último error radicaba en el hecho de que, definiendo acertadamente *la dirección* del desarrollo, no acertamos a definir *el momento* del desarrollo. Suponíamos que ya habían cristalizado plenamente en Rusia los elementos de la agricultura capitalista, que habían cristalizado en la economía de los terratenientes (excepción hecha de los "recortes" expoliadores; de ahí la reivindicación de que fuesen devueltos los recortes), que habían cristalizado también en la economía de los campesinos, en la que nos parecía haberse formado una fuerte burguesía campesina, razón por la cual esa economía no era apta para la "revolución agraria campesina". Lo que dio origen a este equivocado programa no fue el "temor" a la revolución agraria campesina, sino *la sobreestimación del grado* de desarrollo capitalista en la agricultura rusa. Los restos del régimen de servidumbre nos parecían entonces un pequeño detalle, y la economía capitalista en la tierra parcelaria y en la de los terratenientes nos parecía un fenómeno plenamente maduro y consolidado.

La revolución puso de manifiesto ese error. Confirmó la dirección del desarrollo definida por nosotros. El análisis marxista de las clases de la sociedad rusa ha sido confirmado de un modo tan

brillante por toda la marcha de los acontecimientos, en general, y por las primeras dos dumas, en particular, que el socialismo no marxista ha sido definitivamente desautorizado. Pero los restos del régimen de servidumbre en el campo resultaron ser mucho más fuertes de lo que pensábamos; originaron un movimiento nacional de los campesinos e hicieron de *este* movimiento la piedra de toque de toda la revolución burguesa. El papel de fuerza hegemónica, que la socialdemocracia revolucionaria había asignado siempre al proletariado en el movimiento burgués de liberación, hubo que determinarlo con más exactitud, como papel de jefe que lleva tras de sí a *los campesinos*. ¿Que lleva adónde? A la revolución burguesa en el sentido más consecuente y resuelto. La corrección del error consistió en que, en lugar de la tarea particular de la lucha contra *los restos de lo viejo* en el régimen agrario, hubimos de plantear las tareas de la lucha *contra todo el viejo régimen agrario*. En lugar de la limpieza de la economía terrateniente, nos propusimos su *destrucción*.

Pero esta corrección, realizada bajo la influencia de la marcha imponente de los acontecimientos, no nos hizo a muchos de nosotros meditar hasta el fin, nuestra nueva definición del grado de desarrollo capitalista alcanzado en la agricultura rusa. Si la reivindicación de confiscar todas las tierras de los terratenientes resultó justa desde el punto de vista histórico —e indudablemente lo era—, eso quería decir que el amplio desarrollo del capitalismo exige nuevas relaciones de propiedad agraria, que los embriones de capitalismo en la economía terrateniente pueden y deben ser sacrificados en aras de un vasto y libre desarrollo del capitalismo sobre la base de la pequeña economía renovada. Aceptar la reivindicación de confiscar las tierras de los terratenientes equivale a reconocer la posibilidad y la necesidad de renovar la pequeña economía agrícola bajo el capitalismo.

¿Es admisible esto? ¿No es una aventura apoyar a la pequeña economía bajo el capitalismo? ¿No es una ilusión vana esta *renovación* del pequeño cultivo? ¿No es demagógica esta "caza de campesinos", *Bauernfang*? Así, indudablemente así, pensaban muchos camaradas. Pero se equivocaban. La renovación de la pequeña economía es posible también bajo el capitalismo, si la misión histórica consiste en la lucha contra el régimen precapitalista. Así es como renovó la pequeña economía Norteamérica, que destruyó por la vía revolucionaria los lati-

fundios esclavistas y creó las condiciones para un desarrollo más rápido y más libre del capitalismo. En la revolución rusa, la lucha por la tierra no es otra cosa que la lucha por una vía renovada de desarrollo capitalista. La consigna consecuente de esta renovación es la nacionalización de la tierra. Excluir de ella las tierras parcelarias constituye una medida reaccionaria desde el punto de vista económico (ya hablaremos del carácter político reaccionario de esta exclusión). En cambio, los "repartistas" *salian* por encima de la tarea histórica de la presente revolución, suponen que está resuelto el problema en torno al cual no ha hecho más que empezar la lucha campesina de masas. En vez de impulsar el proceso de renovación, en vez de esclarecer a los campesinos las condiciones de una renovación consecuente, ya están cortando el traje para el granjero satisfecho y renovado*.

"Cada cosa a su tiempo." La socialdemocracia no puede renunciar para siempre a apoyar el reparto. En otro momento histórico, en otra fase de la evolución agraria, el reparto puede ser inevitable. Pero el reparto expresa de un modo completamente erróneo *las tareas* de la revolución democrático-burguesa en la Rusia de 1907.

* Los defensores del reparto citan a menudo estas palabras de Marx: "La propiedad libre del campesino que cultiva la tierra por su cuenta, constituye, evidentemente, la forma más normal de propiedad territorial para la pequeña explotación... La propiedad sobre la tierra es tan necesaria para el desarrollo completo de este tipo de explotación como la propiedad sobre el instrumento de trabajo lo es para el desarrollo libre de la industria artesana." (*Das Kapital*, III, 2, 341.) [Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, págs. 813-814. Ed.] De esto no se deduce sino que el triunfo pleno del libre cultivo campesino puede exigir la propiedad privada. Pero el pequeño cultivo actual no es libre. Las tierras del fisco son "un instrumento más bien en manos de los terratenientes que en manos de los campesinos, un instrumento para extraer pago en trabajo más bien que un instrumento de trabajo libre para el campesino". Para hacer posible el pequeño cultivo libre es necesario acabar con todas las formas de la propiedad feudal de la tierra y permitir una libre distribución de la población campesina.

CAPÍTULO III

LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE LA NACIONALIZACIÓN Y DE LA MUNICIPALIZACIÓN

El gran defecto de casi toda la prensa socialdemócrata en cuanto al programa agrario en general y, en particular, el defecto de las discusiones habidas en el Congreso de Estocolmo consiste en que predominan las consideraciones prácticas sobre las teóricas, las políticas sobre las de orden económico*. Para la mayoría de nosotros servirán, naturalmente, de disculpa las condiciones de intenso trabajo de partido en las que discutimos el problema agrario en la revolución: primero, después del 9 de enero de

* En mi folleto *Revisión del programa agrario del Partido Obrero*, que defendí en Estocolmo, hay indicaciones bien precisas (aunque breves, como lo es todo el folleto) sobre las premisas teóricas del programa agrario marxista. Allí señalaba yo que "negar pura y simplemente la nacionalización" sería "tergiversar la teoría del marxismo". (Pág. 16 de la vieja edición; pág. 41 de la presente.) [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 177, Ed.]. Cfr. también mi *Informe* sobre el Congreso de Estocolmo, págs. 27-28 de la vieja edición (pág. 63 de la presente). [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 340 Ed.] "Y desde un punto de vista rigurosamente científico, desde el punto de vista de las condiciones de desarrollo del capitalismo en general, debemos indudablemente afirmar, si no queremos estar en desacuerdo con el tomo tercero de *El Capital*, que la nacionalización de la tierra es posible en la sociedad burguesa, contribuye al desarrollo económico, facilita la concurrencia y la afluencia de capital a la agricultura, reduce el precio del trigo, etc." Más adelante se dice en ese mismo informe, pág. 59 [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 373. Ed.]: Pese a su promesa, no lleva (el ala derecha de la socialdemocracia) precisamente hasta el fin "lógico" la revolución democrático-burguesa en la agricultura, pues ese fin "lógico" (*y económico*), bajo el capitalismo, es únicamente la nacionalización de la tierra, como abolición de la renta absoluta.

1905, unos meses antes de la explosión (el "III Congreso del P.O.S.D.R." celebrado por los bolcheviques en Londres, en la primavera de 1905, y la conferencia que la minoría celebró al mismo tiempo en Ginebra); luego, al día siguiente de la insurrección de diciembre⁸⁶ y en vísperas de la Primera Duma, en Estocolmo. Pero este defecto debe ser corregido en todo caso ahora y, en particular, es muy necesario el examen del aspecto teórico del problema acerca de la nacionalización y la municipalización.

1. ¿Qué es la nacionalización de la tierra?

Hemos citado más arriba la formulación en boga de una tesis que ahora está generalmente admitida: "todos los grupos populistas se pronuncian a favor de la nacionalización de la tierra". Pero, en realidad, esta formulación en boga es muy inexacta, y es muy poco lo que en ella hay de "generalmente admitido", si se tiene en cuenta la identidad efectiva de la idea que acerca de esta "nacionalización" tienen los representantes de las distintas corrientes políticas. La masa campesina exige la tierra de un modo espontáneo, estando, como lo está, oprimida por los latifundios feudales, y no vinculando el paso de la tierra a las manos del pueblo con ninguna idea económica siquiera sea algo precisa. El campesino no sostiene sino la reivindicación —enteramente madurada, hecha suya, por decirlo así, a costa de sus sufrimientos y templada a través de largos años de opresión— de renovar, fortalecer, afianzar y ampliar el pequeño cultivo, hacer que éste sea el dominante, y nada más. El campesino solamente ve el paso de los latifundios de los terratenientes a sus manos; el campesino envuelve en palabras acerca de la propiedad del pueblo sobre la tierra la confusa idea de la unidad de todos los campesinos, como masa, en esta lucha. El campesino se rige por el instinto de dueño hacendoso, al que le estorban el infinito fraccionamiento de las formas actuales del régimen medieval de posesión de la tierra y la imposibilidad de organizar el laboreo del suelo en completo acuerdo con sus exigencias de "dueño", si se mantiene todo este abigarramiento medieval de la propiedad agraria. Necesidad económica de destruir la propiedad terrateniente, de *destruir asimismo las "trabas" del régimen parcelario de posesión del suelo*: he aquí los conceptos

negativos a que se reduce la idea *campesina* de nacionalización. El campesino no piensa en cuáles han de ser las formas de propiedad agraria que más tarde se hagan necesarias para la pequeña hacienda renovada, una vez que ésta haya digerido, por decirlo así, los latifundios de los terratenientes.

En la ideología populista, que expresa las reivindicaciones y las esperanzas de los campesinos, predominan también indudablemente los lados negativos en el concepto (o en la idea confusa) de nacionalización. Eliminar los viejos obstáculos, echar al terrateniente, "levantar las cercas" de la tierra, arrancar las trabas del régimen parcelario de posesión del suelo, fortalecer la pequeña hacienda, sustituir la "desigualdad" (los latifundios de los terratenientes) por la "igualdad, fraternidad y libertad": he aquí la ideología populista en sus nueve décimas partes. El derecho igual a la tierra, el usufructo igualitario del suelo y la socialización no son sino distintas formas de expresar las mismas ideas y son todos ellos conceptos predominantemente negativos, pues el populista no concibe un nuevo orden de cosas como formación determinada de relaciones económicasociales. Para el populista, la revolución agraria que estamos viviendo es el tránsito del feudalismo, de la desigualdad y de la opresión en general a la igualdad y a la libertad, y nada más. Es la típica limitación del revolucionario burgués, que no advierte las peculiaridades capitalistas de la nueva sociedad que él está creando.

En oposición al ingenuo punto de vista del populismo, el marxismo investiga el nuevo régimen que está cristalizando. Bajo la libertad más completa de la economía campesina, bajo la igualdad más plena de los pequeños agricultores instalados en una tierra que es patrimonio de todo el pueblo, o que no es de nadie, o que es "de Dios", tenemos ante nosotros el régimen de la producción mercantil. El mercado relaciona entre sí y subordina a los pequeños productores. Del intercambio de productos se forma el poder del dinero; a la transformación del producto agrícola en dinero sigue la transformación de la fuerza de trabajo en dinero. La producción mercantil pasa a ser producción capitalista. Y esta teoría no es un dogma, sino una simple descripción y generalización de lo que también ocurre en la economía campesina rusa. Cuanto más libre es dicha economía de la escasez de tierra, del yugo terrateniente, de la presión de las relaciones y de las condiciones del régimen medieval de

propiedad agraria, del avasallamiento y de la arbitrariedad, con tanta mayor fuerza se desarrollan las relaciones capitalistas en el seno de la propia economía campesina. Esto es un hecho atestiguado por toda la historia de Rusia de la época posterior a la reforma, sin que haya lugar a ningún género de dudas.

Por consiguiente, el concepto de nacionalización de la tierra, reducido a la esfera de la *realidad económica*, es una categoría de la sociedad mercantil y capitalista. Lo real en este concepto no es lo que los campesinos piensen o lo que los populistas digan, sino lo que se desprende de las relaciones económicas de dicha sociedad. Bajo las relaciones capitalistas, la nacionalización de la tierra es la entrega de la renta al Estado, ni más ni menos. ¿Y qué es la renta en la sociedad capitalista? No es, ni mucho menos, un ingreso de la tierra en general. Es la parte de la plusvalía que resta una vez descontada la ganancia media del capital. Esto significa que la renta presupone el trabajo asalariado en la agricultura, la transformación del agricultor en granjero, en empresario. La nacionalización (en su aspecto puro) presupone que el Estado recibe la renta de los empresarios agrícolas, los cuales abonan un salario a los obreros y obtienen la ganancia media de su capital: ganancia media en relación a todas las empresas, agrícolas y no agrícolas, de un país determinado o de un conjunto de países.

El concepto teórico de nacionalización está, pues, relacionado de un modo indisoluble con la teoría de la renta, es decir, precisamente de la renta capitalista, como una variedad especial de ingresos de una clase especial (la de los propietarios de tierras) en la sociedad capitalista.

La teoría de Marx distingue dos géneros de renta: diferencial y absoluta. La primera es el resultado de la limitación de tierras, del hecho de estar ocupadas por haciendas capitalistas, independientemente en absoluto de si existe la propiedad sobre la tierra y de cuál sea la forma del régimen de posesión del suelo. Entre las distintas haciendas agrícolas son inevitables las diferencias, derivadas de la distinta fertilidad de la tierra, de la situación de los lotes con respecto al mercado, de la productividad del capital suplementario invertido en la tierra. Para abreviar, se pueden resumir estas diferencias (sin olvidar, no obstante, el origen diverso de unas u otras) como diferencias entre tierras mejores y peores. Sigamos. El precio de la producción agrícola lo determinan las condiciones de producción, no en

las tierras de calidad media, sino en las peores tierras, ya que el solo producto de las tierras mejores no basta para cubrir la demanda. La diferencia entre el precio individual de producción y el precio superior de producción forma precisamente la renta diferencial. (Recordemos que Marx llama precio de producción a los gastos de capital invertidos en la creación del producto, más la ganancia media del capital.)

La renta diferencial se forma indefectiblemente en la agricultura capitalista, aun en el caso de plena abolición de la propiedad privada de la tierra. Cuando existe la propiedad agraria, esta renta la recibe el propietario pues la concurrencia de capitales obliga al granjero (al arrendatario) a conformarse con la ganancia media del capital. Abolida la propiedad privada de la tierra, esta renta la recibe el Estado. Es *imposible* eliminar esta renta mientras exista el modo capitalista de producción.

La renta absoluta procede de la propiedad privada sobre la tierra. En esta renta hay un elemento de monopolio, un elemento de precio monopolista*. La propiedad privada de la tierra impide la libre concurrencia, impide la nivelación de la ganancia, la formación de la ganancia media en las empresas agrícolas y no agrícolas. Y como en la agricultura la técnica es más baja, como la composición del capital se distingue por una mayor proporción de capital variable, en comparación con el constante, que en la industria, *el valor individual* del producto agrícola es superior al medio. Por eso, la propiedad privada de la tierra, al frenar la libre nivelación de la ganancia de las empresas agrícolas con las no agrícolas, permite vender el producto agrícola no por el precio superior de producción, sino por un valor individual aún más elevado del producto (pues el precio de producción se determina por la ganancia media del

* En la segunda parte del segundo tomo de *Teorías sobre la plusvalía*, Marx revela "la médula de las distintas teorías de la renta": la teoría del precio monopolista del producto agrícola y la teoría de la renta diferencial. Demuestra qué hay de verdad en una y otra teoría, *por cuanto* existe un elemento de monopolio en la renta absoluta. Cfr. la pág. 125, a propósito de la teoría de Adam Smith: "es completamente cierto" que la renta es precio monopolista, por cuanto la propiedad privada de la tierra impide una nivelación de la ganancia, asegurando una ganancia mayor que la media. (Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV, "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", ed. Cartago, 1956, págs. 426 y 502. Ed.)

capital, pero la renta absoluta no permite que se forme esta ganancia "media", asegurando por vía monopolista un valor individual más elevado que el medio).

Por tanto, la renta diferencial es inherente de un modo indefectible a toda agricultura capitalista. La absoluta, no lo es, sino a condición de que exista la propiedad privada de la tierra, a condición de que exista en la agricultura un atraso formado en el transcurso del proceso histórico *, atraso que es afianzado por el monopolio.

Kautsky contrapone ambos tipos de renta, entre otras cosas en cuanto a la relación que guardan especialmente con la nacionalización de la tierra, en las siguientes tesis:

La renta agraria, por cuanto es renta diferencial, procede de la concurrencia. Por cuanto es renta absoluta, procede del monopolio... En la práctica, la renta agraria no aparece dividida en partes; no se puede saber qué parte de ella es renta diferencial y qué otra es absoluta. Además, en ella se mezcla de ordinario el interés del capital correspondiente a los gastos que el propietario de la tierra ha hecho. En los casos en que el propietario de la tierra es al mismo tiempo el cultivador, la renta agraria va unida a la ganancia agrícola.

Sin embargo, es de la mayor importancia distinguir los dos tipos de renta.

La renta diferencial procede del carácter capitalista de la producción, y no de la propiedad privada sobre la tierra.

Esta renta subsistiría aún después de la nacionalización de la tierra, exigida (en Alemania) por los partidarios de la reforma agraria, que propugnan conservar el carácter capitalista de la agricultura. Lo único que ocurriría es que esta renta iría a parar entonces no a los particulares, sino al Estado.

La renta absoluta procede de la propiedad privada sobre la tierra, de la oposición de intereses entre el dueño de la tierra y el resto de la sociedad. *La nacionalización de la tierra permitiría eliminar esta renta y reducir los precios de los productos agrícolas en la cuantía de dicha renta.* (La cursiva es nuestra.)

Sigamos. La segunda distinción entre la renta diferencial y la absoluta consiste en que la primera no influye, como parte integrante, en el precio de los productos agrícolas, mientras que la segunda influye. La primera

* Cfr. *Teorías sobre la plusvalía*, t. II, parte 1ª (original alemán), pág. 259: "En la agricultura predomina aún el trabajo manual, y es propio del modo burgués de producción desarrollar la industria más rápidamente que la agricultura. [...] Por lo demás, se trata de una diferencia histórica que puede desaparecer". (Véase también la pág. 275 y el II tomo, parte 2ª, pág. 15.) (Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV, "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", ed. Cartago, 1956, págs. 374, 383 y 435. Ed.)

procede del precio de producción; la segunda, del excedente de los precios de mercado sobre los precios de producción. La primera tiene su origen en un sobrante, en un superbeneficio proporcionado por un trabajo más productivo sobre una tierra de mejor calidad o emplazamiento. La segunda no tiene su origen en un ingreso suplementario de ciertas variedades del trabajo agrícola; sólo es posible como un descuento hecho del número existente de valores en beneficio del propietario de la tierra, un descuento hecho de la masa de plusvalía; por consiguiente, o reducción del beneficio o descuentos de los salarios. Si aumentan los precios de las subsistencias y aumenta también el salario, desciende el beneficio del capital. Si los precios de las subsistencias suben sin que suban en la misma medida los salarios, los perjudicados son los obreros. Por último, puede ocurrir — e incluso hay que considerarlo como regla general — que el perjuicio causado por la renta absoluta lo compartan obreros y capitalistas *.

El problema de la nacionalización de la tierra en la sociedad capitalista se divide, pues, en dos partes esencialmente distintas: en el problema de la renta diferencial y de la absoluta. La nacionalización sustituye al poseedor de la primera y socava la existencia misma de la segunda. Consiguientemente, la nacionalización es, por un lado, una reforma parcial dentro del marco del capitalismo (sustitución del poseedor de una parte de la plusvalía) y por otro, es la abolición de un monopolio que obstaculiza todo el desarrollo del capitalismo en general.

Sin distinguir estos dos aspectos, es decir, la nacionalización de la renta diferencial y de la absoluta, no se puede comprender toda la significación económica del problema de la nacionalización en Rusia. Pero al llegar aquí, nos encontramos con la negación de la teoría de la renta absoluta por P. Máslov.

2. Piotr Máslov corrige los borradores de Carlos Marx 87

En 1901 tuve ya ocasión de señalar en la *Zariá* editada en el extranjero la errónea interpretación de la teoría de la renta por Máslov, con motivo de sus artículos publicados en la revista *Zhizn* ** 88.

Los debates antes de Estocolmo y en Estocolmo se concen-

* *La cuestión agraria*, original alemán, págs. 79-80.

** Véase *La cuestión agraria*, parte I, San Petersburgo, 1908, artículo: "La cuestión agraria y los «críticos de Marx»", págs. 178-179. (Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 125. Ed.)

traron en proporciones completamente desmesuradas, como ya he indicado, en el aspecto político de la cuestión. Pero después de Estocolmo, M. Olénov, en el artículo *Las bases teóricas de la municipalización de la tierra* (*Obrazovanie*, 1907, núm. 1), analizó el libro de Máslov sobre el problema agrario en Rusia y subrayó en particular el carácter erróneo de *la teoría económica* de Máslov, que niega del todo la renta absoluta.

Máslov contestó a Olénov con un artículo insertado en los números 2 y 3 de *Obrazovanie*. En él reprochaba la "insolencia", las "valentonadas", la "impertinencia", etc., de su contrincante. En realidad, precisamente Piotr Máslov es en el terreno de *la teoría marxista* un insolente y un valentón torpe, pues se hace difícil imaginar nada más ignorante que la "crítica" pretenciosa de Marx hecha por Máslov, el cual insiste en sus viejos errores.

La contradicción entre la teoría de la renta absoluta y toda la teoría de la distribución, expuesta en el tomo III —escribe el señor Máslov—, hasta tal punto salta a la vista que no cabe explicarla sino por el hecho de que el tomo III es una edición póstuma, en la que entraron también los borradores del autor. (*La cuestión agraria*, 3ª ed., pág. 108, nota.)

Sólo podía escribir esto quien no ha comprendido nada de la teoría de la renta de Marx. ¡Pero el indulgente desprecio del magnífico Piotr Máslov por el autor de los borradores es en verdad incomparable! ¡Este "marxista" se cree por encima de la necesidad de *conocer* a Marx para enseñar a otros, de estudiar aunque sólo sea la obra *Teorías sobre la Plusvalía*, publicada en 1905, donde la teoría de la renta puede decirse que se da mastigada, incluso para los Máslovs!

He aquí los argumentos de Máslov contra Marx:

La renta absoluta se obtiene, al parecer, gracias a la baja composición del capital agrícola... Como la composición del capital no influye ni en el precio del producto, ni en la cuota de ganancia, ni en general en la distribución de la plusvalía entre los empresarios, no puede crear renta alguna. Si la composición del capital agrícola es más baja que la del capital industrial, la renta diferencial se recibe de la plusvalía obtenida en la propia agricultura, pero esto no tiene importancia para la formación de la renta. En consecuencia, si cambiase la "composición" del capital, ello no influiría para nada en la renta. La magnitud de la renta no se determina en modo alguno por el carácter de su origen, sino exclusivamente por la indicada diferencia de la productividad del trabajo bajo diferentes condiciones. (Págs. 108-109 de la obra citada. La cursiva es de Máslov.)

Sería interesante saber si han llegado alguna vez los "críticos de Marx" burgueses a hacer una refutación tan ligera. Pues nuestro magnífico Máslov lo embrolla todo, embrolla las cosas hasta cuando *expone* a Marx (por cierto es el estilo del señor Bulgákov y de todos los impugnadores burgueses del marxismo, que se distinguen de Máslov por una mayor honradez, en el sentido de que no se titulan marxistas). No es cierto que, según Marx, la renta absoluta se obtenga merced a la baja composición del capital agrícola. La renta absoluta se obtiene en virtud de la propiedad privada de la tierra. Esta propiedad privada crea un monopolio especial, que nada tiene de común con el modo capitalista de producción, el cual puede existir tanto en una tierra comunal como en una tierra nacionalizada*. El monopolio no capitalista de la propiedad agraria privada impide la nivelación de la ganancia en aquellas ramas de la producción que se hallan obstruidas por este monopolio. Para que "la composición del capital no influya sobre la cuota de ganancia" (hay que agregar: la composición del capital individual o del capital de una rama aislada de la industria; también en este punto embrolla las cosas Máslov, al exponer a Marx), para que se forme la cuota *media* de ganancia, es necesaria *la nivelación* del beneficio de todas las empresas aisladas y de las distintas ramas de la industria. La nivelación se verifica por la libertad de concurrencia, por la libertad de inversión de capital en todas las ramas productivas sin distinción. ¿Puede existir esa libertad donde hay monopolio no capitalista? No, no puede existir. El monopolio de la propiedad privada sobre la tierra *impide* la libertad de invertir capitales, impide la libre concurrencia, impide la nivelación del beneficio agrícola, desproporcionadamente alto (como consecuencia de la baja composición del capital agrícola). La objeción de Máslov es una tontería rematada, y esta tontería se hace evidente en particular cuando vemos dos páginas más adelante la referencia... ¡a la fabricación de ladrillos (pág. 111), en la que la técnica es también atrasada y la composición orgánica del

* Cfr. *Teorías sobre la plusvalía*, t. II, parte I, pág. 208, donde Marx aclara que el propietario de la tierra es un personaje completamente superfluo para la producción capitalista y que la finalidad de esta última "se consigue plenamente" si la tierra pertenece al Estado. (Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV, "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", ed. Cartago, 1956, pág. 344. Ed.)

capital es igualmente inferior a la media, lo mismo que en la agricultura, pero no hay renta!

Y no puede haber renta en la producción de ladrillos, respectable "teórico", pues la renta absoluta no es engendrada por la baja composición del capital agrícola, sino por el monopolio de la propiedad agraria privada, que impide a la concurrencia nivelar la ganancia del capital "de baja composición". Negar la renta absoluta es negar la importancia económica de la propiedad privada de la tierra.

Segundo argumento de Máslov contra Marx:

La renta del "último" capital desembolsado, la renta de Rodberthus y la renta absoluta de Marx desaparecerán porque el arrendatario siempre puede hacer que el "último" capital sea el "penúltimo", si proporciona algo más que el beneficio corriente. (Pág. 112.)

Confunde las cosas, confunde "descaradamente" las cosas Piotr Máslov.

En primer lugar, comparar a Rodberthus con Marx en el problema de la renta es ignorancia supina. La teoría de Rodberthus está basada en el supuesto de que el erróneo cálculo del terrateniente de Pomerania (¡"no tener en cuenta" el producto en bruto en la agricultura!) es obligatorio también para el capitalista-granjero. En la teoría de Rodberthus no hay ni ápice de *historicidad*, ni ápice de sentido histórico real, pues toma la agricultura en general, fuera del tiempo y del espacio, la agricultura de cualquier país y de cualquier época. Marx toma un período histórico especial, en el que el capitalismo desarrolló la técnica de la industria con mayor rapidez que la de la agricultura. Marx toma la agricultura *capitalista* constreñida por la propiedad privada *no capitalista* de la tierra.

En segundo lugar, la referencia al arrendatario que "siempre puede" hacer que el último capital sea el penúltimo, demuestra que el magnífico Piotr Máslov no sólo no ha comprendido la renta absoluta, *sino tampoco la renta diferencial* de Marx! Es increíble, pero es un hecho. El arrendatario, durante el plazo por el que ha arrendado la tierra, "siempre puede" apropiarse y *siempre se apropia de toda* renta, una vez que "hace que el último capital sea el penúltimo", una vez que —dicho de una manera más sencilla y (en seguida hemos de verlo) con mayor exactitud— coloca nuevo capital en la tierra. Durante el plazo de vigencia del contrato de arrendamiento, la propiedad privada de

la tierra deja de existir para el arrendatario: pagada la renta, "se rescata", queda independizado de este monopolio, que ya no puede estorbarle*. Por eso, cuando el nuevo gasto de capital hecho por el arrendatario en su lote le proporciona nuevo beneficio y *nueva renta* esta renta la recibe *no el dueño de la tierra, sino el arrendatario*. El propietario del suelo no recibirá esta nueva renta sino después de que expire el plazo del viejo contrato de arrendamiento, después de que sea concertado un nuevo contrato de arrendamiento. ¿Qué mecanismo llevará entonces la nueva renta del bolsillo del granjero al bolsillo del propietario de la tierra? El mecanismo de la libre concurrencia, pues la obtención por el arrendatario no sólo de la ganancia media, sino de superganancia (= renta) atraerá capitales a una empresa que es extraordinariamente lucrativa. Se comprende, pues, de una parte, por qué a los arrendatarios les conviene, en igualdad de las demás condiciones, el contrato de arrendamiento a largo plazo, y a los propietarios de la tierra el contrato a corto plazo. Y se comprende, de otra parte, la razón de que, por ejemplo, los propietarios de la tierra ingleses después de abolidas las leyes cerealistas en Inglaterra, obligaran a los granjeros en el contrato a invertir en cada acre de su lote no menos de doce libras esterlinas (cerca de 110 rublos) en lugar de 8. Al proceder de este modo, los dueños de la tierra tenían en cuenta la técnica agrícola socialmente necesaria, que progresaba como resultado de la abolición de las leyes cerealistas.

Surge ahora esta pregunta: ¿de qué género es la nueva renta que se apropia el arrendatario durante el plazo de vigencia del contrato de arrendamiento? ¿Es sólo la renta absoluta, o es también la diferencial? Es la una y la otra. Pues si Piotr Máslov se hubiese preocupado de comprender a Marx antes de "criticar los borradores" de tan divertido modo, sabría que proporcionan renta diferencial no sólo los diferentes lotes de tierra, sino también los diversos gastos de capital hechos *en un mismo lote***.

* Si Máslov hubiese leído con alguna atención los "borradores" del III tomo, habría observado por fuerza con qué frecuencia machaca esto Marx.

** A la renta diferencial obtenida como consecuencia de la diversidad de tierras, Marx la denomina renta diferencial de I género; y a la que se obtiene como consecuencia de la distinta productividad de los gastos suplementarios hechos en una misma tierra, renta diferencial de II género. En los "borradores" del tercer tomo se halla expuesta esta distinción con escrupuloso dete-

En tercer lugar, (pedimos disculpa por abrumar al lector con una enumeración tan larga de los errores de Máslov con motivo de cada una de sus frases, ¡pero qué otra cosa se puede hacer cuando tenemos ante nosotros un tan “fecundo”, *Konfusionsrat*, “consejero embrollador”, como dicen los alemanes?), en tercer lugar, el razonamiento de Máslov sobre el último y penúltimo capital está construido sobre la base de la famosa “ley de la fertilidad decreciente del suelo”. A semejanza de los economistas burgueses, Máslov reconoce esta ley (y, para darle peso, hasta califica como un hecho a esa absurda invención). A semejanza de los economistas burgueses, Máslov relaciona esta ley con la teoría de la renta, afirmando con el atrevimiento de quien es un rematado ignorante en el terreno de la teoría: “si no existiese el hecho de la disminución de la productividad de los últimos gastos de capital, tampoco habría renta agraria”. (114.)

Para la crítica de esta trivial y burguesa “ley de la fertilidad decreciente del suelo”, remitimos al lector a lo dicho por mí en 1901 contra el señor Bulgákov*. En esta cuestión no hay ninguna diferencia de fondo entre Bulgákov y Máslov.

Como complemento de lo dicho contra Bulgákov, citaremos solamente un pasaje de los “borradores” del III tomo, que descubre con singular nitidez la magnificencia de la crítica hecha por Máslov y Bulgákov:

“En vez de remontarse a las causas naturales del agotamiento de la tierra —causas, que, por lo demás, eran desconocidas de todos los economistas que escribieron acerca de la renta diferencial dado el estado de la química agrícola en su tiempo—, se recurre a la superficial concepción de que no es posible invertir cualquier masa de capital que se desee en una tierra limitada dentro del espacio como hace, por ejemplo, la *Westminster Review* al replicar a Richard Jones diciendo que no es posible alimentar a toda Inglaterra con lo que produzca el cultivo de Soho Square***”...***

nimiento (sección VI, caps. 39-43), y hace falta ser “crítico de Marx” al estilo de los Bulgakovs para “no advertir” esto. Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, págs. 660-747, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, pág. 105, Ed. Cartago, 1950. (Ed.)

** Pequeña plaza de Londres.

*** Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, págs. 788-789, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

Esta objeción es el único argumento que esgrimen Máslov y todos los demás partidarios de la “ley de la fertilidad decreciente”: si no existiese esta ley, si los gastos sucesivos de capital pudiesen ser tan productivos como los anteriores, entonces —dicen— no habría por qué ampliar el área de cultivo, entonces se podría obtener cualquier cantidad de productos agrícolas del área más pequeña, aumentando los gastos de nuevo capital hechos en la tierra; es decir, entonces se podría “alimentar a toda Inglaterra con sólo el Soho Square” o “meter la agricultura de todo el globo terráqueo en una desiata”*, etc. Por consiguiente, Marx analiza el argumento *fundamental* esgrimido en favor de la “ley” de la fertilidad decreciente.

“... Si se considera esto —continúa Marx— como un inconveniente específico de la agricultura, hay que decir que la verdad es precisamente lo contrario. En la tierra pueden invertirse fructíferamente cantidades sucesivas de capital, porque la tierra misma funciona como instrumento de producción, cosa que no ocurre, o sólo acontece dentro de límites muy restringidos, tratándose de una fábrica, pues ésta sólo actúa como base, como sitio, como centro local de operaciones. Es cierto que cabe —y es lo que hace la gran industria— concentrar una gran inversión productiva en un pequeño espacio, parecido a lo que representa la agricultura parcelada. Pero, partiendo de una fase concreta de desarrollo de la fuerza productiva, se necesita siempre un determinado espacio, y también el construir a lo alto tropieza con sus límites prácticos defiridos. Más allá de éstos, la ampliación de la producción exige también la extensión del espacio territorial. El capital fijo invertido en maquinaria, etc., no se mejora por el uso, sino que, por el contrario, se desgasta. Puede también ocurrir que los nuevos inventos introduzcan en esto determinadas mejoras, pero, partiendo del desarrollo de la productividad, como de un factor dado, la maquinaria sólo puede empeorarse. El rápido desarrollo de la fuerza productiva obligará a sustituir toda la maquinaria antigua por otra más ventajosa, con la consiguiente pérdida de aquélla. En cambio la tierra, si se la trata de un modo adecuado,

* Ver más arriba: *La cuestión agraria y los “críticos de Marx”*, sobre la ley de la fertilidad decreciente. La misma necesidad encontramos en Máslov: “El empresario gastará sucesivamente todos (!) sus capitales, por ejemplo, en una desiata, si los nuevos gastos proporcionan igual beneficio” (107), etc.

mejora continuamente. Y la ventaja de la tierra de permitir que inversiones sucesivas de capital rindan beneficio sin que por ello se pierdan las anteriores, implica al mismo tiempo la posibilidad de una diferencia de rendimiento entre estas inversiones sucesivas de capital". (*El Capital*, t. III, parte 2ª, pág. 314.)*

Máslov ha preferido repetir, aprendida de memoria, la fábula de la economía burguesa a propósito de la ley de la fertilidad decreciente, en vez de reflexionar en la crítica hecha por Marx. ¡Y aún tiene la osadía de pretender que hace una exposición del marxismo en torno a estas mismas cuestiones, cuando lo que hace es desvirtuar a Marx!

El siguiente pasaje, que Máslov escribe en cursiva, también nos permite ver hasta qué grado desfigura éste la teoría de la renta, partiendo de su punto de vista puramente burgués sobre la "ley natural" de la fertilidad decreciente: "Si los gastos sucesivos de capital en una misma superficie de tierra, al conducir a una intensificación del cultivo, fuesen igualmente productivos, desaparecería inmediatamente la concurrencia de las nuevas tierras, ya que el costo del transporte, además de los gastos de producción, recae sobre el precio del trigo." (Pág. 107.)

¡Así, pues, la concurrencia trasoceánica se explica sólo por la ley de la fertilidad decreciente! ¡Exactamente lo mismo que en los economistas burgueses! Pero si Máslov no ha sabido leer o no ha sido capaz de comprender el III tomo, debería haber visto, cuando menos, *La cuestión agraria* de Kautsky o el folleto de Parvus sobre la crisis agrícola. Es posible que por las explicaciones populares de estos marxistas hubiese comprendido Máslov que el capitalismo infla la renta, aumentando la población industrial. Y el precio de la tierra (=renta capitalizada) consolida las rentas desmedidamente infladas. Esto se refiere también a la renta diferencial, de modo que vemos aquí por segunda vez que Máslov no ha comprendido en absoluto a Marx ni siquiera en lo que se refiere a la clase más sencilla de renta.

La economía burguesa explica la "concurrencia de las nuevas tierras" por la "ley de la fertilidad decreciente", pues el burgués, queriendo y sin querer, hace caso omiso del aspecto histórico-social de la cuestión. La economía socialista (es decir, el marxismo) explica la concurrencia trasoceánica por el hecho de que

* Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 789, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

las tierras que no pagan renta hacen descender los precios desmesuradamente altos del trigo, establecidos por el capitalismo de los viejos países europeos, el cual hinchó en proporciones increíbles la renta agraria. El economista burgués no comprende (u oculta el hecho a su propia vista y a la de los demás) que la elevada magnitud de la renta, establecida mediante la propiedad privada de la tierra, es un obstáculo para el progreso de la agricultura, y carga la culpa al obstáculo "natural" del "hecho" de la fertilidad decreciente.

3. ¿Es necesario refutar a Marx para refutar el populismo?

A juicio de Piotr Máslov, sí es necesario. "Desarrollando" su necia "teoría", nos alecciona desde las páginas de *Obrazovanie*:

Si no existiese el "hecho" del descenso de la productividad de los gastos sucesivos de trabajo en una misma superficie de terreno, tal vez podría convertirse en realidad el idilio que pintan los socialistas-revolucionarios y los socialpopulistas: cada campesino usufructúa el trozo de tierra que le corresponde e invierte en él todo el trabajo que quiere, y la tierra le "retribuye" por cada "inversión" con la correspondiente cantidad de productos. (Núm. 2, 1907, pág. 123.)

¡Así que, si no hubiese sido refutado Marx por Piotr Máslov, tal vez hubieran tenido razón los populistas! ¡Fijaos a qué absurdos ha llegado nuestro "teórico"! ¡Y nosotros que pensábamos hasta ahora sencillamente, como marxistas, que el idilio de la pequeña producción eternizada no es refutado, ni mucho menos, por la estúpida y burguesa "ley de la fertilidad decreciente", sino por el hecho de la producción mercantil, por el dominio del mercado, por las ventajas de la agricultura capitalista en gran escala sobre el pequeño cultivo, etc.! ¡Máslov ha rehecho todo esto! ¡Máslov ha descubierto que, si no existiera la ley burguesa refutada por Marx, tendrían razón los populistas!

Es más. Tendrían razón también los revisionistas. He aquí otro razonamiento de nuestro economista de brocha gorda:

"Si no me equivoco, yo (Piotr Máslov) he sido el primero (¡para que veáis lo que somos!) en destacar con especial relieve la diferencia del significado del mejoramiento del cultivo de la tierra y del progreso técnico para el desarrollo de la economía y, en particular, para la lucha entre la gran producción y la

pequeña. Mientras la intensificación de la agricultura, los gastos sucesivos de trabajo y de capital son en igual medida menos productivos en las haciendas grandes y en las pequeñas, el progreso técnico, que hace aumentar la productividad del trabajo agrícola lo mismo que en la industria, proporeiona en cambio enormes y excepcionales ventajas a las grandes haciendas. Estas ventajas dependen casi exclusivamente de las condiciones técnicas"... Confunde usted las cosas, estimadísimo señor: las ventajas de la gran producción, en el sentido comercial, tienen mucha importancia.

"...Por el contrario, el mejoramiento del cultivo de la tierra puede aplicarse generalmente en igual medida tanto en las grandes haciendas como en las pequeñas..." El mejoramiento del cultivo de la tierra "puede" aplicarse.

Por lo que se ve, el profundo Máslov conoce haciendas en las que puede no aplicarse el mejoramiento del cultivo de la tierra... "Por ejemplo, la sustitución del campo de tres hojas por la rotación de muchos cultivos, el aumento de la cantidad de abonos, un laboreo más profundo del suelo, etc., son igualmente aplicables en las grandes y en las pequeñas haciendas e influyen en igual medida en la productividad del trabajo. Pero, por ejemplo, el empleo de la segadora eleva la productividad del trabajo únicamente en las haciendas mayores, porque los pequeños campos de trigo pueden ser segados con mayor facilidad a mano"...

¡Sí, es indudable que Máslov ha sido "el primero" que ha conseguido embrollar de un modo tan fantástico la cuestión! Fijaos bien: el empleo del arado movido a vapor (profundización del laboreo) se refiere al "mejoramiento del cultivo de la tierra", y el empleo de la segadora se refiere a la "técnica". Según la doctrina de nuestro incomparable Máslov, resulta que el arado movido a vapor *no* pertenece a la técnica. Resulta que la segadora *no* representa un gasto más de trabajo y de capital. Los abonos artificiales, el arado de tracción a vapor y el cultivo de hierbas forrajeras significan "intensificación". La segadora y, en general, "gran parte de las máquinas agrícolas" representan un "progreso técnico". Máslov "ha tenido" que inventar semejante estupidez porque algo tenía que hacer para justificar la "ley de la fertilidad decreciente", *refutada* por el progreso técnico. Bulgákov salió del apuro diciendo que el progreso técnico es temporal, y el estancamiento, permanente. Máslov encuen-

tra la salida inventando la divertidísima división del progreso técnico de la agricultura en "intensificación" y "técnica".

¿Qué es la intensificación? Un nuevo gasto de trabajo y de capital. Según el descubrimiento del gran Máslov, la segadora *no* representa un gasto de capital. ¡La sembradora a surco *no* representa un gasto de capital! ¿Que la "sustitución del campo de tres hojas por la rotación de muchos cultivos" es aplicable *en igual medida* en las grandes y en las pequeñas haciendas? No es verdad. La introducción de la rotación de cultivos exige también gastos suplementarios de capital y es aplicable *en una medida mucho mayor* en las grandes haciendas. En relación con esto véanse, entre otros, los datos sobre la agricultura alemana expuestos más arriba (*La cuestión agraria y los "críticos de Marx"* *). También los datos rusos son testimonio de ello. Y la reflexión más simple os indicará que no puede ser de otro modo, que la rotación de cultivos no puede ser aplicada *en igual medida* en las grandes haciendas y en las pequeñas. No puede ser "aplicado en igual medida" el aumento de la cantidad de abonos, pues la gran hacienda 1) posee más ganado mayor, que es el que tiene mayor importancia en este sentido, 2) alimenta mejor el ganado y no "escatima" tanto la paja, etc., 3) cuenta con mejores condiciones para conservar el abono, 4) emplea en mayor cantidad los abonos artificiales. Máslov desfigura en verdad "de manera descarada" los datos sobre la agricultura contemporánea que son del dominio general. Por último, *tampoco puede* ser aplicado *en igual medida* en las grandes y pequeñas haciendas el laboreo más profundo del suelo. Basta señalar dos hechos: en primer lugar, en las grandes haciendas aumenta el empleo del arado movido a vapor (ver los datos sobre Alemania: probablemente, lo mismo ocurre ahora con el arado eléctrico)**. Es posible que también Máslov llegue a comprender que este arado no es aplicable "en igual medida" en la gran hacienda y en la pequeña. En esta última se extiende el empleo de las *vacas* como animales de tiro. Reflexione un poco, ínclito Máslov: ¿*puede* esto significar que sea aplicable en igual medida el laboreo más profundo del suelo?

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, 1959, pág. 178. (Ed.)

** Idem, ídem, pág. 129. (Ed.)

En segundo lugar, aun en el caso de que la grande y la pequeña hacienda empleasen la misma clase de ganado de labor, éste es *menos fuerte* en la pequeña hacienda, razón por la cual no puede haber igualdad de condiciones en cuanto a la profundidad del laboreo.

En una palabra, es difícil encontrar una frase de Máslov con pujos de pensamiento "teórico", sin que hallemos en cantidad infinita las más increíbles confusiones y la más asombrosa ignorancia. Pero Máslov, sin inmutarse, hace esta deducción:

Quien haya comprendido bien la diferencia entre los dos aspectos mencionados del desarrollo de la agricultura (mejora del cultivo y mejora de la técnica), rebatirá fácilmente toda la argumentación del revisionismo y, en nuestro país, del populismo. (*Obrazovanie*, 1907, núm. 2, pág. 125.)

Bien, bien. Máslov no es populista ni es revisionista, *solamente* porque ha sabido elevarse por encima de los borradores de Marx hasta "llegar a comprender" los vetustos prejuicios de la vetusta economía burguesa. ¡Es la vieja canción con tonos nuevos! Marx está contra Marx, exclamaban Bernstein y Struve. No es posible refutar el revisionismo sin refutar a Marx, afirma sentencioso Máslov.

Como conclusión, veamos una pequeñez que es característica. Si no tiene razón Marx, creador de la teoría de la renta absoluta, si no puede haber renta sin la "ley de la fertilidad decreciente", si pudieran tener razón los populistas y los revisionistas en el caso de que no existiese esta ley, sería lógico que las "enmiendas" de Máslov al marxismo fuesen la piedra angular de su "teoría". Efectivamente, lo son. Pero, a pesar de todo, Máslov prefiere ocultarlas. Hace poco se publicó la traducción alemana de su libro *El problema agrario en Rusia*. Tuve interés por ver en qué forma presentaba Máslov sus increíbles vulgaridades teóricas a los socialdemócratas europeos. Resulta que no las presenta de ninguna forma. Ante los europeos, Máslov se ha guardado en el bolsillo "toda" su teoría. Ha suprimido todo cuanto se refiere a la negación de la renta absoluta, la ley de la fertilidad decreciente, etc. A este propósito hubo de recordar por fuerza lo que se cuenta de un personaje anónimo que, presente por vez primera en una plática entre filósofos de la antigüedad, guardaba tenaz silencio. Si eres discreto —dijo a este desconocido uno de los filósofos—, obras neciamente; si eres necio, obras con discreción.

4. ¿Está relacionada la negación de la renta absoluta con el programa de municipalización?

Por muy convencido que esté Máslov de la importancia de sus magníficos descubrimientos en el campo de la teoría de la Economía política, sin embargo, abriga, por lo visto, algunas dudas en cuanto a que exista esa relación. A lo menos, en el citado artículo (*Obrazovanie*, núm. 2, pág. 120) niega que la municipalización esté relacionada con el "hecho" de la fertilidad decreciente. El resultado es algo curioso: ¡la "ley de la fertilidad decreciente" está relacionada con la negación de la renta absoluta, está relacionada también con la lucha contra el populismo, pero no está relacionada, al parecer, con el programa agrario de Máslov! Pero también por vía directa resulta fácil persuadirse de que no es justa la opinión según la cual no está relacionada la teoría agraria general con el programa agrario ruso de Máslov.

Negar la renta absoluta es negar la importancia económica de la propiedad privada de la tierra bajo el capitalismo. Quien sólo reconoce la existencia de la renta diferencial, llega de un modo inevitable a la conclusión de que las condiciones de la economía capitalista y del desarrollo capitalista no cambian en absoluto por el hecho de que la tierra sea propiedad del Estado o propiedad de los particulares. En ambos casos, desde el punto de vista de la teoría que niega la renta absoluta, sólo existe la renta diferencial. Se comprende que semejante teoría *deba* conducir a negar toda importancia a la nacionalización, como medida que influya en el desarrollo del capitalismo en el sentido de acelerarlo, de desbrozarle el camino, etc., pues semejante criterio acerca de la nacionalización se desprende del reconocimiento de las dos clases de renta: una capitalista, es decir, que no desaparece bajo el capitalismo aun cuando esté nacionalizada la tierra (renta diferencial), y otra no capitalista, relacionada con un monopolio innecesario para el capitalismo, monopolio que impide el pleno desarrollo del capitalismo (renta absoluta).

Por eso, Máslov, partiendo de su "teoría", ha llegado sin más remedio a la conclusión de que "lo mismo da llamarla (a la renta del suelo) absoluta o diferencial" (*Obrazovanie*, núm. 3, pág. 103) y que la cuestión sólo estriba en determinar si se ha de transferir esta renta a los organismos locales o al poder central. Pero semejante punto de vista es resultado de la ignorancia teórica. Independientemente en absoluto de la cuestión de a qué manos

ha de pasar la renta y con qué fines políticos ha de ser utilizada, existe, además, el problema, incomparablemente más profundo, de los cambios originados en las condiciones generales de la economía capitalista y del desarrollo capitalista por la abolición de la propiedad privada de la tierra.

Este problema puramente económico ni siquiera ha sido planteado por Máslov; no lo ha comprendido ni podía comprenderlo, dada su negación de la renta absoluta. De aquí el modo monstruosamente unilateral —*propio de un politicastro* diría yo— de reducir el problema de la confiscación de las tierras de los terratenientes exclusivamente al problema de quién recibirá la renta. De aquí el monstruoso *dualismo* del programa trazado en el supuesto de un “desarrollo victorioso de la revolución”. (Así se expresa la resolución sobre táctica, agregada en el Congreso de Estocolmo al programa de Máslov.) El desarrollo victorioso de la revolución burguesa presupone, ante todo, transformaciones económicas fundamentales, que realmente barran toda clase de restos del feudalismo y de los monopolios medievales, mientras que en la municipalización vemos un auténtico *bimetalismo agrario*: la combinación de la propiedad parcelaria comunal medieval más vieja, anticuada y caduca, con la ausencia de propiedad privada sobre la tierra, esto es, con el régimen más avanzado, teóricamente ideal, de relaciones agrarias en la sociedad capitalista. Este bimetalismo agrario es un absurdo desde el punto de vista teórico y algo imposible desde un punto de vista puramente económico. La combinación de la propiedad privada de la tierra con la propiedad social es, en este caso, puramente mecánica, “inventada” por un hombre que no ve ninguna diferencia en que en el propio sistema de la economía capitalista exista o deje de existir la propiedad privada de la tierra. Para semejante “teórico” el problema se reduce exclusivamente a cómo distribuir la renta, lo mismo da llamarla absoluta o diferencial”.

En realidad, no es posible dejar en un país capitalista la mitad de la tierra (138 millones de desiatinas de los 280) en propiedad privada. Una de dos. O la propiedad privada de la tierra es una exigencia efectiva de la fase actual del desarrollo económico, responde efectivamente a los intereses vitales de la clase de los dueños de haciendas capitalistas, y en ese caso es inevitable la propiedad privada de la tierra en todas partes, como base de la sociedad burguesa cristalizada con arreglo a un tipo determinado.

O la propiedad privada de la tierra no es indispensable en la fase actual del desarrollo capitalista, no se desprende inevitablemente de los intereses de la clase de los granjeros, e incluso se halla en contradicción con dichos intereses, y en ese caso es imposible mantener esta propiedad en su forma anticuada.

Es un absurdo, ligado con lazos inseparables al absurdo de la teoría económica de Máslov, mantener el monopolio en una mitad del área de cultivo, establecer privilegios para una categoría de pequeños propietarios, eternizar en la sociedad del capitalismo libre la *línea de demarcación* establecida entre los propietarios y los arrendatarios de la tierra social.

Y ahora debemos pasar al examen de la importancia económica de la nacionalización, importancia que Máslov y sus partidarios relegan a un segundo plano*.

5. Crítica de la propiedad privada sobre la tierra desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo

La errónea negación de la renta absoluta —esta forma de realización de la propiedad agraria privada en los ingresos capitalistas— ha conducido a una importante deficiencia de las publicaciones socialdemócratas y de toda la posición socialdemócrata en torno al problema agrario en la revolución rusa. En lugar de tomar en sus manos la crítica de la propiedad privada de la tierra, en lugar de basar esta crítica en el análisis económico, en el análisis de una determinada evolución económica, nuestros socialdemócratas, siguiendo a Máslov, han cedido esta crítica a los populistas. El resultado ha sido una profunda trivialización teórica del marxismo y una tergiversación de la labor de propaganda que éste tiene que desarrollar en la revolución. La crítica de la propiedad privada de la tierra, en los discursos de la Duma, en las publicaciones de propaganda y de agitación, etc., se hizo *solamente* desde el punto de vista populista, es decir, desde un punto de vista pequeñoburgués, *quasi-socialista*. Los marxistas no han

* Entre estos partidarios vimos también en Estocolmo a Plejánov. La ironía de la historia hizo que este supuesto celoso guardador de la ortodoxia no advirtiese o no quisiera advertir la deformación de la teoría económica de Marx por Máslov.

sabido separar el núcleo real de esta ideología pequeñoburguesa, al no comprender su misión, que consiste en introducir el elemento histórico en el examen de la cuestión y en sustituir el punto de vista de los pequeños burgueses (la idea abstracta del igualitarismo, de la justicia, etc.) por el punto de vista del proletariado sobre las verdaderas raíces de la lucha contra la propiedad privada de la tierra en la sociedad capitalista en desarrollo. El populista cree que negar la propiedad privada de la tierra equivale a negar el capitalismo. Esto no es cierto. Negar la propiedad privada de la tierra es expresar las exigencias del más puro desarrollo capitalista. Y nos vemos en la precisión de vivificar en la conciencia de los marxistas las "palabras olvidadas" de Marx, que criticaba la propiedad privada agraria desde el punto de vista de las condiciones de la economía capitalista.

Marx no sólo dirigía esta crítica contra la gran propiedad agraria, sino también contra la pequeña. La propiedad libre del pequeño campesino sobre la tierra acompaña necesariamente a la pequeña producción agrícola bajo determinadas condiciones históricas. A Finn tenía toda la razón al subrayar esto, en contra de las afirmaciones de Máslov. Pero este reconocimiento de la necesidad histórica, demostrada por la experiencia, no excluye el deber que tiene el marxista de valorar en todos los aspectos la pequeña propiedad agraria. La libertad efectiva de dicha propiedad es inconcebible sin libertad de compra-venta de la tierra. La propiedad privada de la tierra entraña la necesidad de invertir capital en la compra de la tierra. A este propósito, Marx escribía en el III tomo de *El Capital*: "Uno de los males específicos de la pequeña agricultura, cuando va unida a la libre propiedad sobre la tierra, obedece al hecho de que el agricultor tiene que invertir un capital para comprar su parcela." (III, 2, 342.) "La inversión del capital para la compra de la tierra sustrae este capital a su cultivo." (Ib., 341.)*

"La inversión de capital-dinero para la compra de la tierra no constituye, pues, una inversión de capital agrícola. Es, proporcionalmente, una disminución del capital de que puede disponer el pequeño agricultor en su órbita de producción. Disminuye proporcionalmente el volumen de sus medios de producción y reduce, por tanto, la base económica de la reproducción. Somete

* Véase: C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 814, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (Ed.)

al pequeño agricultor a la usura, puesto que en este terreno encuentra menos campo el crédito en el verdadero sentido de la palabra. Constituye un obstáculo para la agricultura, aun allí donde estas compras recaen sobre grandes fincas. Contradice en realidad, al modo de producción capitalista, al que le es indiferente en general el endeudamiento del propietario de la tierra, ya haya heredado ésta o la haya adquirido por compra." (344-345.)*

La hipoteca de la tierra y la usura son, pues, por decirlo así, formas con que el capital elude las dificultades que la propiedad privada de la tierra ofrece a su libre penetración en la agricultura. Sin capital no es posible sostener una hacienda en la sociedad basada en la producción mercantil. Esto no pueden por menos de comprenderlo tanto el campesino como su ideólogo el populista. Por lo mismo, la cuestión se reduce a saber si puede ser invertido el capital en la agricultura con plena libertad, de un modo directo e inmediato a través del usurero y del establecimiento de crédito. El campesino y el populista —que, en parte, no comprenden el dominio absoluto del capital en la sociedad contemporánea y, en parte, se echan a los ojos la ceniza de ilusiones y sueños para no ver la ingrata realidad— piensan en la ayuda pecuniaria de fuera. "A quienes hayan recibido tierra del fondo nacional —reza el § 15 del proyecto agrario de los 104— y no tengan medios suficientes para adquirir todo cuanto la hacienda necesita, se les debe prestar ayuda a cuenta del Estado, en forma de préstamos y subsidios." Naturalmente, es indudable que esta ayuda pecuniaria sería necesaria al ser reorganizada la agricultura rusa por una revolución campesina victoriosa. Kautsky lo remarca con entera razón en su obra *La cuestión agraria en Rusia*. Pero de lo que ahora se trata aquí es de la importancia económico-social de todos estos "préstamos y subsidios en dinero", no advertida por el populista. El Estado no puede ser más que intermediario en la entrega del dinero proveniente de los capitalistas, pero no puede conseguir dinero como no sea de los capitalistas. Por consiguiente, aun con la mejor organización posible de la ayuda estatal, no se elimina en lo más mínimo la dominación del capital, y el problema sigue siendo el mismo: cuáles son las formas posibles de aplicación de capital en la agricultura.

* Idem, pág. 817.

Y este problema lleva inevitablemente a la crítica marxista de la propiedad privada de la tierra. Dicha propiedad es un estorbo para la libre inversión de capital en la tierra. O plena libertad para semejante inversión, y entonces es abolida la propiedad privada de la tierra, es decir, se nacionaliza la tierra. O mantenimiento de la propiedad agraria privada, y entonces penetra el capital mediante *rodeos*: hipoteca de la tierra por el terrateniente y el campesino, esclavización del campesino por el usurero, entrega de la tierra al arrendatario poseedor de capital.

“En el régimen de pequeño cultivo —dice Marx—, el precio de la tierra, forma y resultado de la propiedad privada sobre el suelo, aparece como una barrera opuesta a la misma producción. En la agricultura y en el régimen de gran propiedad territorial basado en el sistema de explotación capitalista, también aparece como barrera la propiedad, pues entorpece al arrendatario en la inversión productiva de capital, que en última instancia no le beneficia a él, sino al terrateniente.” (*El Capital*, 2ª parte, tomo III, págs. 346-347.)*

Por consiguiente, la abolición de la propiedad privada de la tierra equivale a la máxima eliminación posible en la sociedad burguesa de toda clase de trabas que impiden la libre aplicación de capital en la agricultura y el paso libre del capital de una rama de la producción a otra. Libertad, amplitud y rapidez de desarrollo del capitalismo, plena libertad de lucha de clases, desaparición de todo género de intermediarios superfluos que convierten a la agricultura en algo parecido a una industria en la que se suda sangre: esto es la nacionalización de la tierra bajo la producción capitalista.

6. La nacionalización de la tierra y la renta “monetaria”

A. Finn, defensor del reparto, esgrime un interesante argumento económico contra la nacionalización. Tanto la nacionalización como la municipalización —dice— representan la entrega de la renta a una determinada colectividad social. Pero surge esta pregunta: ¿de qué renta se trata aquí? No se trata de la renta capitalista, pues “los campesinos, por lo común, no reciben de su tierra renta en el sentido capitalista” (*La cuestión agraria y*

* Idem, pág. 819.

la socialdemocracia, pág. 77, cfr. pág. 63), sino de la renta monetaria precapitalista.

Marx entiende por renta monetaria el pago por el campesino al terrateniente de todo el plusproducto en forma de dinero. La forma inicial de la dependencia económica del campesino respecto del terrateniente es, bajo los modos precapitalistas de producción, la renta en trabajo (*Arbeitsrente*), es decir, la prestación personal; luego, la renta en especie o renta natural y, por último, la renta en dinero. Esta renta —dice A. Finn— “es la que está más extendida en nuestro país aun en la actualidad”. (Pág. 63.)

Es indudable que la renta feudal expoliadora se halla extraordinariamente difundida en nuestro país y que, según la teoría de Marx, el pago de los campesinos bajo este sistema de arrendamiento es, en parte considerable, renta monetaria. ¿Cuál es la fuerza que permite extraer de los campesinos dicha renta? ¿Es la fuerza de la burguesía y del capitalismo en desarrollo? De ninguna manera. Es la fuerza de los latifundios feudales. Como estos últimos serán destruidos —y éste es el punto de partida y la condición fundamental de la revolución agraria campesina—, no hay por qué hablar de “renta monetaria” en el sentido precapitalista. Por consiguiente, el único sentido de la objeción de Finn es que subraya una vez más el absurdo de separar las tierras parcelarias de los campesinos de las demás tierras, en caso de una transformación agraria revolucionaria: como las tierras parcelarias se hallan a menudo rodeadas por las de los terratenientes, como las actuales condiciones de deslinde de las tierras campesinas y de las de los terratenientes son causa de sujeción avasalladora, el mantenimiento de dicho deslinde es reaccionario. Y la municipalización lo mantiene, a diferencia del reparto y de la nacionalización.

La existencia de la pequeña propiedad agraria o, mejor dicho, de la pequeña hacienda introduce, naturalmente, ciertas modificaciones en las tesis generales de la teoría sobre la renta capitalista, pero no destruye esta teoría. Marx señala, por ejemplo, que la renta absoluta, como tal, no existe de ordinario en el pequeño cultivo destinado principalmente a satisfacer las necesidades del propio agricultor (III, 2, 339, 344.)* Pero cuanto más se

* Idem, págs. 811-817.

desarrolla la economía mercantil, tanto más aplicables son todas las tesis de la teoría económica igualmente a la hacienda campesina, una vez que ésta se ha colocado dentro de las condiciones del mundo capitalista. No hay que olvidar que ninguna nacionalización de la tierra, ningún régimen igualitario de usufructo de la misma pondrán fin al fenómeno, plenamente cristalizado en Rusia, de que los campesinos acomodados exploten ya su hacienda a la manera capitalista. He demostrado en *El desarrollo del capitalismo* que, según datos de las décadas del 80 y del 90 del siglo pasado, cerca de 1/5 de las haciendas campesinas concentran hasta la mitad de la producción agrícola campesina y una parte mucho mayor de los arrendamientos; que la economía de estos campesinos es ya ahora más mercantil que natural, y que, por último, estos campesinos no pueden existir sin que haya millones de peones y jornaleros*. En este campesinado se dan ya de antemano los elementos de la renta capitalista. Estos campesinos expresan sus intereses por boca de señores como los Peshejonovs, que rechazan "con sensatez" la prohibición del trabajo asalariado y la "socialización de la tierra" y defienden con sensatez el punto de vista del individualismo económico del campesino, individualismo que se está abriendo camino. Si en las utopías de los populistas separamos rigurosamente de la falsa ideología el elemento económico real, veremos al punto que quienes más salen ganando de la destrucción de los latifundios feudales —con el reparto, lo mismo que con la nacionalización o con la municipalización— son precisamente los campesinos burgueses. De igual manera, los "préstamos y subsidios" del Estado no pueden por menos de beneficiarles a ellos antes que a nadie. La "revolución agraria campesina" no es otra cosa que la subordinación de todo el régimen de propiedad agraria a las condiciones del progreso y del florecimiento de estas haciendas de granjeros precisamente.

La renta monetaria es el ayer que muere y que no puede menos de morir. La renta capitalista es el mañana que está naciendo y que no puede menos de desarrollarse, tanto con la expropiación stolypiniana de los campesinos pobres ("con arreglo al

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. III, ed. Cartago, 1957, págs. 134-138. (Ed.)

artículo 87") como con la expropiación campesina de los potentados terratenientes.

7. ¿En qué condiciones puede verificarse la nacionalización?

Es frecuente entre los marxistas la idea de que sólo es posible realizar la nacionalización en una fase elevada de desarrollo del capitalismo, cuando éste haya preparado ya plenamente las condiciones en que "los dueños de la tierra se separan de la agricultura" (mediante los arriendos y las hipotecas). Se presupone que la agricultura capitalista en gran escala debe estar ya cristalizada antes de que pueda ser llevada a efecto la nacionalización de la tierra, que elimina la renta y no afecta al organismo económico*.

¿Es justa esta opinión? No puede ser fundamentada teóricamente; no puede ser apoyada con referencias directas a Marx; los datos suministrados por la experiencia hablan más bien en contra de ella.

Desde el punto de vista teórico, la nacionalización representa el desarrollo puro "ideal" del capitalismo en la agricultura. Otra cosa es la cuestión de si son posibles con frecuencia en la historia una coincidencia tal de condiciones y una correlación tal de fuerzas que permitan la nacionalización en la sociedad capitalista. Pero la nacionalización no sólo es una consecuencia, sino también una condición del desarrollo rápido del capitalismo. Pensar que sólo es posible dado un desarrollo muy alto del capitalismo en la agricultura, equivale, puede decirse, a negar la nacionalización como una medida de progreso burgués, pues el alto nivel de desarrollo del capitalismo agrícola ha puesto ya en todas partes a la orden del día (y seguirá poniéndola inevitablemente a su debido tiempo en nuevos países) la "socialización de la producción agrícola", es decir, la revolución socialista. Una medida de progreso burgués, como medida burguesa, es inconcebible cuando se ha

* He aquí una de las manifestaciones más exactas de esta opinión, hecha por boca del camarada Boríssov, defensor del reparto:

"...Más tarde será planteada (la reivindicación de nacionalizar la tierra) por la historia; será planteada cuando la economía pequeñoburguesa haya degradado, el capitalismo haya conquistado sólidas posiciones en la agricultura y Rusia no sea ya un país campesino". (Pág. 127 de las Actas del Congreso de Estocolmo.)

agudizado mucho la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Una medida tal es verosímil más bien en una sociedad burguesa "joven", que todavía no ha desplegado sus fuerzas, que todavía no ha desarrollado sus contradicciones hasta el fin, que todavía no ha creado un proletariado tan pujante que tienda directamente hacia la revolución socialista. Y Marx admitía, y en parte defendía de un modo abierto, la nacionalización no sólo en la época de la revolución burguesa de 1848 en Alemania, sino en 1846 para Norteamérica, respecto de la cual señalaba ya entonces con entera exactitud que *no hacía más que comenzar el "desarrollo industrial"*. La experiencia de los diferentes países capitalistas no nos muestra una nacionalización de la tierra en forma más o menos pura. Algo análogo vemos en Nueva Zelandia, joven democracia capitalista, donde ni hablar cabe de un alto desarrollo capitalista agrícola. Algo análogo ocurrió asimismo en Norteamérica, cuando el Estado promulgaba la ley sobre los *homesteads* y distribuía por una renta nominal lotes de tierra a los pequeños propietarios.

No. Referir la nacionalización a la época del capitalismo altamente desarrollado equivale a negarla como medida de progreso burgués. Y semejante negación contradice de un modo directo a la teoría económica. Yo creo que en el razonamiento de *Teorías sobre la plusvalía* que cito a continuación, Marx indicó unas condiciones de realización de la nacionalización *distintas* a las que de ordinario se supone.

Después de señalar que el dueño de la tierra es una figura completamente superflua para la producción capitalista y que la finalidad de esta última "se consigue por entero" si la tierra pertenece al Estado, Marx continúa:

"Por eso el burgués radical... da un paso al frente y niega teóricamente la propiedad privada sobre el suelo... Sin embargo, en la práctica siente flaquear su valor, pues sabe que todo ataque a una forma de propiedad — a una de las formas de propiedad privada sobre los medios de producción — podría acarrear consecuencias muy delicadas para la otra. Además, los propios burgueses se han ido convirtiendo también en terratenientes." (*Theorien über den Mehrwert*, II. Band, I. Teil, S. 208.)*

* Véase: C. Marx, *El Capital*, t. IV, "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", ed. Cartago, 1956, pág. 344. (Ed.)

Marx no señala en este pasaje el insuficiente desarrollo del capitalismo en la agricultura como obstáculo para realizar la nacionalización. Señala otros *dos* obstáculos, que hablan mucho más en favor de la idea de que la nacionalización es realizable en la época de la *revolución burguesa*.

Primer obstáculo: al burgués radical *le falta valor* para atacar a la propiedad agraria privada en vista del peligro de un ataque socialista contra toda clase de propiedad privada, es decir, en vista del peligro de la revolución socialista.

Segundo obstáculo: "los propios burgueses se han ido convirtiendo en terratenientes". Marx tiene en cuenta, por lo visto, que precisamente el modo burgués de producción se ha fortificado ya en la propiedad privada de la tierra, es decir, que esta propiedad privada se ha hecho mucho más burguesa que feudal. Cuando la burguesía, como clase, se ha ligado *ya* en proporciones vastas y predominantes a la posesión de la tierra, "se ha convertido en terrateniente" *ya*, "se ha asentado en la tierra", y ha sometido por entero bajo su poder el régimen de propiedad agraria, entonces es cuando *no puede* haber un verdadero movimiento *social* de la burguesía en favor de la nacionalización. Y no puede haberlo por la sencilla razón de que ninguna clase irá jamás contra sí misma.

Hablando en términos generales, estos dos obstáculos pueden ser eliminados *solamente* en la época inicial del capitalismo y no en la época del capitalismo agonizante, en la época de la *revolución burguesa* y no en vísperas de la revolución socialista. El criterio de que es posible realizar la nacionalización únicamente cuando existe un alto nivel de desarrollo del capitalismo, no puede ser calificado de marxista. Se halla en contradicción tanto con las premisas generales de la teoría de Marx, como con las palabras de éste que hemos citado. *Simplifica* el problema del ambiente histórico concreto de la nacionalización, como medida llevada a efecto por determinadas fuerzas y clases, reduciéndolo a una mera abstracción esquemática.

El "burgués radical" *no puede tener valor* en la época del capitalismo altamente desarrollado. En esta época, este burgués, tomado en masa, es ya inevitablemente contrarrevolucionario. En esta época es ya inevitable la casi completa "conversión en terrateniente" de la burguesía. Por el contrario, en la época de la revolución burguesa, las condiciones *objetivas* obligan al "burgués radical" a tener valor, pues al cumplir la misión histórica de dicha época, no puede aún, como clase, temer a la revolución *proletaria*.

En la época de la revolución burguesa, la burguesía *no se ha convertido en terrateniente aún*: en esta época, el régimen de propiedad territorial se halla todavía demasiado penetrado de feudalismo. Se hace posible el fenómeno de que *la masa de agricultores burgueses, de granjeros, luche contra las formas principales de propiedad agraria y llegue, por tanto, a realizar en la práctica la plena "emancipación de la tierra" al modo burgués, es decir, la nacionalización.*

En todos estos sentidos, la revolución burguesa rusa se halla en condiciones particularmente propicias. Razonando desde un punto de vista puramente económico, debemos reconocer, sin duda de ningún género, que en el régimen ruso de posesión de la tierra, tanto en el de los terratenientes como en el de los campesinos parcelarios, se conservan en el grado máximo restos del feudalismo. En estas condiciones, la contradicción entre el capitalismo relativamente desarrollado en la industria y el monstruoso atraso del campo se hace flagrante y, en virtud de causas objetivas, impulsa hacia la revolución burguesa más profunda y hacia la creación de condiciones para el más rápido progreso agrícola. La nacionalización de la tierra es precisamente la condición para el más rápido progreso capitalista en nuestra agricultura. En Rusia existe un "burgués radical" que todavía no se ha "convertido en terrateniente", que no puede temer en la época presente el ataque" proletario. Este burgués radical es el campesino ruso.

Desde este punto de vista, se comprende plenamente la distinta actitud que ante la nacionalización de la tierra tienen la masa de burgueses liberales rusos y la masa de campesinos rusos. El terrateniente liberal, el abogado, el gran industrial, el comerciante, todos ellos se han "convertido en terratenientes" en grado suficiente. Ellos no pueden menos de temer el ataque proletario. No pueden menos de preferir el camino stolypiniano-democrático-constitucionalista. ¡Imaginaos el río de oro que afluye ahora a los terratenientes, a los funcionarios, a los abogados y a los comerciantes, por los millones que el Banco "campesino" entrega a los terratenientes muertos de miedo! Con el "rescate" propuesto por los demócratas-constitucionalistas, este río de oro tendría un curso un poquito distinto, sería tal vez un poquito menos caudaloso, pero también sumaría cientos de millones e iría a parar a las mismas manos.

El derrocamiento revolucionario de *todas* las viejas formas de posesión de la tierra puede no aportar un kopek ni a los funcionarios ni a los abogados. Y los comerciantes —considerados

en masa— no pueden mirar tan lejos que prefieran la futura ampliación del mercado interior de los mujiks a la posibilidad inmediata de luegar a costa de los señores. Sólo el campesino, al que la vieja Rusia va hundiendo en la miseria más completa, es capaz de esforzarse por conseguir la renovación total del régimen de posesión de la tierra.

8. La nacionalización, ¿tránsito al reparto?

Si se considera la nacionalización como una medida realizable más que nada en la época de la revolución burguesa, este criterio conducirá de un modo indefectible a admitir que la nacionalización puede ser un simple tránsito al reparto. La exigencia económica real que obliga a la masa campesina a esforzarse por conseguir la nacionalización, es la necesidad de renovar radicalmente todas las viejas relaciones de posesión de la tierra, "limpiar" todas las tierras y readaptarlas a la nueva economía, a la economía de los granjeros. Siendo esto así, es claro que los granjeros, tras de adaptarse y renovar *todo* el régimen de posesión de la tierra, pueden exigir *la consolidación* de este *nuevo* régimen agrario, es decir, que los lotes tomados por ellos en arriendo al Estado pasen a ser propiedad suya.

Sí, esto es absolutamente indiscutible. Nosotros no deducimos la nacionalización de consideraciones abstractas, sino teniendo en cuenta de modo concreto los intereses concretos de una época concreta. Y, naturalmente, sería ridículo considerar "idealista" a la masa de pequeños agricultores, sería ridículo pensar que se van a detener ante el reparto, si esto lo exigen sus intereses. Debemos, por tanto, examinar: 1) si sus intereses pueden exigir el reparto, 2) en qué condiciones y 3) cómo debe reflejarse esto en el programa agrario proletario.

A la primera pregunta hemos dado ya una respuesta afirmativa. A la segunda no es posible responder de un modo preciso en el momento presente. Después del período de la nacionalización revolucionaria, el reparto puede ser suscitado por la aspiración a consolidar en el mayor grado posible las nuevas relaciones de posesión de la tierra, adecuadas a las exigencias del capitalismo. Puede ser suscitado por la aspiración de *estos* pequeños agricultores a aumentar sus ingresos a costa del resto de la sociedad. Por último, puede ser suscitado por la aspiración a "apaiguar"

(o, dicho de una manera más sencilla, a ahogar) al proletariado y a las capas semiproletarias, para los cuales la nacionalización de la tierra será un elemento que "excite los apetitos" de socialización de toda la producción social. Estas tres posibilidades se reducen a un solo fundamento económico, pues de la consolidación del nuevo régimen de posesión capitalista de la tierra de los nuevos granjeros emanarán automáticamente tanto el espíritu antiproletario como la aspiración a crear *para sí* un nuevo privilegio en forma de derecho de propiedad. Por tanto, el problema se reduce precisamente a esta consolidación económica. Ha de ofrecer resistencia permanente a esta consolidación el desarrollo del capitalismo, que acentúa la superioridad del cultivo en gran escala y exige que se facilite constantemente una "consolidación" de los pequeños lotes de los granjeros que vaya convirtiendo esos lotes en grandes haciendas. Ha de ofrecer una resistencia pasajera el fondo de colonización de Rusia: consolidar la nueva hacienda significa elevar la técnica agrícola. Y hemos demostrado ya que cada paso adelante dado por la técnica agrícola "abre" para Rusia nuevas y nuevas extensiones de tierras de su fondo de colonización.

Como resumen del examen de la segunda cuestión planteada por nosotros, es preciso hacer esta conclusión: no se puede pronosticar con exactitud las condiciones en que la exigencia del reparto presentada por los nuevos granjeros superará *todas* las influencias contrarias. Es indispensable tener en cuenta que el posterior desarrollo capitalista creará de manera indefectible dichas condiciones después de la revolución burguesa.

En cambio, se puede dar una respuesta totalmente precisa a la última pregunta, referente a la actitud del partido obrero ante la posible exigencia del reparto presentada por los nuevos granjeros. El proletariado puede y está obligado a apoyar a la burguesía militante, cuando ésta sostiene una lucha realmente revolucionaria contra el feudalismo. Pero no es misión del proletariado prestar apoyo a una burguesía que se va sintiendo satisfecha. Si es indudable que en Rusia es imposible una revolución burguesa victoriosa sin nacionalizar la tierra, es aún más indudable que el subsiguiente viraje hacia el reparto no es posible sin una cierta "restauración", sin un viraje de los campesinos (mejor dicho desde el punto de vista de las relaciones presupuestas: de los granjeros) hacia la contrarrevolución. El proletariado defenderá la tradi-

ción revolucionaria contra todas estas aspiraciones, en lugar de prestarles ayuda.

En todo caso, sería un profundo error creer que, si los nuevos granjeros se vuelven de cara al reparto, la nacionalización será un fenómeno fugaz, privado de toda importancia seria. Tendría, en todo caso, una importancia gigantesca, lo mismo material que moral. Material, en el sentido de que nada puede barrer de un modo tan completo los restos del medievalismo en Rusia, renovar de un modo tan completo el campo, medio putrefacto por el asiatismo, e impulsar el progreso agrícola con tanta rapidez como la nacionalización. Toda otra manera de solucionar el problema agrario en la revolución, crea puntos de partida menos favorables para el desarrollo económico ulterior.

La importancia moral de la nacionalización en la época revolucionaria consiste en que el proletariado ayuda a asestar "a una forma de la propiedad privada" un golpe tal, que son inevitables sus repercusiones en todo el mundo. El proletariado propugna la revolución burguesa más consecuente y más decidida, las condiciones más favorables del desarrollo capitalista, ofreciendo así resistencia con la máxima eficacia a toda indecisión, timidez, falta de carácter y pasividad, cualidades que la burguesía no puede menos de manifestar.

CAPÍTULO IV

CONSIDERACIONES DE ORDEN POLITICO Y TACTICO EN
TORNO A LAS CUESTIONES DEL PROGRAMA AGRARIO

Como ya se ha dicho antes, son precisamente consideraciones de este género las que ocupan un lugar desproporcionado en la discusión sobre el programa agrario en el seno de nuestro partido. Nuestro propósito es analizar estas consideraciones del modo más sistemático y conciso posible, señalando la correlación entre las distintas medidas políticas (y puntos de vista) y los fundamentos económicos de la revolución agraria.

1. La "garantía contra la restauración"

En el "Informe" sobre el Congreso de Estocolmo he examinado este argumento, reproduciendo de memoria los debates. Ahora tenemos delante el texto exacto de las actas.

"La clave de mi posición —exclamó Plejánov en el Congreso de Estocolmo— consiste en señalar la posibilidad de una restauración." (115.) Veamos más de cerca esta clave. He aquí la primera alusión a ella en el primer discurso de Plejánov:

"Lenin dice: «nosotros haremos que la nacionalización sea inofensiva», mas para hacer inofensiva a la nacionalización, es necesario hallar una garantía contra la restauración; y semejante garantía no existe ni puede existir. Recordad la historia de Francia; recordad la historia de Inglaterra; en cada uno de estos países, al vasto ímpetu revolucionario siguió la restauración. Lo mismo puede ocurrir en nuestro país; y nuestro programa debe ser tal, que, en el caso de que se lleve a efecto, reduzcamos al mínimo el daño que puede acarrear una restauración. Nuestro programa debe eliminar la base económica del zarismo; pero la nacionalización de

la tierra en el período revolucionario no elimina esta base. Por eso, considero que la exigencia de nacionalizar la tierra es una reivindicación antirrevolucionaria." (44.) En este mismo discurso dice Plejánov cuál es la "base económica del zarismo": "En nuestro país, las cosas se desarrollan de forma que la tierra, junto con los agricultores, fue avasallada por el Estado, y sobre la base de este avasallamiento se desarrolló el despotismo ruso. Para destruir el despotismo, es necesario eliminar su base económica. Por eso, yo estoy contra la nacionalización en estos momentos." (44.)

Veamos, ante todo, la *lógica* de este razonamiento sobre la restauración. Primero: "¡no existe ni puede existir garantía contra la restauración!" Segundo: hay que "reducir al mínimo el daño que puede acarrear una restauración". Es decir, *hay que inventar una garantía contra la restauración, ¡aunque no puede existir tal garantía!* Y en la página siguiente, en la 45 (en ese mismo discurso). Plejánov inventa definitivamente la garantía: "En caso de restauración —dice sin ambages—, ella (la municipalización) no entrega la tierra (¡escuchad!) en manos de los representantes políticos del viejo régimen." Se ha encontrado una garantía contra la restauración, si bien esta garantía "no puede existir". El juego de manos ha sido ejecutado con brillantez, y las publicaciones menchevíques rebosan entusiasmo ante la habilidad de este prestidigitador.

Plejánov, cuando habla, dice agudezas, bromea, alborota, chisporrotea, gira y brilla como una rueda de fuegos de artificio. Pero lo malo es cuando ese orador escribe de cabo a rabo su discurso y éste es sometido luego a un análisis lógico.

¿Qué se entiende por restauración? El paso del poder del Estado a manos de los representantes políticos del viejo régimen. ¿Puede haber garantía contra esta restauración? No, no puede haberla. *Por eso* inventamos dicha garantía: la municipalización, que "no entrega la tierra"... ¿En qué consiste —seguimos preguntando— el obstáculo opuesto por la municipalización a la "entrega de la tierra"? Exclusivamente en una ley promulgada por el parlamento revolucionario y que declara determinadas tierras (las que eran de los terratenientes, etc.) *propiedad* de las asambleas regionales. ¿Y qué es una ley? La expresión de la voluntad de las clases que han conseguido la victoria y tienen en sus manos el poder del Estado.

¿Comprendéis ahora que semejante ley "no entrega la tierra"

“a los representantes del viejo régimen” cuando pasa a ellos el poder del Estado?

—¡Y esta estupidez infinita la han propagado los socialdemócratas después del Congreso de Estocolmo, llegando hasta a proclamarla desde la tribuna de la Duma!*

En cuanto al fondo de este famoso problema sobre la “garantía contra la restauración”, hay que observar lo siguiente. Como no puede haber en nuestras manos garantías contra la restauración, plantear este problema en relación con el programa agrario equivalía a *desviar* la atención de los oyentes, a *enturbiar sus ideas*, a embrollar la discusión. Nosotros no estamos en condiciones de deseneadenar a nuestro antojo la revolución socialista de Occidente, que es la única garantía absoluta contra la restauración en Rusia. Una “garantía” relativa y condicional, es decir, *la dificultad* mayor posible para la restauración es que la transformación revolucionaria que se haga en Rusia sea lo más profunda, consecuente y decidida posible. Cuanto más lejos vaya la revolución, tanto más difícil será la restauración de lo viejo, y tanto más quedará, aun en el caso de restauración. Cuanto más profundamente sea removida la vieja base por la revolución, tanto más difícil será la restauración. En el terreno político, la República es una transformación más profunda que la administración autónoma local de carácter democrático; aquélla supone (y desarrolla) una gran energía revolucionaria, un alto grado de conciencia y de organización de las grandes masas del pueblo y deja sentadas tradiciones que es mucho más difícil extirpar. Esa es la razón de que, por ejemplo, los socialdemócratas de nuestros días aprecien los grandes frutos de la Revolución Francesa, pese a todas las restauraciones, diferenciándose así de los demócratas-constitucionalistas (¡y de los socialdemócratas demconstitucionalizantes!), que prefieren unos zemstvos democráticos con la monarquía, como “garantía contra la restauración”.

En el terreno económico, la medida que va más lejos en la revolución agraria burguesa es la nacionalización, pues destruye *todo* el régimen medieval de posesión de la tierra. El campesino sostiene *ahora* su hacienda en un trozo de tierra parcelaria propia, en un trozo de tierra parcelaria arrendada a la comunidad, en

* Discurso de Tsereteli del 26 de mayo de 1907, pág. 1234 de las actas taquigráficas de la Segunda Duma.

un trozo de tierra arrendada a los terratenientes, etc. La nacionalización permite romper en el grado máximo *todas* las barreras del régimen de posesión del suelo y “limpiar” toda la tierra para la *nueva hacienda*, de acuerdo con las exigencias del capitalismo. Naturalmente, ni aun con una tal limpieza hay garantías contra la vuelta de lo viejo: sería puro charlatanismo prometer al pueblo semejante “garantía contra la restauración”. Pero como resultado de esta limpieza del viejo *régimen de posesión del suelo*, se afianzará la nueva *hacienda* hasta tal punto, que se dificultará al grado máximo la vuelta al viejo régimen de posesión, pues *no es posible* detener con fuerza alguna el desarrollo del capitalismo. En cambio, con la municipalización *se facilita* el retorno al viejo régimen de posesión de la tierra, pues *eterniza* la “línea de demarcación”, el límite que separa el régimen agrario medieval del nuevo, del régimen de la propiedad municipalizada. Después de nacionalizada la tierra, la restauración tendría que destruir millones de nuevas haciendas capitalistas (granjas), para restablecer el viejo régimen de posesión del suelo. Después de municipalizadas las tierras, la restauración no tendría que destruir ninguna hacienda, no tendría que proceder a ningún nuevo deslinde; bastaría, en el sentido literal de la palabra, firmar un papel por el que *se hiciese pasar* las tierras del “municipio” X a propiedad de los nobles terratenientes Y, Z. etc. o entregar a los terratenientes la renta de las tierras “municipalizadas”.

Siguiendo nuestra exposición, del error lógico de Plejánov en cuanto al problema de la restauración, del embrollo de los conceptos políticos hay que pasar a la esencia económica de la restauración. Las actas del Congreso de Estocolmo han confirmado plenamente lo dicho por mí en el “Informe”, cuando hice la afirmación de que Plejánov confundía de manera inadmisiblemente la restauración francesa sobre la base del capitalismo con la restauración de “nuestro viejo régimen semiasiático”. (Pág. 116 de las Actas del Congreso de Estocolmo.) Por eso no tengo necesidad de añadir nada sobre esta cuestión a lo dicho en el “Informe”. Detengámonos únicamente en la “eliminación de la base económica del despotismo”. He aquí el pasaje más importante del discurso de Plejánov, que se refiere a ello:

“La restauración (en Francia) no restableció los restos del feudalismo, es cierto, pero lo que en nuestro país corresponde a estos restos es nuestro viejo avasallamiento de la tierra y del agricultor por el Estado, nuestra vieja y peculiar nacionalización

de la tierra. A nuestra restauración le será tanto más fácil restablecer esta (*sic!*) nacionalización, por cuanto vosotros mismos exigís la nacionalización de la tierra y dejáis incólume esta herencia de nuestro viejo régimen semiasiático." (116.)

¡Tenemos, pues, que a la restauración "le será más fácil" restablecer esta nacionalización, es decir, la semiasiática, pues Lenin (y los campesinos) exigen *ahora* la nacionalización! ¿Qué es esto? ¿Un análisis desde el punto de vista del materialismo histórico o un "juego de palabras" puramente racionalista*? ¿Es la palabra "nacionalización" o son determinados cambios económicos los que facilitan el restablecimiento del régimen semiasiático? Si Plejánov reflexionase sobre esto, vería que la municipalización y el reparto destruyen una base del asiaticismo, la propiedad agraria medieval de los terratenientes, pero dejan otra: la propiedad medieval parcelaria. Por consiguiente, si miramos al fondo de la cuestión, a la esencia económica de la transformación (y no a su designación con este u otro término), es precisamente la nacionalización la que elimina de un modo mucho más radical las bases económicas del asiaticismo. El "juego de manos" de Plejánov consiste en que llama "nacionalización peculiar" al régimen de posesión medieval de la tierra basado en la dependencia personal, en las cargas tributarias y en los servicios de armas prestados al zar, saltando por encima de dos variedades de este régimen de propiedad agraria: el parcelario y el terrateniente. Merced a este juego de palabras, queda difuminado el problema histórico real: cuáles son las variedades del régimen medieval de posesión de la tierra que destruye una u otra medida agraria. ¡No son muy ingeniosos, que digamos, los procedimientos que emplea Plejánov en sus fuegos de artificio!

La explicación real de todo este embrollo casi increíble, que Plejánov introduce en el problema acerca de la restauración, se encierra en dos circunstancias. En primer lugar, Plejánov al hablar de la "revolución agraria campesina", no tenía, ni mucho menos, una idea clara de las peculiaridades de la misma, como evolución capitalista. Confunde el populismo, la doctrina sobre la posibilidad de la evolución *no capitalista*, con la concepción marxista, que dice que son posibles dos formas de evolución

* El camarada Schmidt, en Estocolmo, pág. 122 de las Actas.

capitalista agraria. En Plejánov se advierte constantemente un vago "temor a la revolución campesina" (como ya se lo dije en Estocolmo, págs. 106-107*), el temor de que ésta pueda resultar reaccionaria en el sentido económico y no conduzca a la agricultura norteamericana de tipo granja, sino a la servidumbre medieval. En realidad, esto es imposible en el sentido económico. La reforma campesina y la marcha de la evolución después de ella son la prueba. En la reforma campesina es muy fuerte la envoltura del feudalismo (del feudalismo terrateniente y del "feudalismo estatal", al que Martínov aludió en Estocolmo después de Plejánov). Pero la evolución económica ha resultado ser *más fuerte* y ha llenado esta envoltura feudal de un contenido capitalista. Pese a las trabas del régimen medieval de posesión de la tierra, tanto la economía campesina como la terrateniente se han desarrollado *por la senda burguesa*, aunque con increíble lentitud. De ser real el temor de Plejánov de un retorno al asiaticismo, el régimen de posesión de la tierra de los labriegos del Estado (hasta la década del 80) o de los ex labriegos del Estado (después de la década del 80) tendría que resultar el tipo más puro de "feudalismo estatal". De hecho ese régimen de posesión de la tierra fue más libre que el de los campesinos siervos de los terratenientes, pues la explotación feudal era ya imposible en la segunda mitad del siglo XIX. Entre los labriegos del Estado, poseedores de "muchoa tierra"**, reinaba en menor medida la explotación avasalladora y se desarrolló con más rapidez la burguesía campesina. En Rusia es posible ahora, bien la lenta y dolorosa evolución burguesa según el tipo prusiano, junker, o bien la evolución rápida y libre, según el tipo norteamericano. Todas las demás vías son ilusorias.

La segunda causa del "embrollo de la restauración" que reinó en las cabezas de algunos camaradas fue lo incierto de la situación existente en la primavera de 1906. El campesinado, como masa, no se había dado a conocer aún de un modo defini-

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X. ed. Cartago, 1960, pág. 277. (Ed.)

** Naturalmente, nuestros campesinos que fueron labriegos del Estado poseen "muchoa tierra" sólo en comparación con los antiguos siervos de terratenientes. Según la estadística del año 1905, los primeros poseen 12,5 desiatinas de tierra parcelaria por hogar y término medio, mientras que los segundos poseen 6,7 desiatinas.

tivo. Todavía era posible no tomar el movimiento campesino y la Unión Campesina como un exponente definitivo de las verdaderas aspiraciones de la aplastante mayoría de los campesinos. La burocracia autoerática y Witte no habían perdido aún del todo la esperanza de que "el mujik nos sacará de apuros" (frase clásica del órgano de Witte *Rússkoe Gosudarstvo*, en la primera de 1906) es decir, de que el campesino se inclinara hacia la derecha. De aquí la representación tan amplia que la ley del 11 de diciembre de 1905 concedía a los campesinos. Entonces muchos socialdemócratas aún veían posible una aventura cualquiera de la autoeracia que estuviese basada en la idea campesina: "más vale que toda la tierra sea del zar, y no de los señores". Pero las dos dumas, la ley del 3 de junio de 1907 y la legislación agraria de Stolypin debían abrir los ojos a todos. La autoeracia, para salvar lo que se pudiese salvar, hubo de emprender la senda de la destrucción violenta de la comunidad en favor de la propiedad privada de la tierra, es decir, basar la contrarrevolución no en los vagos discursos campesinos sobre la nacionalización (la tierra debe ser "del mir", etc.), sino en el *único* fundamento *económico* posible capaz de mantener el poder de los terratenientes: en la evolución *capitalista* según el prototipo prusiano.

Ahora se ha aclarado totalmente la situación, y ya es hora de archivar el vago temor a la restauración "asiática" sobre la base del movimiento campesino contra la propiedad privada de la tierra*.

2. La administración autónoma local como "baluarte contra la reacción"

"... La municipalización —decía Plejánov en Estocolmo— hará de los órganos de la administración pública autónoma, poseedores de la tierra, un baluarte contra la reacción. Y será un baluarte muy vigoroso. Tomad a nuestros cosacos". (45)... Ahora "tomaremos a nuestros cosacos" y veremos qué sentido tiene el hacer referencia a ellos. Pero examinemos antes las bases

* No digo aquí que atemorizar con la restauración es un arma política de la burguesía contra el proletariado, pues todo cuanto había que decir sobre este tema lo dije ya en el *Informe* (Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X. pág. 333 Ed.)

generales de este punto de vista, según el cual la administración autónoma local puede ser un baluarte contra la reacción. Esta opinión ha sido repetida ininidad de veces por nuestros municipalistas y, además de la formulación de Plejánov, bastará transcribir una cita del discurso de John: "¿A qué se reduce la diferencia entre la nacionalización y la municipalización de la tierra, si reconocemos que la una y la otra son realizables y se hallan igualmente relacionadas con la democratización del régimen político? La diferencia se reduce a que la municipalización consolidará mejor las conquistas de la revolución, el régimen democrático, y servirá de base para el posterior desarrollo de éste, mientras que la nacionalización consolidará únicamente el poder del Estado." (112.)

En verdad, los mencheviques niegan la posibilidad de que haya garantías contra la restauración y después fabrican a la vista del público "garantías" y "baluartes", como prestidigitadores que tragan espadas. Reflexionen siquiera un poco, señores: ¿cómo puede la administración autónoma local ser un baluarte contra la reacción o consolidar las conquistas revolucionarias? Una sola cosa puede servir de baluarte contra la reacción y de medio de consolidar las conquistas hechas: la conciencia y la organización de las masas del proletariado y de los campesinos. Y en un Estado capitalista, que está centralizado no por el capricho de la burocracia, sino en virtud de las exigencias inexorables del desarrollo económico, esta organización debe traducirse en la cohesión que constituya una fuerza única en todo el Estado. Sin un movimiento campesino centralizado, sin una lucha política centralizada de los campesinos en todo el Estado, siguiendo al proletariado centralizado, *no puede haber* "conquistas revolucionarias" serias que valga la pena de "consolidar", no puede haber ningún "baluarte contra la reacción".

Es *imposible* una administración autónoma local efectivamente algo democrática sin el total derrocamiento del poder de los terratenientes y sin destruir su régimen de propiedad agraria. Reconociendo esto de palabra, los mencheviques renuncian con asombrosa ligereza a meditar en lo que significa en la práctica. De hecho, eso es irrealizable sin la conquista del poder político en todo el Estado por las clases revolucionarias; y parece que dos años de revolución deberían haber enseñado incluso a los más contumaces "hombres enfundados" que estas clases pueden ser en Rusia solamente el proletariado y los campesinos. Para que venza la "revo-

lución agraria campesina" de la que vosotros, señores, habláis, debe pasar a ser el poder central en todo el Estado, como tal revolución, como revolución campesina.

Los órganos democráticos de la administración autónoma local pueden ser sólo *partículas* de este poder central del campesinado democrático, y sólo *luchando* contra el fraccionamiento local y regional del campesinado, sólo propugnando, preparando y organizando un movimiento centralizado, en el área de todo el Estado, de toda Rusia, se puede servir realmente a la causa de la "revolución agraria campesina" y no estimular el atraso parroquial y el embrutecimiento de los campesinos a causa de su estrecho ambiente local. Es precisamente a este embrutecimiento al que contribuís vosotros, señor Plejánov y señor John, al propugnar la idea absurda y archirreaccionaria de que la administración autónoma local puede servir de "baluarte contra la reacción" o de "consolidación de las conquistas revolucionarias". La experiencia de dos años de revolución rusa, precisamente, ha demostrado con toda evidencia que justamente el fraccionamiento local y regional del movimiento campesino (el movimiento de los soldados es una parte del movimiento campesino) fue más que nada la causa de la derrota.

Dar un programa de la "revolución agraria campesina" y relacionarlo sólo con la democratización de la administración autónoma local y no del poder central, presentar lo primero como verdadero "baluarte" y "consolidación", no es, en el fondo, otra cosa que una *componenda* demócrata-constitucionalista con la *reacción* *. Los demócratas-constitucionalistas hacen hincapié en la administración autónoma local "democrática", no queriendo tocar o temiendo tocar problemas *más importantes*. Los mencheviques no

* En el *Informe* he desarrollado esto con más detalle. [Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 331-332. *Ed.*] Añadiré aquí el discurso del menchevique Novosiedski, excelente confirmación de esto, discurso que no escuché (véase el *Informe*) en el Congreso. Alzándose contra la enmienda que proponía decir "República democrática", en lugar de "Estado democrático" Novosiedski afirmó: "... 'Con unos órganos de la administración autónoma local verdaderamente democráticos, el programa aprobado ahora puede ser aplicado aun en el caso de que el gobierno central alcance un grado de democratización que no pueda ser calificado de grado superior. Incluso con una democratización, por decirlo así, en grado relativo, la municipalización no será perjudicial, sino útil.' (Pág. 138. La cursiva es nuestra.) Más claro no puede ser. Una revolución agraria campesina sin derrocar el absolutismo: esa es la idea archirreaccionaria de los mencheviques.

pensaron en el alcance de sus palabras, al reconocer que la tarea de la época era la "revolución agraria campesina", y en sus consideraciones políticas en torno a su programa agrario llegaron a la apoteosis del atraso provinciano.

Ved, si no, este razonamiento de John:

El camarada Lenin teme que la reacción arranque a la administración autónoma local las tierras confiscadas; si cabe afirmar esto respecto a las tierras que hayan caído en manos del Estado, de ninguna manera se puede afirmar lo mismo en cuanto a las tierras municipalizadas. Incluso el gobierno autocrático ruso no ha podido quitar las tierras a la administración autónoma local armenia, porque se encontró con la enérgica resistencia de la población. (113.)

Admirable, ¿no es verdad? Toda la historia de la autocracia es una sucesión continua de robos de tierras de las localidades, de las regiones y de las nacionalidades, y nuestros sabios varones tranquilizan al pueblo embrutecido por el atraso de la vida provincialiana diciendo: "incluso la autocracia" no ha quitado las tierras a las *iglesias* armenias, aunque comenzó a quitárselas, y aunque sólo la revolución de toda Rusia impidió de hecho que se las quitase... en el centro, la autocracia; en provincias, las "tierras armenias" que "no se atreven a arrebatar..." ¿Y de dónde ha salido toda esa cerrazón mental pequeñoburguesa que vemos en nuestra socialdemocracia?

Ahí tenéis a los cosacos de Plejánov.

Tomad a nuestros cosacos. Se conducen como verdaderos reaccionarios, pero si al gobierno (autocrático) se le ocurriese poner la mano en sus tierras, se levantarían como un solo hombre a defenderlas. Esto significa que la municipalización es buena, porque sirve aun en el caso de una restauración. (45.)

¡"Significa"! Si la autocracia se levantara contra los defensores de la autocracia, los defensores de la autocracia se levantarían contra la autocracia. ¡Qué profundidad de pensamiento! Pero el régimen de propiedad agraria de los cosacos no sólo sirve para el caso de una restauración, sino también para apoyar lo que debe ser derrocado antes de que sea restaurado. Objetando a Plejánov, Schmidt llamó la atención sobre este interesante aspecto de la municipalización:

... He de recordar que, hace todavía un mes, la autocracia otorgó privilegios a los cosacos, lo que quiere decir que no teme la municipalización,

porque el actual procedimiento de gestión de las tierras de los cosacos recuerda en grado considerable la municipalización... Ella (la municipalización) jugará un papel contrarrevolucionario. (123-124.)

Plejánov se puso tan nervioso al oír este discurso, que interrumpió una vez al orador (en una cuestión de muy poca monta: si se trataba o no de los cosacos de Orenburgo) e intentó infringir el reglamento, pidiendo la palabra fuera de turno para hacer una declaración. He aquí el texto de la declaración escrita presentada luego por él:

El camarada Schmidt ha expuesto con inexactitud mi referencia a los cosacos. Yo no aludí, ni mucho menos, a los cosacos de Orenburgo. Yo dije: fijos en los cosacos, se conducen de un modo archirreaccionario, pero si el gobierno quisiera poner la mano en sus tierras, también se levantarían unánimemente contra él. Y lo mismo harían, en mayor o menor grado, en caso de un intento semejante, todas las instituciones regionales a las que la revolución hubiese entregado las tierras confiscadas de los terratenientes. Y tal conducta sería una de las garantías contra la reacción en caso de restauración. (127.)

Naturalmente, este es el plan más genial para derribar la autocracia sin tocar la autocracia: separar de su jurisdicción diversas regiones, y que luego intente recuperarlas. Esto es casi tan genial como expropiar al capitalismo mediante las cajas de ahorros. Pero ahora no se trata de esto. Se trata de que la municipalización regional, que después de la revolución victoriosa "deberá" desempeñar un papel milagroso, *ahora* juega un papel contrarrevolucionario. ¡Esto es lo que Plejánov ha pasado por alto!

Las tierras de los cosacos representan en el momento actual una verdadera municipalización. Extensas regiones pertenecen a distintas tropas cosacas: las de Orenburgo, las del Don, etc. Los cosacos poseen, por término medio, 52 *desiatinas por familia*, y los campesinos 11 *desiatinas*. Además, a las tropas de Orenburgo pertenecen millón y medio de *desiatinas* de las tierras asignadas a las tropas, a las del Don un millón novecientas mil *desiatinas*, y así sucesivamente. A base de esta "municipalización" se desarrollan relaciones puramente feudales. Esta municipalización, existente de hecho, representa un encastillamiento estamental y regional de los campesinos, divididos por las diferencias en cuanto a la cantidad de tierra poseída, a los pagos, a las condiciones de usufructo medieval de la tierra por servicios prestados al Estado, etc. La "municipalización" no contribuye al movimiento democrático

general, sino a fragmentarlo, a debilitar por el fraccionamiento regionalista lo que sólo puede vencer como fuerza centralizada, a separar una región de otra.

Y en la Segunda Duma vemos al *cosaco de derechas* Karaúlov, que defendió a *Stolypin* (también *Stolypin* admite en su declaración el cambio forzoso de lindes), *impugnó* la nacionalización con no menos ardor que Plejánov y se pronunció abiertamente en favor de la municipalización por regiones. (Sesión 18, del 29 de marzo de 1907, pág. 1366 de las actas taquigráficas.)

* El cosaco de derechas Karaúlov captó el fondo de la cuestión mil veces mejor que Máslov y Plejánov. La dispersión de las regiones es una *garantía contra la revolución*. Si los campesinos rusos (con ayuda de un movimiento proletario centralizado, y no "regional") no son capaces de romper el marco de su aislamiento regional, si no son capaces de organizar un movimiento que abarque a toda Rusia, siempre aplastarán la revolución los representantes de algunas regiones colocadas en mejores condiciones, a las que la fuerza centralizada del viejo poder lanzará a la lucha, según lo necesite.

La municipalización es una consigna *reaccionaria*, que idealiza el aislamiento medieval de las regiones y embota en los campesinos la conciencia de la necesidad de una revolución agraria centralizada.

3. El poder central y el fortalecimiento del Estado burgués

El poder central del Estado es precisamente el que infunde a los municipalistas la mayor aversión. Antes de pasar al examen de los razonamientos respectivos, hay que poner en claro qué es la nacionalización desde el punto de vista político-jurídico (con anterioridad hemos esclarecido su contenido económico).

La nacionalización es la entrega de toda la tierra en *propiedad* al Estado. La propiedad significa el derecho a la renta y la fijación por el poder estatal de las normas, *comunes* a todo el Estado, de posesión y usufructo de la tierra. En caso de nacionalización, se incluye indefectiblemente en estas normas comunes el prohibir toda mediación, es decir, se prohíbe el traspaso de tierras a los subarrendatarios, se prohíbe la cesión de tierras a quienes no sean agricultores, etc. Prosigamos. Si el Estado de que se trate es efectivamente democrático (no en el sentido menchevique a lo Novo-

siedski), la propiedad del mismo sobre la tierra no excluye, ni mucho menos, sino que, por el contrario, *exige* que se otorgue a los órganos locales y regionales de la administración autónoma la facultad de *disponer* de la tierra en el marco de las leyes generales del Estado. Como ya he indicado en el folleto *Revisión* *... nuestro programa mínimo *exige claramente* esto, al hablar también de la autodeterminación de las nacionalidades, de una amplia autonomía administrativa regional, etc. Por eso, las normas detalladas correspondientes a las diferencias locales, la asignación práctica de las tierras o la distribución de los lotes entre particulares, sociedades, etc., todo ello pasa *inevitablemente* a manos de los órganos *locales* del poder del Estado, es decir, de los órganos locales de autoadministración.

Los equívocos que ha podido haber en relación con todo esto, se desprendían, bien de la incomprensión de la diferencia entre los conceptos de propiedad, posesión, disposición y usufructo, bien de coqueteos demagógicos con el provincialismo y el federalismo ** La base de la diferencia entre la municipalización y la nacionalización no reside en la distribución de derechos entre el centro y las provincias, y mucho menos aún en el "burocratismo" del centro—sólo pueden pensar y hablar así gentes del todo ignorantes—, sino en el mantenimiento de la propiedad privada de la tierra para una categoría de tierras bajo la municipalización y en abolirla de un modo total bajo la nacionalización. La base de

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas* t. X. (Ed)

** Este coqueteo lo vemos en Máslov... "Es posible—escribe en *Obravanie*, 1907, núm. 3, pág. 104— que en algunos lugares los campesinos estén de acuerdo en compartir sus tierras, pero basta que los campesinos de una gran zona (por ejemplo, Polonia) se nieguen a compartir sus tierras, para que el proyecto de nacionalización de todas las tierras sea un absurdo." He aquí un modelo de argumento vulgar, en el que no hay ni rastro de *pensamiento*, sino un simple conglomerado de palabras. La "negativa" de una zona situada en condiciones especiales no puede modificar el programa general ni convertirlo en un absurdo; puede haber también una zona que "se niegue" a la municipalización. Lo importante no es esto. Lo importante es que en un Estado capitalista único la propiedad privada de la tierra y la nacionalización en vasta escala no podrán coexistir, como dos sistemas. Uno de ellos deberá imponerse. La misión del Partido Obrero es defender el sistema más elevado, que contribuya a un desarrollo más rápido de las fuerzas productivas y a la libertad de la lucha de clases.

esta diferencia reside en el "bimetalismo agrario", admitido en el primer programa y eliminado en el segundo.

Pero si examináis el programa *actual* desde el punto de vista de que es posible la *arbitrariedad* del poder central, etc. (éste es el punto de vista en el que intentan basar a menudo su posición los defensores vulgares de la municipalización), veréis que el programa actual adolece en este sentido de gran confusión y falta de claridad. Baste señalar que el actual programa entrega "en posesión del Estado democrático" tanto las "tierras necesarias para el fondo de colonización" como "los bosques y las aguas de interés nacional". Es claro que estos conceptos son completamente imprecisos y que el terreno para los conflictos es aquí inabarcable. Tomad, por ejemplo, el nuevo trabajo del señor Kaufmann en el tomo II de *La cuestión agraria*, obra de orientación demócrata-constitucionalista, (*En torno al problema de las normas de parcelación adicional*), en el que se hace el cálculo del fondo de reserva de tierras de 44 provincias para asignar adicionalmente tierras a los campesinos, con arreglo a las normas superiores de 1861. El "fondo de tierras no parceladas" se calcula primero sin tener en cuenta los bosques y después con los bosques (el excedente del 25 por ciento del área forestal necesaria). De estos bosques ¿quién determina los que son de "interés nacional"? Naturalmente, sólo el poder central del Estado, por tanto, el programa menchevique pone en manos del poder central un área gigantesca de tierras 57 millones de desiatinas en 44 provincias (según Kaufmann). ¿Quién determina el "fondo de colonización"? Naturalmente, sólo el poder central burgués. Sólo él decide si, por ejemplo, el millón y medio de desiatinas de las tierras asignadas a las tropas cosacas de Orenburgo o los dos millones de desiatinas de los cosacos del Don constituyen o no un "fondo de colonización" *para todo el país* (pues los cosacos poseen 52.7 desiatinas por hacienda). Es claro que el problema no es, ni mucho menos, como lo plantean Máslov, Plejánov y compañía. No se trata de defender con una disposición escrita los órganos regionales de la administración autónoma local contra los atentados del centro; esto es imposible hacerlo no sólo con un papel, sino a cañonazos, pues el desarrollo capitalista conduce a la centralización y concentra en manos del poder central burgués una fuerza a la que no *se pueden nunca* oponer las "regiones". Se trata de que sea *una y la misma clase* la que disponga del poder político tanto en el centro como en las localidades, y en que tanto en aquél como en éstas se consiga

hasta el fin un *grado* absolutamente igual de democratismo, que asegure el *pleno dominio*, por ejemplo, de la mayoría de la población, es decir, de los campesinos. En esto consiste exclusivamente la *garantía real* contra los atentados "desmedidos" del centro y contra la infracción de los derechos "legítimos" de las regiones; todas las demás garantías inventadas por los mencheviques son una tontería rematada, equivalen a defender con un casco de papel al filisteo provinciano contra la fuerza del poder central concentrada por el capitalismo. En esta tontería filisteo incurre precisamente Novosiedski, como incurre en ella todo el programa actual, al admitir el pleno democratismo de los órganos locales de la administración autónoma y un grado "que no es el superior" de democratismo en el centro. ¡El democratismo incompleto del centro equivale a que *no* se garantice el poder en el centro a la mayoría de la población, ni a los elementos que predominan en los órganos locales de la administración autónoma, y esto, a su vez, equivale a que sean no sólo posibles, sino *inevitables los conflictos*, de los que, en virtud de las leyes del desarrollo económico, saldrá indefectiblemente vencedor el poder central no democrático!

Visto el problema desde este aspecto, como medida que sirva de cierta "garantía" para las regiones contra el poder central, la "municipalización" es una garrafal tontería filisteo. Si es "lucha" contra el poder burgués centralizado, no puede ser sino una "lucha" como la que sostienen los *antisemitas* contra el capitalismo: las mismas promesas grandilocuentes que embaucan a las masas atrasadas e ignorantes y la misma imposibilidad económica y política de cumplir esas promesas.

Tomad el argumento más "en boga" de los municipalistas contra la nacionalización: ésta fortalecerá el Estado burgués (recordad las incomparables palabras de John: "consolidará únicamente el poder del Estado"), aumentará los ingresos del poder burgués antiproletario, *mientras que...* así, precisamente, *mientras que* la municipalización suministrará ingresos para atender a las necesidades de la población, a las necesidades del proletariado. Semejante argumento obliga a avergonzarse de la socialdemocracia, pues se trata de *una estupidez puramente antisemita y de una demagogia antisemita*. Para no tomar a uno de esos "dioses menores" desorientados por Plejánov y Máslov, tomaré al "propio" Máslov:

"La socialdemocracia —dice, aleccionando a los lectores de *Obrazovanie*— hace siempre sus cálculos de forma que sus planes y tareas se justifiquen en las peores circunstancias... Debemos

suponer que en todas las esferas de la vida social dominará el régimen burgués con todos sus aspectos negativos. La administración autónoma local será tan burguesa como todo el régimen estatal; en ella se desarrollará la misma lucha agudizada de clases que en las municipalidades de la Europa occidental.

"¿Cuál es, pues, la diferencia entre la administración autónoma y el poder del Estado? ¿Por qué trata la socialdemocracia de entregar las tierras no al Estado, sino a la administración autónoma local?

"Para definir la misión del Estado y de la administración autónoma local, compararemos los presupuestos del uno y de la otra." (*Obrazovanie*, 1907, núm. 3, pág. 102.) Y a renglón seguido se hace esta comparación: en una de las repúblicas más democráticas, en los Estados Unidos de Norteamérica, se invierte en el ejército y la flota el 42 % del presupuesto. Lo mismo ocurre en Francia, en Inglaterra, etc. En Rusia, los "zemstvos de terratenientes" gastan en sanidad el 27,5 %, en instrucción pública el 17,4 % y en carreteras el 11,9 %.

Comparando los presupuestos de los Estados más democráticos con los de la administración autónoma local menos democrática, vemos que, por sus funciones, los primeros están al servicio de las clases dominantes, que los recursos del Estado se invierten en *instrumentos de opresión*, en instrumentos para reprimir la democracia; y que, por el contrario, la administración autónoma local menos democrática y peor, se ve forzada a estar, aunque mal, al servicio de la democracia, a satisfacer las necesidades locales. (103.)

Un socialdemócrata no debe ser tan ingenuo que se avenga a la nacionalización de la tierra por el hecho de que, por ejemplo, los ingresos de las tierras nacionalizadas hayan de ser destinados al mantenimiento de las tropas republicanas... Será de una ingenuidad extraordinaria el lector que crea a Olénov cuando dice que la teoría de Marx "permite" inscribir en el programa solamente la reivindicación de nacionalizar la tierra, es decir, de invertir la renta agraria [¿lo mismo da que se llame absoluta o diferencial?] en el ejército y en la flota, y que esta misma teoría no admite la municipalización de la tierra, es decir, gastar la renta en atender a las necesidades de la población. (103.)

Parece que está claro. La nacionalización sirve para atender al ejército y a la flota. La municipalización sirve para atender las necesidades de la población. Todo judío es un capitalista. Decir ¡abajo los judíos! es decir ¡abajo los capitalistas!

El bueno de Máslov no comprende que un porcentaje elevado de gastos culturales de la administración autónoma local no es más que una parte elevada de los gastos secundarios. ¿Por qué es

esto así? Porque los límites de la jurisdicción de los órganos locales de la administración autónoma y sus atribuciones en el orden financiero son determinados por ese mismo poder central del Estado, y son determinados de manera que al ejército, etc, se destinan grandes sumas y "a la cultura" unos centavos. ¿Es obligatorio este reparto de gastos en la sociedad burguesa? Es obligatorio, pues en una sociedad burguesa no podría dominar la burguesía si no destinase grandes sumas a asegurar su dominio como clase, asignando unos centavos para las atenciones culturales. Y sólo a un Máslov se le puede ocurrir esta idea genial: ¿y si yo declarase propiedad de los zemstvos estas grandes sumas? ¡entonces eludiría el dominio de la burguesía! Si los proletarios razonasen como Máslov, ¡qué sencilla sería su tarea! Basta exigir que los ingresos de los ferrocarriles, de Correos y Telégrafos y del monopolio de vinos no "se nacionalicen", sino que "se municipalicen", y estos ingresos no serán destinados al ejército y a la flota, sino a fines culturales. No es preciso, ni mucho menos, derribar el poder central o trasformarlo de raíz; simplemente, hay que lograr la "municipalización" de todas las grandes partidas de ingresos, y asunto terminado. ¡Oh, sabios varones!

En Europa y en todo país burgnés, los ingresos municipales son ingresos —¡no lo olvide el bueno de Máslov!— que el poder central burgnés se aviene a donar para fines culturales, pues estos ingresos son secundarios, pues la percepción de estos ingresos no es conveniente hacerla desde el centro, pues las necesidades principales, vitales, básicas de la burguesía y de la dominación burguesa están ya aseguradas por las grandes sumas de dinero. Por eso es de charlatanes aconsejar al pueblo que perciba las nuevas sumas de dinero, cientos de millones de rublos procedentes de las tierras municipalizadas, y asegure que sean empleadas en las atenciones culturales mediante su entrega a los zemstvos, y no al poder central. En un Estado burgnés, la burguesía no puede, en realidad, destinar para fines culturales nada más que unos centavos, pues necesita esas sumas para asegurar su dominio como clase. ¿Por qué se apropia el poder central de las nueve décimas partes de los impuestos sobre la tierra, sobre los establecimientos comerciales, etc. y permite a los zemstvos percibir la décima parte, consignando en la ley que los tributos adicionales impuestos por los zemstvos no pueden sobrepasar un determinado y reducido porcentaje? Porque esas sumas de dinero son necesarias para asegurar el dominio de la burguesía como clase y, si quiere seguir siendo

burguesía, no puede asignar para gastos culturales otra cosa que unos centavos*.

Los socialistas europeos admiten esta distribución de las grandes sumas de dinero y de los centavos como algo establecido, sabiendo perfectamente que no puede ser de otra forma en la sociedad burguesa. Tomando esta distribución como algo establecido, dicen: no podemos participar en el poder central, porque es un instrumento de opresión; podemos participar en los municipios, porque aquí los centavos se gastan en atenciones culturales. ¿Pero qué dirían estos socialistas a quien aconsejase al Partido Obrero hacer agitación en pro de que a los municipios europeos se les den en propiedad los ingresos efectivamente grandes, toda la renta de las tierras locales, todo el beneficio del correo local, de los ferrocarriles locales, etc.? A un individuo así se le tendría por loco, o por un "socialista cristiano" que por error hubiese ido a parar a la socialdemocracia.

Quienes dicen, al examinar las tareas de la revolución actual (es decir, burguesa) en Rusia: nosotros no debemos fortalecer el poder central del Estado burgnés, manifiestan una total inca-

* Por el detalladísimo trabajo de Kaufmann (R. Kaufmann: *Die Kommunalfinanzien*, 2 Bände, Lpz. 1906. II Abt. 5. Band des Hand- und Lehrbuches der Staatswissenschaften, begr. von Frankenstein, fortges. von Heckel) [R. Kaufmann: *Las finanzas locales*, 2 tomos, Leipzig, 1906, II sección, libro 5º del tratado y manual de ciencias políticas compuesto por Frankenstein y continuado por Heckel. Ed.] vemos que la distribución de los gastos locales y centrales del Estado es en Inglaterra más ventajosa para la administración autónoma local que en Prusia y en Francia. En Inglaterra, las instituciones públicas locales gastan 3.000 millones de marcos, y el poder central del Estado 3.600 millones; en Francia, 1.100 millones contra 2.900; en Prusia, 1.100 y 3.500. Tomemos, por ejemplo, los gastos culturales destinados a la Instrucción Pública en el país que está colocado en las mejores condiciones (desde el punto de vista de los municipalistas) es decir, en Inglaterra. Veremos que, del total de gastos locales, se destinaban a Instrucción Pública 16,5 millones de libras esterlinas de 151,6 millones (años 1902-1903), es decir, algo más de 1/10. Según el presupuesto de 1908 (ver *Almanach de Gotha*), el poder central gasta en Instrucción Pública 16,9 millones de libras esterlinas de un total de 198,6, es decir, menos de 1/10. Los gastos del ejército y la flota ascienden a 59,2 millones de libras esterlinas; añadid a esto los gastos de la Deuda Pública, o sea 28,5 millones de libras esterlinas, más de 3,8 millones para tribunales y policía, 1,9 millones para asuntos extranjeros y 19,8 millones para gastos de recaudación de los impuestos, y veréis que la burguesía gasta unos centavos en atenciones culturales y grandes sumas de dinero en asegurar su dominación como clase.

pacidad de pensar. Los alemanes pueden y deben razonar así, pues sólo tienen ante ellos una Alemania junker-burguesa; no puede haber otra Alemania hasta el socialismo. Pero en nuestro país todo el contenido de la actual lucha revolucionaria de las masas estriba en si Rusia será junker-burguesa (como quieren Stolypin y los demócratas-constitucionalistas) o campesino-burguesa (como quieren los campesinos y los obreros). No es posible participar en semejante revolución sin apoyar a una capa de la burguesía contra otra, a un tipo de evolución burguesa contra otro. En virtud de causas económicas objetivas, en nuestro país no hay ni puede haber en la presente revolución otra alternativa que "elegir" entre la república burguesa centralizada de los campesinos granjeros o la monarquía burguesa centralizada de los terratenientes-junkers. Y es la mayor de las vulgaridades filisteas eludir esta difícil "elección", haciendo que la atención de las masas se concentre en este lema "nos bastarían aunque sólo fuese unos zemstvos un poco más democráticos".

4. El alcance de la revolución política y el alcance de la revolución agraria

Hemos dicho que es difícil la "elección" teniendo en cuenta, naturalmente, no una elección subjetiva (de lo que es más deseable), sino el desenlace objetivo de la lucha de las fuerzas sociales que están resolviendo el problema histórico. Las gentes que hablan del optimismo de mi programa agrario, el cual relaciona la República con la nacionalización, no han meditado en absoluto en qué radica propiamente la "dificultad" del desenlace favorable para los campesinos. He aquí unas disquisiciones de Plejánov sobre ese tema:

Lenin elude la dificultad del problema por medio de hipótesis optimistas. Es el recurso habitual del pensamiento utópico; así, por ejemplo, los anarquistas dicen: "no hace falta ninguna organización coercitiva", y cuando los objetamos que la ausencia de una organización coercitiva permitiría a algunos miembros de la sociedad causar daño a ésta, si así lo desearan, los anarquistas nos contestan: "eso no puede ser". A mi juicio, esto significa eludir la dificultad del problema mediante hipótesis optimistas. Y eso es lo que hace Lenin. Condiciona las posibles consecuencias de la medida por él propuesta con numerosos "si" optimistas. Citaré como prueba de ello el reproche que Lenin hace a Máslov. En la página 23* de su folleto, dice:

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X. ed. cit. pág. 183. (Ed.)

"En esencia, el proyecto de Máslov presupone tácitamente que las reivindicaciones de nuestro programa político mínimo no han sido realizadas en toda su plenitud, que no está garantizado el poder soberano del pueblo, que no se ha abolido el ejército permanente ni se ha establecido el carácter electivo de los funcionarios, etc.; en suma, que nuestra revolución democrática, lo mismo que la mayor parte de las revoluciones democráticas europeas, no ha sido llevada hasta su término; que ha sido, como todas ellas, recortada, adulterada y «retrotraída». El proyecto de Máslov está adaptado especialmente a una revolución democrática vacilante, inconsecuente, incompleta y «hecha inofensiva» por la reacción."

Admitamos que el reproche que dirige a Máslov es motivado, pero esta cita demuestra que el propio proyecto de Lenin es bueno solamente en el caso de que se cumplan todos los "si" indicados por él. Pero en el caso de que no se den estos "si", será perjudicial la realización de su proyecto*. Pero nosotros no necesitamos proyectos así. Nuestro proyecto debe tener herradas las cuatro patas, es decir, estar preparado en previsión de los "si" desfavorables. (*Actas del Congreso de Estocolmo*, núms. 44-45.)

He transcrito todo este razonamiento, porque demuestra con claridad el error de Plejánov. No ha comprendido en absoluto el optimismo que tanto le ha asustado. El "optimismo" no consiste en suponer que los funcionarios vayan a ser elegidos por el pueblo, etc., sino en suponer la victoria de la revolución agraria campesina. La "dificultad" efectiva consiste en que la revolución agraria campesina venza en un país que se desarrolla con arreglo al tipo junker-burgués, cuando menos a partir de 1861, y puesto que admitís esta dificultad económica fundamental, es ridículo ver poco menos que anarquismo en las dificultades del demócratismo político. Es ridículo olvidar que no puede por menos de haber congruencia entre el alcance de las transformaciones agrarias y el de las transformaciones políticas y que la revolución económica presupone la correspondiente superestructura política. El error fundamental de Plejánov en este problema consiste en no comprender dónde radica el "optimismo" de nuestro programa agrario común, tanto el menchevique como el bolchevique.

En efecto, imaginaos concretamente qué significa en la Rusia actual la "revolución agraria campesina" con la confiscación de las tierras de los terratenientes. No cabe duda de que en el transcurso de medio siglo el capitalismo se ha ido abriendo camino a través de la economía terrateniente, que, en general y en conjun-

* ¡Pero entonces ya no será mi proyecto! ¡Qué falta de lógica en los razonamientos de Plejánov!

to, es, en el momento actual, indiscutiblemente superior a la economía campesina, no sólo en cuanto al nivel de las cosechas (lo que se explica en parte por la mejor calidad de las tierras de los terratenientes), sino en cuanto a la difusión de los modernos aperos de labor y del sistema de rotación de cultivos (cultivo de hierbas forrajeras)*. No cabe duda de que la economía terrateniente se halla ligada por miles de lazos no sólo con la burocracia, sino con la burguesía. La confiscación socava numerosos intereses de la gran burguesía, y la revolución campesina conduce también, como ha señalado con razón Kautsky, a la bancarrota del Estado, es decir, a la lesión de los intereses no ya de la burguesía rusa, sino de toda la burguesía internacional. Se comprende que, en tales condiciones, la victoria de la revolución campesina, la victoria de los pequeños burgueses, tanto sobre los terratenientes como sobre los grandes burgueses, exige una concurrencia particularmente favorable de circunstancias, exige hipótesis en absoluto extraordinarias y "optimistas" desde el punto de vista del filisteo o del historiador filisteo, exige un impulso gigantesco de la iniciativa campesina, energía revolucionaria, conciencia, organización y una rica labor creadora del pueblo. Esto es incuestionable, y las bromas filisteas de Plejánov a propósito de esta última expresión son un subterfugio banal para eludir un problema serio**. Y como la producción mercantil no une ni centraliza al campesinado, sino que lo diferencia y lo desune, la revolución campesina es realizable en un país burgués solamente bajo la dirección del proletariado, circunstancia que hace que la burguesía más poderosa de todo el mundo se alce con mayor motivo contra tal revolución.

* Cfr. en el II tomo de *La cuestión agraria* el resumen que Kaufmann hace de numerosos datos nuevos acerca de la superioridad de la economía terrateniente sobre la campesina en cuanto a la difusión del cultivo de hierbas forrajeras.

** La "labor creadora del pueblo" ("narodnoie tvorcestvo") son ideas de la "Voluntad del Pueblo" ("narodovólchestvo"), afirmó Plejánov en Estocolmo, en tono de burla. Esta es una crítica del mismo género que la hecha a "Las andanzas de Chfchikov" ridiculizando el apellido: "Chfchikov... ¡Pehís... pchís... ah, qué risa!"⁸⁹ Sólo quien tenga por ideas de la "Voluntad del Pueblo" el admitir la revolución campesina contra la burguesía y los terratenientes, puede considerar en serio como tales ideas la opinión de que son necesarias la "labor creadora del pueblo", nuevas formas de lucha y nuevas formas de organización de los campesinos en la revolución rusa.

¿Se desprende de esto que los marxistas deban renunciar en absoluto a la idea de la revolución agraria campesina? No, una conclusión así sólo sería digna de gentes cuya concepción del mundo es una parodia liberal del marxismo. De lo dicho se desprende únicamente, en primer lugar, que el marxismo no puede ligar los destinos del socialismo en Rusia al desenlace de la revolución democrático-burguesa; en segundo lugar, que el marxismo debe tener en cuenta las dos posibilidades de la evolución capitalista de la agricultura en Rusia y señalar con claridad al pueblo las condiciones y la significación de cada una de ellas; en tercer lugar, que el marxismo debe luchar resueltamente contra el punto de vista de que es posible una transformación agraria radical en Rusia sin una transformación política radical.

1) Los socialistas-revolucionarios, como todos los populistas algo consecuentes, no comprenden el carácter burgués de la revolución campesina y relacionan con ella todo su *quasi*-socialismo. Un desenlace favorable de la revolución campesina significaría, según los populistas, el triunfo del socialismo populista en Rusia. En realidad un desenlace así sería la bancarrota más rápida y más contundente del socialismo populista (campesino). Cuanto más completa y rotunda sea la victoria de la revolución campesina, con tanta mayor rapidez se convertirán los campesinos en granjeros burgueses libres, que "darán el retiro" al "socialismo" populista. Por el contrario, un desenlace desfavorable prolongaría por algún tiempo la agonía del socialismo populista, permitiría que se mantuviese algún tiempo la ilusión de que la crítica de la variedad terrateniente-burguesa del capitalismo es una crítica del capitalismo en general.

La socialdemocracia, el partido del proletariado, no relaciona en modo alguno la suerte del socialismo con uno u otro desenlace de la revolución burguesa. Ambos desenlaces significan el desarrollo capitalista y la opresión del proletariado, tanto en la monarquía de los terratenientes con propiedad privada de la tierra como en la república de los granjeros, aun nacionalizada la tierra. Por eso, un partido en absoluto independiente y puramente proletario es el único capaz de defender la causa del socialismo "cualesquiera que sean las transformaciones agrarias democráticas"*, como se dice en la parte final de mi programa agrario (esta parte fue

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, pág. 190. (Ed.)

incluida en la resolución del Congreso de Estocolmo sobre táctica).

2) Pero el carácter burgués de *los dos* desenlaces de la revolución agraria no significa, en ningún caso, que los socialdemócratas puedan mostrarse indiferentes ante la lucha por uno u otro desenlace. Los intereses de la clase obrera exigen indiscutiblemente que ésta preste el apoyo más enérgico a la revolución campesina; es más: exigen que desempeñe en ella el papel dirigente. Al luchar por un desenlace favorable de la misma, debemos hacer que las masas comprendan con toda claridad lo que significa el mantenimiento de la vía terrateniente de evolución agraria y qué incontables calamidades (consecuencia, no del capitalismo, sino de un insuficiente desarrollo del capitalismo) acarrea dicha vía de evolución a todas las masas trabajadoras. Por otra parte, debemos esclarecer también el carácter pequeñoburgués de la revolución campesina y lo infundado de las esperanzas "socialistas" puestas en ella.

Además, nuestro programa — toda vez que no relacionamos los destinos del socialismo con uno u otro desenlace de la revolución burguesa — no puede ser idéntico para el "caso favorable" y para el "caso desfavorable". Si Plejánov ha dicho que no necesitamos proyectos que prevean expresamente uno y otro caso (por consiguiente, proyectos basados en los "si"), lo ha dicho simplemente sin meditar en ello. Pues precisamente desde su punto de vista, desde el punto de vista de la probabilidad del peor desenlace o de la necesidad de tenerlo en cuenta, se hace en particular indispensable dividir el programa en dos partes, como hice yo en el mío. Es necesario decir que, dada la vía del desarrollo terrateniente-burgués, el Partido Obrero defiende unas medidas determinadas, pero a la vez ayuda con todas sus fuerzas a los campesinos a destruir por completo la propiedad terrateniente y a crear así la posibilidad de condiciones de desarrollo más amplias y libres. De este aspecto de la cuestión he hablado con detalle en el *Informe* (punto sobre el arrendamiento, necesidad de que conste en el programa "para el peor caso"; ausencia de dicho punto en el programa de Máslov)*. Sólo añadiré que precisamente ahora, cuando las condiciones directas de la actividad de los socialdemócratas son lo menos parecidas a las hipótesis optimistas, resalta

* Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 337-338. (Ed.)

con mayor claridad aún el error de Plejánov. La Tercera Duma no puede en caso alguno inducirnos a interrumpir la lucha en pro de la revolución agraria campesina, pero durante cierto intervalo de tiempo habrá que actuar sobre la base de unas relaciones agrarias que aseguran la más bárbara explotación terrateniente. ¡Precisamente Plejánov, que sentía una preocupación especial por el peor caso, se ha encontrado ahora sin programa para el caso peor!

3) Una vez que nos proponemos el objetivo de contribuir a la revolución campesina, hay que tener clara idea de la dificultad de esta tarea y de la necesidad de que haya *congruencia* entre las transformaciones políticas y las agrarias. De otro modo, carecería de base científica y sería reaccionaria en la práctica la combinación del "optimismo" agrario (confiscación más municipalización o reparto) con el "pesimismo" político. (Novosiedski: democratización "de grado relativo" en el centro.)

Parece como si los mencheviques admitiesen contra su voluntad la revolución campesina, sin querer presentar de una manera clara y precisa ante el pueblo toda la fisonomía de la misma. En ellos se trasluce la idea expresada con incomparable ingenuidad por el menchevique Ptitsin en Estocolmo: "Pasarán las conmociones revolucionarias, la corriente de la vida burguesa volverá a su cauce ordinario y, si no sobreviene la revolución obrera en Occidente, la burguesía de nuestro país se instalará indefectiblemente en el poder. Esto no lo negará ni puede negarlo el camarada Lenin." (Pág. 91 de las Actas.) ¡Resultó que el irreflexivo concepto abstracto de revolución burguesa no permitió ver el problema acerca de aquella de sus variedades que constituye la revolución campesina! Todo esto no son más que "conmociones", y lo único real es el "cauce ordinario". Es difícil expresar con mayor relieve el punto de vista filisteo y la incomprensión del objetivo que persigue propiamente la lucha en nuestra revolución burguesa.

Los campesinos no pueden realizar la revolución agraria sin eliminar el viejo poder, el ejército permanente y la burocracia, que son baluartes segurísimos de la propiedad terrateniente, a la que se hallan ligados con miles de lazos. Por eso, carece de base científica la idea de una revolución campesina que sólo demeritee las instituciones locales, sin destruir totalmente las instituciones centrales. Esta idea es reaccionaria en la práctica, porque hace el juego a la cerrazón mental pequeñoburguesa y al oportunismo pequeñoburgués, que se imagina "simplemente" el asunto

así: lo que hace falta es la tierra; en cuanto a la política, ¡allá se las entiendan! Hay que apoderarse de toda la tierra, pero el campesino no piensa (o no pensaba, mientras la disolución de las dos dumas no le aleccionó) en si hay que adueñarse de todo el poder, en si es posible adueñarse de todo el poder y cómo adueñarse de él. Es, por tanto, reaccionario en alto grado el punto de vista del "demócrata-constitucionalista campesino", señor Peshejónov, que escribía ya en su *Problema agrario*: "ahora es incomparablemente más necesaria una solución precisa del problema agrario que, por ejemplo, del problema de la República". (Pág. 114.) Y este punto de vista del cretinismo político (legado del experto reaccionario señor V. V.) se ha reflejado, como es sabido, en todo el programa y en toda la táctica del partido de los "socialistas-populares". En lugar de luchar contra la incompreensión del campesino, que no ve la relación entre el radicalismo agrario y el radicalismo político, los "socialistas-populares" se acomodan a esa incompreensión. Les parece que "así es más práctico", pero de hecho es precisamente este planteamiento el que condena a un fracaso absoluto al programa agrario del campesinado. Ni que decir tiene que es difícil una transformación política radical, pero también es difícil la agraria; esta segunda es imposible independientemente de la primera, y es deber de los socialistas no ocultar esto a los campesinos, no echar un velo (por medio de frases imprecisas y semidemócrata-constitucionalistas sobre el "Estado democrático", como ocurre en nuestro programa agrario), sino exponer el problema con entera claridad, enseñar a los campesinos que, sin llegar hasta el fin en política, no pueden pensar seriamente en la confiscación de la tierra de los terratenientes.

En este punto, lo importante en el programa no son los "si". Lo importante es señalar que debe existir *congruencia* entre las transformaciones agrarias y las políticas. En lugar de los "si", se puede expresar esta misma idea de otro modo: "el partido explica que el mejor modo de poseer la tierra en la sociedad burguesa es la abolición de la propiedad privada de la tierra, la nacionalización de la tierra, el paso de la misma a propiedad del Estado, y que esta medida no puede ser realizada ni puede proporcionar provecho efectivo sin democratizar plenamente, no sólo las instituciones locales, sino toda la estructura del Estado, llegando hasta la República, y sin destruir el ejército permanente, sin implantar la elegibilidad de los funcionarios por el pueblo, etc."

Al no haber incluido esta explicación en nuestro programa

agrario, infundimos al pueblo la *falsa* idea de que es posible confiscar la tierra de los terratenientes sin democratizar plenamente el poder central. Descendimos hasta el nivel de la pequeña burguesía oportunista, es decir, de los "socialistas-populares", pues en ambas dumas resultó que tanto el programa de éstos (el proyecto de los 104) como el nuestro relacionaban las transformaciones agrarias con el democratismo de las instituciones *locales exclusivamente*. Semejante opinión es una estulticia pequeñoburguesa de la que el 3 de junio de 1907 y la III Duma deberían curar a muchos, y ante todo a los socialdemócratas.

5. ¿Una revolución campesina sin que los campesinos conquisten el poder?

El programa agrario de la socialdemocracia de Rusia es el programa proletario en la revolución campesina, dirigida contra los restos del régimen de servidumbre, contra todo lo medieval en nuestro régimen agrario. En el terreno teórico, esta tesis, como hemos visto, es admitida también por los mencheviques. (Discurso de Plejánov en Estocolmo.) Pero los mencheviques no han meditado en absoluto en esta tesis, no han advertido la ligazón inseparable que existe entre ella y los fundamentos generales de la táctica socialdemócrata en la revolución burguesa de Rusia. Y es precisamente en las obras de Plejánov, donde con mayor claridad se ha reflejado esta falta de meditación.

Toda revolución campesina dirigida contra las reminiscencias medievales —cuando es capitalista el carácter de toda la economía social— es una revolución burguesa. Pero no toda revolución burguesa es una revolución campesina. Si en un país con una agricultura organizada totalmente sobre bases capitalistas, los agricultores-capitalistas, con ayuda de los obreros asalariados, llevasen a cabo la revolución agraria, destruyendo, por ejemplo, la propiedad privada de la tierra, esto sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. Si en un país cuyo régimen agrario se ha amalgamado ya hasta tal punto con la economía capitalista en general, que sería imposible destruir este régimen sin destruir el capitalismo; si en tal país sobreviniese una revolución que colocase en el poder, supongamos, a la burguesía industrial en lugar de la burocracia absolutista, eso sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. En otras palabras: es posible un país burgués sin campesinos y,

en semejante país, es posible una revolución burguesa sin los campesinos. Es posible una revolución burguesa en un país de considerable población campesina y que, sin embargo, esa revolución no sea campesina, ni mucho menos, es decir, sea tal que no revolucione las relaciones agrarias que afectan en especial a los campesinos y no haga figurar a éstos entre las fuerzas sociales que tomen una parte siquiera sea algo activa en la revolución. Por consiguiente, el concepto marxista general de "revolución burguesa" contiene determinadas tesis que son obligatoriamente aplicables a toda revolución campesina en un país de capitalismo en desarrollo, pero este concepto general no indica en absoluto si la revolución burguesa de dicho país debe (en el sentido de la necesidad objetiva) convertirse o no en una revolución campesina para conseguir la plena victoria.

El origen fundamental del carácter erróneo de toda la línea táctica de Plejánov y de los mencheviques que le seguían, en el primer período de la revolución rusa (es decir, en los años 1905-1907), radica en que no comprendieron en absoluto esta correlación entre la revolución burguesa en general y la revolución burguesa campesina. El terrible alboroto* que acostumbra a armar las publicaciones mencheviques, diciendo que los bolcheviques no ven el carácter burgués de la presente revolución, no es otra cosa que un velo que encubre esta incomprensión. De hecho, ni un solo socialdemócrata, ni de una ni de otra fracción, ni antes de la revolución ni durante ella, se ha apartado del criterio marxista sobre el carácter burgués de la revolución; sólo los "simplificadores", los vulgarizadores de las divergencias fraccionales, han podido asegurar lo contrario. Pero una parte de los marxistas, precisamente el ala derecha, ha salido siempre del paso con un concepto general, abstracto y estereotipado de la revolución burguesa, sin ser capaz de comprender *las particularidades* de la presente revolución burguesa, precisamente como revolución campesina. Es del todo natural e inevitable que esta ala de la socialdemocracia no haya podido comprender el origen del carácter contrarrevolucionario de nuestra burguesía en la revolución rusa, que no haya

* En las *Nuevas cartas sobre la táctica y la falta de tacto*, de Plejánov (edit. Glagólev, San Petersburgo), este alboroto es simplemente cómico. Abundan hasta lo infinito las palabras tonantes, las injurias contra los bolcheviques y las burlas, pero no hay ni un destello de pensamiento.

podido precisar con claridad qué clases son capaces de obtener en esta revolución la victoria total, que no haya podido por menos de desviarse hasta sostener la opinión de que en la revolución burguesa el proletariado debe apoyar a la burguesía, de que en la revolución burguesa el personaje principal debe ser la burguesía, de que el alcance de la revolución se reduce si la burguesía vuelve la espalda, etc., etc.

Por el contrario, los bolcheviques, desde el comienzo mismo de la revolución en la primavera y el verano del año 1905, cuando ni siquiera cabía hablar aún de la confusión —tan extendida ahora entre gentes ignorantes o torpes—* del bolchevismo con el boicotismo, con la acción de los grupos de combate, etc., señalaban con claridad el *origen* de nuestras divergencias sobre táctica, destacando el concepto de revolución campesina como una de las variedades de la revolución burguesa y definiendo su victoria como "dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos". Una inmensa conquista *ideológica* hecha desde entonces por el bolchevismo en la socialdemocracia internacional, fue la publicación por Kautsky de un artículo sobre las fuerzas motrices de la revolución rusa. (La traducción rusa ha sido hecha bajo la redacción y con un prólogo de N. Lenin: *Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa*. Moscú, 1907, editorial *Nóvaia Epoja*.) Como se sabe, cuando comenzó la escisión entre bolcheviques y mencheviques, en 1903, Kautsky se puso al lado de estos últimos. En 1907, después de observar la revolución rusa, sobre la cual Kautsky ha escrito en reiteradas ocasiones, comprendió al punto el error de Plejánov, que le había enviado su conocido cuestionario. En este cuestionario, Plejánov hacía preguntas *exclusivamente* sobre el carácter burgués de la revolución rusa, sin destacar el concepto de revolución burguesa campesina sin ir más allá de los conceptos generales: "democracia burguesa", "partidos burgueses de oposición". Corrigiendo este error, Kautsky contestó a Plejánov diciendo que la burguesía no es la fuerza motriz de la revolución rusa, que en *este* sentido la época de las revoluciones burguesas ha pasado, que "sólo entre el proletariado y los campesinos existe una comunidad sólida de intereses durante todo el período de la lucha revolucionaria" (folleto citado, págs. 30-31), que "ésta (la comunidad sólida de intereses) debe ser precisamente la base de toda la táctica revolucionaria de la socialdemocracia rusa". (Lug. cit., pág. 31.) Aquí aparecen expresados con entera claridad los *principios fundamentales* de la táctica bolchevique

contra la menchevique. Plejánov se muestra terriblemente irritado a este propósito en las *Nuevas cartas*. . . Pero su despecho no hace sino destacar con mayor relieve la impotencia de la argumentación. La crisis que atravesamos "es, a pesar de todo, burguesa", insiste Plejánov, tildando a los bolcheviques de "analfabetos". (Pág. 127.) Estas injurias revelan el furor de la impotencia. Plejánov no ha comprendido la diferencia que hay entre la revolución burguesa campesina y la revolución burguesa no campesina. Al decir que Kautsky "exagera la rapidez del desarrollo de nuestro campesinado" (pág. 131), que "la divergencia de opiniones entre nosotros (Plejánov y Kautsky) sólo es posible en los matices" (131), etc., Plejánov recurre a los más lamentables y cobardes subterfugios, pues toda persona que piense siquiera un poco ve precisamente lo contrario. El asunto no estriba en los "matices", ni en la rapidez del desarrollo, ni en la "conquista" del poder, que es sobre lo que alborota Plejánov, sino en el criterio *fundamental* sobre las clases capaces de ser la fuerza motriz de la revolución rusa. Plejánov y los mencheviques se desvían *indefectiblemente*, queriendo y sin querer, hacia un apoyo oportunista a la burguesía, pues no comprenden el carácter contrarrevolucionario de la burguesía en la revolución burguesa campesina. Los bolcheviques determinaron, desde el primer instante, las condiciones generales y fundamentales de clase de la victoria de esta revolución, como dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. Kautsky llegó, en el fondo, a este mismo criterio en *Las fuerzas motrices* y lo repitió en la *segunda* edición de su obra *La revolución social*, donde dice: "Ella (la victoria de la socialdemocracia rusa en un futuro próximo) sólo puede ser obra de una alianza (*einer Koalition*) del proletariado y de los campesinos." (*Die soziale Revolution*, von K. Kautsky, Zweite Auflage, Berlín, 1907, Seite 62 *.) (La falta de espacio no nos permite detenernos en otra adición hecha por Kautsky, al ser editado por segunda vez su libro, en su valoración de las enseñanzas de diciembre de 1905, valoración que difiere *radicalmente* del menchevismo.)

Vemos, pues, que Plejánov ha sido incapaz de resolver el problema relativo a los *fundamentos* de toda la táctica socialdemócrata en general en una revolución burguesa que sólo puede vencer como revolución campesina. Mis palabras dichas en Esto-

* K. Kautsky, *La revolución social*, 2ª edición, Berlín, 1907, pág. 62. (Ed.)

colmo (abril de 1906)*, cuando afirmé que Plejánov había llevado el menchevismo hasta el absurdo, al rechazar la idea de la conquista del poder por los campesinos en la revolución campesina, se han visto confirmadas con la mayor plenitud en las publicaciones aparecidas más tarde. Y este error fundamental de la línea táctica no podía por menos de ejercer su influencia en el programa agrario menchevique. La municipalización, como he demostrado hasta aquí en más de un lugar, no expresa plenamente, ni en el terreno económico ni en el político, las condiciones de la victoria efectiva de la revolución campesina, las condiciones de la conquista efectiva del poder por el proletariado y los campesinos. En el terreno económico, esta victoria no puede compaginarse con la consolidación de la vieja propiedad parcelaria; en el terreno político, no puede compaginarse con el solo democratismo regional, si al propio tiempo existe un democratismo incompleto del poder central.

6. ¿Es un procedimiento suficientemente flexible el de la nacionalización de la tierra?

El camarada John decía en Estocolmo (pág. 111 de las actas) que "el proyecto de municipalización de la tierra es más acentable, por ser más flexible, tiene en cuenta la diversidad de condiciones económicas y permite ser aplicado en el proceso mismo de la revolución". El defecto radical de la municipalización en este sentido ha sido ya señalado por mí: es la adjudicación en propiedad de las tierras parcelarias. La nacionalización es incomparablemente más flexible en este sentido, pues permite organizar con mucha más libertad las nuevas haciendas en una tierra "sin cercas". Al llegar aquí, hay que señalar aún en breves palabras otras consideraciones de John, de menor importancia.

"El reparto de la tierra —dice John— reproduciría en algunos lugares las viejas relaciones agrarias. En ciertas regiones corresponderían a cada familia 200 desiatinas, y así, por ejemplo, en los Urales crearíamos una clase de nuevos terratenientes." ¡Un modelo de argumento que consiste en acusar a su propio sistema! ¡Y argumentos así fueron los que decidieron el asunto en el Con-

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 277. (Ed.)

greso menchevique! Es precisamente la municipalización, y sólo ella, la que adolece del defecto que aquí se señala, pues sólo ella entrega la tierra a las regiones. La culpa no es del reparto, como piensa John, que incurre en una ridícula falta de lógica, sino del provincialismo de los municipalistas. La tierra municipalizada de los Urales seguiría siendo igualmente, según el programa de los mencheviques, "posesión" de los campesinos de los Urales. Esto sería crear una *nueva* capa de cosacos reaccionarios; reaccionarios, porque los pequeños agricultores privilegiados, dotados de una cantidad de tierra diez veces superior a la de toda la masa restante de agricultores, no podrían por menos de oponerse a la revolución campesina, no podrían por menos de defender los privilegios de la propiedad privada de la tierra. Resta sólo suponer que, sobre la base de ese mismo programa, el "Estado democrático" podría declarar que las decenas de millones de desiatinas de bosques de los Urales son "bosques de interés nacional" o pertenecen al "fondo de colonización" (¡el demócrata-constitucionalista Kaufmann admite este destino de los bosques uralianos que excedan del 25 % de superficie arbolada necesaria. lo cual proporciona 21.000.000 de desiatinas en las provincias de Viatka, Ufá y Perm!), y, sobre esta base, incautarse de ellas convirtiéndolas en "posesión" suya. La municipalización no se distingue por la flexibilidad, sino por el embrollo, y nada más.

Prosiguiendo, veamos cómo se verifica la municipalización en el proceso mismo de la revolución. En este punto nos encontramos con ataques a mis "comités revolucionarios campesinos", que son tenidos por una institución estamentaria. "Nosotros estamos a favor de la desaparición de los estamentos", afirmaban los mencheviques en Estocolmo, dándoselas de liberales. ¡Liberalismo barato! En lo único en que no pensaron nuestros mencheviques es en que, para implantar una administración autónoma local no estamentaria, hay que obtener primero la victoria y privar del poder al estamento privilegiado con el que se está en lucha. Precisamente "en el proceso mismo de la revolución", como dice John, es decir, en el proceso de la lucha por echar a los terratenientes, en el proceso de las "acciones revolucionarias de los campesinos", de las que también habla la resolución de los mencheviques sobre táctica, sólo son posibles los comités campesinos. Nuestro programa político asegura las condiciones para implantar la administración autónoma sin estamentos; será establecida y debe ser establecida indefectiblemente como organización *administrativa* después de la

victoria, cuando toda la población se vea precisada ya a reconocer el nuevo orden de cosas. Pero, si no son pura frase las palabras de nuestro programa que hacen referencia al "apoyo a las acciones revolucionarias de los campesinos hasta llegar a la confiscación de las tierras de los terratenientes". ¡hay que pensar en organizar a las masas *para estas* "acciones"! El programa menchevique no piensa en ello. Está redactado de forma que pueda fácilmente ser convertido por entero en proyecto parlamentario de ley a la par de los proyectos de ley de los partidos burgueses, que odian toda clase de "acciones" (como los demócratas-constitucionalistas) o eluden de un modo oportunista la tarea de contribuir sistemáticamente a estas acciones y de organizarlas (como los socialistas-populares). Pero semejante contextura del programa es indigna de un partido obrero que habla de revolución agraria campesina, un partido que no persigue el objetivo de satisfacer a la gran burguesía y a la burocracia (como los demócratas-constitucionalistas), de satisfacer a la pequeña burguesía (como los socialistas-populares), sino exclusivamente el objetivo de desarrollar la conciencia y la actividad de las grandes masas en el curso de la lucha de éstas contra la Rusia feudal.

Recordad siquiera sea en líneas generales el gran número de "acciones revolucionarias" campesinas que tuvieron lugar en Rusia en la primavera de 1905, en el otoño de 1905 y en la primavera de 1906. ¡Prometemos apoyar acciones de este género o no? Si no lo prometemos, resultará que nuestro programa no dice la verdad. Si lo prometemos, es claro entonces que el programa *no da* indicaciones sobre la organización de *estas* acciones. Sólo es posible organizarlas directamente en el lugar de la lucha; y la organización sólo puede ser creada directamente por las masas que participan en la lucha, lo que quiere decir que la organización debe ser indefectiblemente del tipo de los comités campesinos. Es sencillamente ridículo esperar que con dichas acciones surjan grandes organismos administrativos autónomos regionales. Naturalmente, es deseable y necesaria la ampliación de los comités locales victoriosos, de la jurisdicción de su poder e influencia a los pueblos, distritos, provincias, ciudades y comarcas vecinas *y a todo el Estado*. No se puede alegar nada en contra de que en el programa se indique la necesidad de esta ampliación, pero entonces es indispensable no limitarse a las regiones, sino llegar hasta el poder central. Esto en primer lugar. Y en segundo, hay que hablar entonces no de los órganos de la *administración* autónoma, pues este término

indica *dependencia* de las organizaciones administrativas respecto a la *estructura* del Estado. La "administración autónoma" actúa según reglas establecidas por el poder central y en el marco fijado por él. Y las organizaciones del pueblo en lucha, de las que aquí se trata, deben ser en absoluto independientes de todas las instituciones del viejo poder, deben sostener la lucha en pro de una nueva estructura del Estado, deben ser un instrumento de la soberanía del pueblo (o del poder absoluto del pueblo) y un medio de asegurar esta soberanía.

En una palabra, desde el punto de vista del "proceso mismo de la revolución", es insatisfactorio en todos los sentidos el programa menchevique, que refleja la confusión de las ideas mencheviques en el problema referente al poder provisional, etc.

7. La municipalización de la tierra y el socialismo municipal

La aproximación de lo uno y lo otro es obra de los propios mencheviques, que consiguieron hacer pasar su programa agrario en Estocolmo. Basta mencionar a dos mencheviques notorios, Kostrov y Larin. "Algunos camaradas —decía Kostrov en Estocolmo— parece como si oyesen hablar por primera vez de la propiedad municipal. Les recordaré que en Europa occidental hay toda una corriente [¡nada menos!], el «socialismo municipal» (Inglaterra), que consiste en ampliar la propiedad de los municipios urbanos y rurales y a favor de la cual están igualmente nuestros camaradas. Muchos municipios poseen bienes inmuebles, y esto no contradice a nuestro programa. Ahora tenemos la posibilidad de conseguir [!] para los municipios, a título gratuito [!], riqueza inmobiliaria y debemos aprovecharnos de ella. Naturalmente, las tierras confiscadas deben ser municipalizadas." (Pág. 88.)

El ingenuo punto de vista acerca de la "posibilidad de conseguir riquezas a título gratuito" está expresado aquí de un modo incomparable. En lo único en que no pensó el orador es en la razón de por qué esta "corriente" del socialismo municipal, precisamente como corriente especial y sobre todo en Inglaterra, el país tomado en calidad de ejemplo, es una corriente de *oportunismo extremo*. ¿Por qué Engels, al caracterizar en las cartas a Sorge este oportunismo intelectualista extremado de los fabianos

ingleses, señaló el significado pequeñoburgués de sus tendencias "municipalizadoras"?

Larin, al unísono con Kostrov, dice en su comentario al programa menchevique: "Es posible que en algunos lugares la administración autónoma local popular pueda con sus propias fuerzas explotar estas grandes fincas por su cuenta —de la misma manera que, por ejemplo, las dumas urbanas llevan la gestión de los tranvías de caballos y de los mataderos—, y entonces toda (!) la población dispondría de todo (!!) el beneficio de las mismas",** ¡y no la burguesía local, estimado Larin!

Se echan de ver al punto las ilusiones pequeñoburguesas de los héroes pequeñoburgueses del socialismo municipal del Occidente europeo. ¡Se olvida la dominación de la burguesía, se olvida también que sólo en las ciudades que cuentan con un alto porcentaje de población *proletaria*, se consiguen para los trabajadores algunas migajas de la administración municipal! Pero esto lo decimos de pasada. La falsedad principal de la idea "socialista municipal" de la municipalización de la tierra radica en lo siguiente:

La intelectualidad burguesa de Occidente, a semejanza de los fabianos ingleses, erige el socialismo municipal en una "corriente" aparte, precisamente porque sueña con la paz social, con la conciliación de las clases, y quiere desviar la atención pública de los problemas fundamentales de todo el régimen económico y de toda la *estructura* del Estado, haciendo que se concentre en las cuestiones menudas de la *administración* autónoma local. Es en la esfera de los problemas del primer género donde las contradicciones de clase son más agudas; como ya hemos indicado, es precisamente esta esfera la que afecta a las bases mismas de la dominación de la burguesía como clase. Por eso, es en este punto precisamente donde la utopía pequeñoburguesa y reaccionaria de la realización parcial del socialismo aparece con singular claridad como una causa perdida. Se traslada la atención a la esfera de las cuestiones menudas de la vida local, no al problema de la dominación de la burguesía, no al problema de los instrumentos principales de esta dominación, sino al problema referente a cómo gastar las *migajas* arrojadas por la potentada burguesía para "atender a las necesi-

* Véase: la carta de Engels a Sorge del 18 de enero de 1893. (C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, pág. 327. Ed.)

** *El problema campesino y la socialdemocracia*, pág. 66.

dades de la población". Se comprende que si se destacan estos problemas relacionados con el gasto de sumas insignificantes (en comparación con la masa total de plusvalía y con la suma total de gastos estatales de la burguesía) que *la propia burguesía accede* a entregar con destino a la sanidad pública (Engels señalaba en *El problema de la vivienda* que las epidemias contagiosas en las ciudades asustan a la propia burguesía *), con destino a la instrucción pública (¡la burguesía no puede prescindir de obreros instruidos, capaces de adaptarse al elevado nivel de la técnica!), etc., en la esfera de problemas *tan menudos* es posible perorar acerca de la "paz social", de los efectos nocivos de la lucha de clases, etc. ¿De qué lucha de clases se puede hablar aquí, si la propia burguesía gasta dinero para atender a las "necesidades de la población", para sanidad y para instrucción pública? ¿Para qué hace falta la revolución social, si a través de la administración autónoma local se puede ampliar poco a poco y gradualmente la "propiedad colectiva", "socializar" la producción: los tranvías de caballos, los mataderos a que hace referencia tan a propósito el honorable Y. Larin?

El oportunismo pequeñoburgués de esta "corriente" consiste en que olvida los *estrechos límites* del llamado "socialismo municipal" (de hecho, capitalismo municipal, como dicen con razón los socialdemócratas ingleses al rebatir a los fabianos). Olvida que, mientras la burguesía domine como clase, no puede permitir que se toquen ni siquiera desde el punto de vista "municipal" las verdaderas *bases* de su dominación; que si la burguesía permite, tolera el "socialismo municipal", es justamente porque éste no toca *las bases* de su dominación, no lesiona las fuentes importantes de su riqueza y abarca exclusivamente la estrecha esfera local de gastos que la propia burguesía *entrega* a la gestión del "pueblo". Basta conocer siquiera sea muy poco el "socialismo municipal" de Occidente para saber que todo intento de los municipios *socialistas* de salirse un ápice del marco de la administración habitual, es decir, menuda, mezquina, que no aporta un alivio *esencial* a los obreros, todo intento de lesionar un poquitín *el capital*, motiva siempre, de un modo indefectible, el veto decidido del poder central del Estado burgués.

* Véase: C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, ed. Cartago, 1957, pág. 397. (Ed.)

Y nuestros municipalizadores hacen suyo precisamente ese mismo error fundamental, ese oportunismo pequeñoburgués de los fabianos, posibilistas y bernsteinianos de Europa occidental.

El "socialismo municipal" es un socialismo limitado a los problemas de la *administración local*. Todo cuanto se sale del marco de los intereses *locales*, del marco de las funciones de la *administración estatal*, es decir, todo cuanto afecta a las fuentes principales de ingreso de las clases gobernantes y a los medios fundamentales de asegurar su dominio, todo cuanto afecta no a la administración del Estado, sino a *la estructura* del Estado, se sale, *por lo mismo*, de la esfera del "socialismo municipal". ¡Y nuestros sabios varones eluden la agudeza del problema de la tierra —problema que es de interés para toda la nación y afecta del modo más directo a los intereses cardinales de las clases gobernantes, *incluyéndolo* entre los "problemas de la administración local"! En el Occidente se municipalizan los tranvías de caballos y los mataderos; ¿por qué no municipalizar nosotros la mejor parte de todas las tierras? Así razona el intelectualillo ruso. ¡Esta medida viene bien, tanto para el caso de una restauración como para el caso de que sea incompleto el democratismo del poder central!

Resulta así un socialismo agrario en la revolución burguesa, un socialismo de lo más pequeñoburgués, que cuenta con que el *amortiguamiento* de la lucha de clases en torno a los problemas *agudos* se conseguirá mediante *la transferencia* de dichos problemas a la categoría de los asuntos menudos, que sólo incumben a la administración local. De hecho, el problema de la explotación de las tierras mejores no puede ser ni un problema local ni un problema de la administración. Es un problema de interés nacional, un problema de estructura no sólo del Estado terrateniente, sino del Estado burgués. Y seducir al pueblo con la idea de que, antes de que sea llevada a cabo la revolución socialista, es posible el desarrollo del "socialismo municipal" en la agricultura, equivale a hacer gala de la demagogia más inadmisibles. El marxismo permite introducir en el programa de la revolución burguesa la nacionalización, porque la nacionalización es una medida burguesa, porque la renta absoluta estorba al desarrollo del capitalismo, porque la propiedad privada de la tierra es un obstáculo para el capitalismo. Pero hace falta convertir el marxismo en oportunismo intelectual fabiano para incluir en el programa de la revolución burguesa la municipalización de las grandes fincas.

En este punto precisamente aparece ante nosotros la distinción entre los métodos pequeñoburgueses y los métodos proletarios en la revolución burguesa. La pequeña burguesía, hasta la más radical —incluido el partido de nuestros socialistas-revolucionarios—, no prevé la lucha de clases *después* de la revolución burguesa, sino la prosperidad y la satisfacción general. Por eso “se prepara su nido” de antemano, presenta planes de un reformismo pequeñoburgués en la revolución burguesa, habla de distintas “normas”, de “regular” el régimen de posesión del suelo, de consolidar el principio del trabajo y la pequeña hacienda basada en el trabajo, etc. El método pequeñoburgués es el método de la organización de unas relaciones basadas en la mayor paz social posible. El método proletario consiste *exclusivamente* en desbrozar el camino de todo lo medieval, en desbrozar el camino para la *lucha de clases*. Por eso, el proletario puede dejar a cargo de los pequeños propietarios el examen de toda clase de “normas” de posesión de la tierra: al proletario sólo le interesa la destrucción de los latifundios terratenientes, sólo le interesa la destrucción de la propiedad privada sobre la tierra, como el *último* obstáculo a la lucha de clases en la agricultura. A nosotros no nos interesan en la revolución burguesa el reformismo pequeñoburgués, el “futuro” nido de los pequeños propietarios satisfechos, sino las condiciones de la lucha proletaria contra toda satisfacción pequeñoburguesa sobre bases burguesas.

La municipalización infunde precisamente este espíritu anti-proletario al programa de la revolución agraria *burguesa*, pues no amplía ni agudiza la lucha de clases, pese a la opinión profundamente falsa de los mencheviques, sino que, por el contrario, la *amortigua*. La amortigua porque admite el democratismo local paralelamente a un democratismo incompleto del centro. La debilita también con la idea del “socialismo municipal”, pues éste sólo es *concebible* en la sociedad burguesa *al margen* del camino real de la lucha, sólo en los asuntos menudos, locales, sin importancia, en los que *hasta* la burguesía puede ceder, puede transigir, sin perder la posibilidad de conservar su dominación como clase.

La clase obrera debe proporcionar a la sociedad burguesa el programa más puro, más consecuente, más decidido de revolución burguesa, llegando hasta la nacionalización burguesa de la tierra. En la revolución burguesa, el proletariado se aparta con desprecio del reformismo pequeñoburgués: nos interesa la libertad para la lucha, y no la libertad para la felicidad pequeñoburguesa.

Naturalmente, el oportunismo de los intelectuales en el Partido Obrero propugna otra línea. En lugar de un amplio programa revolucionario de la revolución burguesa, la atención se concentra en una utopía pequeñoburguesa: defender el democratismo local paralelamente a la ausencia de democratismo en el centro, asegurar para el reformismo mezquino el rincón de la economía municipal al margen de las grandes “conmociones”, eludir la agudeza del extraordinariamente agudo conflicto agrario con arreglo a la receta de los antisemitas, es decir, transfiriendo un gran problema nacional a la jurisdicción de los pequeños asuntos locales.

8. Algunos ejemplos del embrollo originado por la municipalización

Los casos curiosos que a continuación exponemos, testimonian la confusión sembrada por el programa “municipalizador” en las cabezas de los socialdemócratas y el estado de impotencia a que dicho programa ha condenado a los propagandistas y agitadores.

Y. Larin es, indudablemente, uno de los mencheviques destacados y conocidos en las publicaciones. Como se ve por las actas, en Estocolmo tomó una parte muy activa en los esfuerzos hechos para conseguir la aprobación del programa. Su folleto *El problema campesino y la socialdemocracia*, incluido en la serie de folletos de *Novy Mir*, es un comentario casi oficial al programa menchevique. He aquí lo que escribe este comentador. Las páginas finales de su folleto hacen un resumen del problema de la reforma agraria. El autor prevé un desenlace triple de esta reforma: 1) concesión de parcelas adicionales en propiedad privada a los campesinos, mediante pago: “el desenlace más desfavorable para la clase obrera, para las capas inferiores de campesinos y para todo el desarrollo de la economía nacional”. (103.) El segundo desenlace es el mejor, y el tercero, aunque improbable, consiste en “proclamar en el papel el usufructo igualitario obligatorio”. Parece que teníamos derecho a esperar que el segundo desenlace, a juicio de un partidario del programa municipalizador, debería consistir en la municipalización. Pero no es así. Escuchad:

Es posible que todas las tierras confiscadas o *incluso todas las tierras en general* sean declaradas *propiedad del Estado* y puestas a disposición de la administración autónoma local para su reparto *gratuito* [??] en usufructo

entre todos los que trabajan efectivamente en ellas, sin implantar, claro está, con carácter de obligatoriedad en toda Rusia, un usufructo igualitario y sin prohibir el trabajo asalariado. Como hemos visto, esta solución del problema es la que asegura en mayor medida tanto los intereses inmediatos del proletariado como los intereses generales del movimiento socialista y el aumento de la productividad del trabajo, que es el problema fundamental de la vida de Rusia. Por eso, los socialdemócratas deben defender y llevar a la práctica una reforma [?] agraria precisamente de este carácter. Dicha reforma tendrá lugar cuando —una vez que la revolución haya alcanzado el desarrollo superior— sean fuertes los elementos conscientes del desarrollo social. (103. La cursiva es mía.)

Si Y. Larin u otros mencheviques creen que aquí aparece expuesto el programa de la municipalización, es una equivocación tragicómica. La entrega de *todas* las tierras en propiedad al Estado es la *nacionalización de la tierra*, cuya gestión no cabe concebir de otra forma que no sea a través de los órganos locales de la administración autónoma, los cuales actúan dentro del marco de una ley extensiva a todo el Estado. Semejante programa —no “de reformas”, naturalmente, sino de revolución— yo lo suscribo por entero, a excepción del punto sobre la entrega “gratuita” de la tierra incluso a los que la trabajan empleando mano de obra asalariada. Prometer tal cosa en nombre de la sociedad burguesa cuadra más a un antisemita que a un socialdemócrata. Un marxista no puede suponer que es posible un desenlace así dentro del marco del desarrollo capitalista; tampoco hay fundamento para considerar deseable la entrega de la renta a los granjeros-empresarios. Pero exceptuando ese punto, que lo más probable es que se explique por un lapsus del autor, es indudable que en ese folleto menchevique de popularización se aboga por la *nacionalización de la tierra* como el desenlace mejor en relación con el desarrollo superior de la revolución.

El mismo Larin, refiriéndose a lo que se debe hacer con las tierras de propiedad privada, escribe:

Por lo que se refiere a las tierras de propiedad particular, de alto rendimiento, ocupadas por las grandes haciendas capitalistas, los socialdemócratas no conciben, ni mucho menos, su confiscación para repartirlas entre los pequeños propietarios. Mientras la productividad media de la pequeña hacienda, campesina en tierra propia o arrendada no llega a 30 puds por desiatina, la productividad media de la agricultura capitalista supera en Rusia los 50 puds. (64.)

Al decir esto, Larin arroja en realidad por la borda la idea de la revolución agraria *campesina*, pues sus cifras medias de rendimiento de las cosechas se refieren a *todas* las tierras de los terratenientes. Si no se considera posible una elevación más amplia y más rápida de la productividad del trabajo en la pequeña hacienda agrícola liberada de la servidumbre, entonces carece de sentido todo “apoyo a las acciones revolucionarias de los campesinos, hasta llegar a la confiscación de las tierras de los terratenientes”. Y, además, olvida Larin que hay un acuerdo del Congreso de Estocolmo en lo referente al “objetivo para el que los socialdemócratas conciben la confiscación de las haciendas capitalistas”.

Precisamente el camarada Strumilin presentó en el Congreso de Estocolmo una enmienda consistente en añadir después de las palabras: el desarrollo económico (en la resolución) “insistiendo por tanto en que las grandes fincas capitalistas confiscadas sigan siendo explotadas en adelante al modo capitalista en beneficio común del pueblo y en las condiciones que mejor satisfagan las necesidades del proletariado agrícola”. (Pág. 157.) Esta enmienda fue rechazada *por unanimidad, a excepción de un voto*. (Lug. cit.)

¡Y sin embargo, la propaganda entre las masas se hace sin tener en cuenta el acuerdo del congreso! La municipalización es una cosa tan confusa, en virtud de dejar la propiedad privada de las tierras parcelarias, que el comentario del programa discrepa sin querer de la decisión del congreso.

K. Kautsky, a quien tan a menudo y tan injustamente se le ha citado en favor de uno u otro programa (injustamente porque rechazó de un modo resuelto la invitación que se le hizo para que diese su opinión terminante sobre este asunto, habiéndose limitado a aclarar algunas verdades generales). Kautsky, a quien —como hecho adrede para provocar la risa— hasta se le incluyó entre los defensores de la municipalización, resulta que escribió a M. Shanin en abril de 1906:

Por lo visto, yo entendía por municipalización otra cosa distinta a la que entendía usted, y, tal vez, Máslov. Yo comprendía por municipalización lo siguiente: la gran propiedad agraria será confiscada y en ella seguirá sosteniéndose una economía en gran escala a cargo de las comunidades [!] o de organizaciones más grandes, o bien la tierra será dada en arriendo a cooperativas de producción. Yo no sé si esto es posible en Rusia, ni sé tampoco si los campesinos accederán a ello. Y no digo que nosotros debamos exigir esto,

pero opino que si lo exigiesen otros, nosotros podríamos, sin el menor recelo, mostrarnos de acuerdo. Sería un experimento interesante*.

Parece que basta con estas citas para señalar cómo gentes que mantuvieron o mantienen una actitud de plena simpatía hacia el programa de Estocolmo, lo *aniquilan* con sus interpretaciones. La culpa es de la irremediable confusión del programa, que teóricamente está relacionado con la negación de la teoría de la renta de Marx, prácticamente se halla adaptado al caso "medio" imposible de un democratismo local paralelo a un poder central antidemocrático y, en el sentido económico, significa la introducción del reformismo pequeñoburgués seudosocialista en el programa de la revolución burguesa.

* M. Shanin, *Municipalización o reparto en propiedad*. Vilna, 1907, pág. 4. M. Shanin expresa con razón la duda de si se puede incluir a Kautsky entre los partidarios de la municipalización, y protesta con razón contra el reclamo que de Kautsky hicieron los mencheviques (en el *Pravda menchevique* 99 de 1906). En la carta publicada por Máslov, Kautsky dice claramente: "Nosotros podemos dejar a los campesinos que resuelvan el problema referente a las formas que debe adoptar la propiedad agraria confiscada a los grandes terratenientes. Yo consideraría un error querer imponerles algo en este sentido." (Pág. 16. *En torno a la cuestión del programa agrario*, Máslov y Kautsky. Ed. *Novy Mir*, Moscú, 1906.) Esta afirmación terminante de Kautsky excluye precisamente la municipalización, que los mencheviques tratan de imponer a los campesinos.

CAPÍTULO V

LAS CLASES Y LOS PARTIDOS EN LOS DEBATES SOBRE EL PROBLEMA AGRARIO* EN LA SEGUNDA DUMA

A nuestro juicio, no carece de utilidad el abordar, además, desde un aspecto algo distinto, la cuestión del programa agrario del Partido Obrero en la revolución burguesa rusa. El examen de las condiciones económicas de la revolución y de las consideraciones políticas en favor de tal o cual programa hay que completarlo con el cuadro de la lucha de las diferentes clases y partidos, que abarque, a ser posible, todos los intereses directamente contrapuestos entre sí. Sólo un cuadro semejante puede dar una idea *de conjunto* del fenómeno que ahora estamos examinando (la lucha por la tierra en la revolución rusa), excluyendo la unilateralidad y el carácter fortuito de las distintas opiniones y comprobando las conclusiones teóricas con el sentido práctico de los propios interesados. Como individuos, los representantes de los partidos y de las clases pueden equivocarse, pero cuando intervienen en la palestra pública, ante toda la población, sus errores individuales son corregidos de un modo indefectible por los grupos o clases correspondientes que están interesados en la lucha. Las clases no se equivocan: en general y en conjunto, determinan sus intereses y sus tareas políticas de acuerdo con las condiciones de la lucha y de la evolución social.

Para trazar este cuadro tenemos un excelente material en las actas taquigráficas de las dos dumas. Tomaremos la Segunda Duma, pues indudablemente refleja la lucha de clases en la revolución rusa con mayor plenitud y mayor madurez, ya que las elecciones a esta Duma no fueron boicoteadas por ningún partido influyente. El agrupamiento político de los diputados está mucho más definido en la II Duma, las minorías aparecen en ella más unidas y más estrechamente relacionadas con los correspondientes partidos.

La experiencia de la I Duma había facilitado ya bastante material, que ayudó a todos los partidos a definir con más reflexión su línea. Por todas estas causas hay que preferir la Segunda Duma. A los debates de la I Duma hemos de referirnos únicamente como complemento o aclaración de las manifestaciones hechas en la Segunda Duma.

Para que el cuadro de la lucha de las clases y de los partidos en los debates de la Segunda Duma sea completo y exacto, hay que destacar aparte cada minoría considerable y peculiar de la Duma y caracterizarla basándonos en fragmentos de los principales discursos sobre los puntos principales del problema agrario. No es posible ni necesario citar a todos los oradores de segunda categoría, y sólo señalaremos a aquellos que aportaron algo nuevo o esclarecieron algún aspecto del asunto de forma que merezca atención.

Los grupos fundamentales de diputados de la Duma que se destacan con toda nitidez en los debates agrarios, son los siguientes: 1) los derechistas y octubristas; como veremos, en la Segunda Duma no se puso de manifiesto ninguna diferencia siquiera sea algo esencial entre ellos; 2) los demócratas-constitucionalistas; 3) los campesinos derechistas y octubristas que, como veremos, ocuparon posiciones más izquierdistas que los demócratas-constitucionalistas; 4) los campesinos sin partido; 5) los populistas o intelectuales trudoviques, que mantuvieron posiciones algo más derechistas que 6) los campesinos trudoviques; además, 7) los socialistas-revolucionarios; 8) los "nacionales", representantes de las nacionalidades no rusas, y 9) los socialdemócratas. Señalaremos la posición del gobierno al hablar del grupo de la Duma con el que en el fondo coincide.

1. Derechistas y octubristas

Quien mejor expresó la posición de los derechistas en cuanto al problema agrario, fue indudablemente el conde Bobrinski en el discurso del 29 de marzo de 1907. (Sesión 18 de la II Duma.) Después de polemizar con el clérigo izquierdista Tijvinski a propósito de las Sagradas Escrituras y de su mandamiento que dicta someterse a las autoridades, y tras de evocar "la página más

limpia y más luminosa de la historia rusa" (1289)* —la emancipación de los campesinos (de esto hablaremos aparte, más adelante)—, el conde aborda el problema agrario "con la visera alzada". "Hace unos 100 ó 150 años, en casi toda la Europa occidental vivían los campesinos tan pobres, tan humillados e ignorantes como ahora en nuestro país. Existía la misma comunidad que tenemos en Rusia, con el reparto según el número de bocas, esta supervivencia típica del régimen feudal. (1293) Ahora, continúa el orador, los campesinos de la Europa occidental llevan una vida acomodada. Cabe preguntar: ¿cuál es el milagro que ha convertido "al campesino mísero y humillado en el ciudadano útil, acomodado y que se estima a sí mismo y estima a los demás"? "No hay más que una respuesta: este milagro lo ha hecho la propiedad campesina personal, propiedad que es tan odiada aquí por las izquierdas, propiedad que nosotros, los derechistas, hemos de defender con todas las fuerzas de nuestra razón, con todo el vigor de nuestra convicción sincera, pues sabemos que en la propiedad residen la fuerza y el porvenir de Rusia." (1294) "Desde mediados del siglo pasado, la Química agronómica ha hecho asombrosos... descubrimientos en la esfera de la nutrición de las plantas, y los campesinos del extranjero —los pequeños propietarios, al igual [??] que los grandes— han sabido utilizar estos descubrimientos de la ciencia y, mediante el empleo de los abonos artificiales, han conseguido una elevación aún mayor de las cosechas; y ahora, cuando en nuestras magníficas tierras negras obtenemos de 30 a 35 puds de grano, y a veces no recogemos ni siquiera lo sembrado, en el extranjero se consigue de año en año, por término medio, una cosecha de 70 a 120 puds, según el país y las condiciones climatológicas. Ahí tenéis la solución del problema agrario. Esto no es un sueño, una fantasía. Es un aleccionador ejemplo histórico. Y el campesino ruso no seguirá las huellas de Puzachov y de Stepán Razin[†] al grito de «¡Saryn na kichku!»** [¡oh, conde, no lo asegure!], emprenderá el único camino acertado, por el que han ido todos los pueblos civilizados, el camino de sus vecinos de la

* En adelante, las cifras que no vayan acompañadas de otras aclaraciones, indican siempre las páginas de las actas taquigráficas.

** Grito que significa "¡Chusma, a proa!", con el que los piratas del Volga obligaban a la tripulación del barco asaltado a agruparse en la proa, mientras ellos procedían al saqueo. (Ed.)

Europa occidental, el camino, por último, de nuestros hermanos polacos, el camino de los campesinos de la parte occidental de Rusia, que han comprendido ya el carácter funesto del régimen comunal y familiar de enclavamiento y han comenzado ya en algunos lugares a organizar caseríos." (1296) El conde Bobrinski dice luego, y dice con razón, que "éste camino fue señalado en el año 1861, al ser emancipados los campesinos de la servidumbre". Aconseja no regatear "decenas de millones" en "crear una clase acomodada de campesinos propietarios". Y declara: "He aquí, señores, en líneas generales, nuestro programa agrario. No es un programa de promesas electorales y con fines de agitación. No es un programa de destrucción de las normas sociales y jurídicas existentes [es el programa del hundimiento de millones de campesinos], no es un programa de fantasías peligrosas, sino un programa plenamente realizable [eso está aún por ver] y comprobado [lo que es verdad, es verdad]. Y ya es hora, desde hace mucho tiempo, de abandonar la ilusión de que existe un camino económico peculiar para el pueblo ruso... Pero, ¿cómo explicarse que proyectos totalmente irrealizables, como el proyecto del grupo trudovique y el proyecto del partido de la libertad del pueblo, hayan sido presentados en una asamblea legislativa sería? Pues ningún parlamento del mundo ha oído jamás que sea incautada toda la tierra para entregarla al fisco o que se arrebate la tierra a Juan para dársela a Pedro... La aparición de estos proyectos es resultado del desconcierto [¡vaya modo de explicar las cosas!]. . . Tenéis, pues, ante vosotros dos caminos a elegir, campesinos rusos: un camino es ancho y, en apariencia, fácil; es el camino del secuestro y de la enajenación forzosa, que desde estos escaños se os ha invitado a seguir. Al principio, es un camino tentador, va en suave declive, pero termina en un precipicio [¿para los terratenientes?] y en la muerte, tanto para los campesinos como para todo el Estado. El otro es un camino estrecho y espinoso, va cuesta arriba, pero este camino conduce a las cimas de la verdad, del derecho y de un sólido bienestar." (1299)

Como ve el lector, se trata de un programa gubernamental. Ese es el que precisamente lleva a la práctica Stolypin con su famosa legislación agraria, promulgada en virtud del artículo 87. Es el mismo programa que formuló Purishkévič en sus tesis agrarias. (Sesión 20, del 2 de abril de 1907, págs. 1532-1533.) Este mismo programa lo defendían parcialmente también los octubristas, comenzando por Sviatopolk-Mirski el primer día de los

debates en torno al problema agrario (19 de marzo) y terminando por Kapustin ("a los campesinos les hace falta la tierra en propiedad, y no en usufructo, como se propone" —sesión 24, del 9 de abril de 1907, pág. 1805—; el discurso de Kapustin fue acogido con aplausos de la derecha "y de una parte del centro").

En el programa de los diputados ultrarreaccionarios y de los octubristas no hay ni la más ligera alusión a la defensa de las formas económicas precapitalistas, por ejemplo: a la glorificación del carácter patriarcal de la agricultura, etc. La defensa de la comunidad, que hace todavía muy poco tiempo tenía ardientes partidarios entre la alta burocracia y los terratenientes, ha sido reemplazada definitivamente por una furiosa actitud hostil hacia la comunidad. Los ultrarreaccionarios se sitúan por entero en el terreno del desarrollo capitalista y trazan indiscutiblemente un programa progresista en el sentido económico, un programa europeo; es necesario subrayar esto de un modo especial, porque entre nosotros se halla muy extendida una opinión vulgar y simplista sobre el carácter de la política reaccionaria de los terratenientes. Si los liberales presentan a menudo a los ultrarreaccionarios como unos bufones y unos tontos de capirote, hay que decir que esta característica es mucho más aplicable a los demócratas-constitucionalistas, pues nuestros reaccionarios se distinguen por la extraordinaria claridad de su conciencia de clase. Ellos saben perfectamente lo que quieren, dónde van y las fuerzas con que cuentan. En ellos no hay ni sombra de ambigüedad e indecisión (a lo menos, en la Segunda Duma; en la primera hubo "desconcierto" ¡en señores como los Bobrinskis!). En ellos se advierte de un modo claro el vínculo con una clase bien concreta, que está acostumbrada a mandar, que ha sabido apreciar con *acierto* las condiciones del mantenimiento de su dominación en el ambiente *capitalista* y que defiende sus intereses sin escrúpulos, aunque ello sea a costa de acelerar la extinción, hundir en el atraso y desalojar a millones de campesinos. El carácter reaccionario del programa de las Centurias negras no reside en la consolidación de unas relaciones o condiciones precapitalistas cualesquiera (en este sentido, todos los partidos, en la época de la Segunda Duma, admiten ya en el fondo el capitalismo, como algo existente), sino en el desarrollo del capitalismo con arreglo al tipo *junker*, para aumentar el poder y los ingresos de los terratenientes, para cimentar el edificio del absolutismo sobre bases nuevas y más sólidas. Las palabras de estos señores no contradicen los hechos: nuestros reaccionarios son también

“hombres de acción”, como decía Lasalle de los reaccionarios alemanes, a diferencia de los liberales.

¿Qué actitud guardan estas gentes ante la idea de la nacionalización de la tierra, por ejemplo, ante esa nacionalización parcial con rescate que exigían los demócratas-constitucionalistas en la Primera Duma, dejando —a semejanza de los meneheviques— la propiedad de los pequeños lotes y creando con el resto de las tierras un fondo agrario de reserva del Estado? ¿No habrán visto en la idea de la nacionalización la posibilidad de fortalecer la burocracia, afianzar el poder central burgués contra el proletariado y restablecer el “feudalismo estatal” y el “experimento chino”?

Al contrario, los pone furiosos toda alusión a la idea de nacionalizar la tierra, y luchan contra ella como si hubiesen tomado sus argumentos de Plejánov. Ahí tenéis al terrateniente de derechas, el noble Vietchinin. “Opino —decía en la sesión 39, del 16 de mayo de 1907— que el problema de la enajenación forzosa debe ser resuelto en un sentido negativo desde el punto de vista jurídico. Los partidarios de esta opinión olvidan que la violación de los derechos de los propietarios privados es inherente a los Estados que se hallan a un nivel bajo de desarrollo social y político. Bástenos recordar el período moscovita, durante el cual era frecuente que el zar arrebatase las tierras a los propietarios particulares y las entregase después a sus allegados y a los monasterios. ¿A qué condujo semejante actitud del gobierno? Las consecuencias fueron terribles.” (619.)

¡Para esto ha servido la “restauración de la Rusia moscovita” de la que hablaba Plejánov! Y Vietchinin no es el único que entona esta cantilena. En la Primera Duma, el terrateniente N. Lvov, que en las elecciones se presentó como demócrata-constitucionalista, luego se inclinó a la derecha y después de disuelta la I Duma mantuvo conversaciones con Stolypin a propósito de una cartera ministerial, este sujeto planteó la cuestión en idénticos términos. “En el proyecto de los 42 —decía, refiriéndose al proyecto demócrata-constitucionalista de la Primera Duma— asombra el sello de ese viejo despotismo burocrático que trata de nivelarlo todo.” (Sesión 12, del 19 de mayo de 1906, págs. 479-480.) *Intercedió* —exactamente en el espíritu de Máslov— a favor de las nacionalidades no rusas: “¿cómo someter a ella [a la nivelación igualitaria] toda Rusia, lo mismo Ucrania que Lituania, Polonia y el territorio del Báltico?”, (479.) Y con tono amenazador

aseguró: “debéis crear en San Petersburgo un inmenso departamento agrario... y mantener en cada rincón toda una plantilla de funcionarios”. (480.)

Estos clamores sobre el burocratismo y sobre el avasallamiento en relación con la idea de la nacionalización —clamores de nuestros municipalistas, que sin venir a cuento tomaron prestado el modelo alemán— constituyen verdaderamente el motivo fundamental de todos los discursos derechistas. Ahí tenemos al octubrista Shidlovski, que al pronunciarse contra la enajenación forzosa, acusa a los demócratas-constitucionalistas de propugnar el avasallamiento. (Sesión 12 de la II Duma, del 19 de marzo de 1907, pág. 752.) Ahí tenemos a Shulguín, clamando que la propiedad es intangible y que la enajenación forzosa es “la tumba de la cultura y de la civilización”. (Sesión 16, del 26 de marzo de 1907, pág. 1133.) Shulguín se refiere —lo que no dice es si lo hace ateniéndose al *Diario* de Plejánov— a la China del siglo XII, al resultado lamentable del experimento chino de nacionalización. (Pág. 1137.) Ahí tenemos a Skirmunt en la I Duma: ¡el propietario será el Estado!; “un nuevo paraíso para la burocracia de Eldorado”. (Sesión 10, del 16 de mayo de 1906, pág. 410.) Ahí tenemos al octubrista Tantsov, que en la II Duma exclama: “estos reproches (los reproches de avasallamiento) pueden ser hechos con mucho mayor motivo a la izquierda y al centro. Y, en realidad, esos proyectos no aportan a los campesinos otra cosa que la sujeción a la tierra, ese mismo régimen de servidumbre, sólo que de forma distinta, en la que los terratenientes serán sustituidos por los usureros y los funcionarios”. (Sesión 39, del 16 de mayo de 1907, pág. 653.)

Naturalmente, la hipocresía de estos clamores sobre el burocratismo salta a la vista, pues los campesinos, que exigen la nacionalización, son precisamente los que han propuesto la magnífica idea de los comités agrarios locales, elegidos por sufragio universal, directo, igual y secreto. Pero los terratenientes ultrarreaccionarios se ven obligados a aferrarse a toda clase de argumentos contra la nacionalización. El sentido de clase les dice que la nacionalización en la Rusia del siglo XX está inseparablemente relacionada con la república campesina. Se comprende que la cuestión es distinta en otros países, en los que, en virtud de condiciones objetivas, no puede haber una revolución agraria campesina; por ejemplo, en Alemania, donde los Kanitz pueden simpatizar con los planes nacionalizadores, donde los socialistas no quieren ni oír hablar de nacionalización, donde el movimiento burgués en pro de la nacio-

nalización se circunscribe a un sectarismo de intelectuales. Con el fin de luchar contra la revolución campesina, *las derechas* debían representar ante los campesinos el papel de defensores de la *propiedad campesina* contra la nacionalización. Hemos visto un ejemplo en Bobrinski. He aquí otro en Vietchinin: "Naturalmente, este problema (el de la nacionalización de la tierra) debe ser resuelto en sentido negativo, ya que no encuentra simpatías ni siquiera entre los campesinos: ellos quieren poseer la tierra a título de propiedad y no a título de arrendamiento." (Sesión 39, pág. 621.) *En nombre* de los campesinos, sólo podrían hablar así los terratenientes y los ministros. Considero superfluo, en vista de que este hecho es sobradamente conocido, citar los discursos de señores como los Gurkos, los Stolypins y otros personajes semejantes, empeñados defensores de la propiedad.

La única excepción entre los derechistas es Karaúlov, cosaco del Terek, de quien ya hemos hablado antes*. Coincidiendo en parte también con el demócrata-constitucionalista Shingariov, decía Karaúlov que las tropas cosacas forman "una inmensa comunidad agraria" (1363), que "antes debe ser abolida la propiedad privada de la tierra" que la comunidad, y defendía una "amplia municipalización de la tierra, su adscripción en propiedad a las diferentes regiones". (1367.) Al mismo tiempo se quejaba de los abusos de la burocracia, de que "no somos dueños de lo nuestro". (1368.) Más arriba nos hemos referido ya al significado de estas simpatías de los cosacos por la municipalización.

2. Los demócratas-constitucionalistas

Como todos los demás partidos, los demócratas-constitucionalistas manifestaron en la II Duma su verdadera naturaleza con la mayor plenitud e integridad. "Se encontraron a sí mismos" al situarse en el centro, criticando desde "el punto de vista de los intereses del Estado" tanto a las derechas como a las izquierdas. Con su claro viraje hacia la derecha revelaron su naturaleza contrarrevolucionaria. Ahora bien, ¿cómo se manifestó este viraje en lo que respecta al problema agrario? Arrojo definitivamente por

* Véase el presente tomo, pág. 341. (E.)

la borda todos los restos de la idea de nacionalización de la tierra, renunciando por completo al plan del "fondo de reserva de tierras del Estado" y pasando a ocupar una posición favorable a la entrega de la tierra *en propiedad* a los campesinos. ¡Sí, las condiciones creadas en la revolución rusa son precisamente tales, que virar hacia la derecha significa virar hacia la propiedad agraria privada!

El ex ministro Kútler, orador oficial del partido demócrata-constitucionalista en la cuestión agraria, pasó en seguida a criticar a las izquierdas. (Sesión 12, del 19 de marzo de 1907.) "Puesto que nadie propone la completa abolición de la propiedad —exclamó este digno colega de Witte y Durnovo—, es necesario reconocer con todo vigor la existencia de la propiedad de la tierra." (737.) Este argumento coincide por entero con las disquisiciones de los ultrarreaccionarios. El ultrarreaccionario Krupiensi, al igual que el demócrata-constitucionalista Kútler, clamaba: "de repartir, hay que repartirlo todo". (784.)

Como verdadero funcionario, Kútler examinó con particular detenimiento la cuestión de las diferentes normas de "asignación" de tierras a los campesinos. Sin apoyarse en ninguna clase cohesionada, este intelectual liberal y funcionario liberalizante *elude* la cuestión acerca de la *cantidad precisa* de tierras que poseen los terratenientes y la cantidad que *se puede* tomar. Prefiere hablar de "normas", para *nublar la cuestión* bajo la apariencia de elevar el asunto a la categoría de problema de Estado, y ocultar que los demócratas-constitucionalistas *dejan incólumes* las haciendas de los terratenientes. "Hasta el gobierno —decía el señor Kútler— ha emprendido el camino de la ampliación del usufructo campesino de la tierra" (734) ¡lo cual quiere decir que no hay nada que sea irrealizable en este proyecto igualmente burocrático de los demócratas-constitucionalistas! Insistiendo en lo práctico y hacer del proyecto, el demócrata-constitucionalista cubre naturalmente con un velo el hecho de que el criterio es para él la posibilidad de convencer a los terratenientes, o sea, dicho con otras palabras, ajustar su proyecto a los intereses de éstos, *ganarse el favor de los ultrarreaccionarios* bajo la apariencia de una conciliación suprema de las clases. "Me parece, señores —decía Kútler—, que es posible imaginarse las condiciones políticas en las que el proyecto de nacionalización de la tierra podría obtener fuerza de ley, pero yo no puedo imaginarme en un futuro próximo las condiciones políticas en las que esta ley pudiera ser realmente aplicada." (733.)

Dicho con sencillez: es posible imaginarse el derrocamiento del poder de los terratenientes ultrarreaccionarios, pero yo no me imagino esto y, por lo tanto, me adapto a ese poder.

Defendiendo la preferencia de la propiedad campesina de la tierra ante el plan de los trudoviques en general y ante el "usufructo igualitario" en particular, el señor Kúttler argumenta así: "Si han de ser designados funcionarios especiales para ello (para la distribución igualitaria de la tierra), se implantará un despotismo tan increíble, una intervención tal en la vida del pueblo como hasta ahora no habíamos conocido. Naturalmente, el propósito es encomendar este asunto a los órganos locales de la administración autónoma, a personas elegidas por la propia población, pero ¿se puede considerar que la población estará plenamente garantizada contra la arbitrariedad de esas personas, que esas personas habrán de actuar siempre de acuerdo con los intereses de la población y que esta última no haya de sufrir de ellas ningún daño? Yo creo que los campesinos aquí presentes saben que sus propios representantes electos, los síndicos y los *stárostas* de distrito, son muy a menudo tan opresores de la población como lo son los funcionarios." (740.) ¿Cabe imaginar una hipocresía más vil? Los propios demócratas-constitucionalistas proponen unas comisiones agrarias con predominio de los terratenientes (un número igual de terratenientes y de campesinos, presididos por un funcionario o un terrateniente), y a los campesinos se les señala el peligro del despotismo y de la arbitrariedad de sus elegidos! Sólo pueden objetar así contra la distribución igualitaria desvergonzados charlatanes políticos, pues no se rigen ni por los principios del socialismo (a ejemplo de los socialdemócratas, que demuestran la imposibilidad de una distribución igualitaria, pero apoyan por entero a los comités locales designados por elección), ni por los principios de la propiedad privada de los terratenientes como única salvación (a ejemplo de los Bobrinskis).

A diferencia tanto de las derechas como de las izquierdas, el plan de los demócratas-constitucionalistas se caracteriza no por lo que ellos dicen, sino por lo que callan: por la composición de los comités agrarios, que deben *forzar* a los campesinos a admitir la "segunda emancipación", es decir, obtener unos eriales a precios exorbitantes. Para velar la *esencia* de la cuestión, los demócratas-constitucionalistas recurren en la Segunda Duma (como lo hicieron en la primera) a procedimientos verdaderamente trapaceros. Ahí tenéis al señor Shingariov, se hace pasar por progresista,

repite las frases liberales en boga contra las derechas, lamenta, como de costumbre, la violencia y la anarquía, por las que Francia "pagó un siglo de graves conmociones" (1355), pero ved qué subterfugios emplea al tratar el problema de los comités agrarios:

"Se nos objetaba por el diputado Evréinov * —dice— a propósito de los comités agrarios. Yo no sé [*sic!*] en qué se ha basado para hacer sus objeciones; hasta ahora no hemos hablado en absoluto de esto [*¡mentira!*]; yo no sé a qué proyecto se refiere ni por qué habla de desconfianza hacia el pueblo. En la Duma del Estado no se ha presentado todavía un proyecto semejante, y, por lo visto, funda sus objeciones en malentendidos. Me adhiero por entero a los diputados de la izquierda, a Uspenski y Volk-Karachevski, que hablan de un reglamento provisional, de la necesidad de formar en las localidades mismas los comités agrarios. Yo creo que estos órganos serán creados, y, probablemente, el partido de la libertad del pueblo presentará en días próximos el correspondiente proyecto de ley, y entonces lo discutiremos." (1356.)

¿No es esto pura trapacería? ¿Es que, en realidad, este sujeto podía desconocer tanto los debates de la I Duma en torno a la cuestión de los comités locales, como el artículo que entonces publicó *Riech*? ¿Acaso podía dejar de comprender la declaración perfectamente nítida de Evréinov?

Pero, diréis, prometió presentar "en días próximos" un proyecto de ley. En primer lugar, la promesa de devolver lo que

* El socialista-revolucionario Evréinov dijo en la misma sesión (sesión 18, del 29 de marzo de 1907): "Estos comités [agrarios], según los concibe el partido de la libertad del pueblo, deben estar constituidos por un número igual de propietarios de tierras y de campesinos, y en calidad de árbitros de los mismos intervendrán funcionarios, que indudablemente darán el predominio a los elementos no campesinos. ¿Pero por qué el partido de la libertad del pueblo, llamándose partido «de la libertad del pueblo», no confía en unos comités elegidos no de una manera burocrática, sino por vía democrática? Probablemente porque si los comités fuesen elegidos de este modo, es indudable que irían a parar a ellos en enorme mayoría campesinos, es decir, representantes de los intereses campesinos. Yo pregunto entonces: ¿confía en este caso el partido de la libertad del pueblo en los campesinos? Recordamos que, en 1859, el gobierno, al hacer la reforma agraria, encomendó este asunto a organismos locales, a los comités. Es cierto que estos comités se hallaban constituidos por nobles, pero el gobierno no es el partido de la libertad del pueblo, sino el representante de los ricos y en general de las clases poseedoras. Se apoya en los nobles y confía en los nobles. En cambio, el partido de la libertad del pueblo quiere apoyarse en el pueblo y no confía en él." (1326.)

se ha conseguido con trapacerías no destruye el hecho de la trapacería. En segundo lugar, he aquí lo que ocurrió "en días próximos". El señor Shingariov habló el 29 de marzo de 1907. El 9 de abril de 1907 habló el demócrata-constitucionalista Tatárinov y dijo: "Ahora, señores, me referiré a otra cuestión que, según me parece [sólo "me parece"!], motiva grandes discusiones, precisamente una cuestión que es planteada por todos los partidos que están a nuestra izquierda: la cuestión de los comités agrarios locales. Todos estos partidos exponen la necesidad de formar los comités agrarios locales a base del sufragio universal, igual, directo y secreto, a fin de resolver el problema agrario en las localidades. En este sentido, ya el año pasado nos pronunciamos de un modo absolutamente categórico contra los comités, y ahora también nos pronunciamos categóricamente contra ellos." (1783.)

Así, en la *importantísima* cuestión de las condiciones reales de la "enajenación forzosa" propuesta por los demócratas-constitucionalistas, dos de éstos sostienen opiniones divergentes y van dando bandazos bajo los golpes de los partidos de izquierda, que sacan a la luz lo que los demócratas-constitucionalistas quisieran mantener en secreto. El señor Shingariov dice primero: "no sé"; luego: "estoy de acuerdo con las izquierdas", y después: "en días próximos habrá un proyecto de ley". El señor Tatárinov dice: "nosotros estábamos y estamos categóricamente en contra". Y agrega algunas consideraciones acerca de que no es posible fragmentar la Duma en mil dumas, que no es posible relegar el problema agrario hasta la realización de las reformas políticas, hasta la implantación del sufragio universal, igual, etc. Pero son nuevos subterfugios. No se trata, ni mucho menos, del momento de aplicar una u otra medida: a este respecto no podía haber ningún género de dudas entre los diputados izquierdistas de la II Duma. Se trata de saber cuáles son los *verdaderos planes* de los demócratas-constitucionalistas: quién forzará a quién en su "enajenación forzosa", si los terratenientes a los campesinos o los campesinos a los terratenientes. La respuesta sólo puede darla la composición de los comités agrarios. Esta composición ha sido determinada por los demócratas-constitucionalistas en el editorial miliukoviano de *Riech*, en el proyecto de Kútlér y en el artículo de Chuprov (citado más arriba)*, pero los demócratas-constitucionalistas

* Véase el presente tomo, pág. 247. (Ed.)

listas silenciaron en la Duma esta composición, no dando respuesta a la pregunta hecha a boca de jarro por Evróinov.

Nunca se insistirá lo bastante en que este proceder de los representantes de un partido en el parlamento es justamente un *engaño del pueblo por los liberales*. En cuanto a los Bobrinskis y a los Stolypins, es difícil que haya quien se engañe. En cuanto a los demócratas-constitucionalistas, son muchos los que se engañan al no querer analizar o al ser incapaces de comprender el significado efectivo de las consignas y frases políticas.

Vemos, pues, que los demócratas-constitucionalistas están en contra de toda forma de usufructo social de la tierra*, en contra de la enajenación sin indemnización, en contra de los comités agrarios locales con predominio de los campesinos, en contra de la revolución en general y, en particular, en contra de la revolución agraria campesina. Su actitud ante la "reforma" campesina de 1861 arroja luz sobre su posición de zigzagueo entre las izquierdas y las derechas (para entregar a los campesinos a manos de los terratenientes). Como veremos más adelante, todas las izquierdas hablan de dicha reforma con repugnancia e indignación, como de un dogal puesto al cuello de los campesinos por los terratenientes. Los demócratas-constitucionalistas se solidarizan con las derechas, enternecidos ante esa reforma.

El conde Bobrinski decía: "Aquí se ha cubierto de lodo a la página más pura y más luminosa de la historia rusa... La causa de la emancipación de los campesinos está por encima de todo

* En este sentido son particularmente significativos los debates de la I Duma en torno a la orientación del proyecto agrario de los 33 (sobre la abolición de la propiedad privada de la tierra). Los demócratas constitucionales (Petrunkevich, Mujánov, Shajovskói, Frónkel, Ovchinnikov, Dolgorúkov y Kokoshkin) atacaron furiosamente la idea de que fuese entregado semejante proyecto a la comisión, habiendo encontrado pleno apoyo en Guéiden. Los argumentos de los demócratas-constitucionalistas son indecorosos para un liberal que se estime aunque sólo sea un poco: son unos subterfugios policíacos de lacayos del gobierno reaccionario. Entregar el proyecto a la comisión —decía, por ejemplo, el señor Petrunkevich— significa reconocer que, hasta cierto grado, es "posible" el punto de vista de semejante proyecto. El señor Zhilkin cubrió de vergüenza a los demócratas-constitucionalistas (sesión 23, del 8 de junio de 1906), al decir que él entregaría a la comisión tanto dicho proyecto como el de los diputados de la extrema derecha. ¡Pero los demócratas-constitucionalistas y los diputados de derecha rechazaron por 140 votos contra 78 la propuesta de entregar el proyecto a la comisión!

reproche... , grande y luminoso día el 19 de febrero de 1861." (26 de marzo, págs. 1289 y 1299.)

Kútler decía: "la gran reforma de 1861... , el gobierno, en la persona del presidente del Consejo de Ministros, reniega de la historia rusa, de sus páginas mejores y más luminosas"... (26 de mayo, págs. 1198-1199.)

Este juicio acerca de una enajenación forzosa llevada efectivamente a cabo arroja más luz sobre el programa agrario de los demócratas-constitucionalistas que todos sus proyectos y discursos, escritos para ocultar sus pensamientos. Si hay gentes que consideran como la página más luminosa el hecho de que los terratenientes privasen a los campesinos de sus tierras, se les hiciese pagar a éstos sumas exorbitantes de rescate por unos eriales y se implantasen las "actas reglamentarias"²² por medio de represiones ejecutadas por la fuerza armada, queda claro que esas gentes se esfuerzan por conseguir una "segunda emancipación", un segundo avasallamiento de los campesinos mediante el rescate. Bobrinski y Kútler se solidarizan en cuanto a la apreciación de la reforma de 1861. Pero la apreciación hecha por Bobrinski expresa de un modo directo y fiel los intereses bien comprendidos de los terratenientes; por eso depura la conciencia de clase de las grandes masas. Si los Bobrinskis elogian, quiere decir que son los terratenientes los que han lucrado. La apreciación de Kútler, al expresar la pobreza de espíritu de un chupatintas que se ha pasado la vida doblando el espinazo ante los terratenientes, está llena de hipocresía y oscurece la conciencia de las masas.

En relación con esto hay que señalar otro aspecto de la política demócrata-constitucionalista en el problema agrario. Todas las izquierdas se colocan abiertamente al lado de los campesinos, como fuerza en lucha, explican la necesidad de la lucha, señalan el carácter terrateniente del gobierno. Los demócratas-constitucionalistas se sitúan, con las derechas, en el "punto de vista de los intereses del Estado" y rechazan la lucha de clases.

Kútler declara que no hay que "cambiar de raíz las relaciones agrarias". (732.) Savéliev previene contra las medidas que "afectan a numerosos intereses", diciendo: "es poco probable que sea conveniente el principio de una negación total de la propiedad, y en su aplicación pueden surgir complicaciones muy grandes y serias, en particular si tenemos en cuenta que los grandes propietarios con más de 50 desiatinas tienen muchas tierras, a saber, 79.440.000 desiatinas". (26 de marzo de 1907, pág. 1088: el

campesino se refiere a los latifundios para demostrar la necesidad de acabar con ellos; el liberal, para demostrar la necesidad de la sumisión servil.) Shingariov tendría por "la mayor de las desgracias" que el pueblo mismo tomase la tierra. (1355.) Ródichev abre su pico de oro para decir: "no fomentamos la hostilidad de las clases, quisiéramos olvidar el pasado". (632, 16 de mayo de 1907.) Kapustin se expresa en idénticos términos: "nuestra misión consiste en sembrar por todas partes la paz y la justicia, y no encender y atizar la hostilidad de las clases". (1810, 9 de abril.) Krupienski se muestra indignado ante el discurso del socialista-revolucionario Zimín por estar "lleno de odio a las clases poseedoras". (783, 19 de marzo.) En una palabra, en la condenación de la lucha de clases no hay diferencia entre demócratas-constitucionalistas y derechistas. Pero los derechistas saben lo que hacen. La propaganda de la lucha de clases no puede por menos de ser perjudicial y peligrosa para la clase contra la cual va dirigida esta lucha. Los derechistas salvaguardan fielmente los intereses de los terratenientes feudales. ¿Y los demócratas-constitucionalistas? ¡Ellos sostienen la lucha — dicen que sostienen la lucha! —, quieren "forzar" a los terratenientes, en cuyas manos se encuentra el poder, y condenan la lucha de clases! ¿Actuó así una burguesía verdaderamente luchadora, y no lacayuna ante los terratenientes, como, pongamos por ejemplo, la de Francia? ¿No llamaba al pueblo a la lucha, no fomentaba la hostilidad entre las clases, no creó la teoría de la lucha de clases?

3. Los campesinos de derecha

En la Segunda Duma constituyen una rara excepción los auténticos campesinos de derecha; tal vez sea el único Remiéchik (provincia de Minsk), que no quiere saber nada de ninguna clase de comunidad ni de ninguna clase de "fondos" y defiende a capa y espada la propiedad (en la I Duma muchos campesinos polacos y de las regiones occidentales de Rusia se pronunciaron en favor de la propiedad). Pero incluso este Remiéchik aboga por la enajenación "con arreglo a un precio justo" (648), es decir, resulta ser en el fondo un demócrata-constitucionalista. A otros "campesinos de derecha" de la Segunda Duma los destacamos en grupos aparte, porque indudablemente están más a la izquierda que los demócratas-constitucionalistas. Tomad a Petrochenko (provincia

de Vitebsk). Comienza diciendo que "defenderá hasta la muerte al zar y a la patria". (1614.) Las derechas aplauden. Pero de pronto pasa a tratar de la cuestión de la "escasez de tierras". "Por mucho que discutáis —dice—, no crearéis otro globo terrestre. Por tanto, se nos tendrá que entregar esta tierra. Uno de los oradores señalaba aquí que nuestros campesinos son atrasados e ignorantes y que no había por qué y sería inútil darles mucha tierra, porque de todos modos esa tierra no traería utilidad. Naturalmente, antes la tierra nos traía poca utilidad, precisamente a los que carecíamos de ella. En cuanto a que somos ignorantes, por eso no pedimos otra cosa que la tierra, para escarbarla, por ser tontos. Por mi parte creo que, naturalmente, no está bien, además, que un noble trabaje la tierra. Se ha dicho aquí que la ley prohíbe tocar las tierras particulares. Yo, naturalmente, estoy de acuerdo en que hay que atenerse a la ley, pero para que desaparezca la escasez de tierras es preciso escribir una ley a fin de hacer todo esto con arreglo a la ley. Y para que nadie se sienta lesionado, el diputado Kútler ha propuesto buenas condiciones. Naturalmente, él, como hombre rico, ha puesto un precio alto, y nosotros, los campesinos, gente pobre, no podemos pagar tanto; y en cuanto a cómo hemos de vivir, si en comunidades, con la tierra en propiedad de cada familia, o en caseríos, yo por mi parte creo que es preciso que se nos permita a todos vivir como cada uno lo tenga por conveniente." (1616.)

Entre este campesino de derecha y el liberal ruso media todo un abismo. El primero, de palabra, es fiel al viejo poder, pero de hecho trata de conseguir la tierra, lucha contra los terratenientes y no está de acuerdo en pagar el rescate en la magnitud propuesta por los demócratas-constitucionalistas. El segundo, de palabra, lucha por la libertad del pueblo, pero de hecho prepara a los terratenientes y al viejo poder un segundo avasallamiento de los campesinos. El segundo puede marchar solamente hacia la derecha, de la I Duma a la II, de la II a la III. El primero, perdidas las esperanzas de que le "den" la tierra, emprenderá otro rumbo. Más fácil es que nuestro camino coincida con el del campesino "de derecha" que con el camino del demócrata-constitucionalista "liberal" y "democrático"...

He aquí al campesino Shimanski (provincia de Minsk). "He venido aquí a defender la fe, el zar y la patria y a exigir la tierra..., naturalmente, no por medio del robo, sino pacíficamente, a un precio justo... Por eso, en nombre de todos los

campesinos propongo a los miembros de la Duma, a los terratenientes, que suban a esta tribuna y digan que se hallan dispuestos a ceder la tierra a los campesinos por un precio justo; entonces nuestros campesinos se lo agradecerán, naturalmente, y yo creo que también lo agradecerá el padrecito zar. En cuanto a los terratenientes que no accedan a esto, yo propongo a la Duma del Estado que grave sus tierras con impuestos progresivos; es indudable que con el tiempo ellos también nos cederán la tierra, porque se darán cuenta de que el trozo grande es difícil de tragar." (1617.)

Este campesino de derecha entiende por enajenación forzosa y por precio justo algo muy distinto de lo que entienden los demócratas-constitucionalistas. Estos no sólo engañan a los campesinos de izquierda, sino también a los de derecha. La siguiente propuesta del campesino Mélnik (octubrista, provincia de Minsk) nos hace ver cuál sería la actitud de los campesinos de derecha hacia los planes de los demócratas-constitucionalistas para la integración de los comités agrarios (a lo Kútler o a lo Chuprov: véase t. II de *La cuestión agraria*) si llegasen a conocer dichos planes. "Yo creo —decía— que es obligado que entren a formar parte de la comisión [agraria], en la proporción del 60 %, los campesinos que en la práctica conocen la miseria [!] y saben cuál es la situación del estamento campesino, y no aquellos campesinos que tal vez lo son sólo de nombre. Es un problema del bienestar de los campesinos y, en general, de la gente pobre, y no tiene ninguna significación política. Hay que elegir a hombres que puedan resolver este problema en bien del pueblo, prácticamente y no políticamente." (1285.) ¡Estos campesinos de derecha virarán muy a la izquierda cuando la contrarrevolución les muestre el significado político de los "problemas del bienestar de la gente pobre"!

Para señalar lo infinitamente distanciados que están entre sí los representantes de los campesinos monárquicos y los de la burguesía monárquica, citaré fragmentos de un discurso del sacerdote "progresista" Tijvinski, que a veces hablaba en nombre de la Unión Campesina y del grupo trudovique. "La masa de nuestros campesinos —decía— quiere al zar. Cómo desearía yo ser el gorro invisible y el tapiz volador para poder llegar hasta el pie del trono y decir: Señor, tu primer enemigo, el primer enemigo del pueblo, es el ministerio irresponsable... Lo único que exigen los campesinos laboriosos es que se aplique rigurosamente el principio: «toda la tierra para todo el pueblo»... [En cuanto al problema del rescate:]... No temáis, señores de la derecha; confiad

en nuestro pueblo, no os dejará en el desamparo. (*Voces de la derecha*: "¡gracias, gracias!") Ahora me referiré a lo dicho por el informante del partido de la libertad del pueblo. Afirma que el programa del partido de la libertad del pueblo no difiere mucho del programa de los campesinos y del grupo trudovique. No, señores, este programa difiere mucho de él. Oímos decir al informante: «supongamos que nuestro proyecto sea menos justo, pero es más práctico». ¡Señores, se sacrifica la justicia en beneficio de consideraciones prácticas!» (789.)

Por su concepción política, este diputado se halla al nivel de un demócrata-constitucionalista. ¡Pero, qué diferencia existe entre su ingenuidad aldeana y los "negociantes" de la abogacía, de la burocracia y del periodismo liberal!

4. Los campesinos sin partido

Los campesinos sin partido ofrecen un interés especial, como exponentes que son de las opiniones de la masa rural menos consciente y menos organizada. Citaremos, por tanto, fragmentos de los discursos de todos los campesinos sin partido*, tanto más que su número es reducido: Sajná, Semiónov, Moroz y Afanásiev.

Señores representantes del pueblo —decía Sajná (provincia de Kíev)—, es difícil para los diputados campesinos subir a esta tribuna y manifestarse en contra de los señores terratenientes ricos. En el momento actual, los campesinos viven muy pobremente, porque no tienen tierra... El campesino tiene que aguantar a los terratenientes, y sufre, porque el terrateniente le oprime terriblemente... ¿Por qué el terrateniente puede poseer mucha tierra y a los campesinos sólo les queda el reino celestial?... Así, señores representantes del pueblo, cuando los campesinos me enviaron aquí, me dieron el encargo de abogar por sus necesidades, por que se les dé tierra y libertad, por que sean sometidas a enajenación forzosa, sin indemnización, todas las tierras del fisco, las tierras del zar, las de la familia imperial, de dominio privado y de los conventos... Debéis saber, señores representantes

* Para determinar la afiliación de los diputados de la Segunda Duma a una u otra minoría o partido, hemos utilizado la edición oficial de la propia Duma del Estado, con la lista de diputados por partidos y grupos. Algunos diputados pasaron de un partido a otro, pero es imposible seguir estos cambios por las informaciones de la prensa. Por lo demás, de utilizar las diversas fuentes relativas a este asunto no haríamos más que embrollar la cuestión.

del pueblo, que la persona hambrienta no puede quedarse tranquila si ve que, a pesar de sus sufrimientos, el poder está del lado de los señores terratenientes. No puede menos de querer tierra, aunque esto vaya contra la ley; la necesidad le obliga. El que pasa hambre está dispuesto a todo, porque su miseria le obliga a no tener en cuenta nada, pues él pasa hambre y vive en el desamparo. (1482-1486.)

Igualmente ingenuo e igualmente vigoroso por su sencillez es el discurso del campesino sin partido Semiónov (provincia de Podolie, diputado elegido por los campesinos):

...La terrible desgracia reside precisamente en los intereses de los campesinos que llevan sufriendo siglos enteros por no tener tierra. Desde hace doscientos años están esperando que les venga del cielo el bien, pero el bien no llega. El bien se encuentra en poder de los grandes propietarios, que consiguieron esta tierra con el esfuerzo de nuestros abuelos y de nuestros padres, siendo así que la tierra es de Dios, y no de los terratenientes... Yo comprendo perfectamente que la tierra pertenezca a todo el pueblo laborioso que trabaja en ella... El diputado Purishkévich dice: "¡Socorro, la revolución!" ¿Qué es esto? Pero si se les quita la tierra por medio de la enajenación forzosa, ellos serán la revolución, y no nosotros; todos nosotros seremos luchadores, hombres de bien... ¿Es que nosotros tenemos 150 desiatinas, como algunos curas? ¿Y los conventos? ¿Y las iglesias? ¿Para qué necesitan la tierra? No, señores, basta de acumular tesoros y guardárselos, hay que vivir como es debido. El país sabrá hacer las cosas, señores; yo lo comprendo todo perfectamente, nosotros somos ciudadanos honrados, nosotros no nos ocupamos de política, como decía uno de los oradores que me ha precedido... Ellos (los terratenientes) lo único que hacen es pasear y engordar sus barrigas con nuestra sangre, con nuestro sudor. Nosotros los tendremos en cuenta, no les trataremos tan mal, también a ellos les daremos tierra. Si echamos cuentas, a nosotros nos tocarán 16 desiatinas por hogar, y a los grandes propietarios les quedarán aún a razón de 50 desiatinas... Miles, millones de hombres del pueblo sufren, mientras los señores se dan la gran vida... Y cuando hay que prestar el servicio de armas, ya lo sabemos, esos señores se hacen los enfermos: "tienen tierra en la patria". ¿Pero dónde está la patria del soldado? No tiene patria. Sólo tiene patria en el sentido de que figura en unas listas que dicen dónde ha nacido, y en las que está escrito qué religión es la suya, pero tierra no tiene. Ahora yo digo: el pueblo me ha pedido que las tierras de la Iglesia, de los conventos, del fisco y de la familia imperial y las tierras de los terratenientes sometidas a enajenación forzosa pasen a manos del pueblo laborioso, que será el que las trabaje; y que esto se haga en las propias localidades; allí sabrán lo que hay que hacer. Os diré que el pueblo me ha enviado para exigir la tierra, y la libertad, y todos los derechos civiles; y entonces viviremos, y no diremos: éste es señor y éste campesino, sino que todos viviremos como personas y cada uno será señor en su lugar. (1930-1934.)

Cuando se lee este discurso de un campesino "que no se ocupa de política", resulta claro hasta la saciedad que la realización, no sólo del programa agrario stolypiniano, sino del demócrata-constitucionalista, exige decenios de violencias sistemáticas sobre la masa campesina, de malos tratos sistemáticos, de exterminio por medio de torturas, encarcelamientos y deportaciones de todos los campesinos que piensan y que intentan actuar libremente. Stoly-pin lo comprende y obra en consecuencia. Los demócratas-constitucionalistas en parte no lo comprenden, por la cerrazón mental propia de los funcionarios y profesores liberales, y en parte lo ocultan hipócritamente, lo "silencian de un modo vergonzante", como ocurrió con las represiones llevadas a cabo por la fuerza armada en 1861 y en los años posteriores. Pero si esta violencia sistemática, que no se detiene ante nada, fallase al chocar contra cualquier obstáculo interior o exterior, el honrado campesino sin partido, "que no se ocupa de política", haría de Rusia una república campesina.

El campesino Moroz, en un breve discurso, declaró simplemente: "Es preciso quitar la tierra a los curas y a los terratenientes" (1955), y después citó el Evangelio (no es la primera vez en la historia que los revolucionarios burgueses extraen sus consignas de los Evangelios) ... "Como no lleves al cura pan y vodka, no bautizará a tu hijo... Ellos hablan todavía de los santos Evangelios y leen: «Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá». Nosotros pedimos, pedimos, pero no se nos da, y llamamos, pero no se nos abre. ¿Habría que echar abajo las puertas y tomar por la fuerza lo que pedimos? Señores, no nos hagáis derribar las puertas, entregad la tierra voluntariamente, y entonces habrá libertad, y las cosas irán bien para vosotros y para nosotros." (1955.)

He aquí al campesino sin partido Afanásiev, que no enjuicia la "municipalización" cosaca desde el punto de vista del cosaco, sino desde el punto de vista del "casi forastero". "Señores, debo decir ante todo que soy un representante de los campesinos de la región del Don, que pasan de un millón y de los cuales yo soy el único que ha llegado aquí; este solo hecho muestra que nosotros somos allí casi forasteros... Yo no puedo salir de mi asombro; ¿es que Petersburgo alimenta al campo? No, al revés. Yo serví en otros tiempos en Petersburgo durante veinte años y pico y entonces ya observé que no es Petersburgo el que da de comer al campo, sino el campo a Petersburgo. Esto mismo es lo que observo en la actualidad. Todas estas magníficas arquitecturas, todos estos

monumentos y edificios, todas estas hermosas y admirables casas, todo ello es construido por los mismos campesinos, al igual que veinticinco años atrás... Purishkévich citaba el ejemplo de que los cosacos tienen más de 20 desiatinas de tierra cada uno y también pasan hambre... Pero ¿por qué no dijo dónde está esa tierra? Hay tierra, en Rusia también hay tierra, ¿pero quién la posee? Si sabía que allí hay tanta tierra y no lo dijo, es un hombre injusto, y si no lo sabía, no había que haber empezado a hablar de ello. Y si, en realidad, no lo sabía, ruego, señores, que me permitáis decirle dónde está esa tierra, cuánta hay y quién la posee. Si se hace la cuenta, resultará que en la región de las tropas del Don hay 753.546 desiatinas destinadas a la cría caballar privada. Mencionaré aquí, además, la cría caballar de los kalmukos, los llamados campamentos de los nómadas. Ellos suman en total 165.708 desiatinas. Además, los ricos disponen, a título de arrendamiento temporal, de 1.055.919 desiatinas. Todas estas tierras no se encuentran en manos de las personas que enumeraba Purishkévich, sino en manos de los kuláks, de los ricos, que son los que nos oprimen. Se quedan con la mitad del ganado y, además, nos cobran un rublo por desiatina, más otro por el ganado que se nos presta para las labores del campo; pero nosotros tenemos que alimentar a nuestros hijos y, por añadidura, a las mujeres y a los hijos de los cosacos. Por eso pasamos hambre." Y el orador refiere que los arrendatarios reciben 2.700 desiatinas cada uno, a condición de entregar 8 caballos "para la caballería"; pero los campesinos podrían entregar más. "Yo os diré que quise persuadir a nuestro gobierno de que se equivocaba de cabo a rabo al no hacer esto. Escribí a la redacción de *Sielski Viéstnik*, con el ruego de que publicasen mi artículo. Me contestaron que no nos corresponde a nosotros dar lecciones al gobierno." Por tanto, en la tierra "municipalizada", entregada en propiedad a una región, el "gobierno central antidemocrático" crea *de facto* nuevos terratenientes: la municipalización, como lo descubrió Plejánov, es una garantía contra la restauración...

El gobierno nos ha dado amplias posibilidades permitiéndonos adquirir tierras por mediación del Banco Campesino: es la misma collera puesta en 1861. Nos quiere trasladar a tierras de Siberia... pero tal vez fuese mejor hacer las cosas así: llevar allí al que tiene miles de desiatinas: sus tierras quedarían ¡y con ellas se daría satisfacción a tantas personas! (*aplausos de la izquierda; voces de la derecha*: "eso es viejo, eso es viejo"...). En la guerra japonesa llevé a mis soldados movillados a través de esas tierras (de los terratenientes) de las que aquí he hecho mención.

Tuvimos que viajar durante más de dos jornadas hasta llegar al centro de reclutamiento. Los soldados me preguntaban: "¿A dónde nos llevas?" Yo les decía: "Cerca del Japón". "¿Qué es lo que vamos a hacer?" "Defender la Patria". Yo, como militar, comprendía que había que defender la patria. Los soldados me decían: "¿Qué patria es ésta, si son tierras de los Lisetski, de los Bezúnov, de los Podkopáilov? ¿Dónde está aquí lo nuestro? Aquí no hay nada nuestro." Me decían cosas que, después de pasados tres años, no puedo borrar de mi corazón... Por consiguiente, señores... yo debo decir en resumen que todas las categorías que existen en nuestra Rusia, comenzando por los príncipes y siguiendo por los nobles, los cosacos y el estado llano, sin mencionar la palabra campesino, todos deben ser ciudadanos rusos y disfrutar de la tierra; todos los que en ella trabajan, los que en ella ponen su trabajo, los que la cultivan con esmero y la quieren. Trabaja, suda y disfruta de ella. Pero si no quieres vivir en ella, si no quieres trabajar en ella, si no quieres volcar en ella tu trabajo, tampoco tienes derecho a disfrutarla. (1974.) (Sesión 26, 12-IV-1907.)

¡"Sin mencionar la palabra campesino"! Esta notable expresión salió "de lo más hondo del corazón" de un campesino que quiere destruir el carácter estamental del régimen de posesión de la tierra ("todas las categorías que existen en nuestra Rusia"), quiere destruir el nombre mismo del estamento inferior, del estamento campesino. "Que todos sean ciudadanos." El derecho igual a la tierra para los trabajadores no es otra cosa que aplicar a la tierra —de un modo consecuente hasta el fin— el punto de vista del *dueño hacendoso*. *No se admite ningún otro fundamento* para la posesión de la tierra (como la posesión "por el servicio, entre los cosacos", etc.), ninguna otra consideración, ningunas otras relaciones que no sean los derechos del *dueño hacendoso* de la tierra, las consideraciones del "cultivo amoroso" de la tierra, las relaciones del "que aplica su trabajo" a la tierra. Precisamente así es como debe ver las cosas el granjero, que quiere una economía libre en una tierra libre y la eliminación de todo lo extraño, de todo lo que estorba, de todo lo viejo, *de todas las formas anteriores de posesión del suelo*. ¿Y no sería por parte de los marxistas torpe aplicación de una doctrina immeditada hacerle desistir a ese dueño hacendoso de la nacionalización y hablarle de las ventajas de la propiedad privada de las tierras parcelarias?

En la Primera Duma, el campesino Merkúlov (provincia de Kursk) expresó respecto de la nacionalización de las tierras parcelarias de los campesinos la misma idea que nosotros hemos expuesto más arriba, tomándola de los materiales sobre los congresos de la Unión Campesina. "Tratan de asustar —manifestó Merkúlov—, diciendo que el campesino tampoco se separará del trozo

de tierra que ahora posee. A esto replicaré: ¿pero quién se lo quita? Pues, incluso en el caso de una nacionalización total, será enajenada solamente la tierra que el propietario no cultiva con sus propias fuerzas, sino por medio del trabajo asalariado." (Sesión 18, del 30 de mayo de 1906, pág. 822.)

Esto lo dice un campesino que posee, según sus propias palabras, 60 desiatinas de tierra en propiedad; naturalmente, es una idea pueril pretender abolir el trabajo asalariado en la sociedad capitalista o prohibirlo, pero debemos atajar las ideas erróneas precisamente allí donde comienza el error: empezando por la "socialización" y la prohibición del trabajo asalariado*, y no por la nacionalización

Ese mismo campesino Merkúlov se opuso al proyecto demócrata-constitucionalista de los 42, que coincide con la municipalización en el sentido de que las tierras parcelarias se dejan en propiedad y las de los terratenientes se entregan en usufructo. Es "algo así como una fase de transición de un régimen a otro"... "en vez de un solo régimen de posesión resultan dos: la propiedad privada y el usufructo en arrendamiento, es decir, dos formas de posesión de la tierra que no sólo no están ligadas entre sí, sino que son diametralmente opuestas". (823.)

5. Los intelectuales populistas

En los discursos de los intelectuales populistas, principalmente de los socialistas-populares, es decir, de los oportunistas del populismo, hay que distinguir dos corrientes: por una parte, la defensa sincera de los intereses de la masa campesina; en este sentido, sus discursos producen, por causas comprensibles, una impresión incomparablemente más débil que los discursos de los campesinos "que no se ocupan de política"; por otra parte, cierto tufillo demócrata-constitucionalista, algo de tipo intelectual pequeño-burgués, una especie de atentado al punto de vista del Estado. De suyo se comprende que en ellos, *a diferencia de los campesinos*, se ve una doctrina: ellos no luchan para poner remedio a

* Nosotros ni siquiera tenemos que "atajar" esta idea errónea, pues *la han atajado* ya los propios trudoviques "sensatos" y, a la cabeza de ellos, señores "sensatos" como los Peshejónovs.

una miseria y a unas calamidades de las que tengan conocimiento directo, sino en nombre de una determinada doctrina, de un sistema de ideas que presentan de un modo desfigurado el contenido de la lucha.

“La tierra para los trabajadores”, proclama el señor Karaváiev en su primer discurso, y caracteriza la legislación agraria stolypiniana, promulgada en virtud del artículo 87, como una “destrucción de la comunidad”, como un “objetivo político”: “Formar una clase especial de burgueses del campo.”

Sabemos que, efectivamente, estos campesinos son el primer baluarte de la reacción, son un baluarte seguro de la burocracia. Pero el gobierno, al hacer estos cálculos, se ha equivocado de medio a medio: a la vez que esto, habrá un proletariado campesino. No sé qué es mejor: si un proletariado campesino o los actuales campesinos con poca tierra, que, de adoptarse determinadas medidas, podrían recibir suficiente cantidad de tierra. (722.)

En estas palabras se trasluce el populismo reaccionario al estilo del señor V. V.: “mejor” ¿para quién?, ¿para el Estado?, ¿para el Estado terrateniente o para el Estado burgués? ¿Y por qué no es “mejor” que haya proletariado? ¿Acaso porque los campesinos con poca tierra “podrían recibirla”, es decir, podrían ser satisfechos más fácilmente, podrían ser encuadrados en el campo del orden más fácilmente que el proletariado? ¿Así resulta según el señor Karaváiev: no parece sino que quiere recomendar a Stolypin y compañía una “garantía” más segura contra la revolución social!

Si el señor Karaváiev tuviese en el fondo razón, los marxistas no podrían apoyar la confiscación de las posesiones de los terratenientes en Rusia. Pero el señor Karaváiev no tiene razón, pues el “camino” stolypiniano crea más elementos depauperados que proletarios, retardando —en comparación con la revolución campesina— el desarrollo del capitalismo. El propio Karaváiev decía, y decía bien, que la política stolypiniana enriquece (no a los nuevos elementos, a los elementos burgueses, a los capitalistas-granjeros, sino) a los *actuales* terratenientes, cuyas explotaciones agrícolas son semifundales. En 1895, el precio de la tierra vendida a través del Banco “Campesino” era de 51 rublos la desiatina, y en 1906 era de 126 rublos. (Karaváiev, en la sesión 47, del 26 de mayo de 1907, pág. 1189.) Pero los colegas de partido del señor Karaváiev, los señores Volk-Karachevski y Delárov, han mostrado con mayor relieve aún la significación de estas cifras.

Delárov ha señalado que “hasta 1905, en los 20 años y pico de su existencia, el Banco Campesino no había comprado más que 7.500.000 desiatinas”; pero desde el 3 de noviembre de 1905 hasta el 1 de abril de 1907, el Banco ha comprado 3.800.000 desiatinas. En 1900, el precio era de 80 rublos la desiatina, en 1902 era de 108; en 1903, antes del movimiento agrario y antes de la revolución rusa, pasó a ser de 109 rublos. Ahora es de 126 rublos. “Mientras que toda Rusia sufría innumerables pérdidas por la revolución rusa, los grandes propietarios rusos de la tierra *amasaban grandes capitales*. Durante ese período pasaron a sus manos más de 60 millones de rublos pertenecientes al pueblo.” (1220, considerando “justo” el precio de 109 rublos.) Y el señor Volk-Karachevski calcula con bastante mayor exactitud, no reconociendo “justo” ningún precio — haciendo constar simplemente que después del 3 de noviembre de 1905 el gobierno ha pagado a los terratenientes 52 millones de rublos a cuenta de las tierras compradas por los campesinos y 242 millones de rublos por su propia cuenta. En total “se ha pagado a los terratenientes nobles 295 millones de rublos pertenecientes al pueblo”. (1080. La cursiva es siempre nuestra.) ¡Naturalmente, esto no es más que una pequeña partícula de lo que cuesta a Rusia la evolución agraria burguesa de tipo junker, del *tributo* impuesto al crecimiento de las fuerzas productivas en beneficio de los feudales y de los burócratas! Este tributo, entregado a los terratenientes por dejar libre el desarrollo de Rusia, lo mantienen también los demócratas-constitucionalistas (el rescate). Por el contrario, la república burguesa de los granjeros se vería precisada a invertir tales sumas en el desarrollo de las fuerzas productivas de la agricultura bajo el nuevo régimen*.

Por último, es incuestionable que en el haber de los intelectuales populistas hay que incluir el que, a diferencia de los Bobrinskis y los Kutlers, comprenden el engaño de que fue vícti-

* Cfr. Kautsky: *El problema agrario en Rusia*, sobre la necesidad de invertir enormes capitales en el progreso agrícola de los campesinos. Los “municipalistas” pueden objetar a esto: La república burguesa gastará el dinero en el sostenimiento de las tropas republicanas, mientras que el zemstvo democrático... ¡a éste, estimadísimos señores municipalistas, le quitará el dinero el antidemocrático poder central!, y en realidad es imposible que surja un zemstvo de este carácter, existiendo un poder central antidemocrático; tal cosa es un deseo ingenuo propio de pequeños burgueses.

ma el pueblo en 1861 y no califican de grande a la famosa reforma, sino que dicen que fue "realizada en beneficio de los terratenientes". (Karaváiev, 1193.) La realidad —decía con razón el señor Karaváiev, refiriéndose a la época posterior a la reforma— "superó los pronósticos más sombríos" de quienes en 1861 defendían los intereses de los campesinos.

En cuanto a la cuestión de la *propiedad* campesina de la tierra, el señor Karaváiev oponía directamente a la preocupación del gobierno por dicha propiedad esta pregunta dirigida a los campesinos: "Señores diputados campesinos, vosotros sois los representantes del pueblo. Vuestra vida es la vida de los campesinos, vuestra conciencia es su conciencia. Cuando salisteis de vuestros pueblos, ¿se quejaban vuestros electores de no tener seguridad en cuanto a la posesión de la tierra? ¿Os impusieron como primera tarea vuestra en la Duma, como primera reivindicación vuestra: «asegurad la propiedad privada de la tierra, pues de lo contrario no cumpliréis nuestro mandato»? No, me diréis, no nos impusieron este mandato." (1185.)

Los campesinos no refutaron esta afirmación, sino que la rubricaron con todo el contenido de sus discursos. Y naturalmente, no porque el campesino ruso sea "partidario de la comunidad", "enemigo de la propiedad", sino porque las condiciones económicas le imponen *ahora* la tarea de destruir todas las viejas formas de posesión de la tierra para crear una nueva economía.

En el deber de los intelectuales populistas hay que incluir sus disquisiciones grandilocuentes sobre las "normas" de posesión agraria de los campesinos. "Yo creo que todo el mundo estará de acuerdo en que, para resolver acertadamente el problema agrario —afirmaba el señor Karaváiev—, son necesarios los siguientes datos: ante todo, la norma de tierra indispensable para asegurar la subsistencia —norma de consumo— y para emplear toda la mano de obra existente —norma laboral—. Es necesario conocer exactamente la cantidad de tierra que poseen los campesinos; esto permitirá calcular cuánta tierra falta. Además, es preciso saber cuánta tierra se puede dar." (1186.)

ses. Lo único real es la correlación entre la república burguesa (que, en comparación con otros Estados, es la que más gasta para el desarrollo de las fuerzas productivas; ejemplo: América del Norte) y la monarquía burguesa (que durante decenas de años paga un *tributo* a los junkers; ejemplo: Alemania).

Estamos resueltamente en desacuerdo con esta opinión. Y *basándonos en las declaraciones hechas por los campesinos en la Duma*, afirmamos que aquí se encierra un elemento de burocratismo intelectual, *ajeno a los campesinos*. Los campesinos no hablan de "normas". Las normas son una invención burocrática, un resabio de la reforma feudal de 1861, de infausta memoria. Los campesinos, guiados por un fiel instinto de clase, centran el problema en la destrucción del régimen terrateniente de posesión del suelo, y no en las "normas". El asunto no estriba en la cantidad de tierra que "hace falta". "No crearéis otro globo terrestre", como dijo de manera incomparable el campesino sin partido antes mencionado. El asunto estriba en destruir los *opresores* latifundios feudales, los cuales merecen ser destruidos incluso en el caso de que aún sin eso se hayan alcanzado las "normas". El intelectual populista reduce la cuestión a decir que, si se ha alcanzado la "norma", tal vez no haya que tocar a los terratenientes. Los campesinos tienen otro criterio: "campesinos, *echadlos*" (a los terratenientes) decía el campesino Pianyj (socialista-revolucionario) en la II Duma. (Sesión 16, del 26 de marzo de 1907, pág. 1101.) No hay que echar a los terratenientes porque no se consiguen las "normas", sino porque el agricultor hacendoso no quiere llevar encima burros ni sanguijuelas. Ambos razonamientos se diferencian mucho entre sí.

Sin hablar de normas, el campesino, guiado de un excelente sentido práctico, "toma el toro por los cuernos". La cuestión estriba en saber *quién* las ha de establecer. El sacerdote Poiárkov lo expresó de un modo magnífico en la I Duma. "Se proyecta —dijo— establecer una norma de asignación de tierra por persona. *¿Quién establecerá esta norma?* Si son los propios campesinos, no se perjudicarán a sí mismos, naturalmente; pero si, junto con los campesinos, han de establecer esta norma los propietarios de la tierra, queda todavía por saber quién se impondrá al fijar la norma." (Sesión 12, del 19 de mayo de 1906, pág. 488.)

Este es un golpe certero asestado a toda la charlatanería en torno a las normas.

En los demócratas-constitucionalistas esto no es charlatanería, sino una *traición* directa a los mujiks en beneficio de los terratenientes. Y el buenazo del cura rural, el señor Poiárkov, que, por lo visto, ha tenido ocasión de conocer prácticamente a los terratenientes liberales de su aldea, ha advertido por instinto dónde está la falsedad.

“Además —decía el mismo Poiarkóv—, ¡se teme que habrá muchos funcionarios! ¡Los propios campesinos distribuirán la tierra!” (488-489.) Ahí está la clave del asunto. Las “normas” huelen, efectivamente, a burocracia. Los campesinos tienen otra solución: distribuiremos nosotros mismos la tierra en cada localidad. De aquí la idea de los comités agrarios locales, que expresa los intereses bien entendidos de los campesinos en la revolución y despierta con legítimo motivo el odio de los infames liberales*. Con semejante plan de nacionalización, al Estado no le queda más que determinar las tierras que pueden servir de fondo de colonización, o exigir una intervención especial (“los bosques y las aguas de interés nacional”, como dice nuestro actual programa), esto es, sólo le queda lo que hasta los “municipalistas” consideran necesario encomendar a la gestión del “Estado democrático” (había que haber dicho: de la república).

Comparando las disquisiciones sobre las normas con la realidad económica, veremos en seguida que los campesinos son hombres de acción, mientras que los intelectuales populistas se conforman con hablar. La norma “laboral” tendría una seria importancia en el caso de que se intentara prohibir el trabajo asalariado. La mayoría de los campesinos rechazó estos intentos, y los socialistas-populares reconocieron que son imposibles. Siendo así, desaparece la cuestión de la “norma”, y queda el reparto entre un determinado número de agricultores. La norma “de consumo” es una norma de miseria, y en la sociedad capitalista los campesinos siempre se marcharán a las ciudades, huyendo de dicha “norma” (de esto nos ocuparemos en lugar aparte). Por tanto, tampoco aquí se trata de la “norma” (que además varía con cada cambio de cultivo y de la técnica), sino del reparto entre el número existente de agricultores, de una diferenciación entre los verdaderos agricultores, capaces de “cultivar con amor” la tierra (tanto con su trabajo como con su capital), y los malos agricultores, a los que no se les puede retener en la agricultura y a los que sería reaccionario intentar retener.

* Gobiernos obreros en las ciudades y comités campesinos en los pueblos (que en un momento dado se conviertan en órganos elegidos por sufragio universal, igual, etc.): tal es la única forma posible de organizar la revolución triunfante, es decir, la dictadura del proletariado y de los campesinos. ¡No es de extrañar que los liberales odien estas formas de organización de las clases que luchan por la libertad!

Como caso curioso, que demuestra adónde conducen las teorías populistas de los señores populistas, citaremos la referencia que el señor Karaváiev hace a *Dinamarca*. Europa, dice, “ha tropezado con el obstáculo de la propiedad privada”, pero en cambio nuestra comunidad “ayuda a resolver la tarea de la cooperación”. “En este sentido, Dinamarca es un ejemplo brillante.” En efecto, es un ejemplo brillante contra los populistas. En Dinamarca vemos el más típico campesinado burgués, que concentra en sus manos tanto el ganado lechero (véase *El problema agrario y los críticos de Marx*, § X*) como la tierra. Del total de explotaciones agrícolas de Dinamarca, el 68,3 % poseen hasta 1 *hartkorn*, es decir, hasta 9 desiatinas aproximadamente. Sólo disponen del 11,1 % de toda la tierra. En el otro polo vemos el 12,6 % de las explotaciones, con 4 y más *hartkorns* (36 y más desiatinas), que disponen del 62 % de toda la tierra. (N. S. *Los programas agrarios*, ed. *Novy Mir*, pág. 7.) Sobran los comentarios.

Es interesante señalar que en la I Duma esgrimió el caso de Dinamarca el liberal Guertsenstein y que las derechas le objetaron, (en ambas dumas), diciendo que en Dinamarca existe la propiedad campesina. La nacionalización de la tierra es necesaria en nuestro país para conceder a las haciendas de viejo tipo la libertad de reorganizarse en una tierra “sin cercas”, “a la manera de Dinamarca”; y en cuanto a la transformación de las tierras arrendadas en tierras poseídas en propiedad, ésto no será un obstáculo si son los propios campesinos los que lo exigen, pues toda la burguesía y la burocracia apoyarán siempre en tal asunto a los campesinos. Y además, con la nacionalización, el desarrollo del capitalismo (un desarrollo “al modo de Dinamarca”) será más rápido, como consecuencia de haber sido abolida la propiedad privada de la tierra.

6. Los campesinos trudoviques (populistas)

En el fondo, los campesinos trudoviques y los campesinos socialistas-revolucionarios no se distinguen de los campesinos sin partido. Comparando los discursos de unos y otros, veréis clara-

* Véase el presente tomo, págs. 167-179. (Ed.)

mente las mismas necesidades, las mismas exigencias y las mismas concepciones. Por lo único que se distinguen los campesinos que militan en un partido es por un mayor grado de conciencia, por un modo de expresión más claro y por una comprensión más íntegra de la dependencia existente entre los diversos aspectos de la cuestión.

El mejor discurso es, tal vez, el del campesino trudovique Kiselióv, pronunciado en la sesión 26 de la Segunda Duma. (12 de abril de 1907.) En oposición al "punto de vista de los intereses del Estado", propio de un chupatintas liberal, en este discurso se traslada directamente el centro de gravedad al hecho de que "toda la política interior de nuestro gobierno, cuyos dirigentes efectivos son los terratenientes, va dirigida a conservar la tierra en manos de sus actuales dueños". (1943.) El orador indica que precisamente por eso mantienen al pueblo "en la más completa ignorancia", y se detiene a examinar el discurso del príncipe Sviatopolk-Mirski, octubrista. "Naturalmente, no habréis olvidado sus terribles palabras: «abandonad toda idea de aumentar el área de posesión de los campesinos. Mantened y apoyad a los propietarios particulares. Sin terratenientes, nuestra masa campesina, atrasada e ignorante, es como un rebaño sin pastor». Camaradas campesinos: ¿hay necesidad de añadir algo a esto para que comprendáis qué apetitos llevan ocultos estos señores bienhechores nuestros? ¿Será posible que no esté claro para vosotros que hasta hoy día sienten la nostalgia del régimen de servidumbre y suspiran por él? Basta ya, señores pastores... Yo quisiera una sola cosa: que toda la atrasada Rusia campesina, toda la tierra rusa grabase profundamente en su memoria estas palabras del noble Riúrikovich,⁹³ que estas palabras ardiesen con llama viva en el corazón de cada campesino e iluminasen con luz más clara que la del sol el abismo que media entre nosotros y estos bienhechores, cuyos servicios nadie ha pedido. Basta ya, señores pastores... Basta, no necesitamos pastores, sino jefes, jefes que sabremos encontrar sin recurrir a vosotros, y con ellos encontraremos el camino que lleva a la luz y a la justicia, encontraremos el camino que conduce a la tierra de promisión." (1947.)

El trudovique sustenta por entero el punto de vista del burgués revolucionario, que se ilusiona pensando que la nacionalización del suelo dará la "tierra de promisión", pero que lucha abnegadamente por esta revolución y acoge con odio la idea de restringir el alcance de la misma: "El partido de la libertad del

pueblo se niega a dar una solución justa al problema agrario... Señores representantes del pueblo, ¿puede una asamblea legislativa, como es la Duma del Estado, renunciar en su actividad a la justicia, en aras de consideraciones prácticas? ¿Podéis promulgar leyes sabiendo de antemano que son injustas?... ¿Será posible que os parezcan pocas las leyes injustas con que nos ha obsequiado nuestra burocracia, para que nosotros mismos promulguemos otras?... Sabéis perfectamente que, debido a consideraciones prácticas —apaciguar a Rusia—, fueron enviadas expediciones de castigo y se declaró en toda Rusia el estado de excepción; obediendo a consideraciones prácticas fueron instituidas las cortes marciales. Pero decidme, por favor, ¿quién de nosotros manifiesta entusiasmo por este sentido práctico? ¿No lo habéis maldecido todos vosotros? No preguntéis, como han hecho algunos, qué es la justicia [el orador alude, por lo visto, al terrateniente demócrata-constitucionalista Tatárinov, que en la sesión 24, del 9 de abril, dijo: "señores, la justicia es un concepto bastante convencional, la justicia es el ideal al que todos nosotros aspiramos, pero este ideal no es [para los demócratas-constitucionalistas] más que un ideal, y dudo de que sea posible llevarlo a la práctica". (1779)] El hombre, eso es la justicia. Si ha nacido un ser humano, es justo que viva, y para ello es justo que tenga la posibilidad de procurarse el sustento con su trabajo"...

Ya lo véis: este ideólogo del campesinado sostiene el punto de vista típico de un enciclopedista francés del siglo xviii. No comprende la limitación histórica, el contenido históricamente determinado de su justicia. Pero quiere, en aras de esta justicia abstracta, *barrer, sin dejar uno*, todos los restos de la Edad Media, y la clase que él representa puede hacerlo. Este contenido histórico real es precisamente el que se encierra en el planteamiento de la cuestión: nada de consideraciones "prácticas" en menoscabo de la justicia. Léase: nada de concesiones al medievalismo, a los terratenientes, al viejo poder. Es el lenguaje de un hombre de la Convención. En cambio, para el liberal Tatárinov, el "ideal" de la libertad burguesa "no es más que un ideal", por el cual no lucha en serio, no lo sacrifica todo para llevarlo a la práctica, sino que acepta un compromiso con el terrateniente. Los Kiselióvs pueden conducir al pueblo a la revolución burguesa victoriosa; los Tatárinovs, sólo a la traición.

...En nombre del sentido práctico, el partido de la libertad del pueblo propone que no se instituya ningún derecho a la tierra. Tome que tal dere-

cho lleve al campo a mucha gente de la ciudad, y en ese caso correspondería a cada uno poca tierra. Ante todo, yo quisiera preguntar: ¿qué es el derecho a la tierra? El derecho a la tierra es el derecho al trabajo, es el derecho al pan, es el derecho a la vida, es un derecho imprescriptible de cada ser humano. ¿Cómo, pues, podemos privar a nadie de este derecho? El partido de la libertad del pueblo dice que, de otorgar semejante derecho a todos los ciudadanos y repartir entre ellos la tierra, poca sería la que le tocara a cada uno. Pero el derecho y su aplicación práctica son dos cosas completamente distintas. Cada uno de los aquí presentes tiene derecho a vivir en una *Chujlomá* cualquiera, y, sin embargo, vive aquí, y, al revés, los que viven en *Chujlomá* tienen el mismo derecho a vivir en Petersburgo y, sin embargo, siguen metidos en su agujero. Por eso es del todo infundado el temor de que la concesión del derecho a la tierra a todos cuantos quieran trabajar en ella haría que afluyese de la ciudad una gran cantidad de gente. De la ciudad sólo irán al campo los que aún no han roto sus vínculos con él; sólo irán al campo los que hace poco que llegaron a la ciudad... Los que tienen en la ciudad unos ingresos realmente firmes y seguros, éstos no irán al campo... Yo creo que la única solución que podemos aceptar como satisfactoria es la plena e irrevocable abolición de la propiedad privada de la tierra... etc. (1950.)

Este pasaje, típico de un *trudovique*, plantea ante nosotros un problema interesante: ¿hay alguna diferencia entre *estos* discursos sobre el derecho al trabajo y los discursos de los demócratas pequeñoburgueses franceses de 1848 acerca del derecho al trabajo? Indudablemente, unos y otros son declamaciones propias de demócratas burgueses, que expresan *de un modo vago* el contenido histórico efectivo de la lucha. Pero las declamaciones del *trudovique* expresan *de un modo vago las tareas* efectivas de la revolución *burguesa*, que es posible en virtud de las condiciones objetivas (es decir, es posible la revolución agraria campesina en la Rusia del siglo xx), mientras que las declamaciones del *Kleinbürger** francés de 1848 expresaban de un modo vago las tareas de la revolución *socialista*, que era imposible en la Francia de mediados del siglo pasado. En otras palabras: el derecho al trabajo del obrero francés de mediados del siglo xix expresaba el deseo de renovar *toda* la pequeña producción a base de la cooperación, del socialismo, etc., lo que era imposible desde el punto de vista *económico*. El derecho al trabajo del campesino ruso del siglo xx expresa el deseo de renovar la pequeña producción *agrícola* en una tierra *nacionalizada*, y esto es plenamente

* Pequeño burgués. (Ed.)

posible desde el punto de vista económico. En el "derecho al trabajo" del campesino ruso del siglo xx hay, además de una teoría socialista falsa, un contenido burgués real. En el derecho al trabajo del pequeño burgués y del obrero francés de mediados del siglo xix no hay *nada más* que una teoría socialista falsa. Esta diferencia es lo que pierden de vista muchos de nuestros marxistas.

El propio *trudovique* muestra el contenido *real* de su teoría: *no todos* irán a la tierra, aunque todos "tienen el mismo derecho". Es claro que *sólo* irán a la tierra o se quedarán en ella *los agricultores* hacendosos. Abolir la propiedad privada de la tierra es eliminar todos los obstáculos que encuentran *los agricultores* hacendosos para instalarse en la tierra.

No es extraño que Kiselióv, penetrado de una fe sin reservas en la revolución campesina y del deseo de servirla, hable con desprecio de los demócratas-constitucionalistas, del deseo de éstos de no enajenar toda la tierra, sino parte de ella, de obligar a pagar por la tierra, de encomendar el asunto a "organismos agrarios de título desconocido", en una palabra, que habla del "pájaro desplumado por el partido de la libertad del pueblo". (1950-1951.) No es extraño tampoco que Struve y otros como él debiesen tomar odio a los *trudoviques*, sobre todo después de la II Duma; mientras el campesino ruso sea *trudovique*, no pueden tener éxito los planes de los demócratas-constitucionalistas. ¡Pero cuando el campesino ruso deje de ser *trudovique*, desaparecerá definitivamente la diferencia entre los demócratas-constitucionalistas y los *octubristas*!

Citaremos concisamente a otros oradores. He aquí lo que decía el campesino Nechitailó: "Gentes que están ahitas de sangre y que le han sacado el jugo a los campesinos, llaman a éstos ignorantes." (779.) Golóvin le interrumpe: el terrateniente puede ofender al campesino, ¿y el mujik... al terrateniente? "De estas tierras, que pertenecen al pueblo, se nos dice: compraqlas. ¿Pero que nosotros somos extranjeros que acabamos de llegar de Inglaterra, de Francia, etc.? Somos del país; ¿por qué hemos de comprar unas tierras que son nuestras? Las hemos pagado ya diez veces con sangre, sudor y dinero." (780.)

El campesino Kirnósov (provincia de Sarátov) dijo: "Ahora no hablamos más que de la tierra; se nos vuelve a decir que es sagrada e intangible. Yo creo que no es posible que sea intan-

gible; si el pueblo lo quiere, no puede haber nada intangible*.
(Una voz de la derecha: "¡Vaya, vaya!") Cierito: ¡Vaya, vaya!
(Aplausos de la izquierda). Señores de la nobleza, ¿creéis que nosotros no sabemos que hubo tiempos en que nos jugabais a las cartas y nos cambiabais por unos perros? Sabemos que todo eso era a causa de vuestra sagrada e intangible propiedad... Se nos robó la tierra... Los campesinos que me han enviado aquí, han dicho: la tierra es nuestra; no hemos venido aquí a comprarla, sino a tomarla." (1144.)**

He aquí las palabras del campesino Vasiutin (provincia de Járkov): "En la persona del representante del señor presidente del Consejo de Ministros no vemos aquí a un ministro de todo el país, sino a un ministro de los 130 mil terratenientes. Los 90.000.000 de campesinos no representan nada para él... Vosotros [decía, dirigiéndose a los diputados de la derecha] os dedicáis a la explotación, cedéis en arriendo vuestras tierras a alto precio y desolláis al campesino... Debéis saber que si el gobierno no satisface sus necesidades, el pueblo no preguntará si estáis de acuerdo, y lo que hará será tomar la tierra... Yo soy ucraniano [relata cómo regaló Catalina a Potemkin un bosquecito de 27.000 desiatinas y con 2.000 campesinos]... Antes, la tierra se vendía de 25 a 50 rublos la desiatina, y ahora, el precio del arriendo es de 15 a 30 rublos, y el de los henares es de 35 a 50 rublos. Esto es un desollamiento. (Una voz de la derecha: "¿Qué? ¿desollamiento?") Risas.) Sí, no alborotéis, así es (aplausos de la izquierda): a esto lo llamo yo desollar en vivo a los campesinos." (643, sesión 39, del 16 de mayo.)

* De esta manera tan típica expresa un campesino sencillo la idea revolucionaria de la soberanía del pueblo. La única burguesía que en nuestra revolución puede poner en práctica esta reivindicación del programa proletario es el campesinado.

** Nazarenko, diputado campesino trudovique de la I Duma (provincia de Járkov), decía: "Si discutís sobre la importancia que los campesinos atribuyen a la tierra, os diré que así como los niños necesitan el pecho de la madre, así nosotros, los campesinos, necesitamos la tierra. Nosotros discutimos sobre la tierra exclusivamente desde este punto de vista. Probablemente sabéis que, no hace mucho, los señores obligaban a nuestras madres a amamantar a sus cachorros. Lo mismo se hace ahora. La única diferencia está en que los cachorros de los señores no chupan ahora a la madre que nos ha dado la vida y nos ha criado, sino a la madre que nos nutre: a la tierra." (495.)

Un rasgo común de los campesinos trudoviques y de la intelectualidad campesina es el vivo recuerdo del régimen de servidumbre. A todos ellos les une un odio irrefrenable a los terratenientes y al Estado terrateniente. En todos ellos hierve la pasión revolucionaria. Unos no piensan para nada en el futuro régimen que están creando, y ponen en tensión espontáneamente las fuerzas para "echarlos". Otros barnizan utópicamente este régimen, pero todos ellos odian el compromiso con la vieja Rusia, todos ellos luchan con el fin de no dejar piedra sobre piedra del maldito medievalismo.

Cuando se comparan los discursos de los campesinos revolucionarios de la Segunda Duma con los discursos de los obreros revolucionarios, salta a la vista, sin querer, la siguiente diferencia. En los primeros hay incomparablemente más revolucionarismo directo, más pasión por destruir en seguida el poder de los terratenientes, por crear en seguida un nuevo régimen. El campesino arde en deseos de arrojarse al punto sobre el enemigo y estrangularlo. En el obrero el revolucionarismo es más abstracto; está, por decirlo así, relegado a fines más lejanos. Esta diferencia es muy comprensible y legítima. El campesino está haciendo ahora mismo, inmediatamente, su revolución, que es burguesa, sin ver contradicciones en el seno de la misma, sin admitir la idea de que existan tales contradicciones. El obrero socialdemócrata las ve y, al plantearse objetivos socialistas de trascendencia universal, no puede ligar el destino del movimiento obrero al desenlace de la revolución burguesa. Pero de esto no hay que deducir que los obreros deban apoyar a los liberales en la revolución burguesa. De esto hay que deducir que el obrero, sin fundirse con ninguna otra clase, debe ayudar con toda energía al campesino a llevar hasta el fin esta revolución burguesa.

7. Los socialistas-revolucionarios

Los discursos de los intelectuales socialistas-revolucionarios (a los campesinos los hemos señalado anteriormente entre los trudoviques) están llenos de la misma crítica intransigente de los demócratas-constitucionalistas y de combatividad contra los terratenientes. Sin repetir lo dicho ya más arriba, señalaremos un nuevo rasgo de este grupo de diputados. A diferencia de los socia-

listas-populares, que en vez del ideal del socialismo se inclinan por pintar el ideal... de Dinamarca; a diferencia de los campesinos, que son ajenos a toda doctrina y expresan los sentimientos directos del hombre oprimido, el cual idealiza de un modo igualmente directo la liberación de la presente forma de explotación, los socialistas-revolucionarios introducen en sus discursos la doctrina de su "socialismo". Por ejemplo, Uspenski y Sagatelián (los *dashnaksutiún* están cerca de los socialistas-revolucionarios, y los "jóvenes" figuran incluso en el partido socialista-revolucionario) plantean el problema de la *comunidad*. De estos dos oradores, el último observa con bastante ingenuidad: "por desgracia, debemos señalar que al desplegar una amplia teoría de la nacionalización de la tierra, no se destaca de un modo especial la institución viva que se ha mantenido y sobre cuya base es como únicamente se puede avanzar... La comunidad preserva de todos estos horrores". (Los horrores de Europa, la destrucción de la pequeña hacienda, etc. 1122.)

Comprenderemos el "por desgracia" del honorable paladín de la comunidad, si tenemos en cuenta que hacía el número 26 en la lista de oradores que intervinieron en torno al problema agrario.

¡Antes que él hablaron no menos de 14 diputados de izquierda, *trudoviques*, etc., y ninguno de ellos "destacó de un modo especial la institución viva que se ha mantenido"! Hay motivos para lamentarse, cuando se ve que los diputados campesinos de la Duma muestran hacia la comunidad la misma indiferencia que los congresos de la Unión Campesina. Sagatelián y Uspenski tomaron la defensa de la comunidad, como verdaderos sectarios en el campo de la revolución campesina, que no quiere saber nada de las *viejas* uniones agrarias. "Intuyo cierto peligro para la comunidad", dijo con tono dolorido Sagatelián. (1123.) "Precisamente ahora hay que salvar a toda costa la comunidad." (1124.) "Esta forma [es decir, la comunidad] puede convertirse en un movimiento universal, capaz de señalar la solución de todos los problemas económicos." (1126.) Por lo visto, el señor Sagatelián expuso todas estas consideraciones sobre la comunidad "con tono melancólico y a despropósito". Y su colega Uspenski, criticando la legislación *stolypiniana* dirigida contra la comunidad, expresó el deseo de que "sea reducida hasta el límite extremo, hasta el último grado, la movilización de la propiedad agraria". (1115.)

Indudablemente, este deseo del populista es un deseo reaccionario. ¡Pero lo curioso es que el partido socialista-revolucionario, en cuyo nombre se manifestó dicho deseo en la Duma, defiende la abolición de la propiedad privada de la tierra, sin darse cuenta de que así se produce la *mayor* movilización de la tierra, el paso más libre y más fácil de la misma de un dueño a otro, la penetración más libre y más fácil del capital en la agricultura! Confundir la propiedad privada de la tierra con el dominio del capital en la agricultura es un error característico de los nacionalizadores burgueses de la tierra (entre ellos George y muchos otros). En su afán de "reducir la movilización", los socialistas-revolucionarios coinciden con los demócratas-constitucionalistas, cuyo representante, Kúttler, declaró abiertamente en su informe: "el partido de la libertad del pueblo considera necesario imponerles restricciones [a los campesinos] solamente en cuanto al derecho de enajenación y al derecho de hipoteca, es decir, evitar en el futuro un vasto desarrollo de la compra-venta de tierras". (Sesión 12, del 19 de marzo de 1907, pág. 740.)

Los demócratas-constitucionalistas relacionan este deseo reaccionario con unos métodos de solución del problema agrario (el dominio de los terratenientes y de la burocracia) que aseguren la posibilidad de absurdas prohibiciones burocráticas y de un papeleo que contribuya a subyugar a los campesinos. Los socialistas-revolucionarios relacionan el deseo reaccionario con medidas que excluyan la posibilidad de coerciones burocráticas (comités agrarios locales elegidos por sufragio universal, igual, etc.) Lo reaccionario en los primeros es toda su política (burocrática-terratente) en la revolución burguesa. Lo reaccionario en los segundos es su "socialismo" pequeñoburgués, impuesto erróneamente a una revolución burguesa consecuente.

En cuanto a las teorías económicas de los socialistas-revolucionarios es interesante señalar las disquisiciones de sus representantes en la Duma sobre la influencia de la transformación agraria en el desarrollo de la industria. En ellas aparece con notable relieve el ingenuo punto de vista de los revolucionarios burgueses, apenas encubierto por la corteza de la doctrina del populismo. He aquí, por ejemplo, al socialista-revolucionario Kabakov (provincia de Perm), destacado organizador de la Unión Campesina en los Urales, "presidente de la república de Alapáievsk"⁹⁴, conocido

también con el sobrenombre de "Pugachov"*. De un modo puramente campesino fundamenta el derecho de los campesinos a la tierra esgrimiendo, entre otros argumentos, el de que éstos nunca se han negado a defender a Rusia contra los enemigos. (1953.) "¿Para qué asignar tierras? —exclama—. Nosotros declaramos abiertamente que la tierra debe ser patrimonio de todos los campesinos laboriosos, y los propios campesinos sabrán repartirse la tierra en cada localidad, sin intervención alguna de funcionarios, de los que hace ya mucho tiempo sabemos que no han hecho nada útil para los campesinos." (1954.) "Fábricas enteras han parado en los Urales, debido a que la chapa no encuentra salida, mientras que en Rusia todas las isbas tienen el tejado de paja. Hace ya mucho tiempo que se debía haber cubierto de chapa de hierro todas las casas de los campesinos... Hay mercado, pero faltan los compradores. ¿Quién constituye en nuestro país la masa de compradores? Los cien millones de campesinos laboriosos: ellos constituyen la base de la masa de compradores." (1952.)

Estas palabras expresan con acierto las condiciones de una producción realmente capitalista en los Urales, que sustituya al secular estancamiento semifeudal de la producción industrial basada en el trabajo de campesinos siervos. Ni la política agraria stolypiniana ni la demócrata-constitucionalista pueden aportar una mejora sensible en las condiciones de vida de *las masas*, y sin esto no podrá desarrollarse una industria verdaderamente "libre" en los Urales. Solamente la revolución campesina podría reemplazar con rapidez a la Rusia de la madera por la Rusia del hierro. El campesino socialista-revolucionario comprende las condiciones del desarrollo del capitalismo con mayor exactitud y de un modo más amplio que los servidores jurados del capital.

Otro socialista-revolucionario, el campesino Jvorostujin (provincia de Sarátov), decía: "Sí, señores; naturalmente, mucho se ha hablado en nombre del partido de la libertad del pueblo; se ha dicho que acusan al grupo trudovique de querer entregar la tierra a quienes desean trabajar en ella. Dicen que entonces muchos se irían de las ciudades y la situación sería peor aún. Pero yo creo, señores, que se irán de las ciudades solamente quie-

* Véase la *Relación de los miembros de la II Duma del Estado*, edición privada de autor desconocido. San Petersburgo, 1907.

nes nada tienen que hacer en ellas, pero los que trabajan se han acostumbrado al trabajo y, siempre que lo tengan, no se irán de la ciudad. En efecto, ¿para qué dar la tierra a quienes no quieren trabajarla?... (774.) ¿Acaso no es evidente que este "socialista-revolucionario" no quiere el usufructo igualitario general de la tierra, sino unos granjeros iguales en derechos y libres en una tierra libre?... "Es preciso conceder a toda costa plena libertad económica al pueblo entero, y en particular a quienes durante tantos años han sufrido y pasado hambre." (777.)

No penséis que esta *acertada* formulación del contenido *efectivo* de las ideas socialista-revolucionarias ("conceder plena libertad económica") es *solamente* el resultado de la dificultad de expresión de un campesino. No es sólo eso. El intelectual Mushenko, líder socialista-revolucionario, que pronunció el discurso de conclusión en nombre del Partido Socialista-revolucionario en los debates sobre el problema agrario, es incomparablemente más ingenuo en sus concepciones económicas que los campesinos Kabakov y Jvorostujin.

Decimos —afirmó Mushenko— que un régimen justo de asentamientos y una distribución justa de la población son posibles únicamente cuando la tierra esté sin cereas, cuando hayan sido derribadas todas las barreras alzadas en ella por el principio de la propiedad privada del suelo. Además, el ministro hablaba del aumento natural de la población en nuestro país... Resulta que sólo para este nuevo contingente de población (1.600.000) hacen falta cerca de 3.500.000 desiatinas de tierra. El ministro dice: por tanto, si hacéis un reparto igualitario de la tierra, ¿de dónde vais a sacar tierra para este aumento de la población? Pero yo pregunto: ¿dónde, en qué Estado [sic!] es absorbido por la agricultura todo el aumento natural de la población? *La ley que regula la distribución de la población por estamentos y profesiones, es precisamente la ley inversa.* [La cursiva es nuestra.] Si el Estado, si el país no degenera, sino que se desarrolla en el sentido industrial, esto quiere decir que sobre los cimientos de una agricultura que satisface las necesidades elementales de productos alimenticios y materias primas, se alzan nuevos y nuevos pisos de la economía. Las demandas aumentan, aparecen nuevos artículos de la producción, aparecen nuevas ramas de la producción; la industria manufacturera atrae una cantidad cada vez mayor de mano de obra. La población urbana crece más que la agrícola y absorbe gran parte del aumento natural de la población. A veces ocurre, señores, que la población agrícola no sólo disminuye en el sentido relativo, sino incluso en el sentido absoluto. Si en nuestro país este [!] proceso avanza con lentitud, es porque no hay sobre qué levantar estos nuevos pisos de la economía. La economía campesina, que constituye esos cimientos, está demasiado quebrantada; el mercado para la industria es excesivamente exiguo. Entregad la tierra en usufructo al pueblo y formad sobre esta base una población agrícola sana, numerosa, plébrica de fuerzas

vitales. Veréis cuánta demanda habrá para los productos de la industria y qué cantidad de mano de obra será precisa en las ciudades para las fábricas. (1173.)

¿Qué, no es acaso admirable este “socialista-revolucionario” que llama programa de socialización de la tierra a un programa de desarrollo del capitalismo? Ni siquiera sospecha que la ley del aumento más rápido de la población urbana es exclusivamente una ley del modo *capitalista* de producción. Ni siquiera se le ocurre pensar que esta “ley” no funciona ni podría funcionar de otro modo que no sea mediante la descomposición del campesinado en burguesía y proletariado, mediante la “diferenciación” entre los agricultores, es decir, mediante el desplazamiento del “pobretón” por el “dueño hacendoso”. La armonía económica que traza este socialista-revolucionario sobre la base de una ley capitalista es de una ingenuidad enternecedora. Pero no es la armonía del economista burgués vulgar, que desea velar la lucha del trabajo contra el capital. Es la armonía del revolucionario burgués inconsciente, que desea barrer hasta el último de los restos del absolutismo, del régimen de servidumbre y del medievalismo.

La revolución burguesa *victoriosa*, con la que sueña nuestro actual programa agrario, no puede desarrollarse sino a través de *tales* revolucionarios burgueses. Y los obreros conscientes deben *apoyarles* en beneficio del desarrollo social, sin dejarse seducir ni un momento por el balbuceo infantil de los “economistas” populistas.

8. Los “nacionales”

De los representantes de las nacionalidades no rusas en la Duma, sobre el problema agrario se manifestaron los polacos, bielorrusos, letones y estonianos, lituanos, tártaros, armenios, bashkires, kirguises y ucranianos. He aquí cómo expusieron su punto de vista.

El nacional-demócrata⁹⁵ Dmovski habló en la II Duma “en nombre de los polacos representantes del Reino de Polonia y de las vecinas regiones occidentales del Estado” (742): “Aunque nuestras relaciones agrarias —dijo— representan ya el tránsito a las relaciones existentes en la Europa occidental, sin embargo, en nuestro país existe el problema agrario, y la escasez de tierras

es una llaga en nuestra vida. Uno de los primeros puntos de nuestro programa social es el aumento del área de posesión de los campesinos.” (743.)

Si en nuestro Reino de Polonia hubo grandes revueltas agrarias que revistieron la forma de ocupación de las tierras de los terratenientes, esto ocurrió sólo en la parte oriental, precisamente en el distrito de Wlodawa, donde se decía a los campesinos que, como profesaban la religión ortodoxa, recibirían las tierras de los terratenientes. Estas revueltas sólo se produjeron entre la población ortodoxa. (745.)

... Aquí (en el Reino de Polonia), el asunto de las tierras, como todas las demás reformas sociales... puede ser resuelto, de acuerdo con las exigencias de la vida, únicamente por una asamblea de representantes del país, únicamente por el Seim autónomo. (747.)

Este discurso del nacional-demócrata polaco originó furiosos ataques de los diputados campesinos bielorrusos de derecha (Gavrílehik, de la provincia de Minsk; Shimanski, Grudinski) contra los terratenientes polacos, y el obispo Evlogui, naturalmente, se hizo eco de ello y pronunció un discurso jesuítico-policiaco, al estilo de la política rusa de 1863, sobre la opresión de los campesinos rusos por los terratenientes polacos. (Sesión 26, del 12 de abril.)

“¿Qué solución tan sencilla!”, contestó el nacional-demócrata Grabski. (Sesión 32, del 3 de mayo.) “Los campesinos recibirán la tierra; los terratenientes rusos se quedarán con sus tierras; los campesinos, como en los buenos tiempos pasados, apoyarán el viejo régimen, y los polacos recibirán el castigo merecido por haber hablado del Seim polaco.” (62.) Y el orador, tras de denunciar vehementemente la desvergonzada demagogia del gobierno ruso, exigió “que se encomendase al Seim polaco la solución de la reforma agraria en nuestro país”. (75.)

Añadamos a esto que los mencionados campesinos exigieron una asignación adicional a título de *propiedad* (por ejemplo, pág. 1811). En la I Duma, los campesinos polacos y de las regiones occidentales, al exigir la tierra, se pronunciaron también a favor de la propiedad. “Yo soy un campesino con poca tierra, de la provincia de Lublin —decía Nakonieczny el 1º de junio de 1906—. En Polonia también es necesaria la enajenación forzosa. Más vale tener una desiatina para siempre que cinco desiatinas por un tiempo indeterminado.” (881-882.) Lo mismo decían Poniatovski (provincia de Volynia), en nombre del territorio occidental (19 de mayo, pág. 501), y Trasún, de la provincia de Vítebsk (418,

el 16 de mayo de 1906). Guirnius (provincia de Suvalki) se pronunció, además, en contra de un fondo único de tierras de todo el imperio, propugnando la creación de fondos locales (1 de junio de 1906, pág. 879). El conde Tyshkiévich declaró entonces que la idea de formar un fondo nacional "no es práctica y no deja de ser peligrosa". (874.) En el mismo sentido se manifestó Stietski (24 de mayo de 1906, págs. 613-614: a favor de la propiedad personal y en contra del arrendamiento).

Del territorio del Báltico intervino en la II Duma Yurashevski (provincia de Curlandia), que exigió la abolición de los privilegios feudales de los grandes propietarios de tierras (16 de mayo de 1907, pág. 670) y la enajenación de las tierras de los terratenientes que sobrepasaran una norma determinada. "Reconociendo que el nivel actual de la agricultura se ha alcanzado en el territorio del Báltico sobre la base del principio allí aplicado de la propiedad privada o del arrendamiento hereditario, sin embargo, nos vemos precisados a llegar a la conclusión de que, para regular en adelante las relaciones agrarias, es necesario implantar inmediatamente en el territorio del Báltico la autonomía administrativa sobre bases ampliamente democráticas, la cual podría resolver con acierto este problema." (672.)

El progresista Yurine, representante de la provincia de Estlandia, presentó un proyecto aparte para dicha provincia. (Sesión 47, del 26 de mayo de 1907, pág. 1210.) Se pronuncia en favor de un "compromiso" (1213): por el "arrendamiento hereditario o perpetuo". (1214.) "El que usufructúa la tierra, el que mejor la usufructúa, será el que tenga la tierra en sus manos." (Lug. cit.) Yurine, que en este sentido exige la enajenación forzosa, rechaza la confiscación de la tierra. (1215.) En la I Duma, Chakste (provincia de Curlandia) exigió que se entregaran a los campesinos las tierras de la Iglesia (pastorales), además de las de los terratenientes. (Sesión 4, del 4 de mayo de 1906, pág. 195.) Tenison (provincia de Liflandia) aceptó votar en favor de ese proyecto, es decir, por la enajenación forzosa, considerando que "todos los partidarios de la individualización de la tierra" podrían hacerlo. (Lug. cit., pág. 209.) En nombre de los campesinos curlandeses, Kreitsberg (provincia de Curlandia) exigió "la expropiación de los latifundios" y la entrega de tierras a los campesinos que carecen de ellas o que poseen pocas, entrega que se hará necesariamente "a título de propiedad". (Sesión 12, del 19 de

mayo de 1906, pág. 500.) Riutli (provincia de Liflandia) exigió la enajenación forzosa, etc. "En cuanto a que las tierras pasen a formar un fondo del Estado —dijo—, nuestros campesinos se dan perfecta cuenta de que esto es para ellos un nuevo avasallamiento. Por eso, debemos defender la pequeña hacienda campesina, la productividad del trabajo y salvaguardar a los campesinos de los atentados del capitalismo. Por tanto, si hacemos que las tierras pasen a formar un fondo del Estado, crearemos el capitalismo en la más amplia escala." (497, en la misma fecha.) Ozolin (provincia de Liflandia), hablando en nombre de los campesinos letones, se pronunció en favor de la enajenación forzosa y de la propiedad; opuesto resueltamente al fondo nacional de tierras, sólo admite los fondos regionales. (Sesión 13, del 23 de mayo de 1906, pág. 564.)

Leonas, "representante de la provincia de Suvalki, concretamente de la nacionalidad lituana" (sesión 39, del 16 de mayo de 1907, pág. 654), apoyó el plan del partido demócrata-constitucionalista, al que está afiliado. Bulat, otro autonomista lituano de la misma provincia, se mostró de acuerdo con los trudoviques, pero propuso que la solución del problema referente al rescate, etc., se aplazase hasta su discusión por los comités agrarios locales. (Pág. 651, lug. cit.) Povilius (provincia de Kovno), en nombre del "grupo socialdemócrata lituano de la Duma" (lug. cit. pág. 681, apéndice), presentó el programa agrario de este grupo, formulado con precisión y que coincide con nuestro programa del P.O.S.D.R., con la diferencia de que, "en Lituania, el fondo local de tierras" se entrega a disposición del "órgano de la administración autónoma de Lituania". (Lug. cit., punto 2.)

En nombre del grupo musulmán, Jan Joiski (provincia de Elisavétpol) dijo en la II Duma: "Nosotros, los musulmanes, que en el Estado ruso somos más de 20 millones, seguimos todas las vicisitudes del problema agrario con el mismo interés que el resto de la población y esperamos con igual impaciencia una solución satisfactoria." (Sesión 20, del 2 de abril de 1907, pág. 1499.) En nombre del grupo musulmán, el orador se muestra de acuerdo con Kútlér, pronunciándose a favor de la enajenación forzosa sobre la base de un precio justo. (1502.) "¿Pero a dónde deben ir a parar esas tierras enajenadas? El grupo musulmán opina a este respecto que las tierras enajenadas no deben formar un fondo nacional, sino un fondo regional, dentro de cada región." (1503.) El dipu-

tado Mediev, "representante de los tártaros de Crimea" (provincia de Táurida), se pronunció, en un vehemente discurso revolucionario, por "la tierra y la libertad". "Cuanto más avanzan los debates, con mayor claridad aparece ante nosotros la reivindicación del pueblo de que la tierra deben disfrutarla los que la trabajan." (Sesión 24, del 9 de abril de 1907, pág. 1789.) El orador señala "cómo se fue formando en nuestras regiones periféricas la sacrosanta propiedad de la tierra" (1792), cómo fueron robadas las tierras de Bashkiria, cómo ministros, consejeros efectivos de Estado y jefes de las direcciones de gendarmería recibieron cada uno de 2.000 a 6.000 desiatinas. Da a conocer el mandato de los "hermanos tártaros", que se quejan del robo de las tierras de Vacuf⁹⁶. Cita la respuesta del gobernador general del Turquestán a un tártaro, de fecha 15 de diciembre de 1906, comunicándole que sólo pueden ser asentados en las tierras del Estado los que profesan la religión cristiana. "¿No huelen estos documentos a algo putrefacto, a los métodos de Arakchéiev⁹⁷ del siglo pasado?" (1794.)

En nombre de los campesinos del Cáucaso —además de nuestros diputados del Partido Socialdemócrata, de los que hablaremos más adelante—, intervino el antes citado Sagatelián (provincia de Ereván), que sostiene el punto de vista de los socialistas-revolucionarios. Otro representante del partido *dashnaktsutiún*, Ter-Avetikiants (provincia de Elisavétpol), se manifestó en el mismo sentido: "La tierra debe pertenecer, sobre la base de la propiedad comunal, a los trabajadores, es decir, al pueblo laborioso y a nadie más." (Sesión 39, del 16 de mayo de 1907, pág. 644.) "En nombre de todos los campesinos del Cáucaso, declaro... que, en el momento decisivo, todo el campesinado caucásico irá del brazo de su hermano mayor, el campesinado ruso, y conquistará la tierra y la libertad." (646.) Eldarjánov solicita, "en nombre de sus electores, los naturales de la región del Térek, que se interrumpa el robo de las riquezas naturales hasta tanto sea resuelto el problema agrario" (sesión 32, del 3 de mayo de 1907, pág. 78), y dice que quien roba las tierras es el gobierno, arrebatando la parte mejor de las zonas altas, despojando de tierras al pueblo kumyko y declarando suyas las riquezas del subsuelo. (Por lo visto, eso fue antes de la conferencia de Plejánov y John en el Congreso de Estocolmo, donde afirmaron que las tierras municipalizadas se hallan fuera del alcance de un poder estatal antidemocrático.)

En nombre de los bashkires, el diputado Jasánov (provincia

de Ufá) recuerda el robo por el gobierno de dos millones de desiatinas de tierra y exige su "devolución". (Sesión 39, del 16 de mayo de 1907, pág. 641.) Lo mismo exigió el diputado de la I Duma por Ufá, Syrtlánov. (Sesión 20, del 2 de junio de 1906, pág. 923.) En nombre del pueblo kirguis-kaisako habló en la II Duma el diputado Karatáev (región de los Urales): "Nosotros, los kirguises-kaisakos... comprendemos y sentimos profundamente el hambre de tierra de nuestros hermanos los campesinos y estamos dispuestos de buen grado a estrecharnos un poco" (sesión 39, pág. 673), pero "hay muy pocas tierras de sobra", y "los asentamientos, en la actualidad, implican el desalojamiento del pueblo kirguis-kaisako"... "se desaloja a los kirguises, no de las tierras, sino de sus casas". (675.) "Los kirguises-kaisakos simpatizan siempre con todas las minorías de la oposición." (675.)

En nombre de la minoría ucraniana, el 29 de marzo de 1907 intervino en la II Duma el cosaco Saikó, de la provincia de Poltava. Citó la canción de los cosacos: "Eh, zarina Catalina, ¿qué has hecho? Has donado a los *panis* la estepa, los vastos y alegres campos. Eh, zarina Catalina, apiádate de nosotros, devuélvenos la tierra, los alegres campos de umbríos bosques", y se solidarizó con los trudoviques, exigiendo únicamente que en el § 2 del proyecto de los 104 fuesen sustituidas las palabras "fondo nacional de tierras", por las siguientes: "fondo regional nacional [*sic!*] de tierras, que debe servir de base para la estructuración socialista". "La minoría ucraniana estima que la mayor injusticia del mundo es la propiedad privada de la tierra." (1318.)

En la I Duma, el diputado Chizhevski, de Poltava, declaró: "Como ardiente partidario de la idea autonomista, como ardiente partidario, en especial, de la autonomía de Ucrania, mi mayor deseo sería que el problema agrario fuese resuelto por mi pueblo, que el problema agrario lo resolviesen las diversas unidades autónomas, en ese régimen autonómico de nuestro Estado que para mí es el ideal." (Sesión 14, del 24 de mayo de 1906, pág. 618.) Pero, al mismo tiempo, este autonomista ucraniano reconoce la necesidad absoluta de un fondo de tierras del Estado, esclareciendo a la vez una cuestión embrollada por nuestros "municipalistas". "Debemos establecer de un modo firme y positivo —dijo Chizhevski—, el principio de que quien ha de disponer de las tierras del fondo agrario del Estado son exclusivamente las unidades de la administración autónoma local de los zemstvos o las unidades autónomas,

cuando éstas surjan. Ahora bien ¿qué sentido puede tener entonces la denominación de «fondo de tierras del Estado», si en todos los casos particulares han de disponer de él los órganos de la administración autónoma local? Me parece que tiene un gran sentido. Ante todo... una parte del fondo del Estado debe hallarse a disposición del gobierno central... nuestro fondo nacional de colonización... Y, en segundo lugar, el sentido de la institución del fondo del Estado y el sentido de esta denominación se desprende de que, si bien los organismos locales podrán disponer libremente de este fondo en su respectivo lugar, sólo podrán hacerlo dentro de ciertos límites." (620.) Este autonomista pequeñoburgués comprende mucho mejor que nuestros socialdemócratas mencheviques la importancia del poder del Estado en una sociedad centralizada por el desarrollo económico.

A propósito. Hablando del discurso de Chizhevski, no es posible hacer caso omiso de su crítica de las "normas". "La norma laboral es una frase vacía", dice abiertamente, señalando la diversidad de condiciones agrícolas y rechazando, por la misma razón, la norma "de consumo". "Yo creo que no hay que conceder la tierra a los campesinos ateniéndose a una norma cualquiera, sino teniendo en cuenta las proporciones del fondo de reserva con que se cuenta... Hay que entregar a los campesinos todo lo que se les pueda entregar en cada localidad"; por ejemplo: en la provincia de Poltava hay que "enajenar la tierra de todos los propietarios, dejándoles, como máximo, 50 desiatinas por término medio". (621.) ¿Puede extrañar que los demócratas-constitucionalistas hablen de normas, para ocultar sus planes sobre las proporciones efectivas de la enajenación? Al criticarles, Chizhevski todavía no se da cuenta de esto*.

La conclusión que se desprende de nuestro examen de los discursos pronunciados por "los nacionales" en la Duma en torno al problema agrario, es clara. Estos discursos confirmaron entera-

* Chizhevski expone también con extraordinario relieve la tesis, ya conocida por nosotros, de los trudoviques, inconscientemente burgueses: crecimiento de la industria y *disminución* de la afluencia de brazos a la tierra en caso de revolución campesina consecuente. "En nuestra provincia, los campesinos, los mismos comprometidos que nos han enviado aquí, hicieron, por ejemplo, el siguiente cálculo: «Si nosotros fuésemos un poco más ricos y si nuestras familias pudiesen gastar cinco o seis rublos al año en azúcar, en cada uno de los distritos donde es posible el cultivo de la reme-

mente lo que yo había dicho contra Máslov en el folleto *Revisión...*, en la página 18 (de la primera edición)*, en cuanto a la relación que guardan entre sí la municipalización y los derechos de las nacionalidades, a saber: que este es un problema *político*, tratado en todos sus aspectos en la parte política de nuestro programa y que, exclusivamente por un provincialismo pequeñoburgués, es añadido de manera artificial al programa agrario.

En Estocolmo, los mencheviques se esforzaron con un empeño cómico por "depurar la municipalización de toda nacionalización". (Palabras del menchevique Novosiedski, que figuran en las actas del Congreso de Estocolmo, pág. 146.) "Algunas regiones históricas, como, por ejemplo, Polonia y Lituania —decía Novosiedski— coinciden con los territorios nacionales, y la entrega de la tierra a estas regiones puede constituir una base sobre la cual hayan de desarrollarse con éxito las tendencias nacionalistas-federalistas, lo que, en realidad, convertiría de nuevo la municipalización en una nacionalización por partes." Y esa es la razón de que Novosiedski y Dan presentasen e hiciesen aprobar una enmienda por la que las palabras "de las grandes organizaciones regionales autónomas", del proyecto de Máslov, se sustitúan por las palabras "de los órganos importantes de la administración autónoma local, que comprendan circunscripciones urbanas y rurales".

Verdaderamente, es una ingeniosa manera de "depurar la municipalización de toda nacionalización". Sustituir una palabra por otra: ¿no es claro, acaso, que de ello resulta automáticamente una permutación de las "regiones históricas"?

No, señores, ningún cambio de palabras os permitirá hacer desaparecer el programa de la municipalización "nacionalista-federalista" inherente a ella. La Segunda Duma demostró que, *de hecho* la idea "municipalizadora" no hizo más que servir a las tendencias nacionalistas de los diferentes grupos de la burguesía. Sólo estos grupos, si se exceptúa al cosaco de derecha Karaúlov, "tomaron" bajo su defensa a los diversos fondos "territoriales" y

lacha surgirían unas cuantas fábricas de azúcar, además de las que hoy existen.» ¡Es completamente natural que si surgiesen esas fábricas, haría falta una gran cantidad de brazos, debido a la intensificación del cultivo! Aumentaría la producción de las fábricas azucareras", etc. (622.) Este es precisamente el programa de la agricultura "norteamericana" de los granjeros y del desarrollo "norteamericano" del capitalismo en Rusia.

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, 1960, pág. 178. (Ed.)

“regionales”. Al mismo tiempo, los diputados de las nacionalidades *desecharon* el contenido *agrario* de la provincialización (Máslov “entrega” de hecho las tierras a las provincias y no a los “municipios”, así que la palabra provincialización es más exacta), proponiendo no resolver nada de antemano y encomendarlo *todo* a los Seims autónomos o a los órganos de la administración autónoma regional, etc., tanto el problema del rescate, como el de la propiedad, etc. Resultó una confirmación total de mis palabras: “la ley de «zemstvolización» de las tierras *transcaucasicas* tendrá que promulgarla, de todos modos, la asamblea constituyente *petersburguesa*, ¡pues Máslov no quiere conceder a cualquier región periférica del país la libertad de conservar el régimen de propiedad agraria terrateniente!” (*Revisión*, pág. 18.)*

Así, pues, los acontecimientos han confirmado que la defensa de la municipalización mediante consideraciones sobre el acuerdo o desacuerdo de las nacionalidades es un argumento banal. La municipalización que figura en nuestro programa ha resultado estar en contradicción con la opinión explícita de nacionalidades muy diversas.

Los acontecimientos han confirmado que, de hecho, la municipalización no sirve para dirigir un movimiento campesino de masas extendido por todo el país, sino para dividir este movimiento llevándolo por distintos cauces provinciales y nacionales. De *la idea* de los fondos regionales de Máslov, *la vida real* ha tomado *exclusivamente* el “regionalismo” nacional-autonomista.

Los “nacionales” están un poco al margen de *nuestro* problema agrario. Muchas nacionalidades no rusas carecen de un movimiento campesino independiente, situado en el centro de la revolución, como nos ocurre a nosotros. Por eso, es muy natural que, en sus programas, los “nacionales” se mantengan con frecuencia un poco al margen del problema agrario *ruso*. Nosotros, dicen, nada tenemos que ver con eso, nosotros ya nos las arreglaremos solos. Este punto de vista es inevitable para la burguesía y la pequeña burguesía nacionalistas.

Para el proletariado es inadmisibles dicho punto de vista y nuestro programa incurre precisamente, de *hecho*, en ese inadmisibles nacionalismo burgués. A semejanza de los “nacionales”, que en el mejor de los casos no hacen más que adherirse al movimiento

* Véase: V. I. Lenin, ob. cit., t. X, pág. 178. (*Ed.*)

de toda Rusia, sin plantearse el objetivo de decuplicar sus fuerzas con la unión, con la concentración del movimiento, los mencheviques confeccionan un programa que *se adhiere* a la revolución campesina, en lugar de facilitar un programa que dirija la revolución, que la cohesione, y la impulse hacia adelante. La municipalización no es una consigna de la revolución campesina, sino un plan artificioso de reformismo pequeñoburgués, que se intenta incrustar desde fuera en un rincón apartado de la revolución.

El proletariado socialdemócrata no puede cambiar su programa según lo “aprueben” o no algunas nacionalidades. Nuestra tarea consiste en cohesionar y concentrar el movimiento, haciendo propaganda en favor del camino mejor y del mejor régimen agrario posible en la sociedad burguesa, luchando contra la fuerza de la tradición, de los prejuicios y del provincialismo rutinario. El “desacuerdo” de los pequeños campesinos con la socialización de la tierra no puede hacer cambiar nuestro programa de la revolución socialista. Únicamente puede hacernos preferir la actuación con *el ejemplo*. Lo mismo ocurre con la nacionalización de la tierra en la revolución burguesa. Ningún “desacuerdo” de una nacionalidad o de varias nacionalidades con ella puede hacernos cambiar la doctrina según la cual es beneficioso para todo el pueblo el liberarse de la manera más plena del régimen medieval de posesión de la tierra y el abolir la propiedad privada de la tierra. El “desacuerdo” de capas considerables de las masas trabajadoras de esta o la otra nacionalidad nos obligará a preferir la acción mediante el ejemplo a toda otra acción. La nacionalización del fondo de colonización, la nacionalización de los bosques, la nacionalización de toda la tierra en la Rusia Central no puede coexistir durante un tiempo más o menos largo con la propiedad privada de la tierra en esta o la otra parte del Estado (ya que la causa de la unificación de dicho Estado es la corriente, realmente fundamental, de la evolución económica). Uno u otro sistema deberá imponerse. La experiencia lo ha de decidir. Nuestra tarea consiste en preocuparnos de explicar al pueblo las condiciones más favorables para el proletariado y para las masas trabajadoras de un país que se desarrolla por la vía capitalista.

9. Los socialdemócratas

De los ocho discursos pronunciados por los socialdemócratas en la II Duma en torno al problema agrario, sólo dos contenían una

defensa de la municipalización, y no una simple alusión a ella. Fueron el discurso de Ozol y el segundo discurso de Tsereteli. Los restantes se redujeron, de manera principal y casi exclusiva, a atacar la propiedad terrateniente en general y a esclarecer el aspecto político del problema agrario. En este sentido es extraordinariamente característico el ingenuo discurso del campesino de derecha Petrochenko (sesión 22, del 5 de abril de 1907), que expone las impresiones generales de un diputado rural después de oídos los discursos de los oradores de los distintos partidos. "No voy a recargar vuestra atención enumerando lo que aquí se ha dicho; permitid que me exprese sobre ello con palabras sencillas. El diputado Sviatopolk-Mirski pronunció aquí un largo discurso. Este discurso debía, por lo visto, prepararnos para algo. Dicho en pocas palabras, resulta que no tenéis derecho a tomar la tierra que me pertenece o que poseo, y yo no la entregaré. El diputado Kútlér replicó a esto diciendo: «Esos tiempos han pasado; hay que entregar la tierra, entregadla y recibid el dinero». El diputado Dmovski dice así: «Haced con la tierra lo que queráis, pero la autonomía es absolutamente necesaria». Al mismo tiempo, el diputado Karaváiev dice así: «Hacen falta lo uno y lo otro, pero venga todo junto, que después ya repartiremos». Tsereteli dice: «no, señores, no es posible repartir, porque el gobierno es por ahora el viejo y no lo consentiría. Lo mejor es que nos esforcemos por conquistar el poder, y después repartiremos como queramos.» (Pág. 1615.)

Por consiguiente, la única diferencia que este campesino percibió entre el discurso de un socialdemócrata y el de un trudovique era la explicación de la necesidad de la lucha por el poder del Estado, la "conquista del poder". ¡Las otras diferencias no fueron captadas por él, no le parecieron esenciales! En el primer discurso de Tsereteli vemos, efectivamente, la denuncia de que "nuestra aristocracia burocrática es también una aristocracia agraria". (725.) El orador señaló cómo "en el trascurso de varios siglos, el poder del Estado fue entregando en propiedad privada tierras pertenecientes a todo el Estado, tierras que eran propiedad de todo el pueblo". (724.) La moción presentada por él al final del discurso, en nombre de la minoría socialdemócrata y que era una repetición de nuestro programa agrario, quedó sin motivar y sin ser contrapuesta a los programas de otros partidos de "izquierda". No hacemos constar esto, ni mucho menos, para acusar a nadie —por el contrario, consideramos extraordinariamente afortunado el primer discurso de Tsereteli: breve, claro, concentrado en la

explicación del carácter de clase del gobierno terrateniente—, sino para explicar por qué desaparecieron para el campesino de derecha (y probablemente para todos los campesinos) los rasgos específicamente socialdemócratas de nuestro programa.

El segundo discurso socialdemócrata sobre el problema agrario lo pronunció en la siguiente "sesión agraria" de la Duma (sesión 16, del 26 de marzo de 1907) el obrero Fomichov (provincia de Táurida), que muchas veces decía: "nosotros, los campesinos". Fomichov expuso una apasionada réplica a Sviatopolk-Mirski, cuyas famosas palabras: los campesinos sin terratenientes son "como un rebaño sin pastor", convencieron a los diputados campesinos mejor que varios discursos "izquierdistas". "El diputado Kútlér desarrolló en un extenso discurso la idea de la enajenación forzosa, pero con rescate. Nosotros, representantes de los campesinos, no podemos admitir el rescate porque éste es un nuevo dogal puesto al cuello del campesino." (1113.) Como conclusión, Fomichov exigió "la entrega de todas las tierras a los trabajadores, en las condiciones propuestas por el diputado Tsereteli". (1114.)

Ismáilov, también obrero, elegido en la curia campesina de la provincia de Nóvgorod (sesión 18, del 29 de marzo de 1907), pronunció el discurso siguiente, en el que contestó a su paisano, el campesino Bogátov, que en nombre de los mujiks de Nóvgorod se había mostrado de acuerdo con el rescate. Ismáilov rechazó indignado el rescate. Expuso las condiciones de la "emancipación" de los campesinos de Nóvgorod, que recibieron 2.000.000 de desiatinas de los 10.000.000 de desiatinas de tierras de cultivo y 1.000.000 de desiatinas de los 6.000.000 de desiatinas de bosques. Describió la miseria de los campesinos, que ha llegado hasta el punto de que no sólo "emplean desde hace decenas de años las cercas de sus isbas para calentar sus hogares", sino que "sierran las esquinas de sus propias isbas" y "convierten sus grandes isbas viejas en isbas pequeñas con el exclusivo objeto de aprovechar la transformación para economizar de algún modo una brazada de leña para el hogar". (1344.) "Y siendo ésta la situación de nuestros campesinos los señores de la derecha han sentido nostalgia por la cultura. El mujik, dicen, cierra el paso a la cultura. ¿Pero puede pensar en la cultura el mujik que pasa hambre y frío? Y en vez de tierra, quieren ofrecer al mujik esa cultura; pero tampoco en esto les tengo confianza: yo creo que también se avendrán a vender sus tierras, pero antes se pondrán a regatear para hacer que el mujik pague más cara la tierra. Esa es la razón de que accedan a venderla. Mi opinión, señores —y los campesinos, en particular, deben saberlo—

es que no se trata de la tierra, ni mucho menos. Creo que no me equivoco al decir que detrás de la tierra se esconde otra cosa, otra fuerza que la nobleza feudal teme entregar al pueblo, teme perder juntamente con la tierra; esto, señores, es el poder. Ellos entregarán la tierra y quieren entregarla, pero de manera que nosotros sigamos siendo sus esclavos, como antes. Si nos endeudamos, no nos escabulliremos del poder de los terratenientes feudales." (1345.) ¡Es difícil imaginar algo más elocuente y certero que este desmascaramiento por un obrero de la naturaleza de los planes demócrata-constitucionalistas!

El socialdemócrata Serov, en la sesión 18, del 2 de abril de 1907, criticó sobre todo las opiniones de los demócratas-constitucionalistas, como "representantes del capital" (1492), como "representantes de la propiedad agraria capitalista". El orador expuso detalladamente, con cifras en la mano, lo que representó el rescate en 1861, y rechazó el "principio elástico" del precio justo. Serov dio una respuesta impecablemente correcta, desde el punto de vista marxista, al argumento de Kútler de que no es posible confiscar la tierra sin confiscar el capital. "No aducimos, ni mucho menos, los argumentos de que la tierra no es de nadie, de que la tierra no es obra del hombre." (1497.) "El proletariado, cuyo representante aquí es el partido de los socialdemócratas, una vez que ha adquirido conciencia de sí mismo, rechaza por igual toda explotación, tanto la feudal como la burguesa. Para él, para el proletariado, no existe la cuestión de cuál de estas dos formas de explotación es más justa; para él, la cuestión se reduce siempre a saber si han madurado las condiciones históricas para emanciparse de la explotación." (1499.) "Según cálculos de los estadísticos, al confiscar las tierras pasarán a manos del pueblo unos 500.000.000 de rublos de los ingresos de los terratenientes que no provienen del trabajo. Los campesinos emplearán estos ingresos, naturalmente, en mejorar su hacienda, en ampliar la producción, en aumentar su consumo." (1498.)

En la sesión 22 de la Duma (del 5 de abril de 1907) fueron pronunciados los discursos agrarios de Anikin y Alexinski. El primero subrayó la conexión entre "la alta burocracia y la gran propiedad agraria" y demostró que la lucha por la libertad y la lucha por la tierra son inseparables. El segundo esclareció en un extenso discurso el carácter feudal de la economía basada en el sistema de pago en trabajo, que es la predominante en Rusia. El orador expuso, por tanto, el fundamento de las ideas marxistas sobre la lucha de los campesinos contra el régimen de posesión agraria de los

terratenientes y demostró, además, el doble papel de la comunidad ("supervivencia de lo antiguo" y "aparato para presionar sobre los terratenientes"), la significación de las leyes del 9 y del 15 de noviembre de 1906 (además del terrateniente, agregar al kulak, como un "pilar" del régimen). El orador demostró con cifras en la mano que "la escasez de tierras que sufren los campesinos es resultado de la abundancia de tierras de la nobleza" y explicó que la enajenación "forzosa" propuesta por los demócratas-constitucionalistas equivale a "forzar al pueblo en beneficio de los terratenientes." (1635.)

Alexinski se refirió directamente al "órgano demócrata-constitucionalista *Riech*" (1639), que reconoció la verdad demócrata-constitucionalista acerca de la composición terrateniente de los comités agrarios deseables para ellos. Y el demócrata-constitucionalista Tatárinov, que habló tras una sesión después de Alexinski, fue puesto por éste entre la espada y la pared, como ya hemos visto.

El discurso de Ozol, pronunciado en la sesión 39 (del 16 de mayo de 1907), nos muestra un ejemplo de la argumentación, indecorosa para marxistas, a que llevó Maslov a una parte de nuestros socialdemócratas con su famosa "crítica" de la teoría de la renta de Marx y con la correspondiente tergiversación del concepto de nacionalización de la tierra. Ozol objetó así contra los socialistas-revolucionarios: el "proyecto" de éstos "no es viable, a mi juicio ya que se suprime la propiedad privada de los medios de producción, en este caso de la tierra, mientras que se conserva la propiedad privada de los edificios fabriles, y no sólo de los edificios fabriles, sino incluso de las casas y dependencias. En la segunda página del proyecto leemos que todos los edificios levantados sobre la tierra y explotados al modo capitalista, siguen siendo de propiedad privada; entonces, cada propietario dirá: tened la bondad de pagar todos los gastos de las tierras nacionalizadas, el pavimento de las calles, etc., y yo recibiré la renta de estas casas. Esto no es nacionalización, sino simplemente facilitar la percepción de los ingresos capitalistas en la forma capitalista más desarrollada". (667.)

¡Ahí tenemos el maslovismo! En primer lugar, se repite el banal argumento de las derechas y de los demócratas-constitucionalistas de que no es posible destruir la explotación feudal sin tocar a la burguesía. En segundo lugar, se demuestra una asombrosa ignorancia en materia económica: la "renta" de las casas urbanas, etc., contiene la parte del león de la renta del suelo. En tercer lugar, nuestro "marxista", siguiendo a Máslov, olvida por completo (¿o niega?) la renta absoluta. En cuarto lugar ¡resulta que

un *marxista* niega que sea deseable “la forma capitalista más desarrollada”, defendida por un socialista-revolucionario! Son perlas de la municipalización masloviana...

Tsereteli, en un extenso discurso de conclusión (sesión 47, del 26 de mayo de 1907), defendió la municipalización, naturalmente, de un modo más reflexivo que Ozol; pero precisamente la meticulosa, meditada y clara defensa de Tsereteli puso al descubierto con particular relieve toda la falsedad de los argumentos fundamentales de los municipalistas.

Las críticas dirigidas a los derechistas por Tsereteli al comienzo del discurso fueron totalmente justas en el aspecto político. Excelente su observación contra los charlatanes del liberalismo, que trataban de asustar al pueblo con el peligro de conmociones al estilo de la revolución francesa. “Shingariov se ha olvidado de que, precisamente después de la confiscación y a consecuencia de la confiscación de las tierras de los terratenientes, Francia renació a una vida nueva y pujante.” (1228.) Muy justa fue también la consigna fundamental de Tsereteli: “Abolición total de las propiedades de los terratenientes y liquidación total del régimen burocrático terrateniente.” (1224.) Pero al pasar a tratar de los demócratas-constitucionalistas, comienza a reflejarse ya la posición errónea del menchevismo. “El principio de la enajenación forzosa de la tierra —dijo Tsereteli— es objetivamente un principio del movimiento de liberación, pero no todos los que sustentan este principio comprenden o quieren reconocer todas las conclusiones a que dicho principio obliga.” (1225.) Esta es la idea fundamental del menchevismo, según la cual la “línea divisoria” de los fundamentales agrupamientos políticos en nuestra revolución pasa a la derecha de los demócratas-constitucionalistas y no a la izquierda, como opinamos nosotros. Y que esta idea es errónea nos lo muestra con singular claridad la formulación precisa de Tsereteli, ya que después de la experiencia de 1861 es absolutamente indiscutible la posibilidad de la enajenación forzosa con un predominio de los intereses de los terratenientes, con el mantenimiento del *poder* de éstos, con la consolidación de un nuevo avasallamiento. Aún más errónea es esta declaración de Tsereteli: “en cuanto a las formas de usufructo de la tierra, nosotros [los socialdemócratas] estamos más lejos de ellos [de los populistas]” (1230) que de los demócratas-constitucionalistas. Dichas estas palabras, el orador pasó a la crítica de las “normas”, la norma laboral y la norma de consumo. En eso tenía mil veces razón, pero *precisamente en este punto* los demócratas-constitucionalistas *no son mejores* que los trudoviques, pues

abusan mucho más de las “normas”. Es más. Su afán de establecer unas “normas” absurdas es resultado de su burocratismo y de su tendencia a *traicionar* al mujik. En el caso del mujik, las “normas” le son aportadas desde fuera por la intelectualidad populista, y antes hemos visto, en el ejemplo de los diputados de la I Duma Chizhevski y Poiárkov, con qué precisión critican los trabajadores prácticos del campo toda clase de “normas”. Si los socialdemócratas explicasen *esto* a los diputados campesinos, si introdujesen una enmienda al proyecto trudovique rechazando las normas, si señalaran teóricamente la importancia de la nacionalización, que nada tiene que ver con las “normas”, los socialdemócratas resultarían ser los dirigentes de la revolución campesina contra los liberales. En cambio, la posición del menchevismo estriba en someter al proletariado a la influencia liberal. ¡En la II Duma era particularmente extraño decir que nosotros, los socialdemócratas, estamos más lejos de los populistas, pues los demócratas-constitucionalistas se pronunciaron *por* la limitación de la venta y de la hipoteca de tierras!

Criticando más adelante la nacionalización, Tsereteli adujo tres argumentos: 1) “el ejército de funcionarios”, 2) “la tremenda injusticia con respecto a las pequeñas nacionalidades”, 3) “en caso de restauración”, “se daría un arma al enemigo del pueblo”. (1232.) Esta es una concienzuda exposición de las opiniones de quienes consiguieron que fuese aprobado nuestro programa de partido, y Tsereteli, como hombre de partido, debía exponer estas opiniones. Más arriba hemos demostrado la inconsistencia de las mismas y el carácter superficial de esta extraordinaria crítica política.

En favor de la municipalización adujo Tsereteli 6 argumentos: 1) con la municipalización, “el empleo efectivo de estos recursos [es decir, de la renta] en atender a las necesidades populares [1] estará asegurado” (*sic!*, pág. 1233); afirmación de carácter optimista; 2) “los municipios tratarán de mejorar la situación de los parados”, como por ejemplo, en la democrática y descentralizada Norteamérica (?); 3) “los municipios pueden hacerse con estas [grandes] explotaciones y organizar haciendas modelo”, y 4) “en tiempos de crisis agraria... a los campesinos sin tierra, a los desposeídos, les darán gratuitamente tierra en arriendo” (*sic!*, pág. 1234). Esta es ya una demagogia peor que la socialista-revolucionaria, un programa de socialismo pequeño-burgués en la revolución burguesa. 5) “Un baluarte del demócratismo”, a semejanza de la administración autónoma cosaca; 6) “la

enajenación de las tierras parcelarias... puede originar un terrible movimiento contrarrevolucionario"; por lo visto, contra la voluntad de todos los campesinos, que se han pronunciado a favor de la nacionalización.

Resumen de los discursos de los socialdemócratas en la II Duma: el papel dirigente en el problema del rescate y en el de la relación entre la propiedad terrateniente y el poder del Estado moderno, y un programa agrario que se desvía hacia el democoñstitucionalismo y demuestra una incompreñsión de las condiciones económicas y políticas de la revolución campesina.

Resumen de todos los debates agrarios de la II Duma: los terratenientes derechistas evidenciaron la más clara comprensión de sus intereses de clase, la conciencia más nítida de las condiciones, tanto económicas como políticas, del mantenimiento de su dominio como clase en la Rusia burguesa. Los liberales se adhirieron en el fondo a ellos, intentando traicionar al mujik, en beneficio del terrateniente, por los procedimientos más despreciables e hipócritas. Los intelectuales populistas introdujeron en los programas campesinos resabios de burocratismo y de sentencias moralizadoras pequeñoburguesas. Los campesinos expresaron de la manera más fogosa y directa el carácter revolucionario espontáneo de su lucha contra todos los restos del medievalismo y contra todas las formas del régimen medieval de posesión de la tierra, sin tener una idea muy clara de las condiciones políticas de esta lucha e idealizando ingenuamente la "tierra de promisión" de la libertad burguesa. Los diputados burgueses de las nacionalidades no rusas se adhirieron a la lucha campesina con mayor o menor timidez, penetrados en medida considerable de estrechos conceptos y prejuicios originados por el aislamiento en que viven las pequeñas nacionalidades. Los socialdemócratas defendieron resueltamente la causa de la revolución campesina, esclarecieron el carácter de clase del poder estatal moderno, pero no estuvieron en condiciones de dirigir de un modo consecuente la revolución campesina, debido a lo erróneo del programa agrario del partido.

CONCLUSION

El problema agrario constituye la base de la revolución burguesa en Rusia y es el que determina la peculiaridad nacional de esta revolución.

La esencia de dicho problema reside en la lucha de los campesinos por la destrucción de la propiedad terrateniente y de los restos del feudalismo en el régimen agrario de Rusia y, por consiguiente, en todas las instituciones sociales y políticas del país.

Diez millones y medio de familias campesinas de la Rusia Europea poseen 75 millones de desiatinas de tierra. Treinta mil señores de la tierra, principalmente nobles y en parte también advenedizos, poseen más de 500 desiatinas cada uno; en total, 70 millones de desiatinas. Tal es el fondo básico del cuadro. Tales son las condiciones fundamentales del predominio de los terratenientes feudales en el régimen agrario de Rusia y, por consiguiente, en el Estado ruso en general y en toda la vida rusa. Son feudales los dueños de los latifundios, en el sentido económico de esta palabra: la base de su propiedad agraria ha sido creada por la historia del régimen de servidumbre, por la historia de la rapiña secular de tierras llevadas a efecto por la nobleza. La base de su economía actual es el sistema de pago en trabajo, es decir, una supervivencia directa de la prestación personal, la explotación de las tierras con los aperos y el ganado de los campesinos, mediante las formas infinitamente variadas de avasallamiento de los pequeños agricultores: los contratos de invierno, el arrendamiento anual, la aparcería, la renta en trabajo, el sometimiento económico por las deudas, la sujeción que sufren los campesinos por la utilización de los "recortes", de los bosques, de los prados, de los abrevaderos, y así hasta lo infinito. El desarrollo capitalista de Rusia ha avanzado tanto en el último medio siglo, que resulta *absolutamente* imposible mantener el feudalismo en la agricultura, y la eliminación de éste ha adoptado las formas de una crisis violenta, de una revolución nacional. Mas para eliminar el feudalismo en un país burgués pueden seguirse dos caminos distintos.

El feudalismo puede ser eliminado mediante la lenta transformación de las haciendas de los terratenientes feudales en haciendas burguesas de tipo junker, mediante la conversión en masa de los campesinos en desheredados y *Knechts*, manteniendo por la violencia el miserable nivel de vida de las masas; mediante la formación de pequeños grupos de *Grossbauern*, de ricos campesinos burgueses, que el capitalismo engendra inevitablemente entre los campesinos. Los terratenientes ultrarreaccionarios y su ministro Stolypin han emprendido precisamente este camino. Ellos han comprendido que, sin la destrucción violenta de las vetustas formas medievales de posesión de la tierra, *no es posible* desbrozar el camino para el desarrollo de Rusia. Y han recurrido audazmente

a esta destrucción *en beneficio de los terratenientes*. Han arrojado por la borda la simpatía hacia la comunidad semifeudal que hasta hace poco hallábase extendida entre la burocracia y los terratenientes. Han hecho caso omiso de todas las leyes "constitucionales", para desintegrarla por la violencia. Han dado carta blanca a los kuláks para saquear a las masas campesinas, destruir el viejo régimen de posesión de la tierra y causar la ruina de millares de haciendas; han entregado la aldea medieval al desenfrenado saqueo del amo del dinero. Ellos *no pueden* proceder de otro modo en aras del mantenimiento de su dominio como clase, pues han comprendido la necesidad de adaptarse al desarrollo capitalista y de no luchar contra él. Pero para conservar su dominación no pueden unirse más que con los "advenedizos", con los Rasuváevs y los Kolupáevs⁸⁸ *contra* las masas campesinas. No tienen más salida que lanzar a estos Kolupáevs la consigna de: *enrichissez-vous!* ¡enriqueceos! ¡Os permitiremos ganar cien rublos por cada rublo; ayudadnos a salvar las bases de nuestro poder en las nuevas condiciones! Semejante camino de desarrollo exige, para que pueda ser seguido, la *violencia* general, sistemática y desenfrenada contra la masa campesina y el proletariado. Y la contrarrevolución terrateniente se apresura a organizar esta violencia en toda la línea.

Al otro camino de desarrollo lo hemos denominado camino norteamericano de desarrollo del capitalismo, a diferencia, del primero, del prusiano. Dicho camino exige también la destrucción violenta del viejo régimen de posesión de la tierra, y sólo los torpes pequeños burgueses del liberalismo ruso pueden soñar con la posibilidad de un desenlace indoloro y pacífico de la crisis que en Rusia se ha agudizado en proporciones increíbles.

Pero esta destrucción necesaria e inevitable puede realizarse en beneficio de las masas campesinas, y no de la pandilla terrateniente. El desarrollo del capitalismo puede tener por base la masa libre de los granjeros, sin propiedad terrateniente alguna, pues ésta, *en su conjunto*, es reaccionaria en el sentido económico, y los elementos de la agricultura de los granjeros *han sido creados* en el seno del campesinado por la historia económica precedente del país. Siguiendo tal camino, el desarrollo del capitalismo *debe* ser incomparablemente más amplio, libre y rápido, como consecuencia del enorme crecimiento del mercado interior, de la elevación del nivel de vida, del aumento de la energía, de la iniciativa y de la cultura de toda la población. Y el gigantesco fondo de colonización de Rusia, cuya utilización se halla dificultada hasta lo infinito por la opresión feudal de las masas campesinas en la Rusia Central,

así como por la actitud burocrático-feudal ante la política agraria, este fondo asegura la base económica para la inmensa ampliación de la agricultura y un aumento de la producción no sólo en profundidad, sino en extensión.

Semejante camino de desarrollo exige algo más que la destrucción del régimen terrateniente de propiedad agraria, pues la dominación de los terratenientes feudales ha impuesto su sello en el trasecurso de siglos a *todo* el régimen de posesión agraria del país, tanto a las tierras parcelarias de los campesinos, como a la propiedad agraria de los asentados en los territorios relativamente libres de la periferia: toda la política de asentamientos de la autocracia está penetrada hasta la médula de la ingerencia asiática. de una burocracia rutinaria, que ha estorbado la libre instalación de los asentados, ha introducido una terrible confusión en las nuevas relaciones agrarias y ha inoculado a la Rusia periférica el veneno del burocratismo feudal de la Rusia Central*. Es medieval en Rusia no sólo el régimen terrateniente de posesión de la tierra, sino también el régimen parcelario de los campesinos. Este se halla increíblemente embrollado. Fracciona a los campesinos en miles de pequeñas divisiones, de categorías medievales y estamentales. Refleja la historia secular de la escandalosa intromisión tanto del poder central como de las autoridades locales en las relaciones agrarias de los campesinos. Recluye a los campesinos, como en un ghetto, en las pequeñas asociaciones medievales de carácter fiscal, impositivo, creadas para la posesión de la tierra parcelaria, es decir, en las comunidades. Y el desarrollo económico de Rusia arranca *de hecho* a los campesinos de este ambiente medieval; por una parte, originando la entrega de las parcelas y el abandono de las mismas, y, por otra parte, creando la hacienda de los futuros granjeros libres (o de los futuros *Grossbauern* de la Rusia junker), hacienda que se forma *de partículas* de las más diversas formas de posesión del suelo: de la tierra parcelaria propia, de la tierra parcelaria arrendada, de la tierra propia adquirida mediante compra, de la tierra de los terratenientes arrendada, de la tierra del Estado arrendada, etc.

Para formar en Rusia una economía de granjeros *realmente*

* En su libro *Los asentamientos y la colonización* (San Petersburgo, 1905), el señor A. Kaufmann ofrece un esbozo de la historia de la política de asentamientos. Como verdadero "liberal", el autor guarda un respeto desmedido a la burocracia de los feudales.

libre, es necesario "levantar las cercas" de todas las tierras, tanto de las que pertenecen a terratenientes como de las parcelarias. Es necesario destruir *todo* el régimen medieval de posesión del suelo, igualar toda clase de tierras ante los agricultores libres en una tierra libre. Es necesario facilitar en el máximo grado posible el intercambio de tierras, la libre distribución de la población campesina, el aumento de los lotes, la fundación de nuevas sociedades libres en lugar de la vetusta comunidad fiscal. Es necesario "limpiar" toda la tierra de toda la antigüalla medieval.

Expresión de esta necesidad económica es la nacionalización de la tierra, la abolición de la propiedad privada de la tierra, la conversión de todas las tierras en propiedad del Estado, como ruptura plena con el orden feudal en el campo. Es precisamente esta necesidad económica la que ha convertido a las *masas* campesinas de Rusia en partidarias de la nacionalización de la tierra. Los pequeños propietarios agricultores se pronunciaron en masa a favor de la nacionalización en los Congresos de la Unión Campesina en 1905, en la Primera Duma en 1906, y en la Segunda Duma en 1907, es decir, en el trascurso de todo el primer período de la revolución. Y no lo hicieron porque la "comunidad" hubiese depositado en ellos "gérmenes" especiales y hubiese sentado "principios de trabajo" especiales, no burgueses, sino, por el contrario, porque la vida exigía de ellos que se *liberasen* de la comunidad medieval y del régimen medieval de posesión parcelaria de la tierra. Se pronunciaron así, no porque quisieran o pudieran construir una agricultura socialista, sino porque querían y quieren, podían y pueden construir una agricultura de pequeñas explotaciones realmente burguesa, es decir, libre en el grado máximo de todas las tradiciones feudales.

Por tanto, no fueron ni la casualidad ni la influencia de tales o cuales doctrinas (como creen gentes miopes) lo que motivó la original actitud de las clases que contendían en la revolución rusa ante el problema de la propiedad privada de la tierra. Esta originalidad se explica plenamente por las condiciones del desarrollo del capitalismo en Rusia y por las exigencias del capitalismo en un momento dado de este desarrollo. Todos los terratenientes ultrarreaccionarios y toda la burguesía contrarrevolucionaria (incluidos tanto los octubristas como los *demócratas-constitucionalistas*) se situaron al lado de la propiedad privada de la tierra. Todos los campesinos y todo el proletariado se pronunciaron contra la propiedad privada de la tierra. El camino reformista de creación de una Rusia burguesa junker presupone necesariamente el

mantenimiento de las bases del viejo régimen de posesión de la tierra y la lenta adaptación, dolorosa para las masas populares, de dichas bases al capitalismo. El camino revolucionario de derrocamiento efectivo del viejo orden de cosas exige de modo indefectible, como base económica, la destrucción de todas las viejas formas de posesión de la tierra a la par con todas las viejas instituciones políticas de Rusia. La experiencia del primer período de la revolución rusa ha demostrado en definitiva que sólo como revolución agraria campesina puede ser victoriosa y que esta última no puede cumplir por entero su misión histórica sin nacionalizar la tierra.

Naturalmente, la socialdemocracia, como partido del proletariado internacional, como partido que se propone objetivos socialistas de trascendencia universal, no puede fundirse con ninguna época de ninguna revolución burguesa, no puede ligar su destino a tal o cual desenlace de esta o la otra revolución burguesa. En todos los desenlaces, cualesquiera que sean, debemos seguir siendo un partido independiente, puramente proletario, que conduzca de modo consecuente a las masas trabajadoras a su gran objetivo socialista. Por eso, no podemos comprometernos a dar ninguna garantía en cuanto a la solidez de ninguna conquista de la revolución burguesa, pues la falta de solidez, el carácter contradictorio interno de todas sus conquistas es algo inmanente a la revolución burguesa, como tal. La "invención" de "garantías contra la restauración" sólo puede ser fruto de una necesidad. Nuestra tarea es una: agrupar al proletariado para la revolución socialista y, al mismo tiempo, apoyar toda lucha contra el viejo régimen en la forma más resuelta posible, defender las mejores condiciones posibles para el proletariado en la sociedad burguesa en desarrollo. Y de aquí se desprende indefectiblemente que sólo la nacionalización de la tierra puede ser nuestro programa socialdemócrata en la revolución burguesa rusa. Como toda otra parte de nuestro programa, debemos relacionarla con determinadas formas y con determinada etapa de las transformaciones políticas, pues el alcance de la revolución política y el de la revolución agraria no pueden menos de ser homogéneos. Como toda otra parte de nuestro programa, debemos separarla rigurosamente de las ilusiones pequeñoburguesas, de la charlatanería intelectual-burocrática sobre las "normas", de la palabrería reaccionaria sobre la consolidación de la comunidad o el usufructo igualitario de la tierra. Lo que los intereses del proletariado exigen no es que se invente una consigna especial, un "plan" o un "sistema" especiales para tal o cual revolución burguesa, sino solamente que se expre-

sen de un modo consecuente sus condiciones objetivas y se depuren de ilusiones y utopías estas condiciones objetivas, insuperables en el sentido económico. La nacionalización de la tierra no sólo es el único procedimiento de liquidar por completo el medievalismo en la agricultura, sino el mejor régimen agrario concebible bajo el capitalismo.

Circunstancias de triple índole han desviado temporalmente a los socialdemócratas rusos de este acertado programa agrario. En primer lugar, el iniciador de la "municipalización" en Rusia, P. Máslov "corrigió" la teoría de Marx, rechazó la teoría de la renta absoluta, remozó un poco las semipodridas doctrinas burguesas de la ley de la fertilidad decreciente, de la relación de dicha ley con la teoría de la renta, etc. Negar la renta absoluta es negar toda importancia económica a la propiedad privada de la tierra bajo el capitalismo; por consiguiente, esa negación conducía de un modo inevitable a la tergiversación de las ideas marxistas sobre la nacionalización. En segundo lugar, los socialdemócratas rusos, al no ver ante sí con sus propios ojos el comienzo de la revolución campesina, no podían por menos de mantenerse cautelosos respecto a la posibilidad de la misma, pues la posibilidad de su victoria exige realmente una serie de condiciones particularmente favorables y un nivel particularmente favorable de la conciencia revolucionaria, de la energía e iniciativa de las masas. Al no tener experiencia y considerando que no es posible inventar movimientos burgueses, los marxistas rusos no podían, naturalmente, presentar antes de la revolución un programa agrario acertado. Sin embargo, el error consistió en que, también después de haber comenzado la revolución, en lugar de aplicar la teoría de Marx a las condiciones peculiares de Rusia (nuestra teoría —han enseñado siempre Marx y Engels— no es un dogma, sino una guía para la acción), repitieron sin ningún sentido crítico las conclusiones de la aplicación de la teoría de Marx a las condiciones de otros países y a una época distinta. Los socialdemócratas alemanes, por ejemplo, han renunciado de un modo completamente lógico a todos los viejos programas de Marx que exigían la nacionalización de la tierra, pues Alemania ha cristalizado definitivamente como país burgués junker, todos los movimientos basados en el régimen burgués han caducado en dicho país de un modo irrevocable y no existe ni puede existir allí ningún movimiento popular en favor de la nacionalización. El predominio de los elementos burgueses junkers ha convertido de hecho los planes de nacionalización en un juego y hasta en un instrumento de saqueo de las masas por los junkers. Los alema-

nes tienen razón al negarse a hablar siquiera de nacionalización, pero trasladar esta conclusión a Rusia (como lo hacen, en el fondo, aquellos de nuestros mencheviques que no advierten el vínculo entre la municipalización y la enmienda masloviana de la teoría de Marx) equivale a no saber pensar en las tareas de los partidos socialdemócratas concretos en períodos especiales de su desarrollo histórico.

En tercer lugar, en el programa de municipalización se reflejó manifiestamente toda la errónea línea táctica del menchevismo en la revolución burguesa rusa: la incomprensión de que sólo "la alianza del proletariado y de los campesinos" * puede asegurar la victoria de la misma, la incomprensión del papel dirigente del proletariado en la revolución burguesa, la tendencia a dejarlo al margen, a adaptarlo a un desenlace incompleto de la revolución, a convertirlo de jefe en auxiliar (y, de hecho, en peón y criado) de la burguesía liberal. "Sin apasionamientos y adaptándose, ¡adelante, obreros, a paso lento!" Estas palabras de Narciso Tuporylov⁹⁹ contra los "economistas" (los primeros oportunistas en el seno del P.O.S.D.R.) expresan plenamente el espíritu de nuestro actual programa agrario.

La lucha contra el "apasionamiento" por el socialismo pequeño-burgués no debe disminuir, sino aumentar el alcance de la revolución y de sus tareas, determinadas por el proletariado. No debemos estimular el "regionalismo", por muy arraigado que esté entre las capas atrasadas de la pequeña burguesía o de los campesinos privilegiados (los cosacos), ni el aislamiento de las diferentes nacionalidades; no, nosotros debemos explicar a los campesinos la importancia de la unidad para la victoria, debemos lanzar una consigna que amplíe el movimiento en lugar de reducirlo y que cargue la responsabilidad por una revolución burguesa incompleta al atraso de la burguesía, y no a la falta de claridad política del proletariado. No debemos "adaptar" nuestro programa al democratismo "local"; no debemos inventar para el campo un "socialismo municipal" absurdo e imposible bajo un poder central antidemocrático; no debemos adaptar el reformismo socialista pequeño-burgués a la revolución burguesa, sino concentrar la atención de las masas en las condiciones efectivas de la victoria de la misma como tal revolución burguesa y en la idea de que para ello es necesario no sólo el democratismo local, sino indefectiblemente

* Así se expresó Kautsky en la segunda edición de su folleto *La revolución social*.

el "central", es decir, el democratismo del poder central del Estado; y no sólo un democratismo en general, sino obligatoriamente las formas más completas y más elevadas del democratismo, pues sin ellas la revolución agraria campesina de Rusia se vuelve una *utopía*, en el sentido científico de la palabra.

Y que no se crea que precisamente el actual momento histórico, cuando claman y rugen los ultrarreaccionarios feudales en la III Duma, cuando el desenfreno de la contrarrevolución ha llegado al *nec plus ultra*, cuando la reacción consume su feroz venganza política contra los revolucionarios en general y contra los diputados socialdemócratas de la II Duma en particular, que no se crea que este momento "no es adecuado" para "amplios" programas agrarios. Semejante idea equivaldría a esa misma apostasía, disgregación, abatimiento y decadencia que se han apoderado de amplias capas de la intelectualidad pequeñoburguesa que milita en el Partido Socialdemócrata o que simpatiza con este partido en Rusia. El proletariado sólo saldrá ganando, si esta basura es barrida a fondo del partido obrero. Cuanto más feroz sea la reacción, tanto más detendrá en esencia el inevitable desarrollo económico y con tanta mayor eficacia preparará un ascenso más amplio del movimiento democrático. Y debemos aprovechar los períodos de calma temporal en la acción de las masas, para estudiar con un sentido crítico la experiencia de la gran revolución, comprobarla, depurarla de toda escoria y transmitir esa experiencia a las masas como guía para la lucha próxima.

Noviembre-diciembre de 1907.

мы, как и в других странах, не можем
 class uterqueque inplectantur, con
 siderari e. q. n. p. l. u. p. u. n. a. r. a. m. e. n. t. e.
 in d. m. i. n. i. s. t. r. a. t. i. o. n. e. p. a. r. t. i. s. p. e. c. i. a. l. i. t. e. r. a. r. i. a. e.
 n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 l. a. m. e. n. t. e. n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 a. n. t. e. q. u. a. m. d. i. c. t. a. t. u. r. e. l. e. g. i. s. l. a. t. i. o. n. e. p. a. r. t. i. s. p. e. c. i. a. l. i. t. e. r. a. r. i. a. e.
 f. a. l. s. a. t. i. o. n. e. n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 p. a. r. t. i. s. p. e. c. i. a. l. i. t. e. r. a. r. i. a. e. n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 f. a. l. s. a. t. i. o. n. e. n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 a. n. t. e. q. u. a. m. d. i. c. t. a. t. u. r. e. l. e. g. i. s. l. a. t. i. o. n. e. p. a. r. t. i. s. p. e. c. i. a. l. i. t. e. r. a. r. i. a. e.
 n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.
 f. a. l. s. a. t. i. o. n. e. n. o. n. t. a. b. i. l. i. t. a. t. e. p. e. r. i. o. d. i. c. i. m. u. s. e. t. i. a. m. c. o. n. t. r. a. r. e. v. o. l. u. t. i. o. n. e. m.

В. И. Ленин
 1907-1908

Ultima página del manuscrito de V. I. Lenin
 El programa agrario de la socialdemocracia en
 la primera revolución rusa de 1905-1907.
 Noviembre-diciembre de 1907.
 Reducido.

EPILOGO ¹⁰⁰

El presente trabajo fue escrito a fines de 1907. En 1908 fue publicado en Petersburgo, pero la censura zarista recogió y destruyó la tirada. No se salvó más que un ejemplar, en el que falta el final (desde la página 269 de la presente edición), de manera que este final lo he añadido ahora.

En el momento actual, la revolución ha planteado el problema agrario en Rusia de un modo incomparablemente más amplio, profundo y agudo que en 1905-1907. El conocimiento de la historia del programa de nuestro partido en la primera revolución ayudará, yo así lo espero, a orientarse con mayor acierto en las tareas de la actual revolución.

Hay que subrayar en particular lo siguiente. La guerra ha acarreado tan increíbles calamidades a los países beligerantes y, al mismo tiempo, ha dado un impulso tan gigantesco al desarrollo del capitalismo, trasformando el capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, que ni el proletariado ni la democracia pequeñoburguesa revolucionaria *pueden* limitarse al marco del capitalismo.

La vida se ha salido ya de este marco, habiendo puesto a la orden del día la regulación de la producción y de la distribución en escala nacional, el servicio general obligatorio de trabajo, la sindicación obligatoria (unión de asociaciones), etc.

Ante tal situación, es inevitable que la nacionalización de la tierra se plantee también de otro modo en el programa agrario. A saber: la nacionalización de la tierra no sólo es la "última palabra" de la revolución burguesa, sino también *un paso hacia el socialismo*. No es posible luchar contra las calamidades de la guerra sin dar pasos de este género.

El proletariado, al dirigir a los campesinos pobres, se ve precisado, por una parte, a trasladar el centro de gravedad de los Soviets de diputados campesinos a los Soviets de diputados obreros

rurales, y, por otra parte, a exigir la nacionalización de los aperos y del ganado de labor de las fincas de los terratenientes, así como la formación en ellas de haciendas modelo bajo el control de estos últimos Soviét.

Naturalmente, no puedo detenerme aquí con más detalle en estos importantísimos problemas y debo invitar al lector que se interese por ellos a leer las publicaciones bolcheviques actuales y mis folletos: *Cartas sobre táctica* y *Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma del partido proletario)*.

El autor

28 de setiembre de 1917.

Publicado en 1917 en el libro
*El programa agrario de la social-
democracia en la primera revolu-
ción rusa de 1905-1907.*

Se publica según el texto del libro.

A PROPOSITO DE LOS DEBATES EN TORNO A LA AMPLIACION DE LOS DERECHOS PRESUPUESTARIOS DE LA DUMA ¹⁰¹

Durante las tres sesiones del 12, 15 y 17 de enero se ha discutido en la Duma del Estado la ampliación de los derechos presupuestarios de la misma. El partido demócrata-constitucionalista presentó un proyecto de ampliación firmado por 40 diputados. Representantes de todos los partidos expresaron su opinión sobre el particular. El ministro de finanzas pronunció dos extensos discursos en nombre del gobierno. También expresó su opinión el representante del Partido Obrero Socialdemócrata. Los debates terminaron con la aprobación *unánime* (eso es lo que dice *Sto-lichnaia Pochta* ¹⁰² del 18 de enero) de la propuesta hecha por los *octubristas*, en el sentido de que el proyecto de ley sobre la ampliación de los derechos presupuestarios de la Duma del Estado pasase a la comisión, "*sin especificar las proporciones de esta modificación*", es decir, de los cambios que habrían de introducirse en el reglamento del 8 de marzo, que restringe de un modo particular los derechos presupuestarios de la Duma del Estado.

¿Cómo ha podido producirse un hecho tan extraño? ¿Cómo ha sido posible que en la III Duma, en la Duma de los elementos ultrarreaccionarios, se haya aprobado *por unanimidad* una propuesta de los octubristas que, en el fondo, coincide con los deseos del gobierno y ha sido presentada *después* del primer discurso del ministro de finanzas, el cual esbozó justamente una solución de este carácter? El proyecto de los demócratas-constitucionalistas es, en el fondo, inaceptable; en cuanto a los detalles particulares, no hay ninguna razón para no modificar la ley. Esto fue lo que dijo el ministro ultrarreaccionario. Los octubristas redactaron su propuesta a tenor con esta declaración, subrayando que *no especificaban las proporciones de los cambios a introducir en la ley*.

No es de extrañar que los octubristas hubiesen coincidido con

el ministro ultrarreaccionario. El que los demócratas-constitucionalistas hubiesen retirado su propuesta (en la que, naturalmente, no se decía ni una palabra acerca de que ellos *no especificasen* las proporciones de los cambios, ¡que ellos mismos señalaban!) tampoco puede extrañar a nadie que conozca la naturaleza del partido demócrata-constitucionalista. Pero lo increíble es que los socialdemócratas hubiesen podido participar en una *unanimidad* de ese género, por lo que preferimos suponer que *Stolichnaia Pochta* no ha dicho la verdad y que los socialdemócratas no votaron por la resolución de los octubristas.

Por lo demás, este caso nos ofrece un problema más importante que el de saber si los socialdemócratas votaron o no a favor de los octubristas. Se trata del *error* cometido sin ningún género de dudas por el diputado socialdemócrata Pokrovski II. Nuestro propósito es fijar la atención del lector en este error y en la verdadera significación política de los debates del 12, 15 y 17 de enero.

La Duma rusa del Estado carece de derechos presupuestarios, pues, "según la ley", la no aprobación del presupuesto no paraliza su puesta en práctica. Esta ley, promulgada por un gobierno contrarrevolucionario después de la derrota de la insurrección de diciembre (las célebres "leyes fundamentales" del 20 de febrero de 1906), es un *escarnio* de la representación popular por parte de los ultrarreaccionarios, el zar y los terratenientes. Y el "reglamento" del 8 de marzo de 1906 *subraya* aún más este escarnio al crear un montón de mezquinas trabas al *examen* del presupuesto en la Duma y al establecer incluso (en el art. 9) que "durante la discusión del proyecto de presupuesto del Estado no se podrán suprimir o *modificar* los gastos e ingresos que figuren en el proyecto en virtud de leyes, plantillas o presupuestos parciales en vigor, así como de augustas órdenes, dictadas en ejercicio del gobierno supremo". ¿No es esto un escarnio? No se puede *modificar* nada que corresponda a las leyes, y a las plantillas, y a los presupuestos parciales, y ¡¡simplemente a las augustas órdenes!! ¿No resulta ridículo, después de esto, hablar de los derechos presupuestarios de la Duma?

Cabe preguntar ahora: ante tal situación, ¿cuáles eran las tareas de la democracia burguesa que lucha efectivamente por la libertad? ¿Cuáles las del partido obrero? En el *presente* artículo nos referimos exclusivamente a las tareas de la lucha parlamentaria y a las de los representantes parlamentarios del respectivo partido.

Es evidente que *había* que plantear en la Duma el problema de sus derechos presupuestarios, *para dejar bien claro* ante el pue-

blo ruso y ante Europa el escarnio ultrarreaccionario del zarismo, para mostrar *toda la falta de derechos* de la Duma. El objetivo práctico directo de tal esclarecimiento (sin hablar ya de la tarea esencial de *todo* demócrata, que es mostrar la verdad al pueblo y aclarar su conciencia) quedaba fijado también por el problema del empréstito.

El gobierno ultrarreaccionario del zar no habría podido mantenerse después de diciembre de 1905 ni podría mantenerse ahora sin la *ayuda* que en forma de empréstitos le presta el *capital universal de la burguesía internacional*.

Y si la burguesía del mundo entero concede empréstitos de miles de millones al zar, que se encuentra en evidente bancarrota, no es sólo porque se sienta atraída, como cualquier usurero, por los cuantiosos beneficios, sino también porque se da cuenta de que corresponde a sus intereses el triunfo en Rusia del viejo régimen sobre la revolución, pues al frente de esta revolución se encuentra el proletariado.

Vemos, pues, que el objetivo del planteamiento del problema y de los debates en la Duma sólo podía ser el de esclarecer toda la verdad. En los momentos actuales y en la situación presente, el objetivo de los *demócratas* no podía ser un reformismo práctico, pues, en primer lugar, salta a la vista la imposibilidad de realizar reformas sobre la base de las vigentes leyes fundamentales relativas a los derechos presupuestarios de la Duma; y en segundo lugar, sería absurdo proponer para la Duma de los ultrarreaccionarios y de los mercaderes moscovitas una ampliación de *sus* derechos, de los derechos de una Duma semejante. Los demócratas-constitucionalistas rusos (a los que sólo unos ignorantes o unos incautos podían considerar demócratas) no comprendieron, como es natural, esta tarea. Al suscitar la cuestión, *la plantearon inmediatamente* sobre la base falsa de una reforma *parcial*. No negamos, naturalmente, que los demócratas y los socialdemócratas puedan y deban a veces plantear la cuestión de una reforma parcial. Pero en una Duma como la Tercera, en un momento como el actual y en un problema como el de los derechos presupuestarios, cercenados hasta más no poder por las *intangibles* leyes fundamentales, tal cosa sería un absurdo. Los demócratas-constitucionalistas podían haber planteado la cuestión como una reforma parcial —estamos dispuestos incluso a hacer esta concesión—, pero unos demócratas no podían haber enfocado la cuestión *como* la enfocaron los demócratas-constitucionalistas.

Los demócratas-constitucionalistas hicieron hincapié en el Ha

mado aspecto *práctico* de la cuestión, en que el reglamento del 8 de marzo era *incómodo* y desventajoso, incluso para el gobierno, en la historia de cómo se confeccionaban distintas leyes estúpidas contra la Duma en las estúpidas oficinas de Bulyguin, Witte y pandilla. Las siguientes palabras del señor Shingariov son las que expresan del modo más gráfico el *espíritu* del planteamiento de la cuestión por los demócratas-constitucionalistas: "El proyecto que hemos presentado no atenta para nada [a las prerrogativas del monarca], en él no hay segunda intención [!]. Sólo se guía por el afán de *facilitar las labores de la Duma*, sólo se inspira en la dignidad de la Duma, en la necesidad de llevar a cabo el trabajo *que estamos llamados a realizar*." (Subrayado por nosotros; pág. 1263 de las actas taquigráficas oficiales, sesión del 15 de enero de 1908.)

En lugar de aclarar la conciencia del pueblo, lo único que hace este sujeto es *enturbiarla*, pues lo que dice es un absurdo y una mentira evidentes. Y en modo alguno podemos cambiar esta inevitable conclusión, ni siquiera en el caso de que ese señor Shingariov y toda la pandilla de politicastros demócratas-constitucionalistas crean sinceramente en la "utilidad" de su "diplomacia". Los demócratas deben hacer ver al pueblo el *abismo* existente entre los derechos del Parlamento y las prerrogativas del monarca, en lugar de enturbiar dicha conciencia y desnaturalizar la *lucha política*, reduciéndola a una *corrección burocrática* de las leyes. Al plantear *de este modo* la cuestión, los demócratas-constitucionalistas muestran *en la práctica* que son émulos de los octubristas y de los funcionarios del zar y no luchadores por la libertad, aunque sea por la sola libertad de la gran burguesía. Así pueden hablar funcionarios liberalizantes de baja estofa, pero no representantes de la *oposición parlamentaria*.

El discurso de Pokrovski II, representante de la socialdemocracia —debemos reconocerlo con alegría—, trasluce evidentemente otro espíritu, hace otro planteamiento *de principio* de la cuestión. El diputado socialdemócrata dijo abiertamente y con toda claridad que, para él, la representación popular en la III Duma estaba *falseada*. (Citamos según *Stolichnaia Pochta* del 18 de enero pues aún no tenemos las actas taquigráficas de esa sesión.) Pokrovski no se dedicó a destacar menudencias, como la historia burocrática de la ley, sino el estado de ruina y opresión en que se encuentran las masas populares, o sea, decenas y decenas de millones de personas. Con toda razón dijo que "sólo en forma irónica se puede hablar de los derechos presupuestarios de la Duma del Estado", que nosotros no sólo exigimos el derecho

a rehacer todo el presupuesto (el problema de si era admisible "rehacer" el presupuesto, y *hasta qué punto* podía hacerse, fue el más debatido en la Duma por el funcionario con puesto lucrativo Kokovtsov, que combatió a los funcionarios sin puesto lucrativo Shingariov y Adzhémov), sino también a "reorganizar todo el sistema financiero" y a "rechazar el presupuesto presentado por el gobierno". Terminó exigiendo el "poder soberano del pueblo", reivindicación igualmente acertada y obligatoria para un miembro del partido obrero. En todos estos aspectos, Pokrovski defendió con acierto y a conciencia el punto de vista de la socialdemocracia.

Pero, al hacerlo, cometió un lamentable error, en el que, si juzgamos por las referencias de la prensa, incurrió *toda* la minoría socialdemócrata, que dio a su orador la siguiente directiva: "Nosotros —dijo Pokrovski— apoyamos la propuesta de los 40. por cuanto tiende a ampliar los derechos presupuestarios de la representación popular."

¿Qué necesidad había de hacer esta declaración de apoyo a una propuesta manifiestamente impropia desde el punto de vista de los principios, manifiestamente incompleta y firmada por personas que manifiestamente carecen de principios y son manifiestamente incapaces de mostrar siquiera sea un ápice de firmeza, una proposición privada manifiestamente de todo valor práctico? No se trataba de un apoyo a la burguesía combatiente (fórmula gustosamente utilizada por muchos para justificar su endeblez política), sino un apoyo a la *inestabilidad* de la burguesía octubrista liberal. Y los hechos no tardaron en probar que era así. Los propios demócratas-constitucionalistas lo demostraron, al *retirar* su propuesta y *adherirse* a la de los octubristas: "pasar el proyecto a la comisión, *sin especificar las proporciones de los cambios a introducir en la ley*" (!). Por centésima y milésima vez, el "apoyo" a los demócratas-constitucionalistas ha resultado ser un engaño para quienes lo prestaban. Por centésima y milésima vez, los hechos han puesto de manifiesto hasta qué punto es infecunda e inadmisibles la táctica de prestar apoyo a las propuestas liberales, demócrata-constitucionalistas, que siguen *la línea*, etc. *

* El periódico "acéfalo" *Stolichnaia Pochta* declara por boca de cierto señor Saturin: "la oposición votó muy razonablemente [!] a favor de ella" (de la resolución octubrista). "Gracias a esto, la enmienda [es decir, la resolución que no especificaba las proporciones de los cambios] fue aprobada

Si en lugar de adherirse a los octubristas, los demócratas-constitucionalistas hubieran puesto a votación una declaración que hablase en términos claros y precisos de la impotencia de la Duma en materia financiera, del falseamiento de la representación popular, del arruinamiento del país por la autoeracia y de la inevitable bancarrota financiera, de la renuncia de los representantes de la democracia a garantizar en tales condiciones los empréstitos, ello habría sido un paso honesto de los demócratas burgueses, un acto de lucha y no un acto de cerril servilismo. Nosotros habríamos tenido la obligación de apoyar ese acto, sin olvidarnos de plantear aparte y por cuenta propia nuestros objetivos socialdemócratas. Y semejante acto habría servido para ilustrar al pueblo y para desenmascarar a la autoeracia.

El rechazo de tal declaración por la Duma y el furioso escándalo de los ultrarreaccionarios contra semejante propuesta constituirían un mérito histórico de la democracia y la etapa probable de una nueva lucha por la libertad. Pero, ahora, los demócratas-constitucionalistas han vuelto a *hundirse* ellos mismos. ¡Camaradas socialdemócratas de la Duma! ¡Velad por el honor del partido obrero socialista, no os dejéis hundir apoyando semejante liberalismo!

* * *

Un derechista rabioso se apartó en la Duma de la táctica octubrista de disimular las divergencias, de engatusar a los demócratas-constitucionalistas para pactar con ellos. Kovalenko, un ultrarreaccionario, propuso abiertamente en la Duma, el 12 de enero, que el proyecto de los demócratas-constitucionalistas no fuera llevado siquiera a la comisión. (Pág. 1192 de las actas taquigráficas.) Pero, según parece, este héroe votó con los octubristas, pues su valentía era sólo de labios afuera. En su discurso hizo una exposición *primorosa* de la situación *real* y para demostrar la necesidad de los poderes especiales se remitió al siguiente ejemplo: "Pongamos por caso la insurrección de Moscú, el envío de expediciones de castigo. ¡Aca-

por unanimidad." (18 de enero, pág. 4, *Del salón de sesiones.*) ¡Viva la unanimidad de los acéfalos liberales rusos con los octubristas y los ministros del zar ultrarreaccionario!

so tenía entonces el gobierno tiempo de observar los trámites de rigor! . . ." (Pág. 1193.) Lástima que los socialdemócratas no *cacén* estos detalles de verdad de los ultrarreaccionarios. Habría que haberle dicho: tiene usted razón, colega diputado. La situación no estaba para trámites de rigor. Fuera las hipocresías y reconozcamos que éstos no son tiempos de "trámites de rigor", sino de *guerra civil*; que el gobierno no gobierna, sino que mantiene una guerra contra el pueblo; que la situación de Rusia es una situación de insurrección a duras penas contenida. ¡Esa es la verdad, y la verdad conviene recordársela al pueblo más a menudo!

Sotsial-Demokrat, núm. 1.
febrero de 1908.

Se publica según el texto de
Sotsial-Demokrat.

POSTSCRIPTUM AL ARTICULO

A PROPOSITO DE LOS DEBATES EN TORNO A LA AMPLIACION DE LOS DERECHOS PRESUPUESTARIOS DE LA DUMA

Actualmente, la Duma ha empezado a discutir el presupuesto. El bloque de los reaccionarios y los traidores a la libertad del pueblo, que constituyen la seudo oposición, ya han mostrado su verdadera faz en el primer día de los debates. La prensa legal ofrece el mismo panorama: los de *Nóvoie Vremia* aplauden la unificación de todos, excepción hecha de los "fanáticos de izquierda", léase socialdemócratas y trudoviques... *Nasha Gazeta*¹⁰³, la de la campaña acéfala, rebosa de entusiasmo. Una jornada "fecunda" que "reconcilia" con "el insuficiente examen de los distintos capítulos del presupuesto"...

La "oposición" va a remolque de la reacción descarada. A los diputados de la clase obrera y de la democracia les cabe ahora el responsable y honroso papel de genuinos representantes del pueblo expoliado. Por desgracia, las primeras intervenciones de nuestros camaradas de la Duma en los debates presupuestarios han sido extremadamente desacertadas y profundamente erróneas. En el próximo número de *Proletari* examinaremos en detalle estos errores y trazaremos la línea de conducta que, a nuestro entender, deben seguir los socialdemócratas en los debates y en las votaciones en torno al presupuesto¹⁰⁴.

Proletari, núm. 27, 26 de marzo
(8 de abril) de 1908.

Se publica según el texto de
Proletari.

NOTAS POLITICAS

Los chovinistas trabajan. Se difunden con insistencia rumores de que los japoneses se están armando y de que han concentrado 600 batallones en Manchuria para atacar a Rusia. Turquía, según se dice, se está armando activamente para declarar la guerra a Rusia esta misma primavera. Afírmase que en el Cáucaso se prepara una insurrección con el fin de separarse de Rusia (¡no falta sino que empiecen a vociferar sobre los planes de los polacos!). La propaganda contra Finlandia es atizada con cuentos de que se está armando. Se lleva a cabo una campaña encarnizada contra Austria con motivo de la construcción del ferrocarril de Bosnia. Redoblan los ataques de la prensa rusa contra Alemania, acusándola de azuzar a Turquía contra Rusia. La campaña se lleva a cabo no sólo en la prensa rusa, sino también en la francesa, cuyo soborno por el gobierno ruso fue recordado no hace mucho tan a propósito, por un socialdemócrata en la Duma.

La prensa burguesa sería de Occidente se niega a reconocer que toda esta campaña es un engendro de la fantasía de los periodistas o un turbio negocio de gente aficionada al sensacionalismo. Sí, es evidente que "los círculos gobernantes" —léase: el ultrarreaccionario gobierno zarista o la camarilla palaciega secreta del género de la famosa "Cámara de la Estrella"— han lanzado una consigna perfectamente determinada, siguen cierta "línea" sistemática, han emprendido un "nuevo rumbo". El cierre de las puertas de la Comisión de defensa del Estado de la Duma para todos los diputados que no formen parte de dicha Comisión, es decir, no sólo para los partidos revolucionarios, sino también para los demócratas-constitucionalistas, la prensa extranjera lo relaciona directamente con esta campaña chovinista; incluso se dice que el gobierno ruso, para coronar definitivamente su mofa del "constitucionalismo", tiene la intención de solicitar los créditos para reforzar las fronteras, no a la totalidad de la Duma, sino solamente a la Comisión ultrarreaccionaria y octubrista.

He aquí algunos pasajes de periódicos europeos que no tienen nada de socialistas y que no pueden ser sospechosos de optimismo respecto a la revolución rusa:

Las victorias alemanas en Francia (en 1870) avivaron, como observó una vez Bismarck, la ambición de los militares rusos, y éstos alargaron también la mano en busca de laureles guerreros. Por causas políticas, religiosas e históricas, Turquía parecía ser un objetivo muy apropiado a este fin (guerra con Turquía de 1877-1878). Al parecer, ciertos círculos de Rusia se atienen en la actualidad al mismo punto de vista, olvidándose de las enseñanzas de la guerra japonesa y no comprendiendo las verdaderas necesidades del país. Puesto que en los Balcanes no hay ya necesidad de liberar a ninguna clase de "hermanos eslavos", hay que recurrir a la invención de otros medios para influenciar a la opinión pública rusa. Y estos medios son, por cierto, aún más burdos que los de entonces. Se trata de presentar a Rusia rodeada de enemigos interiores y exteriores.

Los círculos gobernantes de Rusia intentan fortalecer su situación con los viejos métodos, o sea, aplastando por la violencia al movimiento de liberación en el interior y distrayendo la atención del pueblo de la lamentable situación interna, para lo cual se reavivan los sentimientos nacionalistas y se crean conflictos diplomáticos que no se sabe qué desenlace podrán tener.

¿Cuál es la significación de esta nueva línea chovinista en la política de la autoocracia contrarrevolucionaria? Sólo gentes que sienten cómo se hunde definitivamente el suelo que las sostiene, pueden lanzarse a una tal política después de Tsushima y Mukden. La experiencia de dos años de reacción *no ha dado* a la autoocracia ultrarreaccionaria, a pesar de todos los esfuerzos, ningún apoyo interior algo seguro, no ha creado ningún nuevo elemento de clase, capaz de renovar *económicamente* a la autoocracia. Y, *sin esto*, todas las ferocidades y toda la furia de la contrarrevolución no bastan para mantener el actual régimen político de Rusia.

* * *

Tanto Stolypin como los terratenientes ultrarreaccionarios y los octubristas comprenden que sin la creación de nuevos apoyos de clase no les será posible mantenerse en el poder. De aquí su política de ruina completa de los campesinos, de destrucción violenta de la comunidad campesina para desbrozar el camino al capitalismo en la agricultura, *a toda costa*. Los liberales rusos, los más sabios, los más cultos, los más "humanos" —como por ejemplo, los profesores de *Russkic Viédomosti*—, resultan, por lo que a esto respecta,

incomparablemente más necios que los Stolypins. "No tendrá nada de extraño —se dice en el artículo de fondo del citado periódico del 1º de febrero— que al decidir, por ejemplo, la suerte del reglamento provisional de noviembre, los comunistas-eslavófilos de ayer apoyen el intento del gobierno de destruir la comunidad mediante la entrega de la tierra en propiedad personal a los respectivos cabezas de familia... Se puede incluso pensar que los fines defensivos, comunes a la mayoría conservadora de la Duma y al gobierno, aconsejen a ambos medidas más agresivas que los famosos ukases de 1906... Resulta un cuadro sorprendente: un gobierno conservador, con la colaboración de los representantes de los partidos conservadores, prepara una reforma radical en el terreno de las relaciones agrarias, las menos susceptibles de cambios bruscos, decidiéndose a medida tan radical por consideraciones abstractas sobre la preferencia de una forma de propiedad a la otra."

Despierte, señor profesor, sacúdase el polvo del archivo del populismo ancestral, mire lo que han hecho dos años de revolución. Stolypin lo ha vencido no sólo por la fuerza física, sino también por haber comprendido justamente la necesidad más práctica del desarrollo económico, la destrucción violenta de las viejas formas de propiedad de la tierra. El gran "cambio", realizado ya irrevocablemente por la revolución, consiste en que, antes, la autoocracia ultrarreaccionaria *podía* apoyarse en las formas medievales de propiedad agraria, pero ahora *se ve obligada*, enteramente y sin remedio, a trabajar con febril rapidez en su destrucción, porque ha comprendido que, *sin destruir* el viejo régimen agrario, *no puede haber salida* para esa contradicción que explica con la mayor profundidad la revolución rusa: la propiedad territorial más atrasada, la aldea más salvaje, ¡junto al capitalismo industrial y financiero más adelantado!

¡Luego vosotros estáis por la legislación agraria stolypiniana! nos preguntarán horrorizados los populistas. ¡Oh, no! ¡Tranquilizaos! Estamos sin duda alguna contra *todas* las formas del viejo régimen de propiedad territorial en Rusia, tanto la forma terrateniente como la forma campesina parcelaria. Estamos sin duda alguna por la destrucción violenta de este régimen arcaico podrido, en descomposición, que emponzoña todo lo nuevo, estamos por la *nacionalización* burguesa de la tierra, como única consigna consecuente de la revolución burguesa, como única medida práctica que dirige contra los terratenientes todo el filo de una destrucción históricamente necesaria, ayudando a que del seno de la masa campesina salgan agricultores libres.

La particularidad de la revolución burguesa rusa consiste en que, en la cuestión fundamental de la revolución, en la cuestión agraria, la política revolucionaria la aplican los elementos ultrarreaccionarios y los campesinos con los obreros. En cambio, los abogados y profesores liberales preconizan la cosa más inerte, absurda y utópica: la conciliación de dos métodos antagónicos, que se excluyen mutuamente, de *destruir* lo caduco, y, además una conciliación tal, que haga que esa destrucción no se lleve a efecto. O bien la victoria de la insurrección campesina y la destrucción total de la vieja propiedad territorial en beneficio de un campesinado renovado por la revolución, es decir, la confiscación de las tierras de los terratenientes y la república, o bien la destrucción stolypiniana que también renueva, que de hecho renueva y adapta la vieja propiedad territorial a las relaciones capitalistas, pero que lo hace en interés exclusivo de los terratenientes y a costa del arruinamiento ilimitado de las masas campesinas, de su expulsión violenta del campo, del desalojamiento, de la muerte por hambre, del exterminio en la cárcel, de la deportación, de los fusilamientos y del martirio de la flor de la juventud campesina. A la minoría no le es fácil aplicar esta política a la mayoría, pero desde el punto de vista económico, tal política no es imposible. Nosotros debemos ayudar al pueblo a comprender claramente esto. Y es el sueño más imbécil de empedernidos "hombres enfundados" intentar, mediante una reforma mesurada, pacíficamente y sin violencias, desenredar este infinito enmarañamiento de contradicciones medievales, creado durante siglos de la historia de Rusia. La necesidad económica requiere indudablemente, e impondrá sin duda alguna, el más "brusco cambio" en el régimen agrario de Rusia. La cuestión histórica consiste únicamente en saber si lo llevarán a cabo los terratenientes, dirigidos por el zar y Stolypin, o las masas campesinas, dirigidas por el proletariado.

*
*

"Unificación de la oposición": ésta es la comidilla del día en la prensa política rusa. El periódico policíaco-stolypiniano *Rossia* está lleno de júbilo: "¡Unificación! Esto significa que los demócratas-constitucionalistas también son revolucionarios: ¡vamos!" El periódico demócrata-constitucionalista *Riech*, profundamente penetrado del deseo burocrático de demostrar que los demócratas-

constitucionalistas pueden ser tan moderados como los octubristas, hace mohines de enfado, lanza torrentes de indignación "moral" con motivo de los intentos poco escrupulosos de acusarlo de revolucionario, y declara: Nosotros, naturalmente, celebramos la unificación de la oposición, pero esta unificación debe ser un movimiento "de izquierda a derecha". (Artículo de fondo del 2 de febrero.) "Tenemos experiencia de errores y desilusiones políticas. Cuando la oposición se unifica, lo hace, naturalmente, sobre la base del programa mínimo del partido más moderado de todos los que la componen."

Se trata de un programa bien claro: hegemonía del liberalismo burgués, ésas son mis condiciones, dicen los demócratas-constitucionalistas de la misma manera que Falloux decía en 1871 a Thiers, cuando éste le pedía ayuda: la monarquía, ésas son mis condiciones. *Stolichnaia Pochta* se ha dado cuenta de que es indigno y vergonzoso decir esas cosas abiertamente, por cuya razón "no está de acuerdo" con *Riech*, saliendo del paso con vagas alusiones al "estado de ánimo de antes de octubre" (¡la maldita censura no permite un programa político claro!) e invitando, en el fondo, a regatear. *Riech* quiere dirigir, los revolucionarios quieren dirigir (la nueva unificación), ¿no me pueden dar una comisión por mi honrado corretaje?

"Unificación", nosotros simpatizamos ardientemente con esta consigna, sobre todo cuando se alude —¡aunque no se haga más que aludir!— al "estado de ánimo de antes de octubre". Pero la historia no se repite, ilustres señores politicastro. Y no hay fuerza capaz de extirpar de la conciencia de las distintas clases las enseñanzas que nos ha proporcionado "la historia de tres años". Estas enseñanzas son extraordinariamente ricas tanto por su contenido positivo (formas, carácter, condiciones de la victoria de la lucha de masas de los obreros y de los campesinos en 1905), como por su contenido negativo (banarrota de las dos dumas, es decir, banarrota de las ilusiones constitucionales y de la hegemonía demócrata-constitucionalista).

El que quiera estudiar de un modo sistemático, meditar, asimilar, y llevar a las masas *estas* enseñanzas, bienvenido sea, nosotros estamos totalmente por la "unificación", por la unificación para luchar implacablemente contra los renegados de la revolución. ¿No les place? Entónces, cada uno por su camino.

La vieja consigna de "antes de octubre" es buena y nosotros (¡dicho sea sin que M-d-m, el de la recopilación *Nuestro pensa-*

miento *, lo tome a mal!) no la echaremos por la borda ("Asamblea Constituyente"). Pero es insuficiente. Es demasiado formal. No toma conciencia del planteamiento práctico de las cuestiones agudamente presentadas por la vida. Nosotros la complementaremos con la magna enseñanza de los tres grandes años. Nuestro "programa mínimo", el "programa de nuestra unificación", es simple y claro: 1) confiscación de toda la tierra de los terratenientes, 2) república; para ello necesitamos una Asamblea Constituyente que sea capaz de conseguirlo.

La historia de las dos dumas, de las dumas democonstitucionalistas, ha demostrado con una evidencia sorprendente que la verdadera lucha de las fuerzas sociales, esa lucha de la que no siempre se ha tenido conciencia, que no siempre apareció a la luz pública, pero que siempre ejerció su acción decisiva sobre todos los grandes desenlaces políticos, siempre pulverizó los trucos de los profanos, ingenuos o maliciosos, del "constitucionalismo"; esta lucha giró exclusiva y enteramente en torno a los dos "objetivos" indicados por nosotros. No fueron teorías abstractas, sino la experiencia real de la lucha de nuestras masas populares en las condiciones reales de la autocracia terrateniente rusa lo que nos demostró de hecho la inevitabilidad de estas consignas precisamente. Al que sea capaz de comprenderlas, le proponemos "ir separados" y "golpear juntos", golpear al enemigo que está devastando al país, que está asesinando por millares a los mejores hombres de Rusia.

"Os quedaréis solos con semejante programa de unificación." Eso no es verdad.

Leed los discursos de los campesinos sin partido en las dos primeras dumas y comprenderéis que nuestro programa de unificación no hace más que formular sus deseos, sus necesidades y las imprescindibles conclusiones elementales que se desprenden de tales necesidades. Lucharemos en nombre de la "unificación". Contra los que no comprenden estas necesidades, empezando por los demócratas-constitucionalistas y terminando por los Peshejonovs (él también predicó la "unificación" en Moscú, según nos escriben desde allí).

Será una lucha porfiada. Hemos sabido trabajar durante largos años antes de la revolución. No en vano dicen de nosotros

que somos firmes como la roca. Los socialdemócratas han creado un partido proletario que no se desanima ante el fracaso de la primera acometida armada, que no perderá la cabeza ni se dejará llevar de aventuras. Este partido va hacia el socialismo, sin ligarse ni ligar su suerte al desenlace de tal o cual período de las revoluciones burguesas. Precisamente por eso está libre también de los lados débiles de las revoluciones burguesas. Y este partido proletario va hacia la victoria.

Proletari, núm. 21, 26 (13)
1e febrero de 1908.

Se publica según el texto de
Proletari.

* Lenin se refiere al artículo *Esbozos Políticos*, firmado por V. M.-d-m (Medem), que apareció en la recopilación de *Nasha Tribuna* ("Nuestra Tribuna"), Vilna, 1907. (Ed.)

DECLARACION DE LA REDACCION DE PROLETARI

En el número 20 de *Neue Zeit*, un traductor, desconocido para nosotros, de un artículo de A. Bogdánov sobre Ernst Mach, escribe lo siguiente en el prefacio: "En la socialdemocracia rusa se manifiesta, por desgracia, una fuerte tendencia a convertir tal o cual actitud ante Mach en problema de división fraccional dentro del partido. Las muy serias discrepancias entre bolcheviques y mencheviques sobre cuestiones de táctica se exacerban por la discusión en torno a un problema que, a nuestro entender, no tiene ninguna relación con tales discrepancias. Este problema es el de saber si el marxismo está de acuerdo, desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, con la doctrina de Spinoza y Holbach o con la de Mach y Avenarius."

Con este motivo, la Redacción de *Proletari*, en su calidad de representante ideológico de la tendencia bolchevique, se considera en el deber de declarar lo siguiente. En realidad, dicha discusión filosófica no tiene un carácter fraccional ni, a juicio de la Redacción, debe tenerlo. Cualquier intento de atribuir a estas discrepancias un carácter fraccional, es erróneo de raíz. Dentro de una y otra fracción hay partidarios de ambas tendencias filosóficas.

Proletari, núm. 21, 26 (13) de febrero de 1908.

Se publica según el texto de *Proletari*.

CARTA A A. M. GORKI

25-II-1908

Querido A.M.: No he contestado inmediatamente a su carta pues, con motivo de su artículo, o en cierta relación con él, hemos tenido, por muy extraño que parezca a primera vista, una pelea bastante seria con A.A.* en la Redacción... El ¡ejem, ejem!... no lo dije ni en el lugar ni por el motivo que usted ha pensado.

Las cosas ocurrieron del siguiente modo:

El libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*¹⁰⁶ ha venido a agudizar extraordinariamente viejas discrepancias existentes entre los bolcheviques sobre cuestiones filosóficas. No me considero lo bastante competente en estas cuestiones como para apresurarme a intervenir en la prensa. Pero siempre he seguido con atención nuestras discusiones filosóficas de partido, empezando por la lucha de Plejánov contra Mijailovski y compañía desde fines de la década del 80 hasta 1895, luego la lucha del mismo Plejánov contra los kantianos en el año 1898 y siguientes (en este caso no sólo seguí la discusión, sino que, en parte, intervine en ella, como miembro de la Redacción de *Zariá* desde 1900) y, finalmente, su lucha contra los empiriocriticos y compañía.

He seguido los trabajos de Bogdánov sobre filosofía a partir de su libro energético *Enfoque histórico de la naturaleza*, que estudié a fondo durante mi permanencia en Siberia. Para Bogdánov, esa posición no fue más que el tránsito a otras concepciones filosóficas. Le conocí personalmente en 1904, con la particularidad de que acto seguido hicimos nuestra mutua presentación, ofreciéndole yo los *Pasos*** y ofreciéndome él uno de sus trabajos

* A. A.: A. Bogdánov. (Ed.)

** Se trata del libro de V. I. Lenin *Un paso adelante, dos pasos atrás*, publicado en Ginebra en mayo de 1904. (Ed.)

filosóficos de entonces*. Inmediatamente (en la primavera o a comienzos del verano de 1904) le escribí desde Ginebra a París diciéndole que sus escritos me habían convencido profundamente de lo equivocado de sus concepciones y del acierto de las de Plejánov.

En la época en que trabajamos juntos, Plejánov y yo hablamos varias veces acerca de Bogdánov. Plejánov me explicó el error de las concepciones de éste, pero creía que sus desviaciones no eran muy graves ni mucho menos. Recuerdo muy bien que en el verano de 1903, en Ginebra, Plejánov y yo hablamos en nombre de la Redacción de *Zariá* con un delegado de la Redacción de *Ensayos de una concepción realista del mundo*¹⁰⁰ y aceptamos prestarles nuestra colaboración, yo para la cuestión agraria y Plejánov para la filosofía contra Mach. La publicación de sus artículos contra Mach fue la condición que puso Plejánov para prestar su colaboración, cosa que el delegado de la Redacción de los *Ensayos* aceptó. Plejánov consideraba entonces a Bogdánov como a un aliado en la lucha contra el revisionismo, pero a un aliado que estaba equivocado por cuanto había seguido a Ostwald y posteriormente a Mach.

En el verano y el otoño de 1904 coincidimos definitivamente con Bogdánov como bolcheviques y concertamos un bloque tácito, en el que la filosofía, como esfera neutral, quedaba tácitamente excluida. El bloque subsistió durante todo el período de la revolución y nos permitió aplicar juntos en ésta la táctica de la socialdemocracia revolucionaria (= del bolchevismo) que, según mi profundo convencimiento, era la única acertada.

En el ardor de la revolución hubo pocas ocasiones de dedicarse a la filosofía. A comienzos de 1906, hallándose en la cárcel, Bogdánov escribió otro trabajo, creo que el tercer fascículo del *Empirio-monismo*, me lo ofreció en el verano del mismo año, y con toda atención me puse a estudiarlo. Después de leerlo me enfurecí terriblemente: para mí resultaba aún más evidente que Bogdánov seguía un camino archiequivocado, un camino no marxista. Le escribí entonces una "declaración de amor", expresada en una cartita filosófica de tres cuadernos. En ella le explicaba que yo era, naturalmente, un marxista de filas en materia de filosofía, pero que sus trabajos, admirablemente escritos, en forma clara

(1)

В. И. Л.
 Уважаемый Д. М.! К сожалению мне не удалось написать Вам письмо раньше, это не только потому что я был занят работой, но и тем, что я не успел вычитать Ваши работы. Я очень благодарен Вам за то, что Вы написали мне эти письма, и особенно за то, что Вы так ясно и подробно рассказали мне о Вашей философии. Я очень рад, что Вы так высоко цените философию и что Вы так глубоко понимаете её значение. Я очень рад, что Вы так ясно и подробно рассказали мне о Вашей философии. Я очень рад, что Вы так высоко цените философию и что Вы так глубоко понимаете её значение. Я очень рад, что Вы так ясно и подробно рассказали мне о Вашей философии. Я очень рад, что Вы так высоко цените философию и что Вы так глубоко понимаете её значение.

Primera página de la carta de V. I. Lenin a A. M. Gorki, del 25 de febrero de 1908. Reducido.

* Se alude al libro de A. Bogdánov *Empirio-monismo*, Moscú, 1904. (Ed.)

y popular, me habían convencido definitivamente de que en el fondo no tenía razón y que quien la tenía era Plejánov. Mostré los cuadernos en cuestión a varios amigos (Lunacharski entre ellos) y tuve la intención de publicarlos con el título de *Observaciones de un marxista de filas en materia de filosofía*, pero no llegué a ponerlo en práctica. Ahora lamento no haberlos publicado en aquel entonces. Hace unos días escribí a Petersburgo, pidiendo que busquen y me envíen esos cuadernos¹⁰⁷.

Ahora han aparecido los *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*. He leído todos los artículos a excepción del de Suvórov (lo estoy leyendo ahora) y cada uno de ellos me ha hecho temblar de indignación. ¡No, eso no es marxismo! Nuestros empiriocríticos, empiriomonistas y empiriosimbolistas se están metiendo de cabeza en el pantano. Asegurar al lector que la "creencia" en la realidad del mundo exterior es "misticismo" (Basárov), confundir del modo más vergonzoso el materialismo con el kantismo (Basárov y Bogdánov), defender una variedad del agnosticismo (del empiriocriticismo) y del idealismo (el empiriomonismo), predicar a los obreros un "ateísmo religioso" y enseñarles a "adorar" las potencias supremas del hombre (Lunacharski), calificar de misticismo la teoría de Engels sobre la dialéctica (Berman), beber en la fuente pestilente de unos "positivistas" agnósticos o metafísicos franceses (¡al diablo con ellos!), con una "teoría simbolista del conocimiento" (Yushkévich). ¡eso es demasiado! Naturalmente, nosotros somos marxistas de filas y gente poco leída en materia filosófica, pero. ¿por qué se nos ofende de ese modo, presentándonos todo eso como la filosofía del marxismo? Antes dejaré que me descuarticen que colaborar en un órgano o en un consejo de Redacción que predica semejantes cosas.

De nuevo me siento atraído por las *Observaciones de un marxista de filas en materia de filosofía*, y ya he empezado a escribirlas*. Naturalmente, a medida que iba leyendo los *Ensayos* exponía mis impresiones a A.A. con toda franqueza y brusquedad.

"¿Y qué tiene que ver mi artículo?", preguntará usted seguramente. Pues sí tiene que ver, porque precisamente en una época en que amenazaban con agudizarse extraordinariamente estas discrepancias entre los bolcheviques, en su escrito para *Proletari* expone usted a exponer manifiestamente las concepciones de una de

* En aquella época, Lenin había empezado a escribir *Materialismo y empiriocriticismo*. (Ed.)

las tendencias. Naturalmente, no sé cómo le resultaría el trabajo una vez terminado. Además considero que un artista de la pluma puede hallar muchas cosas útiles en cualquier filosofía. Por último, admito sin ninguna reserva que en cuestiones de creación artística tiene usted todos los triunfos en la mano y que las concepciones de este género, extraídas tanto de su experiencia artística como de una filosofía aunque sea idealista, pueden permitirle llegar a conclusiones que habrán de reportar enormes beneficios al partido obrero. Todo esto es cierto. Y, sin embargo, *Proletari* debe mantener una actitud de absoluta neutralidad ante nuestras discrepancias en materia filosófica, no dando el *más mínimo motivo* para que el lector pueda relacionar a los bolcheviques, como tendencia y como línea táctica del ala revolucionaria de los socialdemócratas rusos, con el empiriocriticismo o el empiriomonismo.

Cuando, después de leer y releer su artículo, expuse a A.A. mi opinión de que no debía publicarse, éste se tornó más sombrío que una nube. Se produjo entre nosotros un verdadero ambiente de escisión. Ayer celebramos una reunión especial de los tres miembros de la Redacción para discutir este problema. Inopinadamente vino en nuestra ayuda una necia salida aparecida en la revista *Neue Zeit*. Un traductor desconocido publicó en el número 20 un artículo de Bogdánov sobre Mach, con un prefacio en el que dice la tontería de que las discrepancias entre Plejánov y Bogdánov tienen la tendencia a convertirse entre los socialdemócratas rusos (en discrepancias *fraccionales* entre los bolcheviques y los mencheviques! Estas palabras del tonto, o de la tonta, que las escribió, sirvieron para unirnos. Inmediatamente acordamos que en esos momentos era absolutamente necesario que, sin más tardar, en el siguiente número de *Proletari*, apareciese una declaración sobre nuestra neutralidad. Ello coincidía plenamente con mi estado de ánimo después de la aparición de los *Ensayos*. Redactamos la declaración, la aprobamos por unanimidad, y mañana sale en el número 21 de *Proletari*, que le será enviado*.

Respecto de su artículo, hemos decidido aplazar la cuestión y exponerle en sendas cartas de cada uno de los tres redactores de *Proletari*, cuál es la situación, apresurando al mismo tiempo mi viaje y el de Bogdánov para entrevistarnos con usted.

Por lo tanto, habrá de recibir usted una carta de A.A. y otra

* Véase el presente tomo, pág. 454. (Ed.)

del tercer redactor*, de quien ya le he hablado en una de mis anteriores.

Considero que debo exponerle mi opinión con toda franqueza. Creo que ahora es de todo punto inevitable una pelea entre los bolcheviques sobre cuestiones de filosofía. Pero, a mi entender, sería una necedad llegar con este motivo a la escisión. Hemos formado un bloque para aplicar dentro del partido obrero una táctica concreta. Hasta ahora hemos aplicado y seguimos aplicando esa táctica *sin divergencias*. (La única que ha habido fue la referente al boicot a la III Duma, pero, en primer lugar, nunca llegó a agudizarse hasta el extremo de provocar siquiera alusiones a la escisión; en segundo lugar, no coincidió con las discrepancias entre materialistas y machistas, pues, por ejemplo, el machista Basárov era, al igual que yo, un adversario del boicot y escribió sobre este particular un gran artículo en *Proletari*.)

Estimo que sería una estupidez imperdonable obstaculizar, por las discusiones en torno a si ha de triunfar el materialismo o el machismo, que en el Partido Obrero se aplique la táctica de la socialdemocracia revolucionaria. Nuestras disputas filosóficas deben realizarse de modo que *Proletari* y los bolcheviques, como fracción del partido, no se vean afectados por ellas. Y esto es muy factible.

Creo que usted debe ayudar a que sea así. Y su ayuda puede consistir en prestar su colaboración a *Proletari* en cuestiones neutrales (es decir, en cuestiones desligadas por completo de la filosofía) que traten de crítica literaria, publicitaria, creación artística, etc. En cuanto a su artículo —si quiere usted impedir la escisión y ayudar a localizar la nueva disputa—, debería rehacerlo, trasladando a otro lugar todo lo que, siquiera sea indirectamente, se halla relacionado con la filosofía bogdanovista. Gracias a Dios no le faltan a usted lugares donde puede escribir además de *Proletari*. Todo lo que no está relacionado con la filosofía de Bogdánov —que es la mayor parte del artículo— podría exponerlo en una serie de artículos para *Proletari*. Si no lo hace así, es decir, si se niega a rehacer el artículo o a colaborar en *Proletari*, ello tendría por consecuencia, a mi entender, una agudización inevitable del conflicto entre los bolcheviques, dificultaría la localización de la nueva disputa y debilitaría la obra urgente que los socialdemócratas revolucionarios deben realizar necesariamente en Rusia, tanto en el aspecto práctico como en el político.

* El tercer redactor: se trata de I. Dubróvinski. (Ed.)

Esa es mi opinión. Le he dicho todo lo que pensaba, y ahora espero su respuesta.

Nos proponíamos salir hoy para ir a verle, pero hemos tenido que aplazar el viaje por lo menos una semana, y tal vez dos o tres.

Con un fuerte apretón de manos, suyo

N. Lenin

Publicado por vez primera en 1924, en el t. I de *Léninski Sbórník*.

Se publica según el texto del manuscrito.

UNA NUEVA POLITICA AGRARIA

El miércoles, 13 de febrero, Nicolás II recibió a 307 diputados a la III Duma. El amable coloquio del zar con los ultrarreaccionarios Bobrinski y Chélyshev pertenece al aspecto cómico del nuevo besuqueo entre la autocracia y la pandilla de aliados. Mucho más seria es la declaración de Nicolás acerca de que la Duma habrá de aprobar muy pronto nuevas leyes agrarias y de que en ellas debe ser desechada cualquier idea de enajenación forzosa, ya que él, Nicolás II, jamás ratificará una ley semejante. "El discurso del zar —según informa el corresponsal de la *Gaceta de Francfort*— ha ejercido un efecto deprimente entre los campesinos."

No cabe duda de que la "declaración agraria" del propio zar tiene un gran valor de agitación, y nosotros no podemos por menos de aplaudir al talentoso agitador. Pero, además, esta amenazadora salida contra la enajenación forzosa tiene gran importancia, pues significa que la monarquía de los terratenientes ha emprendido definitivamente un *nuevo* camino en su política agraria.

Los famosos ukases extraparlamentarios dictados en virtud del artículo 87 —el del 9 de noviembre de 1906 y los que le siguieron después—, inauguraron la era de esta nueva política agraria del gobierno zarista. En la II Duma, Stolypin la reafirmó, los diputados de la derecha y los octubristas la aprobaron, los demócratas-constitucionalistas (asustados por los rumores de disolución de la Duma que habían escuchado en las antecámaras de la camarilla) se negaron a condenarla abiertamente. Ahora, en la III Duma, la comisión agraria ha aprobado días pasados el reglamento fundamental de la ley del 9 de noviembre de 1906 y fue más lejos al reconocer como propiedad privada de los campesinos las parcelas que éstos explotan en todas las comunidades que desde hace 24 años no han efectuado redistribuciones de lotes. En la recepción del 13 de febrero, el jefe de la Rusia terrateniente-feudal aprobó explícitamente esta política, declarando amenazador al propio

tiempo —evidentemente para que se enteraran los campesinos sin partido— que jamás aprobará ninguna ley acerca de la enajenación forzosa en favor de los campesinos.

Esta clara alineación del gobierno del zar, de los terratenientes y de la gran burguesía (los octubristas) al lado de la nueva política agraria, tiene enorme importancia histórica. Los destinos de la revolución burguesa en Rusia —tanto de la presente revolución como de las revoluciones democráticas posibles en el futuro— dependen *más que nada* del éxito o fracaso de esta política.

¿Cuál es la esencia del viraje? El que, hasta ahora, la intangibilidad del viejo régimen medieval de propiedad parcelaria de los campesinos y de su “ancestral” comunidad encontraba sus más ardientes partidarios entre las clases dominantes de la Rusia reaccionaria. Los terratenientes-feudales, como clase dominante en la Rusia anterior a la reforma y como clase que ejerció la dirección política durante todo el siglo XIX, aplicaban en su totalidad una política de *salvaguardia* del viejo régimen comunal de propiedad agraria campesina.

El desarrollo del capitalismo había socavado definitivamente este régimen al comenzar el siglo XX. La vieja comunidad estamental, la sujeción de los campesinos a la tierra y la rutina de la aldea semifeudal llegaron a estar en la más aguda contradicción con las nuevas condiciones económicas. La dialéctica de la historia hizo que los campesinos —que son un puntal del orden en otros países con un régimen agrario siquiera sea un poco ordenado (desde el punto de vista de las exigencias del capitalismo)— presentaran en Rusia durante la revolución las reivindicaciones más destructivas, llegando incluso a exigir la confiscación de las posesiones de los terratenientes y la nacionalización de la tierra (los trudoviques en la I y la II Duma).

Lo que motivó estas reivindicaciones radicales, coloreadas incluso con las ideas de un socialismo pequeñoburgués, no fue el “socialismo” del mujik, sino la necesidad económica de cortar el embrollado nudo del régimen feudal de posesión del suelo, de desbrozar el camino al granjero libre (al empresario en la agricultura) sobre una tierra libre de todas las trabas medievales*.

* Las ideas que aquí se exponen están estrechamente relacionadas con la crítica al programa de nuestro partido. En el núm. 21 de *Proletari* se ha esbozado esta crítica como una opinión particular. En los números siguientes se examinará la cuestión en detalle¹⁰⁸.

El capitalismo ya ha socavado irremisiblemente todas las bases del viejo régimen agrario de Rusia. Y no puede seguir desarrollándose sin romper ese régimen, al que forzosa e irremediablemente habrá de destruir. No hay en el mundo fuerza capaz de impedirlo. Pero este régimen puede ser destruido a lo terrateniente o a lo campesino, según se desbroce el camino al capitalismo terrateniente o al capitalismo campesino. La destrucción de lo viejo a lo terrateniente implica el aniquilamiento de la comunidad por la violencia y la ruina acelerada y el exterminio en masa de los pequeños agricultores depauperados, en beneficio de un puñado de kuláks. La destrucción a lo campesino significa la confiscación de las fincas de los terratenientes y la entrega de todas las tierras a disposición de los antiguos campesinos convertidos en granjeros libres. (El “derecho igual a la tierra” de los señores populistas significa en la práctica el derecho de los agricultores a la tierra con la destrucción de todas las barreras medievales.)

Pues bien, el gobierno de la contrarrevolución lo ha comprendido. Stolypin se ha dado perfecta cuenta de que sin destruir la vieja propiedad agraria no se puede asegurar el desarrollo económico de Rusia. Stolypin y los terratenientes han emprendido con audacia el camino revolucionario, destruyendo del modo más implacable el viejo orden de cosas y dejando a los terratenientes y a los kuláks en la más completa libertad para saquear a las masas campesinas.

Los señores liberales y demócratas pequeñoburgueses —empezando por los “emeoes”¹⁰⁹ semioctubristas, pasando por *Russkie Viédomosti* y terminando por el señor Peshejónov de *Rússkoie Bogatstvo*— han armado ahora un terrible alboroto a causa de la destrucción de la comunidad por el gobierno ¡al que acusan de revolucionario! Nunca ha aparecido con tanto relieve la ambigüedad de la posición que ocupa el liberalismo burgués en la revolución rusa. No, señores, aquí no sirven para nada las lamentaciones por la destrucción de los fundamentos tradicionales. Los tres años de revolución han barrido por completo las ilusiones conciliadoras y acomodaticias. La cuestión está planteada con toda claridad. O un llamamiento audaz a la revolución campesina —que ha de llegar incluso a la república— y la más completa preparación ideológica y organizativa de esa revolución en alianza con el proletariado, o un vacuo florilegio y la impotencia política e ideológica ante la arremetida stolypiniano-terrateniente-octubrista contra la comunidad.

¡Elijan los que aún conservan un ápice de valor cívico y de simpatía a las masas campesinas! El proletariado ya ha hecho su elección, y ahora, con más firmeza que nunca, el Partido Obrero Socialdemócrata explicará, difundirá y lanzará a las masas la consigna de la insurrección campesina en alianza con el proletariado, como *única* forma posible de impedir la aplicación del método stolypiniano de "renovar" a Rusia.

No diremos que la aplicación de este método es imposible —en proporciones menores ya ha sido probado más de una vez en Europa—, pero explicaremos al pueblo que sólo puede ser puesto en práctica mediante ilimitadas violencias de la minoría contra la mayoría durante decenas de años y mediante el exterminio en masa de los campesinos avanzados. No nos proponemos concentrar nuestros esfuerzos en la tarea de poner remiendos a los proyectos revolucionarios de Stolypin ni en la de enmendarlos, debilitar su efecto, etc. Nuestra respuesta consistirá en intensificar nuestra agitación entre las masas populares, sobre todo entre las capas del proletariado que están ligadas con los campesinos. Los diputados campesinos —incluso tras de haber pasado por varios tamices policíacos, haber sido elegidos por los terratenientes y haber sido intimidados por los ultrarreaccionarios en la Duma— han revelado hace muy poco sus verdaderas aspiraciones. El grupo sin partido y parte de los campesinos *de derecha* se pronunciaron, según informan los periódicos, en favor de la enajenación forzosa de la tierra y en pro de las instituciones agrarias locales elegidas por *toda la población*. No en vano, en la comisión agraria, un demócrata-constitucionalista dijo que el campesino derechista está a la izquierda de los demócratas-constitucionalistas. En efecto, en la cuestión agraria, los campesinos "derechistas" de las tres dumas estaban a la izquierda de los demócratas-constitucionalistas, con lo que demostraron que el monarquismo del mujik es una ingenuidad agonizante, a diferencia del monarquismo de los negociantes liberales, que son monárquicos por interés de clase.

El zar de los señores feudales ha dicho a los campesinos sin partido que no permitirá la enajenación forzosa. Responda a esto la clase obrera dirigiendo a los millones de campesinos "sin partido" un llamamiento a la lucha de masas por el derrocamiento del zarismo y por la confiscación de las tierras de los terratenientes.

Proletari núm. 22, 19 de febrero (3 de marzo) de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

LA NEUTRALIDAD DE LOS SINDICATOS

En el número anterior de *Proletari* publicamos la resolución del C. C. de nuestro partido sobre los sindicatos¹¹⁰. *Nash Viek*, al informar a los lectores acerca de esta resolución, añadía que había sido aprobada en el C. C. por unanimidad, pues los mencheviques votaron a favor en vista de las concesiones hechas en ella en comparación con el proyecto bolchevique inicial. Si esta información es exacta (*Nash Viek*¹¹¹, ya desaparecido, se distinguía de ordinario por estar enterado al dedillo de todo lo referente al menchevismo), sólo nos resta saludar de todo corazón el gran paso dado hacia la unificación de la labor socialdemócrata en una esfera tan importante como la de los sindicatos. Las concesiones a que se refería *Nash Viek*, son de todo punto insignificantes y no modifican para nada los principios fundamentales del proyecto bolchevique (publicado, por cierto, en el núm. 17 de *Proletari*, del 20 de octubre de 1907, a la vez que un extenso artículo con la explicación de motivos, titulado: *Los sindicatos y el Partido Socialdemócrata*).

Por consiguiente, todo nuestro partido ha reconocido ahora que se debe trabajar dentro de los sindicatos, no en el espíritu de la neutralidad de éstos, sino en el espíritu de un acercamiento lo más estrecho posible de los sindicatos al Partido Socialdemócrata. Se ha reconocido también que el partidismo de los sindicatos debe ser logrado exclusivamente por la labor de los socialdemócratas en el seno de los mismos, que los socialdemócratas deben formar células cohesionadas dentro de los sindicatos y que es preciso fundar sindicatos ilegales, ya que no son posibles los legales.

Es indudable que el Congreso de Stuttgart ha influido del modo más poderoso en este acercamiento de ambas fracciones de nuestro partido en la cuestión relativa al carácter de la labor a realizar en los sindicatos. Como señaló Kautsky en su informe ante los obreros de Leipzig, la resolución del Congreso de Stuttgart

pone fin al reconocimiento de la neutralidad como principio. El alto grado de desarrollo de las contradicciones de clase, su agudización en los últimos tiempos en todos los países, la experiencia de muchos años en Alemania —donde la política de neutralidad ha acentuado el oportunismo en los sindicatos, sin impedir en lo más mínimo que surgiesen sindicatos cristianos y liberales—, la ampliación de la esfera particular de la lucha proletaria que exige una acción mancomunada y unánime de los sindicatos y el partido político (huelga de masas e insurrección armada en la revolución rusa como prototipo de posibles formas de la revolución proletaria en Occidente), todo esto ha privado definitivamente de base a la teoría de la neutralidad.

No parece que la cuestión de la neutralidad pueda suscitar ya grandes disputas entre los partidos proletarios. Otra cosa es entre los partidos no proletarios *quasi*-socialistas como el de nuestros socialistas-revolucionarios, que en realidad representan la extrema izquierda del partido revolucionario-burgués de los intelectuales y de los campesinos avanzados.

Es significativo en sumo grado que, después del Congreso de Stuttgart, sólo hayan defendido en nuestro país la *idea* de la neutralidad los socialistas-revolucionarios y Plejánov. Y la han defendido con bien poca fortuna.

En el último número (el 8. de diciembre de 1907) de *Znamia Trudá*, órgano central del partido de los socialistas-revolucionarios, vemos dos artículos consagrados al movimiento sindical. En ellos, los socialistas-revolucionarios tratan ante todo de burlarse de la afirmación del periódico socialdemócrata *Vperiod*¹²² de que la resolución de Stuttgart resolvió el problema concerniente a la actitud del partido ante los sindicatos precisamente en el sentido en que lo había hecho la resolución del Congreso de Londres, es decir, en el espíritu del bolchevismo. A esto diremos que los propios socialistas-revolucionarios, en ese mismo número de *Znamia Trudá*, citan *hechos* que constituyen una demostración indiscutible de la justeza de esta apreciación.

“Fue entonces —dice *Znamia Trudá*, refiriéndose al otoño de 1905, y esto es significativo— cuando se colocaron frente a frente las tres fracciones socialistas rusas: los socialdemócratas mencheviques, los socialdemócratas bolcheviques y los socialistas-revolucionarios, exponiendo sus respectivos puntos de vista en cuanto al movimiento sindical. El Buró de Moscú, al que se le encomendó designar de su seno al Buró central encargado de convocar el Congreso (de los sindicatos), organizó un gran mitin de los obreros

afiliados a los sindicatos, en el teatro Olimpia*. Los mencheviques abogaron por una delimitación marxista clásica y rigurosamente ortodoxa de los fines del partido y de los sindicatos. «La misión del partido socialdemócrata consiste en implantar el régimen socialista, suprimiendo las relaciones capitalistas; la de los sindicatos consiste en mejorar las condiciones de trabajo en el marco del régimen capitalista, a fin de lograr condiciones de venta de la mano de obra favorables a los intereses del trabajo»; de aquí deducían el sin partidismo de los sindicatos y la necesidad de agrupar en aquéllos «a todos los obreros de cada profesión»**.

“Los bolcheviques demostraron que, en los momentos actuales, la separación entre la política y el movimiento sindical no puede ser establecida de un modo riguroso, y de aquí llegaban a la conclusión de que «ha de haber una estrecha unión entre el Partido Socialdemócrata y los sindicatos, que deben ser dirigidos por aquél». Los socialistas-revolucionarios, por último, exigieron un riguroso sin partidismo de los sindicatos para evitar la escisión en el seno del proletariado, pero rechazaron toda limitación de las tareas y de la actividad de los sindicatos a una esfera estrecha, formulando esta tarea como una lucha cabal y completa contra el capital, y, por consiguiente, como una lucha tanto económica como política.”

¡Así presenta *los hechos* el propio *Znamia Trudá*! Y sólo un ciego o quien sea absolutamente incapaz de pensar puede negar que, de estos tres puntos de vista, precisamente el que habla de la estrecha unión entre el Partido Socialdemócrata y los sindicatos “ha sido confirmado por la resolución de Stuttgart, que recomienda la estrecha vinculación entre el partido y los sindicatos”***.

Para embrollar esta cuestión, clara hasta más no poder, los

* Asistieron al mitin cerca de mil quinientas personas. Véase la reseña en el *Boletín del Museo de Cooperación al Trabajo*, núm. 2, del 26 de noviembre de 1905. (La cita es de *Znamia Trudá*.)

** Es preciso decir, sin embargo, que los señores mencheviques han comprendido este “sin partidismo” de un modo bastante original: así, su informante ilustró sus tesis de esta forma: “Un ejemplo de solución acertada del problema del partidismo nos lo ofrece el sindicato de impresores de Moscú, que propone a las camaradas que ingresen individualmente en el Partido Socialdemócrata.” (*Nota de Znamia Trudá*.)

*** Los mencheviques no expusieron en noviembre de 1905 los puntos de vista ortodoxos de la neutralidad, sino puntos de vista *vulgares*. ¡Que lo tengan presente los señores socialistas-revolucionarios!

socialistas-revolucionarios han confundido del modo más divertido la independencia de los sindicatos en la lucha económica con su sin partidismo. "El Congreso de Stuttgart —escriben— se ha manifestado también terminantemente en favor de la independencia (sin partidismo) de los sindicatos, es decir, ha rechazado tanto el punto de vista de los bolcheviques como el de los mencheviques." Deducen esto de las siguientes palabras de la resolución de Stuttgart: "Cada una de estas dos organizaciones (el partido y el sindicato) posee la esfera de acción que le es inherente por naturaleza y en la que debe desarrollar su labor con entera independencia. Pero, a la vez, existe una esfera cada vez más amplia" etc., como se ha citado más arriba. ¡Pues bien, hay bromistas que han confundido esta reivindicación de "independencia" de los sindicatos en "la esfera que les es inherente por naturaleza" con la cuestión del sin partidismo de los sindicatos o de su estrecho acercamiento al partido en el terreno de la política y de las tareas de la revolución socialista!

Así es como nuestros socialistas-revolucionarios han rehuido por completo el problema fundamental de principio, que se refiere a la apreciación de la teoría de la "neutralidad", teoría que de hecho sirve para reforzar la influencia de la burguesía sobre el proletariado. En vez de abordar esta cuestión de principio, han preferido hablar sólo de las relaciones específicas de Rusia, donde existen varios partidos socialistas, y, además, hablar de ello *falseando* lo que en realidad ocurrió en Stuttgart. "No hay por qué remitirse —escribe *Znamia Trudá*— a lo nebuloso de la resolución de Stuttgart, pues el señor Plejánov disipó toda nebulosidad y toda duda al intervenir en el Congreso Internacional como representante oficial de un partido, y hasta ahora no tenemos la correspondiente declaración del Comité Central socialdemócrata diciendo que «esta intervención del camarada Plejánov desorganiza las filas del partido único»..."

¡Señores socialistas-revolucionarios! Ustedes, naturalmente, tienen derecho a ironizar a propósito de que nuestro C. C. ha llamado al orden a Plejánov. Tienen derecho a pensar que se puede estimar, por ejemplo, a un partido que no condena oficialmente las ternezas del señor Guershuni para con los demócratas-constitucionalistas. Pero ¿por qué decir cosas que son rotundamente falsas? Plejánov no fue en el Congreso de Stuttgart representante del Partido Socialdemócrata, sino tan sólo uno de los 33 delegados del mismo. Y no representaba los puntos de vista del Partido Socialdemócrata, sino únicamente los de la actual oposición menchevique

al Partido Socialdemócrata y a las decisiones de su Congreso de Londres. Los socialistas-revolucionarios no pueden ignorarlo y, por lo tanto, afirman una cosa *a sabiendas* de que no es cierta.

... En la comisión que examinó las relaciones entre los sindicatos y el partido político, él (Plejánov) dijo literalmente lo que sigue: "En Rusia existen once organizaciones revolucionarias; pues bien, ¿con cuál de ellas deben establecer contacto los sindicatos?... Sería pernicioso en Rusia llevar las discrepancias políticas al seno de los sindicatos." A esto, los miembros de la comisión declararon *todos a una* que no es así como se tiene que comprender la resolución del Congreso, que ellos "no imponen en modo alguno a los sindicatos y a sus afiliados la obligación de ser miembros del Partido Socialdemócrata", es decir, que ellos, como así se indica también en la resolución, exigen la "completa independencia" de los sindicatos. (La cursiva es de *Znamia Trudá*.)

¡Confunden ustedes las cosas, señores de *Znamia Trudá*! En la comisión, un camarada *belga* preguntó si se podía obligar a los miembros de los sindicatos a ingresar en el Partido Socialdemócrata, a lo que *todos* contestaron negativamente. Por otra parte, Plejánov presentó la siguiente enmienda a la resolución: "Además, no hay que perder de vista la unidad de la organización sindical"; esta enmienda fue aceptada, pero no por unanimidad (el camarada Vóinov, que representaba el punto de vista del P.O.S.D.R., votó a favor de la enmienda y, a nuestro juicio, con razón). Así ocurrieron las cosas.

Los socialdemócratas nunca deben perder de vista la unidad de la organización sindical. Esto es completamente justo. ¡Pero esto se refiere también a los socialistas-revolucionarios, a quienes invitamos a pensar en dicha "unidad de la organización sindical" cuando ésta proclama su estrecha ligazón con los socialdemócratas! En cuanto a lo de "imponer la obligación" a los miembros de los sindicatos de ingresar en el Partido Socialdemócrata, nadie ha pensado nunca en tal cosa: el miedo les hace a los socialistas-revolucionarios figurárselo. Pero es una invención afirmar que el Congreso de Stuttgart haya prohibido a los sindicatos proclamar su estrecha ligazón con el Partido Socialdemócrata o hacer prácticamente efectiva esa ligazón.

"Los socialdemócratas rusos —dice *Znamia Trudá*— realizan la campaña más firme y enérgica para conquistar los sindicatos y subordinarlos a la dirección de su partido. Los bolcheviques hacen esto de manera directa y abierta... los mencheviques han elegido un camino más indirecto"... ¡Cierto, señores socialistas-revolucionarios! En nombre de la autoridad de la Internacional obrera,

ustedes tienen derecho a exigirnos que realicemos esta campaña con tacto y discreción, "sin perder de vista la unidad de la organización sindical". ¡Nosotros lo reconocemos del mejor grado y les exigimos a ustedes que reconozcan eso mismo, pero no renunciaremos a desarrollar la campaña!

Más Plejánov dijo que es pernicioso llevar las discrepancias políticas al seno de los sindicatos... Sí, Plejánov dijo esta necesidad, y, claro está, los señores socialistas-revolucionarios tenían que aferrarse a ella, como se aferran siempre a todo lo que menos merece ser tomado como modelo. Pero lo que debe servir de guía no son las palabras de Plejánov, sino la resolución del Congreso, cuya puesta en práctica *no es posible* sin "llevar las discrepancias políticas". He aquí un pequeño ejemplo. La resolución del Congreso dice que los sindicatos no deben guiarse "por la teoría de la armonía de intereses entre el trabajo y el capital". Nosotros, socialdemócratas, afirmamos que un programa agrario que exija en la sociedad burguesa una distribución igualitaria de la tierra, está basado en la teoría de la armonía de intereses entre el trabajo y el capital*. Siempre nos opondremos a que por una tal discrepancia (e inclusive por una discrepancia con obreros monárquicos) se rompa la unidad en una huelga, etc., pero siempre hemos de "llevar esa discrepancia" a los medios obreros en general y a *todas* las asociaciones obreras en particular.

Igualmente torpe es la alusión de Plejánov a la existencia de once partidos. En primer término, no es Rusia el único país donde existen diferentes partidos socialistas. En segundo término, en Rusia sólo existen dos partidos socialistas que compitan entre sí de una manera algo seria, el Socialdemócrata y el Socialista-Revolucionario, puesto que es completamente absurdo echar en un mismo montón los partidos de las distintas nacionalidades de Rusia. En tercer término, la unificación de los partidos verdaderamente socialistas es cuestión aparte; al plantearla, Plejánov embrolla las cosas. Debemos defender siempre y en todas partes el acercamiento de los sindicatos al partido socialista de la clase obrera, pero determinar qué partido es realmente socialista y realmente un partido de la clase obrera en uno u otro país, en tal o cual nacionalidad, es cuestión aparte, que no será zanjada por resoluciones de congre-

* Ahora incluso algunos socialistas-revolucionarios han comprendido esto y, por lo tanto, han dado un paso decidido hacia el marxismo. Véase el nuevo libro, muy interesante, de los señores Fírsov y Yakobi, del que pronto hablaremos detalladamente a los lectores de *Proletari* 113.

sos internacionales, sino por el curso de la lucha entre los partidos de las diversas nacionalidades.

El artículo del camarada Plejánov en el núm. 12 de 1907 de *Sovremenni Mir*¹¹⁴ muestra con singular nitidez hasta qué punto son erróneos sus razonamientos en esta cuestión. Plejánov cita en la página 55 la indicación de Lunacharski de que la neutralidad de los sindicatos es defendida por los revisionistas alemanes. Plejánov responde a esta indicación: "Los revisionistas dicen que los sindicatos deben ser neutrales, pero entienden por esto que es preciso utilizar los sindicatos para la lucha contra el marxismo ortodoxo." Y Plejánov concluye: "La supresión de la neutralidad de los sindicatos no servirá para nada. Si colocamos a los sindicatos incluso en una estrecha dependencia formal del partido, y en el partido triunfa la «ideología» de los revisionistas, la supresión de la neutralidad de los sindicatos no será sino una nueva victoria de los «críticos de Marx»."

Este razonamiento es un ejemplo del procedimiento, tan habitual en Plejánov, de esquivar el problema y esfumar la esencia de la discusión. Si efectivamente triunfase en el partido la ideología de los revisionistas, no sería un partido socialista de la clase obrera. No se trata en modo alguno de saber cómo se forma tal partido, qué luchas y qué escisiones se producen durante su formación. De lo que se trata es de que en cada país capitalista existen un partido socialista y unos sindicatos, y nuestra tarea consiste en determinar las relaciones fundamentales entre ellos. Los intereses de clase de la burguesía dan origen inevitablemente al empeño de circunscribir los sindicatos a una menuda y estrecha actividad en el marco del régimen vigente. De alejarlos de todo vínculo con el socialismo, y la teoría de la neutralidad es la envoltura ideológica de este afán de la burguesía. Los revisionistas en el seno de los partidos socialdemócratas siempre se abrirán camino, de uno u otro modo, en la sociedad capitalista.

Naturalmente, en la primera fase del movimiento obrero político y sindical en Europa se podía defender la neutralidad de los sindicatos, como medio de ampliar la base inicial de la lucha proletaria en una época en que estaba relativamente poco desarrollada y no existía una influencia burguesa sistemática sobre los sindicatos. En los momentos actuales, desde el punto de vista de la socialdemocracia internacional, es ya inoportuno por completo proponer la neutralidad de los sindicatos. Sólo cabe sonreír leyendo la aseveración de Plejánov de que "Marx defendería hoy en Alemania la neutralidad de los sindicatos", sobre todo cuando semejante

argumento se basa en una interpretación unilateral de cierta "cita" de Marx, haciendo caso omiso de todo el conjunto de las afirmaciones de Marx y de todo el espíritu de su doctrina.

"Me pronuncio a favor de la neutralidad, comprendida en el sentido de Bebel, y no como la entienden los revisionistas", escribe Plejánov. Hablar así equivale a escudarse en Bebel, sin dejar por eso de deslizarse hacia la charca. Ni que decir tiene que Bebel es una autoridad tan grande en el movimiento internacional del proletariado, un dirigente práctico tan experto, un socialista tan sensible hacia las exigencias de la lucha revolucionaria, que en el noventa y nueve por ciento de los casos salió de la charca cuando dio algún tropiezo, sacando además de ella a todo el que quiso seguirle. Bebel se equivocó cuando en Breslau (en 1895) defendió junto con Vollmar el programa agrario de los revisionistas, cuando insistió (en Essen) en establecer una diferencia de principios entre guerra defensiva y ofensiva y cuando estuvo dispuesto a erigir en principio la "neutralidad" de los sindicatos. Creemos de buen grado que si Plejánov cayese en la charca, pero del brazo de Bebel, eso no le ocurriría a menudo ni por mucho tiempo. Pero estimamos, sin embargo, que no se debe imitar a Bebel cuando éste se equivoca.

Se dice —y Plejánov insiste particularmente en ello— que la neutralidad es precisa para unir a todos los obreros que llegan a comprender la necesidad de mejorar su situación material. Pero quienes dicen esto olvidan que la fase actual de desarrollo de las contradicciones de clase siembra inevitable e indefectiblemente "discrepancias políticas" incluso en la cuestión relativa a cómo debe conseguirse este mejoramiento dentro de la sociedad contemporánea. La teoría de la neutralidad de los sindicatos, a diferencia de la teoría sobre la necesidad de una estrecha vinculación de los mismos con la socialdemocracia revolucionaria, conduce inevitablemente a preferir, para lograr este mejoramiento, unos medios que equivalen a amortiguar la lucha de clase del proletariado. Un ejemplo patente de ello (relacionado, por cierto, con la valoración de uno de los episodios más interesantes del movimiento obrero moderno) nos lo ofrece ese mismo cuaderno de *Sovremienni Mir* en el que Plejánov defiende la neutralidad. Junto con Plejánov vemos aquí al señor E. P., que ensalza al conocido líder de los obreros ferroviarios ingleses Richard Bell, el cual puso término con un compromiso al conflicto de los obreros con los directores de las compañías. Bell es proclamado "alma de todo el movimiento obrero ferroviario". "No cabe ninguna duda —escribe el señor E. P.—

que, gracias a su táctica serena, reflexiva y prudente, Bell se ha granjeado la confianza absoluta de la asociación de empleados de ferrocarriles, cuyos miembros están dispuestos, sin vacilación, a seguirle a todas partes." (Pág. 75, núm. 12 de *Sovremienni Mir*.) Este punto de vista no es casual, sino que, en realidad, está vinculado al neutralismo, que presenta en primer plano la unión de los obreros para mejorar su situación, y no la unión para una lucha capaz de servir a la causa de la emancipación del proletariado.

Pero este punto de vista no corresponde ni mucho menos al criterio de los socialistas ingleses que, sin duda, sentirían gran extrañeza si supiesen que los apologistas de Bell escriben, sin encontrar objeciones, en la misma revista en la que colaboran mencheviques notorios como Plejánov, Yordanski y compañía.

El periódico socialdemócrata inglés *Justice*, en un editorial del 16 de noviembre, escribía con motivo del acuerdo de Bell con las compañías ferroviarias: "Estamos completamente de acuerdo con la condena casi general de que ha sido objeto por parte de las trade-uniones este llamado convenio de paz"... "Dicho convenio echa por tierra la propia razón de ser de las trade-uniones"... "Este absurdo convenio... no puede obligar a los obreros, quienes harán bien si lo rechazan." Y en el número siguiente, del 23 de noviembre, en un artículo titulado ¡Una nueva traición!, Burnett escribía acerca de esto: "Hace tres semanas, la asociación de empleados de ferrocarriles era una de las trade-uniones más poderosas de Inglaterra; ahora se ha visto convertida en una sociedad de ayuda mutua." "Y este cambio no ha ocurrido porque los ferroviarios hayan luchado y sufrido una derrota, sino porque sus líderes, premeditadamente o por su cerrazón mental, los han vendido a los capitalistas antes de librar la lucha." Y la Redacción del periódico añade que ha recibido una carta análoga de un "obrero asalariado de la compañía ferroviaria Midland".

¿Tal vez se trata de "exageraciones" de socialdemócratas "demasiado revolucionarios"? No. *Labour Leader*, órgano del Partido Laborista Independiente (ILP), tan moderado que ni siquiera desea titularse socialista, insertaba en su número del 15 de noviembre una carta de un ferroviario trade-unionista, que en respuesta a los elogios prodigados a Bell por toda la prensa capitalista (comenzando por el radical *Reynolds Newspaper* y terminando por el conservador *Times*), manifestaba que el convenio concertado por él es "el más despreciable que registra la historia del trade-unionismo" y calificaba a Richard Bell de "mariscal

Bazaine del movimiento trade-unionista". En el mismo número. otro ferroviario pide que "se exijan responsabilidades a Bell" por este infausto convenio, "que condena a los obreros a siete años de trabajos forzados". Y la Redacción de ese periódico moderado, en un artículo de fondo del mismo número, llama al convenio "el Sedán del movimiento trade-unionista británico". "Nunca se había dado una ocasión tan propicia para mostrar en el área nacional la fuerza del trabajo organizado": entre los obreros reinaba un "entusiasmo inusitado" y el deseo de lucha. El artículo termina estableciendo una sarcástica comparación entre la miseria de los obreros y el aire triunfal "del señor Lloyd George (ministro que desempeñó el papel de lacayo de los capitalistas) y del señor Bell, que andan preparando banquetes".

Los únicos que han aprobado este convenio han sido los oportunistas más extremados, los fabianos, organización puramente de intelectuales, haciendo enrojecer de vergüenza incluso a la revista *The New Age*, que simpatiza con los fabianos, la cual se ha visto obligada a reconocer que si bien el periódico burgués conservador *Times* reprodujo íntegramente la correspondiente declaración del Comité Central de los fabianos, en cambio, excepción hecha de estos señores, "ni una sola organización socialista, ni una sola trade-union, ni un solo líder destacado de los obreros" (pág. 101, número del 7 de diciembre) se han pronunciado a favor del convenio.

He aquí un modelo de aplicación de la neutralidad por el señor E. P., colaborador de Plejánov. No se trataba de "discrepancias políticas", sino del mejoramiento de la situación de los obreros en la sociedad actual. A favor de un "mejoramiento" a costa de renunciar a la lucha y de entregarse a merced del capital se han manifestado toda la burguesía de Inglaterra, los fabianos y el señor E. P.; a favor de la lucha colectiva de los obreros se han pronunciado todos los socialistas y los obreros trade-unionistas. ¿Seguirá Plejánov ahora predicando la "neutralidad", en vez del estrecho acercamiento de los sindicatos al partido socialista?

Proletari, núm. 22, 19 de febrero (3 de marzo) de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

ACERCA DE LO OCURRIDO CON EL REY DE PORTUGAL

Al comentar el asesinato del aventurero portugués, la prensa burguesa, incluso la de tendencia más liberal y "democrática", no puede dejar de recurrir a las moralejas ultrarreaccionarias.

Ahí tenemos, por ejemplo, al enviado especial de la *Gaceta de Francfort*, uno de los mejores periódicos democrático-burgueses de Europa. Comienza su relato contando en tono medio irónico cómo, inmediatamente después de haberse recibido la sensacional noticia, una manada de corresponsales se dirigió apresuradamente a Lisboa, como si se lanzara sobre una presa. Me encontré, dice este señor, en un mismo compartimiento del coche-cama con un conocido periodista londinense, el cual comenzó a jactarse de su experiencia. Según contó, ya había estado en Belgrado con motivo de un caso análogo, y podía considerarse como un "enviado especial para casos de regicidio".

...Sí, lo ocurrido con el rey de Portugal es verdaderamente un "accidente profesional" de los monarcas.

No es de extrañar que haya corresponsales especiales encargados de describir los "gajes" del oficio de sus majestades...

Pero, por muy arraigado que esté en este tipo de corresponsales el sensacionalismo barato y vulgar, la verdad, pese a todo, se abre a veces paso. "Un negociante del barrio comercial más activo" relató al enviado de la *Gaceta de Francfort* lo siguiente: "En cuanto me enteré de lo sucedido, puse una bandera a media asta. Sin embargo, muy pronto empezaron a venir clientes y conocidos que me preguntaban si me había vuelto loco, si me proponía poner fin a nuestras buenas relaciones. Yo les pregunté cómo era posible que nadie experimentara un sentimiento de conmiseración. ¡No me creará usted, señor, si le digo lo que me contestaron! Pues bien, tuve que retirar la bandera."

Al relatar este hecho, el periodista liberal hace las siguientes reflexiones:

El pueblo portugués, que por su naturaleza es tan bondadoso y amable, debe haber pasado por una mala escuela antes de haber aprendido a odiar tan despiadadamente incluso a los muertos. Y si esto es así —e indudablemente lo es, y de silenciarlo faltaría a la verdad histórica—, si no son sólo esas manifestaciones tácitas las que emiten su juicio sobre la víctima coronada, si a cada paso pueden oírse injurias al muerto, lanzadas incluso por “gente de orden”, resulta natural el deseo de estudiar ese poco frecuente conjunto de circunstancias que desequilibra hasta tal punto la psicología de un pueblo. Pues un pueblo que ni siquiera otorga a la muerte el viejo y sagrado derecho de perdonar todos los pecados terrenales, o ha degenerado moralmente, o es que existen unas condiciones capaces de engendrar un odio infinito que enturbia la visión serena e imposibilita una justa apreciación.

¡Oh, señores hipócritas liberales! ¿Por qué no hablan ustedes de la degeneración moral de esos sabios y escritores franceses que hasta ahora siguen odiando e injuriando rabiosamente no sólo a los dirigentes de la Comuna de 1871, sino incluso a las figuras del 93, no sólo a los combatientes de la revolución proletaria, sino incluso a los de la revolución burguesa? Porque lo “equilibrado” y lo “moral” para los lacayos “democráticos” de la burguesía contemporánea es la “bondadosa” resignación del pueblo ante todos los abusos, infamias y ferocidades de los aventureros coronados.

De otro modo —(o sea, tan sólo por unas condiciones excepcionales) sigue diciendo el corresponsal— “no se podría comprender el hecho de que hoy mismo un periódico monárquico hable casi con más pena de las víctimas inocentes habidas entre el pueblo que del rey. Y ya ahora asistimos claramente al nacimiento de leyendas que rodean a los asesinos de una aureola de gloria. Casi siempre que se produce un atentado los partidos políticos se apresuran a desentenderse de los asesinos, pero los republicanos portugueses se enorgullecen abiertamente de que los «héroes y mártires del 1 de febrero» hayan salido de sus filas...”

El demócrata burgués se ha excedido tanto en su celo que se halla dispuesto a calificar de “leyenda revolucionaria” el respeto de los ciudadanos portugueses por unas personas que han sacrificado su vida para suprimir a un rey que se burlaba de la Constitución.

El corresponsal de otro periódico burgués, el *Corriere della Sera* de Milán, habla de las severas medidas tomadas por la censura portuguesa después del regicidio. No dejan pasar los telegramas. ¡Los ministros y los reyes no se distinguen por ese espíritu “bondadoso” de las masas populares que tanto agrada a los honestos

burgueses! La guerra es la guerra, discurren acertadamente los aventureros portugueses que han ocupado el lugar del rey asesinado. Las comunicaciones tropiezan con dificultades no menores a las de un caso de guerra. Las noticias tienen que ser trasmitidas por vía indirecta, primero por correo a París (a una dirección particular), y de allí a Milán. “Ni siquiera en Rusia —escribe el corresponsal el 7 de febrero—, durante los más agitados períodos revolucionarios, la censura ha tomado nunca medidas tan severas como las de ahora en Portugal.”

“Algunos periódicos republicanos —informa este corresponsal el 9 de febrero— hablan hoy (día de las exequias del rey) en un lenguaje que no me atreví a reproducir en el telegrama.” En la información del 8 de febrero, que llegó a su destino después que la anterior, se cita un comentario de *Pays* sobre los funerales:

Pasan los restos mortales de dos monarcas, los despojos inservibles de una monarquía que se desmorona, que se mantenía gracias a la traición y los privilegios y que con sus crímenes ha maculado dos siglos de nuestra historia.

“Se trata, naturalmente, de un periódico republicano —agrega el corresponsal—, pero, ¿no es bien elocuente que en el día del entierro del rey aparezca un artículo con semejantes frases?”

Por nuestra parte, diremos tan sólo que lo único que lamentamos es que el movimiento republicano de Portugal no haya ajustado las cuentas de un modo decidido y manifiesto a todos los aventureros. Lamentamos que en lo ocurrido con el rey de Portugal todavía se vea claramente un elemento de conjura, es decir, de ese terror impotente que en esencia no logra alcanzar sus objetivos, a la vez que se manifiesta la debilidad de ese terror auténtico, popular, que renueva de verdad al país y que hizo famosa a la gran Revolución Francesa. Es posible que el movimiento republicano de Portugal llegue a alcanzar un nivel más elevado. La simpatía del proletariado socialista siempre estará al lado de los republicanos en su lucha contra la monarquía. Pero, hasta ahora, en Portugal sólo se ha conseguido *asustar* a la monarquía con el asesinato de dos monarcas, mas no se ha logrado *destruir* la monarquía.

En todos los parlamentos europeos, los socialistas han expresado —cada uno como ha sabido y como ha podido— su simpatía al pueblo portugués y a los republicanos portugueses, así como su repulsa a las clases gobernantes, cuyos portavoces han condenado el asesinato del aventurero y han expresado su simpatía a los

sucesores. Algunos socialistas manifestaron abiertamente sus opiniones en el parlamento; otros abandonaron el salón cuando se procedió a expresar el voto de simpatía a la monarquía "perjudicada". En el parlamento belga, Vandervelde ha escogido un camino "intermedio" —el peor—, exprimiendo de su cuerpo una frase, según la cual él honraba la memoria de "todos los muertos", es decir, lo mismo la del rey que la de sus asesinos. Confiamos en que Vandervelde se quede solo entre los socialistas del mundo entero.

La tradición republicana se ha debilitado mucho entre los socialistas de Europa. Esto se comprende, y en parte puede justificarse, pero sólo por cuanto la proximidad de la revolución socialista resta importancia práctica a la lucha por la república burguesa. Mas ocurre con frecuencia que el debilitamiento de la propaganda republicana no significa que exista un vivo afán de lograr el pleno triunfo del proletariado, sino que se comprenden mal las tareas revolucionarias del proletariado en general. No en vano Engels, al criticar en 1891 el proyecto del programa de Erfurt, señalaba con toda energía a los obreros alemanes la importancia de la lucha por la república y la posibilidad de que esa lucha también llegase a estar en Alemania a la orden del día*.

En Rusia, la lucha por la república tiene una importancia práctica inmediata. Sólo los más despreciables oportunistas pequeñoburgueses del tipo de los socialistas-populares o del "socialdemócrata" Malishevski (véase lo que se dice de él en el núm. 7 de *Proletari*) podían deducir de la experiencia de la revolución rusa que la lucha por la república quedaba relegada en Rusia a segundo plano. Al contrario, justamente la experiencia de nuestra revolución ha demostrado que la lucha por la liquidación de la monarquía se halla en Rusia indisolublemente ligada a la lucha por la tierra para los campesinos y la libertad para todo el pueblo. Y justamente la experiencia de nuestra contrarrevolución ha demostrado que una lucha por la libertad que no afecte a la monarquía no es una lucha, sino expresión de una pusilanimidad y una blandura pequeñoburguesas o un franco engaño del pueblo por los arrivistas del parlamentarismo burgués.

Proletari, núm. 22, 19 de febrero (3 de marzo) de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

ENSEÑANZAS DE LA COMUNA ¹¹⁵

Después del golpe de estado* que puso remate a la revolución de 1848, Francia cayó durante 18 años bajo el yugo del régimen napoleónico, que llevó al país no sólo a la ruina económica, sino también a una humillación nacional. Al sublevarse contra el viejo régimen, el proletariado asumió dos tareas, una nacional y de clase la otra: liberar a Francia de la invasión alemana y liberar del capitalismo a los obreros mediante la revolución socialista. Esta combinación de las dos tareas constituye el rasgo más peculiar de la Comuna.

La burguesía formó entonces el "gobierno de la defensa nacional", bajo cuya dirección tenía que luchar el proletariado por la independencia de toda la nación. Se trataba en realidad de un gobierno "de la traición nacional", el cual consideraba que su misión consistía en luchar contra el proletariado parisiense. Pero el proletariado, cegado por las ilusiones patrióticas, no se apercebía de ello. La idea patriótica arrancaba de la gran Revolución del siglo XVIII; ella se apoderó de los cerebros de los socialistas de la Comuna, y Blanqui, por ejemplo, que era sin duda alguna un revolucionario y un ferviente defensor del socialismo, no halló para su periódico mejor título que el angustioso grito burgués "¡La Patria está en peligro!".

La conjugación de estas tareas contradictorias —el patriotismo y el socialismo— constituyó un error fatal de los socialistas franceses. En el manifiesto de la Internacional, de setiembre de 1870, Marx puso ya en guardia al proletariado francés contra el peligro de dejarse llevar del entusiasmo por una falsa idea nacional*. Profundos cambios se habían operado desde los tiempos de

* C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, 2ª parte, ed. rusa de 1936. (Ed.)

* Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, t. II, págs. 134-135. Ed. Política, La Habana, 1963. (Ed.)

ción. Pero el proletariado jamás debe olvidar que, en determinadas condiciones, la lucha de clases adopta la forma de lucha armada y de guerra civil; hay momentos en que los intereses del proletariado exigen un exterminio implacable de los enemigos en combates a campo descubierto. El proletariado francés lo demostró por primera vez en la Comuna y el proletariado ruso le dio una brillante confirmación en el alzamiento de diciembre.

No importa que estas dos magnas sublevaciones de la clase obrera hayan sido aplastadas. Vendrá una nueva sublevación ante la cual serán las fuerzas de los enemigos del proletariado las que resultarán débiles. Ella dará la victoria completa al proletariado socialista.

Zagranichnaia Gazeta, núm. 2,
23 de marzo de 1908.

Se publica según el texto de
Zagranichnaia Gazeta.

UNA EXHIBICION POLICIACO—PATRIOTICA DE ENCARGO

La "gran jornada parlamentaria" del 27 de febrero en la Duma ha sido valorada con enternecedora unanimidad por nuestros partidos burgueses. Todos están contentos, todos se alegran y se sienten conmovidos, desde los ultrarreaccionarios y *Nóvoie Vremia* hasta los demócratas-constitucionalistas y *Stolichnaia Pochta*, a la que, antes de fenecer, le ha dado tiempo de escribir lo siguiente (en el número del 28 de febrero):

"La impresión general (producida por la sesión de la Duma del 27 de febrero) es muy buena"... "Por vez primera en la vida social y política de Rusia, el gobierno da a conocer al país sus puntos de vista acerca de los problemas de la política exterior"...

Nosotros también estamos dispuestos a reconocer que la gran jornada parlamentaria ha servido para poner de manifiesto —si no "por vez primera", al menos con particular relieve— la profunda unidad de los ultrarreaccionarios, el gobierno, los liberales y los "demócratas" tipo *Stolichnaia Pochta* en los problemas cardinales de la "vida social y política". Por eso nos parece absolutamente necesario examinar atentamente la posición adoptada ese día y en torno a ese día por todos los partidos.

El señor Guchkov, líder del partido gubernamental de los octubristas, "pide a los representantes del gobierno" que expliquen cuál es la verdadera situación en el Extremo Oriente. A su vez, desde lo alto de la tribuna de la Duma, explica la importancia de reducir los gastos. Por ejemplo, asignar al embajador en Tokio 50.000 rublos en lugar de 60.000. ¡No es broma, proponemos reformas! Dice que "en la prensa han aparecido" rumores alarmantes acerca de la política aplicada en el Extremo Oriente y el peligro de una guerra con el Japón. Naturalmente, el jefe de los capitalistas no dice que la prensa rusa está amordazada. ¿Para qué? La libertad de prensa puede seguir figurando en el programa. Ello

es indispensable para un partido "europeo". Pero sería ridículo esperar del señor Guehkov, lo mismo que del señor Miliukov, que *luchen* de un modo efectivo contra el amordazamiento de la prensa y que denuncien públicamente la manifiesta venalidad de los órganos influyentes de la prensa rusa. En cambio, el señor Guehkov dijo la verdad acerca de la relación entre la política interior y la exterior, es decir, se fue de la lengua y expuso el verdadero fondo de la comedia representada por la Duma el 27 de febrero.

"La circunstancia —dijo— de que avancemos rápidamente hacia la tranquilidad y la pacificación, debe mostrar a nuestros adversarios que el intento de defender sus intereses [los de Rusia] se verá esta vez coronado sin duda por el éxito." Los ultrarreaccionarios y los octubristas aplauden. ¡No faltaba más! Ellos sabían muy bien desde el primer momento que el *quid* del problema puesto a debate y de la solemne declaración del gobierno hecha por boca del señor Izvolski, consistía en presentar como una obra de pacificación la política contrarrevolucionaria de nuestros verdugos tipo Muraviov. Hay que mostrar a Europa y a todo el mundo que ante el "enemigo exterior" se alza una "Rusia unida", que pacifica a un puñado de rebeldes (¡total unos cien millones de campesinos y obreros!), para asegurar el éxito a los "intentos de defender sus intereses".

Efectivamente, el señor Guehkov ha sabido decir lo que le hacia falta, lo que les hacía falta a los terratenientes y los capitalistas unidos.

El profesor Kapustin, octubrista "de izquierda", esperanza de los demócratas-constitucionalistas y de los partidarios de la paz entre la sociedad y el poder, se apresuró a seguir las huellas de Guehkov, aderezando la política de éste con una hipocresía liberal de repugnante untuosidad. "Quiera Dios que se difunda la fama [de la Duma] de que ahorramos el dinero del pueblo." Cincuenta mil rublos al año para un embajador, ¿acaso no es ahorrar diez mil rublos contantes y sonantes? ¿Acaso no es un "magnífico ejemplo" que "van a ofrecer nuestros altos dignatarios, conscientes de la importancia y la gravedad del momento que atraviesa Rusia"?... "Hemos de realizar reformas cardinales en los campos más diversos de la vida del país, y para eso se precisan grandes recursos."

... ¡Cuánto le falta a Judas Golovliov* para emular a este

* *Judas Golovliov*: tipo de terrateniente feudal, hipócrita y gazarroño, que aparece en la obra de Saltikov-Schedrín. *Los señores Golovliov*. (Ed.)

parlamentario! Un profesor que en la tribuna de la Duma se entusiasma con el magnífico ejemplo de los altos dignatarios... Mas, para qué vamos a hablar del octubrista, cuando los liberales y los demócratas burgueses no andan muy lejos de esa servil prosternación.

Pasemos ahora al discurso del ministro de negocios extranjeros, señor Izvolski. Naturalmente, lo único que necesitaba era un pretexto, por el estilo del que Kapustin le ofreció en bandeja. Y el ministro se extendió hablando de la necesidad de reducir los gastos... o de revisar las plantillas para ayudar a los embajadores "que carecen de recursos propios". Izvolski recalcó que hablaba con permiso de Nicolás segundo y cantó loas a "la fuerza, la sensatez y el patriotismo del pueblo ruso", que "aplicará todas sus fuerzas materiales y espirituales a consolidar el dominio de Rusia sobre sus actuales posesiones asiáticas y a desarrollarlas en todos los aspectos".

El ministro dijo lo que la camarilla le había encargado que dijera. Ahora hace uso de la palabra el señor Miliukov, líder de la oposición. Sin más rodeos dice: "El partido de la libertad del pueblo, personificado por la minoría aquí presente, ha escuchado con profunda satisfacción las palabras del ministro de negocios extranjeros y considera un deber aplaudir esta primera intervención suya ante la representación del país para explicar los problemas relacionados con la política exterior rusa. No cabe duda de que, en los momentos presentes... el gobierno ruso necesita... para sus planes el apoyo de la opinión pública rusa."

Efectivamente, eso no ofrece la menor duda. El gobierno de la contrarrevolución necesita para sus planes el apoyo de algo que en el extranjero pueda ser considerado (o presentado) como la opinión pública rusa. Ello es sobre todo necesario para obtener un empréstito, sin el cual se halla en peligro de bancarrota y ruina toda la política stoyipiniana del zarismo, proyectada para largos años de medidas sistemáticas y masivas de violencia contra el pueblo.

El señor Miliukov abordó de lleno el verdadero sentido de la solemne salida hecha por los señores Izvolski, Guehkov y compañía. La salida había sido encargada por la pandilla ultrarreaccionaria de Nicolás segundo. De antemano se preparó hasta el más nimio detalle de esta exhibición policíaco-patriótica. Las marionetas de la Duma representaron la comedia bailando al son que les tocaba la camarilla autocrática: Nicolás segundo no podrá mantenerse sin el apoyo de la burguesía de Europa occidental. Hay que obligar a

toda la burguesía rusa, a la derechista y a la *izquierdista*, a expresar solemnemente su confianza al gobierno, a su "política de paz", a su estabilidad, a sus intenciones y a su capacidad de pacificar y llevar la tranquilidad al país. Ello era necesario como una especie de cheque en blanco. Y con tal objeto se recurrió al señor Izvolski, la persona más "grata" para los demócratas-constitucionalistas; con tal objeto se encargó toda esa desvergonzada farsa sobre el ahorro del dinero del pueblo, las reformas y la intervención "pública" del gobierno para "explicar" la política exterior. aunque es bien notorio que nada se quiso explicar ni nada fue lo que se explicó.

¡La oposición liberal cumplió sumisa su papel de marioneta en manos de la monarquía ultrarreaccionario-policíaca! Si la minoría burguesa de la Duma hubiera expuesto resueltamente la verdad, ello habría tenido sin duda una importancia enorme, habría impedido (u obstaculizado) que el gobierno recibiera en empréstito miles de millones para organizar nuevas expediciones de castigo, erigir nuevos patíbulos y nuevas cárceles y reforzar la policía. Pero los demócratas-constitucionalistas se "arrojaron a los pies" del adorado monarca, esforzándose por hacer méritos. El señor Miliukov lo hizo dando pruebas de su patriotismo. Se las dio de experto en política exterior, simplemente por que en ciertas antecelas había recogido unos informes acerca del liberalismo del señor Izvolski. El señor Miliukov firmó conscientemente el cheque al aplaudir "solemnemente" al ministro zarista en nombre de todo el partido demócrata-constitucionalista y sabiendo muy bien que toda la prensa europea, como obedeciendo a una voz de mando, diría al día siguiente: la Duma expresó unánime (a excepción de los socialdemócratas) su confianza al gobierno, aprobó su política exterior...

En tres años, el liberalismo ruso ha sufrido una evolución que en Alemania requirió más de treinta años y en Francia hasta más de un siglo, una evolución que le ha convertido de defensor de la libertad en un abúlico y odioso cómplice del absolutismo. Los demócratas-constitucionalistas han podido recurrir muchas veces en la revolución rusa a esa arma específica de que dispone la burguesía para luchar: la posibilidad de ejercer presión sobre las cajas de caudales, de obstaculizar la concesión de créditos, de frustrar las "sutiles" maniobras para la obtención de nuevos empréstitos. Y cada vez, lo mismo en la primavera de 1906 que en la de 1908, fueron ellos mismos los que pusieron esa arma en manos del ene-

migo, los que les lamieron la mano a los pogromistas y juraron lealtad.

El señor Struve se preocupó oportunamente de dar a esa práctica un sólido puntal teórico. En la revista *Rússkaia Misl* ["El pensamiento ruso"], que en realidad debería titularse *El pensamiento ultrarreaccionario*¹¹⁸, el señor Struve defiende ya la idea de la "Gran Rusia", la idea del nacionalismo burgués, fustiga la "hostilidad de los intelectuales al Estado" y pulveriza por milésima vez el "revolucionarismo ruso", el "marxismo", la "apostasía", la "lucha de clases" y el "radicalismo trivial".

No podemos menos que alegrarnos de semejante evolución del liberalismo ruso, pues, en realidad, ese liberalismo *ya se ha mostrado* en la revolución rusa tal cual el señor Struve lo quiere hacer, de un modo sistemático, integral, reflexivo y "filosófico". La elaboración de una *ideología* contrarrevolucionaria consiguiente es la clave cuando ya existe una clase definitivamente constituida y que ha actuado de un modo contrarrevolucionario en los períodos más importantes de la vida del país. Una ideología a tenor con la situación de clase y la política de clase de la burguesía ayudará a todos y a cada uno a desterrar los restos de la confianza en el "democratismo" de los demócratas-constitucionalistas. Y es conveniente acabar con esos restos. Es preciso acabar con ellos para poder seguir avanzando en la lucha verdaderamente de masas por la democratización de Rusia. El señor Struve desea un liberalismo francamente contrarrevolucionario. Nosotros también lo deseamos, pues la "franqueza" del liberalismo es lo que mejor servirá para aleccionar al campesinado democrático y al proletariado socialista.

Volviendo a la sesión de la Duma del 27 de febrero, cabe decir que la única voz honrada y digna de un demócrata fue la de un *socialdemócrata*. El diputado Chjeídze subió a la tribuna para decir que la minoría socialdemócrata votaría *contra* el proyecto de ley y procedió a motivar el voto. Pero cuando pronunció sus primeras palabras: "Nuestra diplomacia en Occidente siempre ha servido de baluarte a la reacción y a los intereses"... , el presidente cortó la palabra al diputado obrero. "El acta permite motivar el voto". balbucearon los demócratas-constitucionalistas. "Además de la motivación, también tiene importancia la forma en que se hace", replicó el bandido que se titula presidente de la III Duma.

Desde su punto de vista tenía razón: ¿Quién se fija en el acta cuando está en juego la unánime consumación de la exhibición patriótica encargada por la policía?

En esta cuestión, el diputado obrero estuvo aislado. Tanto mayor es su mérito. El proletariado debe mostrar, y lo mostrará, que sabe defender los principios de la revolución democrática, a despecho de todas las traiciones del liberalismo y de todas las vacilaciones de la pequeña burguesía.

Proletari, núm. 25, 12 (25) de marzo de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

EL ENGAÑO DEL PUEBLO POR LOS LIBERALES

En el último Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (Congreso de Londres) se discutió el problema de la actitud hacia los partidos burgueses y se adoptó la correspondiente resolución. El lugar de la resolución que suscitó mayores discusiones fue aquel en que se habla del *engaño* del pueblo por los liberales*. Este pasaje les pareció sumamente erróneo a los socialdemócratas del ala derecha de nuestro partido. Dijeron incluso que no era marxista hablar en la resolución del "engaño" del pueblo por los liberales, es decir, explicar la adhesión de ciertos sectores de la población a determinado partido (en este caso a los demócratas-constitucionalistas), no por los intereses de clase de dichos sectores, sino por los procedimientos "inmorales" a que recurre en su política tal o cual grupo de parlamentarios, abogados, periodistas, etc.

En realidad, tras estos plausibles argumentos, adornados con un plausible ropaje supuestamente marxista, se ocultaba una política encaminada a debilitar la independencia de clase del proletariado y a someterle (en la práctica) a la burguesía liberal. Y es que los señores demócratas-constitucionalistas no defienden siquiera sea algo seriamente los intereses de la pequeña burguesía democrática que les sigue, sino que los *traicionan* con su política de coqueteo y componendas con el gobierno, con los octubristas, con el "poder histórico" del absolutismo zarista.

Un material de extraordinario interés para esclarecer con nuevos hechos esta cuestión —una de las cuestiones fundamentales de la táctica socialdemócrata en todos los países capitalistas—, nos lo proporciona la lucha que se libra actualmente por el

* Véase: V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. XII, ed. Cartago, 1960, págs. 474-475. (Ed.)

sufragio universal en las elecciones al *Landtag* prusiano (la Dieta de Prusia). La socialdemocracia alemana ha enarbolado la bandera de esta lucha. El proletariado de Berlín, y tras él el de todas las grandes ciudades de Alemania, ha salido a la calle, ha organizado imponentes manifestaciones de decenas de miles de personas y ha iniciado un vasto movimiento de masas, que ya ahora, en su mismo comienzo, ha tenido por consecuencia el empleo de medidas violentas por las autoridades constitucionales, el recurso a la fuerza militar, al ametrallamiento de masas inermes. ¡La lucha engendra la lucha! Los jefes del proletariado revolucionario han respondido digna y valientemente a estas medidas de violencia. Pero aquí surgió la cuestión de la actitud hacia la burguesía democrática (y liberal) en la lucha por el derecho al sufragio. Y los debates suscitados con este motivo entre los socialdemócratas revolucionarios y oportunistas alemanes (a estos últimos en Alemania los llaman revisionistas), se asemejan notablemente a nuestras discusiones sobre el engaño del pueblo por los liberales.

Vorwärts, órgano central del Partido Obrero Socialdemócrata alemán, publicó un editorial, cuyo contenido e idea fundamental aparecen claramente expresados en el título: “¡La lucha por el derecho al sufragio es una lucha de clases!” Como cabía esperar, este artículo, pese a exponer en forma positiva tan sólo verdades socialdemócratas de todos conocidas, fue considerado por los oportunistas como un reto. El guante fue recogido. El camarada Südekum, conocido funcionario del socialismo municipal, se puso resueltamente en campaña contra esta “táctica de sectarios”, contra la política de “aislamiento del proletariado”, contra el “apoyo de los socialdemócratas a las centurias negras” (a los reaccionarios, dicen los alemanes, expresándose con mayor suavidad). Pues, llevar la lucha de clases a la causa común del proletariado y de los liberales ¡significa también para el oportunista alemán apoyar a los ultrarreaccionarios! “La implantación en Prusia del sufragio universal en lugar del actual de tres clases no es una causa privada de una clase cualquiera”, decía Südekum. Y señalaba que es una causa “de la población urbana contra los agrarios, de la democracia contra la burocracia, de los campesinos contra los terratenientes, de la Prusia Occidental contra la Oriental” (es decir, de la parte del país avanzada en los aspectos industrial y capitalista en general contra la parte económicamente atrasada). “Ahora se trata de hacer coincidir en este

punto a todos los amigos de la reforma, cualesquiera que sean los demás problemas que les dividan.”

El lector verá que todo esto no es más que el empleo de argumentos bien conocidos, que también en este caso el ropaje es rigurosamente “marxista”, ortodoxo, llegándose incluso a señalar la situación y los intereses económicos de determinados elementos de la democracia burguesa (“democracia urbana”, campesinos, etc.). Huelga decir que la prensa burguesa liberal alemana lleva ya decenas de años entonando sistemáticamente la misma canción y acusando a la socialdemocracia de sectarismo, de apoyo a los ultrarreaccionarios y de incapacidad para aislar a la reacción.

¿Qué argumentos utilizaron los socialdemócratas revolucionarios alemanes para refutar tales disquisiciones? Citaremos los principales, a fin de que el lector —al juzgar los asuntos alemanes “desde fuera”, “sin ira ni pasión”— pueda ver si en este caso predominan las referencias a condiciones especiales de tiempo y lugar o a los principios generales del marxismo.

En efecto, nuestros librepensadores “exigen” en sus programas el sufragio universal, decía *Vorwärts*. En efecto, ellos se han puesto, con particular empeño ahora, a pronunciar pomposos discursos sobre esta cuestión. Pero, ¿luchan por la reforma? ¿Acaso no vemos, por el contrario, que el movimiento auténticamente popular, las manifestaciones de calle, la vasta agitación entre las masas y la excitación de las mismas provocan en ellos un pánico mal disimulado, un sentimiento de repulsa y, en el mejor y menos frecuente de los casos, indiferencia?

Hay que distinguir entre los programas de los partidos burgueses y los discursos pronunciados en los banquetes y en el parlamento por los arrivistas liberales, de un lado, y, de otro, su verdadera participación en la verdadera lucha popular. Siempre, en todos los países parlamentarios, los politicastro burgueses de todo pelaje han hecho de palabra profesión de fe democrática a la vez que traicionaban la democracia.

Efectivamente, “dentro del partido liberal (de los librepensadores) y del centro existen *sin duda* elementos interesados en el sufragio universal e igual”, decía *Vorwärts*. Pero no son estos elementos, no son los pequeños artesanos, los semiproletarios ni los campesinos semiarruinados los que guían a los partidos burgueses. Estos elementos siguen a los burgueses liberales, que tratan de apartarlos de la lucha, concertando a espaldas de ellos sus compromisos con la reacción, corrompiendo su conciencia de clase y abandonando en la práctica la defensa de sus intereses.

Para atraer a tales elementos a la lucha por el sufragio universal es preciso despertar su conciencia de clase, apartarlos de los vacilantes partidos burgueses. "Dentro del partido liberal [librepensador], estos elementos interesados en el sufragio universal constituyen una minoría impotente, a la que constantemente se alimenta con promesas y a la que siempre *se engaña*. La energía política de tales elementos se halla totalmente paralizada. Y si en efecto se puede obligar a los librepensadores y al centro, mediante la amenaza de arrebatarles los votos de esos electores, a hacer concesiones a la democracia, la lucha de clases, que debilita a los partidos burgueses, es justamente el único medio de empujar hacia la izquierda a la burguesía vacilante."

Los hechos políticos han demostrado hace tiempo que la reacción les resulta a los librepensadores menos odiosa que la socialdemocracia. "Por eso, no sólo debemos fustigar con implacable crudeza todos los pecados de todos los partidos burgueses, sino explicar, al mismo tiempo, que todas sus traiciones en lo tocante a los derechos electorales son una consecuencia ineludible del carácter de clase de tales partidos."

Un día u otro, el problema de saber si nuestros demócratas-constitucionalistas son capaces de "luchar" por las reivindicaciones democráticas que figuran en su programa o si sólo las hacen figurar en él para traicionar y poner en manos de los octubristas a los pequeños burgueses y campesinos que siguen a los liberales, este problema volverá a plantearse una y otra vez ante los socialdemócratas rusos, como ya se planteó en repetidas ocasiones durante la revolución. Por eso, no vendría mal que algunos de nuestros socialdemócratas meditasen en los argumentos expuestos por *Vorwärts*.

P. S. El presente artículo ya había sido entregado a la imprenta cuando leímos en el núm. 52 de *Riech* (del 1 de marzo) el artículo del señor K. D., corresponsal en Berlín de dicho periódico, titulado "La crisis del liberalismo alemán". El autor enfoca la polémica de *Vorwärts* con Südekum empleando el tono y los procedimientos al uso entre nuestros falsificadores liberales. No se le ocurre exponer los argumentos de una y otra parte o aportar citas exactas. Se limita a decir: "El *Vorwärts* oficial cubre inmediatamente de lodo al hereje, y en un editorial muy poco apetitoso por su tono desenvuelto y provocador, le acusa de ignorante y de olvidar de un modo imperdonable los dogmas del partido." Dejamos al lector que juzgue si al propio Südekum le resulta "apetitosa" semejante defensa por parte de los demó-

cratas-constitucionalistas. Pero tal es el destino de los revisionistas de cualquier país: hallar en la burguesía un firme apoyo y un sentido "reconocimiento" a sus esfuerzos. Para confirmar la justeza de nuestra posición, difícilmente podría hallarse algo más "apetitoso" que la alianza de los Südekums con los Struves.

Proletari, núm. 25, 12 (25) de marzo de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

COMO JUZGA A MARX EL LIBERALISMO INTERNACIONAL

Un personaje de Turguéniev da la siguiente trasposición de los versos de un gran poeta alemán:

*Wer den Feind will versteh'n
Muss im Feindes Lande geh'n*

o sea: "quien quiera conocer a su enemigo, debe ir al país de ese enemigo", y enterarse directamente de sus usos, costumbres, modo de pensar y de actuar.

Tampoco a los marxistas les vendría mal echar una ojeada a la forma en que conmemoraron el 25 aniversario de la muerte de Marx influyentes periódicos políticos de diversos países y, en particular, los órganos burgueses liberales y "democráticos", que aúnan la posibilidad de influir sobre masas de lectores con el derecho a hablar en nombre de la ciencia oficial, subvencionada, diplomada y profesoral.

Comencemos nuestro examen por *Russkie Viédomosti*. Se trata del periódico profesoral más apacible (y más aburrido) y más científico (y más alejado de la vida real). En el articulillo que publica con motivo del 25 aniversario de la muerte de Marx (núm. 51, del 1 de marzo) predomina un tono seco, envarado, predomina la "objetividad", como se dice en el lenguaje de los "ordinarios" y "extraordinarios"... Hechos y menudencias: a eso procura limitarse el autor del artículo. Y como historiador imparcial, está dispuesto a rendir el debido tributo a Marx, a lo menos por lo pasado, por lo que ya no tiene vida y de lo cual se puede hablar sin vida. "*Russkie Viédomosti*" reconoce en Marx una "notable figura", y un hombre de "gran relieve científico", y un "destacado dirigente del proletariado", un organizador de las masas. Pero ese reconocimiento se reduce al pasado: ahora,

dice el periódico, "se precisan realmente nuevos caminos", es decir, nuevos caminos para el movimiento obrero y para el socialismo, que no se parecen al "viejo marxismo". El periódico no dice claramente cuáles son esos caminos, pues el tema es demasiado vivo para unos profesores y demasiado "imprudente" para unos virtuosos del arte de "callar con tacto". Pero las alusiones que se hacen son evidentes. "Muchas de sus construcciones [de Marx] han sido derribadas por el análisis científico y por la implacable crítica de los acontecimientos. Entre los hombres de ciencia casi no figuran seguidores suyos que permanezcan fieles a todo su sistema. La criatura espiritual de Marx, la socialdemocracia alemana, se ha apartado bastante del camino revolucionario trazado por el fundador del socialismo alemán." Como podéis ver, es muy poco lo que el autor deja por decir: tan sólo su deseo de *corregir* a Marx al estilo revisionista.

Riech, otro periódico influyente, órgano de un partido político que hace de primer violín en el concierto del liberalismo ruso, emite un juicio mucho más vivo sobre Marx. La orientación, como cabe suponer, es la misma que la de *Russkie Viédomosti*, pero en este periódico hemos visto el prefacio a un libro voluminoso, mientras que *Riech* brinda consignas políticas que orientan de un modo directo numerosas intervenciones parlamentarias en las que se hace una apreciación de todos los acontecimientos del momento y de todos los problemas de nuestra época. El artículo *Carlos Marx y Rusia* (núm. 53, del 2 de marzo) ha sido escrito por un conocido renegado, el señor Izgóev, que es un modelo de esos intelectuales rusos que de los 25 a los 30 años hacen pininos "marxistas", de los 35 a los 40 se las dan de liberales y posteriormente se convierten en ultrarreaccionarios.

El señor Izgóev (según sus propias palabras y según ha dicho de él el señor Struve, gran maestro en apostasías) se pasó de las filas socialdemócratas a las de los liberales justamente cuando, después de los primeros éxitos asombrosos de la revolución, se inició el difícil período de una lucha larga y tenaz frente a la contrarrevolución cada vez más fuerte. Y en este aspecto, el caso del señor Izgóev es muy típico. En forma excelente, muestra y explica a *quién benefician* los remilgos profesoraes cuando se trata de emitir un juicio sobre Marx y *para quién* trabaja esa ciencia "diplomada". "El táctico político —ruge Izgóev, refiriéndose a Marx— fue un gran impedimento para el gran hombre de ciencia y le obligó a cometer no pocos errores." El principal consistió, naturalmente, en que, además

del "marxismo *evolutivo*", acertado, racional y compartido por la "mayoría" (¿por la mayoría de los filisteos?), hizo su aparición en este mundo de Dios el marxismo revolucionario, maligno, anticientífico, fantástico y "adulterado por los vapores espirituosos del populismo". Lo que más indigna a nuestro liberal es el papel desempeñado por *este* marxismo en la revolución rusa. Imagínense ustedes: han llegado al extremo de proponer la dictadura del proletariado para realizar esa misma "revolución burguesa"; o bien: hasta el de "la dictadura del proletariado y los campesinos, totalmente fantástica en boca de los marxistas". "No es de extrañar que el marxismo revolucionario, en la forma en que lo han asimilado en Rusia los bolcheviques de todo género, haya fracasado"... "Habrá que pensar en la implantación de una Constitución «burguesa» [comillas irónicas del señor Izgóev] de tipo corriente."

Ahí tienen ustedes a un octubrista ideológicamente acabado y políticamente maduro, muy convencido de que el fracaso lo han sufrido el marxismo y la táctica revolucionaria, y no la táctica demócrata-constitucionalista de compromisos y traiciones.

Prosigamos. De la prensa rusa pasaremos a la alemana, que se desenvuelve en un ambiente libre, cara a cara con un partido socialista legal que expresa sus opiniones en decenas de diarios. Uno de los periódicos burgueses más ricos, más difundidos y más "democráticos" de Alemania, el *Frankfurter Zeitung*, dedica un largo editorial al 25 aniversario de la muerte de Marx. (Núm. 76, del 16 de marzo, edición vespertina.) De buenas a primeras, los "demócratas" alemanes toman al toro por los cuernos. "Como es natural —nos dicen—, la prensa socialdemócrata ha honrado en este día a su maestro en numerosos artículos. Pero hasta un influyente periódico nacional-liberal ha reconocido, si bien con las reservas habituales, que Marx fue un gran hombre. Sí, en efecto, Marx fue grande, pero fue un gran depravador."

Este periódico, en el que se halla representada la flor de aquella variedad del ultrarreaccionarismo ideológico que se llama liberalismo europeo, aclara que no duda en absoluto de la honradez personal de Marx. Pero sus teorías han ocasionado un daño incalculable. Al introducir el concepto de necesidad y regularidad en los fenómenos sociales, al negar la importancia de la moral y el carácter relativo y convencional de nuestros conocimientos, Marx fundó una utopía anticientífica y una verdadera "Iglesia" de sectarics que le siguen. Pero la más nociva de sus

ideas es la lucha de *clases*. ¡Ahí reside todo el mal! Marx tomó en serio la vieja máxima de las *two nations*, de las dos naciones dentro de cada nación civilizada: la nación de los "explotadores" y la de los "explotados". (Estas anticientíficas expresiones el periódico las da con un entrecomillado de aplastante ironía.) Marx olvidó esa verdad evidente, clara y comprensible para todas las personas normales, de que, en la vida social, "el objetivo no es la lucha, sino el acuerdo". Marx "desgarró al pueblo en partes, metiendo a martillazos en las cabezas de sus hombres la idea de que entre ellos y las demás personas no hay nada común, que unos y otros son enemigos a muerte".

¿Puede haber algo más natural —pregunta el periódico— que la socialdemocracia, muchas de cuyas reivindicaciones prácticas la hacen coincidir con numerosos elementos de la burguesía, trate de estrechar sus relaciones con ellos? Pero eso no puede realizarse porque lo impide justamente la teoría marxista. La socialdemocracia se ha condenado ella misma al aislamiento. En cierta época pareció que iba a producirse en este aspecto un cambio fundamental. Fue la época en que los revisionistas iniciaron su campaña. Pero resultó ser un error, y lo que nos distingue de los revisionistas es, entre otras cosas, que nosotros comprendimos ese error y ellos no. Los revisionistas creían, y siguen creyendo hasta ahora, que, en cierto modo, es posible seguir aferrándose a Marx y convertirse a la vez en otro partido. Vana esperanza. A Marx hay que tragárselo íntegramente o desecharlo por completo. Aquí no valen las medias tintas...

¡Muy cierto, señores liberales! ¡A veces se les escapa a ustedes alguna que otra verdad!

...Mientras la socialdemocracia siga honrando a Marx, no podrá deshacerse de la idea de la lucha de clases ni de todas esas cosas que hacen tan difícil convivir con ella... Los hombres de ciencia están de acuerdo en que, de todas las teorías de la Economía política marxista, ni una sola ha resultado ser acertada...

Bien, bien. Han expresado ustedes a las mil maravillas la esencia de la ciencia burguesa, del liberalismo burgués y de toda su política. Han comprendido ustedes que a Marx no se le puede tragar por partes. Los Izgóevs y los liberales rusos todavía no lo han comprendido. Pero pronto lo comprenderán.

Y he aquí, para terminar, el *Journal des Débats*, órgano conservador de una república burguesa. En el número del 15 de marzo, refiriéndose al aniversario, dice que los socialistas, esos "feroces niveladores", predicán el culto de sus grandes hombres, que lo más nocivo de las doctrinas de Marx, quien

“odiaba a la burguesía”, es la teoría de la lucha de *clases*. “Lo que Marx predicaba a las clases trabajadoras no eran conflictos pasajeros, seguidos de armisticios, sino una guerra santa, una guerra de exterminio, de expropiación, una guerra por la conquista de la tierra de promisión del colectivismo... una utopía monstruosa”...

¡Qué bien escriben los periódicos burgueses cuando algo les toca de verdad en lo vivo! Y la vida resulta más alegre cuando vemos cómo se va formando y consolidando en todo el mundo la unidad ideológica entre los enemigos liberales del proletariado, pues esa unidad es una garantía de la unificación de los millones de hombres del proletariado internacional, quienes, a despecho de todo, conquistarán su tierra de promisión.

Proletari, núm. 25, 12 (25) de marzo de 1908.

Se publica según el texto del periódico.

NOTAS

- ¹ El artículo *Contra el boicot* fue publicado a fines de julio de 1907 en el folleto *El boicot a la Tercera Duma*, que se editó en una imprenta socialdemócrata clandestina de Petersburgo, aunque en su portada aparecía un pie de imprenta ficticio: "Moscú, 1907. Tipografía Gorizóntov, Tverskaia 40." En setiembre del mismo año, la policía se incautó del folleto.
- ² *El IV Congreso de delegados de la Unión de Maestros de toda Rusia* se celebró del 19 al 24 de junio (del 2 al 7 de julio) de 1907 en Finlandia. Asistieron 82 delegados en representación de más de dos mil maestros.
- ³ *Socialistas-revolucionarios*: partido pequeñoburgués, fundado el año 1902 en Rusia como resultado de la unificación de diversos círculos y grupos populistas. El programa, aprobado en 1905 en el Primer Congreso de este partido, era una mezcla de las ideas del viejo populismo con un marxismo falsificado en el espíritu del revisionismo. Los socialistas-revolucionarios se negaban a ver las diferencias de clase existentes entre el proletario y el pequeño propietario y, velando las contradicciones de clase en el seno del campesinado, rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución y la idea de la dictadura del proletariado. Siendo en la esfera de la teoría revisionistas y reformistas de extrema derecha, los socialistas-revolucionarios tomaron sus concepciones teóricas de los revisionistas E. Bernstein, F. Hertz, E. David y E. Vandervelde. Como consigna para el movimiento campesino formulaban la demanda utópica de la "socialización de la tierra" en las condiciones del capitalismo. Propugnaban la idea subjetivista de los "héroes" activos y la "multitud" pasiva y veían en el terrorismo el método fundamental de lucha, con lo que causaron grave daño al movimiento revolucionario de masas. En la revolución de 1905-1907 actuaron como demócratas burgueses. En 1906, los socialistas-revolucionarios de derecha crearon el "Partido Socialista-Popular del Trabajo", semidemócrata-constitucionalista, y formaron un bloque con los demócratas-constitucionalistas. Durante la primera guerra mundial los socialistas-revolucionarios ocuparon una posición socialchovinista. Después de la victoria de la Revolución de Febrero, en su partido cristalizaron tres grupos: el derechista (encabezado por E. Breshko-Breshkóvskaja y Kerenski), el centrista (encabezado por V. Chernov) y el izquierdista (encabezado por M. Spiridónova). Los líderes de los derechistas y de los centristas entraron a formar parte del gobierno provisional burgués, aplicaron la política de los demócratas-constitucionalistas y participaron en la preparación del complot de Kornilov, que se proponía implantar en Rusia una dictadura mili-

tar-monárquica. El grupo de Spiridónova formó el ala izquierda, que se constituyó en partido socialista-revolucionario "de izquierda" independiente en el Congreso de diciembre de 1917. Después de la victoria de la gran Revolución Socialista de Octubre, los socialistas-revolucionarios realizaron una labor contrarrevolucionaria y de zapa, y participaron en los ejércitos de los intervencionistas y en los gobiernos de guardias blancos, testaferros de los imperialistas extranjeros. Derrotada la intervención, prosiguieron su labor contra el Estado soviético dentro del país y en el campo de los emigrados blancos. Los socialistas-revolucionarios "de izquierda", movidos por el afán de conservar su influencia sobre las masas campesinas, en noviembre de 1917 entraron a formar parte del primer gobierno soviético. Después de la ratificación de la paz de Brest-Litovsk abandonaron el Consejo de Comisarios del Pueblo; en el verano de 1918 organizaron una sublevación con el fin de provocar la guerra con Alemania y derribar el gobierno soviético. Derrotada esta sublevación comenzó la disgregación de su partido.

⁴ *El golpe de estado del 3 (16) de junio de 1907*, de carácter reaccionario, consistió en la disolución de la II Duma del Estado por el gobierno y la modificación de la ley que reglamentaba las elecciones a la Duma. La nueva ley electoral aumentó considerablemente la representación de los terratenientes y de la burguesía comercial e industrial en la Duma y redujo en gran proporción el ya exiguo número de representantes de los obreros y los campesinos. La ley privó de derechos electorales a la mayoría de la población de la Rusia Asiática y redujo a la mitad la representación de los habitantes de Polonia y del Cáucaso. La III Duma, elegida sobre la base de esta ley y reunida en noviembre de 1907, era por su composición la Duma de los ultrareaccionarios y de los demócratas-constitucionalistas.

⁵ *Duma de Bulyguin*: "organismo representativo" consultivo que el gobierno zarista prometió convocar en 1905. El proyecto de ley creando la Duma consultiva del Estado y el reglamento electoral para la Duma fueron elaborados por una comisión que presidía Bulyguin, ministro del interior, y publicados el 6 (19) de agosto de 1905. Los bolcheviques declararon el boicot activo a la Duma bulyguiniana. El gobierno no consiguió convocar la Duma; ésta fue barrida por la revolución.

⁶ *El 9 de enero de 1905* ("Domingo sangriento"), día en que el gobierno zarista ametralló una procesión pacífica de obreros de Petersburgo, que se dirigían al Palacio de Invierno para entregar al zar una petición. La noticia de la sangrienta matanza despertó la indignación de todos los trabajadores. En todo el país se declararon huelgas de protesta con la consigna de "¡Abajo la autocracia!". Los acontecimientos del 9 de enero marcaron el comienzo de la revolución de 1905-1907.

⁷ En el acorazado *Príncipe Potemkin de Táurida*, de la flota rusa del Mar Negro, se produjo una importante sublevación revolucionaria que

duró del 14 al 24 de junio de 1905, y tuvo enorme trascendencia política, pues fue la primera acción revolucionaria de masas en las fuerzas armadas y el primer caso en que una importante unidad militar se pasaba a las filas de la revolución.

⁸ *Duma de Witte*: Primera Duma, convocada el 27 de abril (10 de mayo) de 1906 sobre la base de un reglamento elaborado por S. Witte, presidente del Consejo de Ministros. A pesar de que la ley electoral era antidemocrática, el zar no consiguió reunir una Duma completamente dócil. Formaban la mayoría los demócratas-constitucionalistas, que pretendían granjearse la confianza de los campesinos con falsas promesas de reformas, incluida la reforma agraria. El 8 (21) de julio de 1906, la Duma fue disuelta por el gobierno zarista.

⁹ *El hombre enfundado*: personaje central de la obra del mismo nombre de A. Chéjov. Es el tipo del pequeño burgués limitado, temeroso de cualquier novedad o iniciativa.

¹⁰ *El Cuarto Congreso del P.O.S.D.R. (Congreso de "Unificación")* se celebró en Estocolmo del 10 al 25 de abril (23 de abril - 8 de mayo) de 1906. Participaron en él 112 delegados con voz y voto, que representaban a 57 organizaciones locales del partido, y 22 delegados con derecho a voz. También asistieron al congreso representantes de los partidos socialdemócratas nacionales: la socialdemocracia de Polonia y Lituania, el Bund y el Partido Obrero Socialdemócrata de Letonia enviaron cada uno tres representantes; el Partido Obrero Socialdemócrata de Ucrania y el Partido Obrero de Finlandia enviaron cada uno 1 representante; asistió también un representante del Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro. Entre los delegados bolcheviques estuvieron presentes V. Lenin, F. Artiom (Serguéiev), M. Frunze, M. Kalinin, S. Shaumián, J. Stalin, K. Voroshilov, V. Vorovski y otros. Las principales cuestiones examinadas por el congreso fueron: la agraria, apreciación del momento y de las tareas de clase del proletariado, actitud ante la Duma y cuestiones de organización. En torno a todas ellas se desarrolló una encarnizada lucha entre los bolcheviques y los mencheviques. Lenin pronunció varios informes y discursos sobre la cuestión agraria, el momento actual, la táctica con respecto a las elecciones a la Duma, la insurrección armada y otras cuestiones.

El predominio de los mencheviques, si bien insignificante, determinó el carácter de los acuerdos del congreso. En varias cuestiones se adoptaron resoluciones mencheviques (el programa agrario, la actitud ante la Duma y otras). El congreso aprobó la fórmula de Lenin en cuanto al primer artículo de los estatutos, sobre la condición de miembro del partido. También dio ingreso en el P.O.S.D.R. a las organizaciones socialdemócratas nacionales (al Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania y al Partido Obrero Socialdemócrata de Letonia) y decidió la cuestión de la pertenencia del Bund al P.O.S.D.R.

El Comité Central elegido por el congreso estaba integrado por 3 bolcheviques y 7 mencheviques. Para la redacción del órgano central sólo fueron elegidos mencheviques.

En el folleto *Informe sobre el Congreso de Unificación del*

P.O.S.D.R., Lenin hace un análisis de las labores del congreso. (Véase, *Obras Completas*, t. X, ed. Cartago, Bs. As. 1959, págs. 311-377. *Ed.*)

- ¹¹ *Dubásov*: gobernador general de Moscú, que aplastó la insurrección armada de diciembre. *Stolypin*: presidente del Consejo de Ministros.
- ¹² *Partido Demócrata-Constitucionalista (kadetes)*: partido de la burguesía monárquica liberal y el más importante de los partidos burgueses de Rusia: se constituyó en octubre de 1905. Encubriéndose en un falso democratismo y denominándose "partido de la libertad del pueblo", los demócratas-constitucionalistas trataron de atraerse al campesinado. Querían conservar el zarismo en forma de monarquía constitucional. Más tarde se convirtieron en un partido de la burguesía imperialista. Después de la victoria de la gran Revolución Socialista de Octubre, organizaron sublevaciones y complotos contrarrevolucionarios contra la República Soviética.
- ¹³ *Továrisch* ("El Camarada"): diario burgués; apareció en Petersburgo desde marzo de 1906 hasta enero de 1908. Sin ser formalmente órgano de ningún partido, en realidad era el portavoz de los demócratas-constitucionalistas de izquierda. Colaboraban en él los menecheviques.
- ¹⁴ *Hoja del C.C.*: "Carta núm. 1 a las organizaciones del partido". Sin proclamar la acción inmediata, el C.C. del P.O.S.D.R. invitaba a las organizaciones del partido a "apoyar y desarrollar hasta el final los movimientos de masas que van surgiendo y asumir inmediatamente la iniciativa del movimiento en aquellos casos en que haya razones fundadas para contar con un apoyo enérgico y resuelto de amplias masas, poniéndolo a la vez en conocimiento del Comité Central".
- ¹⁵ "Centurias negras": bandas monárquicas ultrarreaccionarias organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Las centurias negras asesinaban a los revolucionarios, agredían a los intelectuales progresistas y organizaban pogróms antisemitas.
- ¹⁶ "Octubristas" o "Unión del 17 de octubre": partido contrarrevolucionario de la gran burguesía industrial y de los grandes terratenientes que explotaban sus fincas con métodos capitalistas. Se fundó en noviembre de 1905. Reconociendo de palabra el manifiesto del 17 de octubre, los octubristas apoyaban sin reservas la política interior y exterior del gobierno zarista. Los líderes de los octubristas fueron el gran industrial A. Guehkov y el gran terrateniente M. Rodzianko.
- ¹⁷ *Proletari* ("El Proletario"): semanario bolchevique clandestino, órgano central del P.O.S.D.R., fundado por acuerdo del III Congreso del Partido. En virtud de una decisión del Pleno del Comité Central del Partido reunido el 27 de abril (10 de mayo) de 1905, V. I. Lenin fue designado director del órgano central.
- Proletari* se editó en Ginebra del 14 (27) de mayo al 12 (25) de noviembre de 1905. Aparecieron 26 números. En la labor de la redacción participaron de manera permanente A. Lunaeharski, M. Olminski y V.

Vorovski. *Proletari* siguió la línea de la vieja *Iskra* leninista y fue, en el pleno sentido de la palabra, el continuador del periódico bolchevique *Vperiod*.

Lenin escribió para *Proletari* más de cincuenta artículos y notas. Los artículos de Lenin publicados en *Proletari* eran reproducidos en la prensa bolchevique local y editados en hojas sueltas.

Poco después del regreso de Lenin a Rusia, en noviembre de 1905, *Proletari* dejó de publicarse. Los dos últimos números (el 25 y el 26) aparecieron bajo la dirección de V. Vorovski.

- ¹⁸ *Proletari* ("El Proletario"): periódico clandestino fundado por los bolcheviques después del IV Congreso (de "Unificación") del P.O.S.D.R.; se publicó desde el 21 de agosto (3 de setiembre) de 1906 hasta el 28 de noviembre (11 de diciembre) de 1909, bajo la dirección de Lenin. Aparecieron en total 50 números. Oficialmente *Proletari* fue órgano de los comités locales de Moscú y Petersburgo y, durante cierto tiempo, además, del Comité Provincial de Moscú y de los comités de Perm, Kursk y Kazán del P.O.S.D.R. De hecho, *Proletari* fue el órgano central de los bolcheviques. Los 20 primeros números fueron editados en Finlandia. Desde el 13 (26) de febrero hasta el 1 (14) de diciembre de 1908, *Proletari* apareció en Ginebra, y desde el 8 (21) de enero de 1909, en París. Publicó en el periódico más de cien artículos y notas de Lenin. Durante los años de reacción stolypiniana, *Proletari* desempeñó un papel destacado en el mantenimiento y consolidación de las organizaciones bolcheviques. En el Pleno del Comité Central del P.O.S.D.R. celebrado en enero de 1910, los "conciliadores" consiguieron que se acordase cesar la publicación de *Proletari*.
- ¹⁹ El artículo *En memoria del conde Gueiden*, publicado con la firma de N. L. en la recopilación *Golos Zhizni* ("La Voz de la Vida"), San Petersburgo, 1907, apareció con la siguiente nota de la Redacción: "Por circunstancias «ajenas» a la voluntad del autor, este artículo escrito en junio, inmediatamente después de haber aparecido los panegíricos de *Továrisch*, no pudo ser publicado.
- "Al darle cabida en la presente recopilación, la Redacción considera que, si bien el motivo que impulsó al autor a escribirlo ya ha perdido su significación en el momento presente, sin embargo, el contenido del artículo conserva aún ahora todo su valor."
- ²⁰ *Russkie Viédomosti* ("La Gaceta de Rusia"): diario editado en Moscú a partir de 1863 por los profesores liberales de la Universidad de Moscú y por personalidades de los zemstvos; expresaba los intereses de los terratenientes liberales y de la burguesía. Desde 1905, órgano de los demócratas-constitucionalistas de derecha. Su publicación fue suspendida después de la gran Revolución Socialista de Octubre de 1917.
- ²¹ Se trata de la huelga política que se extendió a toda Rusia en octubre de 1905, cuando iba madurando la crisis revolucionaria.
- ²² El *Partido de la Renovación pacífica*, fundado en 1906, era una organización contrarrevolucionaria burgués-terrateniente, que agrupaba a los

- octubristas de izquierda y a los demócratas-constitucionalistas de derecha. Lenin lo denominaba "Partido de la Explotación pacífica".
- 23 *La Conferencia urbana de Petersburgo del P.O.S.D.R.* se celebró en Terioki (Finlandia) los días 8 y 14 (21 y 27) de julio de 1907. Sus actas no se han conservado. Asistieron a la primera sesión 61 delegados con voz y voto y 21 con derecho a voz. Lenin pronunció un informe sobre la actitud ante las elecciones a la III Duma. La Conferencia se pronunció contra el boicot a la III Duma, aprobando así la línea defendida por Lenin en sus tesis y en su informe.
- 24 *La III Conferencia del P.O.S.D.R. ("II de toda Rusia")* se celebró en Kotka (Finlandia), del 21 al 23 de julio (3-5 agosto) de 1907. Asistieron a ella 26 delegados (9 bolcheviques, 5 mencheviques, 5 socialdemócratas polacos, 5 del Bund y 2 socialdemócratas lotones). En la orden del día figuraban las siguientes cuestiones: la participación en las elecciones a la III Duma, los acuerdos electorales y el Congreso de los sindicatos de toda Rusia. Sobre el primer punto de la orden del día se pronunciaron tres informes: en nombre de los bolcheviques hablaron Lenin (contra el boicot) y A. Bogdánov (a favor del boicot); Dan intervinó en nombre de los mencheviques y del Bund. La Conferencia aprobó por mayoría de votos la resolución propuesta por Lenin. En la cuestión relativa al Congreso de los sindicatos se presentaron 4 proyectos de resolución, que se pasaron al Comité Central del P.O.S.D.R. para su estudio. Uno de ellos se basaba en el texto propuesto por Lenin.
- 25 *Progresistas sin partido*: nombre que en las elecciones a la III Duma adoptaron sobre todo los representantes de la pequeña burguesía urbana. En la III Duma, los "progresistas" eran la amorfa ala izquierda de los octubristas. En la IV Duma se dio el nombre de "progresistas" a un partido de la gran burguesía que se había separado del partido burgués-terrateniente de los octubristas.
- 26 *Obrasovanie ("Instrucción")*: revista literaria legal, de carácter científico popular, social y político. Aparecía mensualmente en Petersburgo y se editó desde 1892 hasta 1909. De 1906 a 1908 publicó artículos de los bolcheviques. En el núm. 2 de 1906 aparecieron los capítulos V al IX del trabajo de Lenin *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"*. (Véase: *Obras Completas*, t. V, ed. Cartago, Bs. As., 1959, pág. 157. Ed.)
- 27 *El periódico de Burenin*: nombre que da Lenin al periódico monárquico ultrarreaccionario *Nóvoie Vremia*, en el que colaboraba Burenin, dedicándose a atacar ferozmente a los representantes de todas las corrientes progresistas del pensamiento social.
- 28 *Trudoviques ("Grupo del Trabajo")*: grupo de demócratas pequeño-burgueses constituido en abril de 1906 por diputados campesinos a la I Duma del Estado.
Los trudoviques reivindicaban la abolición de todas las restricciones

- estamentales y nacionales, la democratización de la administración de los zemstvos y de las ciudades y el sufragio universal para las elecciones a la Duma del Estado. El programa agrario de los trudoviques se basaba en los principios populistas de usufructo igualitario del suelo: organización de un fondo nacional con las tierras del fisco, de la Corona, del zar y de los monasterios, así como de los propietarios privados si sus fincas rebasaban la norma laboral establecida. Se preveía una indemnización por las tierras de propiedad privada enajenadas. La realización de la reforma agraria se encomendaba a los comités campesinos locales.
- 29 *Ricoh ("La Palabra")*: diario, órgano central del partido demócrata-constitucionalista. Empezó a publicarse en Petersburgo en febrero de 1906. En octubre de 1917 fue suspendido por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado.
- 30 *Consejo de la nobleza unida*: organización contrarrevolucionaria de los terratenientes que ejerció una gran influencia sobre la política del gobierno. Durante la III Duma, muchos de sus miembros formaban parte del Consejo de Estado y de los centros directivos de las organizaciones ultrarreaccionarias.
- 31 *"Socialistas-populares"*: partido legal pequeño-burgués, fundado en 1906 y salido del ala derecha de los socialistas-revolucionarios. Formuló reivindicaciones que no rebasaban el marco de la monarquía constitucional. Los socialistas-populares rechazaban la tesis del programa socialista-revolucionario sobre la socialización de la tierra, reconociendo la enajenación de las tierras de los terratenientes sobre la base del rescate. Lenin llamaba a los socialistas-populares "oportunistas pequeño-burgueses", "social-kadetes", "mencheviques socialistas-revolucionarios". Los líderes de los socialistas-populares eran A. Peshejónov, V. Miakotin, N. Annenski y otros.
- 32 *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart* (VII Congreso de la II Internacional) se celebró del 18 al 24 de agosto (del nuevo calendario) de 1907. El P.O.S.D.R. estuvo representado por 37 delegados. Por los bolcheviques asistieron al Congreso Lenin, Lunacharski, Litvínov y otros. El Congreso discutió las siguientes cuestiones: 1) el militarismo y los conflictos internacionales, 2) relaciones entre los partidos políticos y los sindicatos, 3) la cuestión colonial, 4) inmigración y emigración obrera y 5) el sufragio femenino. Las labores fundamentales del Congreso se concentraron en las comisiones, donde se redactaban los proyectos de resoluciones para las sesiones plenarias. Lenin participó en las labores de la comisión sobre "El militarismo y los conflictos internacionales".
- 33 En el mismo núm. 17 de *Proletari* en que apareció este artículo se publicaron las resoluciones del Congreso Socialista Internacional de Stuttgart.
- 34 *"Sociedad fabiana"*: organización reformista y oportunista, fundada en Inglaterra en 1884 por un grupo de intelectuales burgueses. La sociedad tomó su nombre del capitán romano Fabio Cunctator (el Diferi-

dor), famoso por su táctica expectante, que le hacía rehuir los combates decisivos. Los fabianos apartaban al proletariado de la lucha de clases y propugnaban el paso pacífico del capitalismo al socialismo mediante pequeñas reformas.

Véase la crítica que hace Engels de los fabianos en su carta a Sorge del 18 de enero de 1893.

- ³⁵ *Die Gleichheit* ("La Igualdad"): revista quincenal socialdemócrata, órgano del movimiento obrero femenino de Alemania. Se publicó de 1890 a 1925. De 1892 a 1917 la dirigió Clara Zetkin.
- ³⁶ *Ministerialismo*, llamado también "socialismo" ministerial o millerandismo, era el nombre que se daba a la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses reaccionarios. El término surgió en 1899, cuando el socialista francés Millerand entró a formar parte del gobierno burgués.
- ³⁷ *Vorwärts* ("Adelante"): órgano central de la socialdemocracia alemana; inició su publicación en 1876 bajo la dirección de G. Liebknecht y otros. En las páginas del periódico, Engels luchó contra todas las manifestaciones del oportunismo. A partir de la segunda mitad de la década del 90, después de la muerte de Engels, en *Vorwärts* aparecieron de manera sistemática artículos de los oportunistas, que predominaban en la socialdemocracia alemana y en la II Internacional.
- ³⁸ *Dashnakes*: afiliados al "*Dashnaksutiún*", partido nacionalista burgués armenio, fundado a comienzos de la década del 90, que luchó contra el movimiento revolucionario obrero y campesino. De 1918 a 1920, los *dashnakes* encabezaron el gobierno nacionalista burgués de Armenia, convertida por ellos en punto de apoyo de los intervencionistas anglo-franceses y de los guardias blancos en la lucha contra el Poder Soviético.
- ³⁹ En 1907, la editorial *Zernó* ("La Semilla") inició la publicación de las obras de Lenin en tres tomos bajo el título general *12 años*. De los tres tomos proyectados sólo se consiguió publicar el primero y la primera parte del segundo. El primer tomo comprendía los siguientes trabajos de Lenin: *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve, Tareas de los socialdemócratas rusos, Los perseguidores de los zemstvos y los Anibales del liberalismo, ¿Qué hacer?, Un paso adelante, dos pasos atrás, La campaña de los zemstvos y el plan de "Iskra" y Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. El primer tomo salió de la imprenta a mediados de noviembre de 1907 (en la portada se puso el año 1908) y fue secuestrado poco después, pero se logró salvar buena parte de la tirada y el libro siguió difundándose clandestinamente. En el segundo tomo se pensaba incluir los trabajos sobre la cuestión agraria. Este tomo no llegó a salir tal y como se había proyectado. A comienzos de 1908 apareció tan sólo la primera parte (sin el título general *12 años*, que fue suprimido por motivos conspirativos), en la que se insertaron trabajos de Lenin publicados en

la prensa legal: *En torno a la definición del romanticismo económico, El censo de los kustares de 1894-1895 en la provincia de Perm y cuestiones generales de la industria de los kustares, La cuestión agraria y los "críticos de Marx"*. La segunda parte del segundo tomo estaba formada por el trabajo *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa 1905-1907*. Para la parte final del segundo tomo Lenin pensaba escribir un extenso trabajo sobre la distribución de la tierra en Rusia (según los nuevos datos estadísticos de 1905) y sobre la municipalización. Sin embargo, esta parte final del segundo tomo no pudo ser publicada. En el tercer tomo debían incluirse los artículos polémicos insertados en los órganos de prensa bolcheviques (*Iskra, Vperiod, Proletari* y *Nóvaia Zhisn*). La ofensiva de la reacción impidió a Lenin editar el tercer tomo.

- ⁴⁰ El grupo "*Emancipación del Trabajo*" fundado por J. Plejánov en Ginebra (Suiza) en 1883, fue el primer grupo marxista ruso. Además de Plejánov formaban parte del grupo P. Axelrod, V. Zasúlích, L. Deich y V. Ignátov. El grupo se propuso propagar en Rusia el socialismo científico, criticar el populismo y analizar teóricamente la realidad rusa desde las posiciones del marxismo. El grupo "*Emancipación del Trabajo*" editó y difundió ampliamente en Rusia traducciones de los trabajos más importantes de C. Marx y F. Engels (*Manifiesto del Partido Comunista, Trabajo asalariado y capital, Del socialismo utópico al socialismo científico, Ludwig Feuerbach*, etc.), así como una serie de trabajos de Plejánov, en los que se educaron generaciones enteras de marxistas rusos (*El socialismo y la lucha política, Nuestras divergencias*, etc.). Al formular el programa de los socialdemócratas rusos (primero y segundo proyecto de 1884 y 1887) el grupo incurrió en diversos errores (admisión del terrorismo individual, negación del papel revolucionario del campesinado, sobrestimación del papel de la burguesía liberal, etc.). Lenin, al valorar altamente los méritos de J. Plejánov y del grupo "*Emancipación del Trabajo*", indicaba que "sólo dotó de una base teórica a la socialdemocracia y dio el primer paso al encuentro del movimiento obrero". El grupo se deshizo en 1903, después del II Congreso del P.O.S.D.R.
- ⁴¹ *Nóvoie Slovo* ("La Nueva Palabra"): revista mensual literaria y política marxista, publicada en Petersburgo desde 1894 por los populistas liberales y desde 1897 por los "marxistas legales". En ella aparecieron los artículos de Lenin *En torno a la definición del romanticismo económico y Con motivo de una nota periodística*. En diciembre de 1897, el gobierno suspendió la publicación de la revista.
- ⁴² *Zariá* ("La Aurora"): revista política marxista editada por la Redacción de *Iskra* en 1901 y 1902. En ella se publicaron los siguientes artículos de Lenin: *Notas casuales, Los perseguidores de los zemstvos y los Anibales del liberalismo*, los cuatro primeros capítulos del trabajo *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"* (con el título de *Los señores "críticos" en la cuestión agraria, Revista de la situación interior y*

El programa agrario de la socialdemocracia rusa. Aparecieron en total cuatro números.

43 *Iskra* ("La Chispa"): primer periódico político marxista de carácter nacional, fundado por Lenin en 1900. Circulaba clandestinamente. Después del II Congreso del P.O.S.D.R. pasó a ser el órgano central del partido. Al hablar de la vieja *Iskra*, Lenin se refiere a los primeros 51 números del periódico, pues los mencheviques lo convirtieron, a partir del núm. 52, en el órgano de su fracción.

44 "*La Voluntad del Pueblo*": Sociedad secreta populista, organizada en 1879 para la lucha revolucionaria contra la autocracia zarista; surgió después de la escisión de la organización populista "Tierra y Libertad". "*La Voluntad del Pueblo*" colocó en primer plano la lucha política, pero no la concebía como una lucha de masas, sino como una conjura. Sus adeptos eligieron como medio de lucha el terrorismo individual, partiendo de la errónea y funesta teoría de los héroes "activos" y de la "multitud" pasiva. Consideraban que un pequeño grupo de conspiradores intelectuales podía derribar la autocracia. Poco después del atentado perpetrado por los militantes de esa sociedad, que dió muerte al zar Alejandro II (1 [13] de marzo de 1881), "*La Voluntad del Pueblo*" fue aplastada por el gobierno zarista. Después de esto, la mayoría de los populistas renunciaron a la lucha revolucionaria contra el zarismo y propugnaron la conciliación y el entendimiento con la autocracia zarista.

El partido del "Derecho del Pueblo" era una organización ilegal de la intelectualidad democrática, fundada en 1893 con la participación de antiguos adeptos de "La voluntad del Pueblo"; en la primavera de 1894, esta organización fue destruida por el gobierno zarista. Los partidarios de "El Derecho del Pueblo" publicaron dos documentos programáticos: *Una cuestión urgente* y el *Manifiesto*. Lenin consideraba a los partidarios de "El derecho del Pueblo" como demócratas no consecuentes, que aún no comprendían su papel como organización democrática y utilizaban una fraseología socialista. Más tarde, una parte de los militantes de "El derecho del Pueblo" se pasó al Partido Socialista-Revolucionario, y otra parte a la "Liga de la Emancipación" (futuro partido demócrata-constitucionalista).

45 "*Bernsteiniada*" (bernsteinismo): corriente hostil al marxismo en la socialdemocracia internacional, surgida a fines del siglo XIX en Alemania y que debe su nombre al socialdemócrata oportunista alemán Eduardo Bernstein. Después de la muerte de Engels, Bernstein propugnó una franca revisión de la doctrina revolucionaria de Marx en el espíritu del liberalismo burgués (en los artículos *Problemas del socialismo* y en el libro *Premisas del socialismo y tareas de la socialdemocracia*), pretendiendo convertir el Partido Socialdemócrata en un partido pequeño-burgués de reformas sociales.

En Rusia fueron partidarios de Bernstein los "marxistas legales", los "economistas", los bundistas y los mencheviques.

46 Los "sin título": grupo demócrata-constitucionalista de izquierda (E. Kuskova, S. Prokopóvich, V. Bogucharski, etc.), que en 1906 editó en Petersburgo la revista *Bes Zaglavia* ("Sin Título"). Proclamándose partidarios del "socialismo crítico", del ala revisionista de la socialdemocracia de Europa occidental (Bernstein y otros), los "sin título" se oponían a la realización de una política independiente clasista del proletariado. Lenin denominó a los "sin título" "demócratas-constitucionalistas menchevizantes" o "mencheviques demo-constitucionalistas".

47 "*En el tercer tomo de la presente edición*", es decir, en el tercer tomo de la recopilación *12 años*, que no llegó a publicarse.

48 *Nóvaia Zhizn* ("Vida Nueva"): primer diario legal bolchevique; apareció desde el 27 de octubre (9 de noviembre) hasta el 3 (16) de diciembre de 1905 en Petersburgo. Al regreso de Lenin de la emigración a Petersburgo, a comienzos de noviembre de 1905, el periódico salió bajo su dirección personal. *Nóvaia Zhizn* fue de hecho el órgano central del P.O.S.D.R. Los más asiduos colaboradores del periódico fueron V. Vorovski, M. Olminski y A. Lunacharski. En la redacción de *Nóvaia Zhizn* participó activamente Máximo Gorki, que también prestó al periódico una gran ayuda económica. La tirada diaria del periódico llegó a los 80.000 ejemplares. *Nóvaia Zhizn* sufrió numerosas persecuciones. De los 27 números, 15 fueron secuestrados y destruidos. Después de la aparición del número 27, el periódico fue suspendido por el gobierno. El último número, el 28, salió clandestinamente.

49 *Vperiod* ("Adelante"): periódico bolchevique ilegal; se publicó en Ginebra desde el 22 de diciembre de 1904 (4 de enero de 1905) hasta el 5 (18) de mayo de 1905. Salieron 18 números. Lenin fue el organizador, el inspirador ideológico y el dirigente del periódico. En su Redacción figuraban también V. Vorovski, M. Olminski y A. Lunacharski. El III Congreso del P.O.S.D.R., en una resolución especial, señaló el relevante papel de *Vperiod* en la lucha contra el menchevismo y por el restablecimiento del espíritu de partido, en el planteamiento y exposición de las cuestiones de táctica que el movimiento revolucionario hacía surgir, y expresó su gratitud a la Redacción del periódico.

50 La *campaña de los zemstvos* se celebró de agosto de 1904 a enero de 1905. En los congresos, asambleas y banquetes las personalidades de los zemstvos pronunciaban discursos y adoptaban acuerdos que reflejaban el espíritu de unas reivindicaciones constitucionales moderadas. Los zemstvos eran órganos de la administración autónoma local, implantada en las provincias centrales de Rusia zarista en 1864. Los zemstvos, en los que el papel dominante lo ejercían los nobles, tenían limitadas sus atribuciones a los problemas administrativos de tipo local (hospitales, construcción de carreteras, estadísticas, seguros, etc.). Su actividad estaba sometida al control de los gobernadores y del Ministerio del Interior, que podían suspender la aplicación de cualquier acuerdo suyo que no agradase al gobierno.

51 La consigna de constituir un *Comité ejecutivo integrado por los grupos de izquierda de la Duma* fue lanzada por los bolcheviques con el fin de

asegurar la aplicación de una línea clasista independiente por los diputados obreros de la Duma, dirigir la actividad de los diputados campesinos y apartarlos de la influencia de los demócratas-constitucionalistas. Los mencheviques opusieron a esta consigna la idea de formar una "oposición nacional", según la cual los diputados obreros y campesinos deberían apoyar a los demócratas-constitucionalistas. Después de la disolución de la I Duma, el "Comité ejecutivo de las izquierdas" se constituyó de hecho en torno a la minoría socialdemócrata de la Duma. A iniciativa del "Comité ejecutivo de las izquierdas" se publicó un manifiesto "Al ejército y a la flota", que firmaron el comité de la minoría socialdemócrata de la Duma y el comité del Grupo del Trabajo, y un "Manifiesto a todos los campesinos de Rusia", que firmaron también la Unión de Campesinos de toda Rusia, el C.C. del P.O.S.D.R., el C.C. del Partido Socialista-Revolucionario, la Unión de Ferroviarios de toda Rusia y la Unión de Maestros de toda Rusia. En los manifiestos se invitaba al pueblo a librar una lucha revolucionaria contra el gobierno y se lanzaba la consigna de la convocatoria de una asamblea constituyente.

- 52 Se alude a las "aclaraciones senatoriales" que hizo por entonces el Senado gubernamental acerca de la aplicación de los artículos de la ley electoral en las elecciones a la Duma del Estado. Al "aclarar" los artículos de la ley, el Senado privó del derecho de voto a distintos electores e incluso a categorías enteras de la población.
- 53 D. Trépov, gobernador general de Petersburgo; dirigió la represión de la primera revolución rusa.
- 54 La "Unión del Pueblo Ruso", organización monárquica ultrarreaccionaria de las "centurias negras" que existió en la Rusia zarista de 1905 a 1917. Creada y subvencionada por el gobierno para reprimir la revolución, agrupaba en realidad a todas las organizaciones monárquicas. La componían terratenientes, comerciantes, policías, propietarios de casas, confidentes y elementos desclasados. Su método principal de lucha contra la revolución eran los pogroms, los asesinatos y las palizas a obreros revolucionarios y estudiantes. Las "centurias negras" actuaban de acuerdo con la gendarmería y la policía.
- 55 *Rússkoe Znamia* ("La Bandera Rusa"): periódico ultrarreaccionario, órgano de la "Unión del Pueblo Ruso"; se publicó en Petersburgo de noviembre de 1905 a 1917.
- 56 *Golos Moskvy* ("La Voz de Moscú"): diario, órgano del partido de los octubristas; se publicó de diciembre de 1906 a junio de 1915.
- 57 El comentario de Lenin *En torno a un artículo de Plejánov* fue incluido como epílogo de la Redacción del periódico *Proletari* al artículo de I. Meshkovski "Esto también es «polémica»".
- 58 La Conferencia de la organización del P.O.S.D.R. de Petersburgo se celebró el 27 de octubre (9 de noviembre) de 1907 en Terioki. Asistieron

a la Conferencia 57 delegados con voz y voto y 11 con voz. En la orden del día de la Conferencia figuraron los siguientes puntos: 1) informe del Comité de Petersburgo del P.O.S.D.R.; 2) informe sobre la labor del C.C. del P.O.S.D.R.; 3) conferencia de toda Rusia; 4) proceso judicial contra la minoría socialdemócrata de la Duma; 5) paro forzoso; 6) elecciones y otras cuestiones de organización. Lenin pronunció en la Conferencia informes sobre la preparación de la Conferencia de toda Rusia: acerca de la táctica de la minoría socialdemócrata de la III Duma del Estado y acerca de la colaboración de los socialdemócratas en la prensa burguesa. La Conferencia, por una mayoría de 37 votos contra 12, se pronunció a favor de la resolución propuesta por Lenin acerca de la táctica de la minoría socialdemócrata de la Duma. Contra esta resolución votaron los mencheviques, que invitaron a apoyar en la III Duma a los octubristas y votar en las elecciones a la presidencia de la Duma por un octubrista de "izquierda". La Conferencia aprobó la propuesta de los bolcheviques sobre la inadmisibilidad de la colaboración de los socialdemócratas en la prensa burguesa y tomó el acuerdo de declarar una huelga de 24 horas de los obreros y obreras de Petersburgo y su provincia el día del comienzo de la vista de la causa contra la minoría socialdemócrata de la II Duma.

La Conferencia eligió dos delegados bolcheviques para la Conferencia de toda Rusia.

- 59 El Congreso de Dresden (*Parteitag*) del Partido Socialdemócrata Alemán se celebró el 13 al 20 de setiembre de 1903. El Congreso tomó el acuerdo oportunista de admitir la colaboración de los socialdemócratas en la prensa burguesa.
- 60 La IV Conferencia del P.O.S.D.R. ("III Conferencia de toda Rusia") se celebró del 5 al 12 (18 al 25) de noviembre de 1907 en Helsingfors. Asistieron a la Conferencia 27 delegados: 10 bolcheviques, 4 mencheviques, 5 socialdemócratas polacos, 5 bundistas y 3 socialdemócratas letones. En la orden del día de la Conferencia figuraron las siguientes cuestiones: la táctica de la minoría socialdemócrata en la Duma del Estado; los centros fraccionales y el fortalecimiento de la ligazón del C.C. con las organizaciones locales, y la colaboración de los socialdemócratas en la prensa burguesa. Además, la Conferencia disintió la denominación que debía darse a la representación socialdemócrata en la Duma del Estado.
- Lenin pronunció el informe sobre la táctica de la minoría socialdemócrata en la III Duma. Contra la apreciación hecha por Lenin del régimen del 3 de junio y de las tareas del partido se manifestaron los mencheviques y los bundistas, que insistieron en la necesidad de apoyar al partido octubrista gubernamental. La Conferencia aprobó por mayoría de votos la resolución bolchevique, que fué presentada en nombre de la Conferencia de Petersburgo.
- La Conferencia aprobó también la resolución bolchevique que declaraba inadmisibles la colaboración de los socialdemócratas en la prensa burguesa y acordó denominar "Minoría socialdemócrata" a la representación socialdemócrata en la Duma.

En vista de que el centro menchevique, a espaldas del C.C. del P.O.S.D.R. había entrado en contacto con los comités locales, la Conferencia adoptó medidas encaminadas a fortalecer la ligazón del C.C. del P.O.S.D.R. con las organizaciones locales del partido.

- ⁶¹ Lenin se refiere a las leyes agrarias promulgadas por Stolypin en 1906 y 1907. El 9 (22) de noviembre de 1906 se publicó la ley agraria que reconocía el derecho de los campesinos a salir de las comunidades y les concedía en propiedad las parcelas comunales que antes tenían en usufructo. Anteriormente a dicha ley, se dictó la ley del 12 (25) de agosto, sobre la venta de una parte de las tierras de la Corona, y la ley del 27 de agosto (9 de setiembre), que sancionaba la venta de las tierras del Fisco a través del Banco Campesino. Posteriormente, el 15 (28) de noviembre de 1906, fue promulgada la ley que autorizaba la concesión de préstamos a los campesinos, a través del Banco Agrario Campesino, bajo hipoteca de las tierras. Stolypin promulgó estas leyes sin que fueran discutidas en la Duma, amparándose en el artículo 87 del código de leyes fundamentales del Estado, que facultaba al Consejo de Ministros para presentar proyectos de ley a la ratificación directa del zar durante el período comprendido entre las sesiones de la Duma del Estado.
- ⁶² El artículo de F. Mehring *El liberalismo alemán y la Duma rusa* (F. Mehring, *Deutscher Liberalismus und russische Duma. Die Neue Zeit, 1906-1907, Band I, N° 28*) fue traducido por Lenin y utilizado en el artículo *F. Mehring sobre la II Duma*, que apareció en la recopilación II de *Problemas de táctica*, San Petersburgo, 1907 (véase *Obras Completas*, t. XII, ed. Cartago, Bs. As., 1959, págs. 364-369. *Ed.*)
- ⁶³ *Znamia Trudá* ("La Bandera del Trabajo"): órgano central del partido de los socialistas-revolucionarios; se publicó de julio de 1907 a abril de 1914.
- ⁶⁴ Se trata del Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán, celebrado del 23 al 29 de setiembre de 1906 en Mannheim. El problema central de la orden del día fue la huelga política de masas, que en el Congreso de Jena de 1905 había sido reconocida por la socialdemocracia alemana como un importantísimo medio de lucha política. Con este motivo se abordó la cuestión de los sindicatos, que habían rechazado la idea de la huelga política de masas, tachándola de idea anarquista. El Congreso de Mannheim no condenó en forma directa la posición oportunista de los sindicatos, pero recomendó a todos los miembros del partido que ingresasen en las organizaciones sindicales, y a los afiliados a los sindicatos que ingresasen en el partido, "a fin de que el movimiento sindical estuviese penetrado del espíritu de la socialdemocracia".
- ⁶⁵ *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"): revista de la socialdemocracia alemana, que se editó en Stuttgart de 1883 a 1923. A partir de la segunda mitad de la década del 90, después de la muerte de F. Engels, la revista publicaba en forma sistemática artículos de los revisionistas.

⁶⁶ *Osvobozhdenie* ("Emancipación"): revista quincenal de los liberales burgueses. Se publicó en el extranjero, de 1902 a 1905, bajo la dirección de P. Struve. A partir de enero de 1904 se convirtió en órgano de la "Liga de la Emancipación", asociación de tipo monárquico-liberal que posteriormente constituyó el núcleo del Partido Demócrata-Constitucionalista.

⁶⁷ El trabajo *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"*, fué escrito en los años 1901-1907. Los cuatro primeros capítulos aparecieron en diciembre de 1901, en el núm. 2-3 de la revista *Zariá*, con el título *Los señores "críticos" en la cuestión agraria (Primer artículo)* y firmado N. Lenin. En 1905 fueron publicados legalmente en Odesa por la editorial *Bureviéstnik*, en forma de un folleto que llevaba por título *La cuestión agraria y "los críticos de Marx"*. Posteriormente, el autor conservó este título para el trabajo en su conjunto, así como también para sus distintas partes. Los capítulos V al IX fueron publicados por vez primera en febrero de 1906, en el núm. 2 de la revista legal *Obrazovanie*. Esta vez, a diferencia de los cuatro capítulos publicados en *Zariá* y en la edición de 1905, cada capítulo llevaba un subtítulo.

En el libro de V. Ilín (V. Lenin) *La cuestión agraria*, primera parte, editado en Petersburgo en 1908, se publicaron por primera vez juntos los nueve capítulos, a los que se añadieron dos más, el X y el XI. En esta edición se pusieron subtítulos a los cuatro primeros capítulos, se introdujeron algunas modificaciones de redacción en el texto y se añadieron varias notas.

El capítulo XII (el último) fue publicado por vez primera en 1908, en la recopilación *La vida al día*.

Los nueve primeros capítulos están incluidos en el t. V de las *Obras Completas*. En el presente tomo figuran los capítulos X, XI y XII, escritos en 1907.

⁶⁸ El libro *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907* fue escrito por Lenin en noviembre-diciembre 1907. En 1908, este trabajo fue incluido en la segunda parte del segundo tomo de la recopilación *12 años*. Pero, cuando aún estaba en la imprenta, el libro fue secuestrado y destruido por la policía. Se conservó un solo ejemplar, al que le faltaban varias páginas del final. No fue publicado el libro hasta el año 1917, en que salió bajo el título: V. Ilín (N. Lenin), *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907* (Petrogrado, editorial *Zhizm i Znanie*).

En la edición de 1917, en lugar del final que faltaba y que se interrumpía con la frase inacabada: "El camino reformista de creación de una Rusia burguesa junker presupone necesariamente el mantenimiento de las bases del viejo régimen de posesión de la tierra y la lenta"... (ver el presente tomo, págs. 430-431. *Ed.*), Lenin añadió lo siguiente: "sistemática y dolorosísima violencia sobre las masas campesinas. El camino revolucionario de creación de una Rusia burguesa-campesina presupone necesariamente la destrucción de todo el viejo régimen de

posesión de la tierra, la abolición de la propiedad privada de la tierra''.

En la presente edición, el libro se publica de acuerdo con el manuscrito corregido por Lenin varios años después de haber visto la luz en 1908. Esas enmiendas no figuraban en la edición de 1917, ya que el libro no fue editado según el manuscrito, sino según el ejemplar que se salvó en 1908. Hasta el día de hoy no se ha conseguido encontrar este ejemplar.

- 69 *Tierras parcelarias o de "nadiel"*: Eran las tierras entregadas a los campesinos en usufructo después de la abolición de la servidumbre en Rusia en 1861. Los campesinos no tenían derecho a venderlas; eran de propiedad comunal y para su explotación se distribuían entre los campesinos mediante repartos periódicos.
- 70 *"Contratos de invierno"*. Para las labores de verano, los terratenientes y los kuláks solían contratar a los campesinos en invierno, época en que éstos tenían particular necesidad de dinero, y se aprovechaban para imponerles condiciones leoninas.
- 71 *"Reparto negro"*: una de las consignas más populares entre los campesinos de la Rusia zarista, que expresaba la aspiración de éstos a un reparto general de la tierra.
- 72 O sea de la época posterior a la abolición del régimen de servidumbre.
- 73 *"Métodos administrativos de los Gurkos y Lidvoles"*, es decir, la malversación de fondos del erario, la especulación y el robo, muy difundidos entre los altos funcionarios zaristas y los negociantes. Gurko era ministro adjunto del interior; en 1906 apareció mezclado en un asunto de malversación y especulación relacionado con el envío de trigo a las provincias azotadas por el hambre. El encargado de suministrar ese trigo era Lidval, un estafador y especulador.
- 74 *Vendée*: En la época de la revolución burguesa de Francia, de fines del siglo XVIII, en esta provincia estalló un levantamiento contrarrevolucionario de los atrasados campesinos reaccionarios contra la Convención revolucionaria. La insurrección se desarrolló bajo consignas religiosas y fue dirigida por el clero contrarrevolucionario y los terratenientes.
- 75 *Unión Campesina de toda Rusia*: organización democrático-revolucionaria, fundada en 1905. El programa y la táctica de la Unión fueron aprobados en el I y II Congreso de la misma, celebrados en Moscú en agosto y noviembre de 1905. La Unión Campesina, que reclamaba la libertad política y la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente, mantuvo la táctica de boicot a la I Duma del Estado. Su programa agrario incluía la reivindicación de que fuera abolida la propiedad privada sobre la tierra y de que se entregaran a los campesinos, sin pago de rescate, las tierras de los monasterios, de la Corona, del zar y del Estado. En su actuación política, la Unión mostró un carácter ambiguo

y vacilante. Al mismo tiempo que exigía la abolición de la propiedad agraria de los terratenientes, accedía que se les pagara a éstos una indemnización parcial. La Unión Campesina fue perseguida por la policía desde el comienzo de su actividad, desmoronándose a finales de 1906.

- 76 *Rossia* ("Rusia"): diario ultrarreaccionario subvencionado por la policía, que se publicó en Petersburgo de 1905 a 1914. A partir de 1906 pasó a ser el órgano oficial del Ministerio del Interior.
- 77 Con el fin de crearse en el campo un fuerte sostén de campesinos kuláks, el gobierno zarista dictó el 9 (22) de noviembre de 1906 la llamada *Ley agraria de Stolypin* dando normas para que los campesinos pudiesen salir de la comunidad y establecerse en caseríos. Esta ley venía a destruir el régimen comunal de usufructo de la tierra; a cada campesino se le ofrecía tomar en propiedad personal su parcela ("nadiel"), separándose de la comunidad. El campesino podía vender su parcela, cosa que antes no le estaba permitida. La comunidad quedaba obligada a asignar tierra en un mismo sitio (caserío, coto redondo) a los campesinos que se salieran de ella.
- 78 Véase el análisis que hace Marx de las concepciones de Rodberthus en *Teorías sobre la plusvalía*, t. II, 1ª parte, págs. 170-172, así como el de la teoría de Ricardo en el mismo tomo, 2ª parte, págs. 7-11, ed. rusa de 1936.
Lenin utiliza la edición alemana de 1905 de *Teorías sobre la plusvalía* y da su propia traducción de todas las citas.
- 79 La *legislación sobre los homesteads* fue promulgada en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX. Según la ley de 1862, todo ciudadano estadounidense tenía derecho a obtener del Estado, a título gratuito o a un precio muy reducido, un *homestead* o parcela de tierra de hasta 160 acres (64 hectáreas). Después de un plazo máximo de cinco años, el terreno pasaba a ser propiedad del beneficiado.
- 80 *Campesinos dárstvennie* (gratificados): parte de los antiguos siervos de terratenientes, que al verificarse la reforma de 1861 recibieron de los terratenientes a título gratuito (sin pagos de rescate) un misérrimo "nadiel" (parcela), equivalente sólo a la cuarta parte del "superior" o "legal", es decir, del asignado por la ley a los campesinos de la respectiva localidad. La parte restante de los "nadiels" que anteriormente poseían los campesinos fue apropiada por los terratenientes que, después de la abolición del régimen de servidumbre, siguieron manteniendo bajo vasallaje a sus campesinos *dárstvennie* despojados de sus tierras por la fuerza.
- 81 En la Rusia zarista se daba el nombre de *labriegos del Estado con tierras chetvierinie* a una categoría de campesinos que antes habían pertenecido al Estado, descendientes de hombres de armas que en los siglos XV-XVII habían sido asentados en las zonas periféricas del Estado de Moscovia. Por sus servicios prestados en la vigilancia de las fronte-

- ras, estos colonos recibieron en usufructo temporal o hereditario unas parcelas de tierra que se medían por *chetvierts* (aproximadamente media hectárea). Posteriormente, estas tierras fueron concedidas en propiedad, transmitiéndose por herencia.
- ⁸² *Liberaídos*: campesinos antes siervos, emancipados por sus terratenientes con anterioridad a la reforma de 1861.
- ⁸³ *Labriegos libres*: categoría de campesinos liberados de la servidumbre por la ley del 20-II-1803, que permitía a los terratenientes dar libertad a los campesinos y concederles tierras, en condiciones fijadas por los propios terratenientes.
- ⁸⁴ *Campesinos temporalmente dependientes*: antiguos campesinos siervos de terratenientes, que incluso después de ser abolida la servidumbre en 1861 siguieron sometidos a determinados censos (pago en especie o prestación personal) hasta que comenzaron a pagar al terrateniente el rescate de su parcela.
- ⁸⁵ *Rússkoie Bogatstvo* ("La riqueza rusa"): revista mensual que se publicó en Petersburgo desde 1876 hasta mediados de 1918. Desde comienzos de la década del 90 fue órgano de los populistas liberales. A partir de 1906 se convirtió de hecho en órgano del partido semidemócrata-constitucionalista de los "socialistas-populares".
- ⁸⁶ Lenin se refiere a la discusión de la cuestión agraria en la I Conferencia del P.O.S.D.R. que se celebró en Tammerfors del 12 al 17 (25-30) de diciembre de 1905. En ella pronunció Lenin un informe sobre la cuestión agraria. La Conferencia adoptó una resolución en la que se señalaba la conveniencia de suprimir en el programa agrario aprobado por el II Congreso del P.O.S.D.R. el punto relativo a la devolución de los recortes y pagos de rescate a los campesinos, y se reconocía la necesidad de incluir en el programa un punto que expresase el apoyo a las medidas revolucionarias de los campesinos, llegando incluso a la confiscación de todas las tierras del Estado, de la Iglesia, de los monasterios, de la Corona, del zar y de propiedad privada.
- ⁸⁷ El apartado *Piotr Máslov corrige los borradores de Carlos Marx* se publicó en el núm. 33 de *Proletari*, el 23 de julio (5 de agosto) de 1908.
- ⁸⁸ *Zhizn* ("La vida"): revista mensual que se publicó en Petersburgo desde 1897 hasta 1901. En 1902 se editó en el extranjero. Órgano de los "marxistas legales" a partir de 1899.
- ⁸⁹ Lenin cita aquí un pasaje del segundo capítulo de los *Ensayos sobre el período gogoliano de la literatura rusa* de N. Chernishevski, donde se ridiculizan los indignos recursos polémicos del periodista Senkovski ("barón Brambeus").
- ⁹⁰ *Pravda* ("La Verdad"): revista mensual menchevique de arte, literatura y vida social. Se publicó en Moscú de 1904 a 1906.

- ⁹¹ *Stepán Razin y Emelión Pugachov*: jefes de dos grandes insurrecciones campesinas que tuvieron lugar en Rusia respectivamente en los siglos XVII y XVIII.
- ⁹² *Actas reglamentarias*: se daba este nombre a las actas que levantaban los terratenientes al "liberar" a los campesinos de acuerdo con la reforma de 1861. En ellas se hacía constar la superficie de tierra usufructuada por los campesinos antes de la reforma y se señalaban las tierras que quedaban en manos de los expoliados campesinos después de la "liberación". También se enumeraban en las actas los censos a que antes habían estado sujetos los campesinos siervos en beneficio del terrateniente. Las actas reglamentarias servían de base para fijar la cuantía del rescate que habían de pagar los campesinos.
- ⁹³ *Riúrikovich*, es decir, descendiente del semilegendario príncipe ruso Riúrik, título que se atribuían muchas familias aristocráticas de la Rusia zarista. En este caso se alude al príncipe Sviatopolk-Mirski.
- ⁹⁴ "*República de Alapáievsk*": nombre que los funcionarios zaristas dieron al subdistrito de Alapáievsk, de la provincia de Perm. El campesino socialista-revolucionario G. Kabakov, diputado a la II Duma, organizó en 1905 en el subdistrito de Alapáievsk una Unión Campesina que llegó a contar con 30.000 afiliados.
- ⁹⁵ *Nacional-demócratas*: partido nacionalista contrarrevolucionario de la burguesía polaca, fundado en 1897. Durante la revolución de 1905-1907, los nacional-demócratas pasaron a ser el partido fundamental de la contrarrevolución polaca, el partido de los ultrarreaccionarios polacos.
- ⁹⁶ *Tierras de Vacuf*: tierras de las regiones de población musulmana, que no podían ser vendidas ni transmitidas de unas manos a otras. Los ingresos procedentes de estas tierras iban a parar al Tesoro o al clero. El Poder Soviético las incluyó en el fondo agrario del Estado.
- ⁹⁷ *A. Arakchéiev*: personaje reaccionario de la Rusia zarista de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Con su nombre se halla ligada toda una época de ilimitado despotismo policíaco y de arbitrariedad de la casta militar.
- ⁹⁸ *Rasuváev y Kolupáev*: tipos de vampiros capitalistas que figuran en las obras de Saltikov-Schedrín.
- ⁹⁹ Se trata del *Himno del novísimo socialista ruso*, de carácter satírico, cuyo autor, I. Mártoev, lo publicó en el núm. 1 de *Zariá* (abril de 1901) con el seudónimo de Narciso Tuporylov.
- ¹⁰⁰ El epílogo fue escrito por Lenin al ser editado el libro en 1917.
- ¹⁰¹ El artículo de Lenin *A propósito de los debates en torno a la ampliación de los derechos presupuestarios de la Duma* fue publicado por vez primera en febrero de 1908, en el núm. 1 de *Sotsial-Demokrat*, órgano central del P.O.S.D.R. Posteriormente fue reproducido en el núm. 27

- de *Proletari*, del 26 de marzo (8 de abril) del mismo año, con un post-scriptum del autor. (Véase el presente tomo, pág. 442).
- Sotsial-Demokrat* ("El Socialdemócrata"): periódico clandestino, órgano central del P.O.S.D.R.; se editó de febrero de 1908 a enero de 1917. El primer número del periódico salió en Rusia; luego publicóse en el extranjero, al principio en París y después en Ginebra. La Redacción del órgano central estaba formada, de acuerdo con la decisión del C.C. del P.O.S.D.R. por representantes de los bolcheviques, de los mencheviques y de los socialdemócratas polacos. En *Sotsial-Demokrat* se publicaron más de 80 artículos y notas de V. I. Lenin. En el seno de la Redacción de *Sotsial-Demokrat*, V. I. Lenin luchó por una línea bolchevique consecuente. Parte de la Redacción (Kámenev y Zinóviev) mantuvo una actitud de transigencia respecto de los liquidadores, intentando malograr la aplicación de la línea leninista. Los redactores mencheviques Mártoev y Dan, que saboteaban el trabajo en la Redacción del órgano central, al mismo tiempo defendían descaradamente el liquidacionismo en *Golos-Demokrata* ("La Voz del Socialdemócrata"). La lucha intransigente de Lenin contra los liquidadores hizo que Mártoev y Dan salieran en junio de 1911 de la Redacción de *Sotsial-Demokrat*. Desde diciembre de 1911, el periódico fue dirigido por V. I. Lenin.
- 102 *Stolichnaia Pochta* ("El Correo de la Capital"): periódico demócrata-constitucionalista de izquierda; se publicó en Petersburgo desde octubre de 1906 hasta febrero de 1908.
- 103 *Nasha Gazeta* ("Nuestro Periódico"): edición barata del diario burgués *Továrisch*. Se publicó en 1908.
- 104 El 16 (29) de abril de 1908, en el núm. 29 de *Proletari* se publicó una carta del C.C. del P.O.S.D.R. a las organizaciones locales, dedicada a la labor de los diputados socialdemócratas a la Duma.
- 105 Lenin se refiere a una recopilación de artículos de V. Basárov, Berman, A. Lunacharski, P. Yushkévich, A. Bogdánov, I. Guelfond y S. Suvórov.
- 106 La recopilación de artículos de A. Lunacharski, V. Basárov, A. Bogdánov, P. Máslov, A. Finn, V. Shuliátikov, V. Friche y otros, titulada *Ensayos de una concepción realista del mundo*, se editó en Petersburgo en 1904. Los artículos de Plejánov y Lenin no fueron incluidos en la recopilación.
- 107 El trabajo de Lenin *Observaciones de un marxista de filas en materia de filosofía* no ha sido hallado.
- 108 Lenin hace referencia a su artículo *Notas políticas*, publicado el 13 (26) de febrero de 1908 en el núm. 21 de *Proletari*. La cuestión del programa del partido es examinada con más detalle en el artículo *Piotr Máslov corrige los borradores de Carlos Marx* (*Proletari*, núm. 33, 23 de julio —5 de agosto— de 1908). (Véase en el presente tomo, pág. 303, apar-
- tado segundo del capítulo III de *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1906*. Ed.)
- 109 *Emeoes*: nombre abreviado del Partido de la Renovación pacífica (*Mirnoie Obnovlenie*).
- 110 La resolución del C.C. del P.O.S.D.R. sobre los sindicatos se publicó el 13 (26) de febrero de 1908 en el núm. 21 de *Proletari*. En ella se proponía a los miembros del partido que constituyesen dentro de las organizaciones sindicales grupos de partido y que trabajasen en ellos bajo la dirección de los centros locales del P.O.S.D.R. En los casos en que las persecuciones policíacas no permitiesen organizar o reconstituir las organizaciones sindicales destrozadas, el C.C. recomendaba que se organizarasen ilegalmente células sindicales y sindicatos.
- 111 *Nash Viek* ("Nuestro Siglo"): periódico que se publicó de 1905 a 1908, al principio como edición popular del diario burgués *Továrisch*.
- 112 *Vperiod* ("Adelante"): periódico obrero bolchevique de masas, dirigido por Lenin; lo editaba ilegalmente en Vyborg la Redacción de *Proletari*. Se publicó del 10 (23) de setiembre de 1906 al 19 de enero (1 de febrero) de 1908. Aparecieron 20 números.
- 113 El libro de D. Fírsov (D. Rozenblum) y M. Yakobi (M. Guendelman) *Contribución a la revisión del programa agrario y de su fundamentación* fue publicado en Moscú, en 1908, por la editorial *Era*, pero la policía se incautó de él. El análisis que Lenin promete hacer de este libro en *Proletari* no llegó a aparecer.
- 114 *Sovremenni Mir* ("Mundo Contemporáneo"): revista mensual de carácter literario, científico y político. Se publicó en Petersburgo a partir de octubre de 1906. Los mencheviques, y entre ellos Plejánov, colaboraron activamente en esta revista. En la época del bloque con los plejanovistas, los bolcheviques también le prestaron su colaboración; en marzo de 1914 apareció en sus páginas el artículo de Lenin *Una nueva destrucción del socialismo*.
- 115 El artículo *Enseñanzas de la Comuna* es el texto de una conferencia de Lenin, publicado el 23 de marzo de 1908 en el núm. 2 de *Zagranichnaia Gazeta*. La Redacción del periódico antepuso al artículo la siguiente nota aclaratoria: "El 18 de marzo se celebró en Ginebra un mitin internacional dedicado a tres efemérides proletarias: el 25 aniversario de la muerte de Marx, el 60 aniversario de la revolución de marzo de 1848 y el aniversario de la Comuna de París. En el acto intervino en nombre del P.O.S.D.R. el camarada Lenin, quien habló de la significación de la Comuna."
- 116 Respecto del papel histórico de la Comuna como "precursora de la nueva sociedad", véase la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia* y sus cartas a Kugelman del 12 y 17 de abril de 1871 (véase C. Marx y L.

Engels, *Obras Escogidas*, ed. Cartago, Bs. As., 1957, págs. 325-373 y 755-756. Ed.)

- 117 Se alude al manifiesto del 17 de octubre de 1905, en el que el zar, asustado por la revolución, prometía al pueblo libertades cívicas y una Constitución.
- 118 *Rússkaia Misl* ("El Pensamiento Ruso"): revista mensual de la burguesía liberal; se publicó en Moscú desde 1880 hasta mediados de 1918. Órgano del ala derecha del Partido Demócrata-Constitucionalista a partir de la revolución de 1905.

**FECHAS RELACIONADAS CON LA VIDA
Y LA ACTIVIDAD DE V. I. LENIN**

Junio de 1907-Abril de 1908

1 9 0 7

- Después del 22 de junio (5 de julio). Lenin escribe para la recopilación *Golos Zhsni* el artículo "En memoria del conde Gueiden (Lo que enseñan al pueblo nuestros «demócratas» sin partido)".
- 25 de junio.
(8 de julio). El C.C. del P.O.S.D.R. elige a Lenin como representante del partido en el Buró Socialista Internacional.
- 26 de junio.
(9 de julio). Lenin escribe el artículo "Contra el boicot (Notas de un publicista socialdemócrata)", que es publicado en el folleto *El boicot a la Tercera Duma*, editado en agosto de 1907.
- Junio-julio. Lenin descansa en Stirsudden (Finlandia).
- 8 y 14 (21 y 27) de julio. Lenin toma parte en las labores de la Conferencia urbana de Petersburgo del P.O.S.D.R., que se celebra en Terioki; pronuncia un informe sobre la actitud de la socialdemocracia hacia la III Duma. La Conferencia aprueba la resolución de Lenin contra el boicot. Las tesis del informe de Lenin se publican en una octavilla.
- 16 (29) de julio. Por decisión del C. C. del P.O.S.D.R., Lenin es elegido para formar parte de la delegación del P.O.S.D.R. al Congreso Socialista Internacional de Stuttgart.
- 21-23 de julio.
(3-5 de agosto). Lenin toma parte en las labores de la III Conferencia del P.O.S.D.R. ("II Conferencia de toda Rusia"), que se celebra en Kotka (Finlandia); pronuncia un informe sobre la participación en las elecciones a la III Duma. La Conferencia adopta una resolución, propuesta por Lenin, contra el boicot de las elecciones. El proyecto de resolución de Lenin sobre el Congreso de los Sindicatos de toda Rusia se pasa al C.C. del P.O.S.D.R.
- Julio Lenin prepara la segunda edición del libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, introduce algunas adiciones y escribe el prefacio.

- 1 (14) de agosto. Lenin escribe una carta a M. Gorki, invitándole a participar en las labores del Congreso Socialista Internacional de Stuttgart y le anuncia que el C.C. del P.O.S.D.R. decidió concederle derecho a voz.
- 5-10 (18-23) de agosto. Lenin toma parte en los trabajos del Congreso de Stuttgart; es designado para integrar la comisión encargada de preparar la resolución sobre *El militarismo y los conflictos internacionales*.
- Entre el 5 y el 10 (18 y 23) de agosto. Lenin convoca una reunión de los socialistas de izquierda que participan en el Congreso de Stuttgart.
- Después del 11 (24) de agosto. Lenin regresa de Stuttgart a Kuokkala (Finlandia).
- 22 de agosto. (4 de setiembre). Lenin escribe para la recopilación *Golos Zhisni* el artículo "Notas de un publicista", dedicado a defender la táctica bolchevique con respecto a la III Duma y a los partidos representados en ella.
- Entre el 31 de agosto y el 7 de setiembre (13 y 20 de setiembre). Se publica en Petersburgo la recopilación *Golos Zhisni*, dirigida por Lenin, con sus artículos "En memoria del conde Gueiden" y "Notas de un publicista".
- Agosto. El C.C. del P.O.S.D.R. elige a Lenin director de *Sotsial-Demokrat*, órgano central del partido.
- Agosto-setiembre. Lenin escribe dos artículos sobre "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart", uno de ellos en forma popular, destinado a la publicación bolchevique *Calendario de 1908 para todos*.
- Agosto-octubre. Lenin redacta la traducción al ruso de los informes de las delegaciones del Partido Socialdemócrata Austriaco y del Partido Socialista Italiano en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart.
- Agosto-diciembre. Lenin prepara para la imprenta la edición en tres tomos de sus obras, titulada *12 años*.
- Primeros días de setiembre. En la Conferencia urbana de Petersburgo del P.O.S.D.R., Lenin hace un informe sobre el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart.
- 7 (20) de setiembre. El C.C. del P.O.S.D.R. elige a Lenin para el Consejo de Redacción de *Sotsial-Demokrat* y la comisión ordenadora de la Redacción. En la misma sesión del C.C. se decide suprimir el cargo de director del órgano central.

- Setiembre. Lenin escribe el prefacio para el primer tomo de la recopilación de sus obras *12 años*.
- Entre el 19 y el 29 de octubre. (1-8 de noviembre). Aparece en Petersburgo la recopilación *Zarnitsy*, dirigida por Lenin. Sale a la luz en la capital el *Calendario de 1908 para todos* con el artículo de Lenin "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart".
- 20 de octubre. (2 de noviembre). En el núm. 17 de *Proletari* se publican los artículos de Lenin "Revolución y contrarrevolución" y "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart".
- 27 de octubre. (9 de noviembre). Lenin interviene en la Conferencia de la organización de Petersburgo del P.O.S.D.R., que se celebra en Terioki y pronuncia dos informes, uno *Sobre la III Duma del Estado* y otro *Sobre la participación de la socialdemocracia en la prensa burguesa*.
- La Conferencia aprueba la resolución de Lenin *Sobre la III Duma del Estado*.
- 29 de octubre. (11 de noviembre). Aparecen en el núm. 18 de *Proletari* el artículo de Lenin "La III Duma" y la nota de la Redacción "En torno de un artículo de Plejánov".
- Antes del 5 (18) de noviembre. Lenin asiste a una reunión previa de los bolcheviques que participarían en la IV Conferencia del P.O.S.D.R.
- 5 (18) de noviembre. El núm. 19 de *Proletari* publica los artículos de Lenin "Los preparativos a la «repugnante orgía»", "¿Quiénes son los jueces?" y la "Resolución sobre la III Duma del Estado", aprobada por la Conferencia de la organización de Petersburgo del P.O.S.D.R.
- 5-12 (18-25) de noviembre. Lenin interviene en las labores de la IV Conferencia del P.O.S.D.R. (III Conferencia de toda Rusia), que se celebra en Helsingfors; pronuncia un informe *Sobre la táctica de la minoría socialdemócrata en la III Duma del Estado*. La Conferencia aprueba la resolución propuesta por Lenin para esta cuestión.
- Noviembre. Lenin escribe el *Prólogo al folleto de Vóinov (A. Lunacharski) sobre la actitud del partido ante los sindicatos*.
- Otoño de 1907. Lenin escribe los capítulos X, XI y XII de *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"*.
- Entre el 16 y el 23 de noviembre (29 de noviembre y 6 de diciembre). Aparece en Petersburgo la recopilación de obras de V. I. Lenin (V. Ilín) *12 años*.

- Noviembre (primeros días de diciembre). La policía se incauta de la recopilación de obras de Lenin *12 años*. Se inicia un proceso contra Lenin. Para ocultarse de la policía, Lenin abandona Kuokkala y se traslada a Oglbju (en las proximidades de Helsingfors).
- Noviembre - diciembre. Lenin trabaja en la redacción de su libro *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*.
- Diciembre. Lenin sale de Oglbju para el extranjero. Pasa varios días en Estocolmo, esperando la llegada de N. Krúpskaia.
- 22 de diciembre. (4 de enero de 1908). La Cámara de Justicia de Petersburgo emite un fallo ordenando la destrucción del libro de Lenin *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*.
- 22-24 de diciembre. (4-6 de enero de 1908). De paso hacia Ginebra, Lenin se detiene en Berlín, donde se entrevista con Rosa Luxemburgo.
- 25 de diciembre. (7 de enero de 1908). Lenin y N. Krúpskaia llegan a Ginebra. Comienza la segunda emigración de Lenin.
- Diciembre de 1907-febrero de 1908. Lenin prepara la edición de *Proletari* en Ginebra.

1908

- Entre el 11 y el 18 (24-31) de enero. Se edita en Petersburgo la recopilación de artículos de Lenin (V. Ilín) *La cuestión agraria*, parte I.
- 20 de enero. (2 de febrero). Lenin se dirige a M. Gorki, rogándole que envíe artículos periodísticos o fragmentos de nuevas obras literarias, para los primeros números de *Proletari*, cuya edición se está preparando en el extranjero.
- 11 (24) de febrero. En vista de la nota publicada en *Die Neue Zeit* sobre la lucha en el P.O.S.D.R. por cuestiones filosóficas, Lenin convoca una reunión de la Redacción de *Proletari*, en la que es aprobado por unanimidad el texto de una declaración en nombre de la Redacción del periódico, escrita por Lenin.
- 12 (25) de febrero. En una carta dirigida a M. Gorki, Lenin señala la necesidad de sostener una lucha intransigente contra los machistas rusos (Bogdánov y otros).

- 13 (26) de febrero. Aparece en Ginebra el núm. 21 de *Proletari*, con el artículo de Lenin "Notas políticas".
- Entre el 15 y el 20 de febrero (28 de febrero y 4 de marzo). Se publica en Petersburgo la recopilación bolchevique *La Vida al día*, con el capítulo XII del libro de Lenin "La cuestión agraria y los críticos de Marx" que aparece con el título "El «país ideal» desde el punto de vista de los adversarios del marxismo en la cuestión agraria".
- Segunda mitad de febrero (primeros días de marzo). Sale a la luz el núm. 1 de *Sotsial-Demokrat*, órgano central del P.O.S.D.R., con el artículo de Lenin "Los debates en torno a la ampliación de los derechos presupuestarios de la Duma".
- 19 de febrero. (3 de marzo). El núm. 22 de *Proletari* publica los artículos de Lenin "Una nueva política agraria", "La neutralidad de los sindicatos" y "Acercas de lo ocurrido con el rey de Portugal".
- Entre el 27 de febrero y el 6 de marzo (11 y 19 de marzo). Se publica en Petersburgo la 2ª edición aumentada de la obra de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.
- Febrero. Lenin empieza a escribir el libro *Materialismo y empiriocriticismo*.
- 5 (18) de marzo. En un mitin internacional celebrado en Ginebra con motivo del 25 aniversario de la muerte de Marx, el 60 aniversario de la revolución de 1848 y el Día de la Comuna de París, Lenin interviene en nombre del P.O.S.D.R. y pronuncia un discurso sobre el significado de la Comuna de París.
- 12 (25) de marzo. El núm. 25 de *Proletari* publica los artículos de Lenin "Una exhibición policíaco-patriótica de encargo", "El engaño del pueblo por los liberales" y "Cómo juzga a Marx el liberalismo internacional".

INDICE

	Pág.
PROLOGO	7
*	
1 9 0 7	
CONTRA EL BOICOT. (Notas de un publicista socialdemócrata)	9
I	12
II	18
III	21
IV	27
V	30
VI	38
VII	42
EN MEMORIA DEL CONDE GUEIDEN. (Lo que enseñan al pueblo nuestros "demócratas" sin partido)	44
TESIS DEL INFORME SOBRE LA ACTITUD DEL PARTIDO OBRERO SOCIALDEMOCRATA ANTE LA TERCERA DUMA. Pronunciado el 8 de julio en la Conferencia urbana de Petersburgo	52
III CONFERENCIA DEL P.O.S.D.R. ("II CONFERENCIA DE TO- DA RUSIA")	54
1. Proyecto de resolución sobre el problema de la participación en las elecciones a la Tercera Duma del Estado	54
2. Esbozo del proyecto de resolución sobre el Congreso de los sin- dicatos de toda Rusia	55
NOTAS DE UN PUBLICISTA	57
EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART	69
EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART	76
PROLOGO A LA RECOPIACION 12 AÑOS	88
LA REVOLUCION Y LA CONTRARREVOLUCION	108
LA III DUMA	117
EN TORNO A UN ARTICULO DE PLEJANOV	127
LA CONFERENCIA DE LA ORGANIZACION DE SAN PETERS- BURGO DEL P.O.S.D.R. Extracto de una información periodística	129
1. Informe sobre la III Duma del Estado	129

	Pág.
2. Resolución sobre la III Duma del Estado	132
3. Informe sobre la colaboración de la socialdemocracia en la prensa burguesa	134
IV CONFERENCIA DEL P.O.S.D.R. ("LA III CONFERENCIA DE TODA RUSIA"). Extracto de una información periodística	135
1. Informe sobre la táctica de la minoría socialdemócrata en la III Duma del Estado	135
2. Resolución sobre la táctica de la minoría socialdemócrata en la III Duma del Estado	138
LOS PREPARATIVOS DE LA "REPUGNANTE ORGIA"	141
¿QUIENES SON LOS JUECES?	148
PROLOGO AL FOLLETO DE VOINOV (A. LUNACHARSKI) SOBRE LA ACTITUD DEL PARTIDO ANTE LOS SINDICATOS	156
LA CUESTION AGRARIA Y LOS "CRITICOS DE MARX"	165
X. El "trabajo" del Bulgákov alemán E. David	167
XI. La ganadería en las pequeñas y las grandes haciendas	180
XII. El "país ideal" desde el punto de vista de los adversarios del marxismo en la cuestión agraria	193
EL PROGRAMA AGRARIO DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LA PRIMERA REVOLUCION RUSA DE 1905-1907	217
Capítulo I. Las bases económicas y la esencia de la revolución agraria en Rusia	221
1. La propiedad de la tierra en la Rusia Europea, 221. — 2. ¿Cuál es la razón de la lucha?, 226. — 3. Los escritores demócrata-constitucionalistas velan la esencia de la lucha, 234. — 4. La esencia económica de la revolución agraria y su envoltura ideológica, 236. — 5. Dos tipos de evolución agraria burguesa, 240. — 6. Dos líneas de los programas agrarios en la revolución, 245. — 7. La superficie agraria de Rusia. El problema de la colonización, 250. — 8. Resumen de las conclusiones económicas del capítulo I, 257.	
Capítulo II. Los programas agrarios del P.O.S.D.R. y su comprobación en el curso de la primera revolución	258
1. ¿En qué consistía el error de los anteriores programas agrarios de la socialdemocracia rusa?, 258 — 2. El actual programa agrario del P.O.S.D.R., 261. — 3. Comprobación práctica del argumento principal de los municipalistas, 264. — 4. El programa agrario de los campesinos, 270. — 5. El régimen medieval de posesión de la tierra y la revolución burguesa, 275. — 6. ¿Por qué los pequeños propietarios en Rusia debían pronunciarse en favor de la nacionalización?, 279. — 7. Los campesinos y los populistas y la nacionalización de las tierras parcelarias, 287. — 8. El error de M. Shanin y de otros defensores del reparto, 290.	
Capítulo III. Los fundamentos teóricos de la nacionalización y de la municipalización	297

1. ¿Qué es la nacionalización de la tierra?, 298. — 2. Piotr Máslov corrige los borradores de Carlos Marx, 303. — 3. ¿Es necesario refutar a Marx para refutar el populismo?, 311. — 4. ¿Está relacionada la negación de la renta absoluta con el programa de municipalización?, 315. — 5. Crítica de la propiedad privada sobre la tierra desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo, 317. — 6. La nacionalización de la tierra y la renta "monetaria", 320. — 7. ¿En qué condiciones puede verificarse la nacionalización?, 323. — 8. La nacionalización, tránsito al reparto?, 327.	
Capítulo IV. Consideraciones de orden político y táctico en torno a las cuestiones del programa agrario	330
1. La "garantía contra la restauración", 330. — 2. La administración autónoma local como "baluarte contra la reacción", 336. — 3. El poder central y el fortalecimiento del Estado burgués, 341. — 4. El alcance de la revolución política y el alcance de la revolución agraria, 348. — 5. ¿Una revolución campesina sin que los campesinos conquisten el poder?, 355. — 6. ¿Es un procedimiento suficientemente flexible el de la nacionalización de la tierra?, 359. — 7. La municipalización de la tierra y el socialismo municipal, 362. — 8. Algunos ejemplos del embrollo originado por la municipalización, 367.	
Capítulo V. Las clases y los partidos en los debates sobre el problema agrario en la Segunda Duma	371
1. Derechistas y octubristas, 372. — 2. Los demócratas-constitucionalistas, 378. — 3. Los campesinos de derecha, 385. — 4. Los campesinos sin partido, 388. — 5. Los intelectuales populistas, 393. — 6. Los campesinos trudoviques (populistas), 399. — 7. Los socialistas-revolucionarios, 405. — 8. Los "nacionales", 410. — Los socialdemócratas, 419.	
Conclusión	426
Epílogo	437
A PROPOSITO DE LOS DEBATES EN TORNO A LA AMPLIACION DE LOS DERECHOS PRESUPUESTARIOS DE LA DUMA	439
POSTSCRIPTUM AL ARTICULO A PROPOSITO DE LOS DEBATES EN TORNO A LA AMPLIACION DE LOS DERECHOS PRESUPUESTARIOS DE LA DUMA	446
NOTAS POLITICAS	447
DECLARACION DE LA REDACCION DE PROLETARI	454
CARTA A A. M. GORKI	455
UNA NUEVA POLITICA AGRARIA	463
LA NEUTRALIDAD DE LOS SINDICATOS	467
ACERCA DE LO OCURRIDO CON EL REY DE PORTUGAL	477
ENSEÑANZAS DE LA COMUNA	481

UNA EXHIBICION POLICIACO-PATRIOTICA DE ENCARGO ...	485
EL ENGAÑO DEL PUEBLO POR LOS LIBERALES	491
COMO JUZGA A MARX EL LIBERALISMO INTERNACIONAL ..	496
Notas	501
Fechas relacionadas con la vida y la actividad de V. I. Lenin	525

ILUSTRACIONES

Portada del <i>Calendario de 1908 para todos</i> en el que se publicó el artículo de Lenin <i>El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart</i> . Ejemplar personal de Lenin	77
Carátula de la recopilación de las obras de V. I. Lenin <i>12 años</i>	89
Última página del manuscrito de V. I. Lenin <i>El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907</i> ..	435
Primera página de la carta de V. I. Lenin a A. M. Gorki, del 25 de febrero de 1908	457

COLECCION AKAL/74

Libros publicados:

- Juan Maestre Alfonso: *Introducción a la antropología social*.
Carmelo Lisón Tolosana: *Perfiles simbólico-morales de la cultura gallega*.
V. I. Lenin: *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*.
Juan Maestre Alfonso, recopilación de: *Bolivia: victoria o muerte*.
J. Plejanov: *Cartas sin dirección y el arte y la vida social*.
John Reed: *Diez días que estremecieron el mundo*.
Nikolai Ostrovski: *Así se templó el acero*.
Borisov-Zhamin-Makárova: *Diccionario de economía política*.
José Stalin: *Fundamentos del leninismo*.
Sidney Finkelstein: *El antihumanismo de McLuhan*.
Leon Trotski: *En España*.
Georges Politzer: *Principios elementales y fundamentales de filosofía*.
V. I. Lenin: *La emancipación de la mujer*.
Mao Tse-tung: *El estilo del trabajo en el partido*.
V. I. Lenin: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*.
V. I. Lenin: *¿Qué hacer?*
V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*.
Eduardo Castro: *Muerte en Granada: la tragedia de Federico García Lorca*.
Isidoro Moreno, Tomás Iglesias, José Luis López, Manuel Ramón Alarcón, José Rodríguez de la Borbolla: *Apostando a la democracia*. Un año en la «Tercera Página» de *El Correo de Andalucía*. Prólogo de Federico Villagrán.
V. I. Lenin: *Sobre el internacionalismo proletario*.
V. I. Lenin: *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*.
V. I. Lenin: *Acerca de los sindicatos*.
Ralph Fox: *La novela y el pueblo (secuestrado)*.
Fernando Martínez Laínez: *Palabra cubana*.

El tomo décimotercero contiene los trabajos de V. I. Lenin escritos entre junio de 1907 y abril de 1908.

Los artículos *Contra el boicot*, *Notas de un publicista*, *La revolución y la contrarrevolución*, *La Tercera Duma*, *Notas políticas* y *Una nueva política agraria* hacen un análisis y una valoración de la situación política creada en Rusia después de la derrota de la primera revolución y señalan las tareas de las organizaciones del partido en la época de reacción. En estos artículos, lo mismo que en los discursos pronunciados en las conferencias del P. O. S. D. R. de Petersburgo y de toda Rusia, que se publican en el presente tomo, Lenin formula la táctica de los bolcheviques en la Duma en esta nueva etapa.

Forman parte del tomo los importantísimos trabajos de Lenin sobre el problema agrario *La cuestión agraria y los "críticos de Marx"* (capítulos X, XI y XII) y *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*.

Figura en el presente volumen el *Prefacio* a la primera selección de obras de Lenin titulada *12 años*, cuya publicación, proyectada en tres tomos, no pudo terminarse a causa de la censura. El prefacio constituye un breve resumen histórico de la lucha de Lenin en favor del marxismo revolucionario, contra el liberalismo y el oportunismo.

Ha sido incluido en el tomo el artículo *La neutralidad de los sindicatos*, en el que Lenin critica el oportunismo de Plejánov y de los mencheviques, que trataban de llevar el movimiento obrero de Rusia por el camino del trade-unionismo.

En dos artículos que llevan el mismo título, *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart*, aparece reflejada la lucha de Lenin, la lucha de los bolcheviques contra el oportunismo en el movimiento obrero internacional. Los artículos denuncian las desviaciones de los socialdemócratas alemanes, que se habían apartado de las posiciones del marxismo revolucionario.

Por primera vez figuran en la edición de las *Obras Completas* de V. I. Lenin los siguientes trabajos de este tomo: el proyecto de resolución de la Tercera Conferencia del P.O.S.D.R. ("II de toda Rusia") sobre la participación en las elecciones a la III Duma del Estado. *Esbozo del proyecto de resolución sobre el Congreso de los Sindicatos de toda Rusia*, la nota *En torno a un artículo de Plejánov* y la *Declaración de la Redacción de "Proletari"*.

En el *Prólogo al folleto de Vóinov (A. Lunacharski) sobre la actitud del partido ante los sindicatos*, también incluido por vez primera en las *Obras Completas*, Lenin se pronuncia contra la consigna de la "neutralidad" de los sindicatos; señalando la necesidad de que éstos se aproximen al partido a objeto de desarrollar la conciencia socialista del proletariado y educarlo en el espíritu de la socialdemocracia revolucionaria.



AKAL EDITOR